

**INTENCIONALIDAD Y CONTENIDO MENTAL:
APROXIMACIÓN DESDE UNA SEMIÓTICA
NATURALISTA**

Elberto A. Plazas

Tesis doctoral

Doctorado Interuniversitario en Lógica y Filosofía de la Ciencia



Dirigida por:

Xavier de Donato y Ma Uxía Rivas Monrroy

Universidad de Santiago de Compostela



RESUMEN

El trabajo ofrece una explicación de la intencionalidad y el contenido mental, a partir de la propuesta de una *semiótica naturalista*, que es una posición basada en la semiótica de Charles S. Peirce, pero con algunas diferencias. El trabajo se divide en tres partes, cada una de tres capítulos. En la primera parte, se hace una exposición del tema de la intencionalidad, como la propiedad de los estados mentales de tener un contenido, de ser acerca de algún objeto o estado de cosas. Los estados intencionales se caracterizan por la independencia de la existencia del objeto y la dependencia de la perspectiva del sujeto, y esto se refleja en las propiedades intensionales (con-s) de los enunciados de actitud proposicional que describen estados mentales. Se revisan diversas teorías sobre la estructura de los estados mentales (relacionismo vs adverbialismo), los objetos intencionales (Brentano, Twardowsky, Meinong, Russell, Frege, Husserl, Mally, Zalta, Searle y Crane) y las proposiciones (russellianismo, fregeanismo, indexical oculto, mundos posibles, oracionalismo y análisis paratáctico), y se evalúan sus problemas. Se evalúa también la Teoría Representacional de la Mente (Fodor y otros) y sus dificultades para la explicación del contenido de las representaciones mentales. En la segunda parte, se hace una presentación de la semiótica de Peirce, en la cual la relación de representación se trata como una relación triádica, en la que un signo media la relación entre un objeto y un interpretante, siendo el último algún estado mental del sujeto respecto al objeto. La relación de representación es una relación triádica genuina, que en la lógica de relativos de Peirce, es una relación irreductible a combinaciones de relaciones diádicas o mónadas. Se analizan algunas dificultades de la formulación peirceana; principalmente, que asigna un papel ambiguo al interpretante, lo que hace circular la explicación del significado. También, que presenta un fuerte sesgo lógico y lingüístico, una relación ambigua con la psicología y que se relaciona con una teoría de las categorías y un idealismo objetivo que son cuestionables. Se propone enmendar estos problemas postulando una *Semiótica Naturalista* (SN), en la cual se distingue entre semiosis actual e historia semiótica y se considera que la primera es una relación triádica genuina, que es determinada por las relaciones pasadas de la historia semiótica, a través de una relación triádica con los hábitos adquiridos del intérprete. A partir de la SN se ofrece una explicación no circular de las condiciones históricas mínimas ideales para el surgimiento de semiosis

icónicas, indexicales y simbólicas, gracias a relaciones de parecido, contigüidad y convencionalidad. Se explica la organización jerárquica de estas semiosis y su relación con diferentes fenómenos psíquicos: la semiosis icónica con el reconocimiento perceptual, la semiosis indexical con el aprendizaje asociativo y la semiosis simbólica con la comunicación, el lenguaje y el pensamiento. En la tercera parte, se ofrece una explicación de la intencionalidad y el contenido mental, así como de la naturaleza de la mente. A partir de la SN se plantea un *relacionismo representacional externista*, según el cual nuestros estados mentales consisten en relaciones a objetos de nuestra historia semiótica mediadas por signos. Se ofrece una explicación de diferentes tipos de contenidos, como objetos presentes, pasados, futuros, posibles, erróneos, ficticios, abstractos y contradictorios; brindando una explicación naturalista de las propiedades de independencia de la existencia del objeto y de dependencia de la perspectiva del sujeto. Se plantea que los objetos intencionales son los objetos de interpretación de la semiosis actual, cuya naturaleza consiste en ser objetos de la historia semiótica anticipados al futuro o son signos. Se compara la explicación ofrecida a partir de la SN con las teorías vistas en la primera parte. Se evalúan varias consecuencias para la filosofía de la mente. Se sostiene una *intencionalismo semiótico*, según el cual los estados mentales son estados intencionales, pero en relaciones semióticas a sus objetos. Se postula una correferencialidad entre los fenómenos del significado y la mentalidad. Se afirma que un sujeto con mente es aquel que puede ser intérprete de signos. Se ofrece una explicación del contenido mental y de su papel en la acción o conducta, y se analizan el problema de la causalidad mental, la explicación de la acción basada en razones y la relación mente-cuerpo. Se establece la relación entre el intencionalismo semiótico y la conciencia fenoménica; así como la relación con los modelos conexionistas y la cognición corporizada. Finalmente, se da respuesta a algunas posibles objeciones, se presentan algunas tareas pendientes y se evalúa la posibilidad de una psicología semiótica.

Palabras clave (Tesoro de la Unesco): Filosofía, Mente, Representación mental, Semiótica, Signo, Símbolo, Interpretación.

Agradecimientos

Quiero primero agradecer y dedicar esta tesis a mis padres, pues sin su ayuda incondicional esta tesis no hubiera sido posible. Dedico esta tesis especialmente a mi hija, Valentina, mi principal fuente de inspiración y motivación. Agradezco también a Claudia, con quien compartí los mejores años de mi vida y quien me acompañó en la primera etapa de la tesis.

También agradezco a mis compañeros y amigos, especialmente a Ivonne, Leonardo, John, Alejandra y Juliana, con quienes las charlas informales fácilmente se convierten en formas estimulantes de compartir puntos de vista interesantes y bien informados. Asimismo, agradezco al profesor Arnold Oostra, por su seminario permanente Peirce, al que he venido asistiendo en los últimos años. Agradezco y dedico esta tesis a mis estudiantes, y en especial a quienes me han acompañado en el semillero de investigación de Psicología y Semiótica y en las prácticas investigativas del programa de Psicología en la Fundación Universitaria Konrad Lorenz: Max, David Alexander, Eder David, Camila, Ana Belén, Miguel Ángel, Angy Milena, Paola Andrea, David Fernando, Diana, Lina, Xiomara, María Fernanda, Christian, Marcelo, Ingrid, Jessica, Juan Pablo, Luis Alberto Parra, el profesor David Sánchez y muchos más. Sus preguntas han sido la principal motivación para pensar muchas de las cosas que se han escrito aquí. También agradezco a mis directores, la Dra. Ma Uxía Rivas y el Dr. Xavier de Donato, quienes siempre me orientaron y me motivaron para hacer el mejor esfuerzo. Finalmente, agradezco y dedico esta tesis a mi maestro y amigo Telmo Peña, quien espero reconozca en este trabajo una extensión de esa ética de compromiso a la verdad que durante décadas ha inculcado en sus estudiantes y colegas.

CONTENIDO

RESUMEN	1
Agradecimientos	3
CONTENIDO	4
Lista de Figuras	7
Lista de Acrónimos	9
Lista de Símbolos Usados en las Figuras	11
INTRODUCCIÓN	12
PARTE I: INTENCIONALIDAD	21
Capítulo 1. EL PROBLEMA DE LA INTENCIONALIDAD	22
1.1 La Intencionalidad Antes de Brentano	22
1.2 La Formulación de Brentano	26
1.3 Los Enunciados de Actitud Proposicional y sus Peculiaridades Semánticas	32
1.4 La Formulación Lingüística de Chisholm	35
1.5 Estados Mentales como Estados Intencionales	40
1.6 Intencionalidad originaria vs derivada	43
1.7 Explicación Intencional y Psicología Popular	48
1.8 Causalidad Mental	50
1.9 A Modo de Resumen	53
Capítulo 2. TEORÍAS DE LA INTENCIONALIDAD	54
2.1 Entre el relacionismo y el adverbialismo	54
2.2 Teorías sobre los Objetos Intencionales	59
2.3 Teorías sobre las Proposiciones	85
2.4 Internismo versus Externismo sobre los Contenidos Mentales	95
2.5 La Realidad de los Estados Mentales y el Estatus Científico de la Psicología	100
2.6 Balance General	104
Capítulo 3. REPRESENTACIONES MENTALES	107
3.1 Teoría Computacional de la Mente, Ciencia Cognitiva y Funcionalismo	107
3.2 La Teoría Representacional de la Mente	115
3.3 Representaciones Mentales e Intencionalidad	121
3.4 El Problema del Carácter Representacional de RMs	123
3.5 El Proyecto de Naturalización del Contenido Mental	127

3.6 Representaciones Mentales Basadas en la Similitud.....	129
3.7 Representaciones Mentales Basadas en el Rol Conceptual.....	135
3.8 Representaciones Mentales Basadas en Relaciones Causales Informativas	141
3.9 Representaciones Mentales Basadas en la Bioteleología	149
3.10 Balance y Objeciones Generales al PNCM.....	160
3.11. El Desafío del Proyecto de la Intencionalidad Fenoménica.....	162
3.12. Los Desafíos del Conexionismo y de la Cognición Corporizada.....	167
3.13 La Realidad de las Representaciones Mentales	175
3.14 Balance Final	180
PARTE II: SEMIÓTICA	182
Capítulo 4. LA SEMIÓTICA DE PEIRCE	183
4.1 ¿Quién fue Charles S. Peirce?	183
4.2 La Ubicación de la Semiótica en el Pensamiento de Peirce	186
4.3 Categorías y Lógica de Relativos.....	190
4.4 Semiótica, Signo y Semiosis	198
4.5 Íconos, Índices y Símbolos	205
4.6 Desarrollos Finales de la Teoría Semiótica	212
4.7 Semiótica y Pragmatismo.....	217
Capítulo 5. ALGUNOS PROBLEMAS DE LA FORMULACIÓN DE PEIRCE.....	222
5.1 El Problema del Conocimiento del Objeto	222
5.2 La Semiosis Infinita y la Indeterminación del Significado	228
5.3 El Interpretante como Mediador, Arbitrariedad del Significado, Imposibilidad del Error y Circularidad Explicativa.....	234
5.4 Sesgos Lingüístico y Lógico.....	240
5.5 La Psicología detrás de la Semiótica	245
5.6 Problemas con la Fenomenología y las Categorías	253
5.7 Idealismo Objetivo e Interaccionismo Mente-Cuerpo	261
5.8 Balance final	267
Capítulo 6. HACIA UNA SEMIÓTICA NATURALISTA.....	269
6.1 Hacia una semiótica naturalista.....	269
6.2 La semiosis como relación triádica.....	277
6.3 Hacia una Explicación Semiótica	285
6.4 Iconicidad y Reconocimiento Perceptual.....	290
6.5 Indexicalidad y Aprendizaje	303

6.6 Simbolismo, Comunicación y Razonamiento	309
6.7 Balance	321
PARTE III: SEMIÓTICA E INTENCIONALIDAD	324
Capítulo 7. HACIA UNA EXPLICACIÓN SEMIÓTICA DE LA INTENCIONALIDAD	325
7.1 Semiótica, Significado e Intencionalidad Originaria vs Derivada.....	325
7.2 El Relacionismo Representacional y el Externismo.....	330
7.3 Los Problemas de los Objetos Intencionales	335
7.4 La Naturaleza de los Objetos Intencionales	345
7.5 La Constitución de los Objetos en la Percepción.....	352
7.6. La Perspectiva del Sujeto	356
7.7 Actitudes Proposicionales y Proposiciones	358
7.8 La Naturalización del Contenido Mental	363
Capítulo 8. LA MENTE SEMIÓTICA.....	365
8.1 Intencionalismo Semiótico y Tesis de Brentano.....	365
8.2 Los Estados Mentales	370
8.3 El Contenido Mental.....	379
8.4 Causalidad Mental	387
8.5 Explicación Intencional, Razones para la Acción y Justificación de la Acción	392
8.6 El Sujeto Mental.....	398
8.7 Conciencia Fenoménica y Semiótica Naturalista	401
8.8 El Problema Mente y Cuerpo	407
8.9 Conexionismo y Cognición Corporizada.....	411
Capítulo 9. RESPUESTAS A OBJECIONES, TAREAS PENDIENTES Y CONSECUENCIAS PARA LA PSICOLOGÍA.....	418
9.1 Respuestas a Objeciones	418
9.2 Tareas Pendientes.....	440
9.3 Prospectiva: Hacia una Psicología Semiótica	443
CONCLUSIONES.....	450
REFERENCIAS	460

Lista de Figuras

Figura 2.1 Relación entre dos modos de presentación y un objeto.....	96
Figura 2.2 Relación entre un modo de presentación y dos objetos.....	97
Figura 4.1. Gráficas valentales para un relativo monádico (a), diádico (b) y triádico (c) ..	194
Figura 4.2. Combinaciones de dos mónadas (a), dos díadas (b) y tres díadas (c).	196
Figura 4.3. Relación tetrádica compuesta de relaciones triádicas.....	197
Figura 4.4. Estructura de la relación de representación.....	201
Figura 4.5 Tricotomías de la clasificación de signos de 1903	213
Figura 6.1 Relación de representación.....	287
Figura 6.2. Relación entre la historia semiótica y la semiosis actual.	287
Figura 6.3. Condiciones mínimas ideales para la semiosis icónica.	291
Figura 6.4. Condiciones mínimas ideales para el reconocimiento de clase.....	299
Figura 6.5. Condiciones mínimas ideales para el reconocimiento de objetos.....	300
Figura 6.6. Condiciones mínimas ideales para una relación de representación simétrica ..	301
Figura 6.7. Condiciones mínimas ideales para la representación indexical.	303
Figura 6.8 La comunicación como relación tetrádica y su composición	311
Figura 6.9. Condiciones mínimas ideales para la semiosis lingüística.....	312
Figura 6.10. Condiciones mínimas ideales para la comunicación lingüística	313
Figura 6.11. Relaciones signo-objeto en cada tipo de semiosis	314
Figura 6.12. Condiciones mínimas ideales para la representación simbólica	321
Figura 7.1. Representación errónea en la semiosis icónica.....	338
Figura 7.2. Representación errónea en la semiosis indexical.	339
Figura 7.3. Representación errónea en la semiosis lingüística y simbólica.....	341
Figura 7.4. Historia semiótica asociada a la falla en la Ley de Leibniz	357

Figura 8.1. Estructura del estado de creencia E^C 383

Figura 8.2. Estructura del estado de deseo E^D 383

Figura 8.3. Determinación de la acción por los estados mentales.384

Figura 8.4. El sujeto con mente como mediador de la relación entre el pasado y el futuro.
.....398

Lista de Acrónimos

Lista de los acrónimos usados en el texto en orden alfabético. En paréntesis se coloca el número de la sección o secciones si se usa exclusivamente en ellas.

AI: Adverbialismo intencional

AP: Actitud proposicional

CC: Ciencia cognitiva

CF: Conciencia fenoménica (o fenomenal) (§ 3.11)

EAP: Enunciado de actitud proposicional

HLP: Hipótesis del lenguaje del pensamiento

HSSF: Hipótesis de los sistemas simbólicos físicos

IA: Inteligencia artificial

KFI: *Knowledge and the Flow of Information* (§ 3.8)

MT: Máquina de Turing (§ 3.1)

MUT: Máquina universal de Turing (§ 3.1)

NC: Neurociencias cognitivas (§ 3.1)

PC: Principio de composicionalidad

PDR: Propiedades-dependientes-de-representaciones (§ 2.2.9)

PNA: Proyecto de naturalización amplio (§ 3.10)

PNCM: Proyecto de naturalización del contenido mental

PP: Psicología popular

RI: Relacionismo intencional

RM: Representación mental

RN: Representación neuronal

SCV: Semántica de condiciones de verdad

SC: Semiótica cognitiva (§ 8.9)

SGP: Symbol grounding problem (§ 3.4)

SM: Solipsismo metodológico

SRC: Semántica del rol conceptual (§ 3.7)

- SSF: Sistema simbólico físico (§ 3.1)
TB: Tesis de Brentano
TC: Tesis del contenido
TCM: Teoría computacional de la mente
TDA: Teoría de la dependencia asimétrica (§ 3.8)
TI: Teoría de la identidad psicofísica (§ 3.1)
TII: Teorías de la intencionalidad fenomenal
TIII: Tesis de la inexistencia intencional
TR: Teorema de reducción de Peirce
TRM: Teoría representacional de la mente

Lista de Símbolos Usados en las Figuras

Actúa sobre: \rightarrow

Contacta sensorialmente con: \rightarrow

Determina a: \Rightarrow

Diferente: \neq

Entonces: \rightarrow

Equivalente: \leftrightarrow

Es seguido por: \rightarrow

Negación: \neg

Parecido: \sim

Pertenece: \in

Similitud: \approx

INTRODUCCIÓN

Tal vez sea un buen punto de partida para este trabajo contar algo acerca de las motivaciones para su realización. Para contextualizar esta motivación debo primero decir que mi formación profesional fue como psicólogo y me he venido desempeñando en docencia universitaria e investigación en psicología básica desde hace más de 15 años. La preocupación detrás de este trabajo tiene que ver con el carácter científico de la psicología, y con los problemas eternos del objeto de estudio y el método. Muchas veces se ha dicho que, desde su concepción como ciencia, la psicología siempre ha estado en crisis. A finales del siglo XIX la psicología nace como ciencia de los contenidos de la conciencia, con una metafísica de las ideas bastante dudosa y un método introspeccionista muy poco confiable, sobre el cual no era posible construir algún conocimiento sólido. A inicios del siglo XX se impone el conductismo, cuya principal virtud fue ajustar a la psicología a los cánones de las ciencias naturales; pero al costo de abandonar buena parte de lo que parecía que le era esencial. El conductismo fue un programa parcialmente reduccionista, al abarcar muchos fenómenos psicológicos en términos de los paradigmas experimentales de condicionamiento. Fue también parcialmente eliminativista, al rechazar cualquier metafísica de la mente como sustancia y de las ideas como sus contenidos. Y también fue parcialmente omisivo, pues evito tratar con ciertos problemas, como el de la conciencia, por su intratabilidad científica, manteniéndolo aún en el campo de la filosofía. A mediados del siglo XX el conductismo entró en crisis en parte debido a que los paradigmas del condicionamiento se veían muy insuficientes para abarcar los fenómenos más asociados a la cognición humana; pero principalmente porque con el desarrollo de las tecnologías de la computación y la información hacía su aparición un competidor más promisorio. Algunos consideran que con la Revolución Cognoscitiva de mediados del siglo XX se presentó una verdadera revolución paradigmática en psicología y se instaló un nuevo paradigma dominante que ha venido liderando la ciencia psicológica durante los últimos 60 años¹. Las ciencias cognoscitivas hacían la promesa de recuperar todo aquello que el conductismo había abandonado, pero dándole un nuevo tratamiento materialista y mecanicista, garantizando el puesto de la psicología dentro de las ciencias

¹ Guedán, 2009

naturales. Además, el cognoscitivismo podía avanzar sobre aquellos temas relativos a la cognición humana para los que los paradigmas de condicionamiento eran bastante limitados. El empleo de la terminología de la computación y la transmisión de información, daban a la nueva ciencia un aspecto de sofisticación, modernismo y rigurosidad, que ofrecía a los psicólogos cognoscitivos la esperanza de estar yendo por el camino correcto.

Sin embargo, las apariencias engañan y la fachada de una ciencia sólida escondía una verdad vergonzosa. Los psicólogos cognoscitivos se habían acostumbrado a explicar los fenómenos mentales apelando a procesos de codificación, almacenamiento, transmisión y procesamiento de información. Había confianza para hacerlo, pues al final tenemos máquinas que hacen esto y, por lo tanto, tenemos modelos mecánicos que nos muestra cómo ocurre esto, y cómo se supone que podría ocurrir en nuestro sistema nervioso. Sin embargo, el término “información” es engañoso, pues tiene una carga semántica que no es capturada por las nociones de las tecnologías de la computación y el procesamiento de información. Así que los psicólogos cognoscitivos caían con frecuencia en la engañosa práctica de mezclar nociones semánticas (mensaje, contenido, representación, significado, etc.) con nociones mecánicas, sin que se hubiese ofrecido una verdadera teoría mecánica del significado (si es que algo así es posible). Este problema, entre varios otros, que serán revisados en el Capítulo 3, llevaron a que el paradigma cognoscitivista entrara en crisis y comenzara un lento proceso degenerativo que aún continúa. Han aparecido algunos nuevos competidores en escena, pero no han sido lo suficientemente fuertes como para motivar un cambio paradigmático global. Los modelos conexionistas, por ejemplo, terminaron siendo integrados al paradigma ya existente, al punto que hoy día son muy comunes los modelos híbridos simbólico-conexionistas, sin mayores sonrojos respecto a las inconsistencias que estos involucran. Además, el conexionismo es otro modelo mecánico, que tampoco parece resolver los problemas semánticos de su antecesor simbólico. A finales del siglo pasado hace su aparición la cognición corporizada, llamando la atención acerca del descuido que se ha tenido respecto al papel del cuerpo en los fenómenos mentales. Este es un reclamo necesario, sin embargo, el corporalismo no ha logrado ofrecerle a la psicología un paradigma de investigación general, que permita reemplazar al cognoscitivismo en todas sus áreas de estudio. Así que la psicología se encuentra ante el triste panorama de un paradigma en una larga agonía, pero sin un reemplazo convincente a la vista.

Los problemas de la psicología como ciencia están estrechamente relacionados a las discusiones en filosofía de la mente. Con mucha frecuencia la filosofía va detrás de la ciencia, tratando de hacer comprensible y mirar las implicaciones de los avances que realizan los científicos. Así ocurrió con la relación entre la psicología cognoscitiva y el funcionalismo. El funcionalismo trató de ofrecer una noción de estado mental que diera sentido a lo que ya se comenzaba a hacer en la investigación psicológica. Pero, así como los filósofos han interpretado ciertas consecuencias del desarrollo de la ciencia psicológica, los psicólogos científicos pocas veces son receptivos con las conclusiones filosóficas. Muchos psicólogos cognoscitivos continúan alimentando su paradigma, desentendiéndose de los profundos problemas filosóficos que hay en él. Sin embargo, una empresa científica sólida debe suponer una posición filosófica convincente sobre su área de conocimiento. Tal vez sea el momento de seguir el camino contrario, y buscar solucionar algunos problemas en filosofía de la mente, antes de pasar a desarrollar una psicología científica.

En mi trabajo académico siempre miré con sospecha la manera tan fácil en que desde el cognoscitivismo se mezclaban jerga semántica y mecánica. O bien los psicólogos cognoscitivos creían que hacían una reducción de fenómenos semánticos en favor de procesos mecánicos, lo que hacía innecesario el vocabulario semántico; o hacían uso del vocabulario semántico solo de manera metafórica, lo que hacía que su práctica fuera poco rigurosa; o creían sinceramente que contenidos semánticos podían convivir con procesos mecánicos en un tipo de extraño interaccionismo que escondía una mala metafísica. Debido a estas suspicacias, nunca trabajé dentro del paradigma cognoscitivista, y mi labor académica e investigativa fue hecha dentro del Análisis de la Conducta. Me gustaba su austeridad metafísica y su rigurosidad metodológica. Me interesé especialmente en aquellas cosas que distinguen las capacidades humanas de las de animales no-humanos, en especial los fenómenos asociados al lenguaje y el pensamiento. Realicé algunos trabajos dentro del interconductismo de Ribes, la investigación en equivalencia de estímulos y la teoría de los marcos relacionales². Pero rápidamente me di cuenta de que estos eran audaces intentos de extensión de los paradigmas de condicionamiento que tenían fuertes limitaciones para tratar con los problemas de mi interés. Esto es esperable, pues los paradigmas de condicionamiento surgen de preparaciones experimentales, bajo condiciones altamente artificiosas, y con

² Ribes & López, 1985; Sidman, 1994; Hayes, Barnes-Holmes & Roche, 2001.

organismos sin capacidades lingüística. Así que buena parte de mi trabajo investigativo se convirtió en críticas a estos paradigmas³. En la búsqueda de alternativas para enfrentar los problemas que son de mi interés, decidí explorar la semiótica de Charles S. Peirce.

Conocí a Peirce primero a través de su pragmatismo. Peirce es un antecedente obligado de la psicología norteamericana, y además el pragmatismo está en el trasfondo de la epistemología del Análisis de la Conducta. Sin embargo, al leer *Como Hacer Nuestras Ideas más Claras*, me sorprendió que el pragmatismo había sido formulado originalmente como una teoría del significado de las palabras (realmente, de ciertas palabras técnicas de la ciencia. De eso se hablará en § 4.7). Más adelante conocí accidentalmente algo sobre la semiótica y la clasificación de los signos en íconos, índices y símbolos. Inicialmente creía que el pragmatismo y la semiótica eran dos doctrinas independientes y que su relación era más bien accidental; porque generalmente se presentan en la literatura de manera separada. Pero lo que capturó mi atención fue que lo *simbólico* tiene que ver con aquellas cosas que son de interés en mi trabajo. Creo que no ha habido en psicología un término del que se haya abusado más que el de “símbolo”. En el cognoscitivismo se dice que el sistema procesa símbolos, pero estos se entienden a menudo como cadenas de signos arbitrarios que bien podrían no tener ningún significado, incluso para el sistema mismo (como se verá más adelante en la crítica de la habitación china de Searle, § 3.5). En el Análisis de la Conducta lo simbólico era reducido a procedimientos de emparejamiento entre símbolos arbitrarios⁴, que en la perspectiva de Peirce no pasarían de ser meramente indexicales. Los piagetianos hablan de “función simbólica”, pero ponen el énfasis en la internalización de los esquemas de acción, con un grave descuido del papel del lenguaje⁵. Los psicoanalistas también hablaban de lo simbólico, pero su metafísica de sus contenidos inconscientes siempre me ha parecido demasiado oscura. Tal vez quienes mejor han tratado con lo simbólico en psicología han sido los psicólogos soviéticos, en la tradición de Vygotsky, pues ellos reconocen el carácter lingüístico y social de los símbolos⁶. Sin embargo, parecen carecer de una teoría propia de los símbolos.

³ P. ej., Plazas & Peña, 2016; Plazas & Villamil, 2018; Plazas, 2021.

⁴ P. ej., Cartes & Werner, 1978; Sidman & Tailby, 1982; Wilkinson & McIlvane, 1997; Zentall, Wasserman & Urcuioli, 2013.

⁵ P. ej., Piaget, 1946/1982; Piaget & Inhelder, 2015.

⁶ P. ej., Vygotsky, 1934/1995, 1978/2009.

Lo que me parecía especialmente atractivo de la semiótica peirceana es que en ella hay una noción técnica de *símbolo*, integrada dentro de un sistema más amplio de los signos (§ 4.4). También me parecía sugestivo el hecho de que la semiótica peirceana parece involucrar una teoría del significado que ofrecía una alternativa a las teorías mentalistas, las cuales ponen el peso en los conceptos. Este es el caso, por ejemplo, de la teoría del signo lingüístico de Ferdinand de Saussure o el triángulo semántico de Ogden y Richards⁷. El problema con estas teorías consiste en que hacen del significado un atributo del concepto, como entidad mental, pero la naturaleza mental de estas entidades conceptuales puede ser tan oscura como la noción misma de significado⁸. Esto ocurre con la psicología cognoscitivista, en la que los conceptos se tratan como los símbolos que procesa el sistema, pero de los que difícilmente se explica su carácter semántico o representativo. La teoría semiótica de Peirce pone el peso del significado en la relación entre el signo y el objeto que representa, ya sea esta una relación de semejanza para los íconos, de contigüidad para los índices y de convencionalidad para los símbolos (§ 4.5). La teoría de Peirce ofrece una concepción relacional del significado, que parece bastante promisoria. Además, la clasificación de los signos en íconos, índices y símbolos no es categórica, sino que ellos están organizados jerárquicamente entre sí, de tal manera que los índices involucran a los íconos y los símbolos a los índices. Esta ordenación de los tipos de signos invita a pensar que hay una continuidad entre los procesos semióticos, de tal manera que es posible un tratamiento de lo simbólico en conexión con procesos sub-simbólicos, lo cual haría viable un tratamiento naturalista del tema; pero sin involucrar algún reduccionismo. Esto se hizo más evidente cuando me di cuenta de que los procesos de aprendizaje asociativo podían ser interpretados en términos de semiosis indexicales (§ 6.5). Parecía entonces que la complejización de los hechos semióticos se correspondía con una complejización de los fenómenos psicológicos (§§ 6.4-6.6). Esto me llevó a pensar si era posible que la semiótica peirceana se pudiera tomar como un marco general para entender los fenómenos psíquicos en su continuo de complejidad.

⁷ Saussure, 1916/1945; Ogden & Richards, 1923/1954.

⁸ Existe una variedad de concepciones acerca de la naturaleza de los conceptos, ya sea como objetos abstractos (Peacocke, 1992; Zalta, 2001), habilidades (Dummett, 1993; Bennett & Hacker, 2008; Kenny, 2010), o la más habitual, que la toma como representaciones mentales (p. ej., Fodor 1975/1984, 1987/1994). También, algunos entienden los conceptos como clases funcionales (Lalumera, 2010), y hay posiciones eliminativistas de los conceptos, que los rechazan porque, presuntamente no constituyen ninguna clase natural (Machéry, 2009).

Para poder responder esta pregunta y ver si valía la pena el intento de revisar la psicología a la luz de la semiótica, consideré que era una buena prueba evaluar hasta qué punto la semiótica podía ofrecer respuestas prometedoras en cuestiones fundamentales de filosofía de la mente. El problema de elección naturalmente debía ser el de la *intencionalidad*. La intencionalidad, junto a la conciencia, han sido los dos temas principales de la filosofía de la mente durante el último siglo. La intencionalidad tiene que ver con el asunto de cómo nuestros estados mentales siempre tienen un contenido, son acerca de algo. Desde la recuperación del término por parte de Franz Brentano, hay un acuerdo importante en que un aspecto característico de los estados mentales es que estos estados con un contenido, sea objetual o proposicional; a diferencia de los fenómenos en las demás ciencias naturales. Como se verá más adelante, la intencionalidad tiene que ver con el hecho de que el contenido mental es independiente de la existencia de sus objetos intencionales y es dependiente de la perspectiva del sujeto. La cuestión de la intencionalidad es la que está detrás del problema del carácter representativo de los llamados símbolos tomados como ítems de procesamiento en las ciencias cognitivas. Hay un amplio desacuerdo en cómo caracterizar y explicar el carácter intencional de los contenidos mentales. Si la semiótica peirceana involucra una teoría del significado debía, por tanto, implicar una concepción sobre los contenidos mentales. Si la semiótica podría ofrecer una explicación convincente del carácter intencional del contenido mental, entonces podría tener algún valor para entender los estados mentales y fundamentar las prácticas de una psicología científica.

Mi primera aproximación sistemática a la obra de Charles Peirce fue a través de mi trabajo de fin de master en filosofía. Me encontré con un autor mucho más profundo de lo que esperaba, en quien la semiótica y el pragmatismo se relacionaban íntimamente dentro de un sistema arquitectónico bastante ambicioso, que cubría casi todas las áreas del conocimiento humano. En Peirce descubrí al científico, al lógico, al matemático, al epistemólogo y al metafísico, que ejemplifica lo mejor de los más grandes nombres que han construido el pensamiento de Occidente. Su lectura me causó gran impacto y me condujo a dar un giro hacia el realismo, desde las posiciones nominalistas en las que me había formado y había defendido. A pesar de que Peirce fue bastante incomprendido en su época, el redescubrimiento gradual de su obra ha hecho que hoy en día sea un autor que genere bastante interés en diferentes áreas. Hoy día no me siento muy orgulloso de mi trabajo de fin de

master, pues para ese entonces mis conocimientos sobre Peirce eran aún muy limitados; pero allí concluía que debía explorarse la relación entre semiótica e intencionalidad⁹. Esta no es una pregunta original, ya había sido propuesta por T. L. Short, de quien conocía algo su obra para ese momento¹⁰. Sin embargo, el intento de Short de ofrecer una explicación de la intencionalidad desde la semiótica me parecía limitado en varios aspectos. En primer lugar, Short hacía un tratamiento algo pobre del problema de la intencionalidad. En segundo lugar, lo que terminaba haciendo Short era mostrar a la semiótica casi como una versión de una teoría teleosemántica del significado (sobre las teorías teleosemánticas, ver § 3.9). Mi presentimiento era que la semiótica podía ofrecer una explicación más fundamental de la intencionalidad, y por eso para este trabajo realicé un intento desde cero, completamente independiente al de Short.

Esta tesis está dividida en tres partes, cada una de tres capítulos. La primera parte se titula ‘Intencionalidad’, la segunda ‘Semiótica’ y la tercera ‘Semiótica e Intencionalidad’, lo que muestra la manera en que están organizados los temas a lo largo de este trabajo. La primera parte busca poner las bases del problema de la intencionalidad. En el primer capítulo abordo el problema de la intencionalidad en su generalidad, presento la formulación original de Brentano, la relación entre el contenido intencional y los problemas semánticos de los enunciados sobre estados mentales, y la adscripción de estados mentales con contenido intencional para la explicación racional de la conducta en la psicología popular. En el segundo capítulo hablo de las teorías sobre la estructura de los estados mentales y la naturaleza de los contenidos mentales, sean objetuales o proposicionales. También abordo el debate entre las posiciones internistas y externistas del contenido mental y el asunto de la realidad de los estados mentales en relación con la posibilidad de la psicología como una ciencia. En el tercer capítulo trato del problema de las representaciones mentales, hago una exposición de los fundamentos de la Teoría Representacional de la Mente, de cómo resuelve los asuntos de la intencionalidad, del problema del carácter semántico de las representaciones mentales, de las diferentes teorías ofrecidas para dar cuenta de este carácter y sus problemas, así como los desafíos que han traído los modelos conexionistas y de cognición corporizada.

⁹ Plazas, 2017.

¹⁰ Short, 1981, 2007.

La segunda parte está dedicada a la semiótica. El Capítulo 4 hace una presentación de la semiótica de Peirce, aunque he procurado hacerlo dentro del contexto de su sistema arquitectónico, pues pienso que solo así es comprensible el carácter que tiene esta semiótica. Es especialmente relevante la formulación de la semiosis como relación triádica entre el signo, el objeto y el interpretante. Para ello es necesario pasar revista a la teoría de las relaciones de Peirce y su tesis de reducción. También se abarca la distinción entre ícono, índice y símbolo, así como las clasificaciones posteriores de los signos que realizó Peirce basado en su teoría de las categorías. Finalmente, se revisa la relación entre semiótica y pragmatismo. El Capítulo 5 está dedicado a revisar algunos problemas de la formulación original de la semiótica de Peirce como teoría del significado, así como posible solución al problema de la intencionalidad. La preocupación más acuciante tiene que ver con cierta circularidad explicativa asociada a cierta ambigüedad del interpretante dentro de la relación triádica. También se revisan otros problemas como el fuerte sesgo lógico y lingüístico de la formulación, la ambigua relación entre semiótica y psicología, ciertos problemas con la teoría de las categorías y las dificultades del idealismo objetivo que profesó Peirce en teoría de la mente. El Capítulo 6 hace una reformulación de la semiótica en una propuesta que llamo *Semiótica Naturalista*. Se presenta a la semiótica como una ciencia natural, descriptiva y explicativa, cuyo objeto de estudio es la semiosis. Realizo algunas precisiones respecto a la conceptualización de las relaciones triádicas, y de la conceptualización de la semiosis como una relación triádica genuina. Para evitar las ambigüedades de la noción de interpretante, hago una separación entre semiosis actual e historia semiótica y conceptualizo la relación entre ambas también como relación semiótica. Luego hago una exposición de los principales tipos de signos, haciendo mención a la historia mínima ideal requerida para su aparición, y establezco su paralelo con varios fenómenos mentales según su complejidad. Así, presento a la semiosis icónica en relación con el reconocimiento perceptual, la semiosis indexical relacionada con los procesos de aprendizaje asociativo, y finalmente establezco la relación entre la adquisición del lenguaje y las propiedades del lenguaje como sistema con el establecimiento de semiosis simbólicas, que permiten operaciones de razonamiento.

La Parte III está destinada a ofrecer una explicación de la intencionalidad y la mentalidad desde la semiótica naturalista. En el Capítulo 7 se presentan las consecuencias de la semiótica naturalista para la intencionalidad. Se establece una posición respecto al debate

entre intencionalidad originaria y derivada, se defiende un relacionismo representacional externista respecto a la estructura de los estados mentales, se ofrece una explicación para diferentes objetos intencionales, se plantea la cuestión de la naturaleza y constitución de estos objetos, así como de la naturaleza de las proposiciones y los estados de actitud proposicional y se discute la relación entre semiótica naturalista y los proyectos de naturalización del contenido mental. El Capítulo 8 presenta las consecuencias de la semiótica naturalista para la concepción de la mente. Se defiende la llamada Tesis de Brentano, o la perspectiva de que la ‘marca de lo mental’ es la intencionalidad, en una posición que llamo *intencionalismo semiótico*. Abarco los problemas de qué es un estado mental, cuál es la naturaleza del contenido mental y qué consecuencias tiene para el problema de la causalidad mental. Defino al sujeto con mente como aquel que tiene la capacidad de ser intérprete de signos, establezco la relación entre el intencionalismo semiótico y la conciencia fenoménica, defino la posición respecto al problema mente y cuerpo y finalmente evaluo cómo se relaciona con los modelos conexionistas y con la cognición corporizada. En el Capítulo 9 se responde a posibles objeciones a la propuesta, primero por parte de algún purista peirceano, luego por parte de filósofos de la mente con fuertes compromisos fisicalistas, así como fenomenólogos anti-naturalistas y finalmente algunas cuestiones relativas a la relación entre semiosis y biología. Abordo también algunos asuntos pendientes y finalizo con la prospectiva de una psicología semiótica como empresa científica.

La división del trabajo en tres partes de tres capítulos parece replicar la manía peirceana de realizar divisiones tripartitas en todos los campos del saber. Aunque el buen conocedor de Peirce se daría cuenta de que, si hubiera seguido dicha recomendación, la primera parte debería tener un solo capítulo, la segunda dos y la tercera tres. Este trabajo pretende sentar las bases para un programa de investigación en filosofía de la mente y en psicología. El tiempo dirá si esta propuesta tiene algún valor para el futuro de estas disciplinas.

PARTE I: INTENCIONALIDAD

En esta primera parte de la tesis se hace una presentación del problema de la intencionalidad y los diferentes tratamientos que ha recibido. El primer capítulo realiza una exposición histórica y conceptual del problema de la intencionalidad. Se presenta la formulación original de Brentano de la intencionalidad como la propiedad definitoria de los fenómenos mentales, y cómo luego esta formulación es integrada por Roderick Chisholm a las propiedades intensionales con-s de los enunciados de actitud proposicional; así como también la función de estos enunciados en la explicación intencional de las acciones dentro de la psicología popular y la causalidad mental. El segundo capítulo habla de las teorías de la estructura de los estados mentales entendidos como estados intencionales, así como de la naturaleza de los contenidos intencionales, sean estos objetuales o proposicionales. También introduce al debate entre internismo y externismo sobre el contenido mental y expone la cuestión de la realidad de los estados mentales como estados intencionales, así como de la posibilidad de la psicología como una ciencia. El Capítulo 3 está dedicado exclusivamente a las representaciones mentales, que es la posición más popular sobre los contenidos mentales en Ciencias Cognoscitivas y una parte importante de la filosofía de la mente. Se expone la Teoría Representacional de la Mente, en conexión con sus antecedentes en la Teoría Computacional de la Mente y el funcionalismo. Se aborda el problema de cómo adquieren su contenido representativo las representaciones mentales, y se revisan críticamente varias soluciones que hacen parte del Proyecto de Naturalización del Contenido Mental. Se revisan los desafíos traídos por la cuestión de la conciencia fenoménica, así como del conexionismo y la cognición corporizada y se analizan varias actitudes respecto a la realidad de las representaciones mentales.

Capítulo 1. EL PROBLEMA DE LA INTENCIONALIDAD

Se puede considerar que la filosofía de la mente como campo especializado de investigación nace con el *problema mente-cuerpo*, originado en el dualismo interaccionista de Descartes. Hasta comienzos del siglo XX hubo varios intentos de resolver el problema mente-cuerpo abordándolo como un problema acerca de sustancias y sus naturalezas. Sin embargo, a finales del siglo XIX Franz Brentano reintrodujo desde la filosofía medieval el término *intencionalidad* para caracterizar a los fenómenos mentales en oposición a los fenómenos físicos. La intencionalidad como criterio de demarcación entre los fenómenos físicos y mentales será recuperada a mediados del siglo XX por Roderick Chisholm; pero esta vez trazando un criterio lingüístico, a partir de las peculiaridades semánticas de los enunciados sobre estados mentales. Desde entonces, la intencionalidad ha sido considerada, junto a la conciencia, una de las propiedades fundamentales de la mente. Este capítulo tiene el propósito de realizar una introducción histórica y temática a la propiedad de la intencionalidad que se predica de los estados mentales. Primero presento una breve revisión histórica de los antecedentes de la noción de intencionalidad antes de Brentano (§ 1.1). Luego hablaré de la formulación realizada por Brentano (§ 1.2). En § 1.3 se introduce a los enunciados de actitud proposicional, como los tipos de enunciados sobre estados mentales, y abordo sus peculiaridades semánticas. En § 1.4 presento la formulación lingüística de la intencionalidad de Chisholm, que ha sido el punto de partida de la discusión del tema dentro de la tradición analítica. Después abordo la estructura de los estados mentales como estados intencionales, de acuerdo con John Searle, y discuto el problema de la coexistencia entre mentalidad e intencionalidad (§ 1.5). Continuo con la cuestión de la intencionalidad originaria de los estados mentales y su oposición a la intencionalidad derivada de los signos externos (§ 1.6). En § 1.7 abordo la relación entre explicación intencional y psicología popular y finalizo con el problema de la causalidad mental, o la explicación de la acción a partir de los contenidos de los estados mentales (§ 1.8).

1.1 LA INTENCIONALIDAD ANTES DE BRENTANO

La palabra *intencionalidad* proviene del latín '*intentio*', que significaba toda dirección de un ser hacia algo, y que en el caso de los seres conscientes indica la dirección de la voluntad o

el conocimiento hacia algún objeto¹. La palabra “intencionalidad” se sigue usando corrientemente con este sentido en lenguas como el español. San Agustín usó la expresión *intentio voluntatis* en su teoría de la Trinidad para referirse a la atención que ejerce la voluntad, ya sea sobre un objeto sensible en la generación de una imagen en el órgano sensorial, o la atención dirigida a una imagen en la memoria para hacer posible el pensamiento².

Sin embargo, durante la época de la Escolástica el término *intentio* adquirió un significado técnico diferente. Inicialmente se usó para traducir la palabra árabe *ma'na* de la teoría de los sentidos internos de Avicena³. En esta teoría, la facultad perceptiva del alma animal recibe la forma de los sensibles a través de los sentidos externos, y dichas formas se reflejan en los *spiritus animales* de los sentidos internos, que llenan los ventrículos del cerebro. Los sentidos internos son cinco, y tienen la tarea de abstraer la *quiddidad* de las formas, liberándolas gradualmente de los accidentes de cantidad, cualidad, lugar y posición. El cuarto de estos sentidos es la *facultad estimativa*, que se ubica en el extremo posterior del ventrículo medio, y su función es recibir las *intenciones (ma'na)* no sensibles de los objetos sensibles individuales. Dichas intenciones tratan de si un objeto es reconocido como conveniente o inconveniente, como por ejemplo si se juzga que un lobo debe ser evitado o un niño debe ser amado; y tales intenciones son útiles para la toma de decisiones en la acción deliberada. Además, las intenciones, así como las *phantasias* son los insumos de la facultad teórica del alma racional para la actualización de las formas inteligibles, gracias a la iluminación recibida del intelecto agente⁴. De las traducciones latinas de Avicena también surge la distinción entre *primeras* y *segundas intenciones*, las unas para hablar de las palabras que se refieren a cosas, y las otras a palabras que se refieren a otras palabras⁵.

La teoría de los sentidos internos fue conservada en la teoría de las *species* de los filósofos escolásticos. La teoría de las *species* fue formulada inicialmente por Roger Bacon, quien planteó que los objetos físicos emanan *species*, que son como átomos de luz, que se asemejan a su objeto y se propagan en todas las direcciones a través de algún medio diáfano,

¹ Amerini, 2010, p. 559; Magnavacca, 2005, pp. 382-383.

² Agustín, *Tratado de la Santísima Trinidad*, XI.4.7; XI.7.11-12; XIV.3.5; XV.3.5.

³ Lagerlund, 2007, p. 12.

⁴ Avicena, *Najät*, 6.3-6.5, 6.7, 6.11. La teoría de que las facultades cognitivas se encuentran en el cerebro, el cual está lleno de un *pneuma psíquico* o *spiritus animales*, es tomada por Avicena de Galeno (Hall, 2004).

⁵ Germann, 2010, p. 517; Normore, 2007, p. 126.

hasta alcanzar algún órgano sensorial, alterándolo cualitativamente y generando la sensopercepción. Bacon describió la estructura del ojo y los principios ópticos de reflexión y refracción por los cuales las *species* son enviadas a través de los *spritus animalis* del nervio óptico a los ventrículos del cerebro y los sentidos internos. Según Bacon, las *species* informan el medio por el que pasan, y son signos naturales de sus objetos agentes, refiriéndose a ellas como *intenciones* o *similitudes*. Sin embargo, Bacon insistió en su corporalidad, pues sólo un ser corporal podía ser similar a un objeto corporal y seguir las leyes de la óptica⁶.

El principal exponente de la teoría de la *species* fue Santo Tomás. Para Tomás, los objetos emiten *species sensibilis*, las cuales informan el medio y se imprimen en el órgano sensible, de donde surge otra *species* que al llegar a los sentidos internos forma un *phantasma*. Cuando el intelecto agente actúa sobre tales *phantasmas* surge la *species intelligibilis*, que son formas esenciales, despojadas de todo accidente material⁷. En ocasiones, Tomás se refería a las *species* como imágenes, similitudes o representaciones de las cosas⁸. Lo interesante es que Santo Tomás afirmó que las *species* no eran seres físicos, como creía Bacon, sino que tenían un tipo de existencia especial, que llamó *existencia intencional* (*esse intentionale*) o espiritual, consistente en tener un ser incompleto, en un punto medio entre la potencia y el acto. Sus argumentos eran que potencias opuestas, como el color blanco y el negro, podían ser actualizadas simultáneamente en un medio diáfano, como el aire y, además, las intenciones “no provocan cambios naturales”⁹. En el siglo XIV la teoría de las *species* vio su ocaso, debido a que pensadores como Durand de Saint-Porçain, Peter Olivi y Guillermo de Occam, consideraron que esta era una teoría representacionista, que involucra un conocimiento indirecto del mundo, lo que conduciría al escepticismo.

⁶ La teoría de las *species* de Bacon se apoyó en los desarrollos de la óptica de Alhacen y la metafísica de la luz de su colega Robert Grosseteste. (Pasnau, 1997, pp. 64-66; Kaizman-Kedar, 2010; Spruit, 2010, p. 1212).

⁷ Tomás, *Suma de Teología*, I q. 76 aa. 1-2, q. 78 a. 3-4, q. 79 aa. 6-7, q. 84 aa. 1, 3-5, q. 85 aa. 1-2, 4. Cf. Pasnau (1997), pp. 14-16, 86-87, 105-110, 195-199, 215. Cf. Magnavacca, 2005, p. 649; Normore, 2007, p. 130.

⁸ *Suma de Teología*, q. 85, a. 2. Cf. Pasnau, 1997, pp. 86-87. Algunos especialistas, como King (2007) afirmaron que Tomás exponía una teoría de la representación por conformidad, según la cual “una representación mental representa a un objeto sólo en el caso en que esta tiene la misma forma que el objeto.” (King, 2007). Sin embargo, es dudoso que Santo Tomás hubiese sostenido una posición representacionista, pues afirmó que “lo primero que se entiende es la realidad representada en la especie inteligible” y “secundariamente, la especie inteligible es lo entendido” (*Suma de Teología*, I, q. 85, a. 2; cf. Pasnau, 1997, pp. 197-198). Esto se debe a que hay una identidad formal entre la especie y las naturalezas externas, de manera que no hay una inferencia de las primeras a las segundas (Brown, 2007, p. 142).

⁹ Tomás, *Comentario al libro de Aristóteles sobre el Sentido y lo Sensible*, IV.62, VIII.291; *De veritate*, q. 27, art. 4, ad. 4; *Suma de Teología*, I, q. 67, a. 3.

Además, atacaron el carácter misterioso de la existencia intencional de las *species* y su tendencia a producir una multiplicación innecesaria de los entes¹⁰.

En la escolástica tardía, se usaron las palabras *objectum* y *objectivum* para referirse a aquel modo de ser que es relativo al alma humana; de tal manera que la expresión existencia *objetiva* comenzó a reemplazar a la de existencia *intencional*¹¹. Iniciando la época moderna, Descartes recuperó la noción de *existencia objetiva*¹². Según Descartes, la actividad más importante de la mente es el pensamiento, el cual conoce de manera directa e inmediata las ideas en la mente misma. Las ideas son los modos en que se da el pensamiento¹³. Dado que las ideas pertenecen a la mente, que es una sustancia especial, separada de lo material¹⁴, las ideas tienen un tipo de realidad especial, que llamó *realidad objetiva*. La realidad objetiva es “la entidad o ser de la cosa representada por la idea, en tanto que esta entidad está en la idea...”¹⁵. Así como “la idea de Sol es el Sol mismo que existe en el entendimiento, en verdad no formalmente como está en el cielo, sino *objetivamente*, es decir, en la manera como los objetos acostumbran existir en el entendimiento.”¹⁶ Sin embargo, “la realidad objetiva de nuestras ideas requiere una causa en la que esa misma realidad esté contenida no sólo objetivamente, sino también de manera formal o eminente.”¹⁷ Finalmente, al igual que Santo Tomás, Descartes afirmó que las ideas tienen un “modo de ser que es en verdad bastante más imperfecto que aquel por el cual las cosas existen fuera del entendimiento; pero sin embargo no es pura nada...”¹⁸. Por lo tanto, desde Santo Tomás a Descartes encontramos una mención a la *intencionalidad* (o la *objetividad*) como el modo de ser o existencia peculiar de los contenidos de nuestros estados mentales. Sin embargo, durante la modernidad el término “intencionalidad” no fue empleado.

¹⁰ Pasnau, 1997, pp. 18, 67-68, 76-79, 82-85, 247-253. Cf. Normore, 2007, pp. 130-131.

¹¹ En esta época, por *obiectum* y *obiectivum* se quería decir un modo de ser relativo al alma humana (Magnavacca, 2005, pp. 438-484).

¹² Descartes se formó con jesuitas, en una época donde se vivió la segunda escolástica, y uno de los principales representantes de esta era Francisco Suarez. Suarez distinguía en el ser una concepción *formal* y una *objetiva*. Llamaba concepto formal al acto del entendimiento por el que se concibe algo, y al concepto objetivo “a la cosa o razón que propia e inmediatamente se conoce o representa por medio del concepto formal” (*Disputación Segunda*, citado por López Molina, 2002 p. 227).

¹³ Descartes (1641/2011), *Respuestas a las segundas objeciones*, pp. 270-1.

¹⁴ *Ibid.*, Sobre la diferencia entre cuerpo y espíritu, *Sexta Meditación*, p. 217.

¹⁵ *Ibid.*, *Respuestas a las segundas objeciones*, p. 271.

¹⁶ *Ibid.*, *Respuestas a las primeras objeciones*, p. 229. Énfasis mío.

¹⁷ *Ibid.*, *Respuestas a las segundas objeciones*, p. 274. Cf. *Ibid.*, p. 275; *Tercera Meditación*, pp. 183-184; *Respuestas a las primeras objeciones*, p. 235.

¹⁸ *Ibid.*, p. 229.

1.2 LA FORMULACIÓN DE BRENTANO

Franz Brentano es bien conocido por haber reintroducido a la *intencionalidad* en la filosofía contemporánea. En su obra de 1874 *La Psicología desde un Punto de Vista Empírico*, Brentano buscó diferenciar a la psicología como ciencia empírica de las demás ciencias físicas. Según Brentano, las ciencias naturales estudian fenómenos físicos, mientras que la psicología estudia fenómenos psíquicos o mentales¹⁹. Los *fenómenos físicos* son cualidades sensibles causadas por los objetos externos, como “un color, una figura o un paisaje que veo, un acorde que oigo, el calor, frío u olor que siento (así como las imágenes semejantes que se me aparecen en la imaginación).” En cambio, los *fenómenos psíquicos* consisten en los actos mentales de aprehensión de tales cualidades, como “el oír un sonido, el ver un objeto coloreado, el sentir el frío o el calor (así como los estados semejantes de la imaginación)”; pero también actos cognitivos como “el pensar un concepto general, ...todo juicio, todo recuerdo, toda expectativa, toda deducción, toda convicción u opinión, toda duda...”, y actos emotivo-volitivos como “la alegría, tristeza, temor, esperanza, coraje, desaliento, cólera, amor, odio, apetito, volición, intención, asombro, admiración, desprecio, etc.”²⁰ Sin embargo, en ambos casos estamos hablando de fenómenos, como experiencias conscientes. En consecuencia, la separación entre fenómenos físicos y psíquicos es una división interna de la conciencia.

Pero si los fenómenos físicos y psíquicos son ambos fenómenos, ¿qué los distingue? Brentano consideró varios criterios y al final se decidió por la *intencionalidad* como rasgo definitorio de los fenómenos psíquicos en oposición a los físicos, tomando el término de los medievales. En su archiconocida cita, Brentano dice:

Todo fenómeno psíquico se caracteriza por lo que los escolásticos del Medioevo llamaron la inexistencia intencional (o mental) de un objeto, o por lo que nosotros llamaríamos –aunque con expresiones no del todo inequívocas- la referencia a un contenido, la dirección a un objeto (bajo el cual no hay que entender aquí una realidad) o la objetividad inmanente. Todos los fenómenos psíquicos contienen en sí algo como objeto, aunque no todos de igual modo. En

¹⁹ Brentano, 1874/2020, *Psicología desde el Punto de Vista Empírico*, I.1.2-3, II.1.9.

²⁰ *Ibid.*, II.1.2 p. 105. Esta distinción es semejante a la de John Locke entre *ideas de sensación* e ideas de *reflexión* (1690/1999, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, II.1.2-5, II.9-11).

la presentación hay algo presentado; en el juicio hay algo aceptado o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido; etc.

Esta inexistencia intencional es exclusivamente propia de los fenómenos psíquicos. Ningún fenómeno físico presenta nada parecido. Por consiguiente, podemos definir los fenómenos psíquicos diciendo que son aquellos fenómenos que contienen en sí intencionalmente un objeto.²¹

En esta cita se pueden distinguir tres tesis, que denominaré tesis del contenido (TC), tesis de la inexistencia intencional (TII) y la tesis de Brentano (TB)²²:

TC: Los fenómenos mentales tienen direccionalidad hacia un objeto y referencia a un contenido; son “acerca de” algo.

TII: El contenido objetual de los fenómenos mentales es in-existente o inherente al fenómeno en cuestión, no es trascendente a este.

TB: Todos y sólo los fenómenos mentales presentan intencionalidad.

En esta formulación, la TC trata del hecho de que los fenómenos mentales siempre tienen un contenido, son acerca de algo. Para los fenómenos psíquicos, dicho contenido es uno objetual; son siempre acerca de un objeto, no se dan en el vacío. En inglés es común el uso del término “*aboutness*” para referirse a este carácter de los estados mentales de ser acerca de algo. Además, Brentano usó los términos objeto y objetivo en su sentido medieval y cartesiano, como aquello que es relativo de un acto mental²³. Sin embargo, puede ser que la TC no sea suficiente para distinguir los fenómenos psíquicos de los físicos, pues en esta formulación los fenómenos físicos también parecen tener un contenido, en su caso, las cualidades de los objetos externos. Es, en cambio, la TII la que permite distinguir entre ambos tipos de fenómenos. Según la TII, el contenido objetual de los fenómenos o actos mentales es interno a estos, no requiere ser acerca de algo existente, de algún objeto trascendente al

²¹ *Ibid.* II.1.5, pp. 114-115. De la traducción al español, he cambiado “representación” por “presentación”, así como se hace en la traducción al inglés de Linda McAlister (1973). Brentano trazará los antecedentes de la doctrina de la *inexistencia intencional* desde Aristóteles hasta Santo Tomás (*Ibid.*, nota 16). Sin embargo, algunos especialistas, como Sorabji (1991), ha argumentado que Brentano interpretó erróneamente algunas ideas de Aristóteles.

²² Esta distinción es similar a la establecida por Pierre Jacob (2019, sec. 2). Roderick Chisholm (1967) llamará a la tesis del contenido la *tesis psicológica*, y a la de la inexistencia intencional *tesis ontológica*.

²³ Chrudzinski & Smith, 2004, p. 198.

acto mismo. Así, yo puedo pensar acerca de los hombrecillos verdes que habitan Marte, de tal manera que tales hombrecillos sean los objetos de mi acto de pensar; pero para pensar en ellos no requiero que dichos hombrecillos realmente existan. En cambio, si los fenómenos físicos tienen algún contenido, este es causalmente dependiente de las cosas externas reales que los producen. La expresión *inexistencia intencional* hace referencia al hecho de que el objeto existe internamente al acto mental, su realidad objetual es dependiente del acto mismo²⁴. En este sentido, Brentano recupera la idea medieval y cartesiana de existencia intencional, objetiva, o dependiente de la mente; y que es distinta de la existencia real de los objetos externos²⁵. La TB establece la coexistencia entre fenómenos mentales e intencionalidad, de tal manera que la intencionalidad es la “marca de lo mental”. Esto hace que los fenómenos psíquicos sean esencialmente diferentes a los físicos, y que la psicología como ciencia mantenga su independencia respecto a las demás ciencias físicas.

La inmanencia del objeto en el fenómeno psíquico se debe al hecho de que los fenómenos psíquicos son presentaciones o se basan en presentaciones. Se entiende por una *presentación (Vorstellung)* “no lo que se presenta, sino el acto de presentar”²⁶. Por lo tanto, la presentación “no constituye solo el fundamento del juzgar, sino también del apetecer y de cualquier otro acto psíquico. Nada puede ser juzgado, nada puede ser apetecido y nada puede ser tampoco esperado o temido si no es presentado”²⁷. Brentano realiza una clasificación de los fenómenos psíquicos de acuerdo con “la diversa referencia a un objeto inmanente de la actividad psíquica, o el diverso modo de la existencia intencional de un objeto.”²⁸ Así, identifica tres clases o modos de los fenómenos mentales: Primero, las presentaciones, ya mencionadas, que consisten en que “se nos aparece algo”. Segundo, los juicios, que consisten en “un aceptar (como verdadero) o un rechazar (como falso)” alguna presentación. Y tercero,

²⁴ En otras partes Brentano hace más explícito que la *inexistencia intencional* es lo que distingue a los fenómenos psíquicos de los físicos: “como propiedad definitiva de todos los fenómenos psíquicos, la *inexistencia intencional*, la referencia a algo como objeto; ningún fenómeno físico revela nada parecido.” (*Ibid.*, II.1.9, p. 98); o “Lo que más distingue los fenómenos psíquicos de los físicos es que a aquellos les es objetivamente inherente algo.” (*Ibid.*, II.VI.1, p. 146).

²⁵ Sin embargo, Pasnau (1997) ha argumentado que para los medievales la existencia intencional no era una ‘marca de lo mental’, pues la *esse intentionale* de las *species* también ocurría en el medio de contacto fuera del individuo (pp. 63-64). Vale la pena recordar que para la psicología aristotélica medieval lo *mental* se refería en específico a las capacidades intelectuales del ser humano, en oposición a las afecciones de los sentidos externos e internos, propias del alma animal. Es a partir de la filosofía de Descartes que la noción de *mente* se identificará con todo lo que es consciente, incluyendo las sensaciones.

²⁶ Brentano, *Op cit.*, II.1.2, p. 105. Cf. II.1.3.

²⁷ *Ibid.*, II.1.3, p. 105.

²⁸ *Ibid.*, II.6.2, p. 236.

los fenómenos de amor y odio, que involucran afectos, deseos y voliciones²⁹. Los juicios y los fenómenos de amor y odio se realizan sobre presentaciones, y por tanto en ellos el “objeto es recibido doblemente en la conciencia.”³⁰ Estos fenómenos tienen también un carácter valorativo del que carecen las presentaciones. Mientras que las presentaciones sólo involucran la consideración del objeto sin “*ninguna virtud o maldad moral ni ningún conocimiento o error*”, los otros están sometidos a perfecciones que les imponen un carácter normativo, que en el caso del juicio tienen que ver con la verdad o falsedad, mientras que en los actos de amor y odio tratan de “el bien y mal moral”³¹ Como veremos más adelante, este rasgo normativo o valorativo tendrá unas consecuencias filosóficas importantes para la consideración de los estados mentales como estados intencionales (§ 1.5).

Brentano también afirmó que los fenómenos físicos y mentales diferían en cuanto a su estatus epistemológico. Los fenómenos físicos se presentan en la percepción externa, mientras que los mentales ocurren en la percepción interna.³² Sin embargo, los fenómenos de percepción interna tienen evidencia inmediata e infalible, “son verdaderos en sí mismos. Tal como aparecen –lo cual está garantizado por la evidencia con la que se perciben- así son también en la realidad.” En cambio, los fenómenos físicos “no son cosas que existan verdadera y realmente. Son signos de algo real, mediante su efecto, producen la presentación de esos signos.”³³ Agrega que “no tenemos derecho a creer que los objetos de la llamada percepción externa también existan verdaderamente tal como se nos aparecen. Ciertamente, se puede comprobar que no existen fuera de nosotros. Son, ...meros fenómenos.”³⁴ Por lo tanto, no podemos dudar de que tenemos fenómenos psíquicos, pero sí podemos dudar de lo que se nos presenta en los fenómenos físicos. Brentano sigue la tradición cartesiana, que toma lo que es interno a nuestra conciencia como directo y auto-evidente, mientras que las cosas externas son conocidas de manera indirecta e inferencial³⁵.

Brentano también traza una distinción entre el objeto primario y el secundario del acto mental. Dice: “Podemos llamar al sonido el objeto primario del oír, y al oír mismo, el objeto secundario del oír.” Aunque esto no quiere decir que haya dos actos: “La presentación

²⁹ *Ibid.*, II.6.3, pp. 237 y 238.

³⁰ *Ibid.*, II.VII.1 p. 241.

³¹ *Ibid.*, II.VII.9 pp. 261 y 262, cursivas en el original.

³² *Ibid.*, II.1.6, II.1.3.

³³ *Ibid.*, I.1.3, p. 38.

³⁴ *Ibid.*, I.1.2, p. 28. Cf. II.1.6; Kraus, 1924, p. 311.

³⁵ Moran, 2013, pp. 321-322.

del sonido y la presentación de la presentación del sonido constituyen nada más que un único fenómeno psíquico.”³⁶ Por lo tanto, podemos identificar una doble direccionalidad del acto mental, una hacia su objeto primario, y otra hacia sí mismo:

En el mismo fenómeno psíquico en el que se presenta el sonido captamos a la vez el fenómeno psíquico mismo. Y, por cierto, lo captamos según su doble peculiaridad: en cuanto que tiene en sí un sonido como contenido y en cuanto que a la vez él mismo está presente como contenido.³⁷

Los dos objetos serían inmanentes al acto mental. Sin embargo, mientras que la dirección al objeto secundario es autorreferencial, no sería así para el caso del objeto primario. En sus lecciones sobre *Psicología Descriptiva* de 1891, Brentano hablará de la *relación intencional* como la característica más importante de la conciencia, por la que “esta muestra siempre y en todo lado, ...un cierto tipo de relación, relacionando un sujeto a un objeto.” Y agrega que “[c]omo en toda relación, pueden ser encontrados dos correlatos aquí. Un correlato es el acto de conciencia, el otro es aquella [cosa] a la cual se dirige.” Por ejemplo, “Ver lo que es visto, presentar y lo que es presentado, desear y lo que es deseado, amar y lo que es amado, negar y lo que es negado, etc.”³⁸. Pero también, todo acto consciente se dirige sobre sí mismo, así que los fenómenos psíquicos consisten en una relación dual, una hacia su objeto y otra hacia sí mismos³⁹.

Que los objetos de los fenómenos psíquicos sean objetos *inmanentes* significa que “[n]o necesitan corresponder con algo afuera.”⁴⁰ En la literatura se les llama con frecuencia *objetos intencionales*, e incluyen prácticamente cualquier cosa sobre la que se pueda pensar. Pueden ser objetos *existentes* y *presentes*, como aquellos que se dan a la percepción. Pero también incluye objetos existentes y *ausentes* para mí, como la ciudad de Roma, objetos *pasados* como el emperador Augusto, objetos *futuros* como la primera ciudad en la Luna, objetos *posibles* como la primera persona inmortal, objetos *ficticios* como Pegaso o Sherlock Holmes, objetos *abstractos* como los números⁴¹, y hasta objetos *imposibles* o absurdos como

³⁶ *Ibid.*, II.2.8, p. 156.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Brentano, 1890-1/1995, *Descriptive Psychology*, pp. 23 y 24, cursivas mías.

³⁹ *Ibid.*, pp. 24-27.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 24.

⁴¹ Algunas posiciones entienden a los objetos de ficción como objetos abstractos (p. ej., Zalta, 1983; Thomason, 1998).

el círculo cuadrado. Prácticamente cualquier cosa puede ser objeto de pensamiento y, por lo tanto, ser una presentación para un fenómeno mental; a diferencia de los fenómenos físicos, cuyo contenido se limita a las cosas existentes. A primera vista pareciera que el hecho de que los objetos intencionales no correspondan con algo de la realidad externa choca con el carácter autoevidente que Brentano atribuía a los actos mentales. Pero debe tenerse en cuenta aquí que para Brentano los actos mentales son autoevidentes en cuanto que es innegable su ocurrencia en nuestra conciencia. Y dado que los contenidos son internos a los actos mentales, entonces tales contenidos serán también autoevidentes (como contenidos).

Brentano ejerció una influencia inmediata poderosa y tuvo un amplio círculo de discípulos muchos de ellos con trayectorias posteriores muy destacadas, como Kazimierz Twardowski, Edmund Husserl, Alexius Meinong, Sigmund Freud, Carl Stumpf y Anton Marty. La teoría de la intencionalidad de Brentano fue objeto de amplia discusión entre sus discípulos y varios de ellos ofrecieron sus propias teorías alternativas. Hubo dos cuestiones que fueron objeto de especial preocupación: la del estatus ontológico de los objetos intencionales y cuál es la naturaleza de la relación intencional. En particular, algunos de los discípulos de Brentano cuestionaron la identidad entre el contenido y el objeto, y sugirieron mejor su diferenciación. También se discutió si la relación intencional tiene un carácter dual, como afirmaba Brentano o tiene otra estructura⁴². Otra fuente de debate es el hecho de que si el objeto del fenómeno psíquico es inmanente a este, entonces dos fenómenos distintos no podrían compartir el mismo objeto; por tanto, la misma persona no podría estar en relación con el mismo objeto intencional en dos momentos diferentes, ni dos personas podrían nunca tener como contenido de sus fenómenos psíquicos al mismo objeto⁴³. Este problema, sumado al carácter aparente de las cualidades que se presentan en los fenómenos físicos, parecía conducir a la propuesta de la *Psicología* de Brentano a un tipo de solipsismo idealista por el cual nuestros pensamientos parecen imposibilitados para referirse al mundo externo⁴⁴. En el siguiente capítulo volveremos sobre estos problemas y las soluciones ofrecidas por algunos de los discípulos de Brentano, así como la solución del mismo Brentano en su época tardía.

⁴² Torrez, 2016.

⁴³ Jacquette, 2004, pp. 107-109.

⁴⁴ *Ibid*; Chrudzinski & Smith, 2004, p. 219.

1.3 LOS ENUNCIADOS DE ACTITUD PROPOSICIONAL Y SUS PECULIARIDADES SEMÁNTICAS

A comienzos del siglo XX, dentro de la tradición de la filosofía analítica, Bertrand Russell introdujo la expresión *Enunciados de Actitud Proposicional* (EAP) para referirse a enunciados sobre estados mentales. Por ejemplo:

- (1) Juan cree que esta tarde lloverá
- (2) María desea que esta tarde llueva
- (3) Pedro teme que esta tarde llueva.

Todos estos enunciados tienen una estructura gramatical tal que están conformados por un sujeto (Juan, María o Pedro), un verbo psicológico (creer, desear, temer) y una oración subordinada llamada *cláusula-que*, que en los ejemplos (1) a (3) es “que esta tarde lloverá”. Se llaman enunciados de actitud proposicional, porque el verbo define una actitud psicológica del sujeto respecto al contenido proposicional expresado en la cláusula-que⁴⁵. Russell creía que los enunciados de actitud proposicional describían los estados mentales de los individuos, de tal manera que se puede decir que los estados mentales son estados de *Actitud Proposicional* (AP). Dado que los EAPs tienen una estructura relacional, en la cual el verbo de actitud psicológica define una relación entre el sujeto del enunciado y el contenido proposicional, Russell supuso que igualmente los estados de AP consisten en un hecho relacional entre el sujeto y el estado de cosas que la cláusula proposicional describe.

Una característica importante de las APs consiste en que estas tienen un contenido, así como lo tienen los fenómenos mentales para Brentano. La diferencia es que en las APs el contenido es proposicional, mientras que de acuerdo con Brentano el contenido es objetual. Esta diferencia no es tan grande si se tiene en cuenta que Brentano consideraba que todos los juicios podían ser reducidos a afirmaciones existenciales acerca de los sujetos de tales juicios⁴⁶. Pero además del hecho de cumplir con la TC de Brentano, las APs también cumplen con la TII. Para poder apreciar esto, debemos revisar algunas de las propiedades semánticas de los EAP, a la luz de la *Semántica de Condiciones de Verdad* (SCV).

La SCV es el tipo de semántica de deriva de la lógica de primer orden desarrollada por Gottlog Frege en su *Conceptografía* y por Whitehead y Russell en sus *Principia*

⁴⁵ Russell, 1918, Confs. 3 y 4; 1921, Conf. 12; 1940, p. 65.

⁴⁶ Kriegel, 2017.

*Mathematica*⁴⁷. Esta semántica fue hecha explícita en los escritos semánticos de Frege y Russell, así como en el *Tractatus* de Wittgenstein⁴⁸. Esta es una semántica extensional, que se basa en la idea de que comprender el significado de un enunciado es comprender sus condiciones de verdad; es decir, saber bajo qué circunstancias el enunciado en cuestión es verdadero o falso⁴⁹. Se puede decir que la SCV parte de dos principios. El primero es el *Principio de Composicionalidad* (PC), que dice:

PC: El significado de un enunciado compuesto está determinado por su estructura sintáctica y los valores de verdad de los enunciados simples que lo componen.

De acuerdo con PC un enunciado compuesto es una función de verdad de los valores de verdad de sus componentes, gracias a la estructura lógica subyacente a la sintaxis del enunciado. En consecuencia, el aporte significativo de los enunciados simples a los compuestos es su valor de verdad⁵⁰. Por su parte, las condiciones de verdad de los enunciados simples corresponden a la ocurrencia o no de aquello que describen⁵¹. El caso más elemental de enunciado simple es el de un enunciado singular, que predica una propiedad de un objeto individual. Este enunciado tiene una estructura Fa , en la que F es un predicado Fx de un único espacio y a es un término singular que denota a un objeto⁵². Un enunciado Fa será verdadero si por medios extra-lógicos se determina que el objeto denotado por a cae dentro de la extensión del predicado F ⁵³. Un enunciado simple Fa solo podrá ser significativo, es decir, verdadero o falso, si el objeto denotado por a existe. Esto motiva la regla de

⁴⁷ Frege, 1879/1972; Whitehead & Russell 1910-1913.

⁴⁸ Frege, 1998; Russell, 1905; Wittgenstein, 1922. Russell y el primer Wittgenstein sostuvieron una posición denominada *Atomismo Lógico*, según la cual el mundo está compuesto de hechos y los hechos son representados por proposiciones. Hay hechos atómicos y estos son representados por proposiciones atómicas, las cuales son lógicamente independientes entre sí (Russell, 1918, Conf. 3; Wittgenstein 1922, §§5.134, 5.135).

⁴⁹ Para Wittgenstein, las condiciones de verdad de las proposiciones son las posibilidades veritativas de sus proposiciones elementales componentes (1922, §§4.3, 4.31, 4.41, 4.411, 4.431). Frege dirá incluso que la referencia de un enunciado, sea simple o compuesto, es su valor de verdad, de manera que todas las oraciones verdaderas, por su parte, y todas las falsas, por la otra, tienen la misma referencia, a saber, o bien lo verdadero o lo falso (1891a, p. 67; 1892b, p. 94-5).

⁵⁰ Russell & Whitehead (1927, Apéndice C, p. 660).

⁵¹ Wittgenstein, 1922, §§ 4.21, 4.25. Wittgenstein también sostenía una teoría figurativa de la representación proposicional, según la cual una proposición representa un hecho en tanto que entre ambos se presenta una relación de isomorfismo lógico, y gracias a dicho isomorfismo las proposiciones pueden ser verdaderas o falsas (*Ibid.*, §§ 2.18, 2.21).

⁵² Frege dice que la referencia de un nombre propio es el objeto que designa o nombra (1895, p. 113). Un objeto es una substancia simple, no analizable en nada más (Wittgenstein, 1922, §§ 2.02, 2.021), y son individuales lógicos desprovistos de todo tipo de cualidad (§ 2.032), pero sólo pueden ser pensados como parte de un hecho que los cualifique (§§ 2.011, 2.0121, 2.013). Según Russell (1940, pp. 159-162), la función semántica de los términos singulares genuinos es la de denotar su referente y el significado de un enunciado se agota en sus condiciones de verdad.

⁵³ De acuerdo con Frege, “la relación lógica fundamental es caer bajo un concepto” (1895, p. 113).

Generalización Existencial, según la cual, dada la verdad de la proposición Fa podemos cuantificar existencialmente sobre ella e inferir que $(\exists x)Fx$. Así, por ejemplo, de la verdad del enunciado:

(4) Alejandro Magno conquistó a los persas.

se puede inferir:

(5) Alguien conquistó a los persas.

El segundo principio de los lenguajes extensionales que gobierna a la SCV es el *Principio de Sustitutibilidad Salva Veritate* de los términos correferenciales o *Ley de Leibniz*, que dice:

Ley de Leibniz: Dos términos simples correferenciales (que denotan el mismo objeto) pueden ser intercambiables en cualquier enunciado sin cambio del valor de verdad del enunciado en cuestión⁵⁴.

Así, por ejemplo, si nos referimos a Alejandro Magno como el hijo de Filipo II, entonces podríamos decir que si (4) es verdadero, entonces (6) también lo será:

(6) El hijo de Filipo II conquistó a los persas.

Ahora bien, luego de ver las características de la SCV el problema con los EAPs es que estos tienen unas propiedades semánticas tales que violan los principios extensionales de la SCV. Tomemos, por ejemplo, el enunciado

(7) Copérnico creía que la Tierra tiene un movimiento circular alrededor del Sol.

A pesar de que (7) está compuesto de la cláusula-que “La Tierra tiene un movimiento circular alrededor del Sol”, la verdad de (7) es independiente de la verdad o falsedad de dicha cláusula, lo cual falta al Principio de Composicionalidad. Por otra parte, de la verdad de (7) no se infiere por Generalización Existencial que “hay algo que tiene un movimiento circular

⁵⁴ Frege, 1892b, p. 94. Russell, 1940, pp. 159-162.

alrededor del Sol”. Finalmente, si hoy en día llamamos a la Tierra el planeta azul, de la verdad de (7) no podemos deducir

(8) Copérnico creía que el planeta azul tiene un movimiento circular alrededor del Sol porque Copérnico no sabía que la Tierra es el planeta azul. De esta violación sistemática de las propiedades extensionales de la SCV, se dice que los EAP introducen contextos intensionales con-s, y que los términos referenciales dentro de las cláusulas proposicionales en ellos no son referencialmente transparentes sino opacos⁵⁵.

1.4 LA FORMULACIÓN LINGÜÍSTICA DE CHISHOLM

Roderick Chisholm introdujo el pensamiento de Brentano y su escuela en la tradición analítica, y con ellos al concepto de *intencionalidad*. Chisholm fue un defensor de la Tesis de Brentano (TB) y, por tanto, de la existencia de un criterio que diferencie radicalmente entre los fenómenos mentales y los fenómenos estudiados por las ciencias naturales. Chisholm consideró que las propiedades intensionales de los EAP eran una muestra del carácter especial de los fenómenos mentales, y llamó *lenguaje intencional* a todo enunciado que cumpliera uno de los siguientes criterios:

- C1. Cuando una oración tiene una expresión singular tal que ni la oración ni su contradictoria implican la existencia del referente de dicho término. Por ejemplo, ni “Diógenes vio a un hombre honesto” ni su contradictoria implican que hay un hombre honesto. En cambio, “Diógenes se sienta en su tina” no es intencional, porque implica que hay una tina.
- C2. Cuando una oración contiene una cláusula proposicional, ni la oración ni su contradictoria implican que la cláusula proposicional es verdadera o falsa. Por ejemplo, ni “James cree que hay tigres en la India” ni su contradictoria implican que es verdadero o falso que hay tigres en la India. En cambio, “James tuvo éxito en visitar la India” no es intencional, pues implica que James visitó la India.

⁵⁵ Quine, 1960/2001, § 30.

C3. Oraciones con verbos cognitivos, como ‘conocer’, ‘ver’, ‘percibir’ y demás, en los que se puede presentar falla en la sustitutibilidad *salva veritate* de términos correferenciales⁵⁶

Como puede observarse, C1, C2 y C3 se refieren respectivamente a las fallas del principio de Generalización Existencial, el Principio de Composicionalidad y la Ley de Leibniz. Chisholm reformuló la TB de la siguiente manera:

Podemos formular ahora una tesis pareciéndose a la de Brentano refiriéndonos al lenguaje intencional. Digamos (1) que no necesitamos usar lenguaje intencional cuando describimos fenómenos no-psicológicos, o “físicos”; podemos expresar todo lo que sabemos, o creemos, acerca de tales fenómenos en lenguaje que no es intencional. Y digamos (2) que, cuando deseamos describir ciertos fenómenos psicológicos –en particular, cuando deseamos describir, pensar, creer, percibir, ver, saber, esperar, tener la esperanza y semejantes –o bien (a) debemos usar lenguaje que es intencional o (b) debemos usar un vocabulario que no necesitamos usar cuando describimos fenómenos no-psicológicos o “físicos”.⁵⁷

Sin embargo, hay dos diferencias relevantes entre la formulación de Brentano y la de Chisholm. La primera tiene que ver con cierta ambigüedad de la palabra “fenómeno”. Para Brentano, los fenómenos tanto mentales como físicos son apariencias en nuestra conciencia, cuya única diferencia es que los segundos son causados directamente por los objetos externos, mientras que en los primeros los objetos son internos al acto mental. En cambio, Chisholm parece hacer un uso de la palabra ‘fenómeno’ más próximo a su uso en la literatura de habla inglesa, en la que se toma por un *hecho* de la realidad. Así que cuando Chisholm habla de fenómenos físicos y psíquicos está hablando de hechos físicos y psíquicos. Los fenómenos o hechos físicos serían descritos por un lenguaje extensional, mientras que los fenómenos o hechos psíquicos se describen por un lenguaje intencional. La segunda diferencia es que lo anterior le permite a Chisholm, a diferencia de Brentano, incluir entre

⁵⁶ Chisholm, 1957, pp. 170-172. Cf. 1955-1956, pp. 126-129.

⁵⁷ Chisholm, 1955-1956, p. 129. Cf. 1957, pp. 172-173.

los fenómenos mentales aquellos asociados a la percepción⁵⁸, que en el caso de Brentano pertenecerían a los fenómenos físicos.

Los criterios de Chisholm también reflejan lo que Edmund Husserl consideraba los dos aspectos fundamentales de la intencionalidad: *la independencia de la existencia del objeto y la dependencia de la perspectiva del sujeto*⁵⁹. En particular, C1, que trata de la falla en la generalización existencial se relaciona con el hecho de que el fenómeno mental tiene dirección o referencia hacia un objeto que no necesariamente es existente. C2 o la falla en el principio de composicionalidad, se puede incluir dentro de esta característica, pues trata de que el contenido del estado intencional puede ser un estado de cosas cualquiera, independiente de si es real o no. Finalmente, C3, o la violación de la Ley de Leibniz se relaciona con la segunda característica, la dependencia de la perspectiva del sujeto, pues la falla en la sustitutibilidad depende no de la identidad del objeto al que se refiere cada término que se utilice para denotarlo, sino del hecho de cómo la presentación del objeto al sujeto se da mediada por los términos que lo denotan.

Chisholm compartía con los filósofos del Positivismo Lógico la idea de que los enunciados de las ciencias naturales debían formularse en términos de un lenguaje extensional. Los positivistas lógico defendieron la doctrina del *fisicalismo*, según la cual “el lenguaje físico es el lenguaje básico de toda la ciencia”, “un lenguaje universal que incluye los contenidos de todos los demás lenguajes científicos”⁶⁰. A partir de un análisis reductivo, sería posible convertir los enunciados de cualquier ciencia en enunciados físicos, y así garantizar la *unidad de la ciencia*. Por lo general se entendió que un lenguaje fisicalista es un lenguaje extensional, ajustado a los requisitos de la SCV. Se creía que el principal obstáculo para la unidad de las ciencias lo constituían los fenómenos psíquicos. Rudolf Carnap, promovió un tipo de reduccionismo fisicalista de la psicología, al que se le llamó *Conductismo Lógico*, según el cual los EAPs podían ser analizados en términos de conductas observables, pues si por definición la vida privada de cada quién es inaccesible a los demás, debía haber alguna base pública para hacer tales atribuciones. Así, por ejemplo, el enunciado “Juan está excitado” podía ser analizado en alguna expresión como “Juan tiene tales y cuales gestos”. Incluso, según Carnap, los enunciados psicológicos en primera persona serían una

⁵⁸ Chisholm, 1957, Cap. 11.

⁵⁹ McIntyre & Woodruff-Smith, 1989, pp. 149-152.

⁶⁰ Carnap, 1935/1998, III.7-9.

extensión, auto-aplicada, de un lenguaje psicológico que se aprende primero en tercera persona, atribuyendo estados de AP a otros⁶¹. Aún si de pronto resultaba bastante simplista reducir las APs a enunciados sobre conductas particulares observadas, podría realizarse dicha reducción a disposiciones de comportamiento, como se hace en la propuesta más sofisticada de Ryle⁶².

Chisholm argumentó en contra del intento conductista de reducir enunciados mentales a expresiones de respuestas ante estímulos específicos. Por ejemplo, si se dice que alguien presenta una “respuesta de fuego”, esto es para Chisholm como si hubiese para él un estímulo de fuego, lo cual es tan intencional como decir que “él cree que hay fuego cerca”, porque el hecho de que haya fuego para él no implica que efectivamente algo está en llamas. También criticó la posición de algunos positivistas, como Ayer o Carnap, de que una creencia es una disposición a asentir a una afirmación, pues asentir es entender lo que la afirmación significa, y las palabras sobre significado son ordinariamente intencionales⁶³. En consecuencia, el lenguaje intencional parece sólo parafrasearse sin pérdida de significado en más lenguaje intencional, dentro de una circularidad intencional⁶⁴. Por lo tanto, la TB constituye un obstáculo significativo para un tratamiento naturalista de la psicología, o al menos para su integración al marco fisicalista de las ciencias. La TB supone un dualismo entre los fenómenos mentales y físicos, debido a la irreductibilidad de los primeros a los segundos. De ser cierta la TB, involucraría tener que abrir un campo separado para unas ciencias intencionales, en oposición a las ciencias naturales o físicas.

Ahora bien, los criterios del lenguaje intencional de Chisholm son criterios de intencionalidad-con-s. Sin embargo, algunos autores han cuestionado que se identifiquen la *intencionalidad-con-c* con la *intencionalidad-con-s*. De acuerdo con Searle, ambas cosas son bien distintas y no tienen por qué ser coextensivas. Según Searle, la intencionalidad-con-s es una propiedad de ciertos enunciados y entidades lingüísticas, por la cual no se satisfacen ciertas pruebas de extensionalidad; mientras que la intencionalidad-con-c es la propiedad de la mente de representar otras cosas. La única conexión entre ambas es que algunas

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Ryle, 1949/2005.

⁶³ Chisholm, 1955-1956, pp. 134-148; 1957, pp. 173-185.

⁶⁴ Dennett, 1969/1996, §4.

adscripciones de intencionalidad-con-c tienen intencionalidad-con-s, pero no habría nada inherentemente intencional en la intencionalidad-con-c⁶⁵.

Tim Crane es de la opinión de que la intencionalidad-con-s no es una condición ni necesaria ni suficiente para la intencionalidad-con-c. Por una parte, puede haber intencionalidad sin intencionalidad⁶⁶. Hay contextos lingüísticos intencionales diferentes a los de los EAP, por ejemplo:

- a. La citación. De “El gladiador dijo las palabras ‘Ave César’” y “César es Cayo Julio”, no se sigue “El gladiador dijo las palabras ‘Ave Cayo Julio’”.
- b. El habla indirecta. De “Enrique dijo que Juan besó a María” y Juan es el chico más listo de la clase, no se sigue que “Enrique dijo que el chico más listo de la clase besó a María”;
- c. Verbos de intensión como ‘buscar’. De “John está buscando al supremo comandante de las fuerzas armadas” y si el presidente es el supremo comandante de las fuerzas armadas, no se sigue que “John está buscando al presidente”.
- d. Designadores temporales. De “Joe Biden es el presidente de los Estados Unidos” y en 1963 el presidente de los Estados Unidos fue asesinado en Dallas, no se sigue que “en 1963 Joe Biden fue asesinado en Dallas”.
- e. El uso de operadores modales de necesidad y posibilidad. En un ejemplo clásico de Quine, de “Nueve es necesariamente mayor que cinco” y “El número de planetas es nueve”, no se puede inferir que “El número de planetas es necesariamente mayor que cinco.”⁶⁷

En consecuencia, si la intencionalidad-con-c es característica de lo mental, la intencionalidad-con-s trasciende a lo mental.

Por otra parte, puede haber intencionalidad sin intencionalidad, de manera que la segunda no es necesaria para la primera. Hay verbos intencionales para los cuales no se cumplen los criterios de Chisholm, pues involucran la existencia del referente en cuestión. Este es el caso de ‘conocer’ o ‘saber’. Así, “Juan *sabe* que Pérez es abogado” implica la verdad de que Pérez es abogado, falseando C2. Igual ocurre con ‘descubrir’ o ‘reconocer’. De manera similar, “hallarse bajo la *ilusión* de que...” y ‘alucina’ implican la falsedad de la proposición o la no

⁶⁵ Searle, 1983/1986, Cap. 1 §III.6.

⁶⁶ Crane, 2003/2009, pp. 70-72.

⁶⁷ van Der Does, 1997, pp. 332-333.

existencia del objeto en cuestión. Además de ser verbos mentales, tienen implicaciones epistémicas⁶⁸. Más polémico es el caso de verbos relativos a la percepción. Para algunos autores como Dretske, “X ve a Y” involucra la existencia de Y, y además si Y es Z, entonces “X ve a Z”⁶⁹. Chisholm, por su parte, trató de mostrar que la percepción (aunque no la sensación) es un fenómeno intencional dentro de sus criterios lingüísticos⁷⁰. Si hay estados intencionales no intensionales, esto supone un problema para el criterio lingüístico de Chisholm y, por tanto, debería buscarse otro tipo de caracterización para la intencionalidad. Quizá sea suficiente, como hacen Searle y Crane, asumir que lo propio de los estados intencionales es que estos se dirigen a un contenido; es decir, la TC.

Sin embargo, puede ser el caso de que el tipo de relación que hay entre la intencionalidad-con-c y la intensionalidad-con-s sea mucho más profunda, que el mero hecho de que el lenguaje intencional cumple con criterios de intensionalidad, como señalan Searle y Crane. Por una parte, se ha señalado que los EAPs, introducen contextos *hiperintensionales*, porque han resultado ser semánticamente más intratables que, por ejemplo, los operadores modales o temporales⁷¹. Además, puede ser el caso que las diferentes formas de lenguaje intensional-con-s se relacionan con estados intencionales-con-c (ver § 8.7).

1.5 ESTADOS MENTALES COMO ESTADOS INTENCIONALES

John Searle realizó una caracterización de los estados mentales como estados intencionales, que ha sido bastante influyente y extendida en la literatura sobre el tema. Searle, junto a John Austin, fue uno de los principales exponentes de la teoría de los actos de habla durante los años 60s y 70s del siglo pasado. Pero mientras que Austin, bajo la influencia del segundo Wittgenstein, prefirió una caracterización más bien convencionalista de los actos de habla, Searle siguió otro camino. Inspirado en la *semántica intencional* de Grice, afirmó que los actos de habla expresan las intenciones comunicativas de los hablantes, y que es de ellos que derivan sus propiedades intencionales. La estrategia de Searle consistió en caracterizar los estados intencionales asignándoles las propiedades de los actos de habla, bajo el supuesto de que los actos de habla han derivado sus propiedades de las de los estados intencionales que

⁶⁸ Dennett, *Op cit.*, §3.

⁶⁹ Crane, *Op cit.*, pp. 71-72.

⁷⁰ Chisholm, 1957, Cap. 11.

⁷¹ Carnap, 1947; Bäuerle & Cresswell, 2003.

expresan⁷². Según Searle, la *intencionalidad* es la propiedad de los estados o eventos mentales de dirigirse a o ser acerca de objetos o estados de cosas. Los estados intencionales tienen una estructura que consiste en un *contenido representativo* y un *modo psicológico*, y su forma sería $E(r)$, en la que r es el contenido representativo y E el modo que define la actitud psicológica hacia dicho contenido. Así, por ejemplo, en el EAP “Juan cree que está lloviendo”, el estado psicológico “creer que está lloviendo” consistiría en *Creer*(está lloviendo). El contenido representativo corresponde al contenido de la cláusula proposicional de un EAP; sin embargo, Searle, a diferencia de Russell, considera que no todo contenido representativo consiste en una proposición completa, y puede ser acerca de un objeto, como en “Juan ama a Sally”, que se representaría como *Amar*(Sally)⁷³.

Pero además de un contenido representativo, los estados intencionales tienen una *dirección de ajuste*. Las creencias, al igual que los actos de habla aseverativos que los expresan, pueden ser verdaderos o falsos y, en consecuencia, tienen una dirección de ajuste palabra-a-mundo. En cambio, los deseos e intenciones, de manera similar a los actos de habla directivos y comisivos (promesas, juramentos, compromisos) que los expresan, pueden ser cumplidos, satisfechos, mantenidos o rotos, y por tanto tienen una dirección de ajuste mundo-a-palabra. Dado que los estados intencionales tienen una dirección de ajuste, también tienen unas *condiciones de satisfacción*, que involucran el hecho de ser verdaderos, para el caso de las creencias, o ser cumplidos para los deseos e intenciones⁷⁴. Searle desarrolla aquí, con una terminología tomada de los actos de habla, la idea de Brentano de que los juicios y los fenómenos de amor/odio tienen un carácter valorativo. Tanto la dirección de ajuste como las condiciones de satisfacción de los modos psicológicos hacen que los contenidos intencionales adquieran un carácter *normativo*, o de deber, por el cual en principio es deseable y nosotros buscamos que nuestras creencias sean verdaderas, más que falsas, y que nuestros deseos sean cumplidos, más que frustrados. Searle sugiere que, al adscribir un estado intencional a alguien se adscribe una relación, pero a diferencia de Russell, no es una relación entre un sujeto y una proposición, sino “una relación entre el estado Intencional y la cosa representada por él” y “como sucede con las representaciones en general... es posible que se dé el estado Intencional sin que se dé en realidad nada que lo satisfaga.” Una creencia o deseo

⁷² Searle, 1983/1986, p. 24.

⁷³ *Ibid.*, pp. 21-22.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 22-26.

es una representación, en el sentido de “que su contenido proposicional determina un conjunto de condiciones de satisfacción bajo ciertos aspectos, [y] que su modo psicológico determina una dirección de ajuste de su contenido proposicional.”⁷⁵ Dado que un estado psicológico representa sus propias condiciones de satisfacción, su contenido es intrínseco al estado psicológico mismo. Como se verá en § 1.7, estas propiedades son centrales para la atribución de estados mentales a través de EAPs, con el objeto de interpretar y explicar la conducta de los demás.

La tesis de Bretano (TB) dice que todos y sólo los estados mentales son intencionales. Tim Crane llama *Intencionalismo* a la posición que afirma la TB, y se declara defensor de ella⁷⁶. Sin embargo, el intencionalismo se encontraría en problemas si se mostrara que hay estados mentales no intencionales o hay estados intencionales no mentales. Ambas situaciones han sido sugeridas en la literatura como contraejemplos a la TB. En cuanto al primer caso, el de estados mentales no intencionales, el caso más discutido en la literatura ha sido el de estados de experiencia fenomenal que no parecen tener algún contenido intencional. En los años 60’s, los teóricos de la identidad psicofísica tomaron como caso paradigmático de un estado mental al del *dolor*, y era común que se argumentara que, a diferencia de las APs, los dolores no tienen algún contenido u objeto intencional, no tratan acerca de algo. Igualmente, Searle señaló que fenómenos como ciertas formas de nerviosismo, de júbilo y ansiedad no dirigida no son intencionales, pues no es posible decir de ellos acerca de qué son o de qué tratan⁷⁷. Ha existido bastante controversia acerca de la naturaleza de la conciencia fenoménica, de cuál es su relación con la intencionalidad y si es un fenómeno más básico o no respecto a la intencionalidad. Volveré sobre el problema de la conciencia fenoménica en §§ 3.11 y 8.6.

El segundo caso es el de estados intencionales no mentales. Se ha señalado que la propiedad de tener un contenido o *ser acerca de* algo no es exclusiva de los estados mentales. Por ejemplo, un libro histórico puede ser *acerca de* las guerras napoleónicas. Un busto es *sobre* Sócrates. Los aros de un tronco son *acerca de* la edad del árbol. Las manchas rojas en la piel son *sobre* la presencia de sarampión. De todos ellos se puede decir que tienen un *contenido* porque *tratan de* o *son acerca de* algo. Pero también todos estos son casos de

⁷⁵ *Ibid.*, Cap. 1, §III.

⁷⁶ Crane, 2001, 2009.

⁷⁷ Searle, *Op Cit.*, Cap. 1 §I.

signos externos. Interesantemente, en todos estos casos podríamos reemplazar ‘ser acerca de’ o ‘ser sobre’ por ‘significa’ o de forma más metafórica, por ‘dice’. Hay, al parecer, un nexo analítico entre “ser acerca de”, “tener un contenido” y “significar” o “representar”. En consecuencia, es común que se considere que los estados mentales como estados intencionales son estados representativos y tienen un significado. Incluso, con frecuencia el problema de la intencionalidad es expuesto como el problema de cómo los estados mentales son estados con significado. Sin embargo, ¿los estados mentales tienen significado en el mismo sentido que lo tienen los signos externos? La mayoría de estudiosos en el campo consideran que hay una diferencia fundamental en la manera en que los signos externos y los estados mentales tienen un contenido significativo. Los signos externos parecen no significar cosas por sí mismos, sino que para hacerlo requieren de alguien que los interprete como significando lo que significan⁷⁸. En cambio, los estados mentales parecen significar cosas por sí mismos, y por tanto tienen una significación o intencionalidad originaria; mientras que la significación o intencionalidad de los signos externos es derivada a partir de la de los estados mentales. La distinción entre intencionalidad originaria y derivada es uno de los dogmas más firmemente afincados en las discusiones contemporáneas de la intencionalidad, y le dedicaré la siguiente sección.

1.6 INTENCIONALIDAD ORIGINARIA VS DERIVADA

Quizá la primera discusión sobre la diferencia entre intencionalidad originaria y derivada se remonta a un debate sostenido por Chisholm y Wilfrid Sellars sobre la relación entre lenguaje y pensamiento. Sellars había sostenido una teoría acerca el origen de nuestras formas de hablar de los eventos privados, partiendo del supuesto conductista y verificacionista de que el discurso sobre estados mentales de otros es un discurso intersubjetivo, basado en evidencias públicas, que luego es internalizado como discurso teórico acerca de nuestros estados privados⁷⁹. El debate entre Sellars y Chisholm se centró en el origen de la

⁷⁸ Aunque, como se verá en el Capítulo 3, una forma de entender el *proyecto de naturalización del contenido mental* es tratando de explicar el significado al margen de cualquier proceso de interpretación. Quizá el primero en formular una forma de significación de este tipo haya sido Grice (1957) y su noción de *significado natural*. Sin embargo, la mayoría de autores dentro del proyecto de naturalización del contenido sostienen la distinción entre intencionalidad originaria y derivada (p. ej., Fodor, 1987/1994 y Dretske, 1988).

⁷⁹ Sellars, 1956. Sellars crea un “relato de ciencia ficción antropológica” según el cual tuvimos unos ancestros ryleanos, cuyo lenguaje se limitaba a un vocabulario relativo a propiedades públicas de objetos públicos en el espacio y tiempo. Dentro de este lenguaje aparece el discurso semántico, o la capacidad de hablar acerca del significado de las preferencias

semántica de los actos intencionales o mentales. Aunque ambos reconocían que el pensamiento es causalmente responsable del habla, Sellars defendía que las propiedades semánticas del pensamiento eran heredadas del lenguaje; mientras que Chisholm sostenía lo contrario. Para Chisholm, el pensamiento tiene propiedades intrínsecamente intencionales que transfiere al lenguaje como instrumento de expresión del pensamiento, para dotarlo de significado⁸⁰. En los años 80s John Searle y John Haugeland, de manera independiente, explicitarán la distinción entre los dos tipos de intencionalidad. De acuerdo con Haugeland, “[c]uando los símbolos externos representan realmente es porque expresan pensamientos que sí lo representan; por eso adquieren significados, pero únicamente derivativos.”⁸¹ Para Searle, la intencionalidad de los actos de habla es derivada de la intencionalidad intrínseca de los estados mentales que dichos actos de habla expresan⁸². A continuación, me extenderé en la posición de Searle.

Como vimos en la sección anterior, Searle caracterizó los estados mentales como estados intencionales, asignándoles propiedades de los actos de habla, bajo el supuesto de que los estados mentales causan los actos de habla y les transfieren sus propiedades intencionales. De acuerdo con esa caracterización, los estados intencionales tienen un modo psicológico, un contenido representativo, una dirección de ajuste y unas condiciones de satisfacción. Dado que el contenido psicológico de cada estado mental determina sus condiciones de satisfacción, entonces el estado mental representa tales condiciones de satisfacción y, por tanto, el contenido e intencionalidad le es *intrínseca*⁸³. En cambio, los actos de habla que expresan tales estados psicológicos intencionales, tienen una intencionalidad *derivada*. Para explicar cómo los estados psicológicos derivan su intencionalidad a los actos de habla, Searle postuló un proceso especial de causación, al que llamó *causación intencional*⁸⁴. De acuerdo con este proceso, en la producción causal de los actos de habla, hay una doble intencionalidad involucrada: la del estado intencional expresado por el acto de habla, y del cual el acto de habla cumple unas condiciones de

de otros. En esta comunidad surge un genio, llamado Pérez, quien desarrolla una teoría acerca de nuestro pensamiento como habla interna, que explica el habla pública, pero en analogía a la semántica del habla pública. Cuando los contemporáneos de Pérez comienzan a usar los conceptos teóricos de su modelo, es posible hacer reportes introspectivos sobre nuestros pensamientos, pero tales reportes tienen finalmente un origen intersubjetivo.

⁸⁰ Chisholm & Sellars, 1957.

⁸¹ Haugeland, 1985, p. 37.

⁸² Searle, *Op cit.*, Cap. 1 §IV.

⁸³ *Ibid.*, Cap. 1 §II.

⁸⁴ *Ibid.*, Cap. 4 §II.

sinceridad, y la intención de realizar el acto, una *intención de significar*. Esta última intención es la que hace que el acto de habla tenga unas condiciones de satisfacción idénticas a las del estado intencional que expresa. De esta manera hay una *intención en la acción* dentro de la emisión, cuya condición de satisfacción es que “intento que su producción sea la realización de un acto de habla.”⁸⁵ Volveré sobre la causación intencional en § 1.8.

Searle distinguió tres formas en que se realiza la adscripción de intencionalidad: 1) La *intrínseca*, la cual es verdadera cuando un organismo realmente posee dicho estado intencional, como “Tengo sed, porque no he bebido agua todo el día.” 2) La intencionalidad *como-si*, en la que se adscriben metafóricamente estados intencionales a sistemas que realmente no la tienen, como cuando se dice que “el césped tiene sed, porque no ha sido regado”, “el termostato percibe los cambios de temperatura”, o “el ordenador tiene mucha memoria”. 3) La intencionalidad *derivada*, en la que se adjudica intencionalidad a objetos no mentales, como en la oración en inglés “I am thirsty”. En este último caso la intencionalidad no es intrínseca, porque la oración “I am thirsty” podría haber significado alguna otra cosa en otro lenguaje, o incluso nada⁸⁶. Daniel Dennett criticó la apelación a la arbitrariedad en la caracterización de la intencionalidad derivada, porque no podría dar cuenta de cómo una fotografía o un mapa representan sus objetos de modo no arbitrario sin derivar su contenido de los estados intencionales del sujeto⁸⁷. Según Dennett, la noción de intencionalidad intrínseca de Searle, como un tipo de *intencionalidad originaria* o no derivada, no tiene sentido; porque si por definición la intencionalidad originaria no deriva de nada, entonces no es posible establecer su origen y quedaría sin explicación (sería un tipo de creacionismo intencional)⁸⁸. Para ser precisos, Searle no afirma que los estados intencionales salen de la nada. Él propone un *Naturalismo Biológico*, según el cual, los estados intencionales emergen a partir de procesos neurofisiológicos en el cerebro, teniendo como *trasfondo* un conjunto de capacidades y habilidades pre-intencionales⁸⁹. Sin embargo, este emergentismo intencional no parece convencer a muchos⁹⁰. Regresaré sobre el Naturalismo Biológico de Searle en § 1.8.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 171, Cf. Cap. 6. §§I-II.

⁸⁶ Searle, 1984, §I; 1992, Cap. 3. §V.

⁸⁷ Dennett, 1994, p. 99.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 99-100.

⁸⁹ Searle, 1983/1986, Caps. 5 y 10; 1984; §II; 1992/1996, Cap. 5, §5; Cap. 8, §§1, 3.

⁹⁰ P. ej., Dennett, *Op Cit.*; Kim, 1998.

En la cuestión de la intencionalidad originaria o intrínseca y derivada, Dennett representa la posición diametralmente opuesta a la de Searle. Para Dennett la intencionalidad de los estados mentales de las personas sería tan derivada, o mejor, intencionalidad *como-sí*, así como la intencionalidad que atribuimos a las máquinas⁹¹. Según Dennett, los EAPs hacen parte de lo que llamó la *Estrategia Intencional*, un recurso por el cual adscribimos estados internos con contenido intencional a las personas, y que nos resulta útil para nuestras transacciones cotidianas con los demás. Aunque originalmente aplicamos la estrategia intencional para entender la conducta de las personas, también la empleamos para tratar de entender la conducta de animales no humanos, máquinas como los ordenadores, o incluso los fenómenos naturales. Sin embargo, Dennett señala que la estrategia intencional no es sino una primera forma bastante rudimentaria de aproximación a la explicación de los fenómenos, incluidos los psicológicos, y que para lograr una verdadera explicación científica se debe asumir o bien una estrategia del diseño, que apele a la manera como el cerebro está diseñado y funciona; o una estrategia física, que fundamente la explicación en leyes científicas.⁹²

Pero si nuestra intencionalidad es derivada, ¿de dónde deriva la intencionalidad derivada? Según Dennett, así como nosotros podemos diseñar un robot que mantenga nuestro cuerpo en estado criogénico por siglos, mientras se adapta y resuelve problemas de manera flexible e inteligente, sin atribuirle alguna forma de intencionalidad originaria, igualmente nosotros podemos ser concebidos como artefactos diseñados por la selección natural para la supervivencia de nuestros genes, y en tal sentido nuestra intencionalidad derivaría del diseño de nuestros genes y de las miles de ‘elecciones’, ‘reconocimientos’ discriminativos y ‘apreciaciones’ entre relaciones sutiles que ha realizado la *Madre Naturaleza* durante eones. Pero incluso, el tipo de intencionalidad atribuida a los genes o la Madre Naturaleza sería también derivada, porque la estrategia intencional no es más sino una forma conveniente de hablar y las verdaderas explicaciones científicas deberían buscarse usando la estrategia del diseño o la física. En consecuencia, no habría nada que posea la propiedad de intencionalidad intrínseca u originaria⁹³. Dennett sostiene así un adscriptivismo antirrealista, según el cual el discurso intencional, aunque pueda resultar útil en nuestras transacciones cotidianas, es referencialmente vacío.

⁹¹ Dennett, 1994.

⁹² Dennett, 1971.

⁹³ Dennett, 1987/1998, Cap. 8; 1994.

Sin embargo, la idea de Dennett de que toda intencionalidad es derivada ha sido objeto de varias críticas. Aizawa y Adams señalan que Dennett no ofrece una explicación de cómo se realiza la derivación de contenido intencional y que los procesos de desarrollo ontogenético determinados por los genes o de selección natural filogenética son procesos causales que no involucran alguna forma de conferir significado⁹⁴. Una objeción más crítica contra el monismo de la intencionalidad derivada de Dennett tiene que ver con el hecho de que adscribir intencionalidad a, por ejemplo, un juego de ajedrez en mi computador es un acto en sí mismo intencional; y si el adscriptivismo es cierto, entonces mis actos de adscribir en sí mismos deberían ser adscritos –de lo contrario, serían intrínsecos y se acabó la cuestión. Pero esto nos lleva a un regreso al infinito de actos de adscripción, y dicho regreso es vicioso, porque en ningún momento la explicación podría ser completada. Se podría evitar el regreso abrazando cierta circularidad, como que mis adscripciones derivan de los genes y la Madre Naturaleza, así como a la vez nosotros le adscribimos intencionalidad a ellos. Pero esto parece ser absurdo. Una solución de Dennett es suponer un regreso finito a través del homuncularismo, según el cual los procesos cerebrales a los que se atribuye intencionalidad pueden ser retrotraídos a procesos de nivel inferior cada vez menos inteligentes, hasta llegar a algunos analizables exclusivamente en términos causales. Sin embargo, si el adscribir intencionalidad es en sí mismo un acto intencional, entonces no sería claro cómo entidades de nivel inferior a las que les falta toda intencionalidad pueden derivar alguna intencionalidad a entidades de nivel superior⁹⁵. En consecuencia, la misma estrategia intencional del adscriptivismo de Dennett queda sin una explicación convincente dentro de su sistema⁹⁶.

La moraleja parece ser que no es posible hablar de intencionalidad derivada sin reconocer alguna forma de intencionalidad originaria. El problema, como señalaron Aizawa y Adams, sería el de ofrecer una explicación no circular de la intencionalidad originaria⁹⁷, lo que ha sido el propósito de las llamadas teorías de la naturalización del contenido mental, que veremos en el Capítulo 3. Sin embargo, como se verá más adelante, es posible que la distinción entre intencionalidad originaria y derivada esté fundamentada en una concepción errónea acerca del significado y deba ser superada (§ 7.1).

⁹⁴ Aizawa & Adams, 2005, pp. 663, 665-8.

⁹⁵ Vallicela, 2006.

⁹⁶ Lyons, 1995.

⁹⁷ Aizawa & Adams, *Op. Cit.*, pp. 661-665.

1.7 EXPLICACIÓN INTENCIONAL Y PSICOLOGÍA POPULAR

A mediados del siglo pasado hubo un resurgir importante de la filosofía de la acción dentro de la tradición analítica, especialmente entre filósofos influenciados por el segundo Wittgenstein. Entre ellos, Elizabeth Anscombe, en su libro *Intention*, se interesó por la distinción entre acción intencional y no intencional, y llegó a la conclusión de que la *acción intencional* es aquella por la cual tiene sentido preguntarse por las razones por las cuales esta se llevó a cabo⁹⁸. Autores posteriores a Anscombe popularizaron la idea de que las acciones se explican a partir de razones, y las razones consisten en los estados intencionales de los agentes de la acción. En consecuencia, para dar cuenta de la acción intencional de los agentes, habría que acudir a los contenidos de sus estados mentales, y en particular a la conjunción de sus estados de deseo y creencia. Anscombe recuperó el *silogismo práctico* de las obras éticas de Aristóteles, como el esquema que presenta la relación entre las razones y la acción intencional. El silogismo práctico tiene la siguiente estructura:

El agente S desea el objeto O

S cree que podrá alcanzar O si realiza la acción A

Por tanto, S se dispone a realizar A.⁹⁹

Como puede observarse, las premisas están compuestas por EAPs, la primera con referencia a algún estado de *deseo* del agente, cuyo contenido es aquello que se busca alcanzar, mientras que la segunda premisa trata de una *creencia* sobre la relación medios-fines que existiría entre la acción en cuestión y aquello que se desea alcanzar. El silogismo práctico permitiría racionalizar y hacer inteligible la acción del agente y, a la vez, servir de justificación de dicha acción. Si no es posible explicar una acción a partir de razones, entonces no es una acción intencional¹⁰⁰. Por tanto, la explicación intencional es explicación de la acción basada en razones, y las razones remiten a los contenidos intencionales de los estados mentales.

⁹⁸ Anscombe, 1957/1991.

⁹⁹ Adaptado con modificaciones de von Wright, 1971/1979, p. 121.

¹⁰⁰ Anscombe, *Op cit.*; Davidson, 1963; Moya, 2006, cap. 12.

El empleo de este tipo de *explicación intencional* basada en la atribución de estados de actitud proposicional para explicar la conducta de otros¹⁰¹, es aquello en lo que consiste la llamada *Estrategia Intencional* de Dennett, que vimos en la sección anterior. Hacia finales de los años 70s se comenzó a considerar que esta es la base la llamada *Psicología Popular* (PP) o *Psicología del Sentido Común*. Se pensó en ella como un tipo de saber pre-científico, del mismo nivel que una física del sentido común, y que es empleado por las personas cotidianamente para poder entender lo que hacen los otros y predecir su conducta futura. Se puede tomar como nuestra habilidad cotidiana para leer la mente de otros y anticipar sus decisiones.

Sin embargo, ha habido poco acuerdo acerca de cuál es la naturaleza de la PP. Algunos teóricos consideraron que la PP funciona como una teoría científica, al igual de lo que lo haría una física popular, y que al adscribir estados intencionales a los individuos lo hacemos como una hipótesis explicativa. De acuerdo con David Lewis, la PP es una teoría, aunque llena de lugares comunes¹⁰². A inicios de los años 80 Morton desarrolló la llamada *teoría-teoría*, que afirma que la PP es un tipo de conocimiento que adquirimos y empleamos para entender a los otros. Esta perspectiva motivó un amplio programa de investigación científica en psicología del desarrollo y comparada acerca de la llamada *Teoría de la Mente*¹⁰³, y que se ha centrado en el problema de si la nuestra habilidad para ‘leer’ la mente de otros es adquirida y si esta es una habilidad compartida con animales no-humanos¹⁰⁴. Otros autores, como Gordon y Goldman, sostuvieron que la PP es una cuestión más bien de simulación de los estados mentales de otros y no de teorización acerca de ellos¹⁰⁵.

¹⁰¹ Aunque el asunto de la *explicación intencional* estuvo dirigido inicialmente a la explicación de la acción intencional, paso a convertirse en una explicación de la conducta. Tradicionalmente se ha reconocido alguna diferencia entre “acción” y “conducta”. Las acciones son deliberadas; mientras que por la influencia del conductismo las conductas se piensan como más automáticas e involuntarias. Sin embargo, a partir de la teoría causal de la acción de Davidson (§ 1.8) y la influencia del funcionalismo en la psicología cognoscitiva, se comenzó a hablar más de conducta que de acción y a considerar que los estados mentales determinan causalmente la conducta a partir de sus contenidos representativos, de una manera más mecánica que voluntaria (ver Capítulo 3).

¹⁰² Lewis, David (1972). *Psychophysical and theoretical identification*.

¹⁰³ Gopnik, Alison (1998). *Theory of Mind*.

¹⁰⁴ Cf. Tomasello, Michael (1999) *The Cultural Origins of Human Cognition*.

¹⁰⁵ Gordon, Robert M. (1999). *Simulation vs theory-theory*.

1.8 CAUSALIDAD MENTAL

La PP asume que nuestros estados mentales, como estados con contenido intencional, tienen una función explicativa de nuestra conducta y, en consecuencia, cotidianamente empleamos EAPs para atribuir estados mentales a los demás para así racionalizar su conducta, darle sentido y también justificarla. A mediados del siglo XX, entre filósofos influenciados por el segundo Wittgenstein y por Anscombe, tales como Charles Taylor, William Dray y Abraham Melden, se popularizó la idea de que la explicación de la conducta basada en razones y, por tanto, en estados mentales, no puede ser una explicación causal. El argumento es que la explicación intencional no puede cumplir algunos criterios de la explicación causal, como el hecho de estar basada en leyes obtenidas por inducción y que no hay una independencia conceptual entre la causa y el efecto; es decir, entre las razones y la acción¹⁰⁶. Sin embargo, a inicios de los 60s, Donald Davidson rechazó estos argumentos, y propuso, en cambio, una *teoría causal de la acción intencional*, según la cual las razones son a la vez causas de la acción. De acuerdo con esta explicación, una razón es causa de una conducta si es una *razón primaria*; es decir, que mantiene las relaciones lógicas adecuadas con la descripción apropiada de la acción; pero, además, es la causa de la acción en oposición a otras razones competitivas posibles¹⁰⁷.

La teoría causal de la acción de Davidson tuvo como consecuencia la recuperación el viejo problema cartesiano de la *causalidad mental*. En el dualismo interaccionista de Descartes, la causalidad mental es problemática porque no es comprensible cómo una substancia inextensa puede ser causalmente efectiva sobre una substancia extensa, como se supone que es el cuerpo. Sin embargo, Davidson adoptó la tesis fisicalista de que los eventos mentales son eventos físicos, principalmente cerebrales; aunque rechazó que hubiese alguna forma en que el contenido intencional de los estados mentales pudiera ser reducido a estados neurofisiológicos del cerebro o a puras manifestaciones de la conducta¹⁰⁸. Davidson sostuvo una posición que llamó *Monismo Anómalo*, que consiste en la conjunción de tres proposiciones: (1) Hay causalidad mutua entre lo físico y lo mental; (2) Toda relación causal puede ser descrita por una ley física; y (3) No hay leyes psicológicas o psicofísicas estrictas, que conecten eventos psicológicos con eventos neurológicos o físicos o conductuales. A

¹⁰⁶ Moya, *Op. cit.*, Cap. 12.

¹⁰⁷ Davidson, 1963.

¹⁰⁸ Davidson, 1973.

primera vista, las tesis (1) y (3) parecen incompatibles, y en ello consiste el anomalismo del monismo de Davidson. Lo que propone Davidson es un monismo fisicalista, en el que los estados mentales de los individuos también son en últimas, estados físicos del cerebro, por una identidad de instancias (*token physicalism*). Sin embargo, los estados mentales se describen en el nivel interpretativo de las actitudes proposicionales. La razón de que no haya leyes psicofísicas se debe a que el lenguaje sobre lo mental tiene un carácter holístico, por el cual los contenidos de las APs se individualizan por sus relaciones lógicas con las demás APs del sistema de creencias del sujeto, lo que impiden que puedan ser individualizadas del mismo modo que los estados neurofisiológicos del cerebro. Por lo tanto, no puede haber leyes puente que unan conceptualmente el nivel interpretativo de los predicados mentales con el nivel de los estados neurológicos. Sin embargo, dado (2), debe haber entonces leyes físicas que conecten los estados cerebrales de las APs y las acciones; y de ese modo los eventos cerebrales en los que se instancian los estados mentales pueden ser causalmente eficientes sobre la conducta¹⁰⁹.

A pesar de que el monismo anómalo pretende compatibilizar que los estados mentales son estados con contenido intencional y que además tienen un efecto causal sobre la conducta, se ha acusado que el monismo anómalo colapsa de algún modo en el *epifenomenalismo*. La razón es que si (3) es verdadero y no hay leyes psicofísicas que conecten el contenido con los estados neurofisiológicos del cerebro, el contenido por sí mismo sería causalmente ineficiente y no tendría un auténtico rol causal sobre la acción¹¹⁰. Jaegwon Kim planteó que sin una reducción efectiva de los predicados mentales a estados neurológicos, no se puede tener una verdadera explicación de la causalidad mental, y en cambio se viola el clausura causal del mundo físico, con un retorno al dualismo cartesiano¹¹¹.

Una alternativa sería el proceso de *causación intencional* propuesto por Searle, mencionado en §1.6. De acuerdo con Searle, mis percepciones son causadas por el encuentro con algún objeto del mundo; mientras que, en el caso de las acciones, un estado intencional causa el movimiento de mi cuerpo. Sin embargo, este es un tipo de causalidad especial, que no se ajusta a la causalidad mecánica de los fenómenos físicos. Es una relación causal que no obedece leyes, que llegamos a conocer por experiencia directa, y en el que hay una

¹⁰⁹ Davidson, 1970, 1973, 1974.

¹¹⁰ Kim, 1998a, 1998b.

¹¹¹ *Ibid.*

conexión lógica interna ente la causa y el efecto, de manera que uno involucra las condiciones de satisfacción del otro. Por ejemplo, beber es una condición de satisfacción de su causa, tener sed. Así, el contenido de un estado intencional es causalmente relevante para la acción producida¹¹². Searle esperaba que su causación intencional fuera compatible con el fisicalismo, y para dar cuenta del origen de los estados mentales, postuló su *Naturalismo Biológico*. De acuerdo con esta posición, los estados mentales son realizados en la estructura del cerebro y son causados por procesos neurobiológicos, los cuales son responsables de los estados de consciencia y los estados con contenido intencional. Los estados mentales y sus condiciones de satisfacción son los responsables de la *intención en la acción* que causa el movimiento corporal¹¹³. Searle dice que los estados mentales (M) son *supervinientes* a los estados neurofisiológicos (N) del cerebro, en el sentido de que diferencias en los Ms se acompañan por diferencias en los Ns. Si dos cerebros son idénticos molécula-por-molécula, entonces tendrían los mismos Ms¹¹⁴. Así, los estados M, como estados conscientes, son causalmente *emergentes* respecto a los Ns¹¹⁵. Sin embargo, la explicación de Searle ha sido ampliamente criticada. Kim señaló que la apelación a la supervinencia y el emergentismo es ininteligible, pues no da cuenta de cómo los estados mentales pueden adquirir sus propiedades intencionales a partir de los procesos físicos causales sobre los que supervienen y emergen¹¹⁶. Dennett, por su parte, manifestó que el proceso de causación intencional de Searle es demasiado misterioso como para que pueda ser tomado científicamente en serio¹¹⁷.

Las formulaciones de Davidson y de Searle comparten el supuesto fisicalista de que la conducta es un producto causal de los estados internos cerebrales de los individuos, de manera que, si hay alguna forma de conectar el contenido a tales estados cerebrales, sería posible dar una explicación de la causalidad mental en el sentido exigido por Kim. A pesar de los fracasos de las formulaciones de Davidson y de Searle, la idea de que el contenido mental tiene un rol causal en la producción de la conducta ha hecho carrera en las ciencias cognitivas, las cuales creyeron encontrar en la teoría computacional y representacional de la mente una forma de ofrecer dicha explicación, como se verá en el Capítulo 3.

¹¹² Searle, 1983/1986, Cap. 4 §II.

¹¹³ *Ibid.*, Cap. 10.

¹¹⁴ Searle, 1992/1996, §5.5.

¹¹⁵ *Ibid.*, §5.1.

¹¹⁶ Kim, *Op. cit.* Obsérvese que una crítica similar aplicaría al homuncularismo de Dennett, como se mencionó en §1.6.

¹¹⁷ Dennett, 1994, pp. 97-98.

1.9 A MODO DE RESUMEN

Brentano recuperó el término “intencionalidad” de los medievales, para caracterizar a los fenómenos mentales, en oposición a los fenómenos físicos. Los medievales hablaron de la *intencionalidad* para referirse al modo peculiar de existencia de los objetos mentales. Brentano consideró que los fenómenos mentales se caracterizan porque su contenido es intencionalmente inexistente o inmanente a los fenómenos mismos. Roderick Chisholm relacionó la intencionalidad como la marca de lo mental con las peculiaridades semánticas de los EAP en la tradición analítica. El carácter intencional de los contenidos mentales se manifiesta en las propiedades intensionales con-s de los EAP que describen tales estados; aunque para algunos autores la intensionalidad con-s no es una condición necesaria o suficiente para la intencionalidad con-c. De acuerdo con Searle, nuestros estados mentales tienen un contenido representativo, un modo psicológico, unas condiciones de satisfacción y una dirección de ajuste. Sin embargo, algunos contraejemplos retan la Tesis de Brentano de que todos los estados mentales son intencionales. Parece haber una conexión analítica entre el hecho de que los estados mentales tengan un contenido y a la vez que tengan un carácter significativo y semántico. Muchos autores suponen que la intencionalidad de los estados mentales es originaria, y que de ella deriva la intencionalidad de nuestros actos de habla o del uso de signos externos. Usualmente adscribimos estados de AP a otros para ofrecer una explicación intencional de sus conductas y así racionalizarla y justificarla. Pero es una cuestión de debate si la explicación intencional puede ser a la vez una explicación causal de la conducta. Una explicación causal sería afín a una concepción fisicalista y naturalista de lo mental; mientras que su rechazo invitaría a sostener unas ciencias intencionales, irreductibles y paralelas a las ciencias naturales, como originalmente pretendían Brentano y Chisholm.

En el siguiente capítulo revisaremos las principales teorías sobre la naturaleza de los estados mentales y su contenido intencional.

Capítulo 2. TEORÍAS DE LA INTENCIONALIDAD

De acuerdo con la Tesis de Brentano, los estados, fenómenos o eventos mentales se caracterizan porque están dirigidos a un contenido, sea este objetual o proposicional y dicho contenido es intencional, en el sentido de que aquello acerca de lo cual tratan puede no tener un correlato en la realidad. Hay dos problemas principales asociados a la intencionalidad: El primero tiene que ver con cuál es la estructura de los estados intencionales, y qué tipo de relación hay entre los estados mentales y sus objetos intencionales. El segundo problema consiste en el estatus ontológico de los objetos intencionales. Ambos problemas están interrelacionados, así que la respuesta a uno supone también una respuesta al otro. En cuanto a la estructura de los estados mentales, las propuestas se mueven entre dos extremos que son un buen punto de partida para la discusión: el *relacionismo intencional* y el *adverbialismo intencional*, de los cuales hablaremos en § 2.1. En cuanto a los objetos intencionales, hay que hacer una aclaración. En la literatura de tradición brentaniana es habitual considerar que el contenido es de tipo objetual y se discute más la naturaleza de los objetos intencionales. En cambio, la tradición que considera a los estados mentales como estados de actitud proposicional considera que el contenido es más bien proposicional¹. Aquí no voy a asumir preferencia por una posición u otra y voy a tomar ambas. En la sección § 2.2 hablaremos de las teorías sobre los objetos intencionales, que en buena medida surgen como reacción a la teoría inicial de Brentano. En la sección § 2.3 trataremos de las teorías acerca de la naturaleza de las proposiciones. En la sección § 2.4 se abordarán dos posiciones o actitudes acerca de los estados mentales: el internismo y el externismo, las cuales en buena medida recogen las divisiones entre las teorías vistas antes. Finalmente, en § 2.5 trataremos con la realidad o irrealidad de los estados mentales como estados intencionales y su relación con la posibilidad de la psicología como una ciencia.

2.1 ENTRE EL RELACIONISMO Y EL ADVERBIALISMO

Como vimos en el capítulo anterior, de acuerdo con la Psicología Popular la conducta de las personas es explicada por sus estados mentales (*M*) los cuales tienen un contenido

¹ Tim Crane (2013, § 4.5) protestó contra la excesiva importancia que se le da al contenido proposicional en la literatura de habla inglesa sobre intencionalidad, y se mostró más favorable al contenido objetual. En este capítulo trataré las teorías sobre ambos tipos de contenido por separado, sin considerar la posibilidad de reducción de un tipo de contenido a otro.

intencional. Decimos que quien cree, cree en algo; quien ama, ama algo; quien desea, desea algo, y así. Las adscripciones de estos M a los sujetos se realizan a través de enunciados de actitud proposicional (EAPs), que de acuerdo con Russell son enunciados que tienen una estructura gramatical relacional. Así, por ejemplo, una atribución simple como “Juan cree que va a llover”, involucra un verbo psicológico (Ψ), que en el ejemplo sería el verbo *cree*, un sujeto de atribución (S), que es Juan, y un contenido proposicional (P), que es la cláusula subordinada posterior al pronombre relativo *que*². Por tanto, los estados mentales tendrían la estructura de una relación diádica, cuya forma sería Ψsp . Los verbos psicológicos serían entonces relatores diádicos, en los que uno de los espacios es llenado por un sujeto psicológico: “____ *cree* que va a llover” y el segundo de los espacios será llenado por un contenido proposicional: “Juan *cree* que ____”. A pesar de que este relacionismo toma al contenido como de tipo proposicional, es fácilmente aplicable a una versión objetual del contenido. Por ejemplo, si se dice “Juan ama la lluvia”, ‘la lluvia’ es tomada más bien como un objeto, y en tal sentido, la relación tendría una estructura Ψso , donde O es el objeto al que se dirige el estado mental. Podríamos entonces formular la posición del *Relacionismo Intencional* (RI) de la siguiente manera:

$$(1) M = \Psi sp \text{ o } \Psi so.$$

A primera vista RI es una posición bastante plausible. Parece admisible considerar que Juan está en una relación de creencia con el hecho de que va a llover o que está en una relación de amor con la lluvia. Sin embargo, el relacionismo se enfrenta a un problema importante. De acuerdo con una larga tradición metafísica, que se remonta a Aristóteles, la categoría de las relaciones es una de las que tiene uno de los modos de ser más débiles, pues su existencia depende de la existencia de los individuos que son correlatos de la relación y de sus propiedades³. Así, por ejemplo, si se dice que “Juan es padre de Pedro”, la relación se sostiene en cuanto los individuos denotados por los nombres ‘Juan’ y ‘Pedro’ existen. Muchas veces se dice que las relaciones *subsisten* a la existencia de sus correlatos. Sin embargo, en los estados intencionales el segundo correlato, la proposición o el objeto, no está garantizado. Si el contenido es de tipo proposicional, el segundo correlato trata de un estado

² P. ej., Russell, 1940 p, 271.

³ Chrudzinski & Smith, 2004, p. 204; Kraus, 1929, p. 291.

de cosas. Pero puede ser el caso de que dicho estado de cosas sea falso y, por lo tanto, que no ocurra en la realidad. Puede ser que, en el ejemplo dado, finalmente no llueva. Si este es el caso, entonces no se sostendría que S y P están en una relación. Esto tiene que ver con el segundo criterio de Chisholm sobre la falla en el principio de composicionalidad de los EAP, que vimos en § 1.4. Por su parte, si el estado intencional tiene por contenido a un objeto, el objeto del estado mental puede ser inexistente, y entonces no se sostendría una relación entre S y O . Por ejemplo, si fuera verdad que “Juan teme a los marcianos”, pero sabemos que los marcianos no existen, entonces no se puede considerar que se sostenga una relación entre Juan y los marcianos. Se podría pensar que el RI se sostendría al menos en el caso de los estados perceptuales, como cuando se dice que “Juan ve llover” o “Juan escucha llover”. Sin embargo, las posibilidades de *ilusiones* o *alucinaciones* irían en contra de RI aún en estos casos. Los problemas para RI se relacionan con la *Tesis de la Inexistencia Intencional* (TII) de Brentano, pues de acuerdo con ella el contenido, sea objetual o proposicional, sería interno o inmanente al acto mental (§ 1.2). Por lo tanto, la TII parece incompatible con RI, y si la TII es una característica fundamental de los estados mentales, entonces RI sería falso.

La alternativa diametralmente opuesta a RI sería el *adverbialismo intencional* (AI), según el cual el contenido sería una propiedad adverbial que calificaría el estado, fenómeno o acto mental. Por ejemplo, decir que “Juan cree que va a llover” sería lo mismo que decir que Juan se encuentra en el estado de creer-lloverá; o al decir que “Juan ama la lluvia” sería como decir que Juan se encuentra en el estado amar-llover. En consecuencia, la estructura de un estado mental M sería la de un sujeto poseyendo una propiedad particular, de tal manera que el verbo psicológico Ψ es tomado más bien como un predicado monádico. Dicho verbo sería cualificado adverbialmente por su contenido, lo cual vamos a expresar como Ψ^P o Ψ^O , ya sea que el contenido sea proposicional u objetual. Así, decimos que para el AI:

$$(2) M = \Psi^P s \text{ o } \Psi^O s$$

Quine consideró el AI para el caso de los EAPs. Afirmó que tales enunciados deberían tener una forma Fa en vez de una Fab , como se propone en (1), de tal manera que se deja de tomar al verbo de actitud Ψ como un relator, con la subsiguiente ventaja de que se deja de considerar al contenido proposicional como un término en una relación⁴.

⁴ Quine, 1960a/2001 § 44, pp. 274-275.

El AI toma en serio la TII de Brentano, y consideraría que el objeto o proposición del contenido de *M* es interno o inmanente al estado mental. A pesar de que en sus lecciones de *Psicología Descriptiva* de 1890-1 Brentano habla de la *relación intencional* como una relación sostenida entre el acto y su contenido objetual⁵, Brentano seguía sosteniendo la TII y parece que su posición puede calificarse mejor como una forma de adverbialismo que como un relacionismo. Brentano sostenía una teoría del doble objeto y doble dirección del acto mental, primero hacia el objeto mismo que era contenido del acto y segundo hacia el acto mismo (§ 1.2). Otra de las características que se exige a las relaciones es que además de que sus correlatos sean existentes, tales correlatos tengan existencia independiente uno de otro. Por ejemplo, en “Juan es padre de Pedro” se considera que ‘Juan’ y ‘Pedro’ son dos individuos con existencia independiente uno del otro. Esto aplica igual a las relaciones comparativas, como “Juan es más alto que Pedro” o las relaciones causales, como “Juan causó la vida de Pedro”. Pero en la teoría inicial de Brentano ambos objetos no tienen existencia independiente del acto, pues el contenido es interno, inmanente y, por tanto, dependiente del acto mental mismo, por lo que la teoría de Brentano parece ser una versión del AI.

A pesar de que el AI haga justicia a la TII y tenga la ventaja frente a la RI de no tratar al contenido objetual o proposicional como un término dentro de una relación, el AI se enfrenta a varias objeciones importantes, algunas de ellas formuladas por los discípulos de Brentano. En primer lugar, si el contenido fuera inmanente a cada acto mental, en el sentido de Brentano, el contenido sería tan idiosincrático que sería imposible atribuir a dos personas diferentes el mismo estado mental. Por ejemplo, si “Juan ama a María” y también “Pedro ama a María” fueran verdad, no sería posible afirmar que Juan y Pedro aman a la misma persona. Pero incluso, siendo el contenido inmanente al acto, sería también imposible afirmar que dos actos de la misma persona en diferentes momentos tienen el mismo contenido. Si fuera el caso de que en un momento “Juan ama a María” pero en otro momento “Juan odia a María”, tampoco se podría decir que Juan en un momento odia a quién en otro momento amaba. Incluso, la objeción puede ser llevada más lejos y decir que aún si “Juan ama a María” en dos momentos diferentes, no está amando a la misma persona.

⁵ Brentano, 1890-1891/1995, *Descriptive Psychology*, p. 23.

En la concepción de Brentano, los actos mentales son actos relativos a momentos particulares de la conciencia. Sin embargo, los estados de actitud proposicional no se tienden a considerar estados que varíen de momento a momento según los estados de conciencia, pues los verbos de actitud psicológica tienen un carácter estable. Por ejemplo, si se dice que “Juan cree que la Luna orbita alrededor del Sol”, se considera que esto es algo que Juan cree en todo momento, independientemente de si piensa en ello o no en algún momento particular. Podría decirse que para el caso de los verbos de AP no aplicaría la objeción de que el objeto cambie de un acto mental a otro. Pero aún si fuera este el caso, el hecho de que los contenidos sean internos a los estados mentales dificulta entender por qué frecuentemente tales estados mentales tratan acerca de los objetos del mundo real externo. Nuestra Psicología Popular nos invita a postular estados internos de creencia y deseo que explican la conducta de los sujetos de acuerdo con sus contenidos. Si los contenidos de los estados mentales no tuvieran una relación con los objetos reales, sería demasiado difícil entender su relevancia para dar cuenta de la conducta, dado que la conducta involucra una relación directa con nuestro mundo externo. Además, si los contenidos de los *Ms* no estuvieran en relación con nuestro mundo externo, sería bastante difícil entender el origen de la increíble variedad de nuestros *Ms*. Y aún si dicha productividad variable fuera posible en nuestro mundo interno, otro problema es que el AI no permitiría entender de qué manera nuestros estados mentales pueden ser verdaderos o falsos; o mejor, si es posible siquiera la falsedad. En la posición de Brentano, los actos de los fenómenos psíquicos se dan como auto-evidentes en sí mismos. El acto es real, y podría decirse que su contenido también como dependiente de dicho acto. Siendo todo el contenido inmanente a los actos, ¿cómo podría ser algún contenido falso?

En consecuencia, tanto el RI como el AI parecen ser alternativas inadecuadas para entender la estructura de los *Ms*. Sin embargo, tanto RI como AI parecen decir cada uno algo verdadero sobre los *Ms*. Nuestros *Ms* habitualmente ‘son acerca de’ las cosas de nuestro mundo externo, y en tal sentido parecen estar en algún tipo de relación con tales cosas, como dice RI; pero con frecuencia aquello acerca de lo que son nuestros *Ms* o es inexistente o es falso, de tal manera que en algún sentido la TII parece verdadera, como propone la AI. Por lo tanto, pareciera que la respuesta correcta a la estructura de los *Ms* cayera en algún punto intermedio entre RI y AI. A continuación, veremos algunas teorías clásicas acerca de la naturaleza de los objetos intencionales, las cuales toman alguna posición respecto a RI y AI.

2.2 TEORÍAS SOBRE LOS OBJETOS INTENCIONALES.

A partir de la discusión de la teoría de la intencionalidad de Brentano por parte de sus discípulos, inició una controversia acerca de la naturaleza de los llamados *objetos intencionales* o también *objetos de pensamiento* como contenidos de nuestros estados mentales. Por lo general se considera que los objetos intencionales tienen un estatus ontológico diferente al de los *objetos ordinarios concretos* de nuestra experiencia sensorial corriente. Los objetos ordinarios son entidades *existentes*, con una *concreción* espaciotemporal particular, y con algún tipo de estructura física. En cambio, nuestros objetos de pensamiento son vistos más bien como objetos abstractos⁶, que pueden incluir cosas tan variadas como objetos ausentes, pasados, futuros, posibles, ficticios y hasta imposibles (§ 1.2).

La mayor parte de la discusión acerca de los objetos intencionales se ha centrado en los *objetos inexistentes* o en los *términos referencialmente vacíos*. Esto se relaciona con el primer criterio de Chisholm del lenguaje intencional, la falla en la regla de Generalización Existencial. Tomando un clásico ejemplo de Russell, en “el actual rey de Francia es calvo” no podemos establecer si ‘el actual rey de Francia’ está entre las cosas calvas o no calvas. En otras palabras, no habría condiciones de verdad para esta oración. Pero además, hay una violación del principio de tercero excluido, porque no podríamos decidir si “el actual rey de Francia es calvo” es un enunciado verdadero o falso⁷ (ver § 2.2.3). Al respecto, Frege había establecido que los enunciados con términos referencialmente vacíos son indecidibles respecto a su valor de verdad, pues dada la inexistencia del objeto al captar el pensamiento expresado en el enunciado no es posible dar el paso hacia su valor de verdad. Frege exigía que en un lenguaje lógicamente perfecto, como debía ser el lenguaje de la ciencia, no puede haber términos referencialmente vacíos, aunque reconocía la posibilidad de su uso en el lenguaje literario u ordinario⁸ (ver § 2.2.5). Más recientemente, Tim Crane llamó el *problema de los inexistentes* a la cuestión de cómo puede haber enunciados verdaderos sobre inexistentes, como por ejemplo “Pegaso es un caballo alado” o “Sherlock Holmes es el

⁶ Por ejemplo, Crane, 2012 y 2013; Zalta, 1983.

⁷ Russell, 1905, pp. 482, 484-485.

⁸ Frege, 1891b, p. 82-83; 1892b, pp. 100-101; 1895, p. 112.

detective más famoso del mundo”⁹ (ver § 2.2.9). Por lo tanto, una teoría sobre los objetos intencionales debería dar cuenta de cómo podemos tener pensamientos acerca de inexistentes, así como del hecho de que estos contenidos sean significativos y que incluso algunos enunciados sobre estos términos referencialmente vacíos puedan ser verdaderos.

La teoría de Brentano de los objetos inmanentes al acto intencional parece ofrecer una solución muy simple al asunto de los objetos inexistentes, pues ella permite que cualquier cosa sea objeto de pensamiento, incluidos los inexistentes, independiente de que remita a algo externo en el mundo real. Sin embargo, como vimos en § 2.1 la inmanencia del objeto conduce al AI, el cual no permite la falsedad de los contenidos. Comenzaremos la revisión de las teorías sobre los objetos intencionales con Twardowski, uno de los discípulos de Brentano.

2.2.1 La teoría tripartita de la intencionalidad de Twardowski

Kasimierz Twardowski (1866-1938) fue alumno de Brentano en la Universidad de Viena entre 1885 y 1889. En 1894 presentó su tesis de habilitación titulada *Sobre la doctrina del Contenido y el Objeto de las Presentaciones: Una Investigación Psicológica*, en la que expondría su propia teoría de la intencionalidad. En 1905 se fue a enseñar a la Universidad de Lvov, siendo el responsable del surgimiento de la escuela de Lvov-Warsaw¹⁰.

Twardowski compartiría con Brentano la idea de que lo definitorio de los fenómenos psíquicos es la intencionalidad, pero veía problemático el asunto de cómo los juicios pueden ser falsos si los objetos son inmanentes al acto. Twardowski propuso entonces separar el contenido (*Inhalt*) del objeto (*Gegenstand*) de cada acto psíquico y afirmó que el acto se dirige a su contenido, pero no a su objeto. El contenido sería inmanente e interno al acto, al igual que con Brentano, mientras que el objeto sería trascendente y externo al acto. Por tanto, “[l]o que es presentado *en* una presentación es su contenido; lo que es presentado *a través* de una presentación es su objeto.”¹¹ Siendo el objeto independiente del acto, es posible que existan juicios falsos respecto a los objetos, y así también se supera el problema de la

⁹ Crane, 2013, pp. 8-9, 18-23.

¹⁰ La escuela de Lvov-Warsaw fue el semillero de la filosofía polaca de inicio del siglo XX y a la que pertenecieron nombres tan destacados como Kazimierz Ajdukiewicz, Tadeusz Kotarbiński, Stanislaw Leśniewski, Jan Łukasiewicz y Alfred Tarski. Sus temas principales abarcaron los límites de la psicología descriptiva, la gramática y la lógica (Torrez, 2016, § 2.1).

¹¹ Twardowski, 1894/1977, § 4, p. 16. Cf. Betti, 2019, §§ 2.1-2.2; Torrez, § 2.2.

idiosincrasia del contenido, pues es posible afirmar que diferentes actos se dirigen al mismo objeto.

¿Qué relación hay entre el contenido y el objeto? El contenido es como un signo, como una ‘imagen mental’ del objeto. Sin embargo, en vez de ofrecer alguna explicación basada en la similitud entre el contenido y el objeto, sostuvo que el contenido funciona más bien como un *nombre* del objeto, pues cumplirían las tres funciones que tienen los nombres: 1) Dar a conocer un acto de presentación que ocurre en el hablante, 2) despertar un contenido mental en el escucha y 3) designar a un objeto, que es presentado a través del nombre¹².

La razón de que contenido y objeto se confundan tiene que ver con el hecho de que cuando se habla del ‘contenido presentado’ y el ‘objeto presentado’, el adjetivo ‘presentado’ es ambiguo, se dice en modos diferentes. Twardowski distinguió entre adjetivos atributivos o determinantes y adjetivos modificadores¹³. Los primeros cualifican al objeto, mientras que los segundos modifican su categoría. Así ocurre con el adjetivo ‘falso’. Un juicio ‘falso’ sigue siendo un juicio, pero un diamante ‘falso’ ya no es un diamante. El tipo de ambigüedad a la que apunta Twardowski se da también con el adjetivo ‘pintado’. Al pintar un paisaje, un pintor pinta el cuadro y pinta el paisaje. Pero mientras que el ‘cuadro pintado’ es un cuadro real, el ‘paisaje pintado’ no es un paisaje real, sino un paisaje pintado. Igualmente, en el caso bajo análisis, “[e]l contenido presentado en la presentación es verdaderamente un contenido”; pero en cambio, el objeto presentado ya no es un objeto como tal¹⁴.

Twardowski trató el problema de los *objetos inexistentes*, en el contexto de la discusión con la posición del matemático Bernard Bolzano (1871-1848), quien sostenía que hay *presentaciones sin objeto*, como, por ejemplo, la idea de ‘nada’, objetos con determinaciones incompatibles, como el ‘círculo cuadrado’ u objetos que no pertenecen a la esfera de la experiencia, como la ‘virtud verde’ o la ‘montaña de oro’. Twardowski rechazó la posición de Bolzano, defendiendo la idea de que toda presentación tiene un objeto. Para ello apeló a las funciones de los nombres. En el caso de la palabra ‘nada’ esta cumple más bien una función sincategoremática, semejante a la de ‘no algo’, así que no funciona

¹² Twardowski, *op. cit.*, § 3. Las tres funciones del nombre las toma de J. S. Mill (1886).

¹³ Twardowski toma esta distinción de Brentano, quien dice: “De modo semejante a como ocurre con los adjetivos para el sustantivo añadido a ellos, también los predicados son para el sujeto unido a ellos algo que habitualmente enriquece el concepto mediante nuevas determinaciones, pero a veces algo que lo modifica.” (*Psicología*, 1874/2020, § II.7.7, n. 28, p. 257).

¹⁴ Twardowski, *op. cit.*, § 4, p. 13.

verdaderamente como un nombre, y no tiene un contenido. En cuanto a los objetos inexistentes o imposibles, dice Twardowski “[c]ada presentación presenta un objeto, sea que exista o no, así como cada nombre designa un objeto independientemente de si el último existe o no.” El contenido presenta y designa al objeto, aunque este no exista. Además, a pesar de que el objeto no exista en la realidad “este existe después de todo, a saber, como un objeto presentado”¹⁵, haciendo un uso modificador del adjetivo ‘presentado’. Esto ofrece la ventaja de que en los juicios existenciales negativos es posible negar la existencia del objeto, pues la existencia se predica del objeto presentado en el contenido, a pesar de que no exista fuera del contenido¹⁶.

La separación que hace Twardowski entre el contenido y el objeto resuelve algunos problemas de la teoría inicial de Brentano. Permite la falsedad en los juicios a la vez que elimina la idiosincrasia de los actos mentales. Sin embargo, hay varios problemas. Por una parte, Twardowski no explica cómo el contenido llega a ‘nombrar’ al objeto, y esto es más oscuro en el caso de los objetos inexistentes, pues si una de las funciones de los nombres es denotar a su objeto, pero denotar es una relación que exige la presencia real del objeto, ¿cómo puede ocurrir para objetos inexistentes? Por otra parte, si un objeto de pensamiento es un ‘objeto presentado’, nada más, volvería a ser un objeto inmanente al contenido y al acto, de manera que no parece superarse el inmanentismo de la posición brentaniana. Pero como veremos a continuación, la idea de Twardowski de que todo acto mental tiene invariablemente un objeto, anticipará la Teoría del Objeto de Meinong.

2.2.2 La Teoría del Objeto de Meinong

Alexius Meinong (1853-1920) fue también alumno de Brentano entre 1875 y 1878 y luego profesor en la Universidad de Graz (Austria). Meinong postuló una *Teoría del Objeto*¹⁷ que ha sido bastante notable y discutida hasta el día de hoy. Meinong distinguió entre varios *modos de ser*. Un modo de ser es la existencia (*Existenz*), que corresponde a los objetos con determinación espaciotemporal, e incluye no sólo lo que existe en el presente, sino también lo que ha existido en el pasado y lo que existirá en el futuro. Otro modo de ser es la *subsistencia* (*Bestand*), que incluye a los objetos *ideales*, con un carácter lógico abstracto,

¹⁵ *Ibid.*, § 5, p. 22.

¹⁶ Betti, 2019, § 2.3.

¹⁷ Meinong, 1904/1960.

como los números y demás objetos matemáticos¹⁸. Los objetos subsistentes abarcan también a los juicios y los supuestos, a los que llamó *Objetivos (Objektive)*, de los cuales es posible predicar su verdad o falsedad. Por ejemplo, del juicio “las antípodas existen” podemos predicar que “es verdad que las antípodas existen”¹⁹. Para justificar estos objetos subsistentes, Meinong sostuvo el *Principio de Independencia* entre el existir (*Sein*) y el *ser-así (Sosein)*, según el cual un objeto puede ser pensado con sus características independientemente de su existencia o inexistencia (*Nichtsein*). Este principio permite que, por ejemplo, se pueda predicar “Pegaso es un caballo alado” con verdad; y además que se pueda predicar la falta de existencia de Pegaso, pues en esta propuesta la ‘existencia’ es un predicado²⁰. Incluso, podemos pensar en objetos fácticamente imposibles como ‘la montaña de oro’, o lógicamente imposibles como ‘el círculo cuadrado’, los cuales serían *objetos puros*, que están fuera o más allá (*Aussersein*) del ser y del no-ser²¹.

Meinong, al igual que Brentano, consideraba que los eventos psicológicos tienen el carácter distintivo de estar dirigidos a algo. Afirmó, junto a Twardowski, que en toda experiencia hay tres elementos: actos, contenido y objeto; que el objeto es extrínseco al acto y que todo acto psíquico tiene un objeto. Pero a diferencia de Twardowski, consideró que el contenido es un elemento psíquico, real y concreto del acto, más que un signo abstracto del objeto²². Se debe tener en cuenta de que cuando Meinong habla de ‘objeto’ lo hace en el sentido medieval en el que también Brentano tomaba el término, como *objeto de pensamiento*, no como cosa real existente externa. Por eso es comprensible que Meinong pueda tomar a la existencia como un predicado y pueda hablar de objetos inexistentes. En general, un *objeto* es cualquier cosa que pueda ser pensada. Pero Meinong, al igual que Brentano, creía que hay una relación entre el acto y el objeto²³. En la teoría de Meinong, la afirmación “S piensa en O” tiene una lectura relacional, por lo cual hay una relación entre el sujeto S y el objeto O, sea cual sea dicho objeto²⁴. En consecuencia, la teoría de la

¹⁸ *Ibid.*, pp. 79-81. En la Edad Media, ‘*Subsistere*’ se refiere a lo que persiste o tiene una duración en el ser. De acuerdo con Boecio, los géneros y especies *subsistent* únicamente, mientras que los individuos no sólo subsisten, sino que también *subsistent* (Magnavacca, 2005, p. 664). Meinong pareciera decir que las ideas abstractas *subsistent* a partir de las presentaciones, así como los géneros y especies *subsistent* a partir de los individuos que los ejemplifican.

¹⁹ *Ibid.*, p. 80. El *Objetivo* es el contenido proposicional de un juicio, como estado de cosas posibles en términos lógicos, pero no como unidad psicológica o lingüística. (De Donato-Rodríguez, 2016, pp. 145-146).

²⁰ *Ibid.*, §3.

²¹ *Ibid.*, §4.

²² Marek, 2017, § 2.

²³ *Ibid.*, § 1.

²⁴ Centrone, 2016, p. 13.

intencionalidad de Meinong supone la aceptación del relacionismo intencional (RI), en oposición al adverbialismo en la teoría Brentano. Si es posible sostener relaciones con objetos de cualquier modalidad de ser, entonces la RI tendría una fuerte confirmación a través de la teoría de Meinong.

Bertrand Russell defendió inicialmente la teoría del objeto de Meinong, pero luego cambió de opinión y se convirtió en su principal detractor, iniciando un debate con Meinong que duró varios lustros. En primer lugar, Russell sostuvo que la teoría violaba el principio de no contradicción. Meinong había sostenido que “si debo ser capaz de juzgar que cierto Objeto no es, entonces parece que yo he tenido que captar el Objeto en alguna forma antes, para decir algo de su no-ser, o más precisamente, para afirmar o negar la adscripción de no-ser al Objeto”²⁵. Sin embargo, cuando realizamos enunciados existenciales negativos verdaderos como “Pegaso no existe”, para negar la existencia del sujeto de la oración, primero debo afirmarlo, cayendo de este modo en una posible contradicción²⁶.

Por otra parte, la teoría de Meinong permite verdades sobre objetos lógicamente imposibles, como “el círculo cuadrado es un círculo”, pues dado el *principio de independencia*, aunque el círculo cuadrado no exista, conserva sus cualidades. Pero si a la vez acepto que “el círculo cuadrado es cuadrado” y dado que lo cuadrado implica la negación de lo circular, se concluye que “el círculo cuadrado es un círculo y es un no círculo”, lo cual involucra de nuevo rechazar el principio lógico de no contradicción. Meinong se defendió, alegando que la ley de no contradicción aplica a los objetos existentes y posibles, pero no tiene por qué ser así para los objetos imposibles, pues estos están más allá del ser y del no-ser. Sin embargo, Russell replicó que si la existencia es una propiedad, como acepta la teoría de Meinong, entonces puedo aplicarla a objetos fácticamente imposibles como ‘la montaña de oro existente’ u objetos lógicamente imposibles como ‘el círculo cuadrado existente’ y llegar a contradicciones como “la montaña de oro existente no existe” o “el círculo cuadrado existente no existe”²⁷. Obsérvese que estos problemas se asocian con el hecho de que para Meinong la existencia es un predicado; sin embargo, esto es rechazado dentro del sistema de lógica desarrollado por Frege, y la SCV, donde la existencia ya está incluida en la cuantificación.

²⁵ Meinong, 1904/1960, p. 84

²⁶ Russell, 1905, pp. 482-483, 485. Algunos autores llaman a este el *problema de los inexistentes* (Reicher, 2019, § 3.1).

²⁷ Centrone, 2016, pp. 15-20. Cf. Reicher, 2019, §4.

También Russell acusó a la teoría de violar el principio de tercero excluido. Los objetos abstractos, que son objetos subsistentes, tienen la peculiaridad de que no están determinados en todas sus propiedades, de modo que para estos objetos no se sostiene que para cualquier propiedad F o bien F se tiene o F no se tiene. Este se llama el *problema de los objetos incompletos*²⁸. Por ejemplo, no habría condiciones de verdad para decidir si el enunciado “Pegaso tiene cien mil pelos en su crin” es verdadero o falso, y por lo tanto los objetos subsistentes violarían el principio de tercero excluido.

Aparte de estas violaciones a principios lógicos, Meinong tampoco dejó claro cómo el acto mental puede estar en relación con los objetos subsistentes y más allá del ser y el no ser. Meinong afirmó que entre el contenido del acto y su objeto existe una relación ideal a la que llamó *adecuación*, pero reconoció que no podía explicar qué es lo que hace que la experiencia esté dirigida a su objeto correspondiente²⁹. Por otra parte, también podría preguntarse hasta qué punto los objetos absurdos realmente son objetos de pensamiento. Si pensar en algo involucrar imaginarlo o comprenderlo, al parecer los objetos absurdos solo pueden ser nombrados, pero no realmente pensados. Cabría preguntarse si su sola nominación involucra un acto intencional.

Pese a las dificultades de la teoría de los objetos de Meinong ha inspirado a varios autores posteriores³⁰ (ver § 2.2.7) y sigue siendo un punto de referencia obligado en las discusiones actuales sobre los objetos inexistentes.

2.2.3 La Teoría de las Descripciones de Russell

La reacción de Russell frente a la teoría de Meinong fue su famosa *Teoría de las Descripciones Definidas*, según la cual frases como “ a es el D ” donde a es un término singular que refiere a un individuo y D es una frase denotativa o descripción definida, tiene la forma lógica de “hay uno y un único x que es D y a es ese x ”, cuya formalización es $\exists x \exists a (Dx, a = x)$. Con este artilugio formal, “[l]a frase [denotativa] *per se* no tiene significado”³¹, pues se le despoja de cualquier poder referencial, y la oración deja de ser singular para volverse general, y así ya no tiene una estructura Fa , que requiere de la existencia de a para

²⁸ Centrone, *ibid.*, pp. 14-15.

²⁹ Marek, 2017, § 2.

³⁰ P. ej., Parsons (1980), Zalta (1983) y Jacquette (1996).

³¹ Russell, *op cit.*, p. 488.

tener condiciones de verdad (ver § 1.3). En oraciones en las que se predica algo de una frase descriptiva denotativamente vacía (D), como “ D es F ”, estas se analizan como “uno y sólo un x es D y x es F ”. Si no hay tal x o si hay varios x , la primera parte “uno y sólo un x es D ” es falsa, y por tanto, dada la conjunción, la oración completa es falsa³². De esta manera es posible hacer falsas oraciones sobre objetos imposibles como “el círculo cuadrado es un círculo”, negando que fueran verdaderas, como creía Meinong. En consecuencia, se defiende el principio de tercero excluido, y también la bivalencia, frente a la posición de Frege respecto a los enunciados sobre inexistentes (§ 2.2). Russell también sugirió que los nombres propios ordinarios no eran nombres lógicamente genuinos, sino que debían ser analizados como descripciones definidas disfrazadas. En el caso de los enunciados existenciales negativos como “Pegaso no existe”, el término ‘Pegaso’ actúa como una descripción definida, de modo que la oración tiene la forma “ D no existe”, y se analiza como “no hay una y sólo una entidad x tal que x es D ”, y en consecuencia no hay necesidad de afirmar primero al D y luego negar su existencia³³, evitando la aparente contradicción que involucran estos enunciados.

La teoría de las descripciones definidas de Russell hace una defensa de la SCV y de manera indirecta del RI, así como lo hace la teoría de Meinong, pero para evitar la aceptación de objetos intencionales, trata los nombres propios como descripciones, quitándoles función referencial. Russell sostuvo que las únicas expresiones que tienen una función genuinamente referencial y que serían nombres lógicamente propios son las expresiones demostrativas, que nos ponen en una relación de familiaridad con los objetos que indican³⁴. Sin embargo, Saul Kripke rechazó el análisis de los nombres propios ordinarios como descripciones definidas, argumentando que la información descriptiva asociada a un individuo no es ni necesaria ni suficiente para que un nombre cumpla su función de fijar el referente. En cambio, afirmó que los nombres propios son designadores rígidos, que cumplen su función en cualquier mundo posible, de tal manera que la información descriptiva es irrelevante para la función referencial³⁵.

Por otra parte, la teoría de Russell tiene dificultades para dar cuenta del problema de los inexistentes de Crane, o cómo es que puede haber oraciones verdaderas sobre inexistentes

³² *Ibid.*, p. 489-490. Este es el análisis cuando D en “ D es p ” tiene ocurrencia primaria. Si D en “ D es p ” tiene ocurrencia secundaria, la forma sería “Es falso que hay uno y sólo un x que es D y x es también p ”, que sería una oración verdadera.

³³ *Ibid.*, p. 490.

³⁴ García Suarez, 2011, § 1.2.8.

³⁵ Kripke, 1981; Cf. Reicher, 2019, pp. 9-10; Crane, 2013, § 6.3.

(§ 2.2). Por ejemplo, si se tiene la oración “los antiguos romanos adoraban a Júpiter” y se analiza el nombre ‘Júpiter’ con la descripción ‘el dios romano más poderoso’, de acuerdo con la teoría la oración en cuestión se analiza como: “hay un dios romano más poderoso y este es único y los romanos lo adoraban”³⁶, la cual resulta ser una falsedad, a pesar de la verdad de la oración bajo análisis.

2.2.4 El Cuasi-relacionismo del Brentano tardío

Otra posición que rechazó la diversidad de modos de ser de Meinong fue la sostenida por Brentano en la etapa tardía de su vida. Sin embargo, a diferencia de Russell, Brentano rechazará el RI; pero a la vez, en oposición a su perspectiva temprana, también rechazó la TII. A inicio del siglo XX, Brentano ahondó en una metafísica *reísta* de inspiración aristotélica, según la cual lo único que hay en el mundo son *cosas (Reales)*. Una cosa es algo que puede ser individualizado y diferenciado respecto a todo lo demás. Para Brentano, el ‘ser cosa’ es la categoría ontológica más alta, a la cual se subordinan todas las demás.³⁷ En la segunda edición de su *Psicología*, de 1911, Brentano incluyó un Apéndice a su clasificación de los fenómenos psicológicos, en donde afirma que “Lo característico de cada actividad mental es... la referencia a algo como un objeto”, y en este sentido “cada actividad mental parece ser algo relacional”; sin embargo

En otras relaciones ambos términos –tanto el fundamento como el término- son reales, pero aquí [en la referencia mental] solamente el primer término –el fundamento- es real... Si alguien piensa en algo, quien está pensando ciertamente debe existir, pero el objeto de su pensamiento no necesita existir del todo... Así que la única cosa que es requerida por la referencia mental es la persona pensante. El término de la así-llamada relación no necesita existir en realidad del todo. Por esta razón, uno puede dudar si nosotros realmente estamos tratando con algo relacional aquí, y no, más bien, con alguna cosa algo similar a algo

³⁶ Centrone, 2016, p. 20; Reicher, 2019, pp. 10-11.

³⁷ Chrudzimski & Smith, 2004, pp. 211; Jacquette, 2004, pp. 216-219. El término ‘reísmo’ es propio de Kotarbiński, un estudiante de Twardowski, quien sostuvo este tipo de posición, afirmando que sólo hay cosas como concretos particulares. Sin embargo, Brentano era un dualista, porque creía que las cosas podían ser cuerpos o almas; en cambio Kotarbiński creía que sólo eran cuerpos materiales, de modo que el reísmo del último se resuelve en un tipo de materialismo (Woleński, 2019). De acuerdo con Kriegel (2014b), el reísmo de Brentano es un tipo de *nominalismo estricto*, pues lo que existe son sólo concretos particulares, rechazando la existencia de entidades abstractas o universales por sí mismas y buscando reducirlas a las primeras.

relacional en cierto aspecto, lo cual, por tanto, mejor sería llamado “cuasi-relacional” (*Relativliches*).³⁸

Dado que toda relación exige la existencia de sus relata, pero esto no ocurre en la referencial, Brentano negó el carácter relacional de la intencionalidad, y en consecuencia niega el RI. De acuerdo con su reísmo, la referencia mental siempre trata de una cosa, pero tal cosa no es el objeto de la actividad mental, sino el sujeto de esta: “alguien que está pensando en una actividad mental está, en cierta forma, pensando en dos objetos al mismo tiempo, uno de ellos *in recto*, como ese fuera, y el otro *in obliqua*.” Así, si se piensa que alguien ama a las flores, la persona que ama se piensa *in recto*, mientras que las flores se piensan *in obliqua*, en modo indirecto³⁹. Por tanto, los objetos intencionales o *ens rationis*, como también los llamó, no tienen ‘ser’ en sentido estricto, sino únicamente en un sentido flojo e impropio del verbo ‘ser’⁴⁰, pues finalmente no son cosas, y lo que es común a todas las entidades putativas no-reales es que involucran una referencia oculta a la actividad mental de alguien⁴¹. Para evitar confusiones, Brentano propone que en expresiones que tratan de *ens rationis* siempre debemos hacer un tipo de paráfrasis lingüística en la cual se pueda “formar una oración equivalente en la cual el sujeto y el predicado son reemplazados por cosas.”⁴² Así, por

³⁸ Brentano, 1911, I, pp. 211-212. Traducción mía.

³⁹ *Ibid.*, p. 212. En la filosofía medieval, se alude *in recto* al sujeto capaz de recibir predicados y denominaciones, y se alude *in obliqua* no al sujeto sino a lo que le pertenece o es predicado de este (Magnavacca, 2005, p. 596). Ocurriría igual en otras expresiones con forma relacional. Por ejemplo, cuando se piensa que A es más alto que B, se piensa en A *in recto* y en B *in obliqua*. De manera semejante, cuando se dice que A es la causa de B, se habla de A *in recto* y de B *in obliqua* (Brentano, 1915, §8, p. 253; 1917a, §2, p. 262). Por tanto, Brentano no sólo mostró que la referencia mental no puede ser una relación en el sentido tradicional, sino que a la vez transformó la teoría de las relaciones. Al decir que “A es más grande que B” realmente se hacen dos cosas: afirmar A y atribuir a A el predicado de ‘más grande que B’, pero eso no quiere decir que se afirme B, aunque la forma lingüística de la expresión relacional pareciera hacerlo, sino que la referencia a B se hace *in obliqua* (Kraus, 1924, pp. 294-295). Se debe observar que en esta nueva formulación Brentano considerará los fenómenos psicológicos también como atribuciones en tercera persona, de un modo semejante a como la tradición analítica conceptualiza las AAPs, y en contraste con su posición original, en la que los fenómenos psicológicos parecían sólo accesibles por introspección, y por tanto susceptibles sólo de un discurso en primera persona (Brentano, 1911, p. 216).

⁴⁰ *Ibid.*, IX, p. 227; 1915, §5, p. 252; 1917a, 1917b. Los *ens rationis* incluyen cosas tan variadas como los términos abstractos como ‘tamaño’ o ‘pensamiento’, expresiones matemáticas como las cantidades negativas menores a cero, los predicados negativos, los juicios, como “los centauros existen” (los Objetivos de Meinong), o los absurdos, como ‘el círculo cuadrado’, entre otros (1911, IX, pp. 230-234, 1915, §5, p. 252; 1917a, §§1, 3-4; 1917b, §3)

⁴¹ Brentano elimina la pluralidad ontológica en favor de adicionar complejidad psicológica (Chrudzinski & Smith, 2004, p. 212). Las presentaciones se nos aparecen en distintos *modos de presentación*. Por ejemplo, las cosas pueden ser pensadas en distintos modos temporales, como siendo presentes, siendo pasadas o viniendo futuras. De igual forma, podemos pensar las cosas en *modus rectus* o *modus obliqua* (Brentano, 1911, III, pp. 217-219).

⁴² Brentano, 1911, IX, p. 229.

ejemplo, no digo que “hay un palomo negro”, lo cual es un absurdo, sino más que “hay alguien pensando en un palomo negro.”⁴³

De acuerdo con Brentano tardío, “Quien piensa piensa en algo”⁴⁴, así que aún se adhiere a la Tesis del Contenido; sin embargo, “Alguien quien piensa en una piedra no está pensándola como un pensamiento-de-piedra, sino como una piedra.” Por tanto, el objeto de pensamiento es siempre una cosa, externa al sujeto pensante, no una-cosa-pensada⁴⁵. Esto involucra un rechazo a la TII, o que el objeto intencional es inmanente al acto intencional mismo. Esto le permite a Brentano resolver los problemas de la inmanencia señalado por sus discípulos. Sin embargo, tenemos aquí un doble problema. Por un lado, si dado el reísmo “sólo hay cosas” y lo que se piensa es siempre una ‘cosa’ y no un objeto inmanente al acto, ¿cómo es posible pensar en objetos inexistentes? El análisis de los *ens rationis* como objetos referidos *in obliqua* no parece ser de mucha ayuda para dar cuenta de esto. Pero, por otra parte, cuando se dice que “hay alguien pensando en un palomo negro” si solo existe quien lo piensa y el palomo negro escasamente se menciona *in obliqua*, entonces el hecho que está expresando el enunciado es que el pensar-palomo-negro sería una propiedad del pensador, así que estaríamos dándole una nueva vida al adverbialismo, solo que, en una formulación lingüística más sofisticada, pero que volvería a traer los problemas del AI (§ 2.1).

2.2.5 La Teoría del Sentido de Frege

Gottlob Frege, el padre de la lógica simbólica moderna, aunque contemporáneo de Brentano, no se refirió al problema de la intencionalidad; pero su distinción entre sentido y referencia ha sido muy influyente en las discusiones sobre el contenido mental. Frege polemizó con los *formalistas*, para quienes expresiones como ‘ $2 \cdot 2^3 + 2$ ’, ‘18’ y ‘ $3 \cdot 6$ ’, son expresiones diferentes sin reconocer que lo importante es el contenido y no la forma⁴⁶. Esto en parte motivó el desarrollo de un sistema formal que capturase el contenido conceptual que

⁴³ Brentano, 1917b, §3, p. 271. Brentano ya había anticipado en sus lecciones de *Psicología Descriptiva* (1890-1/1995) la idea de que en los fenómenos psíquicos solo uno de los correlatos es real, mientras que el otro no, pero aún sostenía que el fenómeno consistía en una relación entre el acto y su objeto (pp. 23-24).

⁴⁴ Brentano, 1915, §1, p. 251.

⁴⁵ Brentano, 1915, §§2 y 3, p. 251. Cf. Jacquette, 2004, p. 116.

⁴⁶ Frege, 1891a, pp. 54-55.

subyace a la estructura formal-gramatical de las oraciones⁴⁷. Frege se interesó por el caso de expresiones o signos que a pesar de ser diferentes se referían al mismo objeto. Por ejemplo, los antiguos griegos llamaban ‘Fósforo’ al lucero matutino y ‘Héspero’ al lucero vespertino, aunque en ambos casos se referían al mismo astro, el planeta Venus, pero ellos no lo sabían. En la oración “Fósforo es un planeta”, ‘Fósforo’ debería ser sustituible por ‘Héspero’ sin cambio en su valor de verdad; es decir, debería cumplirse la ley de Leibniz⁴⁸ (§ 1.3). Sin embargo, Frege reconoció que en el caso de los enunciados de identidad el valor cognitivo del enunciado “Fósforo es Héspero” es diferente al del enunciado “Fósforo es Fósforo”, pues mientras que el segundo es una verdad analítica, el primero es un enunciado sintético, basado en un descubrimiento empírico⁴⁹. Esto lo motivó a introducir la distinción entre *sentido* (*Sinn*) y *referencia* (*Bedeutung*). La referencia es el objeto al que se refiere el término, mientras que el sentido es el *modo de presentación* del término. Así, ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ son dos nombres propios, que constituyen diferentes modos de presentación para la misma referencia. En el caso de las oraciones asertóricas, su referencia es su valor de verdad, es decir si refiere a lo verdadero o a lo falso, mientras que su sentido es el *pensamiento* que la oración expresa. Por lo tanto, las oraciones “Fósforo es un planeta” y “Héspero es un planeta” aunque expresan pensamientos diferentes tienen la misma referencia⁵⁰. En consecuencia, la Ley de Leibniz aplica para las referencias, pero no para los sentidos⁵¹.

De acuerdo con Frege, las palabras en su uso habitual hablan de su referencia, pero es posible que las palabras hablen de ellas mismas, es decir, de sus sentidos. En tales casos, usamos el *estilo indirecto*, y así las palabras tienen una referencia indirecta, que se corresponde a su *sentido habitual*. Frege dice que las oraciones subordinadas de los enunciados de actitud proposicional (EAPs), como “Fósforo es un planeta” en “Juan cree que Fósforo es un planeta” están en estilo indirecto, de tal manera que los nombres o frases nominativas de estas oraciones subordinadas no tienen su referencia habitual, sino que están en su sentido habitual⁵². Para Frege, un lenguaje lógicamente perfecto, como debería ser el

⁴⁷ Frege, 1879/1972, Prólogo. El hecho de intentar capturar el contenido conceptual de una oración fue lo que llevó a Frege a reemplazar la estructura sujeto-predicado de la lógica aristotélica por la estructura función-argumento del álgebra para su nueva lógica (*Ibid.*, § 3).

⁴⁸ *Ibid.*, § 8.

⁴⁹ Frege, 1892b, pp. 84-85, 110-111.

⁵⁰ Frege, 1891a, p. 62-64; 1892a/1998, p. 125-130; 1892b, pp. 91-93; 1895, pp. 113-115.

⁵¹ Frege, 1892b, pp. 94-95; 1895, pp. 113.

⁵² Frege, 1892b, pp. 87, 96-97.

lenguaje de las ciencias naturales, debería ser un lenguaje extensional, en el que no hubiera nombres propios sin referentes y se aplicara la Ley de Leibniz, pues la lógica pertenece sólo al reino de la referencia. Sin embargo, reconoció que en el uso literario y la ficción es posible que se empleen nombres a los que no les corresponde una referencia y solo tienen sentido⁵³.

Frege consideraba que el sentido de una oración asertórica, es decir, su pensamiento (*Gedanke*), debía ser captado para que el juicio avance hacia su valor de verdad⁵⁴; y que el sentido de una oración está compuesto de los sentidos de los nombres y palabras concepto que componen la oración. Por lo tanto, desde la posición de Frege, el sentido media el acceso a la referencia. En consecuencia, la distinción de Frege entre sentido y referencia es semejante a la distinción de Twardowski entre contenido y objeto. Sin embargo, para Frege los pensamientos y sus sentidos constituyentes no son subjetivos ni objetivos, sino que pertenecen a un tercer reino de objetos ideales atemporales⁵⁵. En cambio, los contenidos de Twardowski tienen un carácter más subjetivo. Por otra parte, el análisis de Frege de los EAP es muy semejante al del Brentano tardío, pues para ambos el contenido de los estados mentales se menciona en estilo indirecto, de tal manera que no habría un importe ontológico respecto a su mención. Pero en el reísmo de Brentano solo hay cosas concretas; mientras que los sentidos Fregeanos parecen reconocer un reino de ideas platónicas, lo que ha hecho que muchos vean con sospecha los sentidos de Frege. Volveré sobre los sentidos fregeanos en § 2.3.2, al hablar de la naturaleza de las proposiciones.

2.2.6 La Teoría Fenomenológica de Husserl

Edmund Husserl fue el más eminente de los discípulos de Brentano. Él desarrolló su propia filosofía, la *fenomenología*, la cual fue la corriente de pensamiento más importante e influyente de la Europa Continental durante el siglo XX. La fenomenología se desarrolla a la vez tanto como un campo de indagación, como un método y como una doctrina. Su objetivo principal es hacer de la filosofía una ciencia y ser el fundamento de las demás áreas de la filosofía, así como de las ciencias positivas⁵⁶. Tiene el propósito de ser una filosofía primera, así como lo era la psicología descriptiva para Brentano, y efectivamente la primera versión

⁵³ Frege, 1891b, pp. 80-83; 1892b, pp. 86-87, 100-101; 1895, pp. 112, 118-120.

⁵⁴ Frege, 1891b, p. 82; 1892b, pp. 94, 111; 1895, pp. 113-114.

⁵⁵ Frege, 1892b, pp. 88-89; 1918-1919, pp. 211-213.

⁵⁶ P. ej., 1927/1990, Primer borrador al artículo para la Enciclopedia Británica, p. 17.

de la fenomenología se presentaba como una psicología descriptiva; aunque después rechazará esta etiqueta porque adopta una posición anti-psicologista, debido a que acusa al psicologismo de conducir al relativismo y el escepticismo⁵⁷. Como campo de indagación, la fenomenología se dirige al estudio de las vivencias de la conciencia, de lo que está detrás de la relación sujeto-objeto, sin realizar presuposiciones sobre uno u otro. Busca superar tanto el realismo naturalista como el idealismo subjetivo. Como método, la fenomenología inicia sus indagaciones realizando la reducción fenomenológica o *epoché*, suspendiendo el juicio respecto a la actitud natural que presupone la existencia de un mundo de objetos de realidades independientes de nosotros⁵⁸. Por lo tanto, la fenomenología toma la forma de un *idealismo trascendental*, que al igual que la empresa kantiana, busca establecer las condiciones a priori del conocimiento del mundo objetivo⁵⁹. La fenomenología se dirige al estudio de los fenómenos, de lo que aparece a la conciencia tal cual, independiente de si eso que aparece es real o ficticio. Le interesa cómo ocurre el darse de los objetos ante la conciencia y cómo estos son constituidos a través de los actos mentales⁶⁰. Por esa razón, la *intencionalidad* es el rasgo fundamental de la conciencia y uno de los temas centrales de la fenomenología como doctrina.

Husserl intentó diferentes aproximaciones para caracterizar a la fenomenología. Aquí me voy a centrar solo en dos de las primeras, la de sus *Investigaciones Lógicas* de 1900-1901 y la de sus *Ideas I* de 1913, que son las más relevantes para el estudio de la intencionalidad. Husserl definió a la fenomenología como la ciencia de la esencia de la conciencia, y la conciencia en su sentido más amplio incluye a todas las vivencias (*Erlebnisse*)⁶¹. En la quinta de sus *Investigaciones Lógicas*, Husserl revisó tres nociones de conciencia. La primera es la de la psicología empírica, liderada por Wundt, que concibe a la conciencia como un flujo de vivencias que constituye la unidad de la conciencia, pero cuyos contenidos son los datos fenoménicos de tales vivencias. Discute que en esta concepción no es posible distinguir entre la experiencia de aparición del objeto y el objeto que aparece⁶². La segunda concepción,

⁵⁷ Husserl presenta a la fenomenología como una psicología descriptiva en la Primera Edición de su *Investigaciones Lógicas*, pero pronto se desliga de dicha denominación (1913/1999, Prólogo a la Segunda Edición, p. 28). La crítica al psicologismo la presenta en los Prolegómenos a la Lógica Pura del primer volumen de sus *Investigaciones Lógicas*.

⁵⁸ Husserl, 1913/2013, Sec. 2, Cap. I, §§27-32. Cf. Cruz Hernández, 1958, Cap. § 5; Zahavi, 2003, pp. 44-47.

⁵⁹ Cf. Cruz Hernández, 1958, Cap. 2, § 6; Moran, 2005, pp. 174-177; Zahavi, 2003, pp. 68-72.

⁶⁰ Cf. Moran & Cohen, 2012, pp. 247-212; Zahavi, 2003, pp. 27-31, 72-73.

⁶¹ Husserl, *Op cit.*, Sec. 2, Cap. 2, §§33-34.

⁶² Husserl, 1913/1999, Investigación Quinta, Cap. 1 § 2.

derivada de Descartes y presente en Brentano, trata a la conciencia como percepción interna, y Husserl le reprocha a Brentano el no haber sido capaz de distinguir entre percepción interna y percepción adecuada o auto-evidente⁶³. Husserl opta por un tercer concepto de conciencia, definido por "los actos o las vivencias intencionales", en el que "[e]l núcleo fenomenológico del yo ...está formado por actos que le 'traen a la conciencia' objetos; 'en' ellos el yo 'se dirige' al objeto respectivo."⁶⁴ Husserl toma a los actos mentales como *vivencias intencionales*, pero advierte que no usa el término acto en el sentido habitual de actividad, sino refiriéndose en general a cualquier estado o proceso mental individualizable por su contenido dentro de la corriente de la conciencia⁶⁵.

Husserl afirma que "[e]l problema que abarca la fenomenología entera tiene por nombre el de intencionalidad. Este nombre expresa precisamente la propiedad fundamental de la conciencia"⁶⁶. Rechaza la idea de Brentano de que el objeto intencional es inmanente al acto, en el sentido de ser interno al acto o de que el acto esté en relación con algo dentro de él. Dice: "no hay dos cosas que estén presentes en el modo de la vivencia, no es vivido el objeto y junto a él la vivencia intencional que se dirige a él." Más bien, al contrario "sólo hay presente una cosa, la vivencia intencional, cuyo carácter descriptivo esencial es justamente la intención respectiva." Que el objeto fuera inmanente en Brentano involucraba que tuviera existencia en el acto, sea que exista en el mundo real externo o no. Pero dice Husserl: "dicha vivencia puede existir en la conciencia con esta su intención, sin que exista el objeto, y aún acaso sin que pueda existir. El objeto es mentado, esto es, el mentarle es vivencia; pero es meramente mentado; y en verdad no es nada."⁶⁷ Si por ejemplo me presento al dios Júpiter,

[...] [e]l objeto 'inmanente', 'mental', no pertenece, pues, al contenido descriptivo (real) de la vivencia; no es en verdad inmanente ni mental. Pero tampoco existe *extra mentem*. No existe, simplemente. Más esto no impide que exista realmente aquel presentarse el dios Júpiter, una vivencia de tal índole, una modalidad de estado psíquico de tal naturaleza, que quien la experimenta pueda decir con razón que se presenta ese mítico rey de los dioses... Si existe el objeto intencional, nada cambia desde el punto de vista fenomenológico. Lo dado es para la

⁶³ *Ibid.*, § 5.

⁶⁴ *Ibid.*, § 8, p. 486. Cf. Moran, 2005, pp. 132-133. En escritos posteriores, Husserl se enfocó más en el carácter esencialmente temporal de la conciencia, pero no es un tema que abordaremos aquí (Moran & Cohen, 2012, p. 70).

⁶⁵ *Ibid.*, Cap. 2, §§ 10 y 13. Cf. Moran & Cohen, 2012, p. 27.

⁶⁶ Husserl, 1913/2013, Sec. VI, Cap. 3, § 146, p. 441. Cf. *Ibid.*, §§ 90.

⁶⁷ Husserl, 1913/1999, Investigación Quinta, Cap. 2, §11, p. 495

conciencia exactamente igual, exista el objeto presentado, o sea fingido o incluso contrasentido.

Si los llamados contenidos inmanentes son más bien meramente *intencionales*, por otra parte, los *contenidos verdaderamente inmanentes*, los pertenecientes a la consistencia real de las vivencias intencionales, *no son intencionales*; integran el acto, hacen posible la intención como necesarios puntos de apoyo, pero ellos mismos no son intencionales, no son los objetos presentados en el acto. No vemos sensaciones de color, sino cosas coloreadas, no oímos sensaciones de sonido, sino la canción de un cantante, etcétera.⁶⁸

Hay tres ideas importantes en esta cita: 1) el objeto no es interno al acto sino externo a este. 2) Los contenidos inmanentes al acto, es decir, las sensaciones asociadas al acto intencional, no tienen un carácter intencional. 3) El acto intencional seguirá siendo intencional, es decir, dirigido al objeto, sea que el objeto exista o no. Respecto a la primera de ellas, Husserl adoptará de Twardowski la distinción entre contenido y el objeto, tomando al contenido como interno al acto y al objeto como externo. Husserl distingue entre el *objeto que es intencionado* y *el objeto tal como es intencionado*⁶⁹. El primero es propiamente trascendente, mientras que el segundo pertenece al contenido. Husserl también distinguió dentro del contenido intencional entre la materia y la cualidad intencional. La *materia* incluiría al objeto intencional tal como es intencionado, pero que puede ser parte de diferentes tipos de actos mentales, es decir, puede ser percibido, imaginado, pensado, juzgado, etc.; en cambio, la *cualidad* del acto corresponde a todos esos diferentes modos en que puede presentarse el objeto intencional⁷⁰. Husserl anticipó así la distinción de Searle entre contenido representativo y modo psicológico de los estados mentales (§ 1.5). Husserl rechazó el *dictum* de Brentano de que "todo acto psíquico o es una presentación o está basado en una presentación", y consideró que hay muchos tipos de actos psíquicos, esencialmente diferentes entre sí⁷¹. También habló de la *esencia intencional* como la unión entre la materia y la cualidad del acto, de tal manera que dos individuos pueden 'pensar en los desiertos helados de Groenlandia', y aunque sus actos son diferentes, se dirigen del mismo modo al mismo

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 495-496, cursivas en el original. He reemplazado 'representación' y similares por 'presentación' de la traducción original.

⁶⁹ *Ibid.*, Cap. 2. §17, p. 513.

⁷⁰ *Ibid.*, Cap. 2, § 20.

⁷¹ p. ej., *Ibid.*, Cap. 5, §37.

objeto, la misma esencia⁷². El reconocimiento de la esencia intencional permite superar el problema de Brentano de la idiosincrasia del contenido objetual respecto al acto intencional.

En cuanto al segundo punto, Husserl distinguirá entre el *contenido fenoménico, real (reell)* y empírico del acto (*Gehalt*) y su *contenido ideal o intencional (Inhalt)*. El primero tiene que ver con el carácter psicológico de la vivencia, y es de naturaleza temporal. En cambio, el segundo es de naturaleza lógica, y es el que realmente se dirige al objeto⁷³. Una razón para hacer esta distinción es que diferentes actos mentales, con contenidos reales diferentes pueden perfectamente apuntar al mismo objeto intencional. Husserl criticó que la psicología empírica confundió los dos tipos de contenidos, de tal manera que buscó el objeto en las propiedades fenoménicas del acto, haciéndolo una característica interna a este. Sobre esta confusión se basa el representacionalismo de la filosofía moderna; sin embargo yo "[v]eo una cosa; por ejemplo, esta caja; pero no veo mis sensaciones."⁷⁴. En relación con este punto, Husserl consideró que las sensaciones no son en sí mismas intencionales, sino que pertenecen a la *materia hylética* de la experiencia, no pertenecen al contenido intencional y no juegan algún papel en la constitución de la objetividad⁷⁵.

En cambio, la percepción es el primer acto propiamente intencional, y la base de toda nuestra vida mental. Husserl defendió un realismo directo perceptual. En la percepción, el objeto se nos da de manera inmediata y directa, *in propria persona*, 'siendo así' (*Sosein*)⁷⁶. Además, la percepción es fundamental, porque no involucra otros actos, siendo la forma primordial de conocimiento intuitivo y no inferencial⁷⁷. Sin embargo, un aspecto destacado de la percepción es que en ella el objeto no se nos presenta en su totalidad, sino que se nos da desde algún perfil, aspecto o silueta (*Abschattungen*)⁷⁸, lo cual es una ley eidética a priori⁷⁹. A pesar de ello, el objeto percibido es este en su totalidad, y no meramente una parte de este⁸⁰. También Husserl introduce el término *horizonte (Horizont)* para referirse al hecho de que los objetos no son dados en aislamiento, sino contra un trasfondo y en medio de un 'mundo circundante' (*Umwelt*) de otros objetos, seres vivos y personas. Dice: "Una *cosa* es

⁷² *Ibid.*, Cap. 2, §21.

⁷³ *Ibid.*, Cap. 2, § 16.

⁷⁴ *Ibid.*, Cap. 2, § 14, p. 501.

⁷⁵ *Ibid.*, Cap. 2, § 10; Husserl, 1913/2013, § 85. *Hylético* viene de *hyle*, el término griego para 'materia'.

⁷⁶ Husserl, 1913/1999, Investigación Sexta, Cap. 2, §14, b).

⁷⁷ *Ibid.*, Cap. 6, §46.

⁷⁸ Husserl, 1913/2013, § 3.

⁷⁹ Husserl, 1913/1999, Investigación Cuarta, § 3.

⁸⁰ Husserl, 1913/2013, § 41.

dada necesariamente en meros 'modos de aparición', en que necesariamente hay un núcleo de 'lo realmente exhibido', rodeado aprehensivamente de un horizonte de 'co-dación' impropia y de indeterminación más o menos vaga."⁸¹ El *mundo* se convierte en el "horizonte de todos los horizontes", el cual tiene un sentido infinito e ilimitado en todas las direcciones⁸². Sin embargo, la indeterminación del horizonte no consiste solo en unas posibilidades vacías, sino en unas potencialidades pre-delineadas intencionalmente⁸³.

Respecto al tercer punto, Husserl considera al objeto (*Objekt*), como una categoría de su ontología formal, que definió como "todo sujeto de posibles predicaciones verdaderas"⁸⁴; y por lo tanto, es una categoría muy amplia, que incluye tanto objetos concretos reales, como objetos ideales, abstractos, individuales, generales, etc. Por lo tanto, los objetos son muchos más que las *cosas* en el reísmo de Brentano (ver § 2.2.4). Los universales son objetos genuinos, en tanto que son estrictamente auto-idénticos y pueden ser sujetos de mayores predicaciones. Estas objetividades ideales, son trans-temporales o eternas, como lo es el teorema de Pitágoras⁸⁵. La relación que hay entre los universales y sus individuales es una de *instanciación*, la cual se considera una relación lógica primitiva⁸⁶. Critica las teorías empiristas de la abstracción⁸⁷ y, en cambio, considera que tenemos percepción directa de estos objetos ideales, lo que llamó una *percepción categorial*, aunque reconoce que este tipo de percepción está fundada en percepciones sensibles⁸⁸.

En cuanto a su teoría del significado, Husserl dice que los objetos, sean concretos o abstractos, son significados por expresiones lingüísticas⁸⁹. De acuerdo con Husserl, la relación entre la expresión y su significado es una *relación ideal*, ya que los significados o sentidos son unidades ideales, auto-idénticas, eternas, que pueden ser compartidos por diferentes hablantes, que no se identifican con las imágenes mentales que acompañan el acto de pensar y que median la referencia⁹⁰. En consecuencia, los significados para Husserl son semejantes a los sentidos fregeanos (aunque para Husserl los términos *Sinn* y *Bedeutung* son

⁸¹ *Ibid.*, § 44, p. 172.

⁸² *Ibid.*, § 27.

⁸³ Moran & Cohen, 2012, p. 148.

⁸⁴ Husserl, *op cit.*, § 3, p. 92.

⁸⁵ Husserl, 1913/1999, Investigación Segunda, Cap. 1, § 2.

⁸⁶ *Ibid.*, Cap. 1, §1.

⁸⁷ *Ibid.*, Caps. 3-6.

⁸⁸ *Ibid.*, Investigación Sexta Cap. 6, §§ 45-48.

⁸⁹ *Ibid.*, Investigación Primera § 9.

⁹⁰ *Ibid.*, §§ 11, 13 y 17.

equivalentes)⁹¹. Así que es posible, como lo es para Frege, que dos expresiones diferentes se dirijan al mismo objeto, como por ejemplo 'el vencedor en Jena' y 'el vencido en Waterloo'⁹². Consideró que expresiones contradictorias o absurdas, como el 'círculo cuadrado', no son sinsentidos por el hecho de que no tengan objeto. Cita la opinión de Marty, otro discípulo de Brentano: "Si las palabras no tuviesen sentido, ¿cómo íbamos a poder comprender la pregunta de si existe tal o cual y negarla? Incluso para rechazarla necesitamos presentar de uno u otro modo esa materia contradictoria..."⁹³ Un sinsentido, en cambio, se produce cuando hay una expresión que no está bien formada gramaticalmente y no puede ser entendida, como 'rey aldaba pero sin'⁹⁴ En consecuencia, Husserl se alinearía a las posiciones de Twardowski y Meinong respecto a la amplitud del objeto. Finalmente, las expresiones lingüísticas cumplen una función comunicativa, que involucra la notificación de los pensamientos de quien habla⁹⁵, así que Husserl suscribe una versión de la noción de intencionalidad intrínseca y derivada, anticipando a la de Searle.

En sus *Ideas I*, Husserl introduce las nociones de nóesis y nóema para caracterizar a la intencionalidad. La *nóesis* es "la vivencia intencional concretamente íntegra"⁹⁶, e incluye la cualidad del acto, aunque también tiene una función de *otorgamiento de sentido* para constituir el significado objetivo de lo que es captado; y se encuentra en correlación a priori constante con el nóema⁹⁷. El *nóema*, por su parte, se refiere al objeto intencional tal como este es intencionado. Sin embargo, también parece ser un mediador respecto al objeto: "el problema fenomenológico de la referencia de la conciencia a una objetividad tiene ante todo su lado noemático. El nóema tiene en sí mismo referencia objetiva, y justamente por medio del 'sentido' que le es propio"⁹⁸. Infortunadamente, Husserl fue muy ambiguo al hablar del nóema, lo que ha generado un auténtico problema filosófico en cuanto a la interpretación de la posición de Husserl y la determinación de la naturaleza del nóema. Algunos lo han visto como igual a los sentidos fregeanos; mientras que otros lo han tomado únicamente como el

⁹¹ *Ibid.*, § 15. Husserl usa más bien el término *Beziehung* para la referencia, Moran, 2005, p. 112.

⁹² *Ibid.*, § 12.

⁹³ *Ibid.*, § 15, p. 255.

⁹⁴ *Ibid.*, Investigación Cuarta, § 14.

⁹⁵ *Ibid.*, Investigación Primera § 7. Cf. Moran, 2005, pp. 110-111.

⁹⁶ Husserl, 1913/2013, §96, p. 315.

⁹⁷ Morán & Cohen, 2012, p. 224.

⁹⁸ Husserl, *op cit.*, §128, pp. 394-395.

objeto intencional como es intencionado; y otros como una entidad compleja que posee diferentes partes o momentos⁹⁹.

Para Husserl, todo acto o vivencia mental se caracteriza por el darse del objeto, pero a la vez es a través del acto que el objeto es constituido, y es en esta *constitución* (*Konstitution*) que el objeto adquiere un sentido, es "la 'constitución' de la *objetividad* para la subjetividad"¹⁰⁰. La constitución del objeto no es una *creación* o *fabricación* del objeto, sino más bien un *revelarse* o *manifestarse*¹⁰¹, de tal manera que Husserl no está asumiendo algún tipo de constructivismo, y el objeto no es arbitrario. Sin embargo, la manera en que el objeto llega a ser constituido a través del acto llega a ser bastante oscura. Por una parte, dado que la fenomenología suspende el juicio respecto a la realidad de los objetos externos, pone la correlación nóesis-nóema del lado del sujeto, y así no hay manera de apelar a alguna relación con el objeto como fuente de la constitución. En consecuencia, desde un punto de vista fenomenológico no es posible sostener un RI, a pesar de que los actos mentales refieran objetos externos a este. Esto no involucra una aceptación del AI, debido a que se rechaza el inmanentismo del objeto. Pero pararse del lado de la conciencia del sujeto aislada del mundo parece dejar sin explicación al contenido objetual.

Por otra parte, Husserl se esfuerza mucho por quitarle cualquier carácter intencional a la materia hylética, sensorial, del acto, dejando al nóema desconectado de dicha base. En cierto momento habla de la *aprehensión* (*Auffassung*) del objeto a partir de la materia del acto en el caso de la presentación intuitiva, pero es algo que no elabora¹⁰². Por tanto, aunque el punto de vista fenomenológico reconoce el carácter trascendental del objeto intencionado por el acto mental, no puede establecer cuál es el nexo con dicho objeto. Es cierto que la fenomenología se presenta como una empresa con pretensiones meramente descriptivas; pero aparte de una buena cantidad de distinciones útiles e interesantes, pareciera que habría la necesidad de volver a la psicología y a la actitud natural en búsqueda de explicación.

⁹⁹ Moran & Cohen, 2012, pp. 222-224; Zahavi, 2003, pp. 57-68.

¹⁰⁰ Husserl, *op cit.*, § 80, p. 269.

¹⁰¹ Esta es una aclaración hecha por Eugen Fink, el asistente de Husserl, así como por Heidegger, para evitar malentendidos (Moran & Cohen, 2012, p. 71).

¹⁰² Husserl, 1913/1999, Investigación Sexta, Cap. 3, § 26.

2.2.7 La Teoría Dual de la Predicación de Mally y Zalta

Ernst Mally, discípulo de Meinong, propuso una teoría que intentaba superar los problemas de la teoría del objeto de su mentor. Según Mally, entre los objetos ordinarios concretos y los objetos conceptuales abstractos hay una diferencia importante. Los objetos ordinarios satisfacen (*erfüllen*) o son instancias de propiedades, mientras que los objetos conceptuales son además determinados (*determinieren*) por ciertas propiedades sin instanciarlas. Todos los objetos, sean ordinarios o conceptuales, son completos en cuanto a la instanciación de propiedades, es decir o bien satisfacen *F* o *no-F*, para toda propiedad *F*. Sin embargo, los objetos conceptuales, a diferencia de los ordinarios, son determinados formalmente por ciertas propiedades *F*, pero eso no implica que satisfagan o instancien esa misma propiedad, pues los objetos conceptuales satisfacen unas pocas propiedades, como la de ser una determinación formal de su definición, y cualquier cosa implicada por este hecho. Así, por ejemplo, el concepto de ‘triángulo’ está determinado por la propiedad de la *triangularidad*, pero esto no implica que ese concepto instancia dicha propiedad y sea triangular, pues apenas instancia la propiedad de ser un objeto conceptual, y no puede ser triangular, porque los objetos conceptuales no tienen forma¹⁰³. Obsérvese que en este punto hay una diferencia importante con Meinong, porque mientras que para Meinong *Pegaso* es un caballo alado, para Mally, en cambio, *Pegaso*, como objeto conceptual, no es un caballo y tampoco es alado.

Varios autores han seguido la sugerencia de Mally de distinguir entre dos tipos de predicaciones, y han considerado que esta diferencia se puede encontrar en el lenguaje natural entre los usos de los términos *existe* y *hay*. Así, *existe* tiene importe ontológico, pero *hay* no lo tiene. Aunque desde Kant se tiende a rechazar que la existencia es un predicado, los autores que siguen a Mally, también siguen a Meinong en la idea de tomar a la existencia como un predicado más; de manera que la expresión “hay un *x* que ...” se formalizaría como $\exists x(\dots x \dots)$, mientras que la expresión “existe un *x* que ...” se formalizaría como $\exists x(E!x \ \& \ \dots x \dots)$, donde *E!* es el predicado de existencia¹⁰⁴. La teoría pretende captar así la diferencia entre considerar algo en el pensamiento y el hecho de que ese algo exista. Por ejemplo, al decir que “Ponce de León buscaba la Fuente de la Juventud”, a pesar de que dicha Fuente de

¹⁰³ Heike & Zecha, 2018, §2.2.

¹⁰⁴ Reicher, 2019, §1.1.

la Juventud no existe, es plausible que Ponce de León la considerara un objeto a buscar y, por tanto, sería posible decir que para Ponce de León ‘hay una fuente de la juventud’, sin que esto implique que ‘la fuente de la juventud existe’. De esta manera, se superaría el problema de la Generalización Existencial, pues esta no sería una inferencia válida para los objetos que ‘hay’; aunque sí para los objetos que existen. Por otra parte, se mantiene el RI, pues se puede decir que Ponce de León está en una relación con la fuente de la juventud como objeto abstracto, a pesar de que no exista.

Basado en Mally, Edward Zalta desarrolló un sistema formal axiomático de lógica intensional, para capturar las propiedades lógicas de los objetos abstractos, y evitar los usuales problemas de la Generalización Existencial y la Sustitutibilidad¹⁰⁵. Las nociones de satisfacción y determinación de Mally son convertidas en la terminología de Zalta en *ejemplificación* y *codificación*. Para las proposiciones atómicas, Zalta representa “x ejemplifica F” con la fórmula ‘ Fx ’ y “x codifica F” con la fórmula ‘ xF ’. De acuerdo con Zalta, los *objetos abstractos*, en oposición a los objetos ordinarios, son objetos que “no tienen que ejemplificar las propiedades que codifican”¹⁰⁶. Por ejemplo, nosotros podemos hablar con un detective real, contratarlo y pagarle por sus servicios; pero nada de eso podemos hacer con un detective ficticio, como Sherlock Holmes. Holmes no ejemplifica las propiedades de un detective real, sino que sólo las codifica. Formalmente, sería el caso que ‘ hD ’, pero no que ‘ Dh ’¹⁰⁷. Esta distinción permite solucionar el problema de los objetos incompletos, pues Sherlock Holmes, aún como objeto abstracto, ejemplificaría positiva o negativamente todas las propiedades posibles, al igual que los objetos ordinarios concretos, aunque eso sí, se reconoce que habría algunas propiedades que no codificaría.

Por otra parte, la teoría de Mally y Zalta tiene la ventaja de que permite explicar cómo es posible que haya objetos contradictorios, como el ‘círculo cuadrado’. El círculo cuadrado no ejemplifica las propiedades de ser circular ni de ser cuadrangular, sólo las codifica; y en consecuencia, no se viola la ley de no-contradicción¹⁰⁸. Lo mismo aplica para la objeción de Russell acerca de la “montaña de oro existente” o el “círculo cuadrado existente”. En ambos

¹⁰⁵ Zalta, 1988.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 17, donde h está por Holmes y D por detective.

¹⁰⁷ *Ibid.*; Zalta (2004). *The Theory of Abstract Objects*. Estando D por *detective* y h por *Holmes*.

¹⁰⁸ *Ibid.*

casos, la propiedad de la existencia se codifica, pero no se ejemplifica, de modo que no se cae en la contradicción de que algo de lo cual se dice que existe, no existe¹⁰⁹.

La posición de Mally y Zalta termina reemplazando la teoría de los múltiples modos de ser de Meinong, por la no menos oscura teoría de los dos modos de predicación: ejemplificar y codificar. Es claro en qué consiste que un objeto ejemplifique una propiedad. En la oración “Bucéfalo es un caballo” podemos decir que Bucéfalo, como objeto ordinario concreto, tiene los rasgos o características propios y definatorios de todo caballo. Pero si en cambio se dice “Pegaso es un caballo”, Pegaso, como objeto abstracto, no tiene las propiedades de un caballo, no es un caballo, sino que sólo codifica tales propiedades. Pero, ¿qué es codificar? ¿En qué consiste propiamente codificar una propiedad? Lastimosamente esto no parece ser algo que ni Mally ni Zalta dejen claro. A veces Zalta parece querer decir que cuando un objeto abstracto codifica una propiedad la está significando. Pero esta es una propiedad de los signos, y un signo no es un objeto abstracto, sino concreto, como veremos más adelante (§§ 4.4, 6.2, 7.4). Además, el término codificar se relaciona originalmente con la traducción entre lenguajes, pero no es claro que ese sea el sentido que se usa aplicado a los objetos abstractos.

En relación con lo anterior, tanto Mally como Zalta tampoco dejan clara la relación entre ejemplificar y codificar. Los objetos abstractos ejemplifican todas las propiedades, así como los objetos concretos, pero en cambio codifican algunas, por tanto, ¿bajo qué circunstancia una propiedad en vez de ser ejemplificada es codificada? Incluso, la misma idea de que un objeto abstracto ejemplifique todas las propiedades, ya sea de manera positiva o negativa, parece algo extraña. Al menos, no es claro cuáles son todas aquellas propiedades que ejemplifica positivamente. Si todos los objetos abstractos son similares en que ejemplifican la propiedad de ser objetos conceptuales, entonces ¿qué los distingue? Una respuesta sería que el objeto abstracto *A* ejemplifica la propiedad de codificar la propiedad *F*. Pero de nuevo volvemos al problema de qué es codificar.

Por otra parte, algunos autores consideran dudoso que en el lenguaje cotidiano se presente una diferencia real entre ‘hay’ y ‘existe’, y que ‘hay’ se use sin ningún importe existencial¹¹⁰. Además, la teoría parece ser demasiado amplia para la inclusión de objetos

¹⁰⁹ Reichel, 2019, §5.5.

¹¹⁰ *Ibid.*

intencionales. Aunque se pueda decir que ‘el círculo cuadrado’ codifica pero no instancia las propiedades de ser circular y cuadrangular a la vez, es imposible que sinceramente para alguien dicho objeto sea un objeto de pensamiento, pues simplemente es inimaginable, y por tanto no podría ser realmente un objeto intencional, sino meramente verbal¹¹¹. Finalmente, podría pensarse que la mera postulación de objetos abstractos involucra una carga metafísica importante, y que cualquier teoría que los pueda evitar sería preferible.

2.2.8 La Teoría Ficcionalista de Searle

Algunos autores más recientes, como John Searle y Tim Crane, han mantenido la posición de Twardowski, Meinong y Husserl de separar entre objeto y contenido. Aunque en el caso de Searle considera que los objetos intencionales son los mismos objetos ordinarios reales, externos e independientes al acto intencional, mientras que el contenido sería más de carácter interno. Esto involucra rechazar la TII de Brentano. Según Searle, si Bill admira al presidente Carter, entonces el objeto intencional de la admiración de Bill es el presidente Carter¹¹². Esto estaría en favor del RI. Searle argumenta que formas fantásticas e imaginativas de intencionalidad no nos obligan a creer en sospechosas entidades meinongianas. En el discurso de ficción, el autor *finje* la realización de actos de habla aseverativos dentro del contexto de ciertas convenciones que suspenden las reglas de la fuerza ilocucionaria aseverativa que garantizan la correspondencia palabra-mundo, como comprometerse con la verdad de lo aseverado y dar evidencias o razones de esta¹¹³. En el caso de la imaginación, la dirección de ajuste mente-a-mundo se rompe porque los contenidos representativos no son creídos sino meramente contemplados. En ambos casos, las condiciones de satisfacción de los estados intencionales y actos de habla involucrados se suspenden¹¹⁴. Este hecho le permite a Searle explicar por qué podrían haber enunciados verdaderos acerca de inexistentes. Un enunciado como “Nunca existió una Sra. Holmes, porque Sherlock Holmes nunca se casó, pero si existió una Sra. Watson, porque Watson si se casó, aunque la Sra. Watson murió poco después del matrimonio”, tomado como una afirmación acerca de la ficción, sería verdadera

¹¹¹ Brentano, 1911, p 219.

¹¹² Searle, 1983/1986, p. 31.

¹¹³ Searle, 1974-75.

¹¹⁴ Searle, 1983/1986, p. 33.

pues reporta con precisión las historias maritales de dos personajes de ficción, y puede ser verificada en las obras de Conan Doyle¹¹⁵.

Algunos autores dentro de lo que se ha llamado *ficcionalismo* han extendido el fingimiento involucrado en la ficción a otros casos de entidades problemáticas en filosofía, como las entidades matemáticas o éticas, y ciertas entidades abstractas o teóricas en ciencia¹¹⁶. Sin embargo, es bien dudoso que la explicación basada en el fingimiento pueda ser extendida a todos los casos de objetos intencionales. Cuando se dice, por ejemplo, que “Pericles adoraba a Zeus”, es difícil considerar que este era un mero acto de fingimiento. Igual aplicaría para casos de creencias simplemente erróneas, pero creídas con convicción.

2.2.9 El Reduccionismo Psicologista de Crane

Más recientemente, Tim Crane afirmó la compatibilidad de tres tesis aparentemente conflictivas, a saber, (1) Cuando alguien piensa, hay algo sobre lo que piensa; (2) se puede pensar sobre existentes e inexistentes; y (3) el mundo contiene sólo lo que existe. La tesis (1) es la misma TC de Brentano, mientras que (3) involucraría la negación de TII. Crane niega que los *objetos intencionales* pertenezcan a una categoría ontológica especial, de cuasi-entidades, y tampoco cree que existan más entidades que las que realmente existen. No tenemos entidades no-existentes. Sin embargo, los inexistentes pueden tener apariencia fenomenológica¹¹⁷; por tanto, ¿cómo pueden compatibilizarse (2) y (3)? Crane lo logra, porque él sigue la estrategia de varios neo-meinongnianos de distinguir entre los dos cuantificadores existenciales: ‘Hay’, que en el lenguaje ordinario no involucra compromiso ontológico, y ‘existe’, que si involucra tal compromiso. En consecuencia, es posible decir que “hay objetos inexistentes”, aunque estos no existan¹¹⁸. Crane también rechaza la estrategia ficcionalista de Searle, pues de modo semejante a como lo hacen Mally y Zalta, afirma que no es verdad que “en el mito, Pegaso es un caballo alado mitológico” o que “en la historia, Sherlock Holmes es el detective más famoso del mundo.” Igualmente, rechaza

¹¹⁵ Searle, 1974-75, pp. 70-71.

¹¹⁶ Cf. Berto y Plebani, 2015, cap. 6.

¹¹⁷ Crane, 2013, pp. 3-6. Cf. Reicher, 2019, §5.1.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 17-18; Cap. 2. Para el caso de los neo-meinongnianos, ver Berto y Plebani, 2015, Cap. 7; Reicher, 2019, §5.5.

que un inexistente sea una representación, porque si fuera así, entonces sería un existente; y en el mito, Pegaso no es una representación sino un caballo¹¹⁹.

La solución que plantea Crane es de un *reduccionismo psicologista*, por el que los EAPs pueden ser analizadas en términos de *representaciones*¹²⁰. En el caso de las oraciones verdaderas sobre objetos inexistentes, dice que dichos objetos tienen *propiedades-dependientes-de-representaciones* (PDR), que determinan los realizadores de verdad de tales afirmaciones. “Sherlock Holmes es el detective más famoso que ha existido” es verdadera porque ‘Holmes’ tiene la PDR de la fama. Por su parte, ‘Pegaso’ tiene la PDR de ser un caballo alado mitológico, que es diferente de la propiedad de ser un caballo alado, pues depende de que exista el mito en el que es representado así¹²¹. De esta manera es posible la reducción de inexistentes a existentes, sin necesidad de crear nuevas categorías ontológicas. Crane reconoce que los ejemplos tratados son de productos culturales en los que se representan los objetos inexistentes¹²². Sin embargo, en el caso de *pensamientos singulares* sobre inexistentes, y cómo en ellos se pueden presentar condiciones de *identidad intencional*, en el sentido de que dos pensamientos, uno sobre ‘Zeus’ y otro sobre ‘el dios del trueno’ se refieran al mismo objeto¹²³, Crane apela a la metáfora de los *archivos mentales* (*mental files*). De acuerdo con esta metáfora, cuando formamos una representación de algún objeto, abrimos un archivo en el que almacenamos la información descriptiva russelliana del objeto en cuestión. Es posible tener pensamientos singulares sobre objetos inexistentes, porque los pensamientos involucran el uso de los archivos que contienen la información asociada a tales objetos inexistentes¹²⁴. De igual modo, es posible afirmar que Zeus es el mismo dios del trueno, porque los archivos mentales con estas expresiones singulares contienen suficiente información similar, como para establecer una relación de igualdad (aunque no de identidad)¹²⁵.

La teoría de Crane parece ser un avance respecto a la posición de Mally y Zalta, en tanto que, en vez de hablar de codificación de propiedades, se habla de PDRs. Sin embargo, el reduccionismo psicologista de Crane no deja claro qué es lo que entiende por una

¹¹⁹ *Ibid.*, §5.1

¹²⁰ *Ibid.*, §§5.2-5.3.

¹²¹ *Ibid.*, §5.5

¹²² *Ibid.*, §5.6

¹²³ El problema de la *identidad intencional* es introducido por Geach, ver *Ibid.*, §§6.1 y 6.8 (Ver adelante § 2.3.2).

¹²⁴ *Ibid.*, §6.7

¹²⁵ *Ibid.*, §6.8

representación. En los casos de *Pegaso* o *Holmes*, dice que estos son unos productos culturales, pero no desarrolla una teoría de la representación en este sentido, y tampoco deja claro cómo se relaciona con el hecho de que *Pegaso* y *Holmes* sean pensamientos singulares para un sujeto particular. Finalmente, Crane parece remitirse a la noción de *representación mental*¹²⁶, que será objeto de tratamiento especial en el próximo capítulo.

2.3 TEORÍAS SOBRE LAS PROPOSICIONES

En § 2.1 veíamos que los contenidos mentales pueden ser o bien objetuales o proposicionales. La sección anterior la dedicamos a las diferentes teorías sobre los objetos intencionales, y veíamos que las discusiones en ellas están relacionadas especialmente al problema de los objetos inexistentes, así como al problema semántico de la falla del principio de Generalización Extensional. Sin embargo, la concepción de los estados mentales como estados de AP tiende a tratar a los contenidos como si fueran de tipo proposicional. Aunque en un principio se podría decir que las proposiciones refieren estados de cosas, así como los nombres propios refieren objetos, se producen problemas similares cuando se intenta dar cuenta de estados de cosas falsos o meramente posibles. Dedicare esta sección a hacer una breve revisión de las teorías acerca de la naturaleza de las proposiciones.

En general, hay acuerdo en que las *proposiciones* son los contenidos de los enunciados y de las actitudes proposicionales, y aunque son distinguidas por los enunciados que las expresan no son individualizadas por estos, no pertenecen a ningún lenguaje en particular. Por ejemplo:

- (3) Hesíodo creía que Zeus es el dios más grande.
- (4) El autor de la *Teogonía* creía que el dios del trueno era el ser inmortal más grande.
- (5) Hesiod believed that Zeus is the greatest god.

Las oraciones (3)-(5) son todas diferentes, pero expresan el mismo contenido o proposición, a pesar de las diferencias en expresiones referenciales y predicativas o de lenguaje. Dado que una proposición no se identifica con una preferencia o una oración particular, se considera

¹²⁶ Esto es especialmente evidente en otras obras de Crane, como 2003/2009.

que las proposiciones son entidades abstractas. Además, las proposiciones son objetos de predicación de verdad o falsedad¹²⁷. Pero aparte de estos puntos, hay muchos desacuerdos entre los especialistas acerca de la naturaleza de las proposiciones.

2.3.1 Russellianismo ingenuo

Uno de los desacuerdos tiene que ver con si las proposiciones son entidades estructuradas o no. La forma más clara y directa de proposicionalismo estructurado es considerar que las proposiciones consisten en las condiciones de verdad de los enunciados que las expresan. A estas se les ha llamado *proposiciones russellianas*, y es la posición en general asumida por la SCV (§1.3). Las proposiciones russellianas serían entidades estructuradas cuyos componentes básicos son los objetos, propiedades y relaciones de las que tratan. Las más simples son las proposiciones singulares, que se representan como pares ordenados de la forma (x, φ) , las cuales son verdaderas si x tiene la propiedad φ y falsa en caso contrario. Así, por ejemplo “Fosforo es el portador del amanecer” se representa como el par ordenado $(F, \text{la propiedad de portar el amanecer})$ ¹²⁸. Supongamos que es un hecho histórico que el poeta griego Hesíodo creía, como sus contemporáneos, que Fósforo es el portador del amanecer, mientras que Héspero es el precursor de las penumbras, pero desconocía que Fósforo y Héspero se referían al mismo astro, el planeta Venus. En tal caso, tenemos la verdad de estas dos oraciones:

- (6) Hesíodo creía que Fósforo es el portador del amanecer
- (7) Hesíodo creía que Héspero no es el portador del amanecer

De acuerdo con la SCV y la Ley de Leibniz, dada la identidad entre Fósforo y Héspero, (8) tendría las mismas condiciones de verdad que (6):

- (8) Hesíodo creía que Héspero es el portador del amanecer

¹²⁷ Crimmins, 1997.

¹²⁸ Schiffer, 2008, §13.2.1; Crimmins, 1997, p. 289.

Por tanto, (7) sería falso. Se llama *russellianismo ingenuo* a la posición de que los contenidos de las cláusulas-que de los EAPs son proposiciones russellianas¹²⁹. Para los russellianos ingenuos, dado que (6) y (8) tienen las mismas condiciones de verdad, dicen lo mismo. Pero ¿cómo explicar que (7) es falso, si parece ser verdadero? Los russellianos ingenuos afirman que la verdad de (7) es aparente y es debida a que se confunde lo que es semánticamente dicho con lo que es pragmáticamente comunicado. Echando mano de la teoría pragmática de las *implicaturas conversacionales* de Grice, los russellianos ingenuos afirman que una implicatura comunicativa de (7) sería que Hesíodo piensa en Héspero como ‘Héspero’, pero esto hace parte de lo comunicado, no de lo dicho. Como prueba de ello, está el hecho de que esta implicatura cumple el primer test de la teoría de Grice, que es el de *cancelabilidad*, es decir, que la implicatura es cancelable si se añade más información al enunciado en el que aparece¹³⁰. Por tanto, se puede decir que “Hesíodo creía que Héspero es el portador del amanecer, pero sólo lo conocía como Fósforo”. En consecuencia, la substitutibilidad entre (6) y (8) se sostiene, y la verdad de (7) es meramente aparente¹³¹.

Sin embargo, la teoría de las implicaturas de los russellianos ingenuos ha sido objeto de numerosas críticas. Por una parte, se ha cuestionado que los russellianos no han identificado con precisión qué principios pragmáticos llevan a confundir lo semánticamente dicho con lo pragmáticamente comunicado. Por otra parte, los russellianos suponen que no somos pre-teóricamente conscientes de la distinción entre lo que es dicho y lo que es implicado; pero la teoría de Grice considera que ordinariamente nos damos cuenta de dicha distinción. En tercer lugar, si se afirma que:

(9) Hesíodo creía que Héspero precede a Fósforo

dada la substitutibilidad de correferenciales, tendríamos que:

(10) Hesíodo creía que Héspero precede a Héspero,

¹²⁹ El russellianismo ingenuo es en buena medida equiparable a una *teoría de la referencia directa*, y está fuertemente influenciado por los argumentos de Kaplan y Kripke contra el fregenismo y la teoría de las descripciones de Russell (Cf. Recanati, 1997, Cap. 2). Entre los *russellianos ingenuos* se cuentan autores como Bealer, Braun, McKay, Nelson, Salmon, Soames y Tye, quienes en distintos momentos entre finales de los años 70’s hasta inicios de este siglo sostuvieron esta posición, aunque algunos cambiaron de opinión o matizaron fuertemente su perspectiva (Nelson, 2019, §4).

¹³⁰ Escandel, 2013, p. 88.

¹³¹ Recanati, 1997, §17.2. Cf. McKay, 2005, §4; Nelson, 2019, §4.

(11) Hesíodo creía que Fósforo precede a Héspero;

pero estos resultados no parecen ser aceptables y llevarían a cuestionar las capacidades racionales de Hesíodo. Finalmente, si las creencias parecen tener un papel fundamental en la predicción y explicación de la acción (§§ 1.7-1.8), la teoría de los russellianos ingenuos no podría explicar diferencias en las acciones de Hesíodo respecto a Fósforo y a Héspero. Si Fósforo es el portador del amanecer y Héspero es el precursor de las penumbras, no parece que Hesíodo espere que tras el avistamiento de Héspero salga el Sol¹³².

2.3.2 Sentidos fregeanos

Una alternativa es rechazar las proposiciones russellianas y considerar que los *sentidos* o modos de presentación fregeanos cumplan algún papel en la determinación del contenido proposicional de las cláusulas-que de los EAPs. Como vimos en § 2.2.5, Frege afirmó que las oraciones de creencia pertenecen a aquellas en las que se usa el estilo indirecto, en el que

...las palabras tienen su *referencia indirecta* que coincide con lo que es su *sentido habitual*. Por tanto, la [cláusula] subordinada tiene como referencia en este caso un *pensamiento*, no un valor de verdad, como sentido, no un pensamiento, sino el sentido de las palabras “el pensamiento de que...”, que es sólo una parte del pensamiento de la oración compuesta completa. ...[En tales casos] es indiferente para la verdad del todo que el pensamiento sea verdadero o falso... [y en consecuencia,] no se permite reemplazar en la oración subordinada una expresión por otra que tenga la misma referencia habitual, sino sólo por una que tenga la misma referencia indirecta, es decir: el mismo sentido habitual.¹³³

En estos contextos, se presenta un cambio o traslación de la referencia habitual al sentido habitual y, por tanto, se explica la falla en la sustitutibilidad entre (6) y (8), pues a pesar de que ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ se refieren al mismo objeto, son dos modos de presentación diferentes, y no serían correferenciales en la cláusula subordinada dentro de un contexto de creencia. Este recurso a los sentidos le permite a Frege salvar la Ley de Leibniz

¹³² Recanati, 1997, §§17.3-4, McKay, 2005, §5; Nelson, 2019, §5; Richard, 1997.

¹³³ Frege, 1892b, p. 96. *Cursivas mías.*

frente a los problemas de los EAPs¹³⁴; así que las atribuciones correctas de creencias deberían indicar la forma en que los individuales son representados por el creyente¹³⁵.

La teoría de Frege también ha enfrentado varias críticas. Por una parte, se le acusa de violar nuestra *inocencia semántica*, o la idea intuitiva de que las palabras en “Fósforo es el portador del amanecer” se refieren a lo mismo que en “Hesíodo creía que Fósforo es el portador del amanecer”¹³⁶. Por otra parte, cuando en las cláusulas-que aparecen expresiones indexicales y demostrativas, estas no parecen necesariamente ajustarse a la perspectiva del creyente. Por ejemplo, alguien puede señalar al planeta Venus en la noche y decirle a otro que “Hesíodo creía que ese es el portador del amanecer”, sin esperar que su perspectiva asociada al uso de ese’ se empareje a la de Hesíodo¹³⁷. Por otro lado, los teóricos de la referencia directa han rechazado la idea fregeana de que los sentidos median y determinan el acceso a la referencia, como se verá en la siguiente sección.

Sin embargo, lo que más preocupa del fregenianismo es que admitir los modos de presentación hace que las condiciones de verdad de los EAPs sean tan idiosincráticas y subjetivas que en su uso corriente este tipo de enunciados serían por lo general falsos. Por ejemplo, puede ser el caso de que incluso (6) sea falso porque la manera en que nosotros usamos actualmente en español la palabra ‘Fósforo’ sea diferente a la manera en que Hesíodo usaba el término original en el griego antiguo. Este asunto se puede ver como una faceta de lo que Geach llamó el *problema de la identidad intencional*, o el hecho de que un número de personas, o incluso la misma persona en diferentes momentos, tengan una serie de actitudes hacia el mismo objeto intencional¹³⁸. Como parte de este problema pueden verse los casos de atribución de una creencia común a varias personas, como en:

- (12) Los antiguos griegos creían que Fósforo es el portador del amanecer.

¹³⁴ García Suarez, 2011, §10.2.1.1.

¹³⁵ McKay, 2005, §2; Nelson, 2019, §2.

¹³⁶ Davidson, 1979, Barwise y Perry, 1983/1992. Sin embargo, algunos autores como Forbes han presentado versiones del fregenianismo compatibles con la *inocencia semántica* (ver García Suarez, Op. Cit., §10.2.1.2.d).

¹³⁷ McKay, 2005, §3; Nelson, 2019, §3.

¹³⁸ Crane, 2013, pp. 162-163.

El problema de que quien atribuye esta creencia colectiva se haga responsable de los muchos modos de presentación que los diferentes creyentes asocian con ‘Fósforo’¹³⁹. Este problema se relaciona con el de la idiosincrasia del contenido, que se acusaba a la posición de Brentano, y que está involucrado en su TII y el AI (§§ 1.2 y 2.1). Al respecto, hay que señalar, sin embargo, que para Frege los *sentidos* o modos de presentación no eran subjetivos, en tanto representaciones mentales o imágenes internas (*Vorstellung*), sino que eran objetivos, aunque no físicos, sino abstractos. Los sentidos pertenecerían a un tercer reino, el del *pensamiento*, y son captables para cualquier usuario competente del lenguaje, como ruta de acceso al referente¹⁴⁰. Sin embargo, este tratamiento de los sentidos como objetos abstractos, cuasi-platónico ha sido recibido con gran escepticismo por la mayoría de pensadores. Uno de los problemas con los objetos abstractos es que al entenderse como entidades no espacio-temporales y sin poderes causales, no es claro cómo es posible tener acceso a ellos. Posiciones nominalistas y ficcionalistas, que no se comprometen con entidades abstractas, se presentarían como estrategias más económicas e inteligibles.

2.3.3 Teoría del Indexical Oculto

Una propuesta intermedia entre el russellianismo y el fregeanismo es la teoría del *indexical oculto*, formulada inicialmente por Schiffer, y luego defendida por Crimmins y Perry¹⁴¹. De acuerdo con esta teoría, en la cláusula-que de una atribución de creencia del tipo “S cree que *p*”, la cláusula subordinada se refiere a una proposición russelliana, pero la forma lógica de la preferencia sería “Para algún modo de presentación *m* de la proposición de que *p*, A cree que *p* bajo *m* y *m* es del tipo φ^* ”, en el que φ^* es algún modo de presentación determinado contextualmente al que se hace referencia implícita al proferir la oración. Por tanto, la forma lógica de (6) sería:

- (13) Hesíodo cree la proposición russelliana <Fósforo, la propiedad de portar el amanecer> bajo el modo de presentación que identifica Fósforo con el lucero del alba.

¹³⁹ McKay, 2005, §3. Aunque para este caso se ha sugerido la posibilidad de construir una clase de similitud de modos de presentación, de manera que en (12) sólo se exija que cada uno de los antiguos griegos piense en Fósforo en alguna forma adecuadamente relacionada al sentido que el atribuidos asocia a ‘Fósforo’ (Nelson, 2019, p. 14).

¹⁴⁰ García Suarez, 2011, 100-103.

¹⁴¹ Schiffer, 1977; Crimmins & Perry, 1989; Crimmins, 1992.

En cambio, la forma lógica de (8) sería:

- (14) Hesíodo cree la proposición russelliana <Fósforo, la propiedad de portar el amanecer> bajo el modo de presentación que identifica Fósforo con el lucero vespertino.

De acuerdo con esta teoría, las creencias son relaciones ternarias entre el sujeto creyente s , la proposición russelliana p y el modo de representación m por el que s cree que p . Los modos de presentación son constituyentes inarticulados, que intervienen en las condiciones de verdad de (6) y (7), y por eso consideramos que uno es verdadero y el otro falso¹⁴².

A pesar del atractivo inicial de esta teoría, el mismo Schiffer se convirtió luego en su principal crítico¹⁴³. Un problema es que los modos de presentación son intrínsecamente identificables, pero la teoría supone que si Juan dice (8), está significando (14) aunque no sea consciente de que lo hace. Se podría suponer que significar (14) corresponde a una *intención tácita*, pero esto lleva a una *teoría del error* muy radical por la cual Juan estaría en el error de creer que significa (8) cuando significa (14)¹⁴⁴. Por otra parte, la teoría tiene problemas para explicar la validez de inferencias como:

- (15) Hesíodo creía cada cosa que decía Homero
 Homero dice que Zeus es el dios más grande
 Por lo tanto, Hesíodo creía que Zeus es el dios más grande

Si la primera premisa es leída como “Para cualquier p y cualquier m , si Homero dice p bajo m , entonces Hesíodo cree p bajo m ”, entonces la inferencia no es válida. Schiffer también ha rechazado que un enunciado de creencia de la forma “ S cree que p ” sea una relación ternaria del tipo “ S cree que p bajo m ”, porque dicha expresión es similar a la de “Camelia besó a Ralph bajo el muérdago”, y en este último caso nadie supone que besar sea una relación ternaria. Finalmente, Schiffer señala que dado que para esta teoría p es una proposición russelliana, la teoría tiene problemas para dar cuenta de aquellas proposiciones con nombres vacíos, como las que hablan de Zeus¹⁴⁵. Un problema general para las teorías mixtas es el de cómo incorporar los modos de presentación. Algunos han sugerido que los modos de

¹⁴² Schiffer, 2008, §13.2.1; García Suarez, 2011, §10.2.2.2.3.1.

¹⁴³ P. ej., Schiffer, 1992, 2008.

¹⁴⁴ Schiffer, 1992, pp. 511-515.

¹⁴⁵ Schiffer, 2008, §13.2.1.

presentación simplemente tienen la propiedad de irrelevancia veritativo-condicional, y no afectan las condiciones de verdad de los EAPs¹⁴⁶. Pero esto parece desconocer las diferencias en la verdad de (6) y (8).

2.3.4 Teoría de los Mundos Posibles

Algunos autores reconocen que el contenido de una cláusula-que es una proposición, pero rechazan que esta sea una entidad estructurada. La principal alternativa de este tipo es la *teoría de los mundos posibles*, expuesta principalmente por Lewis y Stalnaker. De acuerdo con ella, una proposición como “Fósforo es el portador del amanecer” es el conjunto de mundos posibles en los que dicha proposición es verdadera. Construidos de esta forma, las proposiciones tienen constituyentes, pero estos son mundos, como opuestos a individuales y propiedades o conceptos; así que su estructura no es la de los enunciados que los expresan¹⁴⁷. Sin embargo, en su contra se ha señalado que la teoría tiene problemas para distinguir entre oraciones *lógicamente equivalentes* que parecen significar cosas distintas. Puede ser verdad que “Hesíodo sabía que $2 + 2 = 4$ ”, pero en cambio es falso que “Hesíodo sabía que la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa (Teorema de Pitágoras)”, a pesar de que “ $2 + 2 = 4$ ” y el Teorema de Pitágoras son verdaderos en exactamente los mismos mundos posibles, es decir, todos; por tanto, la teoría atribuye omnisciencia lógica. Stalnaker reconoció este problema e intentó ofrecer una formulación deflacionista de los mundos posibles, en los que fuera posible que nosotros no creamos todas las consecuencias de nuestras creencias y creyó que la solución debería estar en dar una explicación más compleja entre el sujeto y las proposiciones¹⁴⁸, pero es discutible que esto sea suficiente para solucionar el problema.

2.3.5 Oracionalismo

A pesar de que el proposicionalismo es la posición más popular, hay autores que han visto con sospecha a las proposiciones como objetos de las APs. Si los EAPs son relaciones

¹⁴⁶ McKay, 2005, §6; Recanatti, 1997, §§ 2.5 y 6.3; García Suarez, §10.2.1.3.2.

¹⁴⁷ Crimmins, 1997. Una alternativa en esta línea, expuesta por Barwise y Perry (1983) es considerar a las proposiciones como *situaciones*, que serían porciones de mundos posibles.

¹⁴⁸ Stalnaker, 1994.

entre un sujeto y una proposición, pero las proposiciones son objetos abstractos, ¿qué significa estar en una relación con un objeto abstracto? Nelson Goodman señaló que las proposiciones como entidades abstractas son misteriosas y no cumplen ningún papel explicativo. Quine rechazó que existan condiciones de individuación para las proposiciones, que permitan identificar cuándo dos proposiciones dicen lo mismo o algo diferente, pues no parece haber explicación no circular de la relación de sinonimia. Davidson simplemente negó que las proposiciones sean de alguna utilidad¹⁴⁹. Consideraciones como estas han llevado a varios autores a buscar alternativas en algún tipo de entidad lingüística o cuasi-lingüística. Una primera sugerencia proviene de la observación de Frege (también presente en el segundo Brentano), de que los EAPs pertenecen al estilo indirecto de habla¹⁵⁰. Quine observó que la opacidad referencial y falla de sustitubilidad de los EAPs se asemeja a la que se presenta en los contextos citacionales. A pesar de que ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ se refieren al mismo individuo, no es el caso que sean sustituibles en (16) y (17):

- (16) ‘Fósforo’ comienza con F.
- (17) ‘Héspero’ comienza con F.

De acuerdo con un enfoque puramente citacional, las oraciones

- (18) Fósforo es el portador del amanecer
- (19) Héspero es el portador del amanecer

son oraciones diferentes, y siendo insertas en (6) y (8) producirían:

- (20) Hesíodo creía que “Fósforo es el portador del amanecer” y
- (21) Hesíodo creía que “Héspero es el portador del amanecer”

en las que (18) y (19) son nombres de oraciones diferentes, y por tanto no sustituibles entre (20) y (21), de tal manera que la verdad de (20) no implica la verdad de (21). De acuerdo con el conductismo lógico verificacionista de Carnap, la creencia atribuida en (20) involucraría

¹⁴⁹ Quine, 1960a, §43; Davidson, 1967, p. 42; Schiffer, 2008, 13.3.

¹⁵⁰ Quizá el primer lugar donde se desarrolla esta posición de manera clara es el Apéndice C del volumen I de la 2da Edición de los *Principia Mathematica* de Whitehead & Russell (1927). Allí, los autores distinguen las proposiciones como un hecho de estas como vehículos de verdad y falsedad, y sugieren que en las oraciones de creencias las proposiciones entran como hechos [lingüísticos] y “A cree *p*” no es una función de verdad de *p*. Ellos se basan en el *Tractatus* 5.542, donde Wittgenstein dice “Pero está claro que “A cree que *p*”, “A piensa *p*”, “A dice *p*” son de la forma “‘*p*’ dice *p*”, el cual es posiblemente el pasaje más oscuro, polémico y sujeto a discusión del *Tractatus*.

una relación entre un sujeto y una oración, de modo que Hesíodo estaría dispuesto a dar una respuesta afirmativa a una oración como (18), pero no a una como (19)¹⁵¹. Sin embargo, hay un problema obvio y es que siendo Hesíodo un griego de la antigüedad, difícilmente asentiría a una oración en español como (18). Para solucionar problemas como este, Carnap desarrolló la noción de *isomorfismo intencional*, para referirse a oraciones que además de ser lógicamente equivalentes, tienen una estructura similar en la que sus componentes son intencionalmente (con s) equivalentes, es decir, igualmente verdaderos en todo estado posible. A partir de esto, Carnap propuso que una oración como (20) sería analizable como “Hay una oración O en un sistema semántico S’ tal que (a) O es intencionalmente isomórfico a (18) y (b) Hesíodo estaría dispuesto a una respuesta afirmativa a O”¹⁵². Sin embargo, Alonzo Church empleó un test de traducción a otro idioma para mostrar que una oración como (20) y la paráfrasis de Carnap no serían lógicamente equivalentes, es decir, no tendrían las mismas condiciones de verdad¹⁵³.

2.3.6 El Análisis Paratáctico de Davidson

Otra propuesta en esta línea es el *análisis paratáctico* de Donald Davidson, el cual analiza oraciones del discurso indirecto, como (22), en (23), pero de (23) no se sigue (24):

- (22) Hesíodo dijo que Fósforo es el portador del amanecer.
- (23) Hesíodo dijo esto. Fósforo es el portador del amanecer.
- (24) Hesíodo dijo esto. Héspero es el portador del amanecer.

En este análisis, la palabra ‘que’ (*that* en inglés) actúa como un demostrativo. (24) no se seguiría de (23), porque ‘esto’ en cada una tiene una referencia diferente. Este análisis sería extensible a la creencia y otros verbos de actitud¹⁵⁴. Sin embargo, es obvio que Hesíodo no dijo “Fósforo es el portador del amanecer” (es decir, esta oración), y se presenta el mismo problema ya señalado en el análisis de Carnap. Para evitar este problema, Davidson propone ver (23) como “Una emisión de Hesíodo dice-lo-mismo de esta emisión mía: Fósforo es el portador del amanecer.” Sin embargo, se ha criticado que Davidson no da una explicación de

¹⁵¹ Carnap, 1932-3, §7.

¹⁵² Carnap, 1947, §§13 y 15.

¹⁵³ Church, 1950.

¹⁵⁴ El análisis original de Davidson está dirigido a expresiones del discurso indirecto como “S dijo que p”, pero luego es extendido a las creencias (1975).

en qué consiste la relación entre preferencias “decir-lo-mismo” y su inclusión nos regresa así al proposicionalismo. También se ha objetado que la palabra ‘que’ en otros idiomas, como francés o español, no cumple una función demostrativa. Además, sería posible hacer una atribución de creencia como (6) sin entender el contenido de la cláusula-que. Finalmente, la teoría parece suponer que las creencias para ser creídas deben ser expresadas, pero es el caso de que usualmente tenemos muchas más creencias de las que expresamos¹⁵⁵.

Se han presentado otros análisis basados en entidades cuasi-lingüísticas¹⁵⁶, pero existe poco consenso en que este tipo de análisis sea de ayuda para comprender lo que está involucrado en las APs. Una alternativa, derivada del oracionalismo de Carnap, es considerar que las APs consisten en relaciones de un sujeto con una entidad mental de tipo cuasi-oracional. Esta es la propuesta de la *Teoría Representacional de la Mente*, la cual es quizá la propuesta más popular en ciencia y psicología cognitiva, pero será analizada en el siguiente capítulo.

2.4 INTERNISMO VERSUS EXTERNISMO SOBRE LOS CONTENIDOS MENTALES

Una de las razones que tuvo Frege para introducir la distinción entre sentido y referencia era poder tratar con casos en los que un mismo objeto tenía asociados más de un signo, nombre o expresión denotativa singular. “Fósforo” y “Héspero” serían dos modos de presentación (M) asociados al mismo objeto (O), como se ilustra en la figura 2.1. En un lenguaje extensional, si dos signos a y b se refieren al mismo objeto, entonces $a = b$, de manera que cualquier cosa que se predique de a se predicará igualmente de b sin problema. Así si Fa , entonces Fb . Esto es lo que supone la SCV, y lo que defienden los proponentes de las *proposiciones russellianas*. Pero como se discutió en la sección anterior, la diferencia en valor de verdad entre (6) y (8) pareciera reflejar que las condiciones de verdad de los EAPs son sensibles a los modos de presentación en que un objeto se da al sujeto a quien se le atribuye un estado mental particular¹⁵⁷. En consecuencia, los EAPs serían sensibles a la perspectiva que tiene el sujeto de atribución respecto al objeto en cuestión.

¹⁵⁵ Schiffer, 2008, §13.42.

¹⁵⁶ Por ejemplo, la teoría de las *Formas Lógicas Interpretadas*, de Larson y Ludlow, de la cual se pueden encontrar revisiones críticas en Schiffer, 2008, §13.4.2 y Nelson, 2019, §7.

¹⁵⁷ Sin embargo, recuérdese que una de las críticas a la perspectiva fregeana es que cuando en la cláusula-que aparecen expresiones indexicales y demostrativas, los EAPs pueden no expresar la perspectiva del sujeto sobre el objeto de la cláusula-que (§1.5).

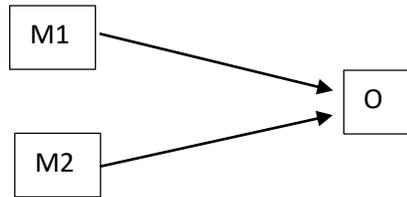


Figura 2.1 Relación entre dos modos de presentación y un objeto.

Tim Crane afirmó que “La criatura con mente es una *para la cual* las cosas son de cierta forma: la forma en que ellas son desde la perspectiva de la criatura”, por tanto “una criatura con mente es *una que tiene un mundo*: su mundo. Tener una perspectiva consiste en tener un mundo.”¹⁵⁸ Para Crane, la perspectiva, el tener un punto de vista particular respecto a los eventos del mundo, sería una propiedad fundamental de la mentalidad. La perspectiva es un aspecto fundamental de la intencionalidad, porque precisamente en el estado intencional el sujeto está dirigido a un objeto bajo un cierto aspecto, que es determinado por el punto de vista del sujeto. Así, el objeto se presenta bajo lo que Crane llama una *forma aspectual*. El objeto no se presenta en su totalidad, sino que es abarcado parcialmente desde uno o varios aspectos, y esta aspectualidad es algo propio del habla de las *apariencias o fenómenos*¹⁵⁹. Esta posición es semejante a la de Husserl respecto a la manera como se nos dan los objetos en la percepción (§ 2.2.6). Vale la pena aclarar que este perspectivismo subjetivista no involucra varias propiedades del cartesianismo. No involucra una percepción consciente introspectiva de los estados mentales, como tampoco una autoridad especial en primera persona, ni una atribución de mentalidad a otros por analogía.

Esta sensibilidad a la perspectiva del sujeto ha sido expuesta por la explicación que da John Searle de las condiciones semánticas de los EAPs. De acuerdo con Searle, los estados intencionales involucran la representación de otras cosas. Un EAP como “Hesíodo creía que Fósforo es un planeta” expresa la creencia de Hesíodo, y dado que un estado intencional es una representación, el EAP es una representación de una representación, y por tanto sus condiciones de verdad dependen de los rasgos de la creencia de Hesíodo, y no de lo que es creído, es decir de que “Fósforo es un planeta” (El criterio C2 de Chisholm). Así que sus

¹⁵⁸ Crane, 2001, p. 4. Traducción mía, cursivas tal como están en el original.

¹⁵⁹ *Ibid.*, §§ 3, 5-6

condiciones de verdad no incluyen las condiciones de verdad de la representación que se representa. Su verdad sólo requiere que Hesíodo tenga una creencia y que las palabras que siguen a ‘cree’ expresen con precisión el contenido representado¹⁶⁰. Incluso, ni siquiera la existencia del objeto en cuestión sería relevante para las condiciones de verdad de un EAP.

Ahora bien, el carácter perspectivista de los estados de AP está asociado con la TII y el AI. La tensión entre el RI y el AI está detrás de un debate que ha dividido a los filósofos de la mente por décadas, que es el debate entre internismo y externismo. Se puede presentar la situación opuesta a la señalada en la Figura 2.1, es decir, aquella en la cual dos objetos distintos son referidos por un mismo signo o estado mental con el mismo contenido. Este caso se ilustra en la Figura 2.2.

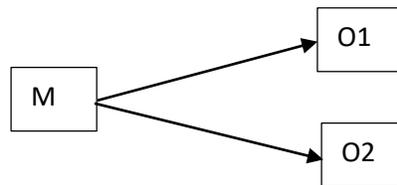


Figura 2.2 Relación entre un modo de presentación y dos objetos.

Esta situación fue presentada por Hilary Putnam en su experimento mental de la Tierra Gemela. Supongamos que existe un planeta idéntico a nuestra Tierra, la Tierra Gemela, con la única diferencia de que en la Tierra el agua está compuesta de H₂O, mientras que en la Tierra Gemela hay un líquido incoloro, insípido, que llena ríos, lagos y mares, con la misma apariencia que nuestra agua pero que está compuesto por XYZ. Supongamos además que los habitantes de la Tierra llaman al H₂O ‘agua’ y los habitantes de la Tierra Gemela llaman al XYZ también ‘agua’. Cuando un habitante de la Tierra, Oscar, consume un líquido de H₂O dice “Me estoy tomando un vaso de agua”. Supongamos además que en la Tierra Gemela hay un habitante que es un duplicado molécula por molécula de Oscar terrestre, al que llamamos Oscar Gemelo. Si Oscar Gemelo consume un líquido de XYZ, también diría “Me estoy tomando un vaso de agua”. Fenomenológica y funcionalmente¹⁶¹,

¹⁶⁰ Searle, 1983/1986, Cap. 1, § III.6. Cf. *Ibid.*, Cap. 7.

¹⁶¹ Sobre el funcionalismo, como doctrina en filosofía de la mente, se hablará en el siguiente capítulo.

los estados mentales de Oscar y Oscar Gemelo serían idénticos, serían el mismo estado mental *M*. El asunto es que a pesar de que Oscar y Oscar Gemelo puedan compartir el mismo tipo de estado mental, los referentes de dichos estados son distintos, en cada caso se relacionan con cosas distintas. De acuerdo con Putnam, las condiciones de verdad de la oración “Me estoy tomando un vaso de agua” son distintas para Oscar y Oscar Gemelo. Se pueden mencionar otros ejemplos más prosaicos de casos como este, sin tener que recurrir a extravagantes experimentos mentales. Por ejemplo, si no soy un experto en botánica, para mí pueden ser lo mismo los Olmos y las Hayas; o si no soy un experto en mineralogía, puedo tratar la jadeíta y a la nefrita indistintamente como ‘Jade’¹⁶².

Putnam llama *Solipsismo Metodológico* (SM) a la posición según la cual “ningún estado psicológico propiamente dicho presupone la existencia de ningún otro individuo que no sea el sujeto al cual se atribuye ese estado.”¹⁶³ El SM sería propio de las posiciones que afirman que “el significado está en la cabeza” y que “el sentido determina a la referencia”, las cuales Putnam asocia con el fregeanismo. Putnam distingue entre estados mentales en sentido estrecho y amplio. Los estados mentales en *sentido estrecho* son aquellos individualizados por su rol funcional dentro del sistema cognitivo. Los estados mentales en *sentido amplio*, en cambio, deberían ser individualizados teniendo en cuenta a sus condiciones de verdad. El SM considera que los estados mentales deben ser caracterizados en sentido estrecho, y el sentido amplio sería irrelevante. El *internismo* en filosofía de la mente sería la posición que defiende el SM y el contenido estrecho de los estados mentales. En cambio, el *externismo* rechaza el SM y defiende una concepción amplia del contenido de los estados mentales¹⁶⁴. Entre los autores que se han declarado defensores del internismo están Searle, Loar, Segal y Fodor inicialmente¹⁶⁵. Como defensores del externismo, además de Putnam, se puede contar a Burge, Dretske y a Fodor posteriormente¹⁶⁶.

El SM sería una posición asociada con la TII de Brentano y el AI; pues si los contenidos intencionales son estrechos, entonces serían independientes del mundo como es y los objetos intencionales serían internos al acto de pensarlos. Para el internista, los contenidos mentales de Oscar y Oscar Gemelo serían indistinguibles, pues ellos son gemelos

¹⁶² Putnam, 1975.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 172.

¹⁶⁴ Egan, 2009; Segal, 2009.

¹⁶⁵ Searle, 1983/1986, Cap. 8; Loar, 1987; Segal, 2009; Fodor, 1980.

¹⁶⁶ Burge, 1979; Dretske, 1988; Fodor, 1987/1994.

idénticos. En cambio, Putnam, con su experimento mental de la Tierra Gemela, pretendía argumentar que “los significados no están en la cabeza”, dado que “El estado psicológico *no* determina la extensión.”¹⁶⁷ Si de acuerdo con la teoría del significado que proviene de la tradición de la SCV el significado es definido principalmente por su referente, lo que muestra Putnam es que esta idea sólo puede ser honrada con una concepción amplia del contenido de los estados mentales. La concepción amplia del contenido involucra una aceptación implícita del RI, puesto que, si el contenido incluye al referente, algún tipo de relación debe haber entre el estado mental y el referente de su contenido. En consecuencia, el debate entre internismo y externismo es una manifestación de la tensión entre AI y RI que vimos en § 2.1.

El argumento de Putnam está fuertemente basado en la concepción de significado de la SCV. Por tanto, es frecuente que se aprovechen las anomalías semánticas de los EAPs frente a la SCV para argumentar en contra del externismo y a favor del internismo. Por lo general, los internistas están más asociados a los descriptivistas de la referencia, mientras que los externistas están emparentados con las teorías causales de la referencia. En favor de los externistas está la idea de que los EAPs son la forma del lenguaje ordinario para atribuir estados mentales a otros (ver § 1.7) y se interpretan por lo general de una manera relacional. En cambio, a favor del internismo se señala el papel causal que tienen los estados mentales sobre la conducta, y el hecho de que dicho papel no podría cumplirse si los *Ms* se individualizaran de modo relacional¹⁶⁸. Quizá la mayor dificultad para el internismo sea la de explicar el aspecto semántico del contenido, o cómo este debe estar relacionado con la realidad; lo que ha llevado a algunos autores como Fodor y Loar a defender una posición más bien dual del contenido, un contenido *amplio* para dar cuenta del carácter semántico y un contenido *estrecho*, más ligado a los aspectos causales-explicativos del contenido sobre la conducta (sobre la causalidad mental ver §§ 1.8 y 3.2). Sin embargo, otros, como Bilgrami han defendido la tesis de la *unidad del contenido*, según la cual el contenido es uno solo y debe estar a la vez determinado externamente y cumplir una función explicativa-causal sobre la conducta¹⁶⁹.

Como se mencionó, el debate entre internistas y externista refleja la tensión entre el RI y el AI. Los estados mentales parecen tener un carácter relacional, pero su contenido

¹⁶⁷ Putnam, *Op. Cit.*, pp. 181, 175.

¹⁶⁸ Fodor, 1980; Egan, 2009; Segal, 2009.

¹⁶⁹ Moya, 2006, pp. 158-159.

parece ser inmanente en algún sentido. Ambas tesis son incompatibles, pero cada una por separado parece plausible. El problema está en cómo decidirse por una de ellas, haciendo honor a lo que es verdadero de la otra. Volveré sobre este problema en § 7.2.

2.5 LA REALIDAD DE LOS ESTADOS MENTALES Y EL ESTATUS CIENTÍFICO DE LA PSICOLOGÍA

La concepción de los fenómenos mentales de Brentano y sus discípulos, como Twardowski, Meinong, Husserl, y los seguidores de estos, como Mally, es deudora de la tradición cartesiana moderna en que los actos, fenómenos, estados o eventos mentales son ocurrencias dentro del flujo de la conciencia del individuo, discretizados e individualizados a partir de la unión entre su contenido objetual y su modo psíquico. Estos son en principio ocurrencias del sujeto, hechos de la vida mental privada a la cual cada quien tiene un acceso privilegiado. Así, por ejemplo, en el caso de Husserl, la suspensión del mundo externo a partir de la reducción fenomenológica, en la búsqueda del sujeto trascendental parece asumir el SM y acercarlo más al AI que al RI. Sin embargo, cuando se ven los estados mentales como estados de AP, su forma de individualización es bien diferente. La forma de trabajo de la Psicología Popular (PP) consiste en realizar adscripciones en tercera persona, a través de EAP, que hipotetizan estados con contenido intencional para racionalizar y explicar su conducta (§ 1.7). Y como lo vimos en la sección anterior, esta concepción se compromete más con el externismo y el RI. Ahora bien, ambas posiciones sobre los estados mentales, la cartesiano-brentaniana y la russelliana de las APs dan resultados bien diferentes. Es posible atribuirle a algún sujeto S la creencia en cierto estado de cosas P, sin que S esté en algún momento en algún estado de vivencia consciente cuyo contenido sea P. Incluso, es posible que alguien tenga una vivencia consciente con contenido P, pero que otros le atribuyan la creencia de que no-P a partir de cómo se comporta en general. Tal vez se crea que se pueden compatibilizar ambas posiciones apelando a un inconsciente en el que lo que no es pensado en el presente lo sea permanentemente en un plano más sutil y oculto. Sin embargo, parece que la misma noción de una conciencia inconsciente es contradictoria, si se considera que efectivamente lo consciente es lo vivido actualmente. Es claro que la palabra ‘estado’ en la expresión ‘estado mental’ es altamente equívoca, así como también sucede con otros términos que cumplen

una función semejante: ‘acto’, ‘fenómeno’, ‘evento’. Al final, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de un estado mental? (Regreso a este problema en § 8.2).

Tal vez el principal beneficio que trajo el conductismo lógico a la filosofía de la mente fue su inclemente crítica al dualismo cartesiano. La crítica de Ryle intentó mostrar que caemos en un error categorial al considerar que los términos mentales se refieren a ocurrencias, procesos o eventos que suceden en la vida oculta de las personas. Ryle sugirió, en cambio, que el significado de los términos mentales se refiere a disposiciones de comportamiento, pues no es sino a través de la observación de la conducta de los individuos bajo ciertas circunstancias que podemos verificar los significados de tales términos¹⁷⁰. Esta caracterización de Ryle encajaba muy bien con los verbos de actitud psicológica de los EAP, como creer, temer, esperar, desear, etc.; pero rápidamente se observó las limitaciones de esta aproximación para dar cuenta de estados de experiencia subjetiva fenoménica, como sentir un dolor o ver un color. Esto motivó a los teóricos de la identidad psicofísica a postular que dichos estados experienciales no son más que estados físicos del cerebro. Y rápidamente los teóricos de la identidad extendieron esta explicación a los estados de AP, desechando así el disposicionalismo de Ryle y al conductismo lógico¹⁷¹. Aunque la teoría de la identidad parecía devolver la calidad de estados internos (aunque ya no privados) a los estados mentales, pronto se encontró que es muy difícil sostener una identidad psicofísica de tipos, de manera que había que contentarse con una identidad de instancias, mucho más débil y teóricamente poco útil.

El segundo Wittgenstein fue más lejos que Ryle en su crítica al cartesianismo. Wittgenstein se preguntó por las peculiares condiciones de significación de los términos mentales si se supone que estos hacen referencia a eventos o procesos internos del sujeto. Wittgenstein parte de la consideración de que adquirir el vocabulario de un lenguaje es un proceso social, colectivo, que requiere que los referentes sean públicos, intersubjetivos, para que existan reglas de uso adecuadas de dicho vocabulario. Esas reglas se establecen cuándo el uso de expresiones lingüísticas es correcto o incorrecto, y hacen del lenguaje una actividad normativa. Wittgenstein negó que alguien pueda desarrollar un lenguaje privado para referirse a sus propios estados mentales internos. La razón es que de este modo no es posible

¹⁷⁰ Ryle, 1949/2005

¹⁷¹ Cf., Bechtel, 1988/1991, Cap. 6; Moya, 2006, Cap. 4.

formar reglas que sean consistentemente seguidas. La crítica de Wittgenstein tiene un alcance mayor que la de Ryle, porque también abarca el problema (aún más complicado) de la adquisición de un vocabulario mental acerca de nuestras experiencias subjetivas. Sin embargo, una consecuencia importante del análisis de Wittgenstein es que dada la peculiaridad de aquello de lo que trata el vocabulario mental, los criterios descriptivos de este son sociales, convencionales, dependen de aprender a jugar el juego del lenguaje mental, el cual más que actividad referencial es una práctica social¹⁷². Desde este punto de vista, tiene poco sentido intentar una ciencia de la psicología, sea incluso que se vincule a estados cerebrales, si pareciera que lo que hay que analizar son las prácticas convencionales de uso de un vocabulario mental.

Donald Davidson llegó a conclusiones similares respecto a la científicidad de la psicología, aunque por un camino diferente. En § 1.8 mencionamos que el *monismo anómalo* de Davidson supone que los estados son estados físicos, que tienen poder causal sobre la conducta de los individuos, pero no hay leyes psicofísicas que permitan conectar los contenidos de los estados mentales con los estados físicos del cerebro que se supone los instancian. La razón para que no existan estas leyes psicofísicas tienen que ver, para Davidson, con el hecho de que los estados mentales solo pueden ser individualizados interpretativamente de manera holística, suponiendo que las creencias de los sujetos están integrados coherentemente a un sistema global de creencias que es hipotetizado sobre el sujeto, partiendo de lo que él hace o dice. Dada la relatividad de los contenidos de los estados de creencia al sistema de creencia del sujeto, sus condiciones de individuación no son las mismas que las de sus estados cerebrales concomitantes¹⁷³. Desde este punto de vista, la psicología tiene un carácter meramente interpretativo y no es posible convertirla en una ciencia natural. Consideraciones como estas motivaron a Stephen Stich a plantear una teoría sintáctica de la mente, que se refiriera sólo a procesos computacionales internos identificados en sus propiedades sintácticas, sin ninguna referencia a contenidos¹⁷⁴.

Habíamos visto en § 1.4 que la teoría lingüística de la intencionalidad de Chisholm mostraba la imposibilidad de reducir el lenguaje mental a lenguaje extensional puramente referido a conducta observable, así como el hecho de que el lenguaje intencional parece ser

¹⁷² Wittgenstein, 1953/2009.

¹⁷³ Davidson, 1970, 1974.

¹⁷⁴ Stich, 1983.

únicamente intertraducible en más lenguaje intencional. Esto le parecía a Chisholm una prueba a favor de la Tesis de Brentano (TB) y del dualismo entre los planos de lo físico y lo mental, e invitaba a pensar en una ciencia intencional, autónoma respecto al resto de las ciencias naturales. Quine reconoció la dificultad de reducir los EAPs a un lenguaje referencialmente transparente, y respecto a la TB dijo:

[...] la tesis de Brentano puede entenderse de dos modos: o como prueba de que los giros intencionales son insuprimibles y de la importancia de una ciencia propia de la intención; o como prueba de la falta de base de los giros intencionales y de la vaciedad de una ciencia de la intención. Mi actitud es la segunda, no la de Brentano.¹⁷⁵

Así que Quine invitó a un eliminativismo de los EAP y de la PP del campo de la ciencia, aunque reconoció la utilidad del lenguaje mental para su uso cotidiano. La posición de Daniel Dennett (§ 1.6) comparte una opinión similar. La *Estrategia Intencional* no es más que un recurso útil para las interacciones sociales con los demás, pero no es el caso que los EAP tengan algún valor referencial respecto a estados internos del cerebro con contenido. Más bien, invita a que una ciencia de la mente apele a la estrategia del diseño o de la física para dar cuenta de la interacción cerebro-conducta¹⁷⁶. Una posición aún más fuerte es la del materialismo eliminativista, como la sostenida por los Churchland. Paul Churchland argumentó que la PP debía ser eliminada de una concepción científica no solo porque fuera ficticia, sino porque además es un tipo de saber pre-científico nocivo y un obstáculo para el avance de la ciencia. Así que el único camino que queda es el de orientar nuestros esfuerzos a desarrollar unas neurociencias sólidas¹⁷⁷.

Las posiciones de Quine, Stich, Dennett y Churchland invitan a pensar en la irrealidad de los estados mentales, mientras que las posiciones de Wittgenstein y Davidson pueden ser tomadas como base para suponer que los estados mentales tienen una realidad social más que individual. Otra opinión más próxima al *realismo* de las APs es la de Lynne Ruder Baker, quien ha defendido que la PP es legitimada por nuestras prácticas cognitivas cotidianas, sin importar los resultados de la psicología científica o la neurociencia¹⁷⁸. También es realista

¹⁷⁵ Quine, 1960a/2001, § 45, p. 280.

¹⁷⁶ Dennett, 1978, 1987/1998.

¹⁷⁷ Churchland, 1981, 1994.

¹⁷⁸ Baker, 1999.

la postura de John Searle, quien en su naturalismo biológico sostiene un internismo por el cual nuestros estados mentales intencionales emergen de un trasfondo de procesos cerebrales pre-intencionales (§ 1.6), aunque tampoco da un espacio para una ciencia psicológica. Una posición mucho más optimista es la de la *Teoría Representacional de la Mente* (TRM), la cual asume que los estados mentales consisten en las relaciones que los sujetos tienen con representaciones mentales internas que tienen contenido intencional. La TRM pretende ofrecer una vindicación científica de la PP, individualizando los estados de AP como estados cerebrales internos con un contenido, que a través de ciertos procesos de computo pueden explicar la conducta de los sujetos. Así, la TRM hace la promesa de conservar la realidad de los estados de AP de la PP y ofrecer una ciencia fisicalista de la mente. Tal vez por esta promesa es que la TRM ha sido la posición más popular en ciencias cognitivas y también ha sido muy influyente en filosofía de la mente. Dada la importancia de la noción de *representación mental* en las discusiones contemporáneas sobre intencionalidad, dedicaré el siguiente capítulo por completo a la TRM y la noción de representación mental.

2.6 BALANCE GENERAL

En este capítulo hemos evaluado los problemas de la estructura de los estados mentales como estados intencionales y la naturaleza de los contenidos mentales, sean estos objetuales o proposicionales. En cuanto a la estructura, se han revisado dos posiciones opuestas, el relacionismo intencional (RI) y el adverbialismo intencional (AI). RI responde a la intuición de la PP de que los estados mentales consisten en relaciones de los sujetos a objetos o estados de cosas en el mundo, tal como se refleja en la estructura gramatical de los EAP; pero tiene el grave problema de que no da cuenta de cómo dicha relación subsiste si el contenido objetual es inexistente o el contenido proposicional es falso. El AI, por su parte, explica las dos propiedades de la intencionalidad, la independencia de la existencia del objeto y la dependencia de la perspectiva del objeto; pero tiene dificultades en cuanto a la idiosincrasia del contenido de los estados mentales, su falta de conexión con la realidad y de relevancia para la acción. El RI se asocia a posiciones externistas, que consideran que las condiciones de verdad o satisfacción hacen parte del contenido; mientras que el AI se relaciona con posiciones internistas, que sostienen un solipsismo metodológico (SM), el cual excluye dichas condiciones de verdad o satisfacción del contenido.

Diferentes posiciones respecto a la naturaleza de los objetos o proposiciones intencionales se relacionan con RI o AI. La posición original de Brentano, la teoría de la doble referencia del acto mental a su contenido inmanente y a sí mismo, es el punto de partida de la AI. Ante las dificultades de la AI, Twardowski hizo al objeto trascendente al acto, pero no ofreció una explicación satisfactoria de cómo el objeto se relacionaba al acto por la función de representación del contenido. La teoría del objeto de Meinong también buscaba defender la trascendencia de los objetos, pero al costo de afirmar sospechosos estatus ontológicos, como los objetos subsistentes y objetos más allá del ser o no ser. Husserl igualmente reafirmó la trascendencia del objeto respecto al acto, pero postulando objetos ideales, así como la idealidad de la relación de significado, y la apelación de Frege a sus *sentidos* va en una dirección semejante. Todas estas posiciones defienden el RI, pero pagando el precio de postular naturalezas sospechosas para los objetos intencionales. Una solución es quitarles todo importe referencial a las expresiones acerca de objetos intencionales, como hace la teoría de las descripciones definidas de Russell, pero con la dificultad de entender el carácter denotativo de los nombres propios. Algo semejante hace el ficcionalismo de Searle, pero esta estrategia no puede ser generalizada a la mayoría de objetos intencionales. La postulación de proposiciones russellianas cae en los problemas típicos de RI. Apelar a mundos posibles da resultados extraños respecto al significado de expresiones lógicamente equivalentes. Tampoco parece evidente que los estados de AP consistan en relaciones a oraciones, como propuso Carnap, y el análisis paratáctico de Davidson tiene problemas con la sinonimia. Así, parece que no hay una forma convincente de defender RI.

Otros análisis han sido más afines a AI. La consideración de que el objeto intencional se menciona *in obliqua* en los EAP, en el cuasi-relacionismo de Brentano y en la opinión de Frege, parece suponer el SM. Pero no resuelve los problemas típicos que aquejan al AI. La apelación a sentidos fregeanos, entendidos desde un punto de vista subjetivo (aunque Frege no los entendió como entidades subjetivas), también conduce a los problemas de la AI. La teoría de la distinción entre los cuantificadores ‘hay’ y ‘existe’ de Mally, Zalta y Crane, también apoya la idea de la posibilidad de mención de algún objeto sin una carga existencial; sin embargo, tiene dificultades para responder cómo es que los objetos abstractos pueden ser determinados, codificar o tener propiedades-dependientes-de-la-representación que no instancian o ejemplifican. Así que tampoco parece haber suficiente justificación para sostener

el AI. Una solución intermedia entre el russellianismo y el fregeanismo, como la teoría del indexical oculto, no parece tener aún una formulación suficientemente adecuada.

Estas preocupaciones respecto a la dificultad para dar cuenta de la estructura de los estados intencionales y la naturaleza de sus contenidos han conducido a sospechas respecto a la realidad de los estados de AP y al carácter referencial de los EAP, así como a la posibilidad de una psicología científica. En el próximo capítulo veremos con detalla una propuesta que promete salvar la realidad de los estados AP, vindicar científicamente a la PP, dar una explicación de cómo el contenido tiene un efecto causal sobre la conducta, y también aclarar la estructura de los estados mentales y la naturaleza de sus contenidos.

Capítulo 3. REPRESENTACIONES MENTALES

Se dedicará este capítulo a la solución a los problemas de la intencionalidad basada en la postulación de representaciones mentales (RMs). La posición central es la *Teoría Representacional de la Mente* de Fodor (TRM), que ha sido la más importante e influyente en Ciencia Cognitiva (CC). Iniciaremos en § 3.1 revisando los antecedentes de la TRM en la Teoría Computacional de la Mente (TCM) y el Funcionalismo como posición en filosofía de la mente. Luego revisaremos las tesis principales de la TRM (§ 3.2). Después explicaremos cómo la TRM afronta los problemas de la intencionalidad y la naturaleza de las RMs (§ 3.3). Seguiremos en §§ 3.4 y 3.5 con los problemas que enfrenta la TRM para dar cuenta del carácter representacional de las RMs y la postulación del proyecto de naturalización del contenido mental. De §§ 3.6 a 3.10 revisaremos críticamente las teorías del contenido de las RMs basadas en la similitud, el rol conceptual, la información y las bioteleológicas. En §§ 3.11-3.12 veremos los desafíos que han traído el proyecto de intencionalidad fenoménica, así como las perspectivas conexionista y corporizada. Finalmente, en § 3.13, revisaremos diferentes actitudes respecto a la realidad de las representaciones mentales.

3.1 TEORÍA COMPUTACIONAL DE LA MENTE, CIENCIA COGNITIVA Y FUNCIONALISMO

La *Teoría Computacional de la Mente* (TCM) tuvo su origen entre los años 30s y 40s del siglo pasado a partir de dos desarrollos. El primero fue la noción moderna de computación, gracias a la postulación por Alan Turing en 1936 de su famosa *Máquina de Turing* (MT)¹. La MT fue propuesta como un experimento mental para solucionar el problema de si las matemáticas son decidibles². La máquina fue pensada como un mecanismo que realizara de manera automática los cálculos que una persona real haría en lápiz y papel. Tiene tres componentes: 1) Una cinta ilimitada, dividida en celdas, en las que hay escritos unos símbolos. 2) Un cabezal, que puede leer los símbolos en la cinta, borrar, escribir y moverse hacia la izquierda o la derecha. 3) Una tabla de instrucciones, expuestas en enunciados condicionales, que establecen qué debe hacer el cabezal cuando se encuentra en cierto estado y lee cierto símbolo en la cinta. En cada paso, si la máquina se encuentra en un estado

¹ Turing, 1937.

² El *problema de la decidibilidad* de las matemáticas es el tercer problema del proyecto de Hilbert, y consiste en establecer si hay algún algoritmo que permita determinar que toda fórmula matemática es o bien un teorema o no. Esta pregunta fue respondida negativamente por Turing. (Hodges, 1998; Sieg, 1998; Schonbein & Bechtel, 2003).

particular q_1 y lee cierto símbolo en la cinta, entonces borrará, escribirá o dejará igual el símbolo en la cinta, se moverá a la izquierda o derecha y pasará a un nuevo estado q_2 . Es posible desarrollar una tabla de instrucciones para resolver cualquier problema lógico o matemático. Pero también Turing pensó en una máquina que pudiera tomar como entrada la tabla de instrucciones de cualquier otra MT, a la que llamó *Máquina Universal de Turing* (MUT). Se conoce como *Tesis Church-Turing* a la idea de que todo problema que se puede resolver por algoritmos puede ser resuelto por una MUT³. Una MUT es un manipulador formal de símbolos, de acuerdo con un conjunto de reglas definidas con precisión. La importancia de la MT está en que permite pensar cómo instanciar físicamente una máquina que ejecute cálculos algorítmicos lógicos o matemáticos de manera mecánica, convirtiendo las relaciones de inferencia en relaciones físicas causales.

A finales de la II Guerra Mundial se desarrollaron las primeras máquinas físicas que instanciaban una MUT. John von Neumann desarrolló la arquitectura básica de los computadores convencionales de hoy, que tiene tres componentes básicos: 1) una *memoria*, compuesta de un conjunto de celdas con direcciones, en las que se almacenan los datos e instrucciones; 2) una *unidad central de procesamiento* (CPU), compuesta de un dispositivo de operaciones, que ejecuta las instrucciones y una unidad de control, que dirige el proceso; y 3) unos dispositivos de entradas y salidas⁴. Tanto Turing como von Newman especularon con la idea de que las máquinas físicas que funcionan como una MUT son sistemas cognitivos, que piensan en cuanto computan y que el desarrollo de estos sistemas podría ser de ayuda para entender el funcionamiento de la mente humana⁵. En otro muy famoso artículo de 1950, Turing propuso la llamada *Prueba de Turing*, un ejercicio en el que se decidiría si un computador se comporta de manera inteligente si puede imitar a una persona respondiendo unas preguntas, de forma que pudiera engañar a un observador⁶. La Prueba de Turing es el punto de partida del programa de la *Inteligencia Artificial* (IA), que pretende desarrollar sistemas artificiales que se comporten de manera inteligente a modo como lo hacen los seres

³ Se llama Tesis Church-Turing porque se refiere también al artículo de 1936 de Alonzo Church en el que antecedió por unos pocos meses a Turing en la solución al problema de la decidibilidad. En particular, Church definió la noción informal de función efectivamente calculable para enteros positivos como una función recursiva definible en su cálculo lambda. Turing mostró que la tesis de Church era equivalente a la suya de computación mecánica por una MUT (Sieg, 1998).

⁴ Burks, 2003; Schonbein & Bechtel, 2003

⁵ Turing, 1950; Burks, 2003; Hodges, 1998; Schonbein & Bechtel, 2003.

⁶ Turing, 1950. Cf. Hodges, 1998, pp. 55-72; Copeland, 1993/1996, §3.2.

humanos. Ya para inicios de los años 50s, las siguientes dos tesis eran bien aceptadas por los científicos de la computación:

TCM1: Pensar es computar.

TCM2: Computar es manipular símbolos a partir de reglas formales.

El segundo desarrollo fue la *teoría de la transmisión y procesamiento de información* para las tecnologías de la comunicación, por parte de Claude Shannon. De acuerdo con esta teoría, un *emisor* envía un *mensaje* a un *receptor* a través de un *canal*. Para que el mensaje pueda ser transmitido a través del canal, debe ser *codificado* en un *código* que sea adecuado a las propiedades físicas del canal⁷. Shannon desarrolló una teoría matemática para medir la *cantidad de información* que tiene un mensaje. La información se mide como la cantidad de *sorpresa* de un mensaje de acuerdo con la probabilidad de uso y combinación de los símbolos empleados. También desarrolló como unidad de medida de la información al *bit* o unidad binaria. Shannon creó estas medidas para optimizar el *flujo de información* a través de los canales⁸. Hacia 1943, Warren McCulloch y Walter Pitts publicaron un influyente artículo en el que sugerían que las neuronas tenían estados binarios de activo/inactivo, por las cuales podían funcionar como las puertas lógicas de los sistemas electrónicos, con un sistema de lógica booleana, y de este modo las redes neuronales podían ser comparables a una MUT⁹. Así, podemos derivar una tesis adicional para la TCM:

TCM3: Los sistemas cognitivos son sistemas de transmisión y procesamiento de información.

Estas ideas serían rápidamente adoptadas por la naciente psicología cognoscitiva del segundo lustro de los años 50s. George Miller calculó la capacidad en bits de la memoria inmediata para retener y procesar información¹⁰. Donald Broadbent presentó un influyente

⁷ Por ejemplo, en el caso del *telégrafo*, el canal puede transmitir impulsos eléctricos de diferente duración. La *clave Morse* es un código que cuenta con dos símbolos: puntos y rayas, los cuales se ajustan a las duraciones corta y larga de los impulsos. Con diferentes combinaciones de estos dos símbolos es posible codificar cualquier mensaje que originalmente esté en una lengua natural, y transmitirlo (Singh, 1966/1972, Cap. 4).

⁸ McCulloch & Pitts, 1943; Singh, Caps. 1-4.

⁹ Cf. *Ibid.*, Cap. 12; Copeland, 1993/1996, §9.2.

¹⁰ Miller, 1956.

modelo de la atención como filtro, basado en que el sistema nervioso es un canal de capacidad limitada para la transmisión de información¹¹. Quienes mejor sintetizaron los desarrollos de la teoría de la computación y la teoría de la información fueron Allen Newell y Herbert A. Simon. Ellos fueron pioneros de algunos desarrollos de la IA. En 1956 diseñaron el *Logic Theorist*, un programa que demostraba teoremas de lógica pura. En 1958 presentaron un programa para jugar ajedrez.¹² A inicio de los 60s mostraron una de las primeras versiones de su *General Problem Solver* (GPS), un analizador *medios-fines* que permitía solucionar problemas como el de los misioneros y caníbales o la torre de Hanoi¹³.

Basados en su trabajo con el GPS, Newell y Simon formularon la *Hipótesis de los Sistemas Simbólicos Físicos* (HSSF). La hipótesis dice:

HSSF: Un Sistema de Símbolos Físicos tienen los medios necesarios y suficientes para la acción inteligente¹⁴.

Un Sistema de Símbolos Físicos (SSF) es un sistema físico capaz de poseer y manipular símbolos. Un computador convencional, con una arquitectura de von Neumann, es un SSF. Los *símbolos* son patrones físicos que están organizados en estructuras de símbolos más o menos complejas, almacenados en direcciones específicas en la memoria. Los símbolos son buscados y recuperados por el procesador central para realizar sobre ellos operaciones algorítmicas, según requiera la tarea, y convertirlos en otros símbolos. Las operaciones se componen de reglas formales, que actúan sobre la estructura sintáctica de los símbolos. Como reglas formales, les compete sólo la forma y no el contenido de los símbolos en cuestión, pero son preservadores de la verdad del contenido. En consecuencia, las SSF son instancias de una MUT¹⁵. De acuerdo con Newell y Simon, los símbolos tienen una función designativa: Un símbolo *S* designa a un objeto externo *O* relativo a un proceso *P* si, cuando *P* toma a *S* como entrada, se comporta dependiente a *O*¹⁶. Pero, ¿cómo *S* designa un objeto externo al sistema? La explicación es que una serie de transductores *codifican* las

¹¹ Broadbent, 1958.

¹² Newell, Shaw & Simon, 1958; Newell & Simon, 1964. Cf. Copeland, *op. cit.* §1.2.

¹³ Simon & Newell, 1971. Cf. Copeland, *op. cit.* §§2.7 y 5.2

¹⁴ Newell & Simon, 1976, p. 116 y 120; Newell, 1980, p. 170.

¹⁵ Newell & Simon, 1976; Newell, 1980, 1990.

¹⁶ Newell, 1980, p. 156.

señales de entrada de eventos externos para convertirlos en símbolos que el sistema pueda transmitir y procesar. La HSSF afirma que sólo los SSF pueden realizar acciones inteligentes, entendiendo por estas aquellas dirigidas a la solución de problemas. La HSSF sostiene las tesis TCM1, TCM2 y TCM3. Pero, además, tiene como consecuencia que, dado que los seres humanos son agentes inteligentes, ellos deben instanciar SSFs. Por tanto, la investigación en IA sería fundamental para entender a la mente humana¹⁷. A esta posición también se le conoce como *IA fuerte*¹⁸. Newell y Simon sostuvieron que la HSSF es una hipótesis empírica, que podría resultar falsa de acuerdo con la investigación científica.

La *Psicología Cognoscitiva* construye modelos de diferentes procesos psicológico (p. ej., percepción, atención, memoria, aprendizaje, pensamiento), como procesos de *procesamiento de información*, aceptando la HSSF y la IA fuerte. Estos modelos trazan las rutas de la información en diagramas de flujo, a través de cajas negras donde la información es procesada. Estas cajas reciben de entrada señales en un código y su procesamiento consiste en su traducción gracias a operaciones algorítmicas a un nuevo código para una nueva señal de salida¹⁹. Se supone que estos procesos ocurren a un nivel *subpersonal*, y los individuos no son conscientes por lo general de ellos. Dos ejemplos de teorías cognitivas que formulan un procesamiento subpersonal son la teoría del conocimiento de la gramática de Chomsky y la teoría de la visión tridimensional de Marr²⁰. También es común considerar que las diferentes cajas negras son módulos, en tanto que sus procesos son específicos y encapsulados, con poca influencia de los demás sistemas o módulos²¹. Se tiende a distinguir entre módulos periféricos, relativos a la codificación de las entradas sensoriales y la descodificación de las salidas motoras, y módulos centrales asociados al pensamiento como procesamiento simbólico central²².

Otras ciencias cognitivas importante son las *Neurociencias Cognitivas* (NCs). Las NCs se guían principalmente por la TCM3²³. Se considera que las neuronas se *comunican* entre sí y que entre ellas hay *transmisión de información*. Se reconoce un proceso de transmisión intracelular, a través de una *señal* eléctrica, y otro extracelular químico, por los

¹⁷ Newell & Simon, 1976, pp. 119-120.

¹⁸ Searle, 1984/1994, Cap. 2.

¹⁹ Townsend & Torii (2003); Simon (2003).

²⁰ Chomsky, 1965/1970; Marr 1982.

²¹ Fodor, 1983/1986.

²² *Ibid.*

²³ Banish & Compton, 2011, p. 2.

neurotransmisores²⁴. Un problema central para las NCs es el de establecer de qué modo los mensajes son *codificados* en la transmisión neuronal²⁵. Los neurocientíficos cognitivos describen su trabajo como “quitar la tapa de una computadora, medir algunos transistores que vibran entre voltajes altos y bajos y adivinar el contenido de la página web en que se navega”²⁶; así que su trabajo se puede ver como una *neurocriptografía*²⁷. Se ha establecido que algunas neuronas aisladas presentan picos de disparo eléctrico selectivamente ante ciertos estímulos o propiedades de estos, como bordes, líneas con cierta orientación, colores, etc. A esto se le ha llamado *codificación local*. Los neurocientíficos cognitivos han evaluado los patrones y la tasa media de los picos como unidad de codificación. También se ha evaluado la *codificación poblacional*, a través de la coalición de grupos de neuronas que responden sincrónicamente a ciertos estímulos²⁸. Se han encontrado algunas zonas de la corteza que presentan *mapas retinotópicos*, en los que el tejido cerebral parece mapear las capas de información de la retina²⁹. Sin embargo, se reconoce que aún hay mucho desconocimiento sobre cómo *interpretar* el código neural, pues las neuronas presentan varias fluctuaciones internas de voltaje y picos espontáneos sin estimulación, por lo que se dice que son muy *ruidosas*³⁰.

Hacia los años 60s apareció el *Funcionalismo* como posición dentro de la filosofía de la mente, alineada con las Ciencias Cognitivas y la TCM. Su tesis central es:

F1: Un estado mental *M* se define según sus relaciones funcionales con ciertas entradas sensoriales, salidas comportamentales y otros estados mentales.

Hilary Putnam propuso tomar filosóficamente en serio a la máquina de Turing como modelo de los procesos mentales humanos³¹. La tabla de instrucciones de la máquina de Turing establece que en cada paso la máquina se encuentra en un estado *E* y dicho estado depende de su relación con ciertas entradas (*I*, de *input*), o lo que el controlador lee, ciertas salidas (*O*,

²⁴ *Ibid.*, Cap. 2.

²⁵ Eagleman & Downar, 2016, p. 20.

²⁶ *Ibid.*, p. 20

²⁷ Dennett, 1978, Cap. 3.

²⁸ Eagleman & Downar, *op cit.*, Cap. 3

²⁹ Banish & Compton, *op cit.*, Cap. 6.

³⁰ Eagleman & Downar, *op cit.*, Cap. 3.

³¹ Putnam, 1960, 1967.

de *output*), o lo que el controlador hace, y otros estados. La descripción de la tabla define la *organización funcional* de la máquina. Putnam propuso entonces que “un estado mental es un estado funcional del organismo”, consistente en su relación con ciertas entradas sensoriales, salidas motoras y otros estados mentales. Por tanto, $M(\text{def}) = (I) \rightarrow (O \& M')$. Por ejemplo, el dolor podría definirse como el estado que consiste en la recepción de una herida física, que produce la creencia de que algo está mal con el cuerpo y el deseo de salir de ese estado, tiende a producir estados de ansiedad, respuestas de retorcionones y quejidos³². El parece ser una mejora respecto al conductismo lógico, que definía los estados mentales en términos de disposiciones de conducta, pero que, como Putnam mostró, es susceptible a contraejemplos, como los casos de los simuladores o los super-espartanos³³.

La posición de Putnam estaba motivada por un rechazo a la *Teoría de la Identidad Psicofísica* (TI), que fue dominante entre finales de los años 50 e inicio de los 60s³⁴. La TI es una posición fisicalista la cual afirma que un tipo de estado mental M no es más que un tipo de estado neurológico N , lo que permite la reducción de M a N . Así, por ejemplo, el *dolor* como estado mental no es más que la “excitación de fibras C ” y puede ser reducida a estos, del mismo modo que el *agua* no es más que H_2O o el *calor* no es más que “la energía cinética media de un cuerpo”. La TI era un impedimento para la TCM, dado que no permitía que la máquina de Turing fuera un modelo adecuado para los procesos mentales, porque el computador convencional no tiene una base física nerviosa. Putnam rechazó que entre los M s y los N s existiera una relación de identidad, y en cambio, invitó a considerar la distinción de Turing entre los estados lógicos y los estados estructurales de la máquina. La descripción lógica de los estados de la máquina es abstracta y no incluye ninguna especificación de su naturaleza física, pues puede ser realizada en un número ilimitado de formas físicas diferentes. De igual modo, los M s podrían ser especificados sin referencia a la naturaleza de su realización física³⁵. Por tanto, una segunda tesis central del funcionalismo es la *Tesis de la Realizabilidad Múltiple*, la cual se puede definir como:

³² Levin, 2017.

³³ Putnam, 1963.

³⁴ P. ej., Place, 1956; Feigl, 1958; Smart, 1959.

³⁵ Putnam, 1960.

F2 (Tesis de la Realizabilidad Múltiple): Un mismo estado mental M puede ser realizado por diferentes estados físicos F_1, F_2, F_3 , de manera que su identidad es independiente del tipo de estado físico en el que se realiza, mientras se mantengan las relaciones funcionales que lo definen (F1).

F1 y F2 juntos hacen posible considerar que los modelos computacionales sean relevantes para el estudio de los procesos cognoscitivos humanos. Pero a la vez, permiten que se hable de los estados mentales de otros seres, como extraterrestres. A pesar de que los M s son descritos de manera abstracta, esto no significa que el funcionalismo de cabida al dualismo substancial, pues se supone que los M s están siempre realizados físicamente. Pero a diferencia de la TI, que afirmaba una relación de identidad entre tipos de M s y N s, la relación de realización del funcionalismo sólo se compromete con una relación de identidad entre una instancia de M y una instancia de N . Como consecuencia, el funcionalismo rechaza el programa *reduccionista* de la TI.

Dentro del funcionalismo se reconocen diferentes variantes³⁶. La posición defendida originalmente por Putnam es llamada *funcionalismo de máquina*, la cual tiende a considerar que las relaciones entre los estados mentales son relaciones computacionales, pero a la vez causales, dado que el mérito de la máquina de Turing fue el de lograr un modelo mecánico de la inferencia. Muy próximo a este, se encuentra el *Psicofuncionalismo* de Ned Block, el cual considera que es función de la investigación empírica en psicología refinar los tipos y definiciones de los estados mentales originalmente reconocidos por la psicología popular³⁷. Sin embargo, una posición bien diferente es la del *Funcionalismo Analítico*, la cual se propone en cambio ofrecer un análisis semántico *a priori* de los M s de la psicología popular, en términos funcionales, aceptando las ‘trivialidades’ del sentido común. En tal sentido, el funcionalismo analítico es más cercano al conductismo lógico que a los otros dos tipos de funcionalismos³⁸.

Otra idea estrechamente ligada al funcionalismo es la de que es posible distinguir distintos niveles de análisis en la realidad, cada uno con sus propias generalidades, en el que los niveles más altos son más abstractos, pero se encuentran realizados en los niveles

³⁶ Block, 1978; van Gulick, 2009; Levin, 2017.

³⁷ Block, 1978, 1993c.

³⁸ Lewis, 1972; Levin, 2017.

inferiores. Newell distinguía seis niveles de análisis, siendo del más bajo al más alto: el electrónico, el de los circuitos eléctricos, el de los circuitos lógicos, el del registro de transferencia, el del programa y el del conocimiento³⁹. Sin embargo, en CCs ha sido más popular la división en tres niveles de David Marr: El *nivel computacional*, que especifica la tarea a resolver; el *nivel del algoritmo*, que define el programa para la tarea; y el *nivel de implementación*, que trata de la base física del sistema⁴⁰. Una división paralela es la de Pylyshyn, quien distinguió entre los niveles de descripción *semántico*, o de las actitudes proposicionales de la psicología popular, el nivel *simbólico*, sintáctico o funcional, propiamente de la computación, y el nivel *biológico* o físico⁴¹. Común a Marr y Pylyshyn es la idea de considerar que el nivel de descripción y explicación de la psicología científica es el nivel intermedio, aquel que especifica las relaciones computacionales de los procesos mentales. Por tanto, las explicaciones psicológicas son abstractas, formales y sin referencia al sustrato neuronal, que será problema de otras ciencias, como las neurociencias⁴². Asociado a este análisis por niveles está también el *homuncularismo* de Dennett (§ 1.6), el cual supone que los procesos mentales pueden ser analizados en tareas cada vez más elementales, que son realizadas por agentes internos cada vez más estúpidos, hasta que la tarea se descompone en el nivel de la explicación o actitud física⁴³. Esta posición ha sido suscrita por otros autores⁴⁴.

3.2 LA TEORÍA REPRESENTACIONAL DE LA MENTE

A mediados de los años 70s, Jerry Fodor formuló la *Teoría Representacional de la Mente* (TRM), cuya tesis principal es la siguiente:

TRM1: Un estados mental (M) consiste en una relación psicológica (Ψ) de un sujeto (s) con una representación mental (r), cuyo significado es la proposición de un estado de actitud proposicional (AP): $M = AP = \Psi sr$ ⁴⁵.

³⁹ Newell, 1980, pp. 172-173; 1990, p. 47.

⁴⁰ Marr, 1982, pp. 24-26.

⁴¹ Pylyshyn, 1984, Caps. 1 y 2.

⁴² Pylyshyn, 1984, Cap. 2.

⁴³ Dennett, 1978.

⁴⁴ Por ejemplo, Haugeland, 1985 y Lycan, 1987a.

⁴⁵ Fodor, 1975/1984, pp. 19-20; 1987/1994, p. 38.

Como puede observarse, TRM1 es una tesis acerca de los estados mentales entendidos como APs. Habíamos visto que en su formulación original por parte de Russell las APs tienen una estructura relacional (§1.3) y que dicha estructura es el centro del relacionismo intencional (RI) (§2.1). Por tanto, TRM1 supone el RI⁴⁶. La diferencia es que en la TRM el sujeto no se relaciona a una proposición russelliana, sino a una RM. Igualmente, la TRM1 da una caracterización positiva de las APs como estados o eventos ocurrientes a los sujetos; por tanto, afirma un *realismo intencional*, las APs son reales⁴⁷, en oposición a planteamientos antirrealistas sobre las APs (§2.5). El objetivo de Fodor con TRM1 es capturar la noción de estado mental de la Psicología Popular (PP) y la explicación de la conducta a partir de estados intencionales internos. Si a la vez puede ofrecer una formulación científica de TRM1, entonces podrá tener una versión científicamente respetable de la PP⁴⁸.

Pero, ¿en qué consiste la relación entre el sujeto y la RM según la TRM? La explicación que ofrece Fodor se da en la siguiente tesis:

TRM2: La relación psicológica Ψ expresada por el verbo de actitud en la atribución de AP es una relación *funcional* o *computacional* entre el sujeto y la representación mental⁴⁹.

Los verbos de actitud psicológica, tales como *creer, desear, esperar, intentar, planear, etc.*, consisten en relaciones funcionales en el sentido de que están definidos relacionalmente, de acuerdo con sus roles causales con unas entradas, unas salidas y otros estados mentales. Tomando prestada una analogía de Stephen Schiffer, Fodor dice que, en el caso de las creencias, creer que *P* es tener una RM que significa *P* en la caja de creencias; o tener el deseo de que *P* es tener una RM que significa *P* en la caja de deseos. Entre estas ‘cajas’ habría relaciones funcionales⁵⁰. Por ejemplo, si es el caso de que Juan cree que va a llover, pero no desea mojarse, Juan está en una relación con una RM en la caja de creencias que significa “va a llover” y con otra RM en la caja de deseos que significa “no deseo mojarme”. Si además de esto, en la caja de creencias tiene una RM que significa “un paraguas me protege de mojarme en la lluvia”, la relación inferencial-computacional-causal de estas RMs determina

⁴⁶ Skidelsky, 2016, pp. 82-83.

⁴⁷ Fodor, 1975/1984, 1978a, 1985, 1987/1994, apéndice.

⁴⁸ Fodor, 1975/1984, p. 20;

⁴⁹ *Ibid.*, p. 92; 1984/1994, Cap. 1; 1998/1999, Cap. 1.

⁵⁰ Fodor, 1987/1994, pp. 38-39; 1998/1999, pp. 25-26;

la conducta de que Juan tome un paraguas para salir. De este modo, sería posible dar cuenta en el esquema de la TRM de las generalizaciones de la PP que explican la conducta a partir de creencias y deseos.

La TRM también afirma las siguientes tesis acerca de la naturaleza de las RMs⁵¹:

TRM3: Las RMs son símbolos que tienen un contenido intencional, que es evaluable semánticamente.

TRM4: Las RMs son símbolos que tienen una estructura sintáctica combinatoria.

TRM5: Los procesos psicológicos son procesos computacionales, que actúan sobre la estructura sintáctica de las RMs.

TRM6: Las RMs están instanciadas físicamente en estados neurofisiológicos particulares del cerebro.

De acuerdo con TRM3, las RMs son símbolos que tienen un contenido representacional con unas condiciones de satisfacción, es decir, puede ser verdadero o falso para las creencias, satisfecho o insatisfecho para los deseos, etc. Esto se relaciona con el carácter denotativo de los símbolos de la HSSF. TRM5 supone TCM1 y TCM2, de manera que los procesos mentales son procesos computacionales, formales, que actúan sobre la estructura formal de las RMs; por tanto, TRM5 exige también de TRM4. Finalmente, TRM6 permite que el sistema cognitivo esté instanciado físicamente en el cerebro, de tal manera que la TRM es una posición fisicalista, aunque comprometida solo con una identidad psicofísica de instancias. De acuerdo con el funcionalismo, un sistema cognitivo como sistema computacional es múltiplemente realizable (F2) en cualquier materia física, sin perder su identidad (§ 3.1). Gracias a la noción de computación de Turing, es posible mostrar cómo los roles inferenciales de un sistema lógico pueden convertirse en roles causales dentro de un sistema físico. Así que las reglas del código interno del cerebro actúan sobre la estructura composicional lógica de símbolos instanciados en estados neurofisiológicos particulares, a través de reglas preservadoras de la verdad aplicadas a la estructura sintáctica de los símbolos⁵². La aplicación de estas reglas eventualmente producirá nuevos símbolos

⁵¹ Fodor, 1975/1984, pp. 19, 47, 52-53, 73; 1987/1994, pp. 37-44. Cf. Pylyshyn, 1984, Cap. 2; Sterelny, 1990, Cap. 2.

⁵² Fodor, 1975/1984, pp. 82-85; Pylyshyn, 1984, pp. 29, 39-40; Sterelny, 1990, §2.4; Von Eckardt, 1993, §8.4.

que pueden servir de instrucciones motoras para la determinación de secuencias de conducta. Así, se puede mostrar cómo las propiedades semánticas de las RMs tendrían roles causales y se solucionaría el problema de la causalidad mental (§ 1.8), a la vez que se ofrecería una explicación fisicalista y científica de las APs de la PP (§§ 1.7 y 2.5).

En la TRM, las RMs son vehículos representacionales que tienen un contenido. El *vehículo* consiste en las propiedades físicas de la representación misma, y el *contenido* en aquello que es representado, referido, denotado o significado por la representación⁵³. Uno de los aspectos polémicos dentro de la TRM ha sido el del *formato* en que existen las RMs. Los formatos de representación son los diferentes métodos usados por el sistema mental para almacenar la información y usarla después⁵⁴. Se han discutido dos tipos de formatos principales: Uno de tipo simbólico-lingüístico y otro de tipo analógico. Fodor favoreció el primer formato y postuló su *Hipótesis del Lenguaje del Pensamiento* (HLP), que postula:

HLP: Las RMs son símbolos oracionales dentro del mentalés.

La HLP es una posición acerca de la naturaleza de las APs, que deriva del *oracionalismo* de Carnap. Habíamos visto que según Carnap en las APs los sujetos no se relacionan con proposiciones sino con oraciones del lenguaje natural que expresan tales proposiciones⁵⁵. Sin embargo, no parece cierto que estar en una relación con una oración específica de un lenguaje natural tenga las mismas condiciones de verdad de lo que es expresado por un EAP⁵⁶. Además, es posible que yo crea que *P* sin hablar el lenguaje de la oración que expresa que *P*, e incluso sin siquiera hablar alguna lengua natural⁵⁷. Fodor propone entonces que las APs consisten en relaciones de los sujetos con oraciones mentales, en un *lenguaje del pensamiento* o *mentalés*, que es compartido por todos, pero que no corresponde a ninguna lengua natural⁵⁸.

⁵³ von Eckardt, 1993, §§1.3, 5.2 y 53.

⁵⁴ Markman, 2003.

⁵⁵ Según Carnap (1947, §15), “Juan cree que *P*” consiste en que “Hay una oración *O* en el sistema semántico *S* tal que (a) *O* es *intensionalmente isomórfico* a *P* y (b) Juan estaría dispuesto a dar una respuesta afirmativa a *O*”.

⁵⁶ Church, 1950. La idea es que el requisito de *isomorfismo intensional* de Carnap no parece ser suficiente para hacer que garantizar que un EAP conserve sus condiciones de verdad a través de su traducción a diferentes idiomas o sistemas semánticos.

⁵⁷ Fodor, 1978a.

⁵⁸ Vale la pena notar que la idea de un *lenguaje del pensamiento* no es nueva, y en cambio tiene un largo pasado que se puede rastrear hasta San Agustín (p. ej., *De Trinitate*, XV.10.18-19, 11.20; XIV.7.10; IX.10.15; *La Dialectica*. V). Varios autores escolásticos, como Santo Tomás, Enrique de Gent, Peter Olivi y William de Ockham hablaban del *verbum* o palabra mental como producto de la cognición intelectual (Pasnau, 1997, pp. 257-264, 271-289). Sin embargo, en los casos

De esta manera evita tener que tratar con relaciones a objetos abstractos, a la vez evita las objeciones al oracionalismo de Carnap. La HLP asume que lo que es representado por los símbolos mentales son proposiciones, así que tales símbolos también deben ser estructurados⁵⁹, y deben tener una estructura sintáctica combinatoria, para que los algoritmos de los procesos computacionales puedan realizar transformaciones y generar nuevos símbolos⁶⁰. Fodor asume que la función de las lenguas naturales es la de expresar el pensamiento, así que se explica la estructura combinatoria de las oraciones del lenguaje natural como un reflejo de la estructura de los símbolos del mentales⁶¹.

El lenguaje del pensamiento no consiste en la internalización de alguna lengua natural⁶², sino más bien es un tipo de código común a todos nosotros, no identificable con alguna lengua natural en particular⁶³. Como prueba a favor está la observación de que infantes sin adquisición de un lenguaje, e incluso ciertos animales no-humanos, pueden mostrar pensamiento⁶⁴. También, el hecho de que según Fodor el proceso de adquisición de un lenguaje consiste en la formulación y comprobación de hipótesis acerca del mapeo de un término del lenguaje natural en un concepto del lenguaje del pensamiento; por tanto, el lenguaje del pensamiento debe preexistir a cualquier lengua natural⁶⁵. Esto involucra que para comprender alguna expresión del lenguaje natural esta debe ser traducida al código interno. Dicho código es como el lenguaje de máquina de un computador convencional, el cual controla la manipulación mecánica de los símbolos en el nivel de la instanciación física del programa. Los computadores tienen un *compilador*, que les permite traducir lo que está en el lenguaje de programación al lenguaje de máquina, y así realizarlo físicamente. De un manera semejante, las personas (y algunos animales) tendrían algo así como un compilador, que les permite traducir cualquier expresión recibida en un lenguaje natural al código interno, que es el lenguaje de máquina del cerebro⁶⁶. La HLP permite también explicar dos propiedades del

particulares de Olivi y Ockham las palabras mentales eran concebidos como actos de cognición, al parecer más bien asociados al uso de la lengua natural (*ibid.*, 1997, pp. 271-276, 283-289; Yrjönsuuri, 2007).

⁵⁹ Fodor, 1987/1994, Anexo.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 202-207.

⁶¹ *Ibid.*, p. 212. Este es un argumento semejante al de Searle (1983, Cap. 1) de establecer las propiedades del *explanans* (estados mentales) a partir de las propiedades del *explanandum* (los actos de habla o enunciados lingüísticos) (§1.5).

⁶² Así había sido propuesto por algunos autores como Harman (citado por Sterelny, 1990, p. 40). Vale la pena señalar que la hipótesis de la internalización fue muy popular en la psicología científica de la primera mitad del siglo XX, y fue común a autores tan diversos como Piaget (p. ej., 1946/1982), Vygotsky (1934/1995) y Skinner (1957/1981).

⁶³ Fodor, 1975/1984, Field, 1978.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 74-75.

⁶⁵ *Ibid.*, Cap. 2.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 83-85; 1978b.

pensamiento: La productividad y la sistematicidad. La *productividad* consiste en la posibilidad de expresar una cantidad infinita de expresiones infinitamente largas, a partir de una cantidad finita de vocabulario y reglas sintácticas, por la capacidad combinatoria y recursiva de dichas reglas. La *sistematicidad* consiste en la capacidad de tener ciertos pensamientos dada la habilidad para tener otros. Por ejemplo, si se piensa que *Juan ama a María*, también podría ser un pensamiento el que *María ama a Juan*⁶⁷.

Otros autores dentro de la TRM propusieron que el formato de las RMs debería ser más bien *analógico*. La razón es que permitiría explicar el fenómeno de las *imágenes mentales*, que consisten en una representación interna que produce una experiencia perceptual en ausencia de la entrada sensorial apropiada. La investigación en psicología ha mostrado que las imágenes mentales son muy frecuentes y se emplean en una gran variedad de tareas cognitivas. Se destacan las investigaciones de Paivio sobre el uso de las imágenes para el recuerdo, o los estudios de Roger Shepard sobre la rotación de imágenes mentales, o de Kosslyn en el escaneo de imágenes mentales⁶⁸. En los años 80s, Johnson-Laird propuso que un formato de RM son los modelos mentales, los cuales consisten en construcciones analógicas de situaciones, y mostró su utilidad en tareas de razonamiento y comprensión de textos⁶⁹. Pylyshyn, en cambio, rechazó la existencia de RMs de carácter pictórico, porque no tienen las propiedades de estructuración sintáctica que exige la computación y propuso que las imágenes mentales se almacenan en estructuras simbólicas muy complejas y detalladas⁷⁰. En una posición intermedia, Kosslyn propuso que las imágenes mentales se almacenan en formatos no-pictóricos, pero en su recuperación se desplegaban analógicamente, en un búfer visual, que relacionó con el mapeo retinotópico que ocurre en las áreas visuales del cerebro⁷¹.

La HLP, y en particular la TCM, asumen que los símbolos singulares son *conceptos*. Pero se han señalado al menos dos casos de representaciones no-conceptuales. Uno es la *percepción*. Algunos como Dretske, Peacocke y Evans sostuvieron que la representación perceptual es de carácter analógico, y que es tan rica y fina que no puede ser capturada por

⁶⁷ Fodor, 1987/1994, pp. 207-212; Fodor & Pylyshyn, 1988; Sterelny, 1990, §§2.2-2.3. La noción de *productividad* tiene su origen en la *Gramática Generativa* de Chomsky.

⁶⁸ Wraga & Kosslyn, 2003; Markman, 2003; Thomas, 2003.

⁶⁹ La teoría de Johnson-Laird tiene sus antecedentes en la propuesta de Kenneth Craik, quien a la vez se basó en la aproximación basada en modelos de las ciencias físicas a finales del siglo XIX (Brewer, 2003).

⁷⁰ Pylyshyn, 1984.

⁷¹ Thomas, 2003.

los conceptos que poseemos⁷². El segundo caso es el de la atribución de estados representacionales a infantes pre-lingüísticos y animales no-humanos. Otros autores, como Davidson, Dummett, McDowell y Brandom, han considerado que una condición de poseer y usar un concepto es tener dominio de una lengua natural⁷³. Otra disputa sobre las representaciones es si estas están en el sistema de manera *explícita* o *implícita*. La TCM y la HSSF suponen que los símbolos están almacenados y son recuperados explícitamente, aunque a partir de ciertas operaciones sea posible que se derive información que estaba implícita en la información almacenada. Sin embargo, Dennett ha rechazado que el sistema pueda tener un conocimiento explícito de cómo usar las reglas de las operaciones, pues esto llevaría a un regreso infinito, y más bien ha sugerido que el conocimiento de la operación de las reglas debe ser un conocimiento *tácito*, un tipo de *saber cómo*, en términos de Ryle, que debería ser realizado por una parte del sistema, un homúnculo estúpido, que sea incapaz de leer y entender las reglas⁷⁴.

3.3 REPRESENTACIONES MENTALES E INTENCIONALIDAD

De acuerdo con Fodor, “no hay computación sin representación”; por tanto, la TCM implica una TRM. Pero en las CCs hay motivaciones más fuertes para defender la postulación de RMs. Sterelny afirma que una propiedad central de la inteligencia es la capacidad para adaptarnos a los cambios en el ambiente, lo cual requiere que nuestra conducta no sea simplemente una respuesta a la estimulación directa recibida del ambiente, sino que sea relativamente independiente de dicha estimulación⁷⁵. En la misma línea, Pylyshyn señala que nosotros podemos, por ejemplo, descubrir y seguir una secuencia de números como 2, 4, 6, etc., o llamar al 911 en solicitud de ayuda al observar una emergencia, a pesar del hecho de que ni una regla numérica abstracta ni la anticipación de una emergencia son entradas sensoriales causales para el sistema⁷⁶. El sujeto parece estar respondiendo a algo adicional más allá de lo que le es dado en la estimulación ambiental, presente aquí y ahora. Eso

⁷² Dretske, 1981/1987, 1995; Peacocke, 1992a, b; Evans, 1982/2018.

⁷³ Davidson, 1975; Dummett, 1993; McDowell, 1994/2003 Brandom, 1994/2005. Cf. Bermudez, 2003; Lawrence & Margolis, 2012.

⁷⁴ Dennett, 1987/1998, pp. 192-202.

⁷⁵ Sterelny, 1990, §2.1.

⁷⁶ Pylyshyn, 1984, pp. 24-27.

adicional son RMs. Como dice Dietrich, “Probablemente, el hecho científico más importante acerca de la mente es que es un representador.”⁷⁷

Se ha debatido acerca de los criterios que debe cumplir algo para ser una RM⁷⁸. El punto de partida de estas discusiones generalmente es la propuesta de Haugeland⁷⁹, que ha sido recogida por Clark en los siguientes tres puntos:

1. “El sistema debe coordinar sus conductas con características del entorno cuya presencia no siempre sea ‘segura’.
2. El sistema se debe enfrentar a estos casos ‘sustituyendo’ las señales recibidas directamente desde el entorno por otra cosa que guíe la conducta.
3. Esa ‘otra cosa’ debe formar parte de un esquema de representación más general que permita que esta sustitución se produzca sistemáticamente y que dé cabida a una variedad de estados de representación relacionados.”⁸⁰

En esta caracterización se destaca el papel del *desacoplamiento* (*decoupling*), como la capacidad de emplear estados internos para orientar la conducta en ausencia de la característica ambiental pertinente. Paweł Gładziejewski sugirió que las representaciones se caracterizan por su papel de guías de la acción, se desligan de su objeto representacional, y pueden fallar en cumplir su papel⁸¹. Andy Clark habló de *problemas ávidos de representación*, los cuales incluirían aquellos en lo que un sistema “debe coordinar sus conductas con características del entorno cuya presencia no siempre sea ‘segura’”, y casos que “involucran una sensibilidad selectiva a estados de cosas cuyas manifestaciones físicas son complejas y difíciles de controlar.”⁸² De acuerdo con Ryder, una representación dentro de un sistema computacional es algo que cumple diversos roles, como el almacenamiento de información en la memoria, su procesamiento, la solución de problemas, la clasificación o incluso ser un detector de la presencia de algo⁸³. Dado que las RMs representan no solo lo que está presente, sino también lo ausente espacial o temporalmente, los objetos abstractos,

⁷⁷ Dietrich, 2007, p. 2.

⁷⁸ P. ej., Smortchkova, Dołęga & Schlicht, 2019, pp. 8-11; Ryder, 2020a, pp. 243-247.

⁷⁹ Haugeland, 1991, p. 62.

⁸⁰ Clark, 1997/1999, p. 194.

⁸¹ Smortchkova, Dołęga & Schlicht, 2019, pp. 10-11.

⁸² Clark, 1997/1999, §8.7.

⁸³ Ryder, 2020a, pp. 245-246.

posibles, falsos y ficticios, entonces parecen permitirnos tener acceso a los *objetos intencionales* (§2.2).

La TRM está en una posición ventajosa para tratar con las cuestiones de la intencionalidad. Recordemos que las principales propiedades de la intencionalidad son la independencia de la existencia del objeto y la dependencia de la perspectiva del sujeto. En cuanto a la primera, de acuerdo con la TRM, podemos tener relaciones respecto a símbolos singulares relativos a inexistentes (p. ej., ‘Pegaso’ o ‘el fantasma debajo de la cama’); o bien podemos tener relaciones respecto a símbolos estructurados sobre proposiciones falsas, como “El actual presidente de los Estados Unidos es comunista”. De entre los objetos intencionales, quizás los únicos que no son aceptables para la TRM son los objetos auto-contradictorios, como ‘el círculo cuadrado’, pues son contrarios a los principios de racionalidad inferencial y práctica y de coherencia del sistema de creencias exigidos por cualquier TCM. De acuerdo con la TRM, los objetos intencionales serían las RMs con las cuales el sujeto se encuentra en una relación funcional. Dado que las RMs están instanciadas físicamente en el cerebro, no habría alguna duda acerca de su naturaleza.

De igual manera, la TRM puede hacerse cargo del problema de Frege de la falla de la substitutibilidad *salva veritate* en los contextos de AP, asociada a la dependencia de la perspectiva del sujeto. Puedo decir que “Hesíodo creía que Fósforo es el portador del amanecer” y “Hesíodo creía que Héspero no es el portador del amanecer” son ambas verdaderas, a pesar de que Fósforo es Héspero, porque puedo decir que en cada caso Hesíodo estaba en una relación con símbolos singulares diferentes, que Hesíodo mismo no reconocía como correferenciales⁸⁴. De este modo, se explica también el criterio C3 de Chisholm sobre el lenguaje intencional. Si a esto agregamos que según TRM6 los símbolos están físicamente instanciados, podemos decir que tenemos una teoría física de la intencionalidad; y así sostener la Tesis de Brentano, dentro de una teoría fisicalista de la mente.

3.4 EL PROBLEMA DEL CARÁCTER REPRESENTACIONAL DE RMs

Un aspecto central de la TRM es que las RMs son vehículos físicos con un contenido semántico (TRM3). Igualmente, Newell insistía en que para la HSSF los símbolos tienen un

⁸⁴ Fodor, 1978a, 1980;

carácter indicativo, y por tanto representativo. Sin embargo, tanto la TCM, como la HSSF y la TRM aceptan que los procesos mentales son procesos computacionales, que actúan sobre la estructura formal sintáctica de los símbolos involucrados. Sin embargo, por definición, la *estructura formal* de un símbolo se abstrae de su *contenido*⁸⁵; es decir, la estructura formal es tal con independencia de sobre qué tratan los símbolos en cuestión. John Searle consideró este problema en su famoso argumento de la *Habitación China*⁸⁶. El argumento se presenta como un experimento mental dirigido contra la *prueba de Turing*. El experimento consiste en pensar que Searle está encerrado dentro de una habitación, la cual tienen por función simular la conducta verbal de un hablante proficiente de chino. Searle es un hablante nativo de inglés, y no sabe chino, pero él actúa como el procesador central de la habitación, recibiendo preguntas escritas en símbolos chinos y dando respuestas adecuadas a ellas, guiado por un gran manual de reglas en inglés para manipular los símbolos chinos. Al final, a pesar de que la gran habitación responda adecuadamente las preguntas y pase la prueba de Turing, Searle mismo no entiende nada de chino⁸⁷. El argumento busca mostrar que el mero procesamiento sintáctico-formal de los símbolos involucrados no garantiza su entendimiento, en el sentido de la captación de su contenido significativo y, por tanto, “la sintaxis no es suficiente para la semántica”. Es decir, el procesador central de un computador aplica las reglas a las cadenas de símbolos según su estructura sintáctica, sin importar de qué tratan, cuál es su contenido, qué significan⁸⁸.

Fodor reconoció este hecho, y aceptó la posibilidad de que se diseñen dos programas sobre cosas diferentes, por ejemplo, uno sobre la guerra de los seis días y otro sobre el juego de ajedrez, pero que al ser compilados se produzca un código en el lenguaje de máquina que sea idéntico, de tal manera que, al ser corrido cada programa en un computador diferente ambos computadores pasan por los mismos estados internos. Además, los símbolos para el sistema no tienen referencia más allá de las direcciones en la memoria, sin algún valor semántico respecto a las cosas externas para el sistema⁸⁹. Se ha cuestionado que el

⁸⁵ Fodor, 1978b, 1980.

⁸⁶ El argumento de la Habitación China de Searle es bastante polémico y tiene varias réplicas y respuestas a estas. Para una revisión de estas se puede consultar a Cole (2020).

⁸⁷ Searle, 1984/1994, Cap. 2.

⁸⁸ Una de las objeciones más frecuentes al experimento es que a pesar de que Searle, o el procesador central, no entienden chino, la habitación, como sistema total, si lo entiende (P. ej., Copeland, 1993/1996, §6.2; Proudfoot & Copeland, 2012, §§2.2-2.3). Sin embargo, es posible la réplica de que el sistema tampoco entiende chino (Cf. Cole, 2020, §4.1).

⁸⁹ Fodor, 1978b, pp. 207-208. Cf. Stich, 1983, pp. 107-108; Dennett, 1987/1998, pp. 201-202.

funcionalismo parece estar especialmente comprometido con una visión *internista y estrecha* del contenido, pues dado F1 se puede considerar que las entradas y salidas no necesariamente incluyen los objetos fuera del sistema (§ 2.4)⁹⁰. Fodor reconoció que la TRM estaba comprometida con el *solipsismo metodológico* (SM), según el cual los procesos psicológicos sólo tienen acceso a las propiedades formales de las RMs, pero no a sus propiedades semánticas⁹¹. El carácter internista del funcionalismo hace que la TRM parezca sucumbir a los escenarios de Tierra Gemela. Los casos de computadores que corren códigos idénticos en el lenguaje de máquina pero que han sido diseñados en lenguajes de programación para cosas diferentes parece ser un caso de Tierra Gemela. Por tanto, el SM supone un internismo en el que para los estados mentales sólo es relevante el contenido estrecho. A finales de los 70s e inicio de los 80s, Fodor defendió que la única psicología científica posible debía ser computacional y formal y, por tanto, debía aceptar el SM. Además, el contenido estrecho sería el relevante para definir las propiedades causales del contenido sobre la conducta. Pero también reconoció que la TRM no tenía la más mínima idea de cómo se relacionan los símbolos internos con la realidad externa al sistema⁹².

Searle sostuvo que los símbolos que un computador procesa tienen tan solo *intencionalidad como-si*, o intencionalidad que se adscribe metafóricamente a sistemas que realmente no la tienen, como cuando se dice que ‘el césped tiene sed’ o ‘el termostato percibe los cambios de temperatura’; en oposición a la *intencionalidad intrínseca* u *originaria* de nuestros estados mentales⁹³ (§1.6). Kenneth Sayre afirmó que “No hay sistema puramente formal –automatizado o de otro tipo- que esté dotado con características semánticas independientes de la interpretación”, ya que “cualquier significado, verdad o referencia que ellos tengan es derivativo... rastreándose a interpretaciones impuestas por los programadores y usuarios de los sistemas”; por tanto, “los computadores, sólo en y por sí mismos... no exhiben intencionalidad del todo”⁹⁴. Esta opinión es compartida también por Fred Dretske⁹⁵.

Se ha cuestionado que la TCM, la HSSF y la TRM han mezclado lenguaje técnico con lenguaje semántico de una manera que se da la apariencia engañosa de que se está

⁹⁰ Block, 1993c; Levin, 2017, §4.3-4.4.

⁹¹ Fodor, 1980, p. 231.

⁹² Fodor, 1985.

⁹³ Searle, 1984, §1; 1992/1996, §3.5.

⁹⁴ Citado en Horst, 1996, pp. 124-125.

⁹⁵ Dretske, 1988, §4.1.

ofreciendo una teoría física del significado y la intencionalidad. Se dice que los sistemas cognitivos *procesan información*, en el sentido de que transmiten y transforman mensajes codificados. Sin embargo, en la teoría de Shannon, el término ‘información’ tiene una definición matemática y no semántica, pero al ser usada en los modelos cognoscitivos se le dota de una carga semántica más cercana del uso del término en el lenguaje cotidiano⁹⁶. En cuanto al término *codificación*, Bickhard y Terveen sostuvieron que esta consiste en la conversión de un mismo contenido de un vehículo a otro, pero las reglas de codificación son reglas formales cuya aplicación no requiere captar el contenido intencional del mensaje. Por lo tanto, el uso del término codificación presupone que las RMs ya tienen un contenido, pero no explican cómo lo adquieren⁹⁷. Finalmente, Steven Horst argumentó que la TCM hace un uso paronímico de la palabra ‘símbolo’ como se usa habitualmente, desposeyéndolo de sus propiedades semánticas, y quedándose sólo con sus características sintácticas⁹⁸, pero generando la confusión de considerar que porque los computadores manipulan símbolos también los entienden.

Una objeción contra el argumento de la Habitación China de Searle es que, si un sistema simbólico fuera incorporado a un robot, dotándolo de transductores sensoriales y efectores motores para interactuar con su ambiente, sería posible considerar que los símbolos manipulados por el sistema realmente tengan un contenido significativo⁹⁹. En los años 90s, Stevan Harnad propuso el *Symbol Grounding Problem* (SGP) como un programa de investigación dentro de la IA dirigido al desarrollo de sistemas computacionales cuyos símbolos tuvieran algún tipo de relación con referentes en el mundo externo al sistema, a través de sistemas híbridos con elementos sensoriomotrices¹⁰⁰. El programa del SGP se ha venido desarrollando hasta el día de hoy, aunque hay controversia acerca de sus éxitos¹⁰¹. Sin embargo, una objeción bastante sólida de Bickhard y Terveen es que la transducción apenas

⁹⁶ Piccinini, 2012, §3.2. Aunque como se verá, Fred Dretske defiende una conjugación de la noción matemática y semántica de información.

⁹⁷ Bickhard & Terveen, 1995, Cap. 2, pp. 11-16.

⁹⁸ Horst, 1996, §§3.8.1-3.8.2. Cf. Steels, 2008.

⁹⁹ A esta se le llama la objeción del robot, de Boden (1988) y otros. Cf. Cole, 2020, §4.2.

¹⁰⁰ Harnad, 1990. Cf. Davidson, P., 1993.

¹⁰¹ Coradeschi, Louti y Wrede, 2013; así como Taddeo y Floridi, 2005, presentan revisiones del proyecto. Luc Steel (2008, 2011) ha sido optimista sobre los resultados alcanzados con el SGP; pero otros son más bien escépticos (p. ej., Müller, 2009, 2015; Taddeo y Floridi, 2005). Cf. Plazas, 2018.

ofrece una correspondencia causal del código con la energía incidente, pero no produce una correspondencia epistémica, de modo que no puede ser representacionalmente constitutiva¹⁰².

A partir de lo anterior, es evidente que la TRM por sí misma no posee una explicación de la *intencionalidad originaria* de las RMs. Si, en contra de Dennett (§ 1.6), se considera que los estados mentales deben tener intencionalidad originaria, entonces la TRM es, en el mejor de los casos, una teoría incompleta de la cognición humana y debería ser suplementada por una teoría de la intencionalidad originaria de los estados mentales. El proyecto de naturalización del contenido intencional está dirigido a ofrecer dicha suplementación a la TRM con una explicación del contenido de las RMs, y lo abordaremos en la siguiente sección.

3.5 EL PROYECTO DE NATURALIZACIÓN DEL CONTENIDO MENTAL

Robert Cummins distinguió entre el Problema de las Representaciones y el Problema de la Representación. El primero trata acerca de qué tipo de cosas pueden ser RMs, lo cual nos permite entender tanto su instanciación física como sus roles sistemáticos en los procesos mentales. Como respuestas históricas a este problema, se habría planteado algún tipo de substancia (*stuff*) mental informada, las imágenes, estructuras de datos simbólicos de tipo lingüístico, redes neuronales y estados neurofisiológicos reales. Este problema es próximo a la cuestión del formato (§ 3.2). En cambio, el *Problema de la Representación* trata de encontrar una explicación a la relación de representación de las RMs, es decir de por qué las RMs representan, significan o tienen como contenido cierto tipo de ítem *X*, perteneciente al mundo externo¹⁰³. Dado que las RMs tienen intencionalidad originaria o intrínseca, por tanto, encontrar una solución a este problema es ofrecer una explicación de la intencionalidad originaria.

Previamente habíamos visto que para Chisholm el *lenguaje intencional* es irreductible a expresiones extensionales, y es solo interdefinible en otras expresiones intencionales (§ 1.4). Esta observación fue uno de los argumentos de Chisholm que motivó su rechazo al fisicalismo y la defensa del tipo de dualismo de propiedades involucrado en la Tesis de Brentano (§ 1.2). Quine reconoció la dificultad de la reducción de los giros intencionales,

¹⁰² Bickhard & Terveen, 1995, Cap. 4, p. 31.

¹⁰³ Cummins, 1989, Cap. 1.

pero rechazó la consecuencia de la Tesis de Brentano y defendió el fisicalismo. Según Quine, el lenguaje de las actitudes proposicionales podría ser mantenido para las actividades cotidianas, pero debía ser excluido del mundo de la ciencia, el cual debía ajustarse al lenguaje canónico extensional¹⁰⁴ (§ 2.5). Esta posición invita a un tipo de eliminativismo sobre las actitudes intencionales, que a muchos autores les ha resultado intolerable. En oposición, Fodor manifestó:

En la práctica no tenemos una alternativa al vocabulario de las explicaciones psicológicas del sentido común. No tenemos otra forma de describir nuestros comportamientos y sus causas si es que queremos que nuestros comportamientos y sus causas se subsuman bajo cualquiera de las generalizaciones justificadas contrafáctualmente que conocemos.¹⁰⁵

Por tanto, si queremos hacer una ciencia de la psicología y evitar tanto el dualismo intencional como el eliminativismo naturalista, tal parece que el único camino que queda es el de abrazar la reducción de lo intencional. Al respecto dice Fodor:

Supongo que, más tarde o temprano, los físicos completarán el catálogo que han estado compilando de las propiedades últimas e irreducibles de las cosas. Cuando lo hagan, cosas similares a *espín*, *encanto* y *carga* aparecerán, quizá, en su lista. Pero *el ser acerca de*, seguramente no aparecerá. Sencillamente, la intencionalidad no llega a esas profundidades. Es difícil ver ...cómo se puede ser realista acerca de la intencionalidad sin ser también, en mayor o menor medida, un reduccionista. Si lo semántico y lo intencional son propiedades reales de las cosas, deben de serlo en virtud de su identidad con (¿o puede que sea en virtud de supervenir a?) propiedades que no son ellas mismas *ni* intencionales, *ni* semánticas. Si el-ser-acerca-de es real, debe de ser realmente algo más.¹⁰⁶

Fodor resume aquí el objetivo del *Programa de Naturalización del Contenido Mental* (PNCM), un programa de investigación que tiene el propósito de naturalizar las propiedades intencionales reduciéndolas a propiedades no intencionales, ni semánticas, que sean aceptables para las ciencias naturales. Esta es la principal condición que debe cumplir

¹⁰⁴ Quine (1960a/2000) §45.

¹⁰⁵ Fodor (1987/1994), Cap. 1, §3, p. 25.

¹⁰⁶ *Ibid.*, Cap. 4, §1, p. 140.

cualquier teoría adecuada del PNCM. El objetivo de una teoría que busque resolver el Problema de la Representación de Cummins y dar cuenta de la intencionalidad originaria de las RMs dentro de los cánones de la PNCM será entonces la de llenar la parte derecha de un enunciado como (1)

(1) R^M representa/significa/tiene por contenido a X syss ...

Donde R^M es una representación mental, X es algún ítem correspondiente al entorno externo al organismo que porta a R^M , y lo que se coloca en los puntos suspensivos son las condiciones necesarias y suficientes que expliquen el carácter intencional de R^M sin apelar a nociones semánticas. A continuación, veremos las cuatro principales teorías que se han discutido en la literatura como soluciones dentro del PNCM, y valoraremos el cumplimiento de sus objetivos.

3.6 REPRESENTACIONES MENTALES BASADAS EN LA SIMILITUD

Quizás la primera idea relacionada con el tipo de relación representativa que tienen las RMs con los objetos que representa sea que las primeras representan a partir de una relación de similitud con dichos objetos. Si decimos que R^M es un estado mental representacional, entonces podemos postular esta posición de la siguiente manera:

(2) R^M representa/significa/tiene por contenido a X syss R^M es similar o se parece a X .

A la posición presentada en (2) le precede una larga historia, que se puede rastrear hasta la teoría de las *species* de los filósofos medievales. Roger Bacon se refirió a las *species* como similitudes naturales, que eran signos de objetos de los que procedían, y Santo Tomás también trató a las *species sensibilis* e *intelligibilis* como *similitudes* por la identidad en la forma con los objeto que representan¹⁰⁷ (ver § 1.1). Sin embargo, al inicio de la modernidad, bajo la inspiración de la distinción de Galileo entre cualidades primarias y secundarias, Descartes y Locke favorecieron una teoría de la representación mental basada en la causalidad más que en la similitud¹⁰⁸. En el siglo XVIII, David Hume afirmó que “todas las ideas se derivan de impresiones y no son más que copias y representaciones de ellas”,

¹⁰⁷ Pasnau, 1997, pp. 101, 86-87.

¹⁰⁸ Descartes, 1641/2011; Locke, 1690/1999, § II.8.15; Cf. §§ II.8.7, II.8.9-17. Cf. Cummins, 1989, Cap. 4.

difiriendo tan solo en “su vigor y vivacidad”¹⁰⁹. A mediados del siglo XX, Wittgenstein introdujo la noción de *parecidos de familia*, para superar la concepción de los *conceptos* como conjuntos de propiedades necesarias y suficientes¹¹⁰. Esta idea influyó en las investigaciones en psicología sobre *prototipos*, lideradas por Eleanor Rosch, las cuales mostraban una mayor facilidad de la gente para reconocer y categorizar a un miembro típico de una categoría, por ejemplo, un ruiseñor en la categoría de pájaros, que a uno menos típico, como un avestruz¹¹¹. El trabajo en prototipos tuvo un impacto importante en ciencia cognitiva, de modo que fue tomado como mejor representante de los formatos de representación mental analógicos, frente a los digitales (§3.2). En psicología cognitiva hay cierto consenso acerca de la importancia de la similitud en la adquisición de conceptos, lo que ha guiado una gran cantidad de investigación empírica¹¹². Además, la similitud también ha cumplido una función importante en las teorías de la representación en las neurociencias cognitivas. Por ejemplo, Patricia Churchland en su *Neurophilosophy* proponía que cuando escuchamos un sonido, hay una manifestación física en el cerebro que constituye un mapa del estímulo original en el órgano sensorial, y de alguna manera las frecuencias acústicas son codificadas espacialmente en el sistema nervioso¹¹³.

Existe controversia acerca de cómo definir la misma relación de similitud. En general se considera que la similitud consiste en el hecho de que dos ítems comparten (o fallan en compartir) un conjunto de propiedades. Sin embargo, hay polémica respecto a si es posible una noción precisa de parecido global entre dos ítems, de si es posible una medida del parecido, de si la relación involucra propiedades intrínsecas, extrínsecas o ambas, de si compete a propiedades cualitativas y no-cualitativas, y de su relación con la identidad¹¹⁴ (ver más adelante § 6.4).

Se ha criticado la idea de que la representación por similitud pueda ser el fundamento de toda representación. Por una parte, la arbitrariedad de los signos lingüísticos mostraría que la similitud no es condición necesaria de la representación¹¹⁵. Incluso, puede haber muchas

¹⁰⁹ Hume, 1739/1981, § 1.1.07.05. Cf. §§ 1.1.01.01, 1.1.01.03-08, 1.3.07.05.

¹¹⁰ Wittgenstein, 1953/2009, §§ 1.66-67

¹¹¹ Rosch & Mervis, 1975.

¹¹² P. ej., Smith, E. E., 1995; Edelman, 1998; Sloman & Rips, 1998.

¹¹³ Churchland, 1986, § 3.5; Cf. Watson, 1995, Cap. 6. Aunque Patricia Churchland en 2002 (§ 7.5-6) favorece más un modelo de representación de codificación vectorial en redes neuronales.

¹¹⁴ Cowlin, 2017, § 2.

¹¹⁵ Cummins, *ibid.*, Cap. 3, p. 29.

formas de arte figurativo que representan algo a pesar de que el parecido es en cierta medida transgredido, como en el caso del arte cubista, las caricaturas, o los diagramas muy esquemáticos¹¹⁶. Nelson Goodman argumentó que la relación de similitud es reflexiva y simétrica, de un modo que no lo puede ser la relación de representación¹¹⁷. Así, una representación R es más similar a sí mismo que a cualquier otra cosa, pero difícilmente se podrá decir que R se representa a sí mismo. Además, si R es similar a X , entonces X es similar a R , pero muy posiblemente X no representará a R . Así, por ejemplo, si un retrato representa a Nelson Goodman por su parecido con él, esto no quiere decir que el Nelson Goodman represente al retrato. Goodman también argumentó que dos cosas pueden ser copias o ejemplares del mismo tipo sin que una represente a otra. Por ejemplo, dos automóviles en una cadena de montaje pueden ser casi idénticos, pero uno no representa al otro. Una pintura de un castillo puede parecerse mucho más a otra pintura cualquiera que al castillo en cuestión, pero es el castillo lo que representa. Por tanto, la similitud no sería suficiente para la representación¹¹⁸. También se ha dicho que la relación de similitud es vaga. En un sentido, casi todo se parece a todo lo demás, o tiene algún rasgo en común con las otras cosas¹¹⁹. Que la relación de similitud sea indeterminada conlleva a que esté sujeta a la interpretación de cada quién¹²⁰.

En cuanto a la similitud como fundamento del contenido de las RMs, se ha cuestionado que las estructuras de datos de los sistemas computacionales simbólicos no se parecen a aquello que se supone que representan¹²¹. Esto se relaciona con el debate analógico/digital (§ 3.2). Fodor, por ejemplo, criticó la teoría de los conceptos basada en los prototipos, porque los prototipos no parecen cumplir los requisitos de una semántica composicional, que se consideran indispensables para el pensamiento simbólico¹²². Se ha cuestionado que dado que la relación de similitud es una de grado, es decir R puede ser más o menos similar a X , dependiendo de la cantidad de propiedades que comparten, parece ser una cuestión arbitraria el decidir a partir de qué grado una representación es fidedigna o

¹¹⁶ Crane, 2003/2009, Cap. 1, pp. 42-3.

¹¹⁷ Goodman, 1968/1976, § 1.I; 1972.

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ Crane, *op. cit.* p. 41. Cf. Goodman, *op. Cit.* § 1.II; Pylyshyn, 1984, pp. 40-41.

¹²⁰ Wittgenstein, 1953/2009, §140. Cf. Crane, *op. Cit.*, pp. 44-45.

¹²¹ Cummins, *op. Cit.*, Cap. 3., pp. 29-31.

¹²² Fodor, 1998/1999, Cap. 5.

representa con error su objetivo¹²³. También se ha objetado que si las RMs fueran imágenes de sus objetos, no serían posibles las ideas abstractas; pues las imágenes están determinadas en todos sus aspectos¹²⁴. Finalmente, si de acuerdo con (2), R representa a X , porque R es similar a X , de algún modo debo poder juzgar dicha similitud, de tal manera que R representa a X más que X' , por ejemplo. Sin embargo, juzgar que un ítem a es similar a otro ítem b involucra poder compararlos. Pero si para establecer que R representa a X debo comparar el grado de similitud entre ambos, entonces debe haber alguna manera por la cual yo puedo tener un acceso a X independiente de R . Si este fuera el caso, entonces, al menos para el caso de la percepción, R sería innecesario, pues debería poder tener percepción directa de X . Y, por otro lado, para el caso de cogniciones no perceptuales, debería tener también una percepción interna de R para poderlo comparar con X . Pero si es así, esto nos conduce a un regreso al infinito de capacidades perceptivas internas en el sistema cognitivo. Ambas consecuencias resultan desastrosas para la TRM¹²⁵.

A pesar de las dificultades señaladas, recientemente se ha venido imponiendo una perspectiva sobre las RMs más sofisticada y flexible: la representación basada en una relación de *isomorfismo estructural*¹²⁶. La primera versión es la noción de *representación-s* (*s-Representation*) de Cummins, que se refiere a la manera como una interpretación mapea una tarea psicológica sobre las operaciones que realiza un sistema computacional para transformar el input en output y resolver la tarea, de manera que el mapeo conserva un *isomorfismo estructural* con la estructura de la tarea¹²⁷. Más adelante, Ramsey adoptó la noción de *representación-s* como representación estructural, para caracterizar uno de los tipos de representación empleados en la TCM, que consiste en la creación por parte del sistema de un modelo o simulación de los aspectos relevantes involucrados en una tarea, con el que sostiene un isomorfismo o simetría estructural, así como lo hace un mapa¹²⁸.

El *isomorfismo* es una *función* matemática de mapeo entre dos conjuntos de ítems, de tal forma que hay una relación uno-a-uno entre cada elemento del dominio con un único elemento del rango; por tanto, dominio y rango tienen la misma cantidad de elementos y

¹²³ Cummins, 1989, p. 27.

¹²⁴ Berkeley, 1710/1992, § XIII; Cummins, *op cit.*, p. 33.

¹²⁵ Este asunto de la comparación al parecer fue sugerido por Thomas Reid (Duthie, 2004, p. 24).

¹²⁶ P. ej. Gładziejewski, 2015, 2016; Gładziejewski & Miłkowski, 2017; Lee, 2018, O'Brien & Opie, 2009, 2015; Ryder, 2004; Shea, 2018,

¹²⁷ Cummins, *op cit.*, Cap. 8. La *s* de representación-*s* es de *simulación*.

¹²⁸ Ramsey, 2007, § 3.2.

comparten su estructura. La preservación de la estructura permite que la aplicación de las mismas operaciones produzca resultados equivalentes en ambos conjuntos¹²⁹. Algunos autores han preferido hablar de *homomorfismo*, que es una relación más flexible, en la que un mismo elemento del rango puede ser mapeado por dos elementos del dominio. Puede haber entonces redundancia representacional: dos elementos representacionales pueden representar la misma entidad; y habría más elementos en el dominio que en el rango; pero también se preserva la estructura¹³⁰. Podemos entonces considerar las condiciones para el contenido de una RM desde esta perspectiva del siguiente modo.

(3) R^M representa/significa/tiene por contenido a X syss R^M está en una relación de isomorfismo/homomorfismo estructural con X .

O'Brien y Opie, han concebido a las RMs como analogías físicas que se sostienen entre un contenido representacional y lo que representan. Por tanto, los contenidos representacionales son propiedades estructurales intrínsecas del vehículo representacional¹³¹. En el modelo SINBAD de Ryder y Fodorov, se supone que las células piramidales de la corteza cerebral reciben entradas en sus dendritas principales de información de una propiedad estimulativa particular, y por un proceso de retroalimentación por propagación hacia atrás, estas entradas se ajustan entre sí para que las neuronas se entonen a una clase natural particular, correspondiente a la correlación entre las clases naturales. Además, estas neuronas reciben información de las demás colindantes, de tal forma que toda la red de células se entona entre sí y con el mundo para hacer que la corteza alcance un isomorfismo dinámico con el entorno, lo que le permite llenar información faltante para producir ciertos trucos predictivos¹³². También se cita con frecuencia la investigación de *mapas mentales* en el hipocampo de la rata, por el que las células de lugar en el hipocampo están entonadas a localizaciones específicas y disparan de manera selectiva a tales localizaciones. Se ha observado co-activación entre las células de lugar que corresponden a localizaciones vecinas. También hay evidencia de que los animales pueden tener activación fuera de línea (*offline*)

¹²⁹ Shea, 2013, pp. 64-67.

¹³⁰ Shea, 2018, § 5.3. Cf. Lee, 2018, § 2.

¹³¹ O'Brien & Opie, 2009, 2015.

¹³² Ryder, 2004. Hay varios supuestos problemáticos en esta teoría, como que cada célula piramidal recibe a través de cada entrada dendrítica principal información de una única propiedad discreta; que las neuronas son sensibles a mecanismos de retropropagación; y que, si la corteza se convierte en un modelo del entorno, entonces debería responder globalmente ante este, lo cual parece falso.

de estas células cuando están descansando, que parecen ajustarse a rutas seguidas por el animal en el pasado asociadas a la localización de reforzamiento¹³³.

Los sistemas de isomorfismo estructural no tienen dificultades con el problema de la comparación, porque se supone que estos sistemas guían la conducta del sistema sin que se requiera algún agente interno que compare la representación con lo representado. Tampoco parecen padecer del problema de la abstracción, pues los mapeos pueden ser a entidades más o menos abstractas en el mundo. Finalmente, buscan ofrecer un modo de entender cómo la materia cerebral puede ser un medio de representación. Sin embargo, estos sistemas han sido objeto de otras críticas. Especialmente se objeta su *liberalidad*, en cuanto a que las relaciones isomórficas u homomórficas pueden ser establecidas con una cantidad, quizás ilimitada, de posibles entidades en el mundo con las que comparte una correspondencia estructural. Por tanto, el isomorfismo estructural no parece ser suficiente para determinar las RMs. Por otra parte, el isomorfismo tampoco sería necesario para las RMs, pues habría RMs que no representan a partir de estas relaciones. Además, las relaciones de isomorfismo son simétricas, mientras que la relación de representación no¹³⁴. El liberalismo de estos modelos causa un tipo de indeterminación del contenido que también dificulta ofrecer una respuesta clara al problema de la representación errónea. En el caso de la co-activación de las células de lugar en el hipocampo, hay dificultades para entender cómo ocurre debido a los problemas para interpretar el código neural. Ante el problema del liberalismo y la indeterminación del contenido, Ramsey ha sugerido que un sistema emplea representaciones-s para modelar y simular la solución a un problema particular, a pesar de que las representaciones-s puedan ser isomórficas con muchas otras cosas¹³⁵. Sin embargo, esto puede ser insuficiente para lograr la determinación del contenido deseable. Otros autores han sugerido mejor suplementar la relación de isomorfismo estructural con teorías bioteleológicas del contenido (ver más adelante § 3.9) para superar este inconveniente¹³⁶.

¹³³ Shea, 2018, § 5.2. Cf. Pfeiffer & Foster, 2013; Schmidt & Redish, 2013; Eichenbaum, 2017.

¹³⁴ Ryder, 2004, § 5.

¹³⁵ Ramsey, 2007, § 3.3.1.

¹³⁶ Ryder, 2004, § 6; Shea, 2018, Cap. 5; Lee, 2018, §§ 2.6-2.7.

3.7 REPRESENTACIONES MENTALES BASADAS EN EL ROL CONCEPTUAL

Por *Semántica del Rol Conceptual* (SRC) se entiende una posición sobre el significado de las expresiones en las lenguas naturales y los contenidos de las RMs. Con frecuencia se le llama también semántica del rol inferencial, funcional, cognitivo, computacional o causal, con autores que usan estas expresiones de manera intercambiable y otros estableciendo diferencias entre ellas¹³⁷. La SRC es una variedad de las teorías del significado como uso. Las teorías del significado como uso se han enfocado particularmente el uso comunicativo en el lenguaje¹³⁸. Sin embargo, Gilbert Harman distinguió entre el uso comunicativo de una expresión y su uso para el cálculo en el proceso de pensamiento. Según Harman, el uso de los conceptos para el cálculo es más básico, y por tanto, la “fuente última de significado o contenido es el rol funcional que los símbolos desempeñarán en el pensamiento”¹³⁹. Su primera formulación explícita fue hecha por Wilfrid Sellars, para quien entender y captar un concepto consiste en el dominio práctico de las *inferencias* en las que dicho concepto está incluido¹⁴⁰. En los años 70s y 80s del siglo pasado, Hartry Field, Gilbert Harman, Brian Loar y Ned Block, propusieron una versión de la SRC como teoría semántica compatible, e incluso implicada, en el *psicofuncionalismo*¹⁴¹ (§ 3.1), con pretensiones naturalistas. Desde esta posición, se entiende al *rol conceptual* de un concepto, símbolo o expresión en el lenguaje del pensamiento como “la manera en que la expresión se combina e interactúa con otras expresiones para mediar los *inputs* sensoriales y los *output conductuales*”, dentro de los procesos de inferencias inductivas y deductivas que realiza un sistema cognitivo¹⁴².

Entre los exponentes de la SRC existen diferencias en cómo entender los *roles conceptuales*. De acuerdo con Sellars, los roles conceptuales involucran relaciones inferenciales léxicas, como por ejemplo que de “hoy es miércoles” se infiere que “mañana es jueves”, e inferencias empíricas, como que a partir de “ahora se ve un relámpago” se infiere que “pronto se escuchará un trueno”¹⁴³. Por su parte, Hartry Field caracterizó los roles conceptuales en términos de probabilidades subjetivas de una creencia sobre otra. Así, las creencias A y B tienen el mismo rol conceptual si y solo si $p(A/C) = p(B/C)$, para toda otra

¹³⁷ P. ej., Cummins, 1989, Cap. 9; Whiting, 2021, § 1.d.

¹³⁸ Harman, 1982, § 1.1; García, 2011, § 18.1.

¹³⁹ Harman, 1982, § 5, p. 667.

¹⁴⁰ *Ibid.*, § 2.III.2. Cf. §§ 2.III.4, 2.IV.2-5.

¹⁴¹ Field, 1977; Harman, 1982; Loar; 1981; Block, 1986.

¹⁴² Block, 1986, p. 308. Cf. Cummins, *op. cit.*, p. 114.

¹⁴³ Brandom, 1994/2005., § 2.IV.2.

oración C en el lenguaje¹⁴⁴. En cambio, Ned Block fundamentó los roles conceptuales en el sistema lógico-formal que gobierna el procesamiento computacional de un sistema según la TCM. Así, si el símbolo “#” expresa el condicional material, y se tiene la oración “Félix es un gato # Félix es un animal”, y esta interactúa apropiadamente con la oración “Félix es un gato”, el resultado es una tendencia a aceptar la oración “Félix es un animal”. Para expresiones suboracionales (léxicas), el rol conceptual correspondería a su contribución al rol de las oraciones en las que se encuentran¹⁴⁵.

Un punto de desacuerdo entre los exponentes de la SRC es acerca de la prioridad entre el lenguaje y el pensamiento. Sellars sostuvo que el dominio de un lenguaje público es previo a la posesión de actitudes psicológicas, y consideró al contenido mental como derivativo del significado lingüístico¹⁴⁶ (ver inicio de § 1.6). En cambio, en la tradición funcionalista computacional, Harman y Block han defendido la TRM de Fodor (§ 3.2), y la idea de que los estados mentales involucran relaciones con oraciones del lenguaje del pensamiento, por lo cual el contenido conceptual de las expresiones en el mentales sería autónomo y heredaría su significado a las expresiones del lenguaje público¹⁴⁷. En cambio, Harman también defendió que el lenguaje del pensamiento es tan solo lenguaje público internalizado¹⁴⁸.

También hay desacuerdo acerca del alcance de los roles conceptuales. En la versión de Block, los roles conceptuales se identifican con roles funcionales y causales que corresponden al contenido estrecho dentro la cabeza de los individuos¹⁴⁹ (ver § 2.4). Field y Loar estarían de acuerdo con este punto. En cambio, Harman consideró que “También son relevantes las relaciones funcionales con el mundo externo en conexión con la percepción, por una parte, y con la acción, por la otra.”¹⁵⁰ Block llamó a su versión de la SRC de *brazos cortos*, mientras que a la de Harman la denominó de *brazos-largos*. Por su parte, Harman tachó de *solipsistas* las versiones de Field y Block, y denominó a la suya *no-solipsista*, en relación con su aceptación o rechazo del *solipsismo metodológico* (ver §§ 2.4 y 3.4). Block defendió una teoría de los *dos factores*, según la cual hay dos aspectos del significado, un

¹⁴⁴ Lepore, 1994, p. 197. Donde $p(A/C)$ es la probabilidad condicional de A dado C.

¹⁴⁵ Block, *op. cit.*, p. 308. Brandom, siguiendo a Sellars, rechaza el formalismo y regulismo que está en el centro de la concepción computacionalista de Block (Brandom, *op. cit.*, § 2.IV.7).

¹⁴⁶ García Suarez, *op. cit.*, § 18.2.1.

¹⁴⁷ Harman, *op. cit.*, §§ 1.2 y 3.1; Block, *op. cit.*, p. 292.

¹⁴⁸ Harman, 1987.

¹⁴⁹ Block, *op. cit.*, p. 301.

¹⁵⁰ Harman, 1982, p. 656.

aspecto de rol conceptual relativo al contenido estrecho, como ya se dijo, y otro aspecto que tiene que ver con la referencia y las condiciones de verdad, y que atiende a las preocupaciones externistas del significado. Este enfoque formula una *afirmación conjuntiva* para cada oración: “qué es su rol conceptual y cuáles son sus (digamos) condiciones de verdad.”¹⁵¹ La de Harman sería entonces una teoría de *un factor*, el rol conceptual; sin embargo, gracias a sus brazos amplios, para Block dicha teoría es prácticamente equivalente a la suya de dos factores¹⁵².

Block presentó la SRC como una teoría semántica para la psicología¹⁵³. Como teoría del significado, la SRC afirma que el significado de una expresión o el contenido de una RM está determinado por su rol conceptual. Para Block, “El rol conceptual es el *rol causal total* descrito de manera abstracta. ...el rol conceptual abstrae todas las relaciones causales excepto aquellas que median inferencias, inductivas o deductivas, la toma de decisiones y otras similares”¹⁵⁴. Las concepciones funcionalistas de la SRC la ven como una teoría que naturaliza el significado, pues concibe los roles conceptuales como roles inferenciales, entendidos como roles computacionales, que finalmente se materializan en roles causales. Esta reducción de lo conceptual a lo causal es posible por el modo en que la TCM permite una concepción causal y mecánica de la inferencia¹⁵⁵. Como teoría del contenido de las RMs, la SRC se puede caracterizar de la siguiente manera:

(4) R^M representa/significa/tiene por contenido a X si y sólo si R^M cumple cierto rol conceptual/inferencial respecto a otras R^M s.

Donde cumplir un rol conceptual o inferencial significa que una R^M está en una relación de negación o de implicación con otras R^M s.

En favor de la SRC se ha dicho que recoge algunas propiedades importantes de cómo funcionan los sistemas lingüísticos. Por ejemplo, las unidades léxicas por lo general no se presentan de manera atómica, siendo semánticamente independientes unas de otras, sino que, al contrario, las relaciones palabra-palabra son abundantes, tal como se observa en el hecho de que los diccionarios recogen buena parte de nuestro léxico y lo define a través de otras

¹⁵¹ Block, *op. cit.*, p. 307.

¹⁵² *Ibid.*, p. 319.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 289.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 309

¹⁵⁵ Fodor & Lepore, 1991, p. 150; Cummins, *op cit.*, pp. 119-120.

palabras. Además, está la observación bastante plausible de Sellars de que podemos atribuir a un individuo un uso y comprensión adecuada de un concepto cuando muestra el rol conceptual adecuado respecto a este. Por ejemplo, entender el concepto de verde no consiste sólo en responder diferencialmente a las cosas verdes, sino además en saber que algo verde es algo coloreado, o que algo verde no es, por ejemplo, rojo¹⁵⁶. Aparte de las unidades léxicas, varios filósofos han considerado que los contenidos proposicionales que constituyen nuestras creencias están organizados en sistemas, caracterizados por su interdependencia lógica¹⁵⁷. La SRC tiene facilidad para dar cuenta del significado de los conectores lógicos¹⁵⁸ y los términos teóricos, como ‘quark’¹⁵⁹. También puede resolver la falla en la sustitutibilidad *salva veritate* de términos correferenciales. La SRC permite que las expresiones “El Lucero del Alba” y “El Lucero del Atardecer” tengan diferentes significados si tienen diferentes roles conceptuales; así que alguien podría aceptar que el Lucero del Alba es un planeta, mientras que a la vez niega que el Lucero del Atardecer es un planeta¹⁶⁰. Finalmente, la SRC sustenta aquellas intuiciones internistas sobre el contenido. Si Edipo desea casarse con Yocasta, lo que determina su conducta no es la verdad sobre quién es Yocasta, sino cómo él describe a Yocasta para sí mismo¹⁶¹. Por tanto, la SRC sería el tipo de teoría semántica adecuada para la psicología como intento de explicación de la conducta de los individuos a partir de sus estados mentales. Incluso, si se apela a escenarios de Tierra Gemela (§ 2.4), la SRC, centrada en el contenido estrecho, puede explicar por qué un individuo y su gemelo pueden comportarse exactamente de la misma manera frente a referentes diferentes¹⁶².

En contra de la SCR se ha dicho que su holismo conduce a la idiosincrasia del contenido mental. Dado que cada RM está enlazada constitutivamente a muchas otras RMs, y estas últimas a otras muchas más RMs, el contenido de un único estado mental queda determinado por una red entera de relaciones conceptuales. Dado que dos pensadores reales no creen las mismas cosas, dos pensadores no tendrían *ninguna* creencia en común. La misma expresión en diferentes bocas poseería significados diferentes, y la comunicación y la traducción serían imposible. De igual forma, dado que las creencias de un pensador están

¹⁵⁶ Whiting, 2021, § 3.a-c. Cf. Harman, *op. cit.* § 2.1.

¹⁵⁷ P. ej., Davidson, 1970, §II; 1975; Evans, 1985/1996, Cap. 11 § III.

¹⁵⁸ Lepore, 1993, p. 194; Loewer, 1997, p. 121; García Suarez, *op. cit.*, § 18.2.3.

¹⁵⁹ Harman, *op. cit.*

¹⁶⁰ Fodor & Lepore, 1991/1994, §1; Whiting, 2021, § 3.d.

¹⁶¹ Fodor, 1980, p. 236.

¹⁶² Block, 1986, pp. 132-133; Cf. Lepore, *op. cit.* p. 195; Whiting, 2021, §3e.

cambiando constantemente, él en diferentes momentos estará dispuesto a hacer diferentes transiciones inferenciales; por tanto, una misma expresión en una misma boca en diferentes momentos tendrá significados diferentes, y la constancia del significado no sería posible¹⁶³. Se ha sugerido que la SRC puede ser viable si lo único que se requiere para el entendimiento es que exista cierta *similitud* de contenidos, que las redes conceptuales de dos personas (o la misma en diferentes momentos) son suficientemente similares para justificar tratarlas como lo mismo, para la explicación psicológica. El problema es el de determinar una medida de lo que es “suficientemente similar” para atribuir la misma creencia en redes que son muy complejas y difíciles de comparar¹⁶⁴.

También se ha cuestionado si la SCR permite explicar las relaciones mente-mundo. Se tiende a considerar que los pensamientos y afirmaciones son, al menos en principio, *acerca* de cosas en el mundo, y en tal sentido poseen *intencionalidad*, la cual consiste una relación mente-mundo. Pero si se observa la conceptualización de (4), R^M significa X por una relación con otras R^M s, y no por alguna relación con X . Si X fuera algo en el mundo, pero la SRC sólo puede ofrecer relaciones entre R^M s, ¿Qué puede garantizar que R^M se refiera a X ? Esto no parece ser algo que la SRC pueda resolver de una manera simple¹⁶⁵. Si la referencia es un aspecto fundamental para el contenido de algunos (quizás la mayoría) de pensamientos, se podría decir que (4) no ofrece ni condiciones necesarias ni suficientes para determinar el contenido de R^M . Puedo tener el pensamiento de que “Hay un gato” sin requerir inferir que “hay un animal”. Puedo también tener cierto conocimiento inferencial acerca de un X y, aun así, fallar en reconocerlo ostensivamente¹⁶⁶. Por otra parte, se ha argumentado que ciertas expresiones tienen funciones netamente referenciales, por las que su significado no podría ser fijado a través de algún rol conceptual, como en el caso de los nombres propios o las expresiones demostrativas. Nadie buscaría la definición de ‘Daniel’ en un diccionario. Además, el significado de la expresión “yo estoy escribiendo” depende de quién la profiere y del contexto de preferencia antes que del rol conceptual¹⁶⁷. También se ha señalado que apelar solo a los roles conceptuales/inferenciales/computacionales no permite explicar las

¹⁶³ Fodor & Lepore, 1991/1994, § 1; 1992; Lepore, 1993, p. 197.

¹⁶⁴ Ryder, 2020b, pp. 268-9; Whiting, *op cit.*, § 4.a.

¹⁶⁵ Ryder, 2020b; Whiting, *op cit.*, § 4d.

¹⁶⁶ Loewer, 1997, p. 121.

¹⁶⁷ Whiting, *op cit.*, § 4.b. Cf. Kripke, 1981/1995; Kaplan, 1977.

instancias de representación errónea¹⁶⁸. La SRC está comprometida principalmente con el contenido estrecho y con la perspectiva solipsista por su relevancia para explicar la conducta. Pero estas posiciones chocan con la consideración externista de que el significado está determinado por sus condiciones de verdad. Una solución inmediata es apelar a una teoría de dos factores o aspectos del significado, uno relativo al contenido amplio, la referencia y las condiciones de verdad, mientras que el rol conceptual aborda el contenido estrecho¹⁶⁹. La teoría de los dos factores debe buscar un modo de emparejar los roles conceptuales con aquellos aspectos del significado que son determinados contextualmente. Pero esto involucra aceptar que la SRC es, al menos, incompleta, y debe ser suplementada con una teoría alternativa.

También se ha acusado a la SRC de circularidad. De acuerdo con (4), el significado de cualquier RM se resuelve en sus relaciones inferenciales con otras RMs. Pero si este es el caso, no podré dar cuenta de la primera RM si no se involucra la comprensión de lo que significan aquellas otras RMs con las que se relaciona inferencialmente. Por tanto, la explicación de la noción de significado en la SRC presupone a la noción de comprensión, que es una noción semántica y hace a la explicación circular, además de inadecuada para los objetivos del PNCM¹⁷⁰.

Fodor y Lepore argumentaron que la SRC tiene dificultades con la composicionalidad, que es responsable de la productividad y la sistematicidad del pensamiento (§ 3.2). Si se tiene el concepto de “vaca marrón”, este será un producto de la conjunción de los conceptos de “vaca” y de “marrón”. Pero el rol funcional de “vaca marrón” depende no solo del rol inferencial de “vaca” y del rol inferencial de “marrón”, sino también de lo que se crea sobre las vacas marrones. Si se cree que las vacas marrones son peligrosas, pero “peligroso” no es implicado ni por “vaca” ni por “marrón”, entonces el rol inferencial no es composicional. El defensor de la SRC podría argüir que los roles conceptuales permiten inferencias *analíticas*, como “vaca marrón” → “animal marrón”, las cuales son

¹⁶⁸ Ryder, *op cit.*

¹⁶⁹ Block, 1986.

¹⁷⁰ Whiting, *op cit.*, § 4.g. Cf. Cummins, *op cit.*, p. 120. Cummins (1992) argumentó que la SRC no ofrece realmente una teoría del contenido de las RMs, sino más bien una teoría de las relaciones inferenciales entre actitudes proposicionales (APs), que están integradas coherentemente para los propósitos del razonamiento práctico. Cummins considera que la SRC confunde el contenido representacional con el contenido de las APs, pero afirma que este es un pecado también cometido por la TRM. Una respuesta a este argumento involucraría tomar una posición respecto a la distinción entre el contenido representacional y el de las actitudes, como lo intenta trazar Cummins.

composicionales. Al respecto, Fodor y Lepore objetan que esta salida revive la distinción analítico/sintético, la cual se considera ya desacreditada¹⁷¹. La fuerza de esta objeción depende de qué tanto uno esté comprometido a considerar que la composicionalidad es un aspecto central del pensamiento, así como también la tendencia a rechazar la distinción analítico/sintético¹⁷².

3.8 REPRESENTACIONES MENTALES BASADAS EN RELACIONES CAUSALES

INFORMACIONALES

La obra de Fred Dretske (1981) *Knowledge and the Flow of Information (KFI)* es la primera en plantear explícitamente el problema de la naturalización del contenido intencional de las RMs, y definió la discusión futura sobre el tema. Dretske plantea una teoría del contenido mental apoyada en la noción de *información*, que finalmente es reducida a la noción de *covariación causal*. Sin embargo, esta no es la primera teoría de este tipo. Un antecedente lejano se encuentra en el *Ensayo* de John Locke, en el que se apeló a la causalidad para dar cuenta de las ideas sobre cualidades secundarias¹⁷³. Otros antecedentes más inmediatos están en la obra de Stampe y en la teoría causal de la referencia. Dretske toma como punto de partida la noción de *significado natural* de Grice. En su influyente artículo *Meaning*, Paul Grice distinguió dos sentidos de la expresión ‘significa’, un sentido natural (significado_N) y otro no natural (significado_{NN}). En el primer sentido, el *significado_N* trata particularmente de los signos naturales, como cuando se dice que “Estas manchas en el rostro significan sarampión”. En el segundo sentido, el *significado_{NN}* se refiere más a los signos convencionales o con un significado atribuido, como, por ejemplo, “Las tres llamadas del timbre del autobús significan que el autobús está lleno.” Una diferencia importante entre ambos sentidos que resaltó Grice, es que “x significa_N que p implica p”, en cambio, “x significa_{NN} que p no implica p”¹⁷⁴; es decir, que si algo es significado naturalmente es porque ha ocurrido; pero esto no se sostiene en el significado no natural. Como puede observarse, el

¹⁷¹ Fodor & Lepore, 1991/1994 § 2, 1992, Cap. 6.

¹⁷² Ryder, *op cit.*, p. 269; Whiting, *op cit.*, § 4.a.

¹⁷³ Cf. Cummins, 1989, Cap. 4. John Locke señaló que “...las ideas de las cualidades primarias de los cuerpos son semejanzas de dichas cualidades, y que sus modelos realmente existen en los cuerpos mismos”, pero en cambio “las ideas producidas en nosotros por las cualidades secundarias en nada se les asemejan. Nada hay que exista en los cuerpos mismos que se asemeje a esas ideas nuestras.” (1690/1999, § II.8.15; Cf. §§ II.8.7, II.8.9-17.)

¹⁷⁴ Grice, 1957.

significado_{NN} tiene un carácter intencional, del que carece el significado_N. Grice orientó sus esfuerzos a tratar de explicar el significado_{NN} a partir de las intenciones del hablante. Sin embargo, el trabajo de Dretske puede ser interpretado como un intento de tratar de reducir el significado_{NN} al significado_N¹⁷⁵.

En *KFI*, Dretske buscó ofrecer una teoría naturalista del conocimiento, reduciendo la noción de justificación a la de información¹⁷⁶. Tomó la noción matemática de información como medida cuantitativa de la incertidumbre de que una señal recibida por un receptor (r) sea producida por una fuente particular (s_1) en oposición a otras fuentes posibles (s_2 o s_3 o s_4), a través de un canal¹⁷⁷. De acuerdo con Dretske, el *contenido informativo* de una señal r de que s es F (que la fuente s tiene la propiedad F), es igual a que la probabilidad condicional de que s es F dado r es igual a 1¹⁷⁸. Es decir que, si r eleva la probabilidad de que s sea F a 1, entonces r transmite información de que s es F ; pero si dicha probabilidad es inferior a 1, entonces r no transmite esa información¹⁷⁹. Es decir que el hecho de que r transmita la información de que s es F , involucra que s es F sea el caso. La relación de transmitir información tiene su fuente en *regularidades nómicas* o *causales*, que soportan contrafácticos (es decir, “si no fuera el caso de que s es F , entonces no sería el caso de r ”). En este caso, dice Dretske, una señal que transmite información de una fuente, *indica* el estado de su fuente. Este sería el caso de los signos naturales. Los aros en el tronco de un árbol indican su edad, la sombra de los árboles indica la dirección del sol, etc. Pero también, sería así para los artefactos que diseñamos para indicarnos algo en la realidad. Un reloj nos indica el momento en el día, un indicador del tanque de gasolina de un carro nos indica qué tan lleno está el tanque, un velocímetro indica la velocidad a la que va el carro, etc. Ahora bien, como indicadores, estos aparatos o señales significan su contenido informacional, de

¹⁷⁵ Dretske, 1988, 2009.

¹⁷⁶ Dretske, 1981/1987. El propósito principal de *KFI* era desarrollar una noción de conocimiento que superara los problemas de la noción de “creencia verdadera justificada”, y en particular los problemas de la justificación debidos a los casos Gettier.

¹⁷⁷ Dretske, 1981/1987, Cap. 1.

¹⁷⁸ Dretske, 1981/1987, lo escribe así: “Una señal r lleva información de que s es F = La probabilidad condicional de que s sea F , dada r y (K), es 1 (pero, dada sólo k , menos de 1)”; donde k es el conocimiento que el receptor tiene de las posibilidades de las fuentes (p. 70).

¹⁷⁹ Dretske exige que la probabilidad no sea inferior a 1 para permitir que la relación de *transmitir información* sea *transitiva*. Es decir, si r lleva información de s es F y s es F lleva información de s es G , entonces r transmite información de s es G . Además, si la probabilidad fuera inferior a 1, y r transmite la información de que s es F , así como la información de que s es G , es posible que no transmita la información de que s es F y G (*Ibid.*, Cap. 3).

acuerdo con una relación causal con lo que informan. Por tanto, podemos caracterizar la teoría del significado involucrada aquí como:

(5) R significa/informa/indica/tiene por contenido a X si y sólo si X causa (bajo regularidades nómicas) que R ,

donde R es cualquier tipo de evento del mundo que es un efecto causal.

Un problema inicial con (5) es que cualquier cosa que sea causada por otra bajo relaciones nómicas será entonces un indicador de ella. Si la relación de significación se asimila a la de indicación, entonces la significación sería una propiedad natural omnipresente, pues relaciones causales nómicas se supone que ocurren en todo lugar y en todo momento¹⁸⁰. La relación de indicación, formulada así, no requiere que exista alguien que interprete la señal como indicando o significando algo. Habría un *pansemanticismo*, por el cual el mundo estaría lleno de significado, incluso desde antes de que hubiese algún ser con capacidad de interpretarlo. Pero si fuera así, la información parecería ser un agregado innecesario a las relaciones físicas, o simplemente como un sinónimo de relación causal.

Pero una objeción más discutida es que dado que la señal sólo informa sobre la fuente si es causada nómicamente por la ella, el contenido informativo es infalible, es decir, no hay información errónea (*misinformation*). Sin embargo, una propiedad de la intencionalidad es que aquello que se representa o significa puede ser falso, puede no ser el caso; por tanto, el contenido informacional no podría ofrecernos *representación errónea (misrepresentation)* y tampoco intencionalidad¹⁸¹. Otra forma de ver este problema es el de considerar que la señal de que suena un timbre (r) es un indicador de que alguien toca el timbre (s). Sin embargo, es posible que el timbre suene porque hay un cortocircuito (s'), o por un poltergeist (s''), o por la acción de unas ardillas entrenadas (s'''). Por tanto, cuando suena el timbre y alguien cree que otra persona presiona el botón del timbre, pero ocurre que no es así, realmente no tiene una representación errónea, porque el sonido del timbre puede indicar o bien s o s' o s'' o s''' . A esto lo llama Fodor *el problema de la disyunción*¹⁸². Por tanto, un problema central para una teoría causal del significado, como la del contenido informacional, es la de explicar

¹⁸⁰ Fodor, 1990, pp. 92-3. Cf. Millikan, 1989, § I.

¹⁸¹ Loewer, 1987; Cummins, *op cit.*, Caps. 4 y 6.

¹⁸² Fodor, 1984, 1987/1994, Cap. 4, 1990, Cap. 3.

cómo *r* significa *s* sin significar un conjunto disyunto de posibles causas, y así permitir que exista la representación errónea.

Para enfrentar el problema de la representación errónea, Dretske propone en su *KFI* una teoría complementaria del *periodo de aprendizaje*. Considera que en la percepción recibimos una señal analógica muy rica, pero que para ser procesada en los centros cognitivos, dicha señal debe ser codificada en una señal digital, cuyo contenido semántico tendría la forma “*s* es *F*”¹⁸³. Se aprende a digitalizar un contenido específico gracias a un proceso de entrenamiento o refuerzo, por el que un sistema desarrolla un estado interno que es sensible de modo selectivo sólo a la información de que *s* es *F*. Para ello, hay que exponer al individuo a ejemplares de *Fs* y de no-*Fs* y reforzar ciertos tipos de respuestas ante los *Fs*, pero no ante los no-*Fs*. Por ejemplo, una niña puede ser entrenada en identificar petirrojos, en contraste a azulejos, siendo reforzada al proferir “petirrojo” ante los petirrojos, pero no ante los azulejos. Luego del periodo de aprendizaje, la niña puede ser enfrentada a un gorrión, no incluido como parte de los no-*Fs* en el entrenamiento y podría identificarlo erróneamente con un petirrojo. En este caso, ella exhibiría una creencia errónea y, por tanto, una representación errónea¹⁸⁴.

La explicación del periodo de aprendizaje ha recibido múltiples objeciones. Por una parte, se ha criticado que la explicación se limita a los conceptos aprendidos, sin permitir que la información innata sea falsa¹⁸⁵. También, que la mayoría de conceptos se aprenden sin el beneficio de un profesor, así que no se puede identificar el periodo de aprendizaje con un periodo de instrucción¹⁸⁶. Igualmente se ha dicho que la distinción entre el periodo de aprendizaje y lo que ocurre después es poco rigurosa, y es posible que un concepto siga aprendiéndose indefinidamente¹⁸⁷. Sin embargo, la principal objeción es que no parece haber un modo de establecer las condiciones óptimas asociadas al periodo de aprendizaje sin incurrir en una violación de las exigencias naturalistas. Para diferentes creencias, diferentes condiciones son ‘óptimas’. Por ejemplo, las condiciones óptimas para la creencia perceptual de que hay una pelota roja en la habitación incluye buena iluminación; pero las condiciones óptimas para la creencia de que hay una luciérnaga en la habitación es que las luces estén

¹⁸³ Dretske, 1981/1987, Cap. 6.

¹⁸⁴ *Ibid.*, Cap. 8.

¹⁸⁵ Fodor, 1984, p. 41; Fodor, 1987/1994, Cap. 4.

¹⁸⁶ Loewer, *op cit.*, p. 300.

¹⁸⁷ Fodor, 1984, pp. 40-41; Fodor, 1987/1994, Cap. 4.

apagadas. Por tanto, las condiciones óptimas para adquirir creencias verdaderas dependen del contenido de las creencias. Pero, el naturalista no puede apelar al contenido de una creencia al caracterizar las condiciones óptimas¹⁸⁸. Además, puede agregarse que la apelación a un periodo de aprendizaje supone las intenciones pedagógicas del profesor; lo cual incurre en otra violación de las exigencias del PNCM¹⁸⁹.

Jerry Fodor ofreció una alternativa para tratar con el problema de la disyunción en el marco de la teoría informacional llamada la *Teoría de la Dependencia Asimétrica* (TDA). La teoría se basa en la opinión clásica de que las falsedades son ontológicamente dependientes de las verdades de un modo en que las verdades no lo son de las falsedades. Sólo se puede tener creencias falsas de lo que se tiene creencias verdaderas, de tal modo que los mecanismos de la falsedad son parasitarios de los de la verdad¹⁹⁰. La idea es que, si los Xs causan R^M s, pero hay algún Y que no es un Xs pero también causa R^M , entonces Y causando R^M es asimétricamente dependiente de los Xs causando R^M ¹⁹¹. La dependencia asimétrica significa que: “Si la conexión causal $X-R^M$ se rompe, entonces la conexión $Y-R^M$ se rompe”; mientras que “Si la conexión causal $Y-R^M$ se rompe, entonces la conexión $X-R^M$ no se rompe”¹⁹². Así, por ejemplo, si veo a una vaca de lejos en la oscuridad de la noche y produce en mí el concepto de “caballo”, esta será una representación errónea, en tanto que el hecho de que una instancia de vaca-lejana-en-la-oscuridad cause una instancia de “caballo” depende de que una instancia de caballo causa una instancia de “caballo”; mientras que en cambio, el que una instancia de caballo cause una instancia de “caballo” no depende de que una instancia de vaca-lejana-en-la-oscuridad cause “caballo”.

Una primera objeción contra la TDA es que es posible suponer instancias de $X-R^M$ que sean dependientes de instancias de $Y-R^M$. Por ejemplo, Cummins crea una historia según la cual en cierta tribu a todos los jóvenes se les enseña que deben capturar un ratón para hacer cierta poción que la tribu necesita; pero los ratones son raros, por lo que a los jóvenes se les enseña practicando con musarañas; de tal manera que la conexión ratón-“ratón” sería dependiente de la conexión musaraña-“ratón”¹⁹³. Fodor reconoce que este puede ser el caso,

¹⁸⁸ Loewer, 1997, p. 114. Cf. Loewer, 1987, pp. 300-1; Cummins, *op cit.*, p. 66.

¹⁸⁹ Fodor, 1984, 1987/1994, Cap. 4.

¹⁹⁰ Fodor, 1987/1994, Cap. 4.

¹⁹¹ Fodor, 1990, p. 121.

¹⁹² *Ibid.*, pp. 120-122.

¹⁹³ Cummins, *op cit.*, p. 59.

sin embargo, pide que la dependencia asimétrica sea de validez *sincrónica* más que diacrónica, de manera que mi disposición presente a aplicar “ratón” a ratones *no* dependa de ninguna disposición a aplicarla a las musarañas. Pero que pueda ser el caso de que confunda las musarañas con ratones parece depender de que previamente he adquirido el concepto de “ratón”, lo cual es una relación diacrónica. Cummins también argumentó que los *Ys* causan R^M_s porque *se ven como* los *Xs*, pero igualmente los *Xs* causan R^M_s porque *se ven como* *Xs*, y dado que la relación de “verse como un *Xs*” es simétrica, entonces realmente no habría una dependencia asimétrica entre que los *Ys* causen R^M_s a que los *Xs* lo causen; y esto aplica igual sea que se considere a las dos relaciones causales diacrónica o sincrónicamente¹⁹⁴. Así, por ejemplo, que “las musarañas se ven como los ratones” implica que “los ratones se ven como las musarañas”, y esto es verdad sincrónicamente. También se ha considerado que puede haber instancias en las que *Y* cause R^M sin depender de que *X* lo cause. Se puede tener una instancia del concepto de “caballo” debido no una relación de similitud entre *Y* y *X*, sino debido a que *Y* es una droga alucinógena, un tumor en el cerebro, una fiebre alta, o una estimulación con microelectrodos en el cerebro. El poder causal de estos *Ys* para causar “caballo” no dependería del poder causal de *X* de causar “caballo”¹⁹⁵.

En su artículo *Misrepresentation* de 1986, Dretske buscó enfrentar el problema de la representación errónea introduciendo la noción de *significado funcional* (significado_F). Consideró primero el caso de dispositivos fabricados. A un dispositivo *d* se le puede asignar la *función* de transmitir información acerca de los estados de *s*. Por ejemplo, un indicador de gasolina tiene la función de transmitir información sobre la cantidad de gasolina en el tanque. Por tanto, si el indicador está en el estado *G* significa_F que el tanque está en el estado *F*. Pero si el mecanismo del indicador funciona mal, entonces es posible decir que el indicador en el estado *G* significa_F erróneamente que el tanque está en *F*, aunque no significa_N erróneamente algo; porque nada es significado_N erróneamente. Un problema es que el significado_F del dispositivo es asignado por nosotros, y por tanto está contaminado de nuestros propósitos, intenciones y creencias, de manera que no es útil para el PNCM¹⁹⁶. Por tanto, se requiere descubrir alguna forma de significado_F natural. Dretske cree encontrarla en sistemas biológicos que han evolucionado con la función de indicar aspectos del ambiente que son

¹⁹⁴ *Ibid.*, pp. 58-62.

¹⁹⁵ Adams & Aizawa, 1994, pp. 229-230.

¹⁹⁶ Dretske, 1986, § 2.

vitales para las necesidades de los organismos. Como ejemplo inicial toma el caso de unas bacterias marinas, las cuales tienen un tipo de magnetotaxia que hace que se orienten de acuerdo con el campo magnético de la tierra. Los magnetosomas de las bacterias del hemisferio norte se alinean al norte magnético, de manera que empujan las bacterias a las profundidades libres de oxígeno, pues la superficie, rica en oxígeno, es tóxica para las bacterias. En cambio, las bacterias del polo sur se orientan al sur magnético, el cual las dirige a las profundidades anaeróbicas. A partir de lo anterior, podría reformularse las condiciones de significación de las RMs de la siguiente manera:

(6) R^M representa/significa/tiene como contenido a X para S syss R^M significa $_F$ X , porque X es vitalmente relevante para S y R^M evolucionó con la función de significar $_N$ que X .

Por lo tanto, sería posible observar casos de representación errónea natural, como cuando se coloca una barra magnética orientada en dirección opuesta al campo magnético de la tierra, de modo que las bacterias son atraídas al ambiente mortal. De esta manera se evita el problema de que las funciones sean derivadas¹⁹⁷.

Sin embargo, la propuesta de (6) genera *indeterminación del contenido*. ¿Qué es lo que los magnetosomas significan $_F$, o bien los ambientes libres de oxígeno o el polo magnético? Si la función de los magnetosomas es significar $_F$ los ambientes libres de oxígeno, y fuera el caso de que bacterias del polo norte fueran trasladadas al polo sur, entonces serían dirigidas a la superficie, obteniéndose un caso genuino de representación errónea, pues los magnetosomas significarían $_F$ X cuando no- X . Pero en cambio, si los magnetosomas significan $_F$ el polo magnético, entonces las bacterias del polo norte trasladadas al polo sur no representarían erróneamente, pues al dirigirse a la superficie estarían significando $_F$ lo que tienen por función significar¹⁹⁸. Veamos otro ejemplo muy citado en la literatura. Las ranas tienen mecanismos neurales que se supone han evolucionado para detectar moscas en su hábitat natural y producen una respuesta de disparo de su lengua para capturarlas cuando las ven. Sin embargo, cuando las ranas son movidas a un ambiente de laboratorio, se observa que disparan a pequeños puntos oscuros móviles. Si la función de tales mecanismos es detectar moscas, las ranas representarían erróneamente en el ambiente del laboratorio; pero

¹⁹⁷ *Ibid.*, § 3.

¹⁹⁸ *Ibid.*, §4.

si la función es la de detectar pequeños puntos oscuros móviles, entonces los mecanismos de la rana no representarían erróneamente en el laboratorio. En los dos casos, si la función es la indicación del estímulo distal (el ambiente anaeróbico o las moscas), puede haber representación errónea, pero si la función es la indicación del estímulo proximal (el polo magnético o los pequeños puntos móviles oscuros), no hay representación errónea. Se necesita, entonces, alguna forma de principio para que el significado_F sea el del estímulo distal más que el proximal.

Dretske reconoce que se requiere alguna forma de principio en la cual se pueda mostrar que R^M significa_F el estímulo distal y no el proximal. Considera el caso de organismos más complejos, que tienen dos o más modalidades sensoriales para captar distintos estímulos proximales s_1, s_2 , etc., que son efectos causales de X , y que pueden ser pareados a distintos estímulos condicionados (*ec*), de tal manera que se puede pensar que R^M significa invariablemente X , pero no la disyunción de eventos proximales s_1 o s_2 o ec_1, ec_2 , etc.¹⁹⁹. Sin embargo, se han expresado dudas respecto a si es posible distinguir entre significar que X y la disyunción de estímulos proximales y condicionales reclutados por R^{M200} .

Hay una dificultad asociada a la noción de significado_F. Un dispositivo artificial d es diseñado con el objetivo de significar_F cierto evento X , que será leído e interpretado por algún usuario. Pero se dice en (6) que R^M evolucionó con la función de significar_N que X para significar_F que X para el sujeto o sistema S . ¿Esto quiere decir que es S quien lee R^M ? Pero si es así, pareciera que debería postularse algún homúnculo con la capacidad para leer R^M y habría que explicar sus capacidades. Dretske ha defendido la relevancia de la perspectiva informacional para dilucidar el problema de la causalidad mental, y explicar el papel del contenido representativo de creencias y deseos sobre la conducta. De acuerdo con Dretske, las verdaderas creencias sólo se pueden reconocer en animales con capacidad de aprendizaje, particularmente, gracias al aprendizaje instrumental, pues en ellos ciertos patrones de activación son reclutados por el proceso de reforzamiento gracias a sus capacidades indicativas, y son ‘enganchados’ a mecanismos efectores del control motor. De esta manera, se puede mostrar cómo el contenido representativo tendría un efecto sobre la conducta²⁰¹. En esta explicación no parecen haber agentes internos o externos que sean lectores e intérpretes

¹⁹⁹ *Ibid.*, § 5.

²⁰⁰ Loewer, 1987. Cf. Neander, 2012, § 3.1.

²⁰¹ Dretske, 1988, § 4.4. Cf. Dretkse, 1981, Cap. 8.

de las representaciones, y parece liberar a Dretske del problema anterior. Pero bien podría decirse que esta explicación puede abarcar casos como el del termostato, el cual ‘se comporta’ de acuerdo con la información que recibe acerca de la temperatura local del ambiente. Quizás se pueda decir en defensa de Dretske que un termostato no adquiere sus funciones por un proceso de reclutamiento de estados internos como el aprendizaje por reforzamiento. Sin embargo, esto no arroja luces acerca de si es una propiedad de las representaciones el ‘ser representación para’ algo o alguien. Si fuera el caso de que no es así, entonces parece que caemos de nuevo en el pansemanticismo ya mencionado. Pero si toda representación debe ser leída, entonces no es claro que la explicación del efecto de las creencias sobre la conducta sea suficiente para caracterizar las creencias como representaciones.

3.9 REPRESENTACIONES MENTALES BASADAS EN LA BIOTELEOLOGÍA

El principal problema de las teorías de la representación basadas en la causalidad o la información consiste en la dificultad para tratar con la representación errónea. La representación errónea se relaciona con el carácter *normativo* del contenido mental, por el cual dicho contenido tiene un aspecto valorativo. Es plausible considerar que la normatividad no es una propiedad de las relaciones causales, de allí que no resulte sorprendente que las relaciones causales por sí solas no puedan dar cuenta de la representación errónea. Las relaciones causales son relaciones naturales, y de acuerdo con cierta concepción tradicional las relaciones naturales no tienen propiedades normativas²⁰². Pero si los fenómenos semánticos tienen propiedades normativas, esto supone un problema global para el PNCM. ¿Es posible entonces alguna noción naturalista de la normatividad? Las teorías que veremos en esta sección consideran que es posible fundamentar una noción natural de la normatividad basándonos en una noción biológica de *función*.

Ruth G. Millikan pidió considerar la noción biológica de *función propia* de un dispositivo biológico *d*, como la función biológica *f* de hacer *x*, gracias a que *d* pertenece a una familia reproductiva que fue seleccionada porque sus ancestros hacían *x*²⁰³. Por ejemplo,

²⁰² Quizás se pueda ver a este como un caso del famoso problema de la irreductibilidad del *deber ser* respecto al *ser*, planteado por David Hume (1739/1981, III.1.1); aunque algunos podrían considerar que el tipo de normatividad semántica que nos interesa aquí es diferente al *deber ser* propio de la moralidad (p. ej., Neander, 2012, §2).

²⁰³ Millikan, 1984, Cap. 1.

el corazón es un d , diseñado para la f de bombear sangre. Un d es un miembro de una familia de dispositivos, de los cuales d es una copia o réplica actual, reproducida por algún medio a partir de sus ancestros. La existencia actual de d es un efecto del éxito evolutivo de sus ancestros en realizar x y cumplir f , lo cual, de algún modo, favoreció la supervivencia y reproducción de los individuos poseedores de d . Por esta razón es que d fue seleccionado y se puede decir que *está diseñado para cumplir f* . Además de los órganos corporales, Millikan cuenta entre los d a las conductas instintivas, como el baile de apareamiento del pez espinoso; hasta incluso las conductas aprendidas por imitación. De acuerdo con Millikan, para las funciones propias se debe ofrecer una *explicación Normal*, la cual es una explicación histórica de la ejecución apropiada de la función por parte de los ancestros del dispositivo d , bajo *condiciones Normales*. Tales condiciones son aquellas en las cuales la ejecución de la función fue exitosa. Millikan usa *Normal*, con mayúscula inicial, para aclarar que no se refiere ni a las ejecuciones más frecuentes ni a una normalidad estadística, pues pueden ser funciones que se ejecutan rara vez, como el reflejo de vómito, que previene la intoxicación, o incluso pueden ser exitosas pocas veces, como una respuesta de huida ante señales de supuesto peligro, que pocas veces involucran peligros reales. Solo se requiere que la función haya sido históricamente exitosa unas cuantas veces²⁰⁴. Por tanto, la explicación Normal permite dar cuenta de una función como una ejecución que *se supone* que un dispositivo realizaría. De esta forma, la explicación Normal introduce una dimensión *normativa*, que permite valorar al dispositivo en cuanto al cumplimiento o no de su función propia²⁰⁵.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con el significado y las RMs? Se puede decir que la *función propia* de una RM es significar X . La propuesta bioteleológica o teleosemántica se puede formular en general como:

- (7) R^M significa X para el organismo O sys O pertenece a la especie E y en la historia evolutiva de E la representación R^M causa una respuesta t de aproximación o evitación al evento ambiental X , que ha favorecido la aptitud biológica de los miembros de E .

Por aptitud biológica se entiende la capacidad de supervivencia y reproducción de los miembros de E y ancestros de O .

²⁰⁴ *Ibid.*, Cap. 2; 1989, § II.

²⁰⁵ Neander, 1995, § 2; 2012, § 2.

A pesar de que (7) es compartido por las teorías bioteleológicas, existen varias diferencias de detalle entre ellas. La *teoría biosemántica* de Millikan sostiene además una semántica del consumidor según la cual habría dispositivos productores de *Rs* (representaciones, no necesariamente mentales) y consumidores de estos, de tal manera que *R* permite al *d* consumidor adaptarse a las condiciones de *X*, para que cumpla su función propia. Su ejemplo paradigmático es el del baile de las abejas. El baile es un *R*, producido por una abeja exploradora, y consumido por una abeja observadora, el cual le permite a la segunda abeja dirigirse a las fuentes de polen (*X*). Que la abeja consumidora se pueda dirigir adecuadamente a *X* depende de que existan ciertas *reglas de mapeo*, por las cuales *R* es un *ícono intencional* de *X*, y hace parte del conocimiento innato de las abejas poder interpretar tales reglas de mapeo²⁰⁶. Es cierto que el baile de una abeja no es una *RM* con propiedad, sin embargo, la teoría de Millikan permite que los dispositivos productor y consumidor puedan estar dentro de un mismo individuo, y a la vez que ciertos estados del sistema nervioso puedan ser íconos intencionales de estados de cosas externos²⁰⁷.

La explicación de Millikan acerca de la *representación errónea* se basa en su noción de *función propia*. Las condiciones Normales para la ejecución de una función corresponden al *explanans* de la explicación Normal, y son específicas para cada ejecución. Pero las condiciones Normales no son condiciones típicas, promedio o frecuentes, pues muchas funciones se ejecutan rara vez, y muchas funciones propias sólo necesitan ser ejecutadas rara vez. Así que las condiciones Normales son condiciones históricamente óptimas²⁰⁸. Tales condiciones Normales podrían fallar en el caso de los íconos intencionales indicativos, de manera que el productor genere íconos que no mapeen algún estado de cosas en el mundo, o podrían fallar para los íconos intencionales imperativos, de tal forma que el consumidor no realice el estado de cosas que el ícono mapea²⁰⁹. De acuerdo con Millikan, las creencias y deseos son íconos intencionales internos, en el caso de las *creencias*, íconos indicativos que mapean sobre ciertos estados de cosas de acuerdo con reglas; mientras que los *deseos* son íconos imperativos, que mapean un estado de cosas a producir. Hace parte de la función

²⁰⁶ Millikan, 1984, Cap. 6. La teoría de Millikan tenía originalmente el interés de ofrecer una teoría biológica de la comunicación y el lenguaje, de tal manera que se considerara a diferentes ítems lingüísticos, como las palabras y oraciones, como dispositivos biológicos.

²⁰⁷ Millikan, 2009, p. 399.

²⁰⁸ Millikan, 1989, § II.

²⁰⁹ Millikan, 2009, pp. 400-401.

propia de ambos participar en cadenas de inferencias de razonamiento práctico, y de esta manera la acción se hace racional²¹⁰.

De manera casi simultánea a Millikan, David Papineau presentó su *semántica del éxito*, como propuesta teleológica para las RMs²¹¹. Papineau pretende dar cuenta de las creencias y los deseos a partir de propósitos biológicos. La idea es que la función biológica de las creencias y deseos es el logro de sus condiciones de satisfacción, es decir, en el caso de las creencias, sus condiciones de verdad, y en los deseos, sus condiciones de cumplimiento²¹². Sin embargo, dichas condiciones de satisfacción son explicadas apelando a la selección natural. En el caso de los *deseos*, sus condiciones de cumplimiento son el efecto que producen, en virtud del cual han sido seleccionados. Y esto tiene una implicación importante para las *creencias*, pues sus condiciones de verdad corresponden a las circunstancias en las cuales ellas tienen efectos biológicamente ventajosos, que son aquellos en los cuales se satisfacen los deseos²¹³. En esta propuesta las creencias quedan subordinadas a los deseos, y aunque los deseos sean explicados a partir de la selección natural, eso no quiere decir que las creencias sean exclusivamente innatas, y Papineau otorga un papel muy importante al *aprendizaje* para la fijación de creencias dirigidas a la satisfacción de los deseos. Papineau entiende el aprendizaje también como un proceso de selección, que es una extensión de la selección natural, a través del ciclo vital de los individuos²¹⁴. Papineau pretende también ofrecer una explicación naturalista de la noción de *verdad* en términos de satisfacción de deseos²¹⁵. Pero para enfrentar el problema de la representación errónea, Papineau afirma que las creencias son seleccionadas según su capacidad para satisfacer deseos bajo circunstancias normales; sin embargo, ciertas creencias pueden ser instigadas bajo circunstancias ‘anormales’, que serían diferentes a aquellas en las cuales estas fueron seleccionadas²¹⁶. Como puede observarse, esta es una explicación muy semejante a la del período de aprendizaje de Dretske y sería susceptible de algunas críticas a esta última; como el hecho de que no se podrían definir las circunstancias normales sin tener en cuenta el contenido, lo que involucraría circularidad en la explicación.

²¹⁰ Millikan, 1984, Cap. 8.

²¹¹ Papineau, 1984. Esta propuesta hace parte de un proyecto más amplio de filosofía *naturalista* (Papineau, 1987).

²¹² Papineau, 1987, § 4.1.

²¹³ *Ibid.*, § 4.3; Cf. 2008, § 8.3.

²¹⁴ Papineau, 1987, § 4.2.

²¹⁵ Papineau, 1993, §§ 3.6-3.7.

²¹⁶ Papineau, 1987, § 4.2.

Karen Neander ofreció una teoría que conjuga las posiciones informacional y teleosemánticas, como si fuera un matrimonio entre Fodor y Millikan²¹⁷. Las teorías de Millikan y Papineau ponen todo el peso de la explicación teleológica en las consecuencias de las funciones; sin embargo, Neander defendió la idea de que los antecedentes también son relevantes, y que pueden ser más útiles para la determinación del contenido mental. Ella desarrolló la idea de que la función propia de muchos sistemas es su *función de respuesta*, que es la función de responder a un evento ambiental específico haciendo algo más. Por ejemplo, es función de la glándula pineal secretar melatonina *en respuesta al* oscurecimiento de la luz. Estos mecanismos son seleccionados por sus roles causales, los cuales incluyen disposiciones a responder a tipos específicos de causas. Ella propuso que el *sistema sensorial* tiene la función de producir estados internos en respuesta a estados externos. Por ejemplo, el sistema visual ha sido seleccionado para producir un estado-de-“rojo” en respuesta a un estímulo rojo²¹⁸. Además, tales estados sensoriales internos serían indicadores naturales, y transmitirían información del evento externo que los causa²¹⁹. La teleosemántica informacional de Neander explica cualquier incumplimiento de las funciones de los sistemas biológicos a partir de su *mal funcionamiento* de los sistemas en cuestión²²⁰. Según esto, el estado interno R^M es informativo de X si funciona apropiadamente, pero no cuando está funcionando mal, en cuyo caso puede indicar Y cuando debería haber indicado X .

Más recientemente, Nicholas Shea propuso una explicación bioteleológica de los contenidos de las representaciones neurales (RNs) a nivel subpersonal, que dé cuenta de cómo RNs correctas explican la conducta exitosa, mientras que la representación errónea conduce al fracaso conductual. Shea llama a su propuesta *semántica varitel*, porque acepta una posición pluralista respecto a las funciones de tarea y relaciones explotables de las RNs²²¹. Las *funciones de tarea* son las funciones de las RNs que son sostenidas por el contenido, y deben cumplir dos requisitos: ser robustas y ser una función estabilizada. Una función de tarea f de un sistema s es *robusta* si s produce f en un rango de diferentes condiciones externas relevantes. Por su parte, f es una *función estabilizada* si su producción ha sido seleccionada por contribuir ya sea al éxito evolutivo de s produciendo f , o a través

²¹⁷ La observación es de Neander, 1995, p. 137.

²¹⁸ Neander, 2013, pp. 23-26.

²¹⁹ *Ibid.*, pp. 26-29.

²²⁰ Neander, 1995, § II.

²²¹ Shea, 2018, Caps. 1 y 2. ‘*Varitel*’ combina las palabras ‘variedad’ y ‘teleosemántica’ (p. 43).

del aprendizaje por reforzamiento para producir f , o a la persistencia de s ²²². La RN es un estado del sistema s , que a partir de algún algoritmo de procesamiento interno explota alguna relación entre s y algún estado X del mundo externo. Shea considera dos tipos de relaciones explotables: La *información correlacional*, en un sentido muy cercano al de Dretske; y la *correspondencia estructural*, que se basaría en una relación de homomorfismo, como la vista en § 3.6. Shea acepta que la robustez y estabilización varían en grados para apoyar el contenido; y que incluso la información y la correspondencia estructural pueden darse en grados de precisión²²³. También considera que las diferentes funciones de estabilización no están necesariamente alineadas, y pueden sostener diferentes contenidos que pueden llegar a ser contrarios. Por ejemplo, la historia evolutiva de estabilización puede sustentar la adaptación reproductiva, la cual podría estar en conflicto con la persistencia del individuo, que sustenta su supervivencia²²⁴. En cuanto a la representación errónea, Shea considera, junto a Neander, que puede ocurrir por mal funcionamiento, pero también, igual que Dretske, puede ocurrir porque el ambiente es no cooperativo, fuera del periodo de estabilización²²⁵.

Para las teorías teleosemánticas la historia tiene un papel fundamental para la determinación del contenido. Sin embargo, algunos han rechazado este papel de la historia²²⁶. Este asunto se ha centrado en la discusión del experimento mental del *hombre del pantano* (*swampman*). Supongamos que Juan se encuentra en un pantano y que un rayo impacta a un árbol muerto cerca de él, deshaciéndolo en partículas; pero que, por un accidente cósmico, las partículas del árbol se convierten en una réplica molécula por molécula de Juan. Cuando el hombre del pantano sale del pantano, se dirige a la casa de Juan, y los amigos de Juan lo saludan sin notar alguna diferencia²²⁷. Si como sugieren los fisicalistas, los estados mentales *supervienen* únicamente a los estados internos de los individuos, se podría pensar que la réplica tiene los mismos estados mentales que el original. Igualmente, si como dice el *funcionalismo*, los estados mentales son individualizados de acuerdo con sus roles causales con entradas, salidas y otros estados neurales mentales, y tales roles supervienen solo a los

²²² *Ibid.*, Cap. 3.

²²³ *Ibid.*, §§ 3.5, 4.8, 5.7.b.

²²⁴ *Ibid.*, 2018 §§ 3.5, 3.7.

²²⁵ *Ibid.*, 2018, §§ 6.2.h, 6.5.a.

²²⁶ P. ej., Cummins señalo que las teorías teleológicas no son relevantes para explicar la representación en la TCM y la IA, porque estos son sistemas sin historia (1989, Cap. 7).

²²⁷ El experimento mental fue formulado por Davidson (1987), aunque parte de una sugerencia de Stich, y previamente había sido discutido por Millikan (1984, Cap. 5).

estados internos, entonces la réplica sería indistinguible a Juan. Millikan desestimó estos casos porque el hombre del pantano no tendría corazón, hígado, ojos, cerebro y tampoco creencias e intenciones, porque todos estos son tipos biológicos, que son definidos por su función propia, la cual tiene como referencia obligada su historia evolutiva u ontogenética²²⁸. Incluso, ni siquiera Juan y su réplica del pantano pertenecerían al mismo tipo real²²⁹. El problema de este argumento es que supone la verdad de aquello que precisamente se está poniendo en cuestión. Parte de la dificultad de esta discusión tiene que ver con el hecho de qué es lo que se puede considerar que el hombre del pantano es capaz de hacer. De acuerdo con Davidson, el hombre del pantano no tendría recuerdos, ni podría reconocer nada que le permitiera actuar adecuadamente en el mundo²³⁰. Si este fuera el caso, sería una prueba importante de que los estados mentales no supervienen solamente a los estados intrínsecos del organismo. Millikan argumentó que sin referencia a la historia no habría normatividad, pues gracias a la historia podemos decir que algo es defectuoso, y que hay corazones que *funcionan mal* o hay creencias *falsas* o *vacías*²³¹. La historia permite afirmar lo que *se supone* que un dispositivo *debería hacer*, e introduce la dimensión normativa de la función. En una línea semejante, Shea argumentó que no es posible determinar si un sistema está funcionando adecuadamente, y por tanto sus condiciones de satisfacción, sin referencia a la historia del sistema²³². El problema del hombre del pantano es una encarnación del problema del internismo vs externismo; pero la teleosemántica es una posición abiertamente externista, y defiende que los contenidos mentales son propiedades relacionales²³³, incluyendo relaciones históricamente establecidas. Los argumentos de Millikan y Shea que apuntan a la normatividad invitan a introducir las condiciones de satisfacción como parte del contenido, en línea con el externismo. Aunque en este caso las condiciones de satisfacción están dirigidas a la aptitud biológica.

Para las teorías bioteleológicas, dado que el contenido de una RM es su función biológica, entonces se debe identificar la función biológica de la RM para establecer su contenido. Pero entonces estas teorías se enfrentan al problema de la indeterminación de las funciones que

²²⁸ Millikan, 1984, pp. 93-94. Cf. Neander, 1996, § 3.

²²⁹ Millikan, 1996, § II.

²³⁰ Davidson, 1987/2003

²³¹ Millikan, 1984, pp. 93-94.

²³² Shea, 2018, § 6.4.a.

²³³ Papineau, 1993, § 3.10, afirmó que las creencias y deseos son estados relacionales de Segundo-orden: estados-de-estar-en estados-que-han-sido-diseñados-para-ciertos-propósitos.

vimos con Dretske. Recordemos que este es el problema de si para la bacteria anaeróbica el contenido es el agua abundante en oxígeno o el norte magnético, y si para la rana el contenido es moscas o pequeños-puntos-negros-móviles. La posición de Millikan favorece el contenido distal más que el próximo, pues este es el que está relacionado con las condiciones Normales de ejecución apropiada de la función. Lo que el magnetosoma representa para la bacteria es la dirección del agua libre de oxígeno, pues su ausencia interrumpiría la función de los mecanismos que se apoyan en el magnetosoma como su guía²³⁴. Papineau y Shea llegaron a la misma conclusión²³⁵. Sin embargo, Neander cuestionó que la preferencia por la función distal puede ser problemática, pues las funciones biológicas se anidan entre sí en funciones cada vez más abarcadoras. Tomemos el caso de la rana. La identificación de un pequeño-punto-negro-móvil le permite a la rana capturar una mosca, la cual es un estímulo nutritivo, que favorece su supervivencia, y de este modo la herencia de sus genes. Según Neander, las necesidades y sus funciones respectivas se anidan en una relación “por”, que es asimétrica. Por tanto, se logra la herencia de los genes *por* garantizar la supervivencia, *por* consumir nutrientes, *por* capturar moscas, *por* responder a pequeños-puntos-negros-móviles²³⁶. El problema es que, como señala Papineau, si todas las funciones se dirigen a la heredabilidad de los genes, como la función más distal, y dado que el contenido es la función, entonces todos los estados mentales tendrían el mismo contenido y no habría forma de distinguir entre ellos. Neander rechazó que se identifique la función distalmente, pues esto no permite identificar qué es lo que está funcionando mal. Por ejemplo, la rana puede no cumplir con la función de nutrirse porque hay una falla en la identificación de pequeños-puntos-negros-móviles; pero esta no es la única función asociada a la nutrición, y puede ser otra la que esté fallando, supongamos, un problema en el mecanismo de disparo de la lengua. Por tanto, propone que se identifique la función, y con ella el contenido, en la función más específica, en este caso, la detección de pequeños-puntos-negros-móviles. El problema es que la rana tomaría cualquier pequeño-punto-negro-móvil por una mosca o un ítem nutritivo. La respuesta de Neander es que de todas maneras habrá representación errónea si el sistema de

²³⁴ Millikan, 1989, § III.

²³⁵ Papineau, 1987, § 4.3; Shea, 2018, § 6.2.

²³⁶ Neander, 1995, § III.A.

detección de la rana *funciona mal* y dispara ante grandes-círculos-blancos-móviles, por ejemplo²³⁷.

Fodor cuestionó que la apelación a funciones propias y explicaciones Normales sea de utilidad para resolver el *problema de la disyunción* (§ 3.8). Su argumento es que en el ambiente en el cual se desarrolló el mecanismo de detección de la rana, las moscas son coextensivas con pequeños-puntos-negros-móviles y a la selección natural le es indiferente si la historia se describe en relación a moscas o a pequeños-puntos-negros-móviles, pues la teoría de la evolución funciona en procesos extensionales y no es sensible a contextos *intensionales*. En consecuencia, la apelación a funciones biológicas evolutivas no sería un buen punto de apoyo para una teoría de los contenidos mentales²³⁸. Por su parte, Paul Pietroski objetó que la apelación a funciones pudiera ofrecer una explicación al contenido de los organismos, ideando un escenario que recoge elementos de los casos de propiedades coextensivas. Él imaginó unos organismos, los kimus, los cuales viven en una colina rocosa. Sus únicos predadores son los snorfs, los cuales merodean en la base de la colina durante los amaneceres. Los kimus no tienen visión de color. Por una mutación, uno de ellos adquiere un mecanismo interno *M*, que le permite tener el *estado-B* en la presencia de objetos rojos. Cada mañana, este organismo es atraído a la cima de la colina cuando el *estado-B* es instanciado, lo que hace que evite los snorfs y *M* prolifere. La teoría teleosemántica diría que el contenido de los *estados-B* es acerca de la ausencia de snorfs, pues esta es la función por la que *M* fue seleccionado. Sin embargo, Pietroski sostiene que los organismos no tienen por qué percibir las propiedades ambientales responsables de la selección de cierto mecanismo biológico. Por tanto, la explicación teleosemántica produce una explicación intencional implausible de la conducta del kimu²³⁹. Un problema del ejemplo de Pietroski es que no deja claro en términos evolutivos por qué para los kimus el *estado-B* genera la preferencia a escalar la colina. Sin embargo, el caso pone de manifiesto una dificultad fundamental de las teorías teleosemánticas. No parece haber una razón de principio para que la función sea precisamente *el contenido para* el organismo en cuestión (ver más adelante § 8.3).

El principal aporte de las teorías teleosemánticas a la naturalización del contenido mental es el de ofrecer una explicación biológica de la normatividad. La noción de *función*

²³⁷ *Ibid.*, § III.B.

²³⁸ Fodor, 1990, Cap. 3, pp. 71-73.

²³⁹ Pietroski, 1992, § III.

propia es normativa, y dado que a partir de ella se definen las categorías biológicas, la normatividad se convierte en una propiedad intrínseca de las categorías biológicas. Gracias a la noción de función propia es posible decir que algo está defectuoso o que funciona inapropiadamente. Braddon-Mitchell y Jackson, negaron que las cuestiones normativas puedan ser naturalizadas²⁴⁰. Quizás esto aplique mejor el plano de la moralidad. Pero parece incuestionable que la teleosemántica introduce un sentido biológico de normatividad que es bastante plausible. El asunto crítico es mostrar que la normatividad biológica de la teleosemántica es relevante para dar cuenta de la normatividad semántica asociada a los fenómenos intencionales, como la representación errónea. Algunos autores han manifestado dudas respecto a si es posible reducir la *verdad* a la ejecución apropiada de una función bajo condiciones Normales. Esto es especialmente evidente para Papineau, quien busca ofrecer una explicación naturalista de la verdad. En sus palabras: “La verdad de una representación coincide con el cumplimiento de sus funciones biológicas”²⁴¹, de tal manera que las condiciones de verdad de las creencias dependen de las condiciones de satisfacción de los deseos. Igualmente, en el caso de Millikan, el funcionamiento apropiado de los íconos intencionales indicativos, tanto para el productor como para el consumidor, corresponde al hecho de que estos mapeen los estados de cosas con verdad. Hay un sentido en el que esto es convincente. Las funciones biológicas son funciones adaptativas al ambiente, y toda adaptación es en función respecto a cómo es realmente el ambiente. Sin embargo, se ha señalado que este fuerte lazo entre verdad y funcionalidad biológica puede no ser necesario, y que incluso la falsedad puede ser adaptativa. Por ejemplo, puede ocurrir que una conducta sea instigada por una representación falsa, y puede llevar al éxito biológico por una cuestión de suerte²⁴². También es posible que se presente *representación errónea confiable o falsedad sistemática*, en la que una representación siempre falsa resulte adaptativa, como el caso del *realismo depresivo* o el hecho de que las personas depresivas reconocen mejor sus limitaciones, mientras que las personas normales tienden a sobrestimar sus capacidades²⁴³. Finalmente, están también los casos de *falsedad parcial*; por ejemplo, el chapoteo que los

²⁴⁰ Braddon-Mitchell & Jackson, 1997, § IV

²⁴¹ Papineau, 2016, p. 101.

²⁴² Papinaau reconoció que es posible que un rasgo biológico pueda llevar al éxito biológico eventual por suerte sin servir a la función específica para la cual fue seleccionado, pero no considera que invalide la teoría teleosemántica (2016, pp. 102-103).

²⁴³ Papineau, 2016, pp. 103-104; 1993, § 3.3. Cf. Millikan, 2009, pp. 404-405; Shea, 2018, § 6.5.a.

castores hacen con su cola avisa a sus conespecíficos de la presencia de un peligro, y dado que los castores son asustadizos se esconden a pesar de que la mayoría de avisos son falsos positivos. Millikan señala que el aviso es funcional porque los castores se protegen de los predadores, a pesar de que el peligro real sea raro²⁴⁴; pero es difícil creer que la danza de las abejas se hubiera conservado a través de los ancestros si rara vez condujera a encontrar polen.

Finalmente, Millikan ha mencionado en varias ocasiones que las teorías teleosemánticas no son propiamente teorías de la representación, en el sentido señalado por Cummins (§ 4.1), es decir, teorías acerca de la relación por la que las RMs representan *X*; sino que, en cambio, son teorías acerca de la intencionalidad, y particularmente acerca de la representación errónea. Ella dice:

Lo que las teorías teleológicas tienen en común no es alguna posición acerca de la naturaleza del contenido representacional; es decir, acerca de qué hace que una representación mental represente algo; sino solamente una posición acerca de cómo es posible la falsedad en la representación²⁴⁵

Por tanto, las teorías bioteleológicas son complementarias y compatibles con cualquier otra teoría sobre la ‘naturaleza del contenido representacional’, sea esta una teoría basada en el parecido, la correspondencia estructural, la correlación, la información o el rol-causal funcional²⁴⁶. Millikan se apoya en un tipo de isomorfismo estructural, Neander en la información y Shea en ambas. Pero entonces, ¿cuál es el rol de la teoría teleosemántica? Su rol es el de ofrecer una teoría naturalista de la normatividad, para solucionar el problema de la intencionalidad, o al menos el de la representación errónea²⁴⁷. Pero, ¿habría alguna relación entre el tipo de fundamento de la representación y la representación errónea? Para Millikan parecen ser cuestiones independientes. Un problema de considerar que ambas preguntas son independientes es que esto convierte a la teoría teleosemántica en simplemente una teoría de la fijación de los contenidos, pero no en una teoría de los contenidos como tal. Es decir, la teleosemántica explica cuáles son las condiciones biológicas que permiten que un contenido se fije, pero es indiferente a qué contenido es fijado. Esto es especialmente

²⁴⁴ Millikan, 1989, § II.

²⁴⁵ Millikan, 2009, p. 394. Traducción mía.

²⁴⁶ Millikan, 2002; 2005, Cap. 5; 2009.

²⁴⁷ En Millikan, 2002, ella se expresa como si todo el asunto de la intencionalidad se redujera al de la representación errónea.

evidente en la teoría de Neander y en la noción de Shea de *función estabilizada*. Al final, la teleosemántica es indiferente respecto a si el contenido se determina informacionalmente, por similitud estructural o por otro medio. El problema es que esto parece hacer a la teoría teleosemántica irrelevante respecto al problema de la determinación del contenido.

3.10 BALANCE Y OBJECIONES GENERALES AL PNCM

El PNCM ha sido la empresa investigativa sobre la intencionalidad más importante de los últimos 40 años. Sin embargo, todas estas teorías presentan problemas para cumplir con los objetivos del PNCM. La teoría informacional tiene problemas especialmente con la representación errónea. El principal atractivo de la teleosemántica tiene que ver con su capacidad para ofrecer una noción natural de normatividad y tratar con la representación errónea, sin embargo, es dudoso que sea exitosa una reducción del contenido a la función biológica. Las teorías basadas en el parecido o isomorfismo estructural son demasiado liberales, y la SRC fracasa en cumplir el requisito de naturalización. Estos problemas han llevado a muchos a mostrarse escépticos respecto al éxito del PNCM, y a considerar que o bien el objetivo del programa es imposible de conseguir o está mal encaminado en algún sentido²⁴⁸. Incluso se ha sugerido que el PNCM es al día de hoy un programa de investigación degenerativo²⁴⁹.

Las teorías informacionales y teleosemánticas, dada su naturaleza, están capacitadas para ofrecer una explicación del contenido de la experiencia perceptual, e incluso el problema de la representación errónea se plantea realmente como uno de percepción errónea (*misperception*). Igual ocurre con la teoría basada en el parecido o el isomorfismo estructural. De acuerdo con Brian Cantwell Smith, estas son teorías del *rastreo efectivo*, que no presentan *desacoplamiento*; es decir, son teorías acerca de la representación de lo que se le presenta al individuo aquí y ahora, pero no cumplen el criterio de Smith para una RM de representar a su objeto cuando no hay una conexión directa con él²⁵⁰. Se ha señalado que las teorías informacionales y teleosemánticas tienen dificultades tratando con conceptos abstractos, como los conectores lógicos, las relaciones matemáticas y los términos vacíos²⁵¹. Neander

²⁴⁸ P. ej., Acero, 2006; Loewer, 1997; Mendelovici & Bourget, 2014; Moya, 2006; Skidelsky, 2016.

²⁴⁹ Kriegel, 2014a, Introducción.

²⁵⁰ Smith, 2006, Caps. 6-8.

²⁵¹ Adams & Aizawa, 2017, §§ 4.1-4.2; Neander, 1995, § 4.3; Peacocke, 1992, p. 131.

reconoció que su teoría es de un alcance (bastante) modesto, y que el tratamiento de conceptos sofisticados era algo que debía ser abordado por otras teorías. Algo semejante se debería decir de la teoría de Shea. En cambio, la teoría de Millikan es mucho más ambiciosa, y tiene herramientas dirigidas a explicar la capacidad para tratar con términos muy sofisticados. Sin embargo, la teoría de Millikan es fuertemente referencialista, lo que hace que tenga algunas dificultades con casos que típicamente han sido un obstáculo para estas teorías, como los términos referencialmente vacíos o las falsedades. En cambio, la SRC no tiene mayores dificultades para tratar con los conceptos sofisticados, pero al costo de dar por supuesto lo que se busca explicar.

Se han cuestionado también los objetivos y alcances del PNCM. La tesis básica del PNCM es la de que es posible alguna forma de reducción de los fenómenos semánticos a fenómenos no-semánticos, reconocidos por las ciencias naturales. Algunas posiciones rechazan en principio esta tesis. Por ejemplo, el monismo anómalo de Davidson considera que no hay leyes psicofísicas, por lo que a pesar de que los fenómenos mentales son fenómenos físicos, el carácter racional y holístico de los contenidos mentales no es reducible. Baker, por su parte, considera que las atribuciones de contenido mental son un fenómeno que no requiere de alguna naturalización. El adscripcionismo de Dennett sostiene que la atribución de contenido a estados mentales instanciados en el sistema nervioso tiene un carácter irreal y metafórico. Sin embargo, más que rechazar la naturalización como tal, algunos han planteado formas alternativas de ella. Liza Skidelsky propuso un *Proyecto Naturalista Amplio* (PNA)²⁵². Ella parte de las observaciones de Chomsky respecto al hecho de que el tipo de explicación que ofrecen las teorías cognoscitivas computacionales apela a *representaciones* subpersonales que son individualizadas y procesadas por sus características sintáctico-formales sin referencia a algún contenido intencional relacionado con el mundo²⁵³. Este hecho sería propio de las dos teorías más representativas del programa cognoscitivista: la teoría del procesamiento del lenguaje de Chomsky y la teoría de la visión de Marr. Skidelsky se basa en la diferencia trazada por Chomsky entre conocimiento o competencia lingüística y uso del lenguaje. La psicología cognoscitiva se debería dedicar al desarrollo de modelos que postulan representaciones subpersonales, que carecen de contenido intencional.

²⁵² Skidelsky, 2016.

²⁵³ Chomsky, 1995, citado por Skidelsky, 2016, pp. 205-208.

En cambio, la intencionalidad debería estudiarse en el plano de los usos del lenguaje en la comunicación interpersonal, involucrando los intereses, perspectivas y otros factores contextuales. Por tanto, el PNA plantea una ampliación y flexibilización del proyecto de naturalización, para que los fenómenos asociados a la intencionalidad dentro del plano de las ciencias naturales, sin involucrar su reducción a procesos computacionales²⁵⁴. La perspectiva de Skidelsky sobre los procesos cognoscitivos es muy próxima a la teoría sintáctica de la mente de Stich. A la vez, es muy afín al deflacionismo de Egan, quien también toma como punto de referencia las observaciones de Chomsky (ver más adelante § 3.13). Sin embargo, Skidelsky plantea que es posible hablar de un *contenido interno* para los estados representacionales subpersonales, que consiste en la información interna que transmiten estos estados, pero entendiendo la *información* no en el sentido de Dretske, sino como “las instrucciones que los componentes de un subsistema (o los subsistemas entre sí) intercambian de manera de ejecutar sus funciones”²⁵⁵. Pero aclara que este contenido interno no es contenido estrecho, pues no tiene carácter intencional²⁵⁶. Creo que la propuesta se centra demasiado en tratar de liberar a las ciencias cognitivas de la responsabilidad de explicar el papel del contenido intencional en los procesos internos, pero hace muy poco por explicar las condiciones en que puede ser naturalizada la intencionalidad como parte de las interacciones comunicativas lingüísticas.

Otra crítica importante al PNCM tiene que ver con el papel de la conciencia fenoménica en ella. Pero es una objeción suficientemente importante como para dedicarle una sección separada.

3.11. EL DESAFÍO DEL PROYECTO DE LA INTENCIONALIDAD FENOMÉNICA

Una crítica fundamental dirigida al funcionalismo, pero que también apunta a la TCM, la HSSF y a la TRM en cuanto se comprometen con el funcionalismo, es el hecho de que un sistema de cómputo simbólico es una máquina de procesamiento de información cuyas funciones no involucran conciencia. El término conciencia es ambiguo, pero aquí nos referimos en particular a la denominada *conciencia fenoménica* (CF), aquella que trata de la

²⁵⁴ Skidelsky, 2016, Caps. 4-6.

²⁵⁵ *Ibid.*, p. 209, n. 36.

²⁵⁶ *Ibid.*, Cap. 5, § 3.

experimentación de estados subjetivos de cualidades sensoriales, tales como sentir dolor o la cualidad de la rojez, llamados *qualia*²⁵⁷ (§ 1.5). Para un grupo importante de filósofos la CF es una propiedad esencial de los estados mentales²⁵⁸. Sin embargo, Ned Block mostró que los estados mentales definidos como estados funcionales (§ 3.1) tienen problemas para tratar con los *qualia*. Un primer problema es el del *qualia invertido*, por el cual es posible pensar dos sistemas en los que ocurra exactamente el mismo estado funcional, pero las propiedades cualitativas fenoménicas son diferentes, incluso opuestas, como los casos de *espectro invertido*. Otra objeción es la del *qualia ausente*, o el hecho de que puede haber sistemas funcionalmente equivalentes a nosotros, cuyos estados mentales no involucren ningún carácter cualitativo²⁵⁹. Si la CF es esencial a los estados mentales, entonces el funcionalismo sería, como mínimo, insuficiente para caracterizar los estados mentales.

Una cuestión polémica de la CF es su naturaleza y estatus científico. Se ha destacado el carácter subjetivo y en primera persona de la experiencia fenomenal, que no permite que pueda ser capturada por alguna descripción en tercera persona²⁶⁰. Chalmers afirmó que las neurociencias y la ciencia cognitiva solo pueden resolver problemas *fáciles* de la conciencia, acerca de cómo, por ejemplo, el cerebro procesa los estímulos ambientales; pero no pueden resolver el *Problema Difícil* de la conciencia, ya vislumbrado por Nagel, el de cómo relacionar la experiencia subjetiva en primera persona con el conocimiento fisicalista en tercera persona²⁶¹. Levine argumentó que tenemos una *brecha explicativa* entre la CF y la concepción fisicalista del mundo²⁶². Argumentos como el de la concebibilidad de los zombies de Kripke y Chalmers, o el argumento del conocimiento de Jackson, han llevado a algunos a sostener un dualismo de propiedades (que no involucra un dualismo substancial)²⁶³. Otros, desde una perspectiva materialista, han reaccionado a la brecha explicativa del problema difícil, y como Dennett han propuesto un eliminativismo de los *qualia*, o han considerado que no tenemos las capacidades conceptuales para cerrar la brecha, como en el *misterialismo* de McGinn²⁶⁴.

²⁵⁷ Block, 1990, 1995.

²⁵⁸ P. ej., Nagel, 1974; Jackson, 1982; Searle, 1992/1996; Chalmers, 1996/1999.

²⁵⁹ Block, 1978, 1993b; Levin, 2017, §5.5.1.

²⁶⁰ Nagel, 1974; Jackson, 1982.

²⁶¹ Chalmers, 1996/1999 Introducción.

²⁶² Levine, 1983.

²⁶³ Kripke, 1981/1995; Chalmers, 1996/1999; Jackson, 1982.

²⁶⁴ Dennett, 1988; McGinn 1989.

Una reacción fisicalista al problema difícil de la CF es la de intentar algún tipo de reducción. El intento más importante en este sentido ha sido el de tratar de explicar la CF precisamente en términos intencionales, dentro de un programa que se ha denominado *representacionalismo* o *intencionalismo*, y que fue liderado por autores como Lycan, Harman, Dretske, Tye, Byrne y Crane²⁶⁵. La idea es realizar una reducción en dos pasos, la primera de estados fenomenales a estados intencionales, y la segunda de estados intencionales a aquellos estipulados por alguna de las teorías del PNCM (aunque Crane rechaza esta última reducción). Por tanto, los estados de CF son vistos como estados representacionales, compuestos de una actitud (o modo) y un contenido, y tienen condiciones de satisfacción o corrección, como las creencias y demás APs²⁶⁶. Esto permite tratar casos complicados, como las alucinaciones, como si fueran objetos intencionales. A favor del representacionalismo se ha presentado la idea de que nuestras experiencias sensoriales son *transparentes*: somos conscientes del objeto intencional, más que de la experiencia misma²⁶⁷. Tye ha argumentado que las propiedades fenomenales supervienen a las propiedades intencionales, de manera tal que cambios en la propiedad intencional suponen cambios en la propiedad fenomenal. Y finalmente, se ha dicho que esta perspectiva permitiría un tratamiento de la conciencia y el cierre de la brecha explicativa²⁶⁸. Sin embargo, se ha cuestionado que la transparencia no es una propiedad necesaria de la sensorialidad, pues podemos darnos cuenta de que tenemos, por ejemplo, una visión borrosa, sin que eso involucre borrosidad del objeto intencional. El representacionalismo también es susceptible a la objeción del espectro invertido. En esa línea, Block diseñó el experimento mental de la *Tierra Invertida*, según el cual a una persona se le colocan, sin advertirlo, lentes que invierten los colores, y es trasladado a la Tierra Invertida, donde los objetos tienen los colores complementarios a aquellos en la Tierra y sus nombres también están invertidos. Dicha persona tendría una experiencia fenomenal idéntica, pero respecto a contenidos intencionales diferentes, lo que muestra que la experiencia fenomenal y el contenido intencional no serían

²⁶⁵ Lycan, 1987b; Harman, 1990; Dretske, 1995; Tye, 1995, 2009; Byrne, 2001; Crane, 2009.

²⁶⁶ Hellie, 2003; Bourget & Mendelovici, 2014.

²⁶⁷ Harman, 1990; Hellie, 2003; Bourget & Mendelovici, 2014, §3.2.

²⁶⁸ Bourget & Mendelovici, 2014, §§ 3.3-3.4

idénticos²⁶⁹. Igualmente, los problemas del PNCM cuentan a favor del escepticismo respecto al intento reduccionista del representacionalismo²⁷⁰.

Varios autores, como Searle, han insistido en el carácter más fundamental de la CF frente a los estados intencionales²⁷¹. A inicio de este siglo, Horgan y Tienson plantearon la tesis del *inseparativismo* entre estados fenomenales e intencionales, o la idea de que estados intencionales son fenomenales y viceversa, colocándolos, al menos, al mismo nivel²⁷². En las últimas décadas han venido ganando fuerza las llamadas *Teorías de la Intencionalidad Fenomenal* (TIFs), las cuales plantean, en oposición al representacionalismo, que más bien son los estados intencionales los que deberían ser entendidos en términos de CF²⁷³. La idea central de las TIFs es que los estados intencionales y fenomenales están íntimamente relacionados, de manera que los primeros están constituidos de los segundos o se relacionan de algún modo con estos²⁷⁴. Se distingue entre TIF débil, moderada y fuerte. La TIF débil plantea que hay estados intencionales que son fenomenales. Esta posición es aceptada incluso por los representacionistas y, por tanto, es poco interesante. La TIF fuerte dice que todos los estados intencionales son estados fenomenales. Esta tesis rechaza la existencia de estados intencionales no-fenomenales, pero muy pocos la sostienen. La TIF moderada plantea que todos los estados intencionales son o bien estados fenomenales o están al menos fundamentados en estados fenomenales, y es el tipo de TIF más sostenida, aunque hay diferencias en cuanto a cómo se concibe la relación de fundamentación²⁷⁵. Las TIF toman como su caso paradigmático de estado fenomenal-intencional a los estados sensoriales. En cuanto a los pensamientos abstractos, algunos consideran que estos tienen una fenomenología rica, mientras que otros creen que tiene una fenomenología empobrecida pero derivada de estados de CF. Por otra parte, respecto a los estados de AP no actuales y los estados subpersonales, hay una tendencia a rechazar a estos como auténticos casos de estados intencionales²⁷⁶. A favor de las TIFs, Brian Loar argumentó que la CF es la mejor explicación del contenido estrecho. Searle afirmó que la forma aspectual de los estados

²⁶⁹ Block, 1990.

²⁷⁰ Kriegel, 2014a, Introducción.

²⁷¹ Searle, 1992/1996, Cap. 4.

²⁷² Horgan & Tienson, 2002; Graham, Horgan & Tienson, 2009.

²⁷³ Loar, 2003; Georgalis, 2006, Pautz, 2008, 2013; Kriegel, 2013, 2014a; Mendelovici & Bouget, 2014, 2020; Bouget & Mendelovici, 2019.

²⁷⁴ Kriegel, 2014a, Introducción; Bouget & Mendelovici, 2019.

²⁷⁵ Bouget & Mendelovici, 2019, § 2.2.

²⁷⁶ Horgan & Tienson, 2002; Bouget & Mendelovici, 2019, § 2.4.

intencionales es explicada por la CF. Para Graham, Horgan & Tienson, la CF determina el contenido intencional, y Kriegel argumentó que la CF tiene una naturaleza no relacional, que le permite dar cuenta de estados intencionales sobre inexistentes²⁷⁷.

Las TIFs se presentan, por tanto, como una explicación alternativa de la intencionalidad respecto al PNCM, mas si se tiene en cuenta que las teorías del PNCM tienden a subestimar, ignorar o rechazar explícitamente a la CF. Por ejemplo, aunque Dretske destaca el carácter analógico de la experiencia perceptual versus el carácter digital de la cognición, su análisis en términos de indicadores no involucra algún tipo de fenomenología. Desde su perspectiva, la barra de mercurio de un termómetro indica analógicamente la temperatura de un cuerpo, pero eso no implica que el termómetro tenga alguna experiencia cualitativa subjetiva. Algo semejante ocurre en la teoría de Neander, a pesar de que esta teoría tiene como objetivo principal las respuestas sensoriales. La semántica del consumidor de Millikan tampoco requiere de conciencia fenoménica. Esto es evidente para los dispositivos consumidores de los procesos hormonales dentro del cuerpo. Pero también parece ser el caso para el consumo de íconos intencionales lingüísticos. La conciencia fenomenal está totalmente ausente en la teoría de Shea, so pena de dotar de capacidades fenomenales a estados neurales subpersonales. La SRC toma como modelo de RM a las representaciones lingüísticas, y para ella la experiencia fenomenal es irrelevante. Quizás se pueda decir que la representación basada en el parecido sea la más comprometida con alguna fenomenología, pues la relación de parecido sólo puede ser establecida a partir de notar la igualdad de caracteres o cualidades. Sin embargo, si se aplicara a las teorías del isomorfismo estructural, estas enfrentarían el problema de la comparación (§ 3.6). Ahora bien, si se argumenta convincentemente que la conciencia fenomenal es esencial para contenido mental, esto involucra un problema tan serio para el PNCM como lo han sido los problemas del *qualia* ausente e invertido para el funcionalismo.

Hay una serie de preocupaciones respecto a las TIFs. Por una parte, algunos como Georges Rey han resaltado la existencia de estados intencionales inconscientes, como aquellos involucrados en el procesamiento temprano del lenguaje y de la visión, que juegan un papel causal explicativo en el pensamiento²⁷⁸. También es común que las TIFs tengan una

²⁷⁷ Loar, 2003; Searle, 1992/1996; Graham, Horgan & Tienson, 2009; Kriegel, 2007.

²⁷⁸ Rey, 2008; Bourget & Mendelovici, 2019, § 6.4.

concepción internista de la CF, que la hace susceptible de críticas externistas²⁷⁹. Finalmente, preocupa la capacidad explicativa de las TIFs, debido a que aparentemente hay una mayor dificultad para naturalizar a la CF respecto a la intencionalidad. Sin embargo, hoy en día parece claro que una teoría adecuada de la intencionalidad debe por lo menos reconocer la existencia de la CF y debe también establecer qué relación hay entre estados intencionales y fenomenales.

3.12. LOS DESAFÍOS DEL CONEXIONISMO Y DE LA COGNICIÓN CORPORIZADA

La IA basada en la HSSF gozó de gran prestigio entre los años 50s y 70s del siglo XX; pero hacia los años 80s eran evidentes varias anomalías que hicieron entrar en crisis al paradigma. Por una parte, los programas de la HSSF eran mucho mejores que nosotros para tareas como el cálculo lógico y matemático de grandes bases de datos, mientras que tenían un desempeño muy inferior al nuestro en tareas como reconocimiento de patrones, comprensión del habla y el reconocimiento de información relevante. Esto sugería que la inteligencia de los computadores es muy distinta a la nuestra²⁸⁰. Pero el principal problema para estos programas fue el llamado *problema del marco*, o la dificultad de estos sistemas para identificar qué creencias debían ser reemplazadas y corregidas luego de que el sistema realizaba una acción. Estos programas no pueden reconocer cuáles cambios son relevantes descartando los irrelevantes²⁸¹. El problema del marco parece ser solo un síntoma de un problema más amplio, que es la dificultad de poner en algoritmos el conocimiento del sentido común. Hubert Dreyfus criticó que en oposición a los *sistemas expertos* desarrollados por la IA para simular la conducta de personas expertas en alguna área, en el caso humano es la conducta de los novatos la que se guía por reglas, mientras que la de los expertos se guía en el reconocimiento de patrones perceptuales muy complejos²⁸². Además, la concepción formalista y analítica de la TCM aislaba al sujeto respecto a los contextos situacionales, históricos, sociales, culturales, de necesidades y habilidades corporizadas, en el que se encuentra imbuido, y que influyen sobre él de maneras tan complejas que no pueden ser analizados lógicamente²⁸³.

²⁷⁹ Bourget & Mendelovici, 2019, § 6.3.

²⁸⁰ Tienson, 1987.

²⁸¹ Fodor, 1983/1986; pp. 157-163; Dennett, 1984; Haugeland, 1985/1988, pp. 193-194; Schonbein & Bechtel, 2003; Shanahan, 2003.

²⁸² Dreyfus & Dreyfus, 1986, Cap. 1.

²⁸³ Dreyfus, 1972; Dreyfus & Dreyfus, 1986, 1988.

También se ha cuestionado la plausibilidad neurológica de la HSSF, dadas las desemejanzas del funcionamiento de los computadores digitales con el sistema nervioso. Por ejemplo, las neuronas no son simples interruptores digitales, y los estados de encendido-apagado no parecen ser los más relevantes para su funcionamiento, sino tal vez la tasa de activación. Las neuronas son mucho más lentas que los circuitos eléctricos, y como señaló Feldman, no podrían seguir programas en serie de más de 100 instrucciones. Las neuronas tienen miles de conexiones de entrada y salida, mientras que las puertas lógicas de los computadores digitales son unas pocas. Los computadores convencionales son *procesadores secuenciales*, mientras que las neuronas parecen procesar en *paralelo*. En los computadores digitales los ítems de información son almacenados como cadenas de símbolos discretos en una localización física específica, que permite su recuperación. En cambio, en las personas el recuerdo es guiado por el contenido, de una forma que no ha podido ser simulada por los computadores. Finalmente, el cerebro soporta mejor los daños, presentando una *degradación elegante*, mientras que los computadores digitales pueden colapsar ante el mínimo daño físico²⁸⁴. Quizás el sistema nervioso no instancie una máquina de Turing, y no sea un SSF, pero puede ser un procesador de información de un tipo diferente, manteniéndose la verdad de TCM3. Consideraciones como estas llevaron a que a mediados de los 80 se revitalizara la investigación sobre modelos conexionistas.

Algunos de los principales exponentes de la HSSF y la TRM argumentaban a favor de su posición afirmando que o bien no habían más alternativas o que los modelos simbólicos eran los únicos posibles para la CC²⁸⁵. Sin embargo, a mediados de los 80s surgió una alternativa fuerte con la reaparición de la investigación sobre redes neuronales artificiales o modelos conexionistas²⁸⁶. Estos modelos buscan simular el funcionamiento del sistema nervioso. Estos modelos consisten en una serie de unidades, como si fueran neuronas particulares, que pueden estar en estado activo o no. Las unidades se hallan organizadas en capas. Hay una capa de entrada, una de salida y unas capas ocultas, intermedias entre las dos primeras. Las unidades de una capa están conectadas a las unidades de la capa subsiguiente, y la activación de una unidad puede provocar la activación de las unidades a las que está

²⁸⁴ Copeland, 1993/1996, §§9.2-9.3.

²⁸⁵ P. ej., Fodor (1975/1984, 1980) argumentaba en ambos sentidos.

²⁸⁶ El pionero de las redes neuronales fue Frank Rosenblatt en los años 50s, con el desarrollo de sus *perceptrones*. Pero luego de la reseña crítica de Minsky y Papert en 1969, la investigación en redes neuronales prácticamente desapareció en los años 70s (Shonbein & Bechtel, 2003; Bermudez, 2020, §5.1-5.3).

conectado. Dicha activación depende del umbral de activación de las siguientes unidades y los pesos que tienen las diferentes conexiones. Lo que se espera es que estas redes *aprendan* a producir cierto tipo de salida específico respecto a una entrada particular de información. Para lograr esto, se emplean unos algoritmos de aprendizaje supervisado, que ofrecen retroalimentación a las soluciones incorrectas, cambiando pesos y umbrales. A pesar de que las redes funcionan con alimentación hacia adelante, de la capa de entrada a las ocultas, y de estas a la de salida; los algoritmos de aprendizaje son de *retropropagación*, realizando ajustes de las capas ocultas a las de entrada. Estos ajustes se dan en múltiples intentos, hasta que el sistema va consolidando un patrón específico para cada entrada²⁸⁷.

La característica más destacable de los modelos de redes neuronales en comparación a los modelos simbólicos es que son de *representación distribuida*. A un mismo contenido le corresponde un patrón de activación particular de las diferentes unidades de las capas. Una misma unidad puede ser activada ante diferentes contenidos. Si una representación dada es codificada como la activación de una gran cantidad de unidades, puede no ser necesario que todas estén activas para constituir la representación. Por tanto, las unidades no tienen papeles semánticos unívocos. En los modelos simbólicos, las piezas de información conservan su forma cuando son almacenadas en las direcciones de memoria y cuando son usados por el procesador central. En cambio, en las redes conexionistas una representación particular está presente en su patrón de activación. Cuando no está en uso el patrón, la representación no existe en ningún lugar del sistema. Pero hay un sentido en el que se puede decir que la información está almacenada en el sistema; en los *pesos* de las conexiones que determinan cada patrón. Por tanto, los recuerdos no son almacenados, sino que son más bien *recreados* una y otra vez, respecto a lo que los haga recordar. La información que no está activa en el sistema, está en ella sólo de manera potencial²⁸⁸. No hay un control central del procesamiento, sino un sistema que se consolida gradualmente a partir de las propiedades estadísticas de las conexiones²⁸⁹. En los modelos simbólicos es posible distinguir entre representaciones y reglas; en cambio, en las redes neuronales las únicas reglas que hay son las que determinan el ajuste en los pesos²⁹⁰. Las redes conexionistas se han mostrado muy útiles para tareas de

²⁸⁷ Tielson, 1987, §4; Bermudez, 2020, §§5.3-5.4.

²⁸⁸ Tielson, 1987, §4.

²⁸⁹ Dennett, 1987/1998, p. 205-206.

²⁹⁰ Bermudez, 2020, §5.4.

reconocimiento de patrones, incluso con variaciones de perspectivas; para la clasificación de objetos de acuerdo con su similitud, y para generalizar el aprendizaje a nuevos casos²⁹¹. Por tanto, parecen más adecuadas para modelar las ejecuciones expertas, de acuerdo con la perspectiva de Dreyfus. Además, presentan también la propiedad de degradación elegante que tiene el sistema nervioso, y el daño de una parte de las redes no afecta totalmente a los patrones de activación. También parecen responder de manera muy eficiente, en tiempo real, a las exigencias ambientales, y ante información *ruidosa*, incompleta e imperfecta²⁹².

Fodor y Pylyshyn argumentaron que los modelos de redes neuronales carecen del tipo de representación con estructura sintáctica combinatoria, que permita las propiedades de productividad y sistematicidad (§ 3.2) que serían características del pensamiento y el lenguaje; y que aún si un modelo conexionista pudiera mostrar tales propiedades, no sería más que la instanciación de un modelo simbólico²⁹³. Smolensky respondió que es posible crear modelos conexionistas en los cuales pudiera emerger una estructura composicional que mostrara las propiedades de productividad y sistematicidad, sin que involucre una implementación de un sistema simbólico²⁹⁴. Sin embargo, algunos han considerado la inferioridad de los modelos conexionistas frente a los modelos clásicos para tratar con tareas lógico-simbólicas²⁹⁵. Lo anterior abrió un debate acerca de qué es más representativo de la cognición humana, si el reconocimiento de patrones y la categorización perceptual o el razonamiento simbólico. El debate también involucra la cuestión de hasta qué punto el razonamiento simbólico puede ser reducido a reconocimiento de patrones. Algunos han propuesto que se empleen modelos híbridos, conexionistas-simbólicos, aunque es tema de discusión cómo se relacionan ambos²⁹⁶.

Aunque las redes neuronales son modelos mucho más cercanos al funcionamiento del sistema nervioso que los modelos simbólicos, se han identificado varias disimilitudes entre los modelos conexionistas y el sistema nervioso. Por una parte, las unidades de las redes son homogéneas, mientras que se conocen cerca de 20 tipos diferentes de neuronas en el cerebro. Los cerebros no son masivamente paralelos como sí lo son las redes conexionistas. Cada

²⁹¹ Bechtel, 1993; Dennett, 1987/1998, p. 206; Bermudez, 2020, §5.4.

²⁹² Clark, 1997/1999, §3.3.

²⁹³ Fodor & Pylyshyn, 1988.

²⁹⁴ Smolensky, 1987. Una tercera alternativa, propuesta por algunos autores, es considerar que una propiedad como la *sistematicidad* es producto del aprendizaje de la lengua natural (Bechtel, 1993).

²⁹⁵ Clark, 1997/1999, §3.3; Sougné, 2003.

²⁹⁶ Bechtel, 1993, pp. 204-206.

neurona cortical se conecta con un número constante de neuronas. Las redes conexionistas aprenden por la modificación de los pesos de las conexiones, pero aún en las redes más simples esto requiere de cientos o miles de ciclos de entrenamiento, mientras que el cerebro puede aprender con pocos ensayos. Además, no hay evidencia de que algo como la retropropagación ocurra en el cerebro. Por último, la mayoría de redes requieren de algoritmos que supervisen el error en cada unidad de salida, pero no parece que el aprendizaje biológico involucre una retroalimentación tan detallada²⁹⁷.

Finalmente, se ha discutido si es posible atribuirle contenidos intencionales a la representación distribuida de las redes neuronales del modo en que la TRM espera que a los sistemas cognitivos se les atribuyan actitudes proposicionales como lo hace la psicología popular (PP). La cuestión es si es posible dar una interpretación de qué representan las unidades de una red en términos del lenguaje natural. Algunos han considerado que el conexionismo es incompatible con la PP, porque no parece tener estados internos que puedan ser identificados discretamente como estados intencionales particulares²⁹⁸. Bechtel, en cambio, propuso que las interpretaciones asignadas a las unidades de las redes no son arbitrarias, sino que deben ser analizadas en cómo la red ha resuelto un problema, y por tanto la intencionalidad de estas representaciones es *genuina*²⁹⁹.

Desde los años 90s las CCs han venido sufriendo una revolución interna jalonada por un conjunto heterogéneo de tendencias que habitualmente se agrupan con la etiqueta de *Cognición Corporizada*, y que incluyen a los Sistemas Dinámicos y la llamada Cognición 4E: cognición corporizada (*embodied*), embebida o situada, enactiva y extendida³⁰⁰. A pesar de las diferencias en los supuestos promovidos, lo que todas ellas comparten es un rechazo a la perspectiva tradicional de la TCM y la TRM en CC, pero en especial a una característica particular de ella: La idea de que los sistemas cognitivos involucran un sistema de procesamiento simbólico-central en conjunto con unos sistemas sensoriomotrices periféricos que interactúan con el mundo. Esta división se presenta en la arquitectura de von Neumann, que establece una clara separación entre la CPU, los almacenes de memoria y los dispositivos de entrada y salida. La principal crítica a esta arquitectura es que parece involucrar un nuevo

²⁹⁷ Bermudez, 2020, pp. 139-140.

²⁹⁸ Ramsey, Stich & Garon, 1991, §§5-6.

²⁹⁹ Bechtel, 1993, pp. 206-208.

³⁰⁰ Newen, De Bruin & Gallagher, 2018.

tipo de dualismo, en el que la mente se identifica con el procesador central de símbolos, de un modo completamente aislado y abstraído del mundo exterior, mientras que el cuerpo trata de los mecanismos sensoriomotores, como una función secundaria y subsidiaria respecto al procesamiento simbólico. Clark ha llamado a esta posición el modelo *confinado al cerebro* (*brainbound model*), de manera que la mente se instancia en el sistema nervioso central, pero separado del resto del cuerpo y del mundo³⁰¹.

Se reconocen tres principales antecedentes de este conjunto de posiciones. Primero, la teoría ecológica de la percepción de James J. Gibson. Esta es una teoría de la percepción directa, la cual rechaza que la visión involucre procesos inferenciales computacionales internos, como los de la teoría de la visión de Marr y, al contrario, considera que los movimientos del individuo sobre su entorno le permiten identificar una serie de invarianzas que favorecen la captación directa de los objetos y las aseguibilidades (*affordances*) del ambiente para realizar acciones vitalmente relevantes para el organismo³⁰². La teoría de Gibson ha sido especialmente influyente en el desarrollo de la noción de *enacción*, la cual destaca el carácter activo y exploratorio de la percepción³⁰³. En segundo lugar, la tradición proveniente de la fenomenología existencial de Heidegger y Merleau-Ponty, en la que se basó Hubert Dreyfus para sus críticas al proyecto de la IA fuerte. Quizás fue Dreyfus el primero en llamar la atención acerca de las ideas de Merleau-Ponty acerca del papel del cuerpo en la experiencia del mundo³⁰⁴. Los trabajos seminales de Varela, Thompson y Rosh, de George Lakoff y de Mark Johnson iniciaron la posición de la *cognición corporizada*, la cual destaca el papel de las interacciones sensoriomotrices con el entorno en el moldeamiento de las capacidades cognitivas³⁰⁵.

La tercera fuente de influencia consiste en los modelos conexionistas, y su influencia en la aplicación de los sistemas dinámicos en psicología, a partir de autores como Smolensky³⁰⁶. Pero fue Tim van Gelder, quien a mediados de los 90s sugirió a los sistemas dinámicos como nuevo paradigma para las CCs. Los *Sistemas Dinámicos* son modelos matemáticos de los cambios en las interacciones continuas de dos sistemas a través del

³⁰¹ Clark, 2008, pp. xxvii-xxviii.

³⁰² Gibson, 1972, 1979; Shapiro, 2012, §2.

³⁰³ P. ej., O'Regan & Nöe, 2001.

³⁰⁴ Dreyfus, 1972, Cap. 7.

³⁰⁵ Varela, Thompson & Rosh, 1991/1997; Lakoff, 1987; Johnson, 1990.

³⁰⁶ Smolensky, 1987.

tiempo. van Gelder tomó como paradigma de los sistemas dinámicos el regulador centrifugado de James Watt, que es un dispositivo que responde de manera directa a los cambios de velocidad de trabajo de la máquina, dosificando inmediatamente la entrada de vapor en ella. van Gelder sugirió que el regulador de Watt puede considerarse un mejor paradigma de los sistemas cognitivos que la máquina de Turing³⁰⁷. Esta sugerencia ha sido apoyada por la investigación dentro de lo que se ha llamado *cognición situada* en robótica y en psicología del desarrollo. En el primer caso, Rodney Brooks y otros mostraron la posibilidad de construir robots que se mueven de manera adaptativa en el ambiente, pero sin ser controlados por un sistema central de procesamiento simbólico³⁰⁸. En el segundo caso, los estudios de Esther Thelen y Linda Smith sobre el desarrollo motor en bebés, han concluido que este podría describirse mejor como complejos acoplamientos sensoriomotrices al ambiente circundante, más que como una habilidad controlada por procesos computacionales centrales³⁰⁹.

Una posición final en cognición 4-E, que vale la pena mencionar, aunque no pertenece a las tres fuentes de influencia señaladas, es la propuesta de la *mente extendida* de Andy Clark. Aunque Clark no es explícito en ello, esta posición parece basarse en ciertas influencias de la psicología histórico-cultural de Vygotsky. La posición de la mente extendida afirma que en la interfase mente-cuerpo-mundo, una parte importante de la carga cognitiva del sistema para resolver las tareas cotidianas se pone sobre los objetos, artefactos, estructuras físicas, sociales e institucionales relevantes para la tarea en cuestión, más que ser almacenadas en una memoria interna, disminuyendo la cantidad de procesamiento interno que debe realizar el sistema³¹⁰.

Desde la perspectiva de la cognición 4-E surgió un importante movimiento antirepresentacionista, que tuvo un fuerte impacto en CC durante el cambio de siglo. La crítica se ha presentado principalmente desde dos frentes. El primer frente, más de carácter filosófico, tiene sus antecedentes en Heidegger y Merleau-Ponty, y es desarrollada por Dreyfus y por Varela, Thompson y Rosh³¹¹. La crítica dice que la TRM está comprometida con una concepción realista del mundo externo objetivo e independiente de nosotros,

³⁰⁷ van Gelder, 1995, 1998.

³⁰⁸ Brooks, 1990, 1991

³⁰⁹ Clark, 1997/1999, Cap. 2.

³¹⁰ *Ibid.*, Caps. 9-10

³¹¹ Dreyfus, 1972; Dreyfus & Dreyfus, 1986, 1988; Varela, Thompson & Rosh, *op cit.*, Caps. 2 y 8.

mientras que a la vez afirma que creamos una imagen representativa de este para interactuar indirectamente con el mundo. En la versión de Varela, Thompson y Rosh, la crítica favorece una visión más bien constructivista del conocimiento. Sin embargo, muchos no comparten esta concepción constructivista, y creen que abandonar la concepción realista del mundo externo sería perjudicial para las CC³¹². La segunda línea de crítica ha sido realizada desde los trabajos en sistemas dinámicos y cognición situada. Dado el éxito de la investigación en robótica situada y en psicología del desarrollo con modelos describibles como sistemas dinámicos, al parecer este es un mejor punto de partida para estudiar la cognición que la postulación de un sistema de procesamiento central de manipulación de símbolos representativos de las cosas y propiedades del mundo externo. En resumen, la postulación de RMs sería simplemente innecesaria para explicar la cognición o, al menos, su papel es muchísimo menor al que suponen la TCM y la TRM³¹³.

El movimiento de cognición corporizada es muy heterogéneo, y no cuenta con un paradigma de investigación unificado que le dé una identidad. Sin embargo, al parecer ha llegado para quedarse y ha venido cambiando el carácter de la investigación en CC. Esto no quiere decir que la cognición corporizada no esté exenta de polémicas y objeciones. Por ejemplo, parece cuestionable considerar al regulador de Watt como un modelo de cognición, además de que su adopción parece involucrar un reduccionismo mecanicista mucho más fuerte que el de la misma máquina de Turing. Adicionalmente, Andy Clark ha afirmado que el paradigma de los sistemas dinámicos tiene unos alcances más descriptivos que explicativos de la conducta³¹⁴. Por otra parte, algunos han mostrado incomodidad y rechazo a la hipótesis de la *mente extendida* de Clark, particularmente en cuanto al problema de la identidad personal y los límites de la mente³¹⁵. Sin embargo, el principal cuestionamiento contra el programa de la cognición corporizada es que los estudios más representativos de esta, como aquellos sobre cognición situada, tratan de fenómenos de interacciones sensoriomotrices con el ambiente circundante, que parecen demasiado elementales como para ser representativos de la cognición en general³¹⁶. Clark rechazó el anti-representacionalismo, argumentando que los estudios de cognición situada son en últimas compatibles con el computacionalismo, y

³¹² Bickhard & Terveen, 1995, pp. 29-30; Shapiro, 2012, §2.

³¹³ Brooks, 1990, 1991, van Gelder, 1995, Smith & Thelen, 2003.

³¹⁴ Clark, 2001, pp. 122-124.

³¹⁵ P. ej., Adams & Aizawa, 2010; Müller, 2012.

³¹⁶ Egan, 2012, § 3.2; Clark, 1997/1999, §§ 8.3-8.6.

además existen tareas cognitivas que son *problemas ávidos de representación* (§3.3), los cuales parecen exigir la postulación de estados internos representativos. Clark invita a una solución mixta, en la que se reconozca además de los desarrollos de la cognición corporizada, los aportes de sucesos mentales internos; aunque él rechaza su construcción como elementos simbólicos, y los piensa más como procesos neuronales complejos, que podrían tener una amplia gama de propiedades dinámicas.³¹⁷

3.13 LA REALIDAD DE LAS REPRESENTACIONES MENTALES

Los sistemas dinámicos, la cognición corporizada y el debate sobre el anti-representacionalismo ha motivado una discusión reciente acerca de los criterios de las RMs. Una posición al respecto ha sido la de ampliar la noción de RM, de tal manera que incluya los nuevos desarrollos en CC. Por ejemplo, Markman & Dietrich sugirieron que todo sistema cognitivo es uno que tiene *estados mediacionales internos* que cambian de manera correlativa con los cambios en el ambiente, y permiten la satisfacción de las metas del sistema. Esta caracterización sería suficientemente amplia, como para que en ella entren los modelos conexionistas y de sistemas dinámicos³¹⁸. Otros, en cambio, han sido más reaccionarios, y han impuesto criterios más restrictivos. William Ramsey ha sostenido que toda RM debe cumplir dos requisitos: ser un mediador entre el procesamiento de un *input* a un *output* (*Representación I-O*) y que sea un tipo de estructura interna que de algún modo modela aquellos aspectos del mundo que representa (*Representación-S*). Ramsey niega, por tanto, que los modelos conexionistas y de sistemas dinámicos sean modelos auténticamente representacionales³¹⁹. Ramsey señaló que cuando se postulan ítems internos que actúan como RMs, se debe explicar por qué razón tales ítems deben ser tomados como RMs, de tal forma que la etiqueta de ‘representacional’ no se use como un ornamento vacío y engañoso. A esto le llama Ramsey el *desafío de la descripción del trabajo*³²⁰.

Una dimensión importante en la que se han discutido diferentes propuestas sobre las RMs tiene que ver con el grado de desacople que estas como sistemas internos tienen respecto

³¹⁷ Clark, 1997/1999 §§ 8.7 y 8.9.

³¹⁸ Markman & Dietrich, 2020a, 2000b. Sin embargo, ellos también argumentan que ciertas tareas requieren RMs durables, discretas, compuestas, abstractas y gobernadas por reglas, como las que típicamente han empleado los modelos simbólicos (Dietrich, 2007; Dietrich & Markham, 2003).

³¹⁹ Ramsey, 2007, Caps. 3, 5 y 6.

³²⁰ *Ibid.*, § 1.2; Ramsey, 2016.

a los cambios en las condiciones del ambiente. Brian Cantwell Smith llamó *rastreo efectivo* a aquellos mecanismos en las cuales los estados internos postulados como RMs varían de acuerdo con una conexión causal constante con las condiciones del entorno. De acuerdo con Chemero, propuestas como las de Markman y Dietrich, así como de Ramsey, pueden ser incluidas dentro de este tipo de teorías. Un mayor grado de desacoplamiento se tiene en el caso del *rastreo no-efectivo*, en las cuales los estados internos se desacoplan parcialmente, por algunos intervalos temporales, de los cambios en el entorno. Según Chemero, una teoría de este tipo sería la teoría del emulador de Rick Grush. Un *emulador* es un mecanismo que toma información del estado actual del sistema y como salida da una predicción del siguiente estado del sistema, como en el caso de los movimientos de anticipación para una atrapada balística. El grado más alto de desacoplamiento lo tiene lo que Smith llama *registrador*, en el cual el sistema continúa rastreando el objeto a pesar de que no hay una conexión causal constante con el objeto. El registrador requiere desligamiento y abstracción, como pérdida de detalles del objeto. De acuerdo con Chemero, cualquiera de estos casos puede ser modelado por algún tipo de oscilador que se ajuste a los sistemas dinámicos. En el caso del *registrador*, Chemero cree que dicho tipo de desacople es una habilidad muy escasa, y junto a Clark, que un desacoplamiento tan fuerte es muy restringido. Sin embargo, Smith considera que este es el único caso en el cual se puede hablar con propiedad de RMs³²¹.

Hutto y Myin, desde su posición que han llamado *enactivismo radical*, argumentaron que un estado de un sistema puede ser (1) causado confiablemente por un estado de cosas, (2) producir ciertos efectos, y (3) haber sido seleccionado por realizar (1) y (2), y aun así esto no es suficiente para considerar que el estado tiene un contenido representacional y que su función sea ‘decir’ que las cosas son de cierta manera. Ellos plantean que, si no hay una solución convincente para la naturalización del contenido, el realista naturalista debe enfrentar lo que llamaron el *Problema Duro del Contenido*, o el problema de cómo cerrar la brecha explicativa entre un sistema físico/mecánico y un sistema con contenido representacional. El realista naturalista se enfrenta a un dilema, o bien se queda con una noción científicamente respetable, como puede ser la de información como covarianza, renunciando así al contenido; o afirmar la realidad del contenido y considerar su irreductibilidad, tomándolo como una propiedad primitiva. Como puede observarse, este

³²¹ Smith, 1996, Caps. 6-8; Chemero, 2009, Cap. 3. Grush, 1997, 2004; Clark, 1997/1999, Cap. 8.

dilema es una reencarnación de la disyuntiva que debió enfrentar Quine entre el fisicalismo y la Tesis de Brentano. De acuerdo con Hutto y Myin, adicionar una jerga representacional para calificar a los procesos de rastreo asociados a la percepción, que son explicados como procesos informacionales o biológicamente seleccionados, más bien oscurece su naturaleza, y sugieren en cambio que tales procesos se entiendan desde la perspectiva enactiva y de sistemas dinámicos, sin atribuciones de contenidos³²².

Gładziejewski ha intentado responder al desafío de la descripción del trabajo proponiendo cuatro condiciones para considerar que un sistema mecanismo S tenga un contenido representacional: 1) que exista una *correspondencia estructural* entre S y el dominio que representa, 2) que S guíe sistemáticamente las acciones del sistema que lo contiene hacia algún objetivo en virtud de su estructura, 3) que guíe la acción de manera *desacoplada*, fuera de línea, sin depender de una relación física con sus objetivos y 4) que sea capaz de detectar un error basado en alguna falta de correspondencia con su objetivo³²³. Gładziejewski incluye como ejemplos de sistemas que cumplen estas cuatro condiciones al emulador de Grush y los sistemas de procesamiento predictivo bayesianos³²⁴. Podría también incluirse aquí a la semántica varitel de Shea. Sin embargo, Hutto y Myin rechazaron cierta interpretación dominante del procesamiento predictivo bayesiano, como la sostenida por Rescorla, en la que se considera que el sistema nervioso *computa y procesa* probabilidades³²⁵; y también afirmaron que un sistema S podría cumplir los requisitos de Gładziejewski, pero esto no es suficiente para considerar que S es poseedor de un contenido con condiciones de verdad³²⁶. Un problema del análisis de Hutto y Myun es que ellos se apoyan en el supuesto de que el contenido o significado es una posesión de algo, cuando quizás se entienda mejor como una relación (ver Parte II). Sin embargo, este supuesto es compartido por la mayoría de realistas.

Miłkowski ha acusado al enactivismo radical de conducir a un *nihilismo semántico*, en el que no es posible hablar ni de significado ni de verdad en el mundo, y dice que esto es

³²² Hutto & Myin, 2013, Cap. 4. Miłkowski (2015) rechazó el *Problema Duro del Contenido*, sosteniendo que la combinación de una teoría informacional o de la similitud estructural con la teleosemántica es suficiente para cerrar la brecha naturalista del contenido. Otros autores han defendido una posición similar (p. ej., Ryder, 2004; Lee, 2018; Shea, 2018). Sin embargo, Hutto & Myin, 2017, Cap. 2, respondieron recordando las debilidades de la teleosemántica en la determinación del contenido.

³²³ Gładziejewski, 2015, §§ 3.2-3.5.

³²⁴ Gładziejewski, 2015, § 4.

³²⁵ Rescorla, 2016

³²⁶ Hutto & Myin, 2017, Cap. 7. Cf. Facchin, 2021.

absurdo, porque su sola postulación no tendría algún significado³²⁷. Esto involucraría una forma absoluta de eliminativismo del significado, que es poco convincente. Sin embargo, esta objeción no aplica completamente a Hutto y Myin, como reconoce Miłkowski, pues ellos consideran que son posibles modos de pensamiento genuinamente llenos de contenido en el caso de aquellos que involucran el uso del lenguaje. Más bien, lo que rechazan Hutto y Myin es la postulación de procesos representacionales para el caso de las *mentes básicas*, y en especial a los procesos de percepción, imaginación y memoria³²⁸. Sin embargo, reducir los estados mentales con contenido a aquellos con origen socio-cultural y basados en el uso del lenguaje puede ser demasiado chauvinista, pues limitaría las adscripciones de contenido solo a seres humanos lingüísticamente competentes.

Actualmente prevalecen cuatro actitudes respecto a las RMs. La primera es el realismo. De acuerdo con Ramsey, un *realismo representacional robusto* afirma “la existencia de estructuras reales, descubribles que, en algún nivel de análisis, juegan el papel funcional de representar alguna propiedad, entidad, relación, etc., y que estas estructuras representacionales son empleadas en la ejecución de alguna tarea cognitiva.”³²⁹ A pesar de las críticas desde la cognición corporizada, recientemente ha habido en CC un resurgimiento de la tendencia a ofrecer una caracterización neural, mecanicista y representacional de las RMs³³⁰. El problema principal para el realismo es el de dar cuenta del carácter representacional de las RMs. La segunda actitud es el *eliminativismo*, que consiste en “la simple negación de que las estructuras representacionales postuladas realmente existen”³³¹. Entre los teóricos de la cognición corporizada se encuentra una actitud principalmente eliminativista; sin embargo, autores como Clark y Chemero pueden aceptar concepciones muy débiles de RM que permitan considerar a los sistemas dinámicos como representacionales; aunque realistas como Ramsey negaría esto³³². El *enactivismo radical* de Hutto y Myin, presenta una posición más claramente eliminativista. Ellos argumentan a favor de la no necesidad de postular RMs con contenido para una gran cantidad de tareas cognitivas

³²⁷ Miłkowski, 2015, § 1.

³²⁸ Hutto & Myin, 2017, Caps. 7-9.

³²⁹ Ramsey, 2007, p. 55, traducción mía.

³³⁰ P. ej., Bechtel, 2007; Ryder, 2004; Miłkowski, 2013, 2015; Miłkowski et al., 2018; Miłkowski, Hohol & Nowakowski, 2019; Gładziejewski, 2015, 2016; Gładziejewski & Miłkowski, 2017; Lee, 2018, Shea, 2018.

³³¹ Ramsey, 2007, p. 56, traducción mía.

³³² *Ibid.*, § 6.2.

relativas a lo que llaman las *mentes básicas*, y restringen el contenido mental solo a aquellas interacciones lingüísticas humanas que tienen una compleja mediación social³³³.

Una tercera actitud respecto a las RMs es asumir una posición *ficcionalista*. Mark Sprevak consideró esta posición en relación a las representaciones neurales (RNs). Su idea es que las regiones neurales del cerebro realmente no representan nada, pero suponer que lo hacen es una estrategia útil para la teorización de las funciones de estas regiones³³⁴. Por tanto, el ficcionalista no hace algún compromiso ontológico con la existencia de las RNs, y la referencia a estas se incluye dentro de un lenguaje figurativo; aunque reconoce la importancia explicativa de su postulación para las CCs. Sin embargo, el mismo Sprevak presenta dos argumentos que evitarían sostener esta posición. El primero es que una posición ficcionalista supone que las ficciones existen, y dado que las ficciones son representaciones, no podría evitar el vernos obligados a explicar las representaciones. La segunda objeción es que el ficcionalismo tiene desventajas frente al realismo para dar cuenta de los roles causales y explicativos de las RMs.

Una cuarta actitud frente a las RMs es el *deflacionismo*, defendida recientemente por Frances Egan³³⁵. De acuerdo con Egan, las RMs son estructuras internas que tienen dos propiedades, a saber, un vehículo representacional y un contenido representacional. A cada una le corresponde una función de mapeo. Al vehículo le corresponde una *función de realización* (f_R), que especifica la realización física de la RM como vehículo y garantiza su eficacia causal. Al contenido le corresponde una *función de interpretación* (f_I), que especifica su contenido representativo. Visto desde los niveles cognitivos de Marr, la f_R mapea del nivel del algoritmo al de implementación, y la f_I mapea entre el nivel de computación (o de la tarea, para Pylyshyn) al del algoritmo. Egan toma como paradigmas de RMs a la teoría de la visión de Marr y la teoría del control motor de Shadmehr y Wise³³⁶. Ella destaca que en ambos casos la computación realizada por el sistema es definida en términos matemáticos, lo cual ofrece una descripción canónica de la f_R computada por el mecanismo, y sirve para individualizar su tipo, como miembro de una clase de dispositivo matemático bien definido. Pero en contraste, la f_I corresponde a adscripciones de contenido que estarían gobernadas por

³³³ Hutto & Myin, 2013, 2017.

³³⁴ Sprevak, 2013.

³³⁵ Egan, 2012, 2014, 2020a, 2020b.

³³⁶ Marr, 1982; Shadmehr & Wise, 2005.

consideraciones pragmáticas, jugando un rol en la explicación del mecanismo dentro de la regulación de la conducta en su relación con el ambiente. Los contenidos se asignan a las RMs para ayudarnos a rastrear el flujo de información en el sistema de acuerdo con los cambios ambientales. Por tanto, la f_I es una *glosa explicativa*, que selecciona de toda la información presente en una señal sólo aquella que es relevante para la capacidad cognitiva a ser explicada. Al resultado de la f_I Egan le llama *contenido cognitivo*. En cambio, la f_R es caracterizada en términos que prescinden del ambiente en el cual se desempeña el sistema. El deflacionismo es una propuesta intermedia entre el realismo y el eliminativismo. Aceptaría la TCM, la TRM4, TRM5 y TRM6, pero de una manera semejante a la teoría sintáctica de la mente de Stich, rechazaría TRM1, TRM2 y TRM3. No es igual al ficcionalismo, pues plantea que las estructuras caracterizadas por una f_R son reales y no meras ficciones; pero si considera que el contenido es atribuido solo por consideraciones pragmáticas. En cierto modo, el deflacionismo es ficcionalista respecto al contenido, pero no respecto al vehículo.

3.14 BALANCE FINAL

La TRM es la propuesta sobre la estructura de los estados mentales y la naturaleza de sus contenidos más popular, especialmente en CCs, por la gran cantidad de promesas que realiza. Al proponer que los estados mentales consisten en relaciones de los sujetos a RMs, y que tales RMs son los objetos intencionales, puede a la vez concretizar a los objetos intencionales en estados del sistema nervioso y salvar la subsistencia de la relación intencional. Además, el recurso a las RMs da cuenta de las propiedades de independencia de la existencia del objeto y dependencia de la perspectiva del sujeto de los estados de AP. Al apoyarse en la TCM, la TRM puede dar cuenta de la relevancia causal de los contenidos sobre la conducta, ofrecer una explicación mecánica de la acción intencional y así vindicar científicamente a la PP. Sin embargo, el principal talón de Aquiles de la TRM está en el hecho de que carece de una explicación de los contenidos de las RMs. El PNCM surge para ofrecer una explicación de los contenidos de las RMs, reduciendo la relación de representación a alguna otra relación aceptable para el naturalismo. Sin embargo, la reducción a la relación de similitud o isomorfismo estructural deja problemas de liberalidad, indeterminación, simetría, representación errónea e insuficiencia. La Semántica del Rol Conceptual (SRC) produce una explicación circular del significado. La reducción a relaciones causales genera riesgos de

pansemanticismo y tiene dificultades para dar cuenta de la representación errónea. Finalmente, las explicaciones bioteleológicas parecen confundir de manera implausible el contenido mental con las funciones biológicas, y las condiciones de verdad y satisfacción con la aptitud biológica, además de requerir suplementación para definir la relación de representación. Por lo tanto, no parece haber una solución convincente acerca de cómo las RMs adquieren su contenido. La acusación a la TCM y al funcionalismo de descuidar la experiencia fenoménica y la aparición de las alternativas conexionista y corporalista, han puesto recientemente a la TRM en una posición de crisis, y han alimentado actitudes eliminativistas o deflacionistas respecto a las RMs, que ponen la carga de la prueba en el realista. En consecuencia, no tenemos aún una solución adecuada a los problemas de la estructura de los estados mentales como estados con contenido intencional y a la naturaleza de los objetos intencionales; lo que nos pone de nuevo en el riesgo del dilema de escoger entre un dualismo de propiedades y científico o de un eliminativismo respecto a la intencionalidad y lo mental.

PARTE II: SEMIÓTICA

El propósito general de este trabajo es el de realizar una aproximación a los problemas de la intencionalidad del contenido mental desde la semiótica. La Parte I expuso de qué trata el problema de la intencionalidad, diferentes alternativas de solución que se han propuesto y los problemas que estas soluciones han generado o no han resuelto. La Parte II hace una exposición de la semiótica de Peirce y está dividida en tres capítulos. El Capítulo 4 realiza una presentación de la teoría semiótica de Charles S. Peirce. Como se verá, la obra de Peirce abarca una cantidad muy amplia de intereses, aunque él procuró organizarlos en un sistema arquitectónico, dentro del cual la semiótica ocupa una posición especial. Este capítulo inicia con una exposición de la vida y pensamiento de Peirce, para ofrecer un contexto general de cómo la semiótica se integra con el resto del pensamiento sistemático de este autor. Luego pasamos a una presentación de su doctrina semiótica, su desarrollo y su relación con la doctrina del pragmatismo. El Capítulo 5 abarca algunas objeciones que se han presentado contra la doctrina semiótica de Peirce como teoría del significado, así como otras más generales de su pensamiento, que pueden hacer que la teoría semiótica no sea una teoría adecuada para los problemas de la intencionalidad. Frente a estas objeciones algunas tienen solución dentro del mismo pensamiento de Peirce, mientras que otras requieren tomar una distancia crítica. El Capítulo 6 propone una perspectiva alternativa, denominada *Semiótica Naturalista*, la cual busca superar las dificultades revisadas en el capítulo anterior y a la vez servir de marco para tratar con los problemas de la intencionalidad, como se pretende hacer en la Parte III del trabajo.

Capítulo 4. LA SEMIÓTICA DE PEIRCE

Este capítulo hace una presentación de la teoría semiótica de Peirce. Sin embargo, para entender mejor el carácter de la semiótica peircenana, es importante contextualizarla dentro del corpus general de su obra. § 4.1 presenta algunos aspectos biográficos de nuestro autor, que nos muestra su doble condición como científico y filósofo. En § 4.2 muestro lo que llamo el *proyecto peirceano*, o lo que se puede identificar como el objetivo principal de su obra, y la posición de la semiótica dentro de dicho proyecto, así como dentro del sistema arquitectónico de las ciencias que él propuso. § 4.3 aborda la teoría de las categorías y la teoría de relativos de Peirce, que son doctrinas previas para fundamentan la semiótica. En § 4.4 se presenta la definición de signo y la relación semiótica como relación triádica. § 4.5 trata de la principal clasificación de los signos, su división entre ícono, índice y símbolo. En § 4.6 se aborda la complejización que sufre la semiótica en los últimos años de la obra de Peirce. Finalmente, § 4.7 trata de la relación entre semiótica y pragmatismo.

4.1 ¿QUIÉN FUE CHARLES S. PEIRCE?

Charles Sanders Peirce es conocido principalmente por ser el padre de dos doctrinas muy influyentes hoy en día: el pragmatismo y la semiótica. El *pragmatismo* ha sido una doctrina importante especialmente en epistemología y filosofía de la ciencia, aunque sobre todo en versiones que se alejan mucho de la formulación original de Peirce. Por su parte, la *semiótica* es hoy una disciplina con una amplia influencia en ciencias humanas. Sin embargo, es tan poco lo que los epistemólogos y filósofos de la ciencia se remiten a la semiótica, como lo que los semióticos se apoyan en el pragmatismo; a pesar de que ambas doctrinas están vinculadas en la obra de Peirce. Incluso, ambas doctrinas son solo dos elementos más dentro un sistema de pensamiento arquitectónico mucho más amplio, que involucra elementos de matemáticas, lógica, metafísica, ciencias físicas, psicología, fisiología, educación, ética y religión, del que hoy día apenas llegan a tener un dominio amplio aquellos académicos que se dedican a los estudios peirceanos¹.

¹ Entre estos académicos peirceanos algunos de los más destacados han sido Max Fisch (1986), Kenneth Laine Ketner (1995), Nathan Houser (1997), Carolyn Eisele, Don Roberts (1973), Thomas L. Short (2007), Christopher Hookway (1985), Albert Atkin (2016), Jaime Nubiola y Sarra Barrena (2013), Darin McNabb (2018) y Fernando Zalamea (2012).

Una de las principales dificultades para abordar la obra de Peirce es la amplia cantidad y disparidad de temas sobre los que escribió². Charles S. Peirce (1839-1914) fue filósofo, científico, lógico y matemático, y realizó aportes originales relevantes en áreas tan diversas, que se le podría considerar un polímata y una de las mentes más brillantes que ha dado Norteamérica. Fue hijo de Benjamin Peirce, el matemático norteamericano más importante de su época. Creció en un ambiente familiar muy estimulante intelectualmente, aunque también muy religioso. Tuvo una educación privilegiada, supervisada de cerca por su padre. Se graduó con honores como químico de Harvard en 1862. Trabajó por más de tres décadas para el *U.S. Coast and Geodetic Survey* (1859-1891), en donde realizó varios estudios científicos de geodesia, gravimetría y metrología. Entre 1869 y 1872 fue asistente en el observatorio astronómico de Harvard. Tuvo una corta carrera académica, como profesor de lógica, en la *Johns Hopkins University*, entre 1879 y 1884. Entre sus principales logros como científico estuvieron sus estudios con péndulos para medir la fuerza de gravedad y el descubrimiento de errores de medición que para la época eran desconocidos³, la medición de la luz de cerca de 500 estrellas, con un aparato que él mismo construyó⁴, la proyección de un mapa quincuncial de la Tierra tomando como centro al Polo Norte⁵, la sugerencia de usar la longitud de onda de la luz como referencia para el metro⁶, y también los primeros experimentos de psicología en Norteamérica, acerca de la discriminación de la intensidad de las sensaciones⁷.

Paralelamente a sus actividades como científico, Peirce desarrolló una extensa y muy prolífica obra teórica. En 1872 formó parte del *Metaphysical Club*, un grupo de discusión en Cambridge (Massachusetts), junto a otros destacados intelectuales, como Chauncey Wright

² Al citar la obra de Peirce voy a usar la nomenclatura *P* para los textos publicados, *MS* para los manuscritos inéditos y *L* para las cartas. En el caso de los manuscritos, seguiré la numeración de los *Writtings*, y para aquellos de 1893 en adelante, la numeración de Robin (1867). En la mayoría de casos, voy a utilizar un título reducido. También mencionaré la ubicación del texto la edición en español de los *Essential Peirce (Obra Filosófica Reunida, OFR, 2012)*, o en su defecto los *Writting (W)*, indicando el número del volumen y el número del texto separados por punto. Cuando se requiera, haré referencia a los *Collected Papers (CP)*, como es usual, señalando volumen y párrafo separados por punto. Otras obras consultadas son las conferencias de Harvard de 1898 recogidas en *Reasoning and the Logic of Things (RLT, 1992)*; *The New Elements of Mathematics*, vols. 1-4 (NEM, 1976); *Obra Lógico Semiótica (OLS, 1987)*; *La Lógica Considerada como Semiótica (LS, 2007)*; *Logic of the Future, vol I (LOF, 2019)*,

³ Por ejemplo, 1881, *P 253*, W3.57; 1879, *P 136*, W4.4; *P 137*, W4.5; 1878, *P 161*, W4.13; 1881, *P 256*, W4.15; 1880, *P 168*, W4.21; 1882, *P 260*, W4.48-55; 1882, *P 218*, W4.58; 1881 *PP 253-255*, W4.75-77; 1883, *P 290*, W5.1; 1885, *PP 335-336*, W4.52-53; 1888, W6.30; 1889, W6.36.

⁴ Murphey, 1961, p. 97.

⁵ 1879, *P 135*, W4.11.

⁶ 1879, *P 136*, W4.4; 1881, *P 204*, W4.29; 1882, *MS 403*, W4.37.

⁷ 1877, *P 100*, W3.56; 1885, *P 303*, W5.24, con J. Jastrow.

y William James, y que se considera el nido del pragmatismo. Como matemático, Peirce realizó aportes en álgebra lineal y de matrices, geometría, topología y en filosofía de la matemática, en especial sobre los fundamentos de la matemática, su relación con otras ciencias, la naturaleza del número y del continuo. Sin embargo, él mismo se identificaba más como un lógico, y fue en esta área donde hizo los aportes que él valoró como más significativos. Optimizó el álgebra booleana y propuso varios sistemas de álgebra lógica. Desarrolló la lógica proposicional implicativa y anticipó el sistema de deducción natural. Junto a su estudiante O. H. Mitchell, dio origen a la teoría de la cuantificación y la lógica de predicados, de una manera casi simultánea, aunque independiente del trabajo de Frege en Alemania. Propuso el primer sistema de lógica trivalente. Pero sus hitos más altos fueron la formulación de la lógica de relativos y los sistemas de gráficos lógicos⁸. Como filósofo, sus preocupaciones fueron principalmente de tipo epistemológico, en especial sobre el conocimiento de la realidad y la lógica del método científico. Era un experto en la filosofía de los medievales, aunque también de varios autores antiguos y tenía un amplio dominio del griego y el latín. Fue un fuerte crítico del fundacionalismo moderno y un férreo defensor del realismo metafísico y epistemológico. Como la mayoría de sus contemporáneos, vivió el influjo del evolucionismo, hasta proponer una cosmología evolucionista. Mantuvo siempre fuertes convicciones religiosas, y creyó que eran compatibles con una visión científica del mundo⁹. A pesar estos logros, fue un pensador muy incomprendido por sus contemporáneos, no dejó un grupo de discípulos directos y su influencia inmediata fue limitada. Luego de dejar el *U.S. Coast and Geodetic Survey* no volvió a tener un empleo estable, lo que lo llevó durante las últimas décadas de su vida a padecer muchas penurias económicas y vivir en ocasiones de las ayudas de sus amigos.

Además de la amplitud de intereses, la profundidad de sus aproximaciones y la extensión de su obra, una dificultad adicional para acercarse a Peirce está en que no escribió ningún libro que presentara su pensamiento de manera sistemática. El único libro que publicó fue uno sobre investigaciones fotométricas, y además fue editor y coautor de otro libro sobre los avances en lógica con sus estudiantes en la *Johns Hopkins*. Su gran aspiración siempre fue escribir un manual de lógica, el cual inició varias veces, pero nunca completó. La mayor

⁸ Brady, 2000, § 1.1.

⁹ Murphy, 1961, pp. 13-15, 294-295.

parte de su obra está desperdigada en artículos, conferencias y manuscritos inéditos. Muchos de ellos fueron recogidos y publicados en los 8 volúmenes de los *Collected Papers* (CP) entre los años 30s a 50s del siglo pasado; los cuales promovieron un redescubrimiento de su obra. Sin embargo, en estos volúmenes el material se organizó temáticamente, dificultando ver el desarrollo cronológico de su pensamiento. A partir de los años 60s se comenzó a realizar un estudio sistemático de la obra de Peirce, liderado por expertos como Max Fisch. En los 80s comenzó la publicación de la edición cronológica de los *Writings* (W), que infortunadamente llegó sólo hasta el volumen 8, cubriendo los escritos hasta 1892. El volumen 2 de los *Essential Peirce* (OFR), abarcó una parte de los escritos más importantes desde 1893¹⁰. Por tanto, la recepción y comprensión de la obra de Peirce ha sido bastante tardía. Hoy día es un autor que genera fascinación. Muchos se han dedicado al estudio de su obra, y en diferentes partes del mundo existen sociedades y grupos consagrados al estudio de su pensamiento¹¹.

4.2 LA UBICACIÓN DE LA SEMIÓTICA EN EL PENSAMIENTO DE PEIRCE

La semiótica no es una doctrina aislada dentro en el pensamiento de Peirce, sino que está integrada al sistema arquitectónico de su obra; así que poder ubicar a la semiótica dentro de este sistema nos ayudará a entender su propósito y carácter. Esto se puede hacer de dos maneras. Primero, buscando identificar cuáles son los motivos que llevaron a Peirce a explorar y desarrollar la semiótica, lo cual involucra presentar el contexto general de lo que se podría llamar el *proyecto peirceano*. Segundo, mostrando la posición que ocupa la semiótica dentro de la organización de las ciencias que realizó Peirce. Seguiré ambas vías y en ese orden.

Creo que es posible decir que el problema fundamental del *proyecto peirceano* es explicar cómo sería posible el conocimiento de la realidad. Entendemos por *realidad* aquello que es cómo es, que tiene sus caracteres, independientemente de cómo pensemos sobre ello¹². El gran enemigo en frente es el *escepticismo*, para el que dicho conocimiento es imposible. Para Peirce la filosofía moderna está preñada de escepticismo. El modernismo surge con el

¹⁰ Ver nota 2.

¹¹ En Estados Unidos *The Charles S. Peirce Society* se encarga de la publicación trimestral de *The Transactions of the Charles S. Peirce Society*, especializada en filosofía norteamericana. En España se encuentra el *Grupo de Estudios Peirceanos* de la Universidad de Navarra, liderado por Jaime Nubiola y Sara Barrena. Recientemente funciona la *Sociedad Latinoamericana Peirce* y en Colombia el *Centro de Sistemática Peirceana*, liderado por el matemático Fernando Zalamea.

¹² P.ej. 1867, *MS 144, One, Two, and Three*, W2.9; 1868, *P 27, Consecuencias*, OFR1.3; 1871, *P 60, Berkeley*, OFR1.5.

espíritu del cartesianismo, según el cual nuestro conocimiento debe iniciarse con una duda global acerca de todo y debe ser construido a partir de ideas autoevidentes que se conocen de manera *intuitiva*¹³. Por *intuición* se entiende aquella cognición que no está determinada por una cognición previa. Lo opuesto a una intuición es una *inferencia*, una cognición que sí está determinada por cogniciones previas. Los empiristas consideraban que las sensaciones eran intuitivas, mientras que los racionalistas creían que lo eran ideas que tenían origen en nuestra constitución. Sin embargo, Peirce rechazó el intuicionismo. Negó que tuviéramos alguna forma intuitiva de distinguir intuiciones de inferencias y, por tanto, que tuviéramos intuiciones en absoluto. En consecuencia, todas nuestras cogniciones derivan de otras cogniciones, todas son inferencias¹⁴.

Pero si todas las cogniciones derivan de otras cogniciones, ¿cómo es posible el conocimiento de la realidad? ¿cómo llegamos a tener un contacto con la realidad externa independiente de nosotros? Peirce rechaza la vía empirista de apelar a nuestras sensaciones para alcanzar los objetos reales externos que las causan. Argumenta que cuanto más intentamos remontar nuestras sensaciones, más oscuro se nos hacen los objetos que las causan. Además, nuestras sensaciones son el producto de inferencias sintéticas inconscientes a partir de nuestras impresiones sobre los receptores neuronales¹⁵. Un punto importante aquí es que Peirce consideraba que la realidad es de naturaleza general, es decir, es de la naturaleza de las leyes científicas¹⁶. Esto se relaciona con el debate medieval sobre los *Universales*. Los nominalistas sostenían que lo único que hay en la realidad son objetos particulares, y nuestras concepciones sobre ellos son tan solo signos particulares de muchos por su parecido percibido, de manera que las naturalezas universales son meras ficciones. Peirce argumentó que el nominalismo conduce a la concepción de la *cosa-en-sí-misma* absolutamente determinada, que solo se nos presenta fenoménicamente, pero es incognoscible como tal; lo cual nos conduce al escepticismo respecto al mundo exterior. El nominalismo está en el corazón del empirismo inglés, el fenomenalismo, el asociacionismo, el positivismo y el individualismo moral. En contraposición, Peirce defendió un realismo escolástico moderado,

¹³ 1868, P 26, *Facultades*, OFR1.2.

¹⁴ *Ibid.*; 1868, P 27, *Consecuencias* OFR1.3.

¹⁵ 1868, P 26, *Facultades*, OFR1.2.

¹⁶ 1868, P 26, *Consecuencias*, OFR1.3; 1871, P 60, *Berkeley*, OFR1.5.

inspirado en Duns Escoto, según el cual las generalidades son reales y también son cognoscibles, porque nuestras ideas son igualmente generales en su contenido¹⁷.

No podemos conocer la generalidad de la realidad buscándola en las sustancias que causan nuestras sensaciones, pues las sensaciones son siempre accidentales. En cambio, debemos recorrer el camino opuesto, llevar la inferencia del razonamiento científico lo más lejos posible, hasta alcanzar aquella opinión final que coincida con la realidad en un futuro indeterminado¹⁸. Pero, ¿cómo saber si el razonamiento nos conducirá al conocimiento de la realidad? De acuerdo con Peirce, el razonamiento consiste en una relación dialéctica entre la *inferencia*, por la cual un pensamiento determina otro, y la *observación*, que introduce elementos nuevos, a partir de las sensaciones, y que es constreñida por los objetos reales¹⁹. El avance teleológico del razonamiento científico es guiado por las inferencias hipotéticas e inductivas, y por eso Peirce se plantea el problema de la validez de la inferencia sintética²⁰. Peirce rechaza fundamentar la inducción en las regularidades de la naturaleza²¹ y, en cambio, se apoyó en las leyes de la probabilidad. El muestreo constante de la realidad debería garantizarnos que los errores de observación se corrigieran con el tiempo, aproximándonos cada vez más a los caracteres reales de los objetos²². Por tanto, no importa desde donde comience el razonamiento científico, porque siguiendo adecuadamente el método, el razonamiento está destinado a converger en la realidad²³. Pero este es un método que supera por mucho las capacidades de un individuo, y solo puede ser realizado por una comunidad de investigadores a lo largo de muchas generaciones²⁴. Por tanto, la lógica exige abandonar el individualismo²⁵.

¹⁷ 1871, *P 60, Berkeley*, OFR1.5. Cf. 1872, *MS 194*, W3.12; *MS 204*, W3.19.

¹⁸ P. ej., 1868, *P 27, Consecuencias*, OFR1.3; 1867, *Fijación, P107*, OFR1.7 §V. Cf. 1872, *MS 180*, W3.5; *MS 181* W3.6.

¹⁹ 1872, *MS 196*, W3.14; *MS 200* W3.17; *MS 205*, W3.20.

²⁰ Siguiendo a Kant, Peirce plantea que la cuestión crítica es mostrar cómo son posibles los juicios sintéticos, que están involucrados en la inferencia probable, consistente en la inducción y la hipótesis, en oposición a la inferencia deductiva o analítica (1869, *P 41, Validez*, OFR1.4; 1878, *P 123, Deducción, Inducción e Hipótesis*, OFR1.12).

²¹ Peirce rechazó la posición de J. S. Mill de fundamentar la inducción en el orden de la naturaleza, porque a través de sus estudios con péndulos encontró que siempre se presentan variaciones en las mediciones que no son debidas a errores de observación, sino que tenían que ser atribuidas al hecho de que las leyes de la naturaleza no son perfectamente regulares (1869, *P 41, Validez*, OFR1.4. Cf. 1878, *P 122, Orden*, OFR1.11 § III), lo cual lo conducirá a su doctrina del *tiquismo*.

²² 1869, *P 41, Validez*, OFR1.4; 1878, *P 120, Posibilidades Azarosas*, OFR.1.9; 1878, *P 121, Probabilidad de la Inducción*, OFR1.10; 1878, *P 122, Orden*, OFR1.11. § III.

²³ Peirce anticipó por mucho el *falibilismo* de Popper. Pero a diferencia de Popper, Peirce creía que la inducción era un elemento esencial del método científico.

²⁴ 1868, *P 27, Consecuencias*, OFR1.3

²⁵ 1869, *P 41, Validez*, OFR1.4; 1878, *P 120, Posibilidades Azarosas*, OFR.1.9.

Dado lo anterior, el objetivo del *proyecto peirceano* es el de ofrecer la lógica del razonamiento científico que garantice el camino seguro hacia el conocimiento de la realidad. Sin embargo, en el siglo XIX la lógica enfrentaba la amenaza del *psicologismo*, que impedía fundamentar el razonamiento sobre bases sólidas. Peirce rechazó que la lógica tuviera que ver con las operaciones del intelecto. Afirmó que las leyes de la lógica aplican por igual a todos los *símbolos*, sea que estos estén escritos, sean hablados o sean pensados. La lógica trata de los *conceptos* no como fenómeno mental, sino en cuanto a que son símbolos, pues pensamos con símbolos²⁶. Peirce definirá tempranamente a la lógica como “la ciencia de las condiciones que permiten a los símbolos en general referirse a objetos” o “doctrina de la verdad”, y la definirá como una *simbolística*²⁷. Pero dado que los símbolos son representaciones, la lógica sería parte de la *semiótica*, que es la ciencia general de las representaciones²⁸. Incluso, Peirce sostuvo una teoría de la inferencia como *sustitución* de representaciones, según la cual en el argumento la inferencia consiste en una sustitución de una de las premisas por la conclusión, y la función de la proposición consiste en la sustitución de lo que es representado por el término sujeto por aquello que es representado por el término predicado²⁹. Peirce argumentó que era más ventajoso estudiar los fundamentos de la lógica desde la semiótica que desde la psicología, pues sus principios son más objetivos³⁰. Incluso, llegó a decir que pensamos en símbolos y que nuestros pensamientos son símbolos³¹. Por tanto, Peirce pretendió ofrecer una teoría semiótica del razonamiento³² y de esta manera evitar la amenaza del psicologismo.

Hacia finales del siglo XIX e inicio del XX, Peirce se interesó por la organización arquitectónica de las ciencias, de acuerdo con las relaciones de dependencia de unas ciencias respecto a los principios de otras³³. La primera ciencia y la más independiente de todas es la *matemática*, la cual estudia “qué es y qué no es lógicamente posible”. Debajo de esta está la

²⁶ 1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27. Cf. 1896, *MS 900, La lógica de las matemáticas: Un intento de desarrollar mis categorías desde adentro*, OLS, p. 227. Peirce coincidiría con Frege en su rechazo al psicologismo, aunque las soluciones de cada uno para evitarlo serían diferentes.

²⁷ 1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27, p. 75; 1872, *MS 179, W3.4*. Cf. 1867, *P 32, Nueva Lista*, OFR1.1; 1867, *P 34, Comprensión and Extensión*, W2.6; 1872, *MS 179, W3.4*.

²⁸ 1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27.

²⁹ 1867, *P 31, Clasificación*, W2.3. § I.4; 1873, *MS 212 W3.22; MS 232, W3.34*.

³⁰ 1873, *MS 217, W3.27; MS 221, W3.30*.

³¹ 1868, *P 26, Facultades*, OFR1.2; 1868, *P 26, Consecuencias*, OFR1.3.

³² Esto es especialmente evidente en p. ej., 1885, *P 269, Álgebra de la Lógica*, OFR1.16 § I y 1895, *MS 595, Del Razonamiento*, OFR2.3.

³³ El propósito de Peirce en este punto es muy semejante al del positivismo de Comte (ver, p. ej., 1903, *MS 478, Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18).

filosofía que “es *ciencia positiva* en el sentido de descubrir lo que realmente es verdadero”, pero es ciencia *cenoscópica* porque “se limita a tanta verdad como puede inferirse de la experiencia común.” Debajo está la *idioscopia* que “abarca todas las ciencias especiales, que se ocupan principalmente de la acumulación de nuevos hechos.” La filosofía, por su parte, se divide en tres ramas: fenomenología, ciencias normativas y metafísica. La *fenomenología* determina las categorías o “las clases de elementos universalmente presentes en el fenómeno”. La segunda rama son las *ciencias normativas*, que distinguen entre lo que debe y no debe ser, y se divide a la vez en tres ramas: la estética, la ética y la lógica. La *estética* es la ciencia de lo “objetivamente admirable sin razón ulterior alguna”. La *ética* es “la ciencia de lo correcto y lo incorrecto”. La *lógica* es “la teoría del pensamiento autocontrolado o deliberado”, pero en un sentido amplio, “es la ciencia de las leyes generales de los signos” o *semiótica*. Esta, a su vez, se divide en tres ramas: gramática especulativa, lógica crítica y metodéutica, que veremos más adelante (§ 4.4). La tercera rama de la filosofía es la *metafísica*, que “procura dar una explicación del universo, de la mente y la materia.”³⁴ Así que la semiótica es equiparada por Peirce a la lógica en sentido amplio. Como parte de las ciencias normativas, es dependiente de la teoría de las categorías de la fenomenología. Pero también, dentro de las ciencias normativas es dependiente de los principios de la estética y la ética. Por su parte, la semiótica, y las ciencias normativas en general, determinan a la metafísica; y la filosofía en su conjunto determina a las ciencias especiales. En general, la semiótica como lógica en sentido amplio, es una ciencia normativa respecto a las formas correctas de pensamiento, y pertenece a la filosofía como ciencia cenoscópica, precediendo a las ciencias especiales.

En concordancia con esta clasificación, es conveniente que revisemos primero la lógica de relativos y la fenomenología antes de pasar a la semiótica.

4.3 CATEGORÍAS Y LÓGICA DE RELATIVOS

El papel de la *fenomenología* es el de “discernir cuáles son los elementos, o, ...las clases de elementos que están invariablemente presentes en todo lo que está, en algún sentido, en la

³⁴ 1903, *MS 478, Esbozo de una Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18, pp. 331-333. Las denominaciones de *cenoscopia* e *idioscopia*, las toma Peirce de Bentham.

mente”³⁵ y, por tanto, tienen un carácter universal. Tales elementos son las *categorías*. En su temprano *Sobre una Nueva Lista de Categorías*³⁶, Peirce presenta una nueva teoría de las categorías, basado en la idea kantiana de que la función de la cognición es la unificación de la diversidad de la experiencia, y que esta unificación ocurre en el acto del juicio, que se expresa en la proposición. En este proceso de unificación existen dos extremos, por un lado, las *substancias*, o lo meramente presente; y por el otro, el *Ser* como concepto unificador, pero sin ningún contenido. Entre estos extremos, Peirce identifica tres categorías³⁷: En el juicio ocurre primero un acto de comparación, que involucra una referencia a un *fundamento* o *cualidad*, denotado por el término para el predicado; segundo, una referencia a un *correlato*, denotado por el término para el sujeto; y tercero, una *representación interpretante*, de la cual la cópula es signo, que representa al término de predicado como una representación de lo denotado por el término para sujeto. De aquí Peirce obtiene sus tres categorías: *Cualidad*, *Relación* y *Representación*³⁸.

Más adelante se referirá a estas categorías como *Primeridad*, *Segundidad* y *Terceridad*. En general, la *Primeridad* es aquello cuyo ser es en sí mismo, sin referencia a ninguna otra cosa, como lo son las *cualidades*. Por ejemplo, podemos experimentar la sensación de la rojez sin requerir pensar en algo más. La *Segundidad* es aquello cuyo ser involucra la referencia a algo más, es la otredad, y en la experiencia se manifiesta en la sensación de esfuerzo físico que involucra la acción muscular sobre el mundo externo y su reacción concomitante sobre nosotros. La *Terceridad* es aquello cuyo ser consiste en ser un medio en la relación entre un segundo y un primero, como lo son las *representaciones*, que ponen en relación un objeto con una mente, tal y como veremos en la siguiente sección. Peirce caracteriza a lo *Primero* como lo inmediato, espontáneo, incondicionalmente positivo; a lo *Segundo* como la fuerza bruta involucrada en los hechos entre objetos concretos; y a lo *Tercero* como aquella ley o hábito general, de carácter intelectual, que gobierna y ordena la realidad. En los últimos años, identificará a las categorías de *Primeridad*, *Segundidad* y *Terceridad* con los modos de ser metafísicos de lo posible, lo existente y lo necesario,

³⁵ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20, p. 340.

³⁶ 1867, *P32, Nueva Lista*, OFR1.1.

³⁷ Para derivar sus categorías, Peirce emplea el proceso de separación mental de *precisión* o *abstracción*, que consiste en considerar algo en ausencia de otro, y que distingue de la discriminación y la disociación (*Ibid.*, §§ 5-6).

³⁸ *Ibid.*, §§ 7-11.

respectivamente³⁹ (para una crítica, ver § 5.6). Como veremos más adelante, las tres categorías serán los criterios empleados por Peirce para caracterizar y clasificar a los signos (§§ 4.5-4.6).

Para la época de la *Nueva Lista* una de las razones que guiaron la idea de que las categorías son tres es que los objetos de la lógica tienden a disponerse en divisiones tripartitas⁴⁰, de manera que es posible dividir cada tercero en tres: La representación, como categoría tercera se divide en semejanzas, índices y símbolos. Los símbolos se dividen a su vez en términos, proposiciones y argumentos. Y los argumentos se dividen en hipótesis, inducciones y deducciones⁴¹. Sin embargo, una razón mucho más sólida para defender que las categorías son tres proviene de su *Lógica de Relativos*. El primero en hablar de una lógica de relaciones fue De Morgan, pues él consideraba que la silogística era insuficiente para expresar el carácter relacional de los enunciados matemáticos. Peirce desarrolló una nueva nomenclatura que permitía que el álgebra de Boole, originalmente un álgebra de clases, ampliara sus capacidades expresivas y fuera aplicable a expresiones relacionales⁴². Gracias a esta notación fue posible desarrollar un cálculo y un álgebra por el que Peirce es considerado el padre de la lógica de relaciones⁴³.

En las primeras formulaciones de su *Lógica de Relativos*, Peirce distinguió tres tipos de *términos lógicos*, que son paralelos a las categorías, estos son: términos absolutos, relativos simples y conjugativos⁴⁴. Los términos absolutos, o no relativos, son términos de *clase*, como *caballo*, *árbol* y *hombre*, y son el objeto primero del álgebra de Boole. Estos términos se obtienen por la *agregación* de términos individuales. Los *términos individuales* denotan solo individuos, y Peirce usó letras mayúsculas para denotarlos, mientras que usó minúsculas para los absolutos. Por ejemplo, ‘h’ denota *hombre*, de manera que $h = H +, H' +, H'' +, \text{etc.}$, donde cada H es un hombre individual⁴⁵. En segundo lugar, están los *términos*

³⁹ 1887/1888, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, Cap. I; 1903, *MS 308, Categorías Defendidas*, OFR2.12; 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20.

⁴⁰ Otra pista inicial para Peirce de que las categorías deben ser tres es que las referencias de un *símbolo* son tres, de acuerdo con la primera, segunda y tercer personas gramaticales (1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27.).

⁴¹ *Ibid.*, §§ 14-15. El primer descubrimiento lógico de Peirce es su clasificación de los argumentos en Hipótesis, Inducción y Deducción, a partir de un estudio sistemático del silogismo y las contraposiciones entre sus premisas y conclusión (1867, *P 31, Clasificación*, W2.3. Cf. 1878, *P 123, Deducción, Inducción e Hipótesis*, OFR1.12 § II).

⁴² 1870, *P 52, Notación*, W2.39.

⁴³ Walsh, 1999; Brady, 2000. Vale la pena señalar también la influencia del *Algebra Lineal* de su padre Benjamin Peirce (1870), sobre la cual Charles Peirce también realizó algunos desarrollos.

⁴⁴ 1870, *P 52, Notación*, W2.39.

⁴⁵ *Ibid.* El símbolo ‘+,’ hace referencia a la operación de *agregación*, o *suma lógica*, que consiste en la unión o disyunción inclusiva de clases. Peirce consideraba que los términos individuales son ideales, en el sentido de que nunca denotan un

relativos simples, los cuales se refieren a un objeto, pero que requieren de la referencia adicional a otro objeto para completar su denotación. Ejemplos de estos son *padre*, *profesor*, *amante*, *sirviente*, etc. Consisten en la agregación de relativos individuales de la forma (A : B), de los cuales A es el *relato* y B es su *correlato*, y se les llama términos relativos porque el término denota al relato, como en “padre de Juan”, en el que el padre es A y Juan es B o el correlato. Los pares A y B tienen una dirección y un orden, de manera que la relación va del relato al correlato y si se cambia de dirección se cambia de relación. La relación de Juan a su padre es “hijo de ___”, que es una relación diferente a “padre de ___”. Los términos relativos son denotados por letras minúsculas cursivas, de manera que *aX* es “amante de X” y *sh* es “sirviente de un hombre”⁴⁶. Finalmente, están los *términos conjugativos*, que son relativos de dos o más correlatos, pero Peirce se enfocó principalmente en los de dos correlatos (relativos triples). Se caracterizan porque el *relato* es un mediador de la relación entre sus dos correlatos. Por ejemplo “*dador* de ___ a ___” requiere de dos correlatos, uno denotado por la cosa dada y el otro al receptor de lo entregado. Aquí lo denotaremos con letra minúscula cursiva y en negrilla, así *dx*y es el dador de x a y. Peirce advierte que el orden de los correlatos es relevante, de tal manera que la relación “dador de x a y” (*dx*y) es diferente a la relación “dador a y de x” (*gyx*), y por eso deben expresarse con letras diferentes⁴⁷.

En la década de 1890, Peirce recibe el influjo del sistema de gráficos de A. B. Kempe, basado en los diagramas de los compuestos químicos. Esto motivará tanto a una reformulación de su lógica de relativos, como al desarrollo de sus propios sistemas de gráficos lógicos⁴⁸. Peirce comenzará a concebir a los términos lógicos como *verbos predicativos* (o *remas*, como se verá más adelante), distinguidos por el número de valencias o espacios vacíos a ser llenados por términos individuales para constituir una proposición completa o *médada*. A los términos absolutos los llama *mónadas* o predicados monádicos. Son predicados con un espacio vacío, como “___ es un hombre” o “___ es un caballo” (ver Fig. 4.1a). Un término relativo es ahora una *diada* o *relativo diádico*, como “___ ama ___” (ver Fig. 4.1b). Un relativo con una pluralidad de espacios es una *políada*, cuya *aridad* define

particular completamente determinado. Por ejemplo, Filipo de Macedonia es un término individual, pero no determina si denota a Filipo sobrio o borracho (1873, *MS* 223, W3.31).

⁴⁶ A pesar de que Peirce la llamó *lógica de relativos*, esta es en propiedad una lógica de relaciones, como se verá en el siguiente párrafo (Merril, 1997, § 2; Burch, 1997a, § 2).

⁴⁷ 1870, *P* 52, *Notación*, W2.39, p. 370.

⁴⁸ 1897, *The Logic of Relatives*, § 4.

su grado. Una *tríada* es un relativo de tercer grado, como “___ da ___ a ___” (ver Fig. 4.1c). Una *tétrada* es una políada de cuarto grado, como “___ vende ___ a ___ al precio ___”. Una *péntada* es una políada de quinto grado, y así⁴⁹. Peirce propuso gráficas valentales para representar estas relaciones⁵⁰. Consisten de un punto, del que se desprenden unas conexiones que representan al término relativo y sus espacios libres para ser llenados por términos individuales, como:

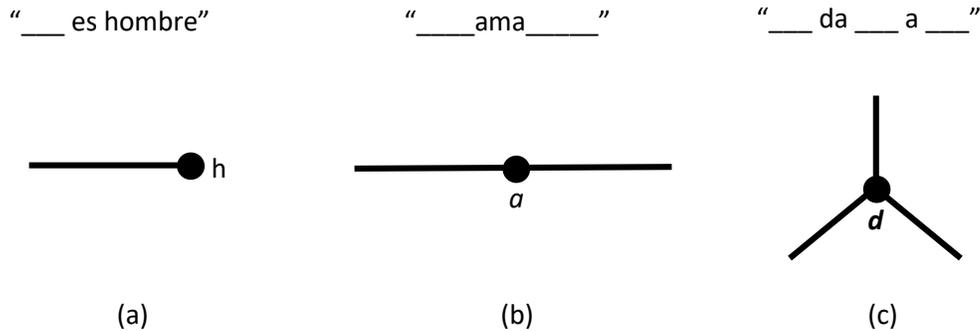


Figura 4.1. Gráficas valentales para un relativo monádico (a), diádico (b) y triádico (c)

Pero ¿qué relación hay entre la teoría de relativos y las categorías? La relación está en la formulación por parte de Peirce de su muy importante, pero también polémico, *Teorema de Reducción* (TR). Según TR, las mónadas, díadas y tríadas son términos lógicos primitivos, que no pueden ser reducidos a otros de un aridad inferior; mientras que en cambio las políadas de aridad cuatro o superior pueden ser reducidos a *triadas*⁵¹. La razón por la que TR es polémico, es porque en los sistemas de lógica simbólica moderna las relaciones triádicas son reducibles a relaciones diádicas. Por ejemplo, “Ecuador se encuentra entre Colombia y Perú” puede ser reducido a la conjunción de las relaciones diádicas “Ecuador está al sur de Colombia” y “Ecuador está al norte de Perú”⁵². Sin embargo, la lógica de relativos de Peirce no considera que el anterior sea un ejemplo de una relación triádica genuina. Para entender por qué esto es así, y las razones del teorema, hay que ver qué se entiende aquí por reducción.

⁴⁹ 1897, *The Logic of Relatives*; 1898, *The Logic of Relatives*, RLT, Cap. 3.

⁵⁰ 1896, MS 482, *On Logical Graphs*, LOF, Cap. 5. Sin embargo, estas gráficas han sido más desarrolladas por Herzberger (1981) y Burch (1992, 1997b).

⁵¹ Este teorema fue formulado desde muy temprano en su *Notación* (1870, P 52, W2.39) y fue sostenido por Peirce a lo largo de toda su vida (p. ej., 1887/1888, MS 909, *Conjetura*, OFR1.19, Cap. 1).

⁵² Quine, entre otros (ver Burch, 1991).

Por reducción se considera el caso en el cual una expresión lógica resulta de la *composición* de otras. La composición es la operación más importante en la lógica de relativos, y también se le llama *multiplicación lógica* o *producto relativo*, y consiste en la *aplicación* de una relación a otra⁵³. Veamos algunos ejemplos, a la vez que se va explicando el TR.

La composición (o aplicación) de un término absoluto, como ‘hombre’ (h) a un término individual como ‘Carlos’ (C) daría “Carlos es un hombre” (hC). La composición de dos términos absolutos como ‘francés’ (f) y ‘violinista’ (v) nos da “francés violinista” (fv), pero no obtenemos un término relativo, sino otra mónada: “___ es un francés violinista” (ver Fig. 4.2a). En consecuencia, los términos relativos simples no se obtienen de la composición de términos absolutos, así que no son reducibles a estos. La composición de un término relativo simple, como ‘sirviente de’ (s) y una mónada como ‘francés’ (f) nos da otra mónada: “___ es sirviente de un francés”. Por su parte, la combinación de dos términos relativos simples o díadas, como ‘amante’ (a) y ‘benefactor’ (b) nos da solo otra díada: (ab) “___ es un amante de un benefactor de ___”⁵⁴ (ver Fig. 4.2b). Ahora, si tenemos la triada “A da B a C” podría suponerse que está constituida por tres relaciones diádicas: “A cede B”, “B es tomado por C” y “C es afectado por A”. Sin embargo, es posible observar que las condiciones de verdad de estos tres hechos tomados en conjunción no son las mismas que la del hecho “A da B a C”; es decir, es posible que las tres relaciones diádicas sean simultáneamente verdaderas sin que sea verdad que “A da B a C”. Y dado que la combinación de díadas solo no da díadas, no obtenemos el hecho triple involucrado en la relación de “dar”⁵⁵. Es decir, la combinación de tres díadas: “___ es cededor de lo obtenido por afectado por ___ (el mismo)” (Fig. 4.2c) no es lo mismo que el hecho triádico “___ es dador de ___ a ___” (Fig. 4.1c).

⁵³ 1870, P 52, *Notación*, W2.39. Cf. Herzberger, 1981.

⁵⁴ En el caso de los relativos diádicos, la *composición* de dos relaciones *diádicas* involucra la formación de una nueva relación diádica: $axybyz = abxz$. Por ejemplo, ‘tío’ (t) es un término relativo que surge de la composición de los términos relativos hermano (h) y progenitor (p), es decir, el tío es el hermano del progenitor de alguien o $hp = t$; así que si $hxyptyz = t_xz$. Sólo es operativa si el correlato del primer relativo se identifica con el relato del segundo relativo, y por tanto es una operación no conjugativa (*Ibid*).

⁵⁵ 1887/1888, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, Cap. I.

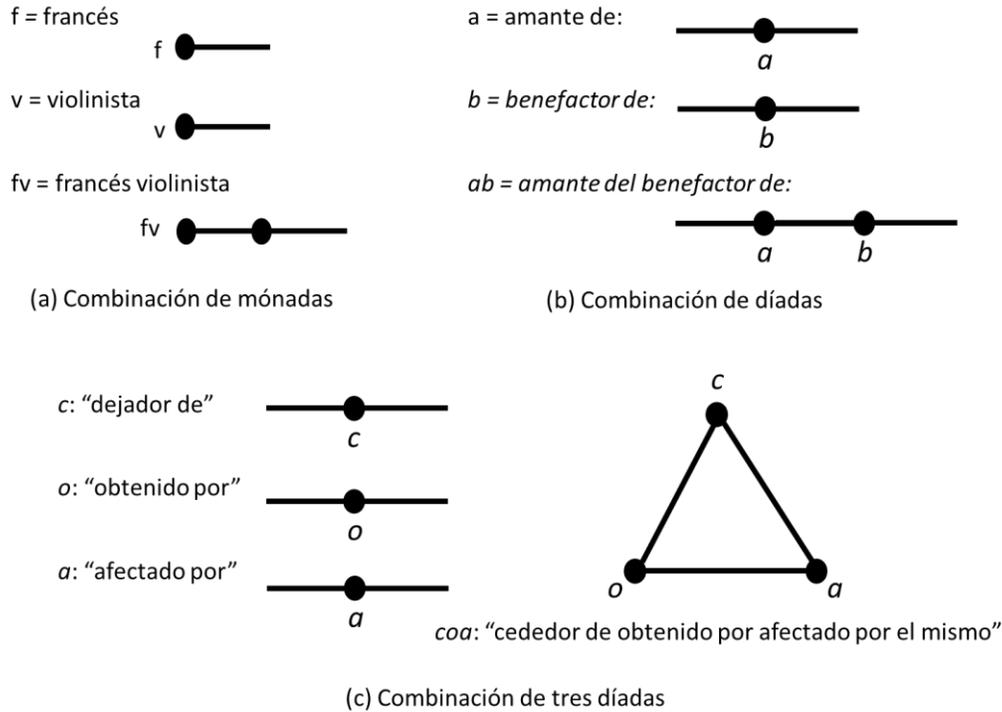


Figura 4.2. Combinaciones de dos mónadas (a), dos díadas (b) y tres díadas (c).

En contraste, un hecho tetrádico, como “A vende B a C por el precio D” podría ser obtenido a partir de la composición de ciertas relaciones triádicas como: “A asigna el valor D a B”, “C acepta que B vale D”, “A entrega B a C” y “C entrega D a A”⁵⁶ (ver Fig. 4.3). Esto es posible porque como las relaciones triádicas son relaciones de mediación, tienen un carácter constructivo que no tienen las relaciones monádicas ni diádicas. En consecuencia, las mónadas, diadas y triadas son las unidades lógicas básicas irreductibles, mientras que políadas de cuatro o más valencias serían reducibles a triadas (así como la composición de triadas con díadas y mónadas). De esta manera, el teorema de reducción de Peirce es un apoyo lógico para fundamentar a las categorías, y sus implicaciones metafísicas son muy importantes, como veremos más adelante.

⁵⁶ Aquí hago una simplificación del análisis presentado por Peirce en *RLT*, Cap. 3, p. 155. Para una discusión más amplia, ver § 9.1.2.

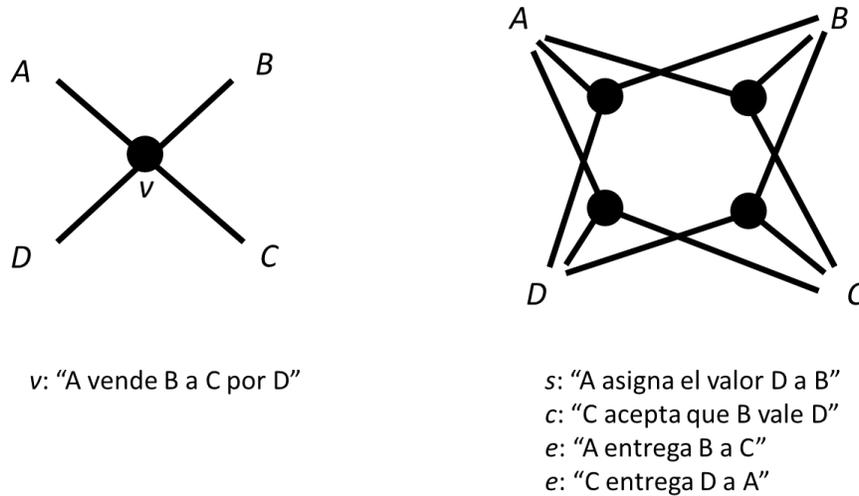


Figura 4.3. Relación tetrádica compuesta de relaciones triádicas.

Para explicar por qué una relación como “Ecuador se encuentra entre Colombia y Perú” no es una verdadera relación triádica, Peirce introduce la distinción entre relaciones genuinas y degeneradas⁵⁷. Peirce se basa en la distinción medieval entre *relaciones reales* y *relaciones de razón*: Una relación real o genuina es aquella que *subsiste* gracias a la existencia independiente de sus correlatos y sus propiedades. En cambio, una relación de razón o degenerada es aquella en la cual la propiedad relativa de un sujeto se mantiene, a pesar de la destrucción de su correlato⁵⁸. La relación diádica “A es hermano de B” es genuina, pues subsiste solo con la existencia de B, mientras que la relación comparativa “A es tan alto como B” es degenerada, pues la altura de A será la misma irrespectivamente de la existencia de B⁵⁹. Por su parte, Peirce distingue entre relaciones triádicas genuinas y degeneradas en primer y segundo grado. Las triadas genuinas serían aquellas en las que el hecho constitutivo es realmente triádico, como en la relación de *dar* (Fig. 4.1c). Las triadas degeneradas en primer grado están constituidas por hechos diádicos (p. ej., Fig. 2c) y las degeneradas en segundo grado por hechos monádicos. Ahora bien, la relación “Ecuador se encuentra entre Colombia y Perú” podría bien analizarse como una relación triádica degenerada de primer

⁵⁷ Esta distinción es introducida por Peirce en su *Algebra de la Lógica* (1885, P 296, OFR1.16, § I). Los términos *genuino* y *degenerado* son tomados por analogía de la geometría: “Las secciones cónicas son, o las curvas llamadas así habitualmente, o los pares de líneas rectas. Un par de líneas rectas se llama una cónica degenerada. Así que las curvas planas cúbicas son, o bien curvas genuinas de tercer orden, o bien cónicas emparejadas con líneas rectas, o consisten en tres líneas rectas; de modo que hay dos órdenes de cúbicas degeneradas.” (1887/1888, MS 909, *Conjetura*, OFR1.19, Cap. I, p. 297).

⁵⁸ *Ibid.* Cf. 1870, P 52, *Notación*, W2.39, p. 420. Cf. Murphey, 1961, Cap. XV.

⁵⁹ *Ibid.*, 1888, MS 1600, *Tricotomía*, OFR1.20, Cap. 1.

grado, pues está constituida de los hechos diádicos: “Ecuador está al sur de Colombia” y “Ecuador está al norte de Perú”; por lo tanto, no constituye un hecho triádico genuino. La distinción entre relaciones genuinas y degeneradas es la base del *principio de sub-división categorial*, según el cual las Primeridades son indivisibles, mientras que se pueden reconocer dos Segundidades: una genuina y otra degenerada; y tres Terceridades: una genuina, una degenerada de primer grado y otra degenerada de segundo grado. Este principio será empleado más adelante por Peirce en su clasificación de los signos (§§ 4.5-4.6).

Con estos fundamentos en la teoría de las categorías y la teoría de relativos podemos comenzar a revisar la semiótica de Peirce.

4.4 SEMIÓTICA, SIGNO Y SEMIOSIS

Peirce había concebido inicialmente a la lógica como la ciencia de la referencia de los símbolos a sus objetos (§ 4.2). Sin embargo, hacia la década de 1890 sintió la necesidad de ampliar la lógica hasta equipararla con la semiótica o doctrina de los signos. La razón es que el estudio de las formas correctas de razonamiento requiere un estudio previo de la representación en general, que es dominio de la semiótica; cuyo desarrollo creía Peirce debería ser responsabilidad del lógico⁶⁰. La *semiótica* o lógica en general, se divide en un *trivium*. Primero está la *Gramática Especulativa*, la cual es la “teoría general de la naturaleza y los significados de los signos”, o “el estudio de esas leyes a las que un signo debe conformarse para significar lo que tiene que significar”⁶¹, y trata en buena medida de la clasificación de los signos. Segundo, la *Lógica Crítica*, o lógica en sentido estrecho o propio, como “la ciencia formal de las condiciones de verdad de las representaciones”, y que “clasifica los argumentos y determina la validez y grado de fuerza de cada uno”⁶². Tercero, la *Retórica Formal*, que trata de “las condiciones formales de fuerza de los símbolos, ...de su poder de apelar a una mente, o sea de su referencia en general a interpretantes.”⁶³. Más adelante la llamó *Metodéutica*, como el estudio de “los métodos que deberían proseguirse en

⁶⁰ 1895, *MS 595, Del Razonamiento en General*, en *Short Logic*, OFR2.3; 1896, *MS 900, La lógica de las matemáticas: Un intento de desarrollar mis categorías desde adentro*, en OLS.

⁶¹ 1903, *MS 478, Esbozo de una Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18, p. 333; 1902, *L 75, Carnegie Applications*, memoria 13, en *LS*, p. 84. Peirce toma esta denominación del *Tractatus de modis significandi sive Grammatica Speculativa*, atribuida a Duns Escoto. Sin embargo, en el siglo XX se estableció que esta obra no era de Escoto (OFR2.3, n. 6, p. 600).

⁶² 1897, *MS 798, [On Signs]*, OLS, p. 245; 1903, *MS 478, Esbozo de una Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18, p. 333.

⁶³ 1896, *MS 900, La lógica de las matemáticas: Un intento de desarrollar mis categorías desde adentro*, en OLS, p. 227.

la investigación, en la exposición y en la aplicación de la verdad”⁶⁴, y que es responsable de la organización de los argumentos en el método científico. La gramática especulativa tiene un papel propedéutico para la lógica crítica, que era el principal objetivo de Peirce. Los temas del resto de este capítulo se circunscriben a la gramática especulativa.

En esta sección hablaremos de la concepción peirceana de signo. Una dificultad importante para abordar este tema consiste en el hecho de que la concepción de Peirce sobre el signo tuvo cambios importantes a través de los años y se complejizó mucho durante la última década de su vida. Sin embargo, hay una serie de convicciones nucleares relativamente constantes en las diferentes épocas de su pensamiento. En esta sección intentaré mostrar en qué consisten estas convicciones nucleares, y en las próximas dos secciones veremos cómo se complejiza el concepto de signo.

Peirce usó con frecuencia las palabras ‘representación’, ‘signo’ y ‘representamen’ de modo intercambiable. La palabra ‘representación’ tiene la curiosa ambigüedad de que se refiere tanto a un objeto como a una relación. La representación-objeto es la que realiza la representación-relación, o mejor, es el *relato* de dicha relación. En su sentido más elemental, una representación es “una cosa que está por otra cosa”⁶⁵. Esto es semejante y compatible con las teorías de la representación mental que abordamos en el capítulo anterior. Sin embargo, para Peirce lo que está involucrado en la relación de representación es más complejo que simplemente la relación diádica entre una representación-objeto y un objeto representado, y es mejor descrita por la noción de *signo*. Pero, ¿qué es un *signo*? Peirce ofreció muchas definiciones de signo, la mayoría con sutiles diferencias de énfasis en algún aspecto, pero a veces con algún cambio subyacente importante en la doctrina⁶⁶. Veamos las siguientes definiciones como punto de partida:

- (1) Un *signo* es una cosa que sirve para transmitir conocimiento de alguna otra cosa y que *está en lugar de esta o la representa*. Esta cosa se llama *objeto* del signo; la idea en la

⁶⁴ 1903, *MS 478, Esbozo de una Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18, pp. 333. De todas maneras, retórica y metodéutica se relacionan en cuanto a la manera de presentar los resultados de la investigación científica, en algo más o menos cercano a lo que los positivistas lógicos llamaron contexto de justificación (ver en especial, 1904, *MS 774, Ideas, Sueltas o Robadas*, OFR2.23).

⁶⁵ 1873, *MS 217, Chap. 5th*, W3.27, p. 76. Cf. 1865, *MS 108, Teleological Logic*, W1.36; 1873, *MS 212, On Representations*, W3.22.

⁶⁶ Robert Marty (2001) recogió 76 definiciones diferentes, organizadas cronológicamente; con la adición de otras 12 por Alfred Lang.

mente que el signo provoca, que es un signo mental del mismo objeto, se llama *interpretante* del signo.⁶⁷

- (2) [U]n signo es una cosa la cual representa una segunda cosa para una tercera cosa, el pensamiento interpretador.⁶⁸
- (3) La mediación genuina es el carácter de un Signo. Un signo es cualquier cosa que está relacionada a una Segunda cosa, su Objeto, respecto a una Cualidad, en forma tal como para traer una Tercera cosa, su Interpretante, a una relación al mismo Objeto, y aquella en tal forma como para traer una Cuarta en relación a dicho Objeto en la misma forma, *ad infinitum*. Si la serie se rompe, el Signo, en dicha medida, no alcanza el carácter significativo perfecto.⁶⁹
- (4) [U]n signo es algo, A, que pone a algo, B, su signo interpretante determinado o creado por él, en la misma clase de correspondencia con algo, C, su objeto, en la que él mismo está con C.⁷⁰

Parfraseando estas definiciones de forma general podemos decir que un *signo* (Σ) o *representamen* es una cosa que representa o está en el lugar de otra cosa, llamada su *objeto* (O), para generar en la mente de alguien un *interpretante* (I), que sería un nuevo signo sobre ese mismo objeto. El signo, el objeto y el interpretante son los tres elementos de una relación triádica, de tal manera que la relación de representación (*r*) tiene una estructura triádica, en la que entra en juego el *interpretante* como un elemento esencial.

Veamos algunos ejemplos para hacerlo más claro. Un mapa del metro es un *signo* que representa la disposición espacial de las estaciones del metro, que es el *objeto*, y que genera en alguien alguna idea o pensamiento sobre dicha disposición, el *interpretante*, el cual eventualmente determinará cómo esa persona se moverá en el metro. Si alguien va conduciendo un coche, el encendido de la luz roja de un semáforo es un signo de que quienes vienen en sentido perpendicular tienen permiso de paso (su objeto), y el interpretante es el hecho de percatarse de ello y actuar en conformidad deteniendo el coche. Una etiqueta de “frágil” sobre una caja es un signo de la propiedad de fragilidad de lo que contiene la caja (el

⁶⁷ 1895, *MS 595, Del Razonamiento*, OFR2.3, p. 63.

⁶⁸ 1898, *RLT*, Cap. 3, p. 146.

⁶⁹ 1902, *Partial synopsis of a proposed work in logic*, CP2.92.

⁷⁰ 1902, *L 75, Carnegie Applications, Memoria 12*, en *LS*, p. 79.

objeto), y el interpretante es la anticipación de que cualquier movimiento brusco podría dañar el contenido de la caja, lo que conducirá a que esta se trate con mayor cuidado. Retomando lo visto en la sección anterior, la relación de representación tendría la siguiente estructura:

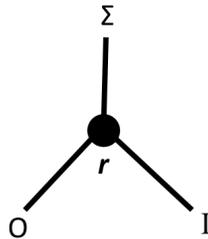


Figura 4.4. Estructura de la relación de representación.

Una forma empleada muchas veces por Peirce para analizar al signo es analizarlo de acuerdo con las categorías. En su Primeridad, el signo se toma en sí mismo; en su Segundidad, se analiza en su relación con el objeto; y en su Terceridad, se analiza en relación con el interpretante. En cuanto a su Primeridad, tomando en sí mismo, el signo es un objeto que tiene sus propias cualidades, como se menciona en (1), (2) y (4), y por las cuales el signo puede ser discriminado de otros objetos⁷¹. Esto supone que normalmente estamos para con el signo en una relación de *percepción directa*. Sin embargo, es *a través* del signo que se tiene una relación *mediata* con el objeto representado. A las características intrínsecas del signo Peirce las llama *cualidades materiales*, en oposición a las *cualidades imputadas*, especialmente en el caso de los símbolos. Así, por ejemplo, la palabra “blanco” en este documento aparece escrita en color negro, y la negrura hace parte de sus cualidades materiales, aunque su significado corresponde a la cualidad cromática opuesta de la blancura. Estas cualidades imputadas “solamente pueden ser vistas por el ojo de la mente”⁷². Es como si el signo se *transparentara* de sus cualidades materiales, para mostrarnos el objeto a través del él.

En cuanto a su Segundidad, el signo se encuentra en una relación diádica con su objeto. Pero, ¿de qué naturaleza es esa relación? Dicha cualidad corresponde a lo que llamaremos *cualidad representativa*, y es la base de la distinción entre ícono, índice y

⁷¹ 1873, *MS 217, Chap. 5th*, W3.27; 1873, *MS 221, Chap. 7*, W3.30.

⁷² 1873, *MS 213, On Representations*, W3.23, pp. 65-66. Cf. 1873, *MS 214, On the nature of signs*, W3.24.

símbolo, que trataremos en la próxima sección. Sin entrar en los detalles de la siguiente sección, Peirce afirma que el objeto se encuentra en una relación de *determinación* para con el signo: “UN SIGNO es un Cognoscible que, por un lado, está determinado (esto es, especializado, *bestimmt*) así por algo distinto a sí mismo, llamado su Objeto [...]”⁷³ Esta relación de determinación es no simétrica: “el signo no afecta al objeto, sino que es afectado por este...”⁷⁴ Pero, ¿esto quiere decir que el objeto causa al signo? En ocasiones sugiere esto⁷⁵. Pero como veremos más adelante, esto se sostendrá solo para el caso de los índices. Más bien, en cambio, él emplea la palabra *determinación* en el sentido de restricción de las propiedades de algo⁷⁶, y en este caso lo que se quiere decir es que el objeto restringe al signo en cuanto a las propiedades por las cuales el signo puede representarlo⁷⁷, lo cual sería común a toda clase de signo.

Como se ha dicho, la relación de determinación del objeto al signo es unidireccional. Esto involucra que el objeto es independiente del signo, y por tanto, es real, en el sentido dado en § 4.2; es decir, el objeto posee sus características independiente de cómo sea representado en el signo⁷⁸. Hacia el final de sus indagaciones, Peirce lo llamará objeto *dinámico* o *real*⁷⁹. En ocasiones, como en (1), Peirce describe la relación *sígnica* como una relación de *conocimiento*. Dice: “una experiencia del primero [el signo] nos ofrece un conocimiento del último [el objeto]”⁸⁰. Por tanto, la relación semiótica es también una relación epistémica, en la que el signo puede ser verdadero o falso respecto a su objeto⁸¹. Esto cumple con los intereses epistemológicos de la lógica entendida como semiótica.

En cuanto a su Terceridad, el signo se estudia en relación con su interpretante. En (4) y (1) se dice que el signo determina, provoca o crea su interpretante. Así que mientras “[e]n su relación al Objeto, el signo es *pasivo*; [...] en su relación al interpretante el signo es *activo*, determinando el interpretante sin ser en sí mismo por tanto afectado.”⁸² Pero, ¿qué es en sí

⁷³ 1909, L 224, Carta a William James del 26 de febrero, OFR2.33, p. 583. Cf. 1906, MS 286, La Base del Pragmatismo en las Ciencias Normativas, OFR2.27.II.9, p. 474; 1906, Carta a Leidy Welby de marzo 9, OFR2.32, p. 567; 1907, MS 318, Pragmatismo, OFR2.28, p. 494.

⁷⁴ 1903, Lowell Lecture III, 3d draught, Marty, 2001, definición 17.

⁷⁵ P. ej., 1873, MS 213, On Representations, W3.23; MS 217, Chap. 5th, W3.27; MS 221, Chap. 7, W3.30.

⁷⁶ 1906, MS 286, La Base del Pragmatismo en las Ciencias Normativas, OFR2.27, pp. 475-479.

⁷⁷ Cf. 1906, Prolegomena to an Apology for Pragmatism, § 2, CP4.531.

⁷⁸ “Un signo se conecta con la “Verdad”, esto es, la totalidad del Universo del ser...”, 1904, Nuevos Elementos, OFR2.22 § III.1, p. 379.

⁷⁹ P. ej., 1906, L 463, Carta a Lady Welby de primavera, OFR2.32; 1907, MS 318, Pragmatismo, OFR2.28.

⁸⁰ 1873, MS 212, On Representations, W3.22, p. 62.

⁸¹ Cf. 1865, MS 94, Harvard Lecture I, W1.27.

⁸² MS 793, citado por Bellucci, 2018, p. 321, traducción mía.

un *interpretante*? Peirce dice que el signo apela a una mente, “se dirige a sí mismo a una mente”, “está por otra cosa para una mente”⁸³. Pero el interpretante no es una mente o un individuo, sino que más bien es un “efecto mental o pensamiento”, una “modificación de conciencia” del intérprete, que involucra “algún tipo de acción mental, ya sea voluntaria o no”⁸⁴. Sin embargo, a pesar de que el signo determine al interpretante, esta no es una mera relación diádica, sino que al contrario hace parte de una relación triádica más compleja (ver Fig. 3), que Peirce caracteriza mejor con el término ‘representamen’:

(5) Un *Representamen* es el Primer Correlato de una relación triádica, de la que el Segundo Correlato se denomina su *Objeto* y el Tercer Correlato posible se denomina su *Interpretante*. Mediante esa relación triádica el Interpretante posible está determinado como Primer Correlato de la misma relación triádica con el mismo Objeto, y para algún Interpretante posible⁸⁵.

En otras palabras, un representamen es algo determinado por su objeto y que determina a su interpretante para que esté en la misma relación de representamen para con el mismo objeto. Obsérvese que el tipo de esquema relacional involucrado en (5) es el mismo mencionado previamente en (4), solo que en ese caso se habla de *signo* en vez de *representamen*. Un signo es un tipo o subclase de representamen: “Un *Signo* es un Representamen con un Interpretante mental.”⁸⁶ Ahora bien, el signo o representamen es el relato o primer correlato de la relación triádica, y como tal es un mediador: “[u]n signo media entre un signo interpretante y su objeto”, “[u]n signo es un tercero que media entre la mente a la que se dirige y el objeto representado”⁸⁷. Así como la relación de *dar* es una relación conjugativa, en la que el dador pone en relación al objeto dado con el receptor, de igual forma la relación de *representación* (*r*) es una relación conjugativa, en la cual el signo (Σ) pone en relación al objeto (O) y el interpretante (I). Peirce llama *semiosis* a esta acción triádica del signo⁸⁸.

⁸³ 1873, *MS 212, On Representations*, W3.22, p. 62; 1873, *MS 221, Chap. 7*, W3.30, p. 83.

⁸⁴ 1899, *Notes on "A New List"*, CP1.564; 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, p. 495; 1911, *MS 849, A logical Criticism of Some Articles of Religious Faith*, en Marty, 2001, definición 56.

⁸⁵ 1903, *MS 540, Nomenclatura y Divisiones de las Relaciones Triádicas*, OFR2.21, p. 365.

⁸⁶ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20, p. 346.

⁸⁷ 1904, *Carta a Leidy Welby del 12 de octubre*, CP8.832, en Marty, 2001, definición 28; 1888, *MS 1600, Tricotomía*, OFR1.20, p. 324.

⁸⁸ 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, p. 495.

Pero, ¿en qué consiste la relación entre el objeto y el interpretante? Esta es también una relación diádica de determinación del objeto hacia el interpretante. Pero no se reduce solo a eso, sino que, como se menciona en (3), (4) y (5), el signo pone al interpretante en la misma relación en que él está para con el objeto, es decir, el interpretante es también un signo o representamen del objeto. Este signo-interpretante es un pensamiento que está también en una relación de representación para con el objeto, es decir, se refiere al objeto, es acerca del objeto. Este paso le permite a Peirce tratar a los pensamientos como signos. Pero como signo, el pensamiento está también en una relación triádica con su objeto, y debe también determinar un nuevo signo-interpretante o pensamiento, como se dice en (4). El valor intelectual de un pensamiento no está en su contenido intrínseco, sino en sus consecuencias inferenciales⁸⁹. Se crea, entonces, un proceso de interpretación dirigido *ad infinitum*, que se cortará cuando haya algún pensamiento-signo no interpretado. En el próximo capítulo trataré más a fondo este aspecto de la semiosis infinita (§ 5.2).

Finalmente, Peirce advierte que un signo “debe no solamente estar en relación con su objeto, sino que debe ser concebido por la mente como teniendo dicha relación”, “[u]n Signo no funciona como un signo a menos que sea entendido como un signo”; “es necesario para un signo ser un signo que deba ser considerado como un signo para aquella mente que lo considera y si no es un signo para alguna mente no es un signo en absoluto”⁹⁰. Que una mente considere a algo un signo de un objeto particular se fundamenta en algún principio de *asociación*: “La idea del objeto representante excita en la mente una idea del objeto representado, de acuerdo con algún principio de asociación ya establecido como un hábito en la mente”⁹¹. Para que esto sea posible, se requiere que exista un conocimiento previo del objeto por parte del intérprete, a través de lo que Peirce llamó *observación colateral*⁹². Volveré sobre estos importantes aspectos en el siguiente capítulo (§§ 5.1, 5.3, 5.5).

⁸⁹ 1873, *MS 217, Chap. 5th*, W3.27; *MS 221, Chap. 7*, W3.30; *MS 239, Chapter V*, W3.38.

⁹⁰ 1873, *MS 221, Chap. 7*, W3.30, p. 83; 1902, *MS 599, Reason's Rule*, en Marty, 2001, definición 16; 1873, *MS 214, On the nature of signs*, W3.24, pp. 66-66.

⁹¹ 1873, *MS 213, On Representations*, W3.23, p. 66; Cf. 1873, *MS 212, On Representations*, W3.22, p. 62.

⁹² 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28.

4.5 ÍCONOS, ÍNDICES Y SÍMBOLOS

Una de las tareas de la gramática especulativa es la de realizar una clasificación de los signos, de acuerdo con sus características formales. La primera división de los signos formulada por Peirce es entre íconos, índices y símbolos. Esta es una clasificación basada en el tipo de relación sostenida entre el signo y su objeto, que en ocasiones Peirce llamó la *característica significativa* o *cualidad representativa* del signo⁹³. Estas cualidades son distinguidas según la teoría de las categorías. La cualidad representativa del *ícono* es del tipo de la Primeridad, pues un ícono representa a su objeto por sus propias cualidades, y porque hay alguna relación de semejanza con las cualidades del objeto al que representa. La cualidad representativa del *índice* es del tipo de la Segundidad, pues se basa en una relación real o dinámica de determinación del signo por parte del objeto que representa. Finalmente, la cualidad representativa del *símbolo* es del tipo de la Terceridad, porque consiste en una *cualidad imputada*⁹⁴. Dado a que el interés principal de Peirce era la lógica, e inicialmente concibió a la lógica como una simbolística, la atención que Peirce prestó a los íconos y los índices en la parte temprana de su obra fue escasa y marginal. Sin embargo, durante su actividad académica en la *Johns Hopkins* (1879-1884), y en especial por su trabajo en cuantificación junto a O.H. Mitchell, Peirce comenzó a prestar más atención de los papeles de los íconos e índices en el razonamiento lógico y matemático. En su *Álgebra de la Lógica* de 1885, Peirce introduce la teoría de las relaciones triádicas genuina y degenerada para dar cuenta de estas tres clases de signos⁹⁵. Veamos a continuación cada uno de estos signos bajo dicha teoría.

En los *íconos* prevalece una relación triádica degenerada en segundo grado, en el que la relación diádica entre el signo y el objeto es de razón, en particular, una relación de *semejanza*⁹⁶. El ícono “está en lugar de algo tan solo porque se asemeja a ello”, “representa a un objeto en tanto que se parece a ese objeto”; “sus cualidades se parecen a aquellas de ese objeto y provocan sensaciones análogas en la mente para la que es una semejanza”, de tal manera que “provoca una idea naturalmente vinculada a la idea que ese objeto provocaría.”⁹⁷ Ejemplos de íconos son los retratos, las fotografías, los gestos imitativos en la comunicación,

⁹³ Por ejemplo, 1902, *L 75, Carnegie Applications*, Memoria 13, en LS; 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20.

⁹⁴ 1867, *P 32, Nueva Lista*, § 14.

⁹⁵ 1885, *P 269, Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, § I.

⁹⁶ *Ibid.*; 1887/1888, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, Cap. I; 1888, *MS 1600, Tricotomías*, OFR1.20; 1903, *MS, 308, Las Categorías Defendidas*, OFR2.12.

⁹⁷ 1885, *P 269, Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 272; 1902, *L 75, Carnegie Applications, Memoria 13*, LS, p. 84; 1894, *MS 404, ¿Qué es un signo?*, OFR2.2, p. 59; 1895, *MS 595, Del Razonamiento*, OFR2.3, p. 63.

la escritura jeroglífica, las figuras geométricas, los diagramas, las gráficas y hasta las ecuaciones algebraicas⁹⁸. Además, el ícono “es un representamen que cumple la función de un representamen en virtud de un carácter que posee en sí mismo, y que poseería igualmente, aunque su objeto no existiera”. Por tanto, no es requisito para el ícono que su objeto exista, y por eso puede representar incluso inexistentes, como la representación de un centauro. Dada que la relación con el objeto puede subsistir a pesar de que el objeto no exista, la relación diádica objeto-signo es degenerada. Incluso, por la similitud de caracteres, “hay un momento en el que perdemos la conciencia de que no es la cosa, la distinción entre lo real y la copia desaparece y por el momento es un puro ensueño”⁹⁹. Por eso, “no hay una discriminación nítida entre el signo y la cosa significada. La mente flota en un mundo ideal y no se pregunta, ni le importa, si es real o no.”¹⁰⁰

En el *índice* la relación diádica entre el signo y el objeto es una relación diádica genuina, es decir, es una conexión dinámica o real, que hace parte de una relación triádica degenerada en el primer grado¹⁰¹. En este caso, “el signo media entre el objeto y la mente en virtud de conexiones dinámicas con el objeto, por un lado, y con la mente por otro.”¹⁰² A diferencia del ícono, “es un representamen que cumple la función de un representamen en virtud de un carácter que no podría tener si su objeto no existiera”; pero además “ha de haber una relación dual directa del signo con su objeto independientemente de la mente que usa el signo.”¹⁰³ Todos los llamados signos naturales serían casos de índices, así como los síntomas físicos, siendo quizás su prototipo el dedo que señala. También los instrumentos usados para medir variables físicas, como un reloj de sol, un barómetro, una plomada, una veleta. Otros ejemplos de índices que da Peirce son la forma de caminar por la que sé que alguien es un marinero, o cierta forma de vestir por la que sé que alguien es un jinete, o un letrero que señala un camino que hay que tomar. Entran dentro de los índices aquellos indicadores con significado natural en las teorías de Grice y Dretske (§ 3.8). Pero también hay muchas

⁹⁸ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, § I; 1887/1888, MS 909, *Conjetura*, OFR1.19, Cap. I; 1894, MS 404, *¿Qué es un signo?*, OFR2.2, § 4; 1895, MS 595, *Del Razonamiento*, OFR2.3, Art. 6. Hacia 1903 llama *hipoíconos* a aquellos objetos existentes que significan icónicamente por sus cualidades, y siguiendo la teoría de las categorías distingue entre *imágenes, diagramas y metáforas* (1903, MS 478, *Concepciones*, OFR2.20, p. 347), pero esta no fue una distinción que sostuviera después.

⁹⁹ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 272.

¹⁰⁰ 1888, MS 1600, *Tricotomías*, OFR1.20, p. 324.

¹⁰¹ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, § I; 1887/1888, MS 909, *Conjetura*, OFR1.19, Cap. I; 1888, MS 1600, *Tricotomías*, OFR1.20.

¹⁰² *Ibid.*, p. 324.

¹⁰³ 1903, MS, 308, *Las Categorías Defendidas*, OFR2.12, p. 225; 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 272.

expresiones lingüísticas que tienen una función primordialmente indicativa, como los pronombres demostrativos, los pronombres relativos, las terminaciones en las lenguas flexivas, los pronombres posesivos, los pronombres indefinidos, los adverbios, las preposiciones y frases preposicionales¹⁰⁴. Una propiedad importante de los índices es que ellos llaman nuestra atención y la hacen dirigir hacia el objeto: “El índice no asevera nada; sólo dice: “¡ahí!” Toma nuestros ojos, por así decirlo, y los dirige forzosamente a un objeto particular y ahí se para.” Por eso, “Cualquier cosa que fije la atención es una indicación. Cualquier cosa que nos sobresalta es una indicación.”¹⁰⁵

El *símbolo* es una clase de signo que corresponde a una relación triádica genuina, en la cual “la relación del signo con la cosa significada es tal que subsiste solo en virtud de la relación del signo con la mente a la que se dirige”, de manera que su *carácter significante* consiste en “su ser representado como siendo un signo”, en que “será interpretado como un representamen”; así que, “[e]l símbolo está conectado con su objeto en virtud de la idea de la mente que usa el símbolo, sin la que no existiría ninguna conexión tal”¹⁰⁶. Esto es posible gracias a que “el signo se relaciona con su objeto sólo como consecuencia de una asociación mental, y depende de un hábito.” Por eso, “[t]ales signos son siempre abstractos y generales, ya que los hábitos son reglas generales a las que un organismo ha llegado a estar sujeto. En su mayor parte son convencionales o arbitrarios”¹⁰⁷. Un símbolo es, así como nos viene de la tradición griega, un “signo convencional”¹⁰⁸, por eso sus casos prototípicos corresponden a los signos lingüísticos, incluyendo no solo a las palabras generales, sino también a las oraciones, discursos, libros, etc. Un aspecto fundamental del símbolo es que es un *signo general*, pues su “carácter representativo consiste precisamente en que es una regla que determinará a su interpretante”, y por eso “lo que se pronuncia o escribe es solo una *réplica* o encarnación de la palabra”¹⁰⁹. Por ejemplo, la palabra “hombre”, así como aparece escrita en esta línea, en este documento, es una instancia, *token* o *réplica* del símbolo hombre, el cual tiene un significado general, que refiere al género de los hombres o a un hombre

¹⁰⁴ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, § I; 1894, MS 404, *¿Qué es un signo?*, OFR2.2, § 5; 1895, MS 595, *Del Razonamiento*, OFR2.3, Art. 7.

¹⁰⁵ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 272. 1894, MS 404, *¿Qué es un signo?*, OFR2.2, p. 54.

¹⁰⁶ 1888, MS 1600, *Tricotomías*, OFR1.20, p. 324; 1902, *Carnegie Applications, Memoria 13*, LS, p. 84; 1903, MS, 308, *Las Categorías Defendidas*, OFR2.12, p. 225; 1894, MS 404, *¿Qué es un signo?*, OFR2.2, p. 59.

¹⁰⁷ 1885, P 269, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 271.

¹⁰⁸ 1894, MS 404, *¿Qué es un signo?*, OFR2.2, § 6.

¹⁰⁹ 1903, MS 478, *Concepciones*, OFR2.20, p. 348.

indefinido dentro de dicho género. No sobra decir que de Peirce viene la distinción tipo/instancia (*type/token*) que se discutió antes respecto a la teoría de la identidad psicofísica (§ 3.1).

Como mencioné antes, el interés de Peirce en los íconos e índices surgió de descubrir su papel en el razonamiento. Dice: “En todo razonamiento tenemos que usar una mezcla de semejanzas, índices y símbolos. No podemos prescindir de ninguno de ellos. [...] El arte del razonar es el arte de ordenar tales signos y de averiguar la verdad.”¹¹⁰ Los *símbolos* son necesarios porque sin ellos “no habría generalidad en los enunciados, ya que son los únicos signos generales, y la generalidad es esencial al razonamiento.” Sin embargo, “los símbolos por sí solos no enuncian cuál es el sujeto de discurso, y este no puede, de hecho, describirse en términos generales, sino que sólo puede indicarse. Ninguna descripción puede distinguir el mundo real de uno imaginario.”¹¹¹ Por tal razón los índices son necesarios en lógica, pues “es la única clase de signo que puede demostrar la realidad de las cosas, o diferenciar entre cosas exactamente iguales.”¹¹² Ejemplos de índices en este contexto son las letras vinculadas a diferentes partes de una figura geométrica o el uso de subíndices aplicados a los operadores en las fórmulas algebraicas. Pero aún más interesante es el papel de los íconos. Dice Peirce: “el razonamiento consiste en la observación de que donde subsisten ciertas relaciones se encuentran ciertas otras y, por consiguiente, requiere que se muestren con un ícono las relaciones sobre las que se razona.”¹¹³ Esto permite explicar ese carácter paradójico de las matemáticas, por el cual sus conclusiones se obtienen de manera apodíctica, pero a la vez permite realizar descubrimientos como las ciencias observacionales¹¹⁴. Con el tiempo, Peirce destacó cada vez más el papel de los íconos en el razonamiento, como se verá en la noción de *rema*.

Desde muy temprano Peirce buscó que su teoría semiótica pudiera dar cuenta de la tradición proveniente desde Aristóteles y conservada hasta J. S. Mill de dividir las unidades lógicas (y lingüísticas) en términos, proposiciones y argumentos. Esta es concebida inicialmente como una división de los símbolos, y Peirce se apoya de nuevo en su teoría de las categorías para establecer la distinción entre ellas. Los *términos* serían símbolos que en

¹¹⁰ 1894, *MS 414*, ¿Qué es un Signo? OFR2.2, p. 60.

¹¹¹ 1885, *P 269*, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, pp. 272 y 273.

¹¹² 1888, *MS 1600*, *Tricotomía*, OFR1.20, p. 324.

¹¹³ 1885, *P 269*, *Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 273.

¹¹⁴ *Ibid.*

cuanto a su Primeridad se refieren directamente a sus *cualidades imputadas*. Las *proposiciones* serían símbolos que en cuanto a su Segundidad tienen algún componente que se refiere a un objeto existencial, el *sujeto* de la proposición, y por tanto pueden ser verdaderos o falsos. Los *argumentos* son símbolos que en cuanto a su Terceridad se refieren explícita y separadamente a su *interpretante*, que es la conclusión de las premisas que la mente debe admitir¹¹⁵. Los argumentos están compuestos de proposiciones, y las proposiciones de términos. Además, los *términos* significan *cualidades posibles*, determinando un *ícono mental* de ellas, las *proposiciones* tienen una función *indexical* respecto al objeto que denotan y el *argumento* se refiere a su interpretante a partir de alguna *regla* que determina su validez. Veamos cada uno de estos signos con mayor detalle.

Los *términos* son nombres generales. Refieren a una cualidad abstracta, concebida con independencia de a qué objetos se aplica. Su función es la de servir del predicado de la proposición. Bajo la influencia de su propia teoría de los relativos y algunos estudios sobre la gramática de lenguas no arias, en la década de 1890 Peirce identifica al *verbo* de la oración con el *predicado* de la proposición, y prefiere llamarlo *rema* (verbo en griego). Si de una proposición completa se borran los signos para los sujetos de la oración, quedando ciertos espacios vacíos, se tiene un rema. Como lo vimos en su lógica de relaciones, un *rema* puede ser o bien una *médada*, una *mónada*, una *diada*, una *triada* o una *poliada*, sea que tenga 0, 1, 2, 3 o más de dos espacios vacíos, respectivamente¹¹⁶. Por ejemplo, la palabra “ama” en la oración “Ezequiel ama a Hulda”, es una palabra que tiene asociada una *idea*, que es un *ícono mental* de una persona amando a otra. En dicha oración, Ezequiel y Hulda son índices, así que “el efecto de la palabra “ama” es que el par de objetos denotado por el par de índices, Ezequiel y Hulda, es representado por el ícono, o la imagen que tenemos en nuestras mentes de un amante y su amada.”¹¹⁷ El *término* o *rema* evoca una *imagen* en la mente, que tiende a producir un *concepto general*. Dicha imagen tiene un carácter icónico, y por sí misma significa por sus cualidades sin referencia a algún objeto existente, por tanto, puede llegar a significar inexistentes, como por ejemplo la palabra ‘fénix’¹¹⁸. En las lenguas arias se tiende a separar los sustantivos de los verbos, pero dicha separación es extraña en las lenguas no

¹¹⁵ 1867, P 32, *Nueva Lista*, OFR1.1, § 15. Cf. 1902, *Carnegie Applications, Memoria 13*, en LS, pp. 84-5.

¹¹⁶ 1903, MS 478, *Concepciones Lógicas Diversas*, OFR2.20; 1904, MS 517, *Nuevos Elementos*, OFR2.22.

¹¹⁷ 1895, MS 595, *Del Razonamiento*, OFR2.3, p. 67.

¹¹⁸ 1897, *The Logic of Relatives*, § 2, p. 163; 1903, MS 540, *Notación Relaciones Triádicas*, OFR2.21, p. 370.

arias, en las que los sustantivos derivan de inflexiones de verbos, así que Peirce invita a tomar a los sustantivos comunes como “hombre” como predicados monádicos involucrando la cópula; por ejemplo, “___ es un hombre”¹¹⁹. En contraste, los nombres propios, pronombres personales y otras expresiones indexicales actúan como *sujeto* en la proposición, y las llama *onome*¹²⁰.

Una *proposición*, por su parte, es el signo de un *juicio*, que consiste en el acto de reconocer una *creencia*. La proposición *asevera* algo. Al respecto dice: “Una afirmación es un acto que representa que un ícono representa al objeto de un índice”; así que “[t]oda aserción es una aserción de que dos signos diferentes tienen el mismo objeto”¹²¹. Por esta razón la proposición requiere que alguno de sus signos componentes designe separadamente a su objeto. Pero, además, la proposición debe representarse como compuesta de dos partes que están conectadas, una correspondiendo al *sujeto* y otra al *predicado*, incluso si la proposición es algo tan simple como “llueve”. La proposición transmite información, y por lo tanto puede ser verdadera o falsa, aunque no proporciona directamente razones para serlo, como si lo hace el argumento. Para ser verdadera o falsa, la proposición es representada en su interpretante como un índice, que se encuentra en una relación existencial real con el hecho que designa¹²².

El *argumento* es el signo de una *inferencia* o *razonamiento*. El *razonamiento* es “un proceso en el que el razonador es consciente de que un juicio, la conclusión, es determinado por otro juicio o juicios, las premisas, de acuerdo con un hábito general de pensamiento [...] que aprueba como conducente al conocimiento verdadero”¹²³. El razonamiento debe realizarse de manera controlada, lo cual requiere que sea un proceso auto-consciente¹²⁴. El argumento “es un símbolo que muestra separadamente (de la manera que sea) a su interpretante intencionado (*purposed*)”, que es la conclusión del argumento. Pero mientras que el término o rema es tomado como ícono de su objeto y la proposición como índice de su objeto, los argumentos sólo pueden ser símbolos. La razón es que como un símbolo es “un signo sólo en virtud de que es interpretable como tal, la idea de un propósito no es del todo

¹¹⁹ *Ibid.*, Art. 9; 1897, *The Logic of Relatives*, § 2; 1904, *MS 517*, *Nuevos Elementos*, OFR2.22.

¹²⁰ 1897, *The Logic of Relatives*, § 2; 1903, *MS 478*, *Concepciones Lógicas Diversas*, OFR2.20, p. 360.

¹²¹ 1902, *Carnegie Applications, Memoria 18*, LS, p. 94; 1895, *MS 595*, *Del Razonamiento*, OFR2.3, p. 70.

¹²² 1903, *MS 478*, *Concepciones*, OFR2.20, pp. 349-350; 1895, *MS 595*, *Del Razonamiento*, OFR2.3, Art. 11.

¹²³ 1901, *MS 1147*, *Reasoning*, en *Dictionary of Philosophy and Psychology* de J. M. Baldwin, citado en CP2.733.

¹²⁴ 1895, *MS 595*, *Del Razonamiento*, OFR2.3, Art. 11; 1902, *Carnegie Applications, Memoria 19*, LS.

separable de él. ...tiene a un interpretante a la vista. ...el interpretante de un símbolo es precisamente un propósito.”¹²⁵ Otra razón por la que el argumento sólo puede ser un símbolo es que mientras que el ícono se justifica en su parecido y el índice en su relación real con su objeto, el argumento se justifica por su pertenencia a una clase de argumentos en los que opera una *regla o principio* de inferencia que garantiza su validez¹²⁶. Por eso la justificación del argumento pertenece a la Terceridad.

A su vez, los argumentos se dividen en tres: deducción, inducción y abducción o hipótesis, de acuerdo con el principio de inferencia que rige su validez, de nuevo, apelando a la teoría de las categorías. Las *deducciones* son argumentos por necesidad, de tal manera que si las premisas son verdaderas la conclusión será también verdadera. Es el argumento de las matemáticas. Su principio de inferencia pertenece a la Terceridad. La *inducción* “es razonamiento que afirma seguir un método tal que, si se persiste en él, cada aplicación especial de él (cuando sea aplicable) debe aproximar al menos indefinidamente a la verdad a largo plazo respecto a la materia que se trata.” Su principio corresponde a la Segundidad. La *abducción*, por su parte, “comienza una pregunta, o hipótesis problemáticamente propuesta, que explique una observación sorprendente”¹²⁷, correspondiendo a la Primeridad.

El método científico se constituye de acuerdo con el uso y ordenación adecuada de estos tres argumentos, que es lo que abarca el campo de la *Metodéutica*: La ciencia comienza con la observación de algún problema, que corresponde a algún tipo de expectativa frustrada. Por el uso de la abducción se formula alguna hipótesis explicativa del evento extraño observado. “A partir de la conclusión de la Abducción, la Deducción produce predicciones con respecto a lo que se encontraría como verdadero en la experiencia en caso de que se realizara esa conclusión.” Y finalmente, la inducción consiste en “hacer los experimentos, y de ahí llegar a una conclusión general que determine hasta qué punto la hipótesis se sostiene.”¹²⁸

¹²⁵ 1904, *MS 517, Nuevos Elementos*, OFR2.22, p. 385.

¹²⁶ 1895, *MS 595, Del Razonamiento*, OFR2.3, Art. 11.

¹²⁷ 1902, *L 75, Carnegie Applications, Memoria 19*, LS, pp. 97 y 99.

¹²⁸ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20, p. 363. Ver especialmente 1901, *MS 690, Sobre la Lógica de Extraer la Historia de Documentos Antiguos, Especialmente de Testimonios*, OFR2.8.

4.6 DESARROLLOS FINALES DE LA TEORÍA SEMIÓTICA

Hasta ahora he revisado lo que podría llamarse la doctrina básica de la semiótica de Peirce. Sin embargo, en sus últimos años de vida, especialmente a partir de 1902, la semiótica sufre un desarrollo y complicación espectaculares, de los cuales ni el mismo Peirce pudo vislumbrar todas sus consecuencias. Estos avances tuvieron que ver sobre todo con el desarrollo de un complejo sistema taxonómico de los signos. Vimos que desde 1867 Peirce clasificó a los signos en íconos, índices y símbolos. Sin embargo, él comenzó a identificar una serie de dimensiones que atraviesan a todos los signos, a las que llamó *tricotomías*, pues están divididas en tres miembros, de acuerdo con las categorías. Estas tricotomías se organizan linealmente entre sí, y a partir de unas reglas de combinación de sus miembros permiten obtener todas las clases de signos posibles. El primero de estos intentos y el único expuesto completamente, se realizó entre 1902 y 1903, e identificó tres dimensiones o tricotomías. La primera tricotomía consiste en la naturaleza del signo tomado en sí mismo. De acuerdo con esta, un signo puede ser o bien un *Cualisigno*, o una cualidad propiamente; o bien un *Sinsigno*, una cosa existente; o un *Legisigno*, una regla o ley, generalmente de carácter convencional, y que se instancia en *réplicas* particulares (sinsignos) de sí mismo. La segunda tricotomía es acerca de la relación del signo con su objeto, y a esta corresponde la ya conocida división entre ícono, índice y símbolo. Finalmente, la tercera tricotomía absorbe la previa distinción realizada solo para los símbolos entre términos, proposiciones y argumentos, y trata de la relación del signo con su interpretante, especialmente en cómo el interpretante representa al signo. Peirce distingue, en consecuencia, entre *Rema*, *Dicisigno* y *Argumento*, sea que el interpretante represente al signo como uno de una cualidad, o como un hecho existente o como de una ley, respectivamente¹²⁹.

Lo que motivó a Peirce a realizar esta extensión de su clasificación de los signos fue la observación, por una parte, de que parece haber ciertos índices que tienen una función informativa y no solo denotativa. Así, por ejemplo, una veleta tiene un elemento icónico por el cual informa una cualidad de su objeto (*i. e.*, la dirección del viento). Algo semejante ocurriría con una fotografía. Por lo tanto, la función informativa no sería exclusiva de los símbolos, sino que podría haber índices dicisignicos, que tendrían una función informativa semejante al de las proposiciones. Esto justifica la formulación de la tercera tricotomía. Una

¹²⁹ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20; 1903, *MS 540, Notación Relaciones Triádicas*, OFR2.21.

segunda motivación tiene que ver con la observación de que hay signos convencionales que pueden significar icónicamente, como las imágenes, los diagramas y las metáforas, a los que se llamó *hipoíconos*; así como también otros signos convencionales que significan indexicalmente, como los nombres propios o los diferentes tipos de pronombres, llamados *subíndices* o *hiposemas*¹³⁰. Esto justificaría la introducción de la primera tricotomía, pues en ella se toma al signo *materialiter*, es decir, en sí mismo, más que *formaliter*, y es posible hablar de legisignos-icónicos, que abarque a los hipoíconos, y a la vez hablar de legisignos-indexicales, en los que entrarían los subíndices. Tomando estas tres tricotomías, en el orden ya presentado, sus miembros se organizarían como se presenta en la Figura 4.5.

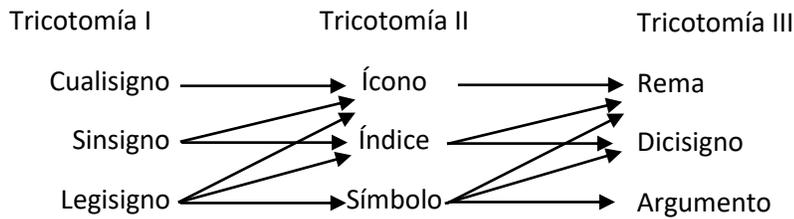


Figura 4.5 Tricotomías de la clasificación de signos de 1903

De los nueve miembros de las tres tricotomías, serían posibles 27 combinaciones. Sin embargo, hay unas reglas de combinación de los miembros, que reducen bastante ese número. Si se considera que cada miembro de una tricotomía a la izquierda determina los miembros posibles en su tricotomía siguiente a la derecha, la regla dice que un miembro de una categoría particular solo puede determinar en la siguiente tricotomía miembros de la misma categoría o inferior; y a la vez solo puede ser determinado por miembros en la categoría anterior de la misma categoría o superior. Las flechas indicarían esas determinaciones posibles. Aplicando esta regla obtenemos tan solo 10 clases de signos:

1. *Cualisigno icónico remático*: Una cualidad que representa por similitud una cualidad. Sería el caso de las sensaciones de cualidades simples, como, por ejemplo, la sensación de rojo.

¹³⁰ 1903, MS 478, *Concepciones*, OFR2.20;

2. *Sinsigno icónico remático*: Un objeto existente que significa por similitud una cualidad. Por ejemplo, un retrato.
3. *Sinsigno indexical remático*: Un objeto existente, relacionado indexicalmente con su objeto, pero representando una cualidad; como un grito espontáneo de dolor.
4. *Sinsigno indexical dicisigno*: Un objeto existente, conectado indexicalmente con un objeto o hecho sobre el que informa; como el caso de la veleta, o una fotografía.
5. *Legisigno icónico remático*: La réplica de una ley convencional, que significa por su parecido alguna cualidad; como un diagrama o un mapa.
6. *Legisigno indexical remático*: Una réplica de una regla que significa indexicalmente alguna cualidad. Peirce coloca aquí el caso de los nombres propios.
7. *Legisigno indexical dicisigno*: La réplica de una ley que significa indexicalmente algún hecho del que informa, como el llamado de un vendedor callejero sobre su mercancía.
8. *Legisigno simbólico remático*: La réplica de una ley que significa legalmente una cualidad, abarcando los términos lógicos, monádicos, diádicos, triádicos, etc.
9. *Legisigno simbólico dicisigno*: La réplica de una ley que significa legalmente un hecho del que informa, como las proposiciones.
10. *Legisigno simbólico argumento*: La réplica de una ley que significa legalmente una regularidad, y que puede hacerlo abductiva, inductiva o deductivamente.

Como puede observarse, los miembros simbólicos de esta clasificación consistirían en lo que antes era la distinción entre términos, proposiciones y argumentos. En la clasificación solo hay un signo cualisígnico y solo uno argumento; mientras que seis de ellos son legisígnicos y seis también son remáticos. Hay exactamente tres signos icónicos, tres indexicales y tres simbólicos. Pero quizás lo más destacable de esta clasificación, que pocas veces se reconoce, es que involucra de la primera a la última clase una progresión en la complejización de la semiosis. Peirce reconoce en esta progresión que cada signo involucra a los anteriores. Así que tendríamos una jerarquización lógica de los fenómenos semióticos, desde las sensaciones, en el primer caso, hasta la argumentación lógica, en el último caso. Voy a retomar este importante aspecto en el Capítulo 6 (§§ 6.3-6.7). Finalmente, teniendo en cuenta que la lógica tradicionalmente ha tratado de los símbolos, esta clasificación ubica a los símbolos lógicos dentro de un espectro más amplio, que incluye varios fenómenos

semióticos sub-lógicos, algunos de los cuales podrían ser compartidos incluso con animales no-humanos, a pesar de que Peirce casi no trató estos casos (ver §§ 5.4-5.5).

Entre 1904 y 1905 Peirce siguió introduciendo distinciones, que adicionaron dimensiones en el análisis de los signos y tricotomías para su clasificación. Así, distinguió primero entre dos tipos de objetos: el objeto dinámico y el objeto inmediato. El *objeto dinámico* es el objeto real, tal como es, con independencia del signo; mientras que el *objeto inmediato* es el objeto tal y como es representado por el signo¹³¹. Peirce tomó la tricotomía entre ícono, índice y símbolo como una acerca de la relación del signo con el objeto dinámico. Pero en cambio, el objeto inmediato como “el objeto como es representado por el signo” fue tomado por Peirce como una dimensión que involucra la cuantificación del objeto, así que Peirce distinguió entre *vagosigno*, *actisigno* y *signo general* para referirse al hecho de que el objeto es cuantificado indefinidamente (particular), singularmente o universalmente¹³².

Para la misma época Peirce también distinguió entre tres tipos de interpretantes: el inmediato, el dinámico y el representativo o significante. Estas distinciones se pueden entender mejor como diferenciaciones de las dimensiones involucradas en los tres tipos de *actos de habla* de John Austin: actos ilocucionarios, perlocucionarios y locucionarios¹³³. La distinción fue promovida inicialmente por una mayor sensibilidad a la diferencia entre proposición y aserción; es decir, al reconocimiento de que una cosa es el contenido de una proposición y otra el acto de habla en el que se realiza. Dice Peirce: “Una y la misma proposición puede ser afirmada, negada, juzgada, dudada, indagada interiormente, planteada como una pregunta, deseada, pedida, efectivamente exigida, enseñada o meramente expresada, y no por ello se convierte en una proposición diferente.”¹³⁴ Al igual que Frege, Peirce sostiene que hay una diferencia entre considerar una proposición y afirmarla. Dice: “Una *afirmación* es un acto de quien enuncia una proposición ante un intérprete, y consiste, en primer lugar, en el ejercicio deliberado, al enunciar la proposición, de una fuerza que tiende a suscitar una creencia en ella en la mente del intérprete.”¹³⁵ El juicio, como creencia, tiene consecuencias solo para quien cree; mientras que la aserción tiene efectos sobre los

¹³¹ 1906, *L 463, Carta a Lady Welby*, OFR2.32; 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28.

¹³² 1905, *MS 399, Logic Notebook*, entrada del 7 de julio. Cf. Bellucci, 2018, § 8.1.1.

¹³³ Siguiendo la sugerencia de Short (2007) y Bellucci (2018).

¹³⁴ 1904, *MS 517, Nuevos Elementos*, OFR2.22, pp. 388-389.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 389

otros, que pueden ser penalizados en el caso de la mentira.¹³⁶ Peirce compara a la afirmación con la declaración bajo juramento, y la responsabilidad social que involucra su emisión para con la verdad. La aserción involucra que “uno se sujeta a uno mismo a las penalidades impuestas al mentiroso si la proposición afirmada no es verdadera.”¹³⁷ En un esquema taxonómico de 1905, Peirce empleó los términos *Interjección*, *Imperativo* e *Indicativo* para referirse a los tres miembros del interpretante inmediato. En cambio, consideró al interpretante dinámico como la forma de apelación al individuo, distinguiendo apelación por *simpatía*, por *compulsión* y por *razón*. Finalmente, lo que en ese momento llamó interpretante *significante* corresponde a la ya anterior distinción entre *rema*, *proposición* y *argumento*¹³⁸. Como puede observarse, los miembros de los interpretantes inmediato, dinámico y significativo parecen corresponderse en buena medida a distinciones en dimensiones ilocucionarias, perlocucionarias y locucionarias, respectivamente. Sin embargo, en este esquema Peirce no ofrece alguna indicación de cómo estas tricotomías serían combinadas, aunque podría suponerse que las reglas del esquema anterior son aplicables.

Las distinciones entre objetos dinámico e inmediato y entre interpretantes inmediato, dinámico y representativo, incluyendo la distinción del signo tomado en sí mismo (cualisigno, sinsigno y legisigno), conduce a una taxonomía basada en seis tricotomías. Sin embargo, Peirce rápidamente aplicó su principio de sub-divisibilidad categorial, según el cual los primeros no se dividen, los segundos se dividen en dos y los terceros se dividen en tres (§ 4.3). Esto le llevó a considerar que el objeto dinámico, como segundo del segundo, debería tener dos divisiones; y también el interpretante dinámico debería tener dos divisiones; mientras que el interpretante representativo, más adelante interpretante final, tendría tres divisiones. Esto lleva a una taxonomía de diez tricotomías. En cuanto al interpretante dinámico, Peirce distinguió entre el carácter material del objeto dinámico, es decir, si es un objeto abstracto, concreto o colectivo, y el modo de representar al objeto, que consiste en la tradicional distinción entre ícono, índice y símbolo. De igual forma, también distinguió entre la materia del interpretante dinámico (*sensación*, *conducta*, *pensamiento*) y el modo de afectarlo (la ya vista por *simpatía*, por *compulsión* y por *razón*)¹³⁹. La división tripartita del

¹³⁶ *Ibid.*; cf. Rivas, 2010.

¹³⁷ 1904, *L 463*, *Carta a Lady Welby*, citado por Bellucci, 2018, p. 299.

¹³⁸ 1905, *MS 339 Logic Notebook*, entrada del 8 de octubre, en Bellucci, 2018, p. 305.

¹³⁹ 1905, *MS 339, Logic Notebook*, entrada del 8 de octubre, citado por Bellucci, 2018, pp. 305-306.

interpretante representativo o final fue más difícil de obtener. En la última versión, distinguió entre el propósito del interpretante final (*gratifico, para producir acción, para producir auto-control*), su naturaleza (*sema, fema, deloma*, que deriva de la distinción entre rema, dicisigno y argumento), y la naturaleza del aseguramiento del signo, que distingue entre aseguramiento por *instinto*, por *experiencia* y por *forma*. Esta última tricotomía absorbe su previa clasificación de argumentos en abductivos, inductivos y deductivos, aunque en este caso sería una dimensión aplicable a todos los signos¹⁴⁰. Peirce fue muy dubitativo respecto al contenido y el orden de sus taxonomías, y en sus manuscritos realizó distintos intentos y cambios, sin alcanzar una versión definitiva. En 1907 introdujo otra distinción de interpretantes entre *emocional, energético y lógico*¹⁴¹ (ver § 4.7), que parece corresponder a la dimensión perlocutiva; pero nunca la integró a alguno de sus esquemas taxonómicos.

Peirce no determinó las clases de signos que se obtendrían de una taxonomía basada en 10 tricotomías. La aplicación de las reglas de combinación de 1902-1903 permitiría la obtención de 66 clases de signos. Sin embargo, en una entrada tardía de su *Logic Notebook*, Peirce sugirió que las reglas de combinación no deberían ser aplicables linealmente a través de las tricotomías, sino jerárquicamente, de acuerdo con la forma en que estaban organizadas por el principio de subdivisión categorial¹⁴². Pero las indicaciones que ofreció fueron escasas y difíciles de interpretar. En consecuencia, el proyecto de una taxonomía y clasificación completa de los signos quedó inconcluso, aunque Peirce dejó una cantidad importante de sugerencias respecto a las dimensiones involucradas y las formas de combinación.

4.7 SEMIÓTICA Y PRAGMATISMO

Como lo había mencionado en § 4.1, Peirce es reconocido principalmente como padre del pragmatismo y de la semiótica. Sin embargo, lo que los filósofos pragmatistas desconocen de la semiótica es tanto como lo que los semióticos desconocen del pragmatismo, a pesar de que para Peirce eran doctrinas interrelacionadas. En esta sección deseo aclarar la relación entre ambas, teniendo en cuenta que las dos doctrinas están subordinadas al proyecto epistemológico general de Peirce, ya mencionado en § 4.2.

¹⁴⁰ 1908, L 463, Borradores de una carta a Lady Welby, del 25 de diciembre, OFR2.32, p. 581.

¹⁴¹ 1907, MS 318, Pragmatismo, OFR2.28.

¹⁴² 1909, MS 339, Logic Notebook, entrada del 1 de noviembre, citado en Bellucci, 2018, p. 347.

Es bien conocido que la doctrina del pragmatismo surgió de las discusiones dentro del *Metaphysical Club*, entre 1872 y 1873. Peirce cuenta que en tales reuniones Nicholas St. John Green insistió en la noción de creencia de Alexander Bain como "aquello con base en lo que un hombre está preparado para actuar"¹⁴³ como la fuente del pragmatismo. Los primeros escritos de Peirce sobre la doctrina aparecen en sus manuscritos de 1873 para un libro de lógica que nunca terminó¹⁴⁴. Sin embargo, la primera presentación pública de la doctrina no ocurrirá hasta la aparición de su famoso artículo *Cómo Hacer Nuestras Ideas más Claras*, el cual es el segundo de una serie de seis artículos sobre el método científico, aparecidos en *Popular Science Monthly* entre 1877 y 1878. En el primer artículo de esta serie, *La Fijación de la Creencia*, Peirce explica que la función del razonamiento es la de permitirnos el paso del estado de duda al de creencia. La duda es un estado de inquietud e insatisfacción, que no lleva a la acción, y con el que luchamos para liberarnos; mientras que la creencia es un *hábito* que guía nuestras acciones y deseos. La investigación es la lucha motivada por la irritación que causa la duda para alcanzar un estado de creencia, y así satisfacer nuestros deseos¹⁴⁵. Peirce compara las virtudes y defectos de diferentes métodos para fijar la creencia: el método de la tenacidad, el de la autoridad, el método a priori y el método científico, mostrando las ventajas del último sobre los demás, porque es el único que puede garantizar que "nuestras creencias pueden ser causadas, no por algo humano, sino por alguna permanencia externa, por algo sobre lo que nuestro pensamiento no tenga ningún efecto"¹⁴⁶; es decir, la realidad.

En *Cómo Hacer Nuestras Ideas más Claras*, Peirce rechaza el criterio cartesiano de claridad de las ideas basado en la autoconciencia, porque concluye que es demasiado débil¹⁴⁷ y en cambio busca ofrecer un criterio más fuerte. Peirce parte de considerar de nuevo que "...la acción del pensamiento es excitada por la irritación de la duda, y cesa cuando se alcanza la creencia; de modo que la producción de la creencia es la única función del pensamiento". Ahora bien, "diferentes creencias se distinguen por los diferentes modos de acción a los que dan lugar." Se debe tener cuidado, porque "[a] menudo se hacen distinciones imaginarias entre creencia que difieren sólo en su modo de expresión." Pero considerando que "la única

¹⁴³ Citado por Peirce en 1907, *MSR 328, Pragmatismo*, OFR2.28, p. 482.

¹⁴⁴ P. ej., 1872, *MS 194*, W3.12; 1873, *MS 218*, W3.28; *MS 239*, W3.38.

¹⁴⁵ 1877, *P 107, La Fijación de la Creencia*, OFR1.7, §§ III y IV.

¹⁴⁶ *Ibid.*, § V, p. 167.

¹⁴⁷ 1878, *P 119, Cómo Hacer Nuestras Ideas más Claras*, OFR1.8, § I.

función del pensamiento es la de producir hábitos de acción" y que "la identidad de un hábito depende de cómo podría llevarnos a actuar, no meramente bajo las circunstancias que es probable que surjan, sino bajo aquellas que podrían dado el caso llegar a ocurrir, sin importar lo improbable que sean", Peirce afirma que "lo que una cosa significa es simplemente los hábitos que implica" y "no hay ninguna distinción de significado tan fina que consista en algo más que una posible diferencia en la práctica"¹⁴⁸. Peirce entonces postula su *máxima pragmática* como el modo más perfecto de esclarecer nuestras ideas:

[...] considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener repercusiones prácticas, concebimos que tienen el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto.¹⁴⁹

Como explicará muchos años más tarde, "el pragmatismo en sí mismo no es una doctrina metafísica, ni tampoco un intento de determinar la verdad de las cosas, sino simplemente un método para averiguar los significados de palabras difíciles y conceptos abstractos."¹⁵⁰ Se aplica inicialmente a los conceptos técnicos de las diferentes ciencias. Por ejemplo, ¿qué es la *dureza*?, ¿qué distingue algo duro de algo blando? La respuesta pragmatista es que una cosa dura es aquella "que no será rayada por muchas otras sustancias."¹⁵¹ Se puede entonces ver al pragmatismo como una herramienta para las ciencias, que les "proporciona de una nomenclatura técnica adecuada en la que todo término tenga un solo significado definido, universalmente aceptado por los estudiosos del tema."¹⁵² Por tanto, la máxima es un antídoto contra la verborrea de la metafísica decimonónica, y se apoya en la máxima de "[r]echazar las ficciones"¹⁵³, e involucra "una especie de atracción instintiva por los hechos vivos."¹⁵⁴ Por esas razones, muchas veces se ha visto al pragmatismo como un antecedente del criterio *verificacionalista* de significado de los positivistas lógicos.

En la primera década del siglo XX, el pragmatismo se había vuelto muy popular, pero a través de versiones como las de William James o Ferdinand C. S. Schiller, que diferían ya

¹⁴⁸ *Ibid.*, § II, p. 175, 177, 178, 178, 179, 179.

¹⁴⁹ *Ibid.*, § II, p. 180.

¹⁵⁰ 1907, *MSR 318, Pragmatismo*, OFR2.28, p. 484.

¹⁵¹ 1878, *P 119, Cómo Hacer Nuestras Ideas más Claras*, OFR1.8, § III, p. 182.

¹⁵² 1905, *P 1078, Qué es el Pragmatismo*, OFR2.24, p. 413.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 416.

¹⁵⁴ 1903, *MS 305, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 206.

fuera en forma o en fondo de la formulación original de Peirce, por lo que el pragmatismo parecía cada vez desdibujarse más. Hacia 1905, Peirce decide mejor llamar *pragmaticismo* a su versión, creando una palabra "que es lo suficientemente fea para estar a salvo de secuestradores."¹⁵⁵ Hacia esa época Peirce comenzó a preocuparse por poder demostrar la verdad de su doctrina, pues a pesar de que "el pragmatismo abre un camino muy fácil hacia la solución de una inmensa variedad de cuestiones ...de ninguna manera se sigue de eso que sea verdadero."¹⁵⁶ Es aquí donde Peirce establece de una manera mucho más explícita la relación entre pragmati(ci)smo y semiótica.

Como hemos visto, el pragmati(ci)smo es una doctrina acerca del significado de los conceptos científicos: es "un método para averiguar los significados, no de todas las ideas, sino solo de lo que llamó "conceptos intelectuales", es decir, de aquellos sobre cuya estructura pueden girar argumentos relativos a hechos objetivos."¹⁵⁷ Ahora bien, "todo concepto y todo pensamiento más allá de la percepción inmediata es un signo." Es en el contexto de esta discusión que Peirce introduce la distinción entre interpretante emocional, energético y lógico (ver § 4.6). El interpretante emocional consiste en tener sensaciones y es propio de todos los signos, como aquellas sensaciones evocadas por una melodía musical. El interpretante energético involucra una acción en el momento, como aquella que surge de actuar inmediatamente ante una orden recibida. En cambio, el interpretante lógico es del tipo del pensamiento. Dice Peirce: "no todos los signos tienen interpretantes lógicos, sino solo los conceptos intelectuales y semejantes". Los conceptos intelectuales tienen la estructura de un enunciado condicional, que determina un sería (*would-be*) en un futuro indefinido: "predicar cualquier concepto tal de un objeto real o imaginario es equivalente a declarar que si se realizara cierta operación correspondiente al concepto sobre ese objeto, esa operación sería (cierta o probable o posiblemente, según el modo de predicación) seguida por un resultado de una descripción general definida."¹⁵⁸

Peirce se pregunta qué categorías de hechos mentales son de referencia general. Rechaza la posibilidad de que sea un concepto mismo, porque "no constituye ninguna explicación de la naturaleza del interpretante lógico (que ya sabemos que es un concepto)

¹⁵⁵ 1905, *P 1078, Qué es el Pragmatismo*, OFR2.24, p. 415.

¹⁵⁶ 1903, *MSR 301, La máxima del pragmatismo*, OFR2.10, p. 200.

¹⁵⁷ 1907, *MS 318 El Pragmatismo*, OFR2.28, variante 1, p. 485.

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 486, 494, 495.

decir que es un concepto." También rechaza que pueda ser un deseo o una expectativa, y concluye que sólo podría ser un *hábito*. Un hábito es una tendencia a comportarse de manera similar en circunstancias similares, y se establece por la reiteración de la misma clase de conducta. Sin embargo, "todo hombre ejerce algún grado de control de sí mismo a través de la modificación de sus propios hábitos", a través de hábitos intelectuales que se forman gracias a que "*las reiteraciones en el mundo interno -reiteraciones imaginadas-, si son bien intensificadas por el esfuerzo directo, producen hábitos*, al igual que lo hacen las reiteraciones en el mundo externo; y *esos hábitos tendrán el poder de influir en la conducta real en el mundo externo*, especialmente si cada reiteración va acompañada de un esfuerzo peculiarmente grande que normalmente se asemeja a dar una orden al propio yo futuro." Por lo tanto, "el hábito autoanalizante y deliberadamente formado ...es la definición viva, el interpretante lógico verdadero y final". Así que "la explicación más perfecta de un concepto que las palabras pueden proporcionar consistirá en una descripción del hábito que ese concepto se calcula que produzca."¹⁵⁹ El carácter general de los conceptos intelectuales se manifiesta en los hábitos que determinan, y el razonamiento como actividad voluntaria, deliberada y autocrítica consiste en buena medida en una tarea de autocontrol. Dado que el pragmati(cí)smo es una doctrina acerca del significado de los conceptos intelectuales, termina derivando de la misma semiótica; y al final ambas doctrinas están destinadas a cumplir una función dentro del proyecto epistemológico de Peirce.

¹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 496, 497, 503, cursivas en el original.

Capítulo 5. ALGUNOS PROBLEMAS DE LA FORMULACIÓN DE PEIRCE

El propósito de este trabajo es proponer un abordaje a los problemas de la intencionalidad desde la semiótica. Sin embargo, Peirce no desarrolló la semiótica con ese fin, sino como un marco general para fundamentar su lógica, con un propósito puramente epistemológico, sin algún interés en la filosofía de la mente. A pesar de su objetivo original, la semiótica de Peirce ofrece una teoría de la representación y el significado, y tiene implícita una explicación del contenido mental y la intencionalidad, como argumentaré en los siguientes capítulos. Pero, ¿hasta qué punto la teoría semiótica puede resultar una teoría adecuada para el contenido mental? T. L. Short ha realizado tres cuestionamientos a la semiótica de Peirce como teoría del significado, a saber: a) que deja al objeto como incognoscible, b) que la progresión infinita de la semiosis hace que el contenido significativo quede indeterminado, c) que la función determinante del interpretante sobre el significado impide la representación errónea y conduce a una circularidad explicativa¹. De acuerdo con Short, Peirce realizó correcciones a sus posiciones, que permiten superar estas objeciones. En §§ 5.1-5.3 revisaremos estas objeciones y evaluaremos el posible éxito de los cambios implementados por Peirce para superarlas. En las siguientes secciones revisaremos otras objeciones. Las dos primeras, son objeciones relacionadas con la naturaleza misma de la semiótica, como el hecho de presentar un fuerte sesgo lingüístico y lógico (§ 5.4) y su posible reducción a la psicología (§ 5.5). Las dos últimas son objeciones generales a la filosofía de Peirce; primero, a su fenomenología y teoría de categorías (§ 5.6), y segundo, a su posición respecto al problema mente-cuerpo (§ 5.7).

5.1 EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO DEL OBJETO

El primer problema de la semiótica como teoría del significado, según Short, tiene que ver con el rechazo al *intuicionismo*, sostenido desde bien temprano por Peirce y asociado a su anticartesianismo. Según Peirce, toda cognición proviene de una cognición previa (ver § 4.2).

¹ Short 2004, §§ 2-7 y 2007, Cap. 2, §§ 5, 7-10. Presento estos problemas en un orden y con tratamiento algo diferente a como aparecen en Short.

Dado que todo pensamiento es un signo y que toda cognición es determinada por una cognición precedente, todo pensamiento-signo debe ser causado por un pensamiento-signo anterior. Dice Peirce:

“[...] ¿En lugar de qué está el pensamiento-signo, qué es lo que nombra, cuál es su *suppositum*? Sin duda, la cosa exterior, cuando se piensa en una cosa exterior real. Sin embargo, como el pensamiento está determinado por un pensamiento previo acerca del mismo objeto, sólo se refiere a la cosa al denotar ese pensamiento previo.²

Si cada pensamiento-signo se refiere a un pensamiento-signo anterior que lo produce, y este a otro anterior, la secuencia de pensamientos-signos debería extenderse indefinidamente hacia atrás; de lo contrario, la cadena comenzaría en una intuición. De acuerdo con los empiristas, la cadena semiótica debería comenzar con el efecto causal de los objetos externos sobre las sensaciones. Sin embargo, Peirce rechaza que las sensaciones sean intuiciones de los objetos:

En cualquier momento dado estamos en posesión de cierta información, es decir, de cogniciones que, mediante la inducción y la hipótesis, han sido lógicamente derivadas de cogniciones previas que son menos generales, menos distintas, y de las que tenemos una conciencia menos viva. Estas, a su vez, se han derivado de otras aún menos generales, menos distintas y menos vividas; y así sucesivamente hasta llegar a una primera ideal, que es totalmente singular y está fuera de la conciencia. Esta primera idea es la cosa-en-sí-misma particular. No existe *como tal*. Es decir, no hay ninguna cosa que sea en-sí-misma en el sentido de no ser relativa a la mente, aunque, aparte de dicha relación, las cosas que son relativas a la mente sin duda lo son.³

El objeto, visto como la-cosa-en-sí-misma sería el límite externo de una serie infinita de cogniciones, pero sería un límite inalcanzable. Pero si el objeto como cosa-en-sí es inalcanzable, entonces es incognoscible, y si es incognoscible también sería inconcebible⁴,

² 1868, P 27, *Consecuencias*, OFR1.3, p. 83.

³ 1868, P 27, *Consecuencias*, OFR1.3, p. 96.

⁴ 1868, P 26, *Facultades*, OFR1.2, Cuestión 6.

así que el objeto externo como cosa-en-sí que causa las sensaciones sería irreal⁵. Entonces, ¿qué es lo *real*? Más adelante, en el mismo párrafo, dice Peirce:

Y ¿qué entendemos por real? [...] Lo real, entonces, es aquello en lo que, tarde o temprano, la información y el razonamiento resultarían finalmente, y que es por tanto independiente de los caprichos suyos y míos. Por tanto, el mismo origen de la concepción de realidad muestra que esa concepción implica esencialmente la noción de una COMUNIDAD, sin límites definidos y susceptible de un aumento indefinido de conocimiento.⁶

Así, lo real será aquella opinión final que alcance la comunidad de investigadores en un futuro indeterminado, más que la cosa-en-sí-misma externa que se supone es el antecedente causal de las sensaciones. El carácter incognoscible de estos objetos se incrementa si además consideramos que estos objetos son individuales, mientras que nuestras cogniciones son generales. Pero si la realidad es lo que será representado eventualmente en el curso del pensamiento, entonces la realidad también debe ser general, y lo individual debe ser irreal:

Occam niega que existan objetos generales de pensamiento, lo que implica que ningún objeto del pensamiento guarda ninguna semejanza, diferencia o relación de algún tipo. Por otro lado, he tratado de mostrar que justamente sucede lo contrario, a saber, que ningún objeto es individual, sino que incluso las cosas más concretas tienen aún cierto grado de indeterminación. Tomemos, por ejemplo, a Filipo de Macedonia. Este objeto puede dividirse lógicamente en Filipo borracho y Filipo sobrio, y así sucesivamente; y no se llega a algo completamente determinado hasta especificar un instante indivisible en el tiempo, lo que constituye un límite ideal que no se alcanza ni en el pensamiento ni en *re*.⁷

Normalmente se entiende por lo individual algo que está determinado en todas sus propiedades, es decir que para toda propiedad F posible, y un objeto individual x , se puede afirmar que o bien Fx o $\neg Fx$ ⁸. Sin embargo, Peirce niega que esto sea posible, pues dado que

⁵ Short, 2007, Cap. 2, § 4.

⁶ *Ibid.*

⁷ 1877, *MS 311, Nueva clase de observaciones*, OFR1.6, p. 151. Cf. 1870, *P 52, Notation*, W2.39, p. 390 y n. 8.

⁸ “De los dos términos sinónimos en sentido amplio, “individuo” y “singular”, el primero traduce τὸ ἄτομον de Aristóteles y el segundo su τὸ καθ’ ἑ καστον. “Individuo” es normalmente bien definido como aquello que es absolutamente determinado; lo “singular” es aquello que es absolutamente determinado en tanto que el tiempo lo sea [...]” (1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, p. 492).

todo instante de tiempo es infinitamente divisible, todo objeto será indeterminado respecto a algún F , desde un punto de vista lógico.

En consecuencia, no hay ni en el pensamiento ni en la realidad objetos absolutamente determinados, de manera que la cosa-en-sí-misma queda solo como un límite ideal inalcanzable e incognoscible. Pero esto es muy problemático para la semiótica. Pues, si el objeto determina en algún sentido al signo y el signo representa a su objeto (§ 4.4), pero el objeto es irreal, entonces el signo representa lo irreal. Esto parece condenarnos entonces a un idealismo conceptualista, que sería también catastrófico para los propósitos epistemológicos de la semiótica en el razonamiento científico.

De acuerdo con T. L. Short, siguiendo a Murray Murphey, esta concepción sobre el objeto cambiará gracias a los avances que Peirce realiza en su lógica, especialmente el descubrimiento de la cuantificación, junto a su estudiante O. H. Mitchell, durante el primer lustro de los 1880s. Estas novedades motivarán cambios en la concepción de las categorías, en particular de la Segundidad y de los índices, que modificarán la manera de entender nuestra relación con los objetos externos⁹.

La categoría de la Segundidad se caracteriza formalmente por las relaciones diádicas. Las relaciones diádicas genuinas subsisten por la existencia de sus correlatos. En términos fenomenológicos, la Segundidad se experimenta en la sensación de resistencia que ofrecen los objetos externos sobre nuestra voluntad. Los índices son aquellos signos que representan a sus objetos dada una relación diádica genuina, dinámica, existencial, con tales objetos. Por tanto, los índices se convierten en signos que señalan la existencia de sus objetos¹⁰: “El índice no asevera nada; solo dice: “¡ahí!” Toma nuestros ojos, por así decirlo, y los dirige forzosamente a un objeto particular y ahí se para.” Solo los índices pueden enunciar el “sujeto de discurso” y así “distinguir el mundo real de uno imaginario.”¹¹ (§§ 4.3, 4.5). Peirce adopta de Escoto el término *haecceidad* para referirse a la Segundidad pura del objeto real o dinámico, que es indicado por el índice. La *haecceidad* se refiere al “hecho bruto”, “su aquí y ahora”, “en su aislada obstinación agresiva y en su realidad individual”¹², convirtiéndose

⁹ Murphey, 1961, Cap. 15, pp. 298-306, 309-313. Cf. Short, 2004, § 3 y 2007, Cap. 2, § 7.

¹⁰ 1885, *P 269, Álgebra de la Lógica*, OFR1.16; *MS 572, Uno, Dos, Tres*, OFR1.18; 1887-1888, *MS 909, Conjetura*, OFR.19; 1888, *MS 1600, Tricotomía*, OFR1.20.

¹¹ 1885, *P 269, Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, pp. 272 y 273.

¹² 1887-1888, *MS 909, Conjetura*, OFR.19, p. 318.

así en principio de individuación¹³. Por lo tanto, el objeto antecedente ya no es tanto una cosa-en-sí como límite externo inalcanzable, al cual solo se puede acceder a partir de descripciones generales, sino que es posible referirse a él en su individualidad, sin cualificación alguna.

Peirce reconoce el papel de los índices en el razonamiento lógico, matemático y científico, pero también en el lenguaje. Las proposiciones, o dicisignos, en términos lógicos, son medadas, constituidas de un término conceptual o rema, que se compone de ciertos enlaces, según su aridad, a términos de sujeto que tienen la función de indicar los objetos individuales del mundo real a los que el dicisigno se refiere. De acuerdo con la taxonomía de 1903, los nombres propios son legisignos indexicales remáticos, que están en una relación indexical, y por tanto existencial, con su objeto. Gracias a esta función indicativa de los términos de sujeto, el dicisigno es informativo y puede tener un valor de verdad.

La conexión existencial del índice con su objeto, el carácter de choque bruto de la segundidad y la naturaleza de *haecceidad* del objeto, permiten que los signos puedan tener un verdadero carácter referencial respecto a los objetos individuales externos, y se abandone la concepción del objeto como un límite externo incognoscible. Dos aportes tardíos profundizarán esta tendencia. En primer lugar, su teoría de los *perceptos* y los *juicios perceptuales*. Peirce afirma que la percepción es una cuestión de Segundidad, porque “en la percepción dos objetos reaccionan realmente así el uno sobre el otro”¹⁴. En la percepción, los *perceptos* ocurren como elementos “puramente psíquicos”, como apariencias, como “una imagen, una imagen en movimiento u otra exhibición”¹⁵. Frente a los *perceptos* realizamos un *juicio perceptual*, el cual es un tipo de juicio “que afirmar en forma proposicional cuál es el carácter de un percepto que esté directamente presente ante la mente”¹⁶. Estos juicios traen los primeros contenidos de nuestros razonamientos¹⁷ y son de carácter general¹⁸, pero son obtenidos a partir de un proceso psicológico, subconsciente e involuntario de inferencia abductiva¹⁹ y dada su involuntaridad, no son controlables y por tanto tampoco son criticables

¹³ Murphey, 1961, p. 310.

¹⁴ 1903, *MSS 305-306, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 217.

¹⁵ 1901, *P 802, Gramática de la Ciencia de Pearson*, OFR2.6, p. 114; 1903, *MS 309, Los Siete Sistemas de Metafísica*, OFR2.13, p. 255.

¹⁶ 1903, *MSS 305-306, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 216.

¹⁷ 1903, *MSS 313, 316, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, p. 290; *MS 315, El Pragmatismo como Lógica de la Abducción*, OFR2.16, p. 293.

¹⁸ 1903, *MS 312, Las Tres Ciencias Normativas*, OFR2.13, p. 273; *MSS 313, 316, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, p. 290.

¹⁹ 1903, *MSS 313, 316, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, p. 289-291; *MS 315, El Pragmatismo como Lógica de la Abducción*, OFR2.16, p. 294-296.

y deben ser aceptados como nos llegan²⁰. Esto no quiere decir que sean infalibles, pues son posibles los casos de las ilusiones y alucinaciones, así que los juicios perceptuales pueden ser puestos en duda cuando hay evidencia contraria a estos²¹. Sin embargo, a pesar de su generalidad, “todo juicio perceptual se refiere, en cuanto a su sujeto, a un singular”, de manera que “[l]os únicos términos lógicos que son singulares en sentido perfectamente estricto son los sujetos de los juicios perceptuales...”²²; de manera que el objeto del percepto se impone como algo real²³.

El segundo aporte consiste en la noción de *observación colateral*. De acuerdo con Peirce, el signo no expresa, revela o saca a la luz el objeto, sino que el objeto sólo puede ser interpretado a través del signo si el intérprete ya ha tenido previamente una experiencia o contacto con el objeto, al margen del signo:

Está fuera del Interpretante toda esa parte de la comprensión del Signo para la que la Mente que interpreta ha necesitado la *observación colateral*. Por “observación colateral” no entiendo familiaridad con el sistema de signos. Lo que se reúne así no es COLATERAL. Por el contrario, es el prerrequisito para captar cualquier idea significada por el Signo. Por *observación colateral* entiendo una familiaridad previa con lo que el Signo denota.²⁴

Esta familiarización previa con el objeto sería a través de algún contacto perceptual, al menos en principio²⁵. Lo importante aquí es que la observación colateral nos permite reconocer el carácter individual del objeto al que se refiere un signo:

[...] esa idea que, aunque es esencial para el funcionamiento de un signo, solo puede alcanzarse mediante la *observación colateral* es la idea de una cosa estrictamente individual,

²⁰ 1901, *MS, Sobre la Lógica de Extraer la Historia de Documentos Antiguos*, OFR2.8, p. 147; 1903, *MSS 305-306, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 216; *MS 309, Los Siete Sistemas de Metafísica*, OFR2.13, p. 254-255.

²¹ 1903, *MS 309, Los Siete Sistemas de Metafísica*, OFR2.13, p. 256; *MS 315, El Pragmatismo como Lógica de la Abducción*, OFR2.16, p. 296.

²² 1903, *MSS 313, 316, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, pp. 275 y 288.

²³ 1901, *P 802, Gramática de la Ciencia de Pearson*, OFR2.6, p. 115.

²⁴ 1909, *L 224, Carta a William James del 26 de febrero*, OFR2.33, p. 585, cursivas mías. Cf. 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, Variante 1, pp. 488-493; 1908, *L 463, Carta a Lady Welby del 23 de diciembre*, OFR2.32, p. 571.

²⁵ Son muchos los casos de signos de los cuales interpretamos objetos que no conocemos por un contacto perceptual. Pero, al menos, es posible pensar en que los objetos de los primeros signos deben tener una base experiencial previa (ver más adelante §§ 6.3-6.4, 7.5 y 9.1.5).

o una colección o serie individual, o un acontecimiento individual, o un *ens rationis* individual.²⁶

Pero a pesar de que la observación colateral involucre una noción de lo individual, Peirce reconoce que:

[...] es totalmente imposible que cualesquiera observaciones colaterales, sea como sea que la imaginación o el pensamiento las produzcan, se aproximen alguna vez a una idea positiva de un singular, y no digamos de un individuo; esto es, que realmente deberíamos pensarlo como determinado en cada uno de los más de millones de aspectos en que las cosas pueden variar. [...] Sería imposible completar nuestra *observación colateral*, aunque fuese ayudada por la imaginación y el pensamiento, ni siquiera en este único y casi insignificante aspecto.²⁷

Por lo tanto, a pesar de que Peirce abandona el carácter incognoscible e irreal del objeto antecedente, no dejó de sostener que este es un objeto indeterminado en algunos aspectos, y en consecuencia es un objeto incompleto para el conocimiento, lo cual tiene ciertas consecuencias para una teoría de la intencionalidad y volveré sobre él en el Capítulo 7.

5.2 LA SEMIOSIS INFINITA Y LA INDETERMINACIÓN DEL SIGNIFICADO

A primera vista, el aspecto quizás más chocante de la semiótica de Peirce es la tesis de la *semiosis infinita*. En su definición para el diccionario de Baldwin de 1901, dice Peirce que un *signo* es:

[...] cualquier cosa que determina alguna más (su interpretante) para referirse a un objeto al cual él mismo se refiere (su objeto) en la misma forma, llegando a ser el interpretante a su vez un signo, y así al infinito.²⁸

Esta progresión infinita de la semiosis también se menciona en la definición (3) de signo presentada en § 4.4. La semiosis infinita es una consecuencia inevitable de considerar que el interpretante es también un signo. Dado que un signo lo es en cuanto determine un

²⁶ 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, Variante 1, p. 491, cursivas mías.

²⁷ 1909, *L 224, Carta a William James del 26 de febrero*, OFR2.33, p. 585, cursivas mías.

²⁸ 1902, *Sign*, en *Dictionary of Philosophy and Psychology* de James Bardwin, CP2.303, traducción mía.

interpretante, y un interpretante es también un signo del mismo objeto, debe, por tanto, determinar otro interpretante, que a su vez será un nuevo signo, y así. La caracterización formal del *representamen* ya involucra esta progresión infinita:

Un representamen es un objeto, *A*, en una relación triádica tal *a* un objeto, *B*, para un objeto [...] que este es apto a determinar, *C*, a estar en una relación triádica similar a *A*, y de ese modo (debido a la naturaleza peculiar de este tipo de relación), necesariamente a *B*, para algún tercer objeto, *C'*, determinado de igual manera, y así *ad infinitum*.²⁹

Un signo es un tipo de representamen que “crea en la mente de la persona un signo equivalente o quizás más desarrollado.”³⁰ Peirce ofrece un ejemplo de esto:

Supongamos, por ejemplo, que se piensa en Toussaint, y que se piensa en él primero como un *negro*, pero no claramente como un hombre. Si se añade esta distinción después, se hace a través del pensamiento de que un *negro* es un *hombre*; es decir, el pensamiento posterior, *hombre*, se refiere a la cosa exterior al predicarse de ese pensamiento previo, *negro*, que se ha tenido de esa cosa. Si después pensamos en Toussaint como un general, entonces pensamos que este negro, este hombre, era un general. De modo que en todos los casos el pensamiento posterior denota lo que se pensaba en el pensamiento anterior.³¹

Dado que una inferencia involucra que en un juicio el signo de predicado sustituya al signo de sujeto en la denotación de sus objetos (ver § 4.2), la cadena de pensamientos-interpretantes es una cadena inferencial.

La semiosis infinita es en buena medida una consecuencia del antipsicologismo de Peirce en lógica. El razonamiento requiere de la sucesión de pensamientos, y los pensamientos son ideas con significado³². Sin embargo, lo que importa de los pensamientos no es su aspecto psicológico como idea, sino su aspecto lógico, como símbolo (o signo). Recuérdese que solo pensamos en signos (§ 4.2), y la parte simbólica de los pensamientos

²⁹ 1903, *MS 800*, citado por Bellucci, 2018, p. 253, traducción mía, énfasis en el original.

³⁰ 1897, *MS 798*, [*On Signs*], CP2.228, traducción mía.

³¹ 1868, *P 27*, *Consecuencias*, OFR1.3, pp. 83-84. François Dominique Toussaint fue un político y militar haitiano del siglo XIX, famoso por liderar la erradicación de la esclavitud en Haití.

³² 1872, *MS 195*, W3.13; *MS 196*, W3.14; *MS 198*, W3.16

son los conceptos³³. Peirce afirmó que los pensamientos como símbolos tienen las tres propiedades fundamentales de los signos: a) tienen sus propias propiedades materiales (al menos fenoméricamente); b) son de algún modo determinados por su objeto, y c) se dirigen a una mente (su misma mente), produciendo un nuevo signo-interpretante del mismo objeto³⁴. Además, sostuvo repetidas veces que el *valor intelectual* de un pensamiento-signo no está en sí mismo, sino en su capacidad para determinar otros pensamientos-signos:

[...] ningún pensamiento presente actual (lo que es una mera sensación) tiene significado ni valor intelectual alguno; pues este no reside en lo que en la actualidad se piensa, sino en aquello con lo que ese pensamiento podría conectarse en la representación mediante pensamientos posteriores; de modo que el significado de un pensamiento es algo completamente virtual.³⁵

Quizás el aspecto más problemático de la semiosis infinita es que a primera vista invita a la imagen de un intérprete que se queda pensando indefinidamente en algo. Esta imagen tiene al menos dos problemas. Primero, un intérprete así sería muy ineficiente en su interacción con su entorno cotidiano. Segundo, si la semiosis es infinita, no se llegaría nunca a una concepción final del objeto. Peirce nunca propuso esta imagen. Él reconoció que la cadena podía ser rota en cualquier momento. Al respecto, McNaab ha dicho que el proceso es potencialmente infinito, pero pragmáticamente limitado, pues “puede ser que la investigación de un objeto termine porque un interpretante dado produce una creencia no cuestionada o quizás la atención del intérprete pase a otro asunto.”³⁶ Sin embargo, la ruptura de la cadena semiótica involucra un problema importante:

Sin duda, la conciencia inteligente debe entrar en la serie. Si las series de interpretantes sucesivos llega a un fin, el signo es por tanto considerado imperfecto, al menos. Si, una idea interpretante habiendo sido determinada en una conciencia individual no determina un signo externo, sino que dicha conciencia llega a ser aniquilada, o pierde toda memoria u otro efecto

³³ 1894, *MS 404*, *¿Qué es un Signo?*, OFR2.2, p. 59.

³⁴ 1868, *P 27*, *Consecuencias*, OFR1.3; 1873, *MS 212*, W3.22; *MS 213*, W2.23; *MS 214*, W3.24.

³⁵ 1868, *P 27*, *Consecuencias*, OFR1.3, p. 86. Cf. 1873, *MS 217*, W3.27; *MS 221*, W3.30; *MS 239*, W3.38. Esta idea es muy próxima al *inferencialismo* de Brandom y a la SRC (§ 3.7).

³⁶ McNaab, 2018, p. 107.

significante del signo, llega a ser absolutamente no descubrible que hubo alguna vez dicha idea en esa conciencia [...]»³⁷

Es decir que, si la cadena se rompe sin dejar ningún vestigio, ya sea externo o en la memoria, es como si la cadena no hubiese existido.

Otro problema con la semiosis infinita señalado por diferentes autores es que esta impediría una explicación del significado. En palabras de Short:

En cuanto al problema de no poder explicar cómo significan los pensamientos, Peirce hizo que la significación dependiera de la interpretación, pero entonces explicó la interpretación como consistente en signos: X significa O porque es interpretado así en Y, el cual, al realizar su servicio, debe en sí mismo ser un signo de O. Pero, en dicha explicación, Y puede significar O solamente porque es interpretado así en otro signo, Z. Y así, ad infinitum. Entonces, el problema de explicar la significancia no es resuelto sino meramente transmitido, de un signo al siguiente.³⁸

Esta idea se ve reforzada por el hecho de que el valor intelectual de un signo no está en sí mismo sino en el pensamiento-signo que genera. En este cuadro, si la semiosis es forzosamente llevada *ad infinitum*, entonces no obtenemos un significado determinado para un signo, y así el significado queda siempre indeterminado. Ocurriría aquí algo semejante a lo que pasa con las *Semánticas del Rol Conceptual*, que diluyen el significado de un concepto en otros conceptos, dejando finalmente el significado del concepto indeterminado (§ 3.7). Una respuesta temprana de Peirce a este problema es la siguiente:

Puede objetarse que si ningún pensamiento tiene significado alguno, todo pensamiento carece de significado. Pero esta es una falacia parecida a la de decir que, si no hay sitio para el movimiento de ninguno de los espacios sucesivos que un cuerpo ocupa, entonces no hay ningún sitio para el movimiento a lo largo del todo. No hay, en ningún instante, cognición ni representación en mi estado mental, pero sí la hay en la relación de mis estados mentales en diferentes instantes.³⁹

³⁷ 1902, *Sign*, *Dictionary of Philosophy and Psychology* de James Bardwin, CP2.303, traducción mía.

³⁸ Short, 2007, p. 43, traducción mía.

³⁹ 1868, P 27, *Consecuencias*, OFR1.3, p. 86.

Esta respuesta invita a pensar que el significado no se localiza en algún pensamiento-signo, sino que se debe encontrar en el proceso mismo por el cual un pensamiento interpreta otro. Pero Short señala que esto no explica cómo la traducción de un pensamiento-signo en otro produce significancia, y la analogía física del movimiento no parece ser de ayuda⁴⁰.

Muchos académicos peirceanos consideran que la semiosis infinita fue una característica inalterable de la teoría de Peirce⁴¹. Sin embargo, T. L. Short ha argumentado que Peirce abandonó esta tesis en una época tardía. En una carta de 1904 a Lady Welby, escribe:

Un signo media entre el signo *interpretante* y su objeto. Tomando el signo en su sentido más amplio, su interpretante no es necesariamente un signo. Desde luego, todo concepto es un signo. Ockham, Hobbes y Leibniz ya lo dijeron suficientemente. Pero podemos tomar un signo en un sentido tan amplio que su interpretante no sea un pensamiento, sino una acción o una experiencia, o podemos incluso ampliar de tal modo el significado de un signo que su interpretante sea una mera cualidad del sentir.⁴²

En este fragmento Peirce reconoce que no todo interpretante debe ser de la naturaleza de un pensamiento, y por lo tanto de un signo, sino que también puede ser de otro tipo, ya sea una acción o una sensación. Por lo tanto, en el caso de una acción o una sensación, estos tipos de interpretantes no tienen por qué ser representámenes y determinar nuevos interpretantes. Pero aún deja abierta la posibilidad de que cuando el interpretante sea un pensamiento, ocurra la semiosis infinita. Sin embargo, en 1907, en su intento de demostrar la verdad de la máxima pragmatista desde la semiótica, Peirce introduce la ya vista distinción entre interpretantes emocional, energético y lógico, de los que el primero sería del tipo de la sensación o emoción suscitada por el signo, el segundo alguna acción frente al objeto, y el tercero sería de la naturaleza de un pensamiento⁴³ (ver § 4.7), tal y como fue anticipado en la carta de 1904. Afirma: “no todos los signos tienen interpretantes lógicos, sino sólo los conceptos intelectuales y semejantes, y me parece que estos o bien son todos generales o bien están

⁴⁰ Short, 2007, p. 44.

⁴¹ P. ej., Litzka, 1996; McNaab, 2018; Savan, 1988.

⁴² 1904, L 463, *Carta a Lady Welby* del 12 de octubre, OLS, p. 116.

⁴³ 1907, MS 318, *Pragmatismo*, OFR2.28, p. 493

íntimamente conectados con generales”; razón por la cual “la especie del tiempo futuro del interpretante lógico es la del modo condicional, el “*sería*”.”⁴⁴ La novedad está en que al preguntarse “qué categorías de hechos mentales hay que sean de referencia general”, Peirce dice que

[...] no constituye ninguna explicación de la naturaleza del interpretante lógico (que ya sabemos que es un concepto) decir que es un concepto. Esta objeción se aplica también al deseo y a la expectativa, como explicaciones del mismo interpretante, ya que ninguno de ellos es general de otra manera que no sea a través de una conexión con un concepto. [...] Por tanto, sólo queda el hábito como la esencia del interpretante lógico.⁴⁵

Por lo tanto, el pensamiento como interpretante no se resuelve propiamente en un nuevo pensamiento, sino en la formación de un hábito en el intérprete. Se debe entender aquí un hábito como una tendencia a comportarse de cierta manera bajo ciertas circunstancias en un futuro indeterminado, así estas circunstancias nunca lleguen a ocurrir. De allí la generalidad absoluta del “*sería*” involucrado en el hábito. Esto encaja completamente bien con la máxima del pragmatismo como criterio de significado de los conceptos científicos, como se vio en § 4.7. Dos conceptos son diferentes si involucran hábitos que llevan a alguna conducta diferente ante al menos alguna circunstancia concreta concebible. Si no hay alguna circunstancia concebible en la que difieran en el acto que gobiernan, entonces los dos conceptos realmente son dos palabras para el mismo concepto. Este es el tercer y máximo nivel de claridad de una idea⁴⁶. Dado lo anterior, ¿qué necesidad hay de que la semiosis tenga una progresión al infinito? Efectivamente, en algunas definiciones de signo posteriores Peirce dejará de insistir en el hecho de que el interpretante deba ser un signo:

Defino a un Signo como cualquier cosa que está así determinada por otra cosa, llamada su Objeto, y que determina un efecto sobre una persona, efecto que llamo su Interpretante, de modo que este es por tanto determinado de manera mediata por aquel.⁴⁷

⁴⁴ *Ibid.*, p. 494.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 496. Citado también en § 4.7.

⁴⁶ 1878, P 119, *Cómo Esclarecer nuestras Ideas*, OFR1.8, § II.

⁴⁷ 1908, L 463, *Carta a Lady Welby del 23 de diciembre*, OFR2.32, p. 568. Cf. 1909, L 224, *Cartas a William James del 26 de febrero, 14 de marzo y 25 de diciembre*, OFR2.33, pp. 583, 588 y 592.

El abandono de la semiosis infinita no parece involucrar renunciar a la idea de que analizados lógicamente los pensamientos son signos, y no quiere decir que se esté haciendo una concesión al psicologismo. Sin embargo, volveré sobre este asunto en § 5.5. Lo importante es que la preocupación por la indeterminación del significado queda bloqueada, al menos en cuanto se acepte una teoría pragmatista del significado.

5.3 EL INTERPRETANTE COMO MEDIADOR, ARBITRARIEDAD DEL SIGNIFICADO, IMPOSIBILIDAD DEL ERROR Y CIRCULARIDAD EXPLICATIVA

La tercera preocupación de Short respecto a la semiótica como teoría del significado tiene que ver con el papel del interpretante en la determinación del significado del signo. Como se dijo en § 4.3, las relaciones triádicas consisten en hechos triples, es decir, que involucran tres elementos. Pero además de eso, uno de los elementos actúa como mediador de una relación diádica entre los otros dos. El ejemplo no semiótico de una relación triádica más empleado por Peirce es el de la relación de *dar*. En la relación *A da B a C*, A es el dador, B es el objeto entregado y C es el receptor. A es el mediador de la relación diádica: *C posee a B*, que a su vez se supone que parte de la relación diádica previa: *A posee a B*. Con la relación de representación ocurriría algo semejante. En este caso, a diferencia de la relación de *dar*, el signo (Σ) media la relación entre el objeto (O) y el interpretante (I). Se supone que la mediación por parte de Σ parte de la relación diádica por la cual *O determina a Σ* , y que define la *cualidad representativa* de Σ , que es la base de la distinción entre íconos, índices y símbolos (§§ 4.4-4.5). Sin embargo, en muchas partes Peirce llama la atención en que dicha relación diádica entre el signo y el objeto está a su vez mediada por el interpretante. Así, por ejemplo, dice Peirce:

...es necesario para que un signo sea un signo que deba ser *considerado* como un signo ya que es solamente un signo para aquella mente que lo considera así y si no es un signo para alguna mente no es un signo en absoluto. Debe ser conocido a la mente primero en sus cualidades materiales, pero también en su aplicación demostrativa pura. Aquella mente debe concebirlo estando conectado con su objeto así que es posible razonar del signo a la cosa.⁴⁸

⁴⁸ 1873, *MS 214, On the Nature of Signs*, W3.24, p. 67, traducción mía. Lo que Peirce llama *aplicación demostrativa pura* se refiere al carácter denotativo del signo respecto al objeto; ver *Consecuencias* (1868, OFR1.3, p. 84).

Esta cita corresponde a uno de sus manuscritos de 1873 destinado a un inacabado libro de lógica, y en tales manuscritos Peirce consideraba que esta es una característica general de los signos⁴⁹. Sin embargo, hacia 1885, cuando introduce la teoría de las relaciones triádicas genuina y degeneradas, Peirce va a decir que el carácter mediador del interpretante sobre la relación de representación del signo y el objeto es algo que ocurre exclusivamente en el *símbolo*:

Si esta triple relación no es de una especie degenerada, el signo se relaciona con el objeto sólo como consecuencia de una *asociación mental*, y depende de un *hábito*. Tales signos son siempre abstractos y generales, ya que los hábitos son reglas generales a las que el organismo ha llegado a estar sujeto. En su mayor parte son convencionales o arbitrarios. [...] los llamaré *tokens* [símbolos].⁵⁰

En este caso, la relación de representación del signo al objeto es determinada por la mente que interpreta al signo. Esto no ocurriría en el caso del *índice*, en el cual “el signo significa a su objeto solamente en virtud de estar realmente conectado con él.”⁵¹ Pero si observamos el caso del *ícono*, encontramos que la relación entre el signo y el objeto es una relación de *parecido*, la cual es una relación diádica degenerada que, como explica Peirce, es una relación de *razón*, y por lo tanto depende de una relación triádica degenerada en segundo grado⁵² (§§ 4.3 y 4.5). Como relación de *razón*, la relación de parecido o semejanza depende de nuevo de la mente que realiza el acto de interpretación. Así, al menos en la caracterización de las relaciones triádicas genuina y degenerada, la relación entre el signo y el objeto es dependiente del acto de interpretación en el caso del símbolo y el ícono, pero no en el caso del índice. Si se considera que entre las clases de signos hay una organización jerárquica, resulta problemático considerar que una propiedad de la clase más simple (el ícono) desaparece en la clase intermedia (el índice) para reaparecer en la clase más compleja (el símbolo).

A pesar de este cambio introducido por la teoría de las relaciones triádicas genuina y degenerada, la idea de que el interpretante determina la relación entre el objeto y el signo

⁴⁹ Cf. 1873, *MS 212, On Representations*, W3.22, p. 64; *MS 221, Chap. 7. Of Logic as a Study of Signs*, W3.30, p. 83.

⁵⁰ 1885, *P 296, Sobre el Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, p. 271. Cursivas mías. Sobre el término *token* ver § 4.5.

⁵¹ *Ibid.*, p. 272.

⁵² Cf. 1887/1888, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, Cap. I; 1888, *MS 1600, Tricotomías*, OFR1.20.

reaparecerá en la taxonomía de 1903, en la tercera tricotomía, la que se da entre rema, dicisigno y argumento, puesto que en esta dimensión los signos se distinguen respecto a si el interpretante representa al signo como un signo de cualidad, o como un signo de un hecho existente o como un signo de una ley. Esta tricotomía será conservada en los siguientes esquemas taxonómicos, con el nombre de interpretante significante o representativo (§ 4.6).

Ahora bien, ¿cuál es el problema de que el interpretante medie o determine la relación entre el signo y el objeto? Short lo coloca en los siguientes términos:

“[...] ya que el interpretante determina el significado de un signo, se sigue que la significancia no es nada más o menos que la forma en la cual un signo es realmente interpretado. Por lo tanto, la interpretación errónea es imposible: la significancia es enteramente subjetiva.”⁵³

El problema se podría presentar de la siguiente manera: Si se tiene la relación triádica Σ *representa a O para I*, y a la vez es verdad que *I* determina que Σ representa a *O*, por lo tanto, *I* hace que *O* sea el contenido de Σ ; y si *O* es también el contenido de *I*, entonces no puede haber disparidad entre el contenido de Σ y el contenido de *I*. No podría haber disparidad entre lo que es representado por el signo y lo que es interpretado. Toda interpretación podría ser arbitraria y, aun así, ser una interpretación correcta. Por lo tanto, no habría representación errónea.

Otro problema asociado al anterior es que la determinación de la relación entre el objeto y el signo por parte del interpretante introduciría una circularidad explicativa respecto al contenido mental. Si se considera que la teoría semiótica involucra alguna noción de contenido mental, se pensaría en primer lugar que esta corresponde al contenido del interpretante. Esto es así, porque el interpretante es el único de los tres elementos de la relación triádica que es necesariamente mental. El objeto y el signo son, al menos en principio, elementos extra-mentales. Por lo tanto, siendo el interpretante un estado o evento mental, su contenido sería el contenido del estado mental. Por su puesto que dicho contenido es el objeto de la semiosis. Ahora bien, pero si es el interpretante el que determina la relación entre el objeto y el signo, en consecuencia, el interpretante determina su propio contenido, lo cual involucra una circularidad explicativa. Tanto conducir a una explicación circular del

⁵³ Short, 2006, p. 218. Traducción mía. Cf. Short 2007, Cap. 2, § 5.

contenido mental como impedir la representación errónea son aspectos que impedirían que la teoría semiótica fuera una teoría adecuada para la explicación del contenido mental.

Short considera que Peirce corrigió el problema del carácter determinante del interpretante sobre la relación de representación, tal y como corrigió los problemas anteriores. Según su interpretación, los desarrollos en la fenomenología y la metafísica posteriores a 1885 le permitieron a Peirce postular dos ideas cruciales para realizar la corrección en cuestión: afirmar la realidad de las *posibilidades*, así como también la realidad de la *causalidad final*⁵⁴. Short cita el siguiente fragmento de Peirce:

[...] si bien ningún Representamen funciona efectivamente como tal hasta que determina realmente a un Interpretante, se convierte en un Representamen tan pronto como es plenamente *capaz de hacerlo*; y su *Cualidad Representativa* no depende necesariamente de que alguna vez determine realmente a un Interpretante, ni siquiera de que tenga realmente un Objeto.⁵⁵

De acuerdo con Short, la posición sostenida por Peirce en su semiótica madura sería que:

Lo que un signo significa depende de una *relación previa* y dicha relación se obtiene independientemente de que el signo sea realmente interpretado. Se sigue que la significancia ahora puede ser distinguida de la interpretación real. La significancia de un signo es como este *sería* interpretado sobre la base de una *relación previa*. La significancia es por tanto un tipo de interpretante posible, no un interpretante real. En otras palabras, la significancia está fundamentada en la interpretabilidad.⁵⁶

De acuerdo con esta posición, un signo significa independientemente de que sea interpretado, pues su interpretante es potencial. La significancia del signo estaría determinada por una *relación previa*, que correspondería a la *Cualidad Representativa* de la relación entre el signo y el objeto, que determina si el signo es un ícono, un índice o un símbolo, pero es independiente de cómo sea finalmente interpretado. De acuerdo con Short, lo que es relevante

⁵⁴ Short, 2007, Cap. 2, § 9.

⁵⁵ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20, pp. 346-347, énfasis míos.

⁵⁶ Short, 2007, p. 53, traducción y énfasis míos.

para la significación es que el signo sea interpretable de cierta manera, no que sea interpretado efectivamente así.

Peirce llamará al interpretante potencial del signo el *interpretante inmediato*, del cual dirá que es “el Interpretante como representado en el signo como determinación del signo. Aquello a lo que el signo apela”, “el interpretante como el signo lo expresa, el interpretante que el signo en sí mismo crea”; a diferencia de *interpretante dinámico* entendido como “la determinación de un campo de representación exterior al signo (tal campo es la conciencia del intérprete) cuya determinación es afectada por el signo”⁵⁷, o el efecto real del signo sobre el intérprete. De acuerdo con Short, gracias a la distinción entre el interpretante inmediato y el dinámico, es posible hacer que la significación del signo no dependa de cómo el signo es realmente interpretado, y de esa manera que exista una disparidad entre ambos tipos de interpretantes que conduzca a la significación errónea. Además, sería posible evitar la circularidad explicativa respecto al contenido mental, pues si dicho contenido es aquel del interpretante dinámico, no sería tal interpretante el responsable de la significación del signo. Short argumenta además que aún si el interpretante es potencial, la relación de *significancia* sigue siendo triádica:

[...] X realmente significa Y aun en la ausencia de cualquier interpretante real, Z. A pesar de esto, decir que X significa Y es implicar que hay un tipo de interpretante de X que será fundamentado. Y Y no es un objeto (en el sentido de ser un objeto de un signo), ni es X un signo, en virtud de su relación previa *simpliciter*. Ellos son llamados así apropiadamente solamente porque la relación fundamenta un interpretante posible.⁵⁸

A pesar de sus méritos para solucionar los problemas señalados, la posición defendida por Short y que atribuye a la semiótica madura de Peirce, presenta en mi opinión algunas dificultades. En primer lugar, la idea de que los signos tienen su significado (significabilidad o interpretabilidad según Short) independiente de su interpretación, parece plausible solo para aquellos signos que son emitidos con una intención comunicativa; pero no parece ampliable a todo tipo de signo. En el caso de los signos naturales, cuya cualidad representativa sería de tipo indexical, no parece evidente que estos tengan un interpretante

⁵⁷ 1909, *MS 339, Logic Notebook*, entradas del 8 y 12 de octubre. Citado por Bellucci, 2018, p. 308, traducción mía.

⁵⁸ Short, 2007, p. 53. Traducción mía.

intencional. Así lo reconoce Peirce explícitamente, al discutir la noción de *Significado* de Lady Welby, en una carta enviada a William James:

Por *Significado* entiende ella la *intención* del emisor. Pero a mí me parece que todos los síntomas de enfermedad, los signos del clima, etc., no tienen emisor, pues no pienso que podamos decir, propiamente, que Dios *emite* signo alguno cuando Él es el Creador de todas las cosas.⁵⁹

Suponer que los signos naturales tengan una significación independiente de su interpretación efectiva nos conduciría a un pansemanticismo, como el ya denunciado en la teoría de Dretske (§ 3.8). En el caso de las semiosis icónicas, la cuestión es aún más complicada si se considera que un signo se puede parecer a muchos objetos diferentes, lo que conduciría a una seria indeterminación del significado (ver § 3.6). Pero, además, si la relación de parecido es una relación de razón, no habría forma de distinguir entre interpretante inmediato y dinámico, y se retorna al problema de la imposibilidad de la representación errónea. Por otra parte, la introducción de la distinción entre interpretantes inmediato, dinámico y final no parecía estar motivada respecto a algún problema sobre la representación errónea, del cual al parecer él no se percató.

En segundo lugar, me parece errónea la idea de Short de que esta caracterización del signo preserve el carácter triádico de la relación sígnica. La razón es que Peirce sostiene la vieja posición metafísica de Aristóteles de que una relación subsiste mientras existan sus relatas, y es al menos dudoso considerar que un interpretante potencial se considere un existente.

Finalmente, Short no tiene en cuenta el caso del interpretante representativo y el hecho de que este involucre una interpretación del signo siendo tal, la cual fue una posición que al parecer Peirce nunca abandonó. Hay un sentido en el que parece plausible decir que un signo lo es en tanto que sea interpretado como tal. Y esto parece aplicar para todo tipo de signo. En mi opinión, la noción de interpretante de Peirce parece ser muy gruesa e involucrar varias cosas a la vez. Pareciera poder distinguirse en la noción de interpretante una función pasiva y una activa. La pasiva correspondería a aquel efecto del signo sobre el intérprete,

⁵⁹ 1909, L 224, *Carta a William James del 26 de febrero*, OFR2.33, pp. 587-588.

mientras que la activa tendría que ver con cómo el signo es interpretado como un signo. Pero ambas no pueden ser la misma cosa⁶⁰. Aunque las taxonomías tardías de Peirce distinguen varios tipos de interpretantes, esas distinciones no parecen arrojar claridad sobre esta ambigüedad. En el próximo capítulo ofreceré una alternativa para entender este asunto y tratar de resolver los problemas de la representación errónea y la circularidad explicativa (§ 6.3).

5.4 SESGOS LINGÜÍSTICO Y LÓGICO

Una característica importante de la semiótica de Peirce, pero que pocas veces es reconocida por los semióticos, es que esta fue desarrollada como un marco general para la lógica, como parte de su proyecto de explicar el razonamiento científico. Se puede decir que el proyecto epistemológico de Peirce busca realizar el programa kantiano de explicar cómo es posible el conocimiento, frente a los riesgos escépticos que conlleva el conocimiento empírico de la naturaleza. Por lo tanto, una preocupación fundamental de la obra de Peirce es la de ofrecer el método adecuado para las ciencias. Esta era una preocupación importante de su época, manifiesta en la obra de los grandes metodólogos decimonónicos, como Herschell, Whewell y J. S. Mill, de quienes Peirce conocía sus obras. Peirce creía que el método era realizado por los científicos a través del ejercicio del razonamiento, y que por tanto el método debía ser definido como una *lógica de la ciencia*. Su concepción de validez lógica era muy amplia, e incluía a las inferencias ampliativas, como la inducción y la hipótesis. La validez de la inferencia inductiva está garantizada por las leyes de la probabilidad, mientras que la de la inferencia abductiva se garantiza por la capacidad natural de los humanos para formular las mejores hipótesis, debido a que estamos constituidos naturalmente para hacerlo de esa manera por el proceso de evolución. Por esta razón, su *Metodéutica* busca crear un nexo orgánico entre inferencias deductivas, inductivas e hipotéticas, cuyo seguimiento obediente nos conducirá inevitablemente al conocimiento de la realidad.

En Peirce la conexión entre lógica y semiótica es muy estrecha. Peirce inicialmente concibió a la lógica como *simbolística*. Entendiendo que el razonamiento consiste en una sucesión de pensamientos, y que los pensamientos tienen elementos simbólicos. La

⁶⁰ Ver Aames, 2018.

simbolística trataría de la relación entre los símbolos y los objetos que denotan. Pero como los símbolos son solo uno de los tipos de signos posibles, la simbolística sería tan solo una rama de la semiótica⁶¹ (§ 4.2). Mucho más adelante, luego de integrar los íconos e índices al proceso de razonamiento, Peirce concebirá a la lógica en sentido amplio como semiótica, y la lógica en sentido estrecho sería la segunda división de la semiótica, como *lógica crítica*, interesada en la relación del signo con el objeto, y dependiente de la *gramática especulativa*⁶². Peirce llegó a afirmar que la semiótica es el primer campo de estudio del lógico y que es su responsabilidad, más que de cualquiera, la de desarrollarla:

[...] será necesario por ahora y durante mucho tiempo considerar la lógica, no como una ciencia distinta, sino solo como un departamento de la ciencia de la constitución general de los signos, - la fisiología de los signos, -semiótica cenoscópica. Porque si definimos aproximadamente un signo como un medio de comunicación, una pieza de música concertada es un signo, y también lo es una palabra o señal de mando. Ahora bien, la lógica no se interesa positivamente por ninguno de estos signos, sino que debe interesarse negativamente por ellos al definir el tipo de signos con los que trata; y no es probable que en nuestro tiempo haya nadie que estudie la fisiología general de los signos no lógicos excepto el lógico, que está obligado a hacerlo en alguna medida.⁶³

Así, a pesar de que el lógico se dedica al estudio de las relaciones inferenciales entre conceptos intelectuales, debería tener un concepto de signo tan amplio, que abarque a signos no lógicos, para así poder lograr una mejor delimitación de su campo de estudio⁶⁴. Esto es evidente en la taxonomía de 1903, que conduce a las 10 clases de signos expuestos en § 4.6. De estas 10 clases solo contarían como signos lógicos los tres últimos, que corresponden a los signos simbólicos. Interessantemente, los signos no lógicos serían más numerosos. Para Peirce, estos signos no-lógicos tratarían de aquellos casos que son interpretantes netamente emocionales y energéticos, que evocan respuestas sensoriales y emocionales, como las emociones provocadas por un tema musical, o acciones muy concretas que atienden al contexto inmediato, como la acción inmediata en respuesta a una orden⁶⁵.

⁶¹ 1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27.

⁶² P. ej. 1902, *L 75, Carnegie Applications*, en *Lógica como Semiótica*, 2007.

⁶³ 1906, *MS 499, On the System of Existential Graphs*, citado por Bellucci, 2018, p. 357, traducción mía.

⁶⁴ 1906, *MS 283, La Base del Pragmatismo en las Ciencias Normativas*, OFR2.27, p. 472.

⁶⁵ 1907, *MS 328, Pragmatismo*, OFR2.28; 1911, *MS 676, A Sketch of Logical Critics*.

Si consideramos que los legisignos son signos que materialmente tienen un carácter convencional, y por tal razón son propiamente humanos, podría pensarse que los cuatro primeros signos, los no legisígnicos, corresponderían a clases de signos compartidas con organismos no-humanos. Short ha sugerido en múltiples ocasiones que la semiótica es lo suficientemente amplia como para abarcar fenómenos asociados a la conducta de animales no-humanos⁶⁶. Efectivamente, algunos autores, como Thomas A. Sebeok, realizaron una ampliación de la semiótica peirceana para abarcar fenómenos de animales no-humanos, y el campo de la zoosemiótica se ha desarrollado como un área especializada en la comunicación animal⁶⁷ (ver § 9.1.9).

Aunque Peirce no negó estas posibilidades, tampoco las llegó a considerar. Sus ejemplos sobre signos no-lógicos son siempre sobre casos humanos. Además, en la clasificación de los signos de 1903, los ejemplos de signos no-lógicos son por lo general muy vagos, torpes y poco esclarecedores. Pareciera que Peirce siempre tuvo dificultades para pensar la semiótica por fuera de campos lingüísticos y lógicos. Difícilmente ofreció ejemplos de íconos o índices puros sin involucrar algún elemento lingüístico. Respecto a los íconos, en algún momento dijo: “Cualquier imagen material, como una pintura, es en gran parte convencional en su modo de representación, pero en sí misma, sin leyenda ni etiqueta, puede llamarse *hipoícono*.”⁶⁸ En otro momento dijo de los índices: “Un índice puro simplemente dirige la atención forzosamente al objeto con el que reacciona y pone al intérprete en reacción mediata con ese objeto, pero no transmite información alguna. Un ejemplo de esto es la exclamación “¡Oh!” Otro caso son las letras pegadas a una figura geométrica.”⁶⁹ Consideraciones como estas llevaron a algunos, como Nelson Goodman, a plantear que toda relación de representación es al final simbólica⁷⁰. Pero esta posición choca con la idea presente en la misma taxonomía de 1903 de que los signos más complejos involucran a los signos menos complejos. Si los íconos e índices dependieran de los símbolos, no podrían servir de base para la significación de los últimos.

El fuerte compromiso de la semiótica de Peirce con su lógica se observa cuando en referencia a sus esquemas taxonómicos dice: “todos los términos de la división [de los signos]

⁶⁶ Short, 1981, 2006, 2007.

⁶⁷ Sebeok, 1996.

⁶⁸ 1903, *MS 478, Concepciones Lógicas Diversas*, OFR2.20, p. 347.

⁶⁹ 1904, *MS 517, Nuevos Elementos*, OFR2.22, p. 383.

⁷⁰ Goodman, 1972/1976.

deben ser estrictamente relevantes para la lógica”⁷¹. Esto es bien evidente en sus clasificaciones de los signos. En primer lugar, Peirce adoptó como propia la división tradicional de la lógica entre términos, proposiciones y argumentos, que dominó el campo desde Aristóteles hasta J. S. Mill. En la taxonomía de 1903, esta distinción es transformada en la tricotomía *Rema*, *Dicisigno* y *Argumento*, que trata de si el interpretante del signo lo toma como un signo de cualidad, de un hecho existente o de una ley. Esto requiere ampliar las nociones, al menos, de rema y dicisigno, más allá de los símbolos, abarcando a los íconos e índices. Sin embargo, el rema se sigue entendiendo como una cualidad definida lógicamente por el número de enlaces a ser llenados para lograr una enunciación completa, y el dicisigno como un signo doble, compuesto de una parte remática y otra que actúa como índice de un objeto (ver §§ 4.5-4.6). Así que ciertas concepciones originalmente lingüísticas y lógicas son ahora trasladadas a los íconos y los índices, que en principio no son lingüísticos.

Pero, además, Peirce introducirá a sus esquemas taxonómicos otras dimensiones, que son pensadas como dimensiones aplicables en principio a signos lógicos o lingüísticos. Esto es bien evidente en la caracterización que hace Peirce de la relación entre el signo y su *objeto inmediato*, como la manera en que se cuantifica al objeto, ya sea tomándolo indefinidamente, singularmente o universalmente (ver § 4.6). Algo semejante ocurre cuando la distinción entre interpretante inmediato, dinámico y significativo se aproxima a lo que más tarde Austin distinguirá como actos de habla ilocucionarios, perlocucionarios y locucionarios, y que son divisiones pertinentes solo para las enunciaciones lingüísticas. Finalmente, Peirce también intenta integrar su división de los argumentos, entre argumentos deductivos, inductivos e hipotéticos, en la tricotomía de la naturaleza de aseguramiento del signo, que puede ser un aseguramiento instintivo, dado por la experiencia o dado por la forma⁷². Pero, aunque en todos estos casos Peirce busca ofrecer definiciones más amplias, que apliquen a todos los tipos de signo, tales concepciones no dejan de seguir concibiéndose según sus distinciones lingüísticas y lógicas. Y ayuda muy poco el hecho de que Peirce casi no ofreció definiciones ni ejemplos para las taxonomías finales.

Tal vez no ha habido en la historia de la lógica un autor que como Peirce haya hecho un intento más comprometido de fundamentar la lógica en la semiótica. ¿Se puede considerar

⁷¹ 1906, MS 283, *La Base del Pragmatismo en las Ciencias Normativas*, OFR2.27, p. 472.

⁷² 1908, L 463, *Carta a Lady Welby del 25 de diciembre*, OFR2.32, p. 581.

que ese intento fue exitoso? En principio, la semiótica es una explicación de la representación, la referencia y el significado. La semiótica será una explicación de la lógica solo si se considera que las nociones fundamentales de la lógica son reducibles a términos de representación y significado. Supongamos que las nociones lógicas fundamentales son las de inferencia, validez y verdad. Desde muy temprano, Peirce explicó la inferencia como sustitución de signos, y la validez como el tipo de regla o principio que justifica dicha sustitución y que define cierta clase de argumentos⁷³. Se podría argumentar que una teoría semiótica no podría ofrecer una explicación de la verdad, pues al final los signos tendrán significado sean estos verdaderos o falsos, y por lo tanto la noción de representación en sí misma no puede distinguir entre signos verídicos y engañosos. Pero en numerosas ocasiones Peirce reconoce que podemos llegar a percatarnos de la falsedad de ciertos signos a partir de su incongruencia con lo que es significado por otros signos, y además podemos verificar dicho significado a través de la observación colateral. Por lo tanto, se podría decir que Peirce ofreció una teoría semiótica de la lógica, que podría contar con alguna plausibilidad. Este no es el espacio para valorar la lógica semiótica de Peirce, pero si es posible afirmar que el intento de desarrollar una lógica fundamentada en la semiótica es algo que los lógicos contemporáneos y posteriores a Peirce no siguieron. Creo que una razón para ello se debe a que la lógica moderna, fundada por Frege, Russell y Whitehead y otros, se apoya en una noción mucho más restringida de validez lógica como validez necesaria. En consecuencia, los sistemas lógicos modernos se han desarrollado como sistemas de lógica deductiva, mientras que a las inferencias inductivas e hipotéticas se les ha visto como formas imperfectas, no sistematizables e inferiores de lógica. Así, la tarea de estudiar y desarrollar la semiótica después de Peirce no fue desarrollada por los lógicos, sino por otros especialistas, los semióticos o semiólogos, cuyo conocimiento y aprecio por la lógica no ha sido precisamente el más elevado.

Debemos recordar que el propósito de Peirce de fundamentar la lógica en la semiótica provenía de su interés de evitar el psicologismo. Consideraba ventajoso tratar a los pensamientos de un modo semejante a como se podía abordar a las palabras o a otros símbolos, sin necesidad de tratar con las complejidades que trae el estudio de la mente⁷⁴. Sin

⁷³ Cf. 1867, P 31, *Classification of Arguments*, W2.3; 1878, P 123, *Deducción, Inducción e Hipótesis*, OFR1.12.

⁷⁴ 1873, MS 217, W3.27; MS 221, W3.30.

embargo, con frecuencia, Peirce reconoció que detrás del razonamiento y de la semiosis actúan procesos psicológicos, y desarrolló su propia teoría al respecto, como veremos a continuación.

5.5 LA PSICOLOGÍA DETRÁS DE LA SEMIÓTICA

A inicio del siglo XIX fue popular la teoría tripartita de las funciones mentales de Kant, que distinguía entre la sensación⁷⁵, el pensamiento y la voluntad, que Kant había tomado y adaptado de su maestro Tetens⁷⁶. Peirce también desarrolló su propia versión de teoría tripartita de las funciones psicológicas, basado en sus categorías, en un escrito de finales de los 1880s, titulado *Una Conjetura Acerca del Enigma*⁷⁷. A pesar de que la *Conjetura* no se publicó, es un escrito importante porque fue un intento de aplicación de las categorías a las diferentes ciencias, ofreciendo tricotomías para el razonamiento, la psicología, la fisiología, la biología y la física, siguiendo una organización de las ciencias según su dependencia, a la manera como lo había hecho el positivismo de Comte. El supuesto detrás es que las categorías son a la vez expresión de la estructura profunda de la realidad, como de nuestras formas de conocerla, así que es posible identificar divisiones triádicas en los fenómenos de cada ciencia y a la vez establecer relaciones de dependencia entre ciencias de acuerdo con las categorías.

Según la teoría de las categorías, hay tres funciones psicológicas. A la Primeridad pertenece la *sensación*, que consiste en “todo lo que está inmediatamente presente”, “lo que tenemos en la conciencia inmediata e instantánea” y que se nos presenta como un contenido cualitativo simple, inanalizable, sin cambio y sin relación con nada más⁷⁸. A la Segundidad le corresponde la *voluntad*, que involucra la *conciencia dual* o *polar* de choque entre el mundo interno del yo y el mundo externo de las *haecceidades*. Distingue dos grados de voluntad, una degenerada o pasiva, que tiene que ver con la sensopercepción, y otra genuina o activa, relacionada con el autocontrol y la inhibición de la acción. A la Terceridad pertenece

⁷⁵ El término que utilizó Peirce fue *feeling*, que se puede decir que está en un punto intermedio entre *sensation* y *sentiment*. Sin embargo, no tenemos en español una palabra que traduzca directamente *feeling*, aunque si las tenemos para las otras dos. Voy a emplear ‘sensación’ para traducir *feeling*, que es más cercano a su significado en español. Sin embargo, Peirce distinguía entre *feeling* y *sensation*, considerando a la segunda más próxima a la Segundidad (sf. (1900?) *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.543). Cuando me refiera a *sensations* voy a usar la expresión sensopercepción, que creo que se ajusta bastante bien a lo que Peirce quería decir.

⁷⁶ sf. *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.540-542.

⁷⁷ 1887-1880, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 302.

la *cognición*, que también llama conciencia sintética, asociada al aprendizaje, la formación de hábitos y el crecimiento mental. Reconoce tres grados de Terceridad aquí: Primero, la “conciencia sintética degenerada en segundo grado, que... se da cuando pensamos que distintas sensaciones son parecidas o diferentes”, e involucra asociación por semejanza. Segundo, la “conciencia sintética degenerada en primer grado, que corresponde a la Terceridad accidental, es donde hay una compulsión externa sobre nosotros para pensar las cosas juntas. La asociación por contigüidad es un ejemplo de esto...”. Y finalmente, la clase más alta de síntesis, o Terceridad genuina, que se da “en aras de la inteligibilidad, es decir, en aras del mismo “yo pienso” sintetizador; y hace esto introduciendo una idea no contenida en los datos, que proporciona conexiones que de otra manera no se hubieran tenido.”⁷⁹ Es evidente que las semiosis icónica, indexical y simbólica se corresponden a los tres grados de operación de la conciencia sintética.

Pero Peirce fue más allá y especuló acerca de las bases neurofisiológicas de estas funciones psicológicas. Un poco antes, en 1880, había desarrollado una teoría del pensamiento como *cerebración*. Según esta teoría, la estimulación externa produce irritación de los ganglios y es función de la acción eliminar dicha estimulación. Cuando la acción no lo logra, debe cambiar, hasta tener éxito, y así cesa la acción. Las acciones repetidas facilitan la dirección de ciertas descargas nerviosas, lo que permite la formación de hábitos⁸⁰. La teoría de la cerebración explica la *formación de hábitos*, sobre una base lamarckiana, aún muy influyente en esa época. Puede observarse que esta teoría sería el fundamento fisiológico de la teoría de la investigación de la duda-creencia. En la *Conjetura*, Peirce supondrá que cada uno de los fenómenos psicológicos tiene su contrapartida en fenómenos al nivel del sistema nervioso. Así, “la Sensación, o conciencia inmediata, surge en un estado activo de las células nerviosas.” El sentido polar o de acción y reacción “está claramente relacionado con la descarga de energía nerviosa a través de las fibras nerviosas.” Y la conciencia sintética “tiene su base fisiológica en la propiedad más característica del sistema nervioso: el poder de adquirir hábitos.”⁸¹ Incluso, Peirce llega a sugerir que las tres propiedades del sistema nervioso: excitabilidad, transferencia de la excitación y tendencia a formar hábitos, se

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 304-305.

⁸⁰ 1880, *P 167, Sobre el Álgebra de la Lógica*, OFR1.13, § I.1. Cf. 1880, *MS 354, Logic. Chapter I. Thinking as Cerebration*, W4.8. Esta teoría de la cerebración es un antecedente de la teoría conexionista del aprendizaje de Thorndike (alumno de James), así como de la teoría de la motivación del conductista Clark L. Hull.

⁸¹ 1887-1888, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, Cap. IV, pp. 306-307.

fundamentan en las tres propiedades básicas del protoplasma: la sensibilidad, el movimiento y el crecimiento, que también se corresponden con las categorías⁸².

Ahora bien, el proceso psíquico fundamental que da cuenta del razonamiento y la semiótica es la *asociación*. La asociación involucra que una idea determina y es seguida por otra. Pero para explicarla, Peirce se enfrenta a un problema inicial. Si las sensaciones son aquello que se siente en la conciencia inmediata, y son independientes unas de otras, ¿cómo pueden entrar en relación? Peirce toma de Tetens la noción de *sensación* como lo que está inmediatamente presente a la conciencia⁸³. En la segunda mitad del siglo XIX era popular la concepción de que la psicología experimental debía estudiar la experiencia inmediata a través de la introspección⁸⁴. Sin embargo, Peirce era escéptico respecto a este proyecto, porque el presente de las sensaciones se da en un instante tan ínfimo, que cuando se intentan capturar ya no están presentes, sino que lo que se tiene de ellas es apenas un recuerdo y no la sensación original⁸⁵. Esto concuerda con su opinión de 1868 de que no tenemos ninguna capacidad intuitiva de identificar intuiciones⁸⁶ (§ 4.2). Pero también se relaciona con la imposibilidad de conocer un objeto externo absolutamente determinado (ver § 5.1); así que las sensaciones tendrían el mismo carácter irreal que tales objetos. Pero si las sensaciones son separadas e individuales de esta manera, ¿cómo pueden ser asociadas?

Para solucionar el problema, Peirce propone una teoría de la percepción directa de la continuidad del tiempo en la conciencia. En primer lugar, Peirce rechaza que las ideas se presenten en el tiempo en *quantums* discretos, porque estos *quantums* tienen partes últimas, por las que están separados absolutamente unos de otros, así que dos ideas no podrían ser traídas juntas para ser comparadas y no se podría encontrar afinidades entre ellas. En consecuencia, concluye que las ideas se deben presentar en un tiempo continuo. Un *continuo* es aquello de lo que toda parte tiene partes del mismo tipo, y así al infinito. Un *punto* en un continuo no es más que un límite ideal al que nos aproximamos, pero que nunca alcanzamos⁸⁷. El continuo del tiempo en la conciencia es una de las bases de la doctrina metafísica del *sinequismo*, o del carácter continuo de la realidad; y Peirce dedicará una gran

⁸² *Ibid.*, pp. 309-310. Por el *protoplasma* Peirce se refiere a la materia viva más básica, como la de las células.

⁸³ sf. (1900?) *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.540.

⁸⁴ 1893, *MS 400, Grand Logic*, § 1.4, CP 7.419; 1902, *MS 427, Minute Logic*, Cap. 2, § 1, CP 7.376.

⁸⁵ 1872, *MS 196*, W3.14; 1873, *MS 215*, W3.25, *MS 216*, W3.26; *MS 237*, W3.36; 1887-1880, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19; 1903, *MS 408, Grand Logic*, Cap. VI, CP 7.465; sf., *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.540.

⁸⁶ 1868, *P 26, Facultades*, OFR1.2.

⁸⁷ 1869, *P 41, Validez*, OFR1.4; 1873, *MS 215*, W3.25; *MS 237*, W3.36.

cantidad de esfuerzo para tratar de precisar la noción de continuo en términos lógicos y matemáticos⁸⁸. Hacia 1892, en un artículo titulado *La Ley de la Mente*, que pertenece a la serie de artículos de metafísica de *The Monist*, Peirce propone que somos conscientes de las ideas en momentos que ocupan intervalos de tiempo con una duración infinitesimal:

En un intervalo infinitesimal percibimos directamente la secuencia temporal de su comienzo, mitad y fin; no, por supuesto, en la forma de reconocimiento, pues el reconocimiento es sólo del pasado, sino en la forma de sensación inmediata. Ahora bien, a este intervalo le sigue otro, cuyo comienzo es la mitad del anterior, y cuya mitad es el fin del anterior. Aquí tenemos una percepción inmediata de la secuencia temporal de su comienzo, mitad y fin, o digamos, de los instantes segundo, tercero y cuarto. A partir de estas dos percepciones inmediatas obtenemos una percepción mediata, o inferencial, de la relación de los cuatro instantes.⁸⁹

Así, “mi sensación inmediata es mi sensación a través de una duración infinitesimal que contiene el instante presente”, y por lo tanto “el presente es mitad pasado y mitad porvenir.”⁹⁰ De este modo los instantes presentes se conectan con los pasados y es posible la memoria:

¿Cómo puede estar presente una idea pasada? No de manera vicaria. Entonces, sólo por la percepción directa. En otras palabras, para estar presente tiene que estar *ipso facto* presente. Esto es, no puede estar completamente pasada; solo puede estar yéndose, infinitesimalmente pasada, menos pasada que cualquier fecha anterior asignable. De este modo somos llevados a la conclusión de que el presente está conectado con el pasado mediante una serie de pasos infinitesimales reales.⁹¹

Ahora bien, siendo posible que las ideas se relacionen en el tiempo de la conciencia, Peirce retoma los dos principios de asociación de los empiristas británicos: las asociaciones por semejanza y por contigüidad. La asociación por contigüidad ocurre cuando una idea lleva a que se genere otra, principalmente por la manera como aparecen conectadas las cosas en nuestra experiencia externa⁹². Sin embargo, en el caso de la asociación por semejanza, Peirce

⁸⁸ Cf. 1898, *MS 948, The Logic of Continuity*, RLT, Cap. 8.

⁸⁹ 1892, *P 477, La Ley de la Mente*, OFR1.23, p. 360

⁹⁰ *Ibid.*, p. 367

⁹¹ *Ibid.*, p. 359.

⁹² 1893, *MS 400, Grand Logic*, § I.2, CP 7.391, § I.6, CP 7.437-444; 1893?, *MS 736, Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.452; 1898, *MS 951, Habit*, RLT, Cap. 7.

postula que la semejanza depende no tanto de las propiedades de las sensaciones mismas, que son en principio independientes entre sí, sino de los poderes naturales de la mente para establecer semejanzas entre las ideas. Así, por ejemplo, el azul de ayer y el de hoy son ideas puestas en comparación a partir de la idea de clase *azulado*, la cual es una idea general de otras sensaciones de azul que he tenido, he mezclado y pienso ahora de manera indistinta a la vez⁹³. Esto está en consonancia con la concepción vista en el capítulo anterior de que la relación de similitud o parecido no es una relación real, sino una *relación de razón* (§§ 4.3 y 4.5). Esa capacidad de nuestra mente para relacionar diferentes ideas por su parecido sería un producto de la evolución por selección natural, y es parte de ese sentido común por el cual nuestra mente tiene una disponibilidad natural para formular hipótesis acerca de la realidad que tienen una probabilidad de ser correctas mayor que el azar⁹⁴.

Pero además de la continuidad de las ideas en el tiempo, las ideas son continuas en otras dos dimensiones: su intensidad y viveza. La *intensidad* de una idea se relaciona con la capacidad de distinguir, por ejemplo, entre un sonido fuerte y uno débil. En cambio, la *viveza* tiene que ver con cómo la intensidad de los recuerdos se va desvaneciendo y se vuelve más oscura con el tiempo. Peirce llamó *sugestión* a la forma en que una idea podía incrementar la vivacidad de otra con la que está conectada⁹⁵. Peirce usó la metáfora de la conciencia como un lago sin fondo, en el que las ideas se encuentran a diferentes profundidades, pero solo unas cuantas ideas pueden estar en la superficie simultáneamente. En el lago existe una fuerza de gravitación, que atrae con más fuerza a las ideas más profundas, de manera que se requiere un mayor esfuerzo de la atención para sacarlas a la superficie. La percepción sería como la caída continua de lluvia en el lago, pero estas ideas luego de tocar la superficie, se hunden rápidamente⁹⁶. Sin embargo, los procesos de asociación no son siempre conscientes. Peirce opinaba que las sensaciones más profundas “actúan unas sobre otras, sufren transformaciones y afectan las emociones y las acciones voluntarias; aunque todo esto lo hacen con menos decisión de lo que lo harían si fueran más intensas.”⁹⁷ Además, su experimento realizado en 1884 junto a J. Jastrow, le había mostrado que los sujetos podían distinguir correctamente

⁹³ 1893, *MS 400, Grand Logic*, § 1.2, CP 7.392. Cf. *MS 408, Grand Logic*, Cap. VI, CP 7.467; 1893?, *MS 736, Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.452

⁹⁴ 1903, *MS 314, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, § 2.

⁹⁵ sf., (1900?) *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.548-549. Cf. 1898, *MS 951, Habit*, RLT, Cap. 7.

⁹⁶ sf. (1900?) CP 7.553-554; sf. *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.547.

⁹⁷ 1893, *MS 595, Short Logic*, CP 7.555.

diferencias mínimas en la intensidad de los estímulos por encima del azar, a pesar de que ellos reportaban que tenían una certeza nula respecto a la corrección de sus respuestas⁹⁸.

El papel de la asociación es formar conjuntos de ideas⁹⁹. Su forma de actuar se da en dos pasos, primero la idea A sugiere la conjunción AB y luego la conjunción AB sugiere la idea B. Pero así como se incrementa la viveza de B, la de A disminuye¹⁰⁰. Peirce consideró también que el interés podía incrementar la fijación de la atención y la contemplación sobre una idea, haciendo que permaneciera en la superficie más tiempo¹⁰¹. Sintetizó el funcionamiento de los principios de asociación en lo que llamó la *ley de la mente*:

[...] las ideas tienden a extenderse continuamente y a afectar a ciertas otras que se hallan en una peculiar relación de afectabilidad con respecto a ellas. Al extenderse pierden intensidad, y especialmente el poder de afectar a otras, pero ganan generalidad y se funden con otras ideas.¹⁰²

La ley de la mente es en general una ley para la *formación de hábitos* y las asociaciones son entonces hábitos, que determinan la manera como unas ideas afectan a otras, así como la realización de inferencias, el razonamiento y la misma semiosis¹⁰³.

¿Cómo se explicaría la semiosis? El proceso sería presumiblemente así: la presentación del signo a la sensopercepción involucraría la presencia de su idea en la superficie de la conciencia. Esta idea puede ser bien un ícono y traer a la superficie de la conciencia otras ideas que están más a fondo, por una semejanza con ellas. O bien la idea puede ser un índice y traer a la superficie otra, por una asociación por contigüidad, a partir de relaciones externas que han sido parte de la experiencia del individuo. En el caso de los símbolos, es posible que los dos procesos anteriores estén involucrados. La idea que es sugerida y vivificada por el signo sería la del objeto, que ha sido conocido previamente por observación colateral. Cuando la idea del objeto es vivificada, la del signo se desvanece, y de acuerdo con el interés, la idea del objeto puede ser mantenida en la atención más tiempo,

⁹⁸ 1885, P 303, *On Small Differences of Sensation*, W5.24. Este estudio es considerado el primer experimento de psicología realizado en Norteamérica.

⁹⁹ sf. (1900?) MS 1107, *Forms of Consciousness*, CP 7.550.

¹⁰⁰ 1893, MS 400, *Grand Logic*, § 1.3, CP 7.393-417.

¹⁰¹ *Ibid.*, § 1.5, CP 7.433-435; 1893, MS 595, *Short Logic*, CP 7.555.

¹⁰² 1892, MS 477, *La Ley de la Mente*, OFR1.23, p. 358.

¹⁰³ 1893, MS 400, *Grand Logic*, § 1.7, CP 7.445-447; 1893?, MS 736, *Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.455-458; 1898, MS 951, *Habit*, RLT, Cap. 7, p. 323.

e incluso ser un signo para otras ideas. Al final, la semiosis es un efecto de los hábitos y las asociaciones. Por lo tanto, la semiótica tendría su fundamento en la psicología.

De acuerdo con Murray Murphey, la teoría de la investigación de la duda-creencia hacía basar el razonamiento científico en sentimientos subjetivos, lo cual socavaba el espíritu antipsicologista de la lógica de Peirce. Si a esto sumamos el hecho de que, al parecer, la semiosis se fundamenta en los procesos psíquicos de la conciencia, como se ha mostrado, el panorama se complica aún más. Según Murphey, el riesgo de psicologismo motivó a Peirce a realizar el giro hacia las ciencias normativas durante la década de 1890¹⁰⁴. Este giro inicia con la distinción entre dos tipos de razonamientos, uno acrítico y otro crítico. De acuerdo con esta doctrina, la mayor parte de inferencias cotidianas las realizamos de manera inconsciente, atendiendo a intereses prácticos. Los juicios perceptuales basados en los perceptos entrarían dentro de este tipo de inferencias acríticas (ver § 5.1). Sin embargo, el razonamiento científico exige que seamos conscientes de nuestros procesos inferenciales, para que estos puedan ser criticables. Por lo tanto, el razonamiento científico se debe hacer de manera voluntaria, deliberada y controlada, porque sólo así el razonamiento es criticable y corregible¹⁰⁵. Dado que la lógica prescribe cuáles son buenos razonamientos y cuáles son malos, la lógica es una ciencia normativa, y dado que el razonar es una acción voluntaria, entonces razonar es una acción moral, a la cual aplica la ética, que es la teoría que distingue entre acciones buenas y malas. Pero una acción es buena o mala de acuerdo con si se ajusta a unos fines. Así que se requiere de una ciencia previa que determine cuál es el *summum bonum*, aquello que es *admirable en sí mismo*, para determinar el fin de toda acción y su valoración como buena o mala. Este es el papel de la *estética*¹⁰⁶. Es por esta razón que a inicio del siglo XX Peirce ubica a la lógica en sentido amplio, o semiótica, como la tercera de las ciencias normativas, por debajo de la ética y la estética (§ 4.4).

¿Es efectivo este recurso a las ciencias normativas para salvar a la lógica del riesgo de psicologismo? Peirce había mostrado tempranamente que la validez de un argumento era independiente de los procesos mentales involucrados en su producción¹⁰⁷. En general, lo que

¹⁰⁴ Murphey, 1961, Cap. XVII

¹⁰⁵ 1893, *MS 400, Grand Logic*, § I.7, CP 7.444-450; 1893?, *MS 736, Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.454-459; 1898, *MS 437, La Filosofía y la Conducta de la Vida*, RLT, Cap. 1 (OFR2.4).

¹⁰⁶ 1902, *L 75, Carnegie Applications*, Memoria 9, en *Lógica como Semiótica*, 2007; 1903, *MS 312, Las Tres Ciencias Normativas*, OFR2.14.

¹⁰⁷ 1865, *MS 94, Harvard Lecture I*, W1.27.

hace válido o no a un argumento no dependerá de cómo ese argumento sea obtenido y, por lo tanto, habría razones para defender a la lógica del psicologismo. Pero, ¿qué hay de la semiótica, que es nuestro tema de interés? Recuérdese que para Peirce la semiótica es lógica en sentido amplio. En particular, la gramática especulativa establece los criterios cuasi-formales de la representación para que algo sea un signo, y tiene un carácter propedéutico respecto a la lógica en sentido estrecho, la cual propiamente estudia la validez. Pero, ¿es la semiótica, o al menos la gramática especulativa, una ciencia normativa? Para responder esta pregunta, habría que preguntarse antes ¿qué sería lo bueno y lo malo en la semiótica? Y creo que aquí tenemos un problema. Establecer los criterios cuasi-formales para que algo funcione como un signo lo único que nos puede decir es si un objeto cualquiera actúa como signo o no, pero no nos está diciendo que hay significación buena o mala. Tal vez se pueda decir que hay significación buena cuando un signo representa con verdad su objeto. Pero los criterios estipulados para que algo sea un signo aplican igual para cuando un signo representa con falsedad su objeto. Es decir, la significación es un fenómeno en sí mismo independiente de su verdad o falsedad. Para que un signo sea verdadero o falso debe primero tener un significado, y la gramática especulativa solo trata del significado¹⁰⁸. Además, la gramática especulativa no parece ofrecer medios por sí misma para determinar cuándo un signo es verdadero o falso. Por lo tanto, parece dudoso que la gramática especulativa sea una ciencia normativa. Volveré sobre este asunto en el siguiente capítulo (§ 6.1).

¿Y qué hay de la relación entre semiótica y psicología? Lo presentado en esta sección parece posibilitar un psicologismo en la semiótica. Especialmente si se considera que los razonamientos criticables no dejan de estar bajo la influencia de procesos asociativos inconscientes. Sin embargo, la psicología de Peirce es la de la vieja psicología decimonónica de las ideas y la conciencia, que fue abandonada por su carácter altamente metafórico, especulativo y su intratabilidad científica. Esto no quiere decir que una psicología más científica pueda ser mejor para fundamentar a la semiótica. Al contrario, en los siguientes capítulos intentaré mostrar que tal vez sea mejor considerar que la semiótica puede ofrecer un marco útil para caracterizar los fenómenos psicológicos y mentales.

¹⁰⁸ Recordemos que de manera semejante para Frege la captación del sentido de un enunciado precede a su referencia, o su valor de verdad (§ 2.2.5).

5.6 PROBLEMAS CON LA FENOMENOLOGÍA Y LAS CATEGORÍAS

Uno de los puntos centrales del sistema arquitectónico peirceano es la teoría de las tres categorías: Primeridad, Segundidad y Terceridad. Las categorías sirven como un principio metodológico para realizar una clasificación de los fenómenos en cualquier área de conocimiento, según su complejidad relacional, así como vimos que lo intentó Peirce en su *Conjetura* (§ 5.5). El área en la que la aplicación de las categorías rindió más frutos fue precisamente la semiótica (§§ 4.4-46). De acuerdo con Atkins, hay tres momentos en el desarrollo del pensamiento de Peirce en los que intenta una fundamentación de las categorías¹⁰⁹. El primero es en 1867, en su *Nueva Lista*, en el que las categorías son deducidas a partir del procedimiento de separación mental de la *prescisión*. El segundo ocurriría a partir de 1885, cuando las categorías son fundamentadas en las relaciones monádicas, diádicas y triádicas, y el teorema de reducción de la lógica de relativos. La tercera ocurriría cuando, con el cambio de siglo, Peirce afina su organización arquitectónica de las ciencias, y ubica a la fenomenología como la primera rama de la filosofía, tan solo por debajo de la matemática. La matemática, como la ciencia más alta, tiene por objeto el estudio de todo lo posible. La filosofía, en cambio, estudia la estructura de lo real. La filosofía se divide en tres ramas: la primera es la fenomenología, cuya función es la obtención de las categorías. La segunda son las ciencias normativas, que como vimos, se dividen en estética, ética y lógica. La tercera es la metafísica, que incluye las doctrinas de Peirce del tiquismo, sinequismo y agapismo, de las cuales se hablará en la siguiente sección. Debajo de la metafísica y la filosofía están las ciencias especiales, que se dividen en ciencias físicas y psíquicas¹¹⁰ (§§ 4.2, 4.4).

Dentro de la fenomenología, que a veces Peirce también llama *faneroscopia*¹¹¹, las categorías son caracterizadas de un modo muy semejante a como se había hecho dentro de la lógica de relativos. La novedad proviene más bien de la ubicación de la fenomenología respecto al resto de las ciencias, y la importancia que toman las categorías dada esta

¹⁰⁹ Atkins, 2016, pp. 233-241.

¹¹⁰ 1902, *L 75, Carnegie Applications*, en *La Lógica considerada como Semiótica* (2007); 1903, *MS 303, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11.

¹¹¹ Peirce llama *faneron* a “el contenido total de cualquier conciencia, ... la suma de todo aquello que tenemos en la mente de cualquier manera que sea, independiente de su valor cognitivo.” (1905, *MS 908, La Base del Pragmatismo en la Faneroscopia*, OFR2.26, p. 444).

ubicación. Sin embargo, esta localización de la fenomenología trae un problema. Dado que la lógica ahora se subordina a la fenomenología, ya no sería posible obtener las categorías apelando a la lógica, so pena de caer en circularidad. Entonces, ¿cómo se obtienen las categorías? En respuesta, Peirce establece que lo que podría llamarse *lógica deductiva pura* es mera matemática, pues sus razonamientos son autoevidentes. En cambio, la lógica como evaluación de argumentos “es una ciencia experiencial y positiva” y “es una rama de la filosofía.”¹¹² La lógica de relativos entraría entonces dentro de la matemática y podría seguir sirviendo como base para las categorías. En segundo lugar, las categorías se convierten en el principal descubrimiento de la ciencia de la fenomenología. Lo que antes correspondía a las tres principales funciones de la mente ahora se convierte en los elementos de la conciencia¹¹³. La idea es que, como elementos fundamentales de la conciencia, las categorías son experimentadas directamente. A continuación, evaluaré si Peirce ofrece razones suficientes para sostener que tenemos una conciencia directa de las categorías.

En el caso de la Primeridad, tenemos a las sensaciones (*feelings*), tal y como las vimos en la sección anterior. Peirce explica a Lady Welby esta categoría de la siguiente manera:

Las cualidades típicas de la Primeridad son cualidades del sentir, es decir, meras apariencias. El escarlata de sus libreas reales, la propia cualidad, independientemente de que sea percibida o recordada, es un ejemplo, mediante el cual no quiero decir que usted debe imaginar que *no* lo percibe o lo recuerda, sino que debe dejar de lado aquello que se pueda vincular con el mismo en la percepción o el recuerdo, pero que no pertenece a la cualidad. [...] Es simplemente una posibilidad peculiar positiva, al margen de cualquier otra cosa. [...] La impresión total no analizable que produce cualquier multiplicidad no pensada como un hecho real, sino simplemente como una cualidad, como una simple posibilidad positiva de aparición, es una idea de Primeridad. [...] La idea del instante presente, la cual, sea que exista o no, es pensada naturalmente como un punto del tiempo que no se puede producir ningún pensamiento o separar ningún detalle, es la idea de Primeridad¹¹⁴.

Hay dos cosas a destacar de las sensaciones como Primeridades. Primero, su simplicidad, el hecho de que se presentan como una cualidad unitaria, no analizada, indivisible, no

¹¹² sf. (1899-1900?) *MS 141, On Topical Geometry, in General*, CP 7.524-525.

¹¹³ sf. (1900?) *MS 1107, Forms of Consciousness*, CP 7.542.

¹¹⁴ 1904, *L 463, Carta a Lady Welby del 12 de Octubre*, en OLS, p. 111.

comparable con nada más. La segunda es su instantaneidad, el hecho de que se presentan en un instante, en un punto del tiempo. Ambas propiedades están relacionadas: Que una sensación sea inmediata involucra que sea simple, porque no puede estar en relación con nada más, y por tanto no puede ser analizable en componentes. Sin embargo, ambas propiedades son problemáticas. Comencemos con la *instantaneidad*. Como vimos en la sección anterior, Peirce sostiene dos afirmaciones: “las sensaciones ocurren en un instante de tiempo” y “las ideas ocurren en un intervalo infinitesimal de tiempo”. Si lo que se da en un instante de tiempo es inasible, mientras que lo que se da en un intervalo de tiempo es asible, aparentemente, es contradictorio el que algo se de en un instante de tiempo y en un intervalo de tiempo a la vez. Esto aplica tanto para el caso en el que las sensaciones se consideren ideas en la conciencia, como para el caso en el que un recuerdo de una idea pasada se convierta en una sensación para la conciencia presente. Podría ser el caso que una sensación se dé en un instante de tiempo y luego se convierta en una idea en un intervalo de tiempo. Pero Peirce no ofrece una explicación de cómo se da el paso de una cosa a otra. Tal vez se pueda resolver la contradicción diciendo que una sensación en un instante es apenas un punto dentro del continuo del intervalo de duración de la idea, pues al final los puntos dentro del continuo de una línea no son más que límites ideales de dicho continuo. Pero si este es el caso, tendríamos un problema acerca de qué es aquello de lo que se tiene conciencia inmediata, ¿son las ideas en un intervalo de tiempo o son las sensaciones instantáneas? Si, como se dijo en § 5.5, tenemos conciencia inmediata del flujo del tiempo y, por tanto, del flujo de las ideas en este, entonces, el conocimiento de las sensaciones instantáneas parece más bien no parte de nuestra experiencia directa, sino que son inferidas. Las sensaciones instantáneas parecen ser objetos ideales, postuladas hipotéticamente. Pero si las sensaciones instantáneas parecen más objetos teóricos, esto socava su carácter como Primeridades. A este problema se asocia el hecho de que Peirce no propone algún método fenomenológico convincente para obtener las categorías, sino que la caracterización de las categorías parece depender más de la lógica de relativos y lo que hace Peirce es intentar encontrar correlatos en la experiencia que se ajusten a sus propiedades lógicas, pero con cierto carácter *ad hoc*.

En cuanto a la *simplicidad*, esta se relaciona con el hecho de que las sensaciones como instantáneas no están en relación con otras y son inanalizables. Sin embargo, esto parece conducir a la idea de que su contenido son cualidades simples, y ejemplos, como el del color

escarlata en la cita, fortalecen esto. Esta parece una concesión a la separación entre ideas simples y compuestas del asociacionismo británico. Un problema con este hecho es que en muchas partes Peirce reconoce que las cualidades se conocen por contraste con otras cualidades¹¹⁵, lo cual coincide con mucha investigación en percepción que muestra que la percepción de una cualidad sensorial simple, como un tono de color, es dependiente de su contexto cromático inmediato¹¹⁶. Por otra parte, en la sección anterior se mostró que el reconocimiento del parecido entre dos ideas, por ejemplo, un azul recordado y un azul visto ahora, depende de que ambas ideas sean cobijadas por una idea abstracta más general, casi un concepto, sobre el azul. Por lo tanto, las cualidades simples serían más bien abstracciones, más que sensaciones simples, y si ese el caso, muy poco tendría que ver con Primeridades. Sobre este punto volveré en § 8.7.

Pasemos ahora a la Segundidad. Peirce la explica así a Lady Welby:

El tipo de una idea de Segundidad es la experiencia del esfuerzo, prescindiendo de la idea de una intencionalidad. [...] No puede existir la experiencia del esfuerzo sin la experiencia de resistencia. El esfuerzo solo es esfuerzo en virtud de que algo se le opone, y no ingresa ningún tercer elemento. Observe que hablo de la *experiencia*, no del *sentir*, del esfuerzo. Imagine estar sentada sola, de noche, en la barquilla de un globo aerostático, disfrutando serenamente de la absoluta calma y la quietud. De repente estalla sobre usted el penetrante chillido de una sirena de vapor, que continúa durante un buen rato. La impresión de calma era una idea de Primeridad, una cualidad del sentir. El silbato penetrante no le permite pensar o hacer otra cosa que soportarlo. Esto también es absolutamente simple: otra Primeridad. Pero la ruptura del silencio por el ruido fue una experiencia. En su inercia, la persona se identifica con el anterior estado de sentir, y el nuevo sentir que llega a pesar de ella es el no-yo. Tiene una conciencia bilateral de un yo y un no-yo. Esa conciencia de la acción de un nuevo sentir, que destruye el sentir antiguo, es lo que llamo una experiencia. Por lo general, la experiencia es aquello que el curso de la vida me ha *obligado* a pensar.¹¹⁷

De acuerdo con Peirce, la experiencia de Segundidad involucra una sensación de esfuerzo asociada a la experiencia de resistencia de los objetos de la realidad externa, que se manifiesta

¹¹⁵ P. ej., 1867, *P* 32, *Nueva Lista*, §§ 8-9, OFR1.1; 1868, *P* 26, *Facultades*, Cuestión 1, OFR1.2; 1873, *MS* 233, W3.35.

¹¹⁶ Muchas ilusiones perceptuales consisten en diferencias en la percepción de una misma cualidad debido al contraste que presenta con su entorno perceptual inmediato.

¹¹⁷ 1904, *L* 463, *Carta a Lady Welby del 12 de octubre*, en OLS, p. 112.

en el choque de un yo y un no-yo. Murphey plantea que la experiencia de Segundidad involucraría la experiencia directa de una relación¹¹⁸. Sería la relación de nosotros respecto al mundo exterior. En diferentes partes dice Peirce que nosotros no nos conocemos directamente, sino indirectamente, a partir de la ignorancia y el error, de los cuales la experiencia externa nos hace conscientes, al ver frustradas nuestras expectativas¹¹⁹. Es decir que no tenemos un conocimiento intuitivo de nuestro yo, al estilo cartesiano, sino que, más bien, el yo va surgiendo de la experiencia de contraste con el mundo externo. Me parece indudable que la experiencia de choque se sienta como una experiencia inmediata. Sin embargo, creo que, al menos, no es tan obvio que dicha experiencia sea relacional. Bien podría considerarse dicha experiencia como una Primeridad y su carácter relacional como algo inferencial. En el ejemplo de la cita, podría decirse que el sonido del silbato genera un sobresalto y es directo el contraste entre el estado anterior de calma y el estado posterior al inicio del sonido. Pero también es lógicamente viable considerar que un cambio abrupto en el estado de ánimo podría ser dado por una irrupción de una idea autogenerada, sin que intervenga la experiencia externa. Así que quizás podría requerirse mucho más que el mero cambio en la experiencia interna para llegar a la idea de un mundo exterior opuesto al nuestro. Tal vez tenga sentido considerar que la experiencia de cambio o contraste es la más fundamental, incluso que aquello que Peirce llamaba sensaciones (ver § 8.7).

En cuanto a la Terceridad, esta se manifiesta en la conciencia a través de los procesos de pensamiento, que involucran el uso de signos, la generalidad asociada al razonamiento y cierta conciencia de proceso. La pregunta crítica es si tenemos conciencia directa de este proceso. Un argumento de Peirce al respecto es

[Además de cualidades y reacciones, en nuestra experiencia] quedan las regularidades, las continuidades, los significados. Estos son esencialmente de un tipo. [...] [Pues], cualquier continuo en el que podamos pensar es perfectamente regular en su forma en la medida en que se extiende su continuidad. [...] [Una línea] en cuanto es continua, sigue en todas partes una ley, es decir, lo mismo es cierto de cada parte de ella; [...] la idea de continuidad es la idea de homogeneidad, o igualdad, que es una regularidad. [...] [Además] toda regularidad da lugar a cualquier multitud de particulares variantes; de modo que la idea [de] continuidad es

¹¹⁸ Murphey, 1961, p. 373.

¹¹⁹ P. ej., 1868, P 27, *Algunas Consecuencias de Cuatro Incapacidades*, OFR1.3;

una extensión de la idea de regularidad. La regularidad implica generalidad; y la generalidad es una relación intelectual esencialmente igual a la significación, [...] Ahora bien, lo que trae otra cosa ante la mente es una representación; de modo que generalidad y regularidad son esencialmente lo mismo que significación. Así, continuidad, regularidad y significado son esencialmente la misma idea con diferencias meramente subsidiarias. Que este elemento se encuentra en la experiencia lo muestra el hecho de que toda experiencia implica tiempo. Ahora el flujo del tiempo se concibe como continuo. ... Ese elemento es entonces un elemento de experiencia directa¹²⁰.

El argumento establece la equivalencia entre continuidad, regularidad, generalidad y representación, y dado que, como se mostró en la sección anterior, se tiene una experiencia directa del tiempo y el tiempo es continuo, tenemos una experiencia directa de la generalidad y todo lo que esté involucrado con la Terceridad. Ahora bien, el argumento se sostiene mientras se afirme que efectivamente tenemos experiencia directa del flujo del tiempo, de los intervalos en cuanto a sus momentos iniciales, medios y finales. Sin embargo, podría preguntarse qué determina los límites de un intervalo de tiempo, si todos los intervalos tienen la misma duración o si esta depende de aquello que fluye en el tiempo. Tal vez de lo que somos inmediatamente conscientes es del cambio de los eventos, y el tiempo es una abstracción respecto al cambio; en consecuencia, el tiempo sería inferido más que experimentado directamente¹²¹. Si es así, no habría conciencia directa del tiempo y tampoco de la generalidad.

Otro argumento que emplea Peirce para defender la experiencia directa de las Terceridades proviene de su análisis de los juicios perceptuales. Recordemos que los juicios perceptuales se realizan sobre los *perceptos* y son las primeras premisas de nuestro conocimiento empírico (ver § 5.1). A pesar de que los juicios perceptuales tienen una referencia directa a un sujeto singular, su predicado es general, como al decir: “este es un perro”:

Mis juicios perceptuales de perceptos de perros han contenido diversos elementos generales, que he generalizado principalmente mediante abducciones, con pequeñas dosis de inducción,

¹²⁰ sf. (1898?), *MS 141, On Topical Geometry, in General*, CP 7.535.

¹²¹ Peirce fue, al menos ambivalente, respecto a si el tiempo precede al cambio o si no hay tiempo sin cambio (Murphy, 1961, pp. 388-389).

y de este modo he adquirido algunas ideas generales del comportamiento de los perros, de las leyes de lo canino... Estas son leyes de juicios perceptuales, y así la gran mayoría de nuestras nociones generales están más allá de toda duda. No es evidente que no sea el caso con todas las nociones generales. ...[Por tanto], el mundo real es el mundo de los perceptos, con respecto a los cuales los juicios perceptuales son nuestros únicos testigos¹²².

Los juicios perceptuales involucrarían un tipo de inferencia abductiva, se hipotetiza aquello de lo que es el percepto. Por tal razón, estos juicios son interpretativos y están sujetos a error, lo que puede ser bastante común¹²³. Pero, aunque sea cierto que los predicados de los juicios perceptuales involucren conceptos generales, un juicio perceptual es una inferencia a partir de un percepto y no es la experiencia directa como tal. En cambio, Peirce tiende a considerar al percepto más como un elemento de Segundidad, porque “se impone un contenido cualitativo positivo sobre el reconocimiento de uno sin ninguna razón o pretensión de razón.”¹²⁴ (§ 5.1). Así que este argumento tampoco logra mostrar convincentemente que las Terceridades son elementos de la experiencia inmediata.

Por otra parte, cuando Peirce va a demostrar que solo hay esos tres elementos en la conciencia y ninguno más, recurre a la demostración del teorema de reducción, según la cual relaciones tetrádicas o superiores son reducibles a relaciones triádicas¹²⁵ (§ 4.3). En consecuencia, la fundamentación de las categorías sigue siendo lógica, más que auténticamente fenomenológica. ¿Por qué razón Peirce insistió en abrir el campo de la fenomenología, ponerlo como primera división de la filosofía y hacerlo responsable de las categorías? La razón tiene que ver con el hecho de que para Peirce, a diferencia de las matemáticas, que “solo dicen lo que sería verdadero en caso de que ciertas hipótesis fueran verdaderas”, la filosofía hace parte de las ciencias positivas que “sí pretenden afirmar cuáles son los caracteres de los hechos experienciales.”¹²⁶ Dado que nuestro conocimiento de la realidad es conocimiento sintético, el cual obtenemos a partir de la experiencia, entonces colocar a la fenomenología como filosofía primera y delegarle el análisis de los elementos

¹²² 1903, *MS 316, La Naturaleza del Significado*, OFR2.15, pp. 289-290.

¹²³ *Ibid.*, § IV; 1903, *MS 315, El Pragmatismo como Lógica de la Abducción*, OFR2.16, §§ I-II; 1903, *MS 881, Telepathy*, §§ 3.-6.

¹²⁴ 1903, *MS 881, Telepathy*, CP 7.623; Cf. 1903, *MS 305, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, pp. 216-217

¹²⁵ P. ej., sf. (1898?), *MS 141, On Topical Geometry, in General*, CP 7.537; 1905, *MS 908, La Base del Pragmatismo en la Faneroscopia*, OFR2.26, pp. 446-447.

¹²⁶ 1903, *MS 305, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 207.

de la experiencia, nos da las categorías fundamentales que determinarán el resto de la filosofía, así como la manera en que esta determinará a las ciencias especiales. Sin embargo, poner a la fenomenología como filosofía primera, así como lo hizo Husserl con su fenomenología (§ 2.2.6), parece también ser un coletazo del subjetivismo cartesianismo y moderno, y que es contrario al anti-cartesianismo, el anti-individualismo y el realismo escolástico sostenidos por Peirce.

Un último punto a revisar sobre las categorías, tiene que ver con su extensión como modos de ser. Desde finales de los 1890s Peirce sostuvo que la Primeridad, la Segundidad y la Terceridad se corresponden con los modos de ser de la posibilidad, la actualidad y la necesidad¹²⁷. Esta ampliación de las categorías a modos de ser fue importante para obtener las taxonomías de los signos de Peirce (§ 4.6). La asociación de la Primeridad con la posibilidad se justifica en el hecho de que las sensaciones de cualidad se nos presentan como parte de la experiencia interna, independiente de que sean reales o ficticias. La Segundidad se relaciona con la actualidad, por el hecho de que las experiencias de reacción se suponen producidas por *haceidades* externas. Finalmente, la Terceridad tiene que ver con la necesidad, debido al carácter de obligatoriedad con que se imponen los hábitos y las reglas lógicas sobre las que se realizan las inferencias y el razonamiento. La relación entre las segundidades y lo actual parece bastante clara. Pero los otros dos casos son problemáticos. Murphey ha señalado que si un primero en la conciencia es como un *rema*, un *predicado* posible, sin ser sujetado a ciertos objetos, se debe admitir que hay posibles no relacionales y relacionales, y por tanto la posibilidad también pertenece a las otras categorías¹²⁸. En cuanto a la Terceridad, dice Murphey:

Con respecto a la Terceridad y la necesidad, la falta de correlación es aún más evidente. Peirce busca justificar su posición argumentando que, así como el verbo lógico reaparece en metafísica como cualidad, y el sujeto individual como cosa, “así la razón lógica, o premisa, reaparece en metafísica como razón, un *ens* teniendo una *realidad*, consistente en un dominio tanto del mundo exterior como del interior, como su modo de ser”. (1.515) Pero la analogía es pobre: confunde la necesidad de la deducción lógica de una premisa con la necesidad de

¹²⁷ P. ej., 1896, *MS 900, Logic of Mathematics: An attempt to develop my categories from within*, § 5; 1903, *MS 478, Concepciones Lógicas Diversas*, OFR2.20.

¹²⁸ Murphey, 1961, p. 394.

la premisa misma. Si la ley es verdadera y las condiciones antecedentes son realizadas, la ocurrencia del consecuente es "necesaria" en al menos un sentido del término. Pero la ley misma es contingente, y también lo es el resultado. Esta es la "necesidad" de la lógica ordinaria, no la de la lógica modal, y en la lógica ordinaria no es derivable ninguna proposición que sea necesaria en el sentido modal.¹²⁹

En consecuencia, habría razones para dudar de la relación que estableció Peirce entre la Primeridad y la Terceridad con lo posible y lo necesario, respectivamente. Dado lo anterior, se puede considerar que la teoría de las categorías no fue adecuadamente fundamentada por Peirce en su fenomenología y su ampliación a la metafísica es problemática. A pesar de que Peirce echó mano de la teoría de las categorías para establecer sus taxonomías de los signos, yo voy a marcar distancia con la teoría de las categorías y no la tomaré como apoyo para el desarrollo que se presentará a partir del próximo capítulo. En cambio, tomaré como punto de partida a la lógica de relaciones de Peirce, la cual se fundamenta en bases a priori sólidas.

5.7 IDEALISMO OBJETIVO E INTERACCIONISMO MENTE-CUERPO

En esta última sección hablaré acerca de la posición de Peirce respecto al problema mente-cuerpo. A partir de lo dicho sobre la *Conjetura* (ver § 5.5), podría pensarse inicialmente que Peirce consideraría algún tipo de reduccionismo de los estados mentales a estados fisiológicos, y de estos a estados físicos. Pero nada más alejado de la realidad. Peirce hizo explícita su posición acerca del problema mente-cuerpo en su serie de artículos de metafísica publicada en *The Monist* de inicios de los 1890s. En estos artículos, él presentó su *cosmología evolutiva* y sus doctrinas metafísicas del *tiquismo*, *sinequismo* y *agapismo*. Antes de exponer la teoría de la relación mente-cuerpo de Peirce, es conveniente revisar brevemente estas doctrinas.

En esta serie de artículos, Peirce busca ofrecer una explicación global del orden de la naturaleza. Él rechazó la doctrina del *necesitarismo*, según la cual un estado de cosas existente es determinado completamente por un estado de cosas previo y unas leyes inmutables, y es la doctrina determinista involucrada en el mecanicismo y el materialismo. Sus investigaciones en gravimetría le habían mostrado que cuando se verifica una ley y las

¹²⁹ *Ibid.*, pp. 394-395. Traducción mía.

observaciones buscan ser más precisas, se encuentran mayores desviaciones irregulares de la ley, que no se deben a meros errores de observación, sino a algún elemento arbitrario o de azar. Por lo tanto, las leyes físicas no tienen carácter de necesidad. Además, el necesitarismo no puede explicar las irregularidades y la diversidad del universo¹³⁰. Peirce se pregunta sobre el origen de las leyes de la naturaleza y plantea que para dar cuenta de ellas se requiere de una *historia natural de las leyes*, que explique el origen de la uniformidad. Propone, entonces, que las leyes no pudieron provenir de otras leyes, sino que deben venir de algún elemento originario de indeterminación, azar y espontaneidad en la naturaleza. En esto consiste la doctrina del *tiquismo*, la idea de que el elemento Primero de la naturaleza es este *caos* originario¹³¹. El *sinequismo* es la doctrina de que el *continuo* es un elemento fundamental de la realidad, tanto del espacio y el tiempo, como de los procesos físicos y mentales, y explica cómo es posible la formación de hábitos¹³². Finalmente, la doctrina del *agapismo* o *amor evolutivo*, trata del fin que es la guía de la evolución del cosmos, y que Peirce relaciona con una evolución de tipo lamarckiana, dirigida a la formación de hábitos cada vez más solidificados¹³³.

Las doctrinas del tiquismo, el sinequismo y el agapismo nos dan las bases para plantear una *cosmología evolutiva*, que queda bien resumida en esta carta de Peirce a su exalumna de la Johns Hopkins, Christine Ladd-Franklin:

[...] la evolución del mundo es hiperbólica, es decir, procede de un estado de cosas en el pasado infinito, a un estado de cosas diferente en el futuro infinito. El estado de cosas en el pasado infinito es caos, tohu bohu, cuya nada consiste en la ausencia total de regularidad. El estado de cosas en el futuro infinito es la muerte, cuya nada consiste en el triunfo completo de la ley y la usencia de toda espontaneidad. Entre estos, tenemos de nuestro lado un estado de cosas en el que hay algo de absoluta espontaneidad en contraposición a toda ley, y cierto grado de conformidad a la ley, que está en constante aumento debido al crecimiento del hábito. La tendencia a formar hábitos, o tendencia a generalizar, es algo que crece por su propia acción, por el hábito de tomar hábitos en sí mismo creciendo. Sus primeros gérmenes

¹³⁰ 1892, P 474, *La Doctrina de la Necesidad Examinada*, OFR1.22. Obsérvese cómo el carácter contingente de las leyes naturales se relaciona con el problema de la sección anterior de la relación entre Terceridad y Necesidad.

¹³¹ 1981, P 439, *La Arquitectura de las Teorías*, OFR1.21.

¹³² 1892, P 477, *La Ley de la Mente*, OFR1.23.

¹³³ 1893, P 521, *Amor Evolutivo*, OFR1.25.

surgieron por pura casualidad. Había ligeras tendencias a obedecer las reglas que se habían seguido, y estas tendencias eran reglas que se obedecían cada vez más por su propia acción.¹³⁴

Ahora bien, ¿cuál es la posición de la *mente* dentro de esta cosmología? Peirce se pregunta si es posible explicar los estados psíquicos a partir de los estados físicos de las substancias. Él evalúa inicialmente esto para el caso del *protoplasma*, que presenta las propiedades vitales del crecimiento, la reproducción, la adquisición de hábitos y la sensación. Postula una teoría molecular del protoplasma, que podría dar cuenta de las tres primeras propiedades; pero en el caso de la sensación,

[...] ¿qué puede decirse acerca de la propiedad de sentir? Si la conciencia pertenece a todo protoplasma, ¿mediante qué constitución mecánica puede explicarse esto? El limo no es sino un compuesto químico. No hay ninguna imposibilidad inherente de que se forme sintéticamente en el laboratorio a partir de sus elementos químicos; y si se hiciera de esa manera, presentaría todos los caracteres del protoplasma natural. Sin duda, entonces sentiría. Vacilar en admitir esto sería pueril y ultrapueril. ¿Qué elemento de la disposición molecular, entonces causaría ese sentir? Esta pregunta no puede ser evadida o despreciada. El protoplasma ciertamente siente; y a menos que aceptemos un dualismo débil, hay que mostrar que la propiedad surge de alguna peculiaridad del sistema mecánico. Aun así, el intento de deducirla de las tres leyes de la mecánica, aplicadas a un dispositivo mecánico de lo más ingenioso, sería obviamente vano. Jamás puede explicarse a menos que admitamos que los acontecimientos físicos no son más que formas degradadas o subdesarrolladas de acontecimientos psíquicos.¹³⁵

El argumento es semejante al de los defensores de la conciencia fenoménica como propiedad primitiva de la realidad: no hay explicación mecánica que dé cuenta del sentir (§ 3.11). Peirce entonces supone la idea contraria, que más bien son las propiedades físicas y materiales de la realidad las que derivan de las propiedades mentales. A esta posición le llama Peirce *idealismo objetivo*, y constituye su posición respecto al problema mente-cuerpo. Obsérvese que Peirce no reconoce un dualismo, no hay dos substancias, sino más bien, hay una continuidad entre lo mental y lo físico, y esto está en consonancia con su sinequismo.

¹³⁴ 1891, L 237, *Carta a Christine Ladd-Franklin del 29 de agosto* (CP 8.317).

¹³⁵ 1892, P 480, *La Esencia de Vidrio del Hombre*, OFR1.24, p. 392.

Además, recordemos que la *ley de la mente* es la ley de la formación de hábitos, y dado que la formación de hábitos es una propiedad del cosmos, la evolución del cosmos está guiado por la ley de la mente. Asimismo, Peirce consideraba que la realidad física o material era aquella que estaba más sujeta a las leyes físicas, por lo tanto, más bien, la realidad física es un producto de la realidad mental. Incluso, en ocasiones asoció lo mental con la variabilidad que surge de la espontaneidad del caos originario. De allí que su posición pueda ser bien descrita como idealismo objetivo.

Dado que la ley de la mente es una propiedad de la naturaleza, más que de los individuos, ¿en qué consiste la mente? Según Peirce, la *mente* consiste en el *propósito* o *causalidad final*, y la distinción entre fenómenos físicos y psíquicos es la distinción entre causalidad eficiente y causalidad final¹³⁶. De acuerdo con Peirce, la psicología debería estudiar la ley de la causalidad final y no la conciencia, como se suponía en su época, pues la mente trasciende por mucho a la conciencia¹³⁷.

Pero si lo mental y lo físico son extremos en un continuo, ¿cómo se afectan mutuamente? Peirce planteó una teoría de la interacción entre lo físico y lo mental, según la cual los átomos de la materia son realmente vórtices en el éter. Pero este éter está compuesto de átomos, que también son vórtices en otro éter, y así, en una serie infinita de éteres. Ahora bien, la vibración de los átomos del éter más externo calienta este, y dicho calor atravesará la serie interna de éteres a una velocidad cada vez mayor, en una fracción de segundo. Solo en el extremo más interno de la serie se realiza el razonamiento consciente. Ahora bien, una reacción física sobre el cuerpo de alguien causará el movimiento a través de esta serie de éteres hasta llegar al pensamiento voluntario, a partir del cual luego se devolverá a través de la serie, en sentido contrario, para controlar alguna acción física¹³⁸. Como señala Murphey, esta teoría de la serie de vórtices de éter fue un intento de Peirce de usar algunos de los elementos más avanzados de la física de su época para conciliarlos con su filosofía¹³⁹. Esta es una teoría interaccionista, pero no dualista. Es compatible con el idealismo objetivo y la cosmología evolutiva, presentados una década antes, en cuanto que puede entenderse el éter

¹³⁶ 1902, *MS 427*, *Minute Logic*, Cap. 2, § 1, CP 7.366.

¹³⁷ Peirce se apoya en la autoridad de Von Hartman, quien había mostrado que existe la mente inconsciente, pues los fenómenos mentales pueden ser fuertes donde la conciencia, si la hay, es casi nula (*Ibid.*, CP 7.364-366).

¹³⁸ 1902, *L 385*, *Carta a Josiah Royce del 27 de mayo*, CP 8.122n19; 1902, *MS 427*, *Minute Logic*, Cap. 2, § 1, CP 7.370-371; 1902, *L 224*, *Carta a William James del 12 de Junio*, CP 8.274.

¹³⁹ Murphey, 1961, p. 392.

más externo como un producto evolutivo a partir del éter más interno¹⁴⁰. Sin embargo, la teoría parece describirse mejor como un monismo de doble aspecto, como el de Spinoza.

Ahora bien, claramente el idealismo objetivo y el interaccionismo mente-cuerpo son teorías opuestas al *fisicalismo* que ha imperado en buena parte de la filosofía de la ciencia y la filosofía de la mente de los últimos cien años. Peirce vería en este fisicalismo una manifestación del necesitarismo que él condenó. Para Peirce el necesitarismo y cualquier intento de reducción a principios físicos no puede dar cuenta de la conciencia y del hecho de sentir¹⁴¹. Además, en la época de Peirce se consideraba que el principio fundamental de las leyes físicas era el principio de conservación de la energía. Sin embargo, este principio tiene un carácter reversible, lo cual parece no permitirle dar cuenta de la dirección de la causalidad y del tiempo, así como tampoco de la misma evolución cosmológica a través de la formación de hábitos, como la había delineado Peirce¹⁴². Si la mente consiste en la causalidad final, y se considera que esta es una propiedad real de la naturaleza, y el principio fundamental de la naturaleza física es la ley de conservación, es evidente que no es posible una explicación del carácter teleológico de la naturaleza a partir de principios físicos, y parece más plausible apelar a la prioridad de la dirección evolutiva, haciendo a las leyes físicas, como la de conservación, un efecto de dicha evolución¹⁴³.

Sin embargo, la teoría de la serie de vórtices de éteres parece demasiado especulativa y extravagante para los estándares de la física actual¹⁴⁴. Hace poco más de un siglo que la física moderna abandonó al éter como sustancia hipotética. Pero también hay problemas internos en la teoría de Peirce. Él no aclaró por qué habría de esperarse que los vórtices de éter más interno involucren conciencia y causalidad final, y los vórtices más externos procesos más mecánicos. Por otra parte, esta teoría no deja de postularse de una manera completamente física, y es poco claro cómo se atribuyen a algunas partes de ella propiedades psíquicas. Además, el idealismo objetivo y la cosmología evolutiva no se salvan de ciertas objeciones. Postular un proceso de formación de hábitos para explicar las leyes naturales,

¹⁴⁰ sf. L 233, *Carta a Cassius Keyser* (citada por Murphey, 1961, p. 391).

¹⁴¹ 1892, P 474, *La Doctrina de la Necesidad Examinada*, OFR1.22, p. 356; 1892, P 480, *La Esencia de Vidrio del Hombre*, OFR1.24, p. 392.

¹⁴² 1903, MS 1475, *Revisión de Why the Mind has a Body* de C. A. Strong, CP 8.186-187.

¹⁴³ De hecho, se suele considerar que el interaccionismo mente-cuerpo viola el principio de conservación de la energía; aunque esto no es evidente.

¹⁴⁴ Sin embargo, Murphey plantea que si Peirce hubiera conocido la concepción de Maxwell de la realidad física no como un conjunto de puntos corpusculares, sino como campos continuos, no explicables mecánicamente, describibles por ecuaciones diferenciales parciales, hubiera reconocido en ella una confirmación del sinequismo (1961, p. 392).

parece una forma demasiado animista de enfrentar el problema. Atkins ha señalado que el caos inicial que da origen al cosmos no podía ser tan azaroso, pues Peirce mismo reconoció muchas veces que el azar y la probabilidad estaban sujetas a leyes, y gracias a ellas es que la inferencia inductiva podía tener alguna validez¹⁴⁵. Por otra parte, parece poco convincente que la formación de hábitos tenga que llevar a su solidificación en leyes determinadas. En otras partes, Peirce admite que los hábitos deben tener cierto carácter de flexibilidad, pues deben ser capaces de cambiar de acuerdo con las modificaciones de las circunstancias de los individuos¹⁴⁶. Pero quizás el principal problema del idealismo objetivo consiste en que es completamente opuesto a la imagen ampliamente aceptada en las ciencias modernas de que la mente parece ser un producto del mundo físico y no al revés. Incluso parece cuestionable el lazo que hace Peirce entre mente y causalidad final. Es cierto que los procesos de pensamiento, como procesos semióticos, involucran una dirección temporal (del objeto al interpretante); sin embargo, como él mismo reconoce, en la conciencia hay más que pensamiento, hay sensaciones cualitativas y sensaciones de esfuerzo, que no parecen tener esa dirección temporal. Es cierto también que Peirce no limitaba lo psíquico a la conciencia, pero el pensamiento es algo que se da en la conciencia. Cuando Peirce habla de causalidad final, también la llama causalidad ideal, y en ocasiones parece asumir que la dirección teleológica de la evolución cosmológica sigue un curso de pensamiento y representación¹⁴⁷; pero, ¿es un pensamiento en la conciencia de quién?, ¿quién es el intérprete?, ¿acaso es Dios? Esto parece un antropomorfismo bastante injustificado.

El idealismo objetivo se relaciona estrechamente con el realismo escolástico que defendía Peirce. La filosofía de Peirce se puede entender como una lucha por liberar al pensamiento moderno del nominalismo. El nominalismo sobredimensionó la concepción aristotélica de las sustancias individuales como los componentes primarios de la realidad, debido a que las sustancias no son predicables de nada. Esta metafísica planteó un mundo compuesto de objetos individuales, o cosas-en-sí-mismas, cuya expresión más extrema es el corpuscularismo de la mecánica galileana, cuyos elementos están en relación por leyes de causalidad eficiente. Sin embargo, como enseñó Kant, las cosas-en-sí-mismas son incognoscibles; pero esto nos conduce a algún tipo de fenomenalismo que termina en el

¹⁴⁵ Atkins, 2016, p. 260.

¹⁴⁶ P. ej., 1887-1880, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19.

¹⁴⁷ P. ej., 1902, *L 224, Carta a William James del 12 de junio*, CP 8.272-277.

escepticismo. Además, esta metafísica favorecía el individualismo, una ética hedonista y el evangelio de la avaricia, promulgado por la economía política del siglo XIX¹⁴⁸. Sin embargo, la primacía ontológica de los objetos individuales impide entender la existencia de clases y leyes naturales. Ahora bien, si los individuos absolutamente determinados son irreales, entonces la realidad debe ser general. Debe haber algún tipo de continuidad que conecte a los individuos de alguna forma, de tal manera que los individuales no están absolutamente separados entre sí (sinequismo). Además, si nuestros pensamientos son generales, el mundo sólo se nos puede hacer cognoscible si su naturaleza es general. Solo de esa manera se nos haría comprensible la realidad y sería posible el conocimiento.

A pesar de mis simpatías con el tipo de realismo moderado que defendió Peirce, no voy a sostener su idealismo objetivo por las razones ya mencionadas. En los siguientes capítulos, voy a asumir la posición más “conservadora” según la cual las cualidades mentales son derivables genética y compositivamente de las cualidades físicas. Aunque esto me hace más afín al fisicalismo, tampoco voy a defender una posición reduccionista.

5.8 BALANCE FINAL

En este capítulo hemos abordado varios problemas de la teoría semiótica de Peirce como teoría del significado, así como problemas más generales del sistema peirceano. Aunque Peirce abandona la idea de que todo pensamiento-signo debe ser precedido por uno similar, y la Segundidad de la indexicalidad asegura la referencia a un objeto real, el contacto perceptual directo con el objeto real no garantiza el acceso a un objeto completamente determinado. Es posible superar el problema de la indeterminación del significado si se abandona la idea de que todo interpretante es un pensamiento-signo que produce un nuevo interpretante, y este parece haber sido el caso en la obra más tardía de Peirce, aunque aún para muchos peirceanos la semiosis infinita sigue siendo un tesoro muy valioso. Quizás el problema más serio de la semiótica peirceana es la ambigüedad respecto a la función del mediador. Cuando se hace al interpretante mediador de la relación entre el signo y el objeto, el significado se vuelve arbitrario, la explicación se hace circular y es imposible dar cuenta del error de representación. La solución de Short de apelar a la significabilidad del signo,

¹⁴⁸ Cf. 1893, *P 521, Amor Evolutivo*, OFR1.25.

independiente del interpretante, tiene el problema de romper con la triadicidad de la misma relación de representación. La semiótica peirceana presenta también un fuerte sesgo lingüístico y lógico, debido al propósito de Peirce de usar a la semiótica como un marco para la lógica, y su dificultad para pensar casos simples de iconicidad e indexicalidad que no involucren procesos convencionales, lingüísticos y sofisticados. A pesar del antipsicologismo en lógica profesado por Peirce, su semiótica parece finalmente apoyarse en los procesos psicológicos de asociación, dentro de una psicología de la consciencia altamente especulativa y pre-científica. Adicionalmente, no parece haber una adecuada justificación para colocar a la fenomenología en la posición tan importante que se la coloca en la filosofía y no hay un método fenomenológico propio que la sustente, sino una búsqueda de análogos en la consciencia de los tipos de relaciones básicas ya determinadas por la lógica de relativos. Finalmente, no parecen haber razones para sostener el idealismo objetivo ni el interaccionismo mente-cuerpo que defendía Peirce, y creo que son innecesarios para apoyar su realismo moderado.

En el siguiente capítulo se presentarán los principios de una teoría semiótica naturalista. En ella se abordarán varios de los problemas aquí tratados ofreciendo alguna alternativa para superarlos. Otros serán diferidos a la tercera parte del trabajo.

Capítulo 6. HACIA UNA SEMIÓTICA NATURALISTA

En el capítulo 4 se realizó una exposición de la semiótica de Peirce y en el capítulo anterior se discutieron algunas objeciones a la semiótica para ser una teoría adecuada del significado y el contenido mental. A partir de lo que se discutió, podría pensarse que la semiótica no es un marco adecuado para tratar con el contenido mental. Sin embargo, en este capítulo busco mostrar que el marco de la semiótica es útil siempre y cuando se adquieran algunos compromisos respecto a la interpretación de la relación semiótica, así como a la relación de la semiótica con otros aspectos más amplios de la filosofía de Peirce. En § 6.1 discutiré la cuestión del carácter de la semiótica como ciencia. Daré razones para rechazar la idea de que la semiótica es una ciencia normativa, y en cambio defenderé que la *semiosis* es un fenómeno natural, que puede pensarse en una *semiótica naturalista* que describa y explique el fenómeno de la semiosis, y explicaré por qué esta semiótica no sería reducible a alguna psicología actual. § 6.2 retoma la caracterización de la semiosis como relación triádica. Se discutirán aspectos como la determinación interna de los elementos de la relación, para superar problemas como la ambigüedad de la mediación y la semiosis infinita. También discutiré el problema del interpretante como elemento de la relación semiótica. En § 6.3 realizaré la distinción entre semiosis actual e historia semiótica, y presentare los principios de lo que llamaré una teoría ideal del desarrollo semiótico, como una teoría acerca de la manera en que se estructuran, se complejizan y se jerarquizan distintos tipos de semiosis. Voy a basarme en la división peirceana de los signos como íconos, índices y símbolos, y en su organización jerárquica, para ofrecer esquemas de cómo se determina el contenido mental asociados a diferentes fenómenos mentales. En § 6.4 hablaré de la determinación del contenido a partir de la semiosis icónica y su relación con el reconocimiento perceptual. En § 6.5 trataré la determinación del contenido por semiosis indexical y su relación con el aprendizaje asociativo. Finalmente, en § 6.6, abordaré las condiciones de la semiosis simbólica y su relación con el lenguaje, la comunicación y el razonamiento.

6.1 HACIA UNA SEMIÓTICA NATURALISTA.

A pesar de que Peirce fue contemporáneo de Brentano y de su escuela, y de que también fue un experto en los medievales, Peirce desconoció la obra del sacerdote y filósofo alemán y la

manera como se había formulado el problema de la intencionalidad. Cuando Peirce habla de intencionalidad, solo se refiere a la distinción medieval entre términos de primera y de segunda intención; es decir, entre términos que denotan realidades extralingüísticas y términos que denotan otros términos. Peirce rescata esta distinción, porque los términos lógicos son términos de segunda intención. El problema de la intencionalidad como lo formuló Brentano, en cambio, tiene que ver con los problemas de la independencia de nuestros contenidos mentales respecto a la existencia de aquello a lo que se refieren y la dependencia de dicho contenido de la perspectiva del sujeto (§ 1.4). La distinción entre términos de primera y segunda intención es más bien de carácter lógico y lingüístico y tiene poco que ver con cuestiones de filosofía de la mente y la psicología.

De todas maneras, Peirce no desconoció en absoluto el núcleo del problema de la intencionalidad de Brentano. Él era muy consciente de que había una diferencia entre los contenidos de nuestras experiencias subjetivas y las realidades externas. En varias ocasiones Peirce caracteriza a la realidad en oposición a las ficciones. Mientras que lo real es aquello que tiene sus caracteres independientemente de cómo son pensadas, las ficciones tienen sus caracteres de acuerdo con cómo son pensadas. La realidad es esencialmente “verdadera”, mientras que la ficción no¹ (§ 4.2). También habla del choque entre el *mundo interior* y el *mundo exterior*. El primero es el mundo de nuestras sensaciones, de nuestras expectativas, de nuestras inferencias inconscientes y no controladas; mientras que el segundo tiene que ver con nuestros perceptos y el choque con la realidad, que muchas veces frustra las expectativas del mundo interior². La diferencia entre estos dos mundos es capturada por la diferencia entre las categorías de Primeridad y Segundidad; así como la diferencia entre sensación y sensopercepción (§§ 5.5-5.6). El método científico peirceano se puede ver como una relación dialéctica entre nuestra libre formulación de hipótesis y las restricciones que el mundo exterior impone a nuestras observaciones³ (§ 4.5). Pero, aunque Peirce reconoció aquello que está involucrado en el problema de la intencionalidad, no desarrolló una teoría explícita sobre esta. Tal vez no consideró que este fuera un problema que requiriera una atención especial, pues precisamente el método científico estaría diseñado para ir reduciendo la discrepancia

¹ P. ej., 1867, *MS 114, One, Two, and Three*, W2.9; 1872, *MS 195*, W3.13; *MS 200*, W3.17; 1878, *P 119, Cómo esclarecer nuestras ideas*, OFR1.8, § IV.

² P. ej., 1903, *MS 305, Sobre la Fenomenología*, OFR2.11, p. 2012; 1907, *MS 318, Pragmatismo*, OFR2.28, pp. 497, 503-504.

³ Cf. 1872, *MS 196*, W3.14; *MS 200*, W3.17; *MS 205*, W3.20.

entre nuestros objetos mentales y las cosas reales, hasta que coincidan en la opinión final. Sin embargo, creo que la semiótica de Peirce tiene elementos implícitos para ofrecer una explicación del carácter intencional del contenido mental y que pueden ser de interés para tratar el problema del contenido en la filosofía de la mente de hoy. Este capítulo busca hacer una caracterización de la semiótica que permita hacer explícitos esos elementos.

Recordemos que Peirce desarrolló la semiótica no como una teoría para la psicología o la filosofía de la mente, sino como un marco general para la lógica, y en especial para evitar el riesgo de psicologismo (§ 4.2). Esta es la razón por la que Peirce creía que quienes deberían desarrollar la semiótica son los lógicos, y por la que su semiótica presenta un fuerte sesgo lógico y lingüístico (§ 5.4). Peirce equiparó la lógica en sentido amplio con la semiótica, y la ubicó entre las ciencias normativas, por debajo de la ética y la estética. La semiótica se divide en gramática especulativa, lógica crítica y retórica (luego metodéutica), siendo cada rama dependiente de la anterior. La lógica en sentido estrecho es la rama intermedia de la semiótica, y tiene el propósito de la evaluación de los argumentos como correctos o incorrectos de acuerdo con el principio que determina su validez. Dado que la lógica crítica evalúa la corrección de los argumentos, es propiamente una ciencia normativa. La retórica o metodéutica entendida como estudio de la efectividad del proceso de razonamiento y argumentación científica, también puede ser vista como una ciencia normativa (§ 4.4). Sin embargo, ¿es la gramática especulativa una ciencia normativa? (§ 5.4). Veamos esto con mayor detalle.

Desde cierta caracterización, los límites entre gramática especulativa, lógica crítica y retórica se hacen borrosos. Peirce en ocasiones afirmó que el signo tiene tres referencias, una a su fundamento o cualidad imputada, otra a su objeto y otra a su interpretante; y que la división de la semiótica es tal que la gramática especulativa trata de la referencia del signo a su fundamento, la lógica crítica trata de la referencia del signo al objeto, y la retórica trata de la referencia del signo a su interpretante⁴. El término *fundamento* es algo oscuro. En escritos tempranos, el fundamento parece referirse a algún tipo de idea platónica⁵. Cuando habla de *cualidad imputada*, ya se ha visto que esta es una propiedad exclusiva de los símbolos (ver § 4.4). Pero claramente, la gramática especulativa no abarca solo a los símbolos. Si por

⁴ P. ej., 1867, P32, *Nueva Lista*, OFR1.1, § 15

⁵ *Ibid.*, § 7.

cualidad imputada quiere decir *cualidad representativa*, entonces trataría de la relación entre el signo y el objeto, pero eso parecería tener que ver con la segunda referencia. Si lo que se quiere decir por cualidad imputada es el carácter del signo como representación, esto involucra el hecho de participar en una relación triádica y, por tanto, es parte de lo que hemos visto que es el núcleo de la gramática especulativa. Sin embargo, la cuestión es un poco más difícil cuando se dice que las áreas de estudio de la lógica crítica y la retórica son las referencias del signo a un objeto y a un interpretante, respectivamente. La razón es que, si por referencia de un signo a un objeto y a un interpretante se quiere decir las relaciones del signo a los objetos dinámico e inmediato y a los interpretantes inmediato, dinámico y final, estos temas son abordados en la taxonomía de los signos y dicha taxonomía pertenece a la gramática especulativa (§ 4.6). Es cierto que la tarea de la lógica crítica como evaluación de la validez de los signos tiene que ver con la relación del signo con el objeto, y de igual forma que la retórica como estudio de la efectividad de los signos tiene que ver con la relación de los signos con sus interpretantes; pero parecen hacerlo en un sentido diferente y a un nivel superior y secundario al estudio que realiza la gramática especulativa de las relaciones del signo a sus objetos e interpretantes.

Ahora bien, Peirce argumentó que la lógica en sentido amplio es ciencia normativa en cuanto que el razonamiento científico es una acción voluntaria y auto-controlada, que está guiada por un bien. Esto es evidente en la lógica crítica, que trata del problema de la validez de los argumentos, el cual presupone la preservación de la verdad de las proposiciones que constituyen tales argumentos. La lógica es ciencia normativa en cuanto prescribe cuándo un argumento es válido e inválido, apoyada en la dicotomía verdadero/falso⁶. Pero, ¿es la gramática especulativa prescriptiva en algún sentido? Entendida como el estudio de las condiciones cuasi-formales que hacen de un objeto cualquiera un signo, parece tener más bien un carácter descriptivo. Describe las propiedades de los signos, o mejor, de la relación sígnica. La gramática especulativa nos dice cuándo se cumple la relación de representación, pero no establece cuándo esa relación es correcta o incorrecta. Tal vez se diga que un signo puede ser verdadero o falso respecto a su objeto y que, por tanto, la gramática especulativa responde a la dicotomía de verdad/falsedad. Sin embargo, algo es un signo y cumple la

⁶ Por ejemplo, es común que se diga que un argumento deductivo válido es aquel que tiene una forma lógica tal que, si sus premisas son verdaderas, su conclusión es necesariamente verdadera.

relación de representación, pudiendo ser verdadero o falso. Es decir, la relación de representación antecede a la distinción verdad/falsedad. Así que la gramática especulativa no puede ser constreñida por la dicotomía verdad/falsedad. Además, como al parecer lo creía Peirce, y yo también sostendré aquí, las semiosis involucran por lo general actos involuntarios de interpretación; es decir, que el sujeto S interprete al signo Σ como representando al objeto O es algo que ocurre por lo general de manea no voluntaria. Tal vez únicamente suceda de forma controlada cuando se estipula un significado a un signo nuevo o cuando se barajan posibles interpretaciones a signos que se presentan como ambiguos o sin un significado inmediato evidente. Por lo tanto, los actos de interpretación no son por lo general actos controlados a los que se les pueda aplicar alguna bondad o maldad moral, siguiendo el criterio de Peirce. Tal vez se diga que la gramática especulativa es normativa en el sentido de que establece cuándo se cumplen o no las condiciones de la relación sgnica. Pero creo que esto es tanto como decir que la mineralogía estudia cuáles son las condiciones para que algo sea una jadeita y no una nefrita, y esto no hace a la mineralogía una ciencia normativa. En consecuencia, hay suficientes razones para suponer que la gramática especulativa por sí misma no es una ciencia normativa.

Para efecto del desarrollo de este trabajo, voy a usar el término *semiótica* para referirme a lo que Peirce llamaba *gramática especulativa*, como el estudio de las condiciones de la relación de representación, incluyendo en ella a las relaciones del signo con sus objetos e interpretantes. Voy a excluir de la semiótica a la lógica crítica y a la retórica o metodéutica. En consecuencia, no voy a tomar a la semiótica como una ciencia normativa. Pero entonces, ¿qué tipo de ciencia es? Para responder esto, hay que ver qué es lo que estudia y cómo lo estudia. La semiótica es la doctrina de los signos, y como gramática especulativa, es el estudio de las condiciones cuasi-formales de los signos. Hemos visto que la gramática especulativa establece que algo es un signo cuando cumple con las propiedades de la relación de *representación*. Por lo tanto, lo que estudia la semiótica es la relación de representación. Dado que los signos, como objetos que representan a otros objetos, son interpretados como teniendo significado, y que la interpretación hace parte de la relación del signo al interpretante abarcada por la gramática especulativa, voy a considerar que los fenómenos de la representación y el *significado* son correferenciales. Es decir, siempre que un signo representa a su objeto tiene un significado y siempre que un objeto tiene un significado para

un intérprete es porque representa a algún objeto. En consecuencia, es posible decir que la semiótica como gramática especulativa también estudia el significado. La semiótica, en el sentido en que se ha restringido aquí, establece las condiciones cuasi-formales en que ocurre la relación sígnica. Tales condiciones cuasi-formales no son formales en el sentido de que se realicen en un sistema formal de símbolos, con una sintaxis y regla de inferencia; sino que consisten en las condiciones constitutivas de la relación de representación. Por lo tanto, la semiótica estudia las *condiciones constitutivas o estructurales* de la relación de representación o de significado. Ahora bien, dicha relación describe un hecho que es una ocurrencia en la realidad. Dicho hecho es la *semiosis*. Por lo tanto, la *semiótica* estudia las propiedades constitutivas de la semiosis, y en ese sentido es una *ciencia descriptiva*.

La *semiosis* sería entonces la unidad de análisis de la semiótica. Siendo la semiosis un hecho, un evento u ocurrencia, considero que debe ser vista como un *fenómeno natural*. ¿Qué quiero decir con esto? ¿Qué es un fenómeno natural? En primer lugar, un fenómeno natural no es una construcción social o cultural. Por ejemplo, la fuerza de la gravedad es una propiedad de la naturaleza, no una regla convencional. Es cierto que todas las instituciones y prácticas sociales involucran hechos semióticos. Pero esto no quiere decir que el significado como fenómeno sea creado por tales instituciones y prácticas, más bien, al contrario, es gracias a que existe el fenómeno del significado que son posibles las instituciones y prácticas sociales. Como se argumentará después, el fenómeno del significado es mucho más amplio que las interacciones lingüísticas y sociales humanas, y hace parte de la mayoría, si no la totalidad, de fenómenos mentales humanos y no-humanos. En segundo lugar, un fenómeno natural, tomado en su generalidad, hace referencia a un conjunto de hechos que ocurren en una localización espacio-temporal. La semiosis, tomada en su generalidad, se refiere a un conjunto de hechos que tienen una ocurrencia en un tiempo y espacio. Ocurre cuando el signo es interpretado por un intérprete. Su *locus* espacio-temporal está en la relación diádica entre el signo y el intérprete. En tercer lugar, un fenómeno natural es un evento que puede ser explicado. En su forma más general, esto quiere decir que no es un fenómeno sobrenatural. En cambio, es un fenómeno del que se pueden establecer una serie de condiciones antecedentes por las cuales ocurre, así como ciertas regularidades que determinan su ocurrencia. Por lo tanto, sería posible definir un enunciado explicativo en el que cierto evento particular de semiosis es un *explanandum* respecto a ciertos *explanans*. En

§ 6.3 desarrollaré el asunto de cuáles son el *explanandum* y el *explanans* de la semiosis. En cuarto lugar, un fenómeno natural es un fenómeno que ocurre en la naturaleza, regida por las leyes físicas. Es posible afirmar que los fenómenos semióticos son fenómenos físicos, en el sentido amplio de que no son fenómenos ni metafísicos ni que ocurran en algún plano que viole los principios de la física. Pero que sean fenómenos físicos no quiere decir, como le gustaría a los fisicalistas, que los fenómenos semióticos *no son más que* fenómenos físicos, en el sentido de que sean reducibles a estos. La idea es que los fenómenos semióticos no se pueden construir como una mera combinación de hechos físicos. La razón tiene que ver con la naturaleza triádica de la relación semiótica y el teorema de reducción, tal y como veremos en la siguiente sección.

He dicho que la *semiótica*, tal y como se ha tomado aquí, establece las condiciones constitutivas y estructurales de la semiosis y, como tal, tiene un carácter descriptivo. Pero también he dicho que la semiosis es un evento natural que podría ser explicado. ¿A qué ciencia le corresponde la explicación de la semiosis? En § 5.5 mostré que hay razones para pensar que Peirce, al menos en algún momento de su obra, llegó a considerar que la semiosis era explicada por la psicología. Sin embargo, la psicología de la época de Peirce era muy deficiente en muchos aspectos. Era una psicología de la conciencia y las ideas, que construye sus objetos de una manera altamente metafórica y especulativa. Sus objetos no son dados a observación intersubjetiva, sino a través de la introspección, de la cual el mismo Peirce era escéptico⁷. Este tipo de psicología fue abandonada a inicios del siglo XX porque no podía garantizar el desarrollo de la psicología como ciencia natural. Tal vez pueda considerarse que la psicología científica posterior sería más adecuada. Infortunadamente, eso no es así. Ha habido dos tradiciones principales de psicología científica, la psicología conductista y la cognoscitivista. La psicología conductista pretendía reducir los fenómenos del significado a procesos de aprendizaje, especialmente procesos de condicionamiento pavloviano e instrumental. Sin embargo, como se argumentará en § 6.5 parece más plausible considerar que los procesos de condicionamiento pueden ser tratados mejor como subclases de eventos semióticos. Por otra parte, la psicología cognoscitiva soporta su poder explicativo en la noción de representación mental. Pero como se explicó en el Capítulo 3, el carácter

⁷ Como excepciones a esta caracterización, habría que señalar el trabajo experimental de la psicofísica de Fechner, la investigación en memoria de Ebbinghaus, e incluso la misma investigación experimental de Peirce, entre otros pocos.

significativo de las representaciones mentales es asumido, pero difícilmente explicado. Precisamente, el salto dado en este trabajo hacia la *semiótica* está motivado por las dificultades de la perspectiva de la representación mental en dar cuenta del fenómeno del significado. En consecuencia, la *semiótica* no puede apoyarse en la psicología científica moderna, sino que, más bien al contrario, es la *semiótica* la que podría ofrecer un marco útil para la psicología y las ciencias cognitivas, porque, como veremos en las siguientes secciones, los fenómenos psíquicos, mentales o cognitivos son fenómenos semióticos.

Pero, si la *semiótica* ofrece las condiciones estructurales de ocurrencia de la semiosis y la semiosis es un evento natural que puede ser explicado, ¿a qué podemos recurrir para explicar las instancias de semiosis? Mi propuesta es que podemos extender las mismas condiciones constitutivas y estructurales de la relación semiótica, para alcanzar las condiciones antecedentes y regulativas de la semiosis. Estoy proponiendo que la *semiótica* no solo sea una ciencia descriptiva, sino que también pueda ser una *ciencia explicativa* del fenómeno de la semiosis, en el sentido de establecer las condiciones regulativas generales y las condiciones antecedentes particulares de las instancias de semiosis. Si este es el caso, lo que estoy proponiendo podría denominarse *Semiótica Naturalista*; porque cumpliría el objetivo de una ciencia natural de describir y explicar fenómenos naturales.

Peirce había definido a la filosofía -incluyendo a la fenomenología, las ciencias normativas y la metafísica- como ciencias cenoscópicas y a las ciencias especiales como idioscópicas. La distinción cenoscópico vs idioscópico la tomó Peirce de Jeremy Bentham y trata de la distinción entre lo que es común a toda experiencia cotidiana de todos los hombres, en oposición a lo que es específico de la experiencia controlada del investigador que descubre nuevos fenómenos⁸. Sin embargo, la *semiótica naturalista*, como se ha definido aquí, no es ciencia normativa y no haría parte de la filosofía, ni de las ciencias cenoscópicas (lo que no excluye que se pueda hacer una filosofía de la *semiótica naturalista*). En consecuencia, la *semiótica naturalista* haría parte de las ciencias especiales, en la medida en que se dedica al estudio de la representación y el significado como fenómenos naturales.

En cuanto a la relación entre semiótica y lógica, se ha mostrado que para Peirce la gramática especulativa cumplía una función propedéutica respecto a la lógica crítica, de un modo semejante a como en muchas obras de lógica anteriores un estudio previo del

⁸ Cf. 1903, *MS 305, Fenomenología*, OFR2.11, § 1; *MS 478, Clasificación de las Ciencias*, OFR2.18.

significado de las palabras tenía una función propedéutica respecto al estudio de la lógica⁹. Como he dicho antes, la lógica crítica tiene razones para ser una ciencia normativa, debido a que es un estudio de la validez de los argumentos, y se apoya en la dicotomía verdad/falsedad. La semiótica naturalista (gramática especulativa en sentido amplio) estudia las condiciones de ocurrencia de la relación de representación. Pero dichas condiciones son anteriores a la dicotomía verdad/falsedad. Un signo significa, sea este verdadero o falso. Sin embargo, la verdad y la falsedad se predicán de las representaciones. En § 7.3 se ofrecerá una explicación de la representación errónea. En consecuencia, la *semiótica naturalista* brinda una explicación de la dicotomía verdad/falsedad, aunque no se basa en ella. Por eso, no es una ciencia normativa; aunque puede seguir siendo tomada como un estudio propedéutico para la lógica (en sentido estrecho).

Ahora bien, si una *semiótica naturalista* puede establecer las condiciones para que una representación sea verídica o errónea, entonces tiene que ver con el asunto del carácter intencional del contenido mental. Nuestros estados mentales son estados con un contenido y, como intentaré mostrar más adelante, dicho contenido es siempre interpretativo. Lo que voy a proponer es que lo que caracteriza a los fenómenos mentales, psíquicos o cognitivos es el involucramiento de relaciones semióticas. El “contenido” de un estado o acto mental es el producto de un acto de interpretación actual, a partir de una historia semiótica previa (§ 6.3). En este capítulo se presentarán los principios del marco de la semiótica naturalista. En el siguiente capítulo se aplicará dicho marco a la explicación de la intencionalidad del contenido mental.

6.2 LA SEMIOSIS COMO RELACIÓN TRIÁDICA

La *semiótica* es la doctrina de los *signos*. Los signos son objetos que representan a otros objetos. Así que la semiótica estudia la relación de *representación*. Lo más característico de la relación de representación es que es una relación triádica (§§ 4.3-4.4). En esta sección retomaré el carácter triádico de la relación de representación, buscando aclarar algunos detalles, en respuesta a algunas objeciones del capítulo anterior (§§ 5.1-5.3).

⁹ P. ej., en el *System of Logic* de J. S. Mill (1886) o la Investigación Primera en las *Investigaciones Lógicas* de Husserl (1913/1999).

Una *relación triádica* es un hecho entre tres elementos. Pero no es solo eso, pues no consiste en la mera conjunción de tres elementos en relaciones diádicas o monádicas, como indica el *teorema de reducción* (§ 4.3). Lo que hace triádica a este tipo de relación es que consiste en un acto de mediación, y toda mediación requiere al menos tres elementos, pues en ella un elemento media la relación entre los otros dos. El ejemplo no sónico más empleado por Peirce para ilustrar una relación triádica es el de la relación de “dar”. Vamos a revisarlo con algún detalle para identificar algunas propiedades de una relación triádica. La relación “*A da B a C*” tiene tres elementos: el que entrega algo (*A*), el objeto entregado (*B*) y quien recibe lo entregado (*C*). Todos los elementos son correlatos de la relación. Sin embargo, en la lógica de relativos de Peirce, es usual que se hable del primer elemento de la relación como el *relato* y los otros dos como los correlatos. Pero distinguir entre el relato y los correlatos también es útil, porque permite distinguir la dirección de la relación. Por ejemplo, en la relación diádica “*A ama a B*”, *A* es el relato y *B* es el correlato, y la dirección de la relación va de *A* hacia *B*. Es decir, en toda relación, la dirección de la relación va del relato hacia el correlato o los correlatos¹⁰. En la relación “*A da B a C*”, *A* es el relato y *B* y *C* son los correlatos, y la dirección va de *A* hacia *B* y *C*. *A* pone en relación a *B* con *C*.

Otro aspecto que es destacado en el álgebra lógica de Peirce es que el orden de los correlatos determina a la relación, y un cambio en el orden involucra un cambio de relación. Por ejemplo, en la relación diádica “*A ama a B*”, un cambio en el orden entre los correlatos produce la relación “*B es amado por A*”; pero la relación “amar a” es diferente a la relación “ser amado por”. La excepción son las relaciones simétricas, como “estar al lado de” o “ser hermano de”, en las que el cambio de posición de los correlatos no cambia a la relación. Sin embargo, “*A ama a B*” y “*B es amado por A*” son diferentes descripciones de un mismo hecho diádico, y aunque en la relación “*B es amado por A*” *B* aparezca como primer correlato, la direccionalidad de la relación sigue siendo de *A* hacia *B*, y por eso *A* sigue siendo el relato¹¹. Esto se observa en el cambio del verbo *amar* de voz activa a pasiva. Se podría decir que la forma “*A ama a B*” es la descripción auténtica del hecho, mientras que la descripción “*B es amado por A*” es una descripción derivada. En las relaciones triádicas ocurriría algo semejante: Las relaciones “*A da B a C*”, “*B es entregado por A a C*” y “*C recibe B de A*” son

¹⁰ Por eso un término relativo denomina al relato y no a alguno de los correlatos.

¹¹ P. ej., 1880, *P 167, On the Algebra of Logic*, W4.19, § III.2.

descripciones diferentes de un mismo hecho triádico. Sin embargo, en todas ellas *A* es quien realiza la acción de *dar* y es el relato de la acción¹²; así que la descripción “*A da B a C*” es la descripción auténtica, mientras que las otras dos son descripciones derivadas.

Finalmente, de acuerdo con el *teorema de reducción* de Peirce, las relaciones genuinamente triádicas no se construyen a partir de la combinación de relaciones diádicas. Se había mostrado en § 4.3 que la operación de composición entre relaciones monádicas produce otra relación monádicas, y la composición entre relaciones diádicas produce otra relación diádica. En el caso de la relación de “*A da B a C*”, se podrían identificar tres relaciones diádicas: “*A cede a B*”, “*C posee a B*” y “*A afecta a C*”; pero es posible que ocurra la conjunción de estas tres relaciones diádicas y no se obtenga la relación triádica “*A da B a C*”. Es decir, la verdad de las tres relaciones diádicas no constituye al hecho triádico. Pero, además, la composición de las tres relaciones diádicas produce un nuevo hecho diádico: “*A cede lo poseído por quien es afectado por él mismo (por A)*” (ver Figura 4.2c), el cual también puede tener condiciones de verdad diferentes a la relación triádica “*A da B a C*”.

Ahora bien, la relación de representación, consiste en una relación triádica entre tres elementos, el signo (Σ), el objeto (*O*) y el interpretante. Sin embargo, antes de continuar, debemos tocar un punto muy importante. ¿Por qué el tercer elemento de la relación de representación es el interpretante y no más bien el intérprete? En ocasiones, Peirce habló del tercer correlato como una mente¹³. Habíamos visto que el interpretante es un estado del intérprete en relación con *O*, en virtud de la mediación de Σ (§ 4.4). Pero también hemos discutido, con respecto al relacionismo y el adverbialismo intencional, que dos condiciones ontológicas de las relaciones son que estas subsisten a la existencia de sus correlatos y que los correlatos deben ser identificados con independencia de la relación misma (§ 2.1). Y estos hechos no eran desconocidos por Peirce. Él dice: “Una relación real subsiste en virtud de un hecho que sería totalmente imposible si cualesquiera de los objetos relacionado fuera destruido”¹⁴. Además, en su álgebra de relativos menciona:

¹² P. ej., 1870, *P 52, Notation*, W2.39, p. 370.

¹³ P. ej., 1873, *MS 212, On Representations*, W3.22, p. 62; 1873, *MS 221, Chap. 7*, W3.30, p. 83; 1885, *P 296, Sobre el Álgebra de la Lógica*, OFR2.19, § 1.

¹⁴ 1880-1, *MS 909, Conjetura*, OFR1.19, p. 297.

Por un relativo individual quiero decir uno que significa una relación que existe solamente entre pares mutuamente excluyentes (o en el caso de términos conjugativos, tripletas, o cuartetos, etc.) de individuos, o también entre pares de clases en forma tal que cada individuo de una clase del par está en dicha relación a todo individuo de la otra.¹⁵

Mientras que el Σ y el O pueden ser descritos como individuos independientemente de la relación de representación, el interpretante no puede serlo, pues finalmente es una propiedad relativa del intérprete en relación al Σ y el O . Desconozco por qué Peirce prefirió tomar al interpretante como el tercer correlato de la relación de representación. Es posible que Peirce prefiriera hablar de interpretante más que de intérprete, porque cada interpretante es un estado de conciencia particular, y cada relación semiótica involucra una relación a ese estado particular. En cambio, un intérprete podría estar en múltiples relaciones a signos y objetos diferentes. Pero tal vez la principal razón es que en la formulación peirceana el pensamiento-interpretante se convierte en un signo para un nuevo pensamiento-interpretante, y esta función no la podría cumplir el intérprete. ¿Cómo podría el intérprete ser un signo para sí mismo? La noción de pensamiento-signo-interpretante fue muy importante en la obra de Peirce para explicar el razonamiento y la dirección del método científico. Además, otra ventaja sería que es posible hablar de diferentes tipos de interpretantes, como el interpretante inmediato, dinámico y final; mientras que eso no sería posible para el caso del intérprete.

Sin embargo, estas razones son insuficientes para subsanar el grave problema de colocar como elemento de una relación a la propiedad de una entidad que no se puede individualizar con independencia de la relación misma. Además, hemos observado cómo Peirce hacia el final de su obra abandonó la idea del interpretante como un signo (§ 5.3). Por otra parte, a pesar de la utilidad de la distinción entre interpretantes, tal vez haya formas alternativas de incluirla sin tomar al interpretante como un correlato. En consecuencia, voy a considerar de aquí en adelante al *intérprete (I)* como el tercer elemento de la relación de representación. Esta decisión tiene la ventaja de que nos salva de un problema, pues el término interpretante involucra en sí mismo un contenido objetual. Si lo que se desea es ofrecer una explicación no circular del contenido, sería preferible no tener desde el principio un término que involucre dicha noción.

¹⁵ 1870, P 52, *Notation*, W2.39, p. 408.

Veamos entonces cómo aplica todo lo anterior a la relación de representación. Esta relación se da entre tres elementos: El signo (Σ), el objeto (O) y el intérprete (I). La relación se describe inicialmente como: “ Σ representa a O para I ”. En esta relación, el Σ es el relato, mientras que el O y el I son los correlatos. La relación tiene una direccionalidad desde Σ hacia O e I . Esta es una relación de mediación, en la que Σ media una relación entre O e I . Se podrían cambiar los correlatos para generar diferentes descripciones del mismo hecho triádico, como “ O es representado por Σ para I ” o “ I interpreta/toma Σ representando/estando por/significando O ”, pero aun así la dirección de la relación va desde Σ hacia O e I . La última descripción: “ I interpreta/toma/significa Σ representando O ” es problemática, porque sugiere que I puede ser auténticamente un *relato* y un *mediador*. Esto es lo que está en la base del problema de la doble mediación en la caracterización de Peirce (§ 5.3). Habíamos visto que atribuir un papel mediador al interpretante conducía a hacer circular la explicación del significado, porque la noción misma de interpretante involucra la relación de representación. Algo semejante pasaría si se asume que es el intérprete el que media la relación entre Σ y O , pues habría que entrar a explicar cómo la media, y no se puede apelar de nuevo al intérprete, so pena de regresión infinita. La solución a este problema la voy a presentar en la siguiente sección. Por ahora, lo que propongo es considerar que la descripción “ Σ representa a O para I ” es la descripción auténtica de la relación, mientras que las descripciones “ O es representado por Σ para I ” e “ I interpreta Σ representando O ” son descripciones derivadas.

Un argumento que se podría proponer a favor de la idea de que el mediador de la relación *significa* es I en vez de Σ , es que la mediación es un acto, que Σ es al final un objeto externo material, que dichos objetos estrictamente no ejercen acciones, mientras que I puede ser un agente, y como tal puede realizar la acción de mediación. La respuesta a este argumento sería que la noción de “acto” no se refiere únicamente a una acción en la manera como muchas veces se entiende en filosofía de la acción como una acción voluntaria, deliberada y consciente¹⁶. Sino que “acto” se entiende aquí en el sentido más amplio y clásico, como aquello que tiene un efecto o consecuencias sobre otra cosa, y como lo opuesto a “pasión”, como la recepción del efecto de algo más. Entonces, así como los objetos externos pueden ser ‘activos’ sobre nosotros a la hora de causar estados sensoperceptuales, de los

¹⁶ Una acción intencional (Anscombe, 1957).

cuales somos pasivos en sentido aristotélico; igualmente, un objeto puede ser un signo y causar sobre nosotros la mediación de la relación sobre el objeto. Además, como vimos en § 5.5, Peirce reconocía que las formas de asociación, inferencia e interpretación eran mucho más frecuentemente involuntarias que voluntarias, así que no son acciones en el sentido voluntario que se toma en la filosofía de la acción.

Ahora bien, así como la relación de *dar* es una relación triádica genuina, que no puede ser compuesta por relaciones meramente diádicas, igual ocurre con la relación de *representar*. Peirce en ocasiones considera las relaciones diádicas que se encuentran entre los elementos de la semiosis, pero dicho análisis se hace como algo posterior al hecho triádico y busca más bien intentar clarificar algunos aspectos de la dirección de la relación de representación. Se reconocen entonces las relaciones “ $\Sigma \rightarrow I$ ”, “ $O \rightarrow \Sigma$ ” y “ $O \rightarrow I$ ”. Pero, ¿qué tipo de relaciones diádicas son estas? Peirce habló de la relación de *determinación*. Peirce entiende la determinación no en un sentido únicamente causal, sino más bien en el sentido clásico más amplio de limitar las propiedades de algo¹⁷ (§ 4.4). En la primera relación, que es “ Σ determina a I ” el signo afecta sensorialmente al intérprete y tiene una función *generadora* de una modificación en el intérprete, que es su interpretante. Peirce destaca al respecto que el signo es activo sobre el intérprete y este último es pasivo respecto al primero¹⁸. La segunda relación: “ O determina a Σ ” corresponde a la *cualidad representativa* del signo, por la cual este es o bien un ícono, un índice o un símbolo. Dicha relación es o bien del tipo de una Primeridad, una Segundidad o una Terceridad en cada caso. Resalta también el carácter asimétrico de la relación de determinación, por la cual el objeto tiene un papel activo y el signo uno pasivo¹⁹. Esto está relacionado con el abandono de la noción de *representamen*, porque esta noción sugería la posibilidad de que el signo actúe sobre el objeto, pero argumenta Peirce que, si fuera así, entonces el signo no podría ser verdadero o falso frente al objeto, lo cual sería desastroso para su proyecto epistemológico²⁰. Finalmente, está la relación “ O determina a I ”. Esta relación también sería asimétrica, al menos por la razón de que se requiere la independencia del objeto para que la relación de representación pueda ser verdadera o falsa. Una curiosidad es que las tres relaciones diádicas:

¹⁷ 1909, L224, Carta a William James del 14 de marzo, OFR2.33.

¹⁸ 1907, MS 318, Pragmatismo, OFR2.28.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ 1905, Borrador de Carta a Lady Welby de Julio, SS, pp. 194-195.

“*O determina a Σ* ”, “ *Σ determina a *I**”, y “*O determina a *I**” tienen la forma de las dos premisas y la conclusión de un silogismo Bárbara, en la cual el signo es el término medio. Peirce no señaló esto explícitamente, pero este hecho muestra la naturaleza inferencial de la semiótica de Peirce. Alguien podría afirmar que esa caracterización hace que la relación triádica sígnica pueda ser vista como compuesta de relaciones diádicas. Pero se puede responder que más bien la inferencia involucrada en un silogismo es un acto triádico, a pesar de que se describan las premisas y conclusión separadamente en forma diádica. Recuérdese que para Peirce el argumento, como un todo, es también un signo (§ 4.5).

Se podría objetar la caracterización de “*O determina a *I**” como relación diádica, bajo la suposición de que la relación entre *O* e *I* es más bien triádica, pues el interpretante se convierte en un nuevo signo de *O*. Durante la mayor parte de su carrera, Peirce sostuvo la noción del signo-interpretante, que motiva la doctrina de la *semiosis infinita*. Esta noción estuvo fuertemente asociada a la idea de que el interpretante es un pensamiento y dado que el pensamiento es un signo, debe tener un interpretante subsecuente. Sin embargo, como se observó en § 5.2, hacia 1904, Peirce amplió la noción de interpretante para incluir no solo pensamientos, sino también sensaciones y acciones (interpretantes emocional y energético); y hacia 1907, también abandonó la noción del pensamiento como signo-interpretante. Creo que se deben distinguir entre dos cosas: por una parte, el hecho de que los pensamientos se den en signos, particularmente símbolos; y otra el efecto o el significado de un concepto. Ambas cosas se relacionan, en la medida en que para Peirce un concepto es la parte simbólica de un pensamiento²¹. Ahora bien, puede ser que un pensamiento genere una cadena de pensamientos subsecuentes, a partir de ciertos razonamientos controlados o incluso a través de inferencias incontroladas. Sin embargo, usualmente esa cadena no continúa indefinidamente y llega a alguna conclusión, de acuerdo con las limitaciones de las capacidades inferenciales del intérprete (§ 5.2). El final de esa cadena determinaría un interpretante lógico, que será un hábito general de conducta, de acuerdo con la noción pragmaticista de significado (§ 4.7). Dadas estas razones, en la caracterización que estoy presentando voy a considerar que no necesariamente un interpretante es un signo y aún si lo fuera, tampoco tiene por qué generar un nuevo signo. Por lo tanto, no voy a considerar a la semiosis infinita como una propiedad de la semiosis (§ 5.2).

²¹ P. ej., 1894, *MS 404*, ¿*Qué es un Signo?* OFR2.2, § 8.

Por último, voy a referirme a la distinción entre relaciones triádicas genuina y degenerada. Con esta distinción, Peirce quiso caracterizar la diferencia que hay entre los íconos, índices y símbolos respecto a la naturaleza de la relación entre O y Σ . Si la relación es monádica, entonces O e Σ comparten alguna cualidad, por la que son considerados similares, y esta es una relación diádica de razón, no genuina. Si la relación es genuinamente diádica, entonces O se relaciona causalmente con Σ . Si la relación es triádica, entonces el interpretante media la relación entre O e Σ . Ya mencioné en § 5.3 que esta caracterización es problemática, porque conduce a la cuestión de la doble mediación, y esta ocurriría no solo para el símbolo, sino también para el ícono.

Ahora bien, si he caracterizado a la relación de *representación* como “ Σ representa a O para I ”, en la cual Σ media la relación entre O e I , y esta es una relación triádica genuina, la cual no puede ser construida a partir de la composición de relaciones monádicas o diádicas; y dado que esta caracterización aplica igualmente a íconos, índices y símbolos; concluyo que íconos, índices y símbolos, como *signos*, todos participan de relaciones triádicas genuinas. En este punto me distancio de la opinión de Peirce de que la única relación triádica genuina es la del símbolo, mientras que las de los índices e íconos son relaciones triádicas degeneradas.

¿Cuándo hablamos de una relación triádica degenerada? Cuando tenemos la composición de hechos monádicos o diádicos, que involucran tres elementos, pero que no constituyen realmente un hecho triádico. Una composición de hechos monádicos que involucra tres elementos sería, por ejemplo: “Juan, Pedro y Andrés son altos”. En este caso no hay una relación triádica, porque la propiedad de ser alto para Juan, Pedro y Andrés es no relacional y para cada individuo la propiedad de ser alto no depende de la existencia de otro individuo. En cambio, cuando se dice que “ Σ representa a O para I , por la similitud entre Σ y O ”, se está expresando un hecho mucho más complejo. Aunque sea cierto que “ Σ y O tienen la cualidad en común Q ”, lo cual es una conjunción de hechos monádicos, también es cierto que se mantiene la estructura por la cual Σ media la relación entre O y I , lo que la hace un hecho triádico genuino (ver § 6.4).

Una composición de hechos diádicos que involucra tres elementos sería algo como: “Ecuador se encuentra entre Colombia y Perú”; pues está constituida por las relaciones diádicas “Ecuador está al sur de Colombia” y “Ecuador está al norte de Perú”, e incluso tal

vez también “Colombia está al norte de Perú”. En 1885, Peirce afirma que el índice es una relación triádica degenerada en primer grado, porque está constituida por las relaciones diádicas “ $\Sigma \rightarrow I$ ”, “ $O \rightarrow \Sigma$ ” y “ $O \rightarrow I$ ”²². Pero, como he dicho arriba, estas relaciones diádicas serían descripciones secundarias a la relación triádica “ Σ representa a O para I ”. Por otra parte, en la relación “ Σ representa a O para I , por la contigüidad entre Σ y O ”, aunque sea cierto que “ Σ es contiguo/está próximo/sigue a O ” es una relación diádica, eso no quita el hecho de que Σ sea el mediador de la relación entre O y I y, por lo tanto, que se constituya una relación triádica genuina (ver § 6.5). En consecuencia, hay que distinguir entre la triadicidad de la relación “ Σ representa a O para I ” y el carácter de la relación entre Σ y O . El carácter de la relación entre Σ y O puede ser monádico, para el caso del ícono; diádico, para el caso del índice; y triádico, para el caso del símbolo (ver § 6.6). Pero esto es diferente de la triadicidad involucrada en la relación sígnica. Espero que esto se haga más claro en la siguiente sección.

6.3 HACIA UNA EXPLICACIÓN SEMIÓTICA

En la sección anterior destacué que, en la relación de *representación*, el Σ es mediador de la relación entre O e I . Pero de acuerdo con Peirce, en el caso del símbolo, el interpretante media la relación entre el O y Σ . He señalado en § 5.3 que esto también ocurriría en el caso del ícono, y que por eso se considera que la relación de similitud entre O y Σ es una “relación de razón”. También discutí que, a pesar de que Σ medie la relación entre O e I , hay un sentido plausible en el que se puede decir que para que toda semiosis funcione se requiere que Σ sea tomado o interpretado por I como un signo, un signo que representa a O , y esto aplica igualmente tanto a símbolos, como a íconos e índices. Pero, que I sea determinante de la relación entre O y Σ nos conduce a una explicación circular del significado y la imposibilidad de dar cuenta de la representación errónea (§ 5.3). Este es el principal problema para que la semiótica de Peirce sea tomada como una explicación adecuada del significado y de la intencionalidad.

Creo que el nudo del problema está en el hecho de que la noción de *interpretante* fue tomada por Peirce en varios sentidos y hay que hacer cierto esfuerzo para desenredar lo que

²² 1885, P 296, *Sobre el Álgebra de la Lógica*, OFR1.16, § 1. Realmente dice ‘Mente’ en vez de ‘Intérprete’.

está involucrado en ella. Es cierto que Peirce reconoce distintas nociones de interpretante, pero no me parece claro que ellas ayuden a solucionar el problema que estoy señalando. Creo que al menos hay dos sentidos de la palabra ‘interpretante’²³. En un sentido pasivo, el interpretante es un efecto de Σ sobre I , es determinado por el signo, tal y como vimos en la sección anterior, y es compatible con la noción de Σ como mediador. Pero, en un sentido activo, el interpretante es una acción de I que determina la relación entre O y Σ y de la semiosis en general. En el primer sentido, el I es pasivo, mientras que en el segundo sentido I es activo. Sin embargo, creo que ambos sentidos se refieren a cosas distintas y no son equivalentes. El primer sentido se refiere a la actualización de una semiosis como relación triádica, en el que estrictamente “ Σ representa O para I ”. En este caso decimos que el Σ se hace presente al I y representa a O para I . En cambio, el segundo sentido se refiere al hábito o disposición del intérprete (I) para que dicha relación ocurra. Para poder analizar la relación entre ambos, propongo distinguir entre *semiosis actual* e *historia semiótica*. La *semiosis actual* corresponde a la actualización de la relación triádica de representación, como un evento puntual, con una localización espacio-temporal. En la semiosis actual, Σ tiene una función activa como mediador de la relación entre O e I . La *historia semiótica* se refiere a la experiencia previa del I , ya sea con O o con Σ o con otras relaciones semióticas, por la cual se desarrolla un hábito o disposición de I para que se actualice una semiosis particular en presencia de algún Σ . Por lo tanto, una semiosis actual está determinada por una historia semiótica, es una relación construida a partir de una secuencia, usualmente muy compleja, de otras relaciones previas, algunas de ellas relaciones semióticas. Por lo tanto, la historia semiótica tiene un papel determinante sobre la semiosis actual.

Previamente, en § 4.4, se había diagramado la relación de representación, como relación triádica, como se muestra en la Figura 6.1, con la diferencia de que ahora tomamos a I como el intérprete, en vez del interpretante:

²³ Cf. Aames, 2018.

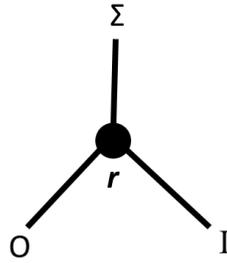


Figura 6.1 Relación de representación

La Figura 6.1 representa la relación triádica de la *semiosis actual*. Pero, ¿qué relación hay entre la historia semiótica y la semiosis actual? La historia semiótica determina a la semiosis actual, pero no de una manera directa, sino como parte de una relación triádica de orden superior, que es mediada por el intérprete. Esto lo podemos representar gráficamente como se muestra en la Figura 6.2:

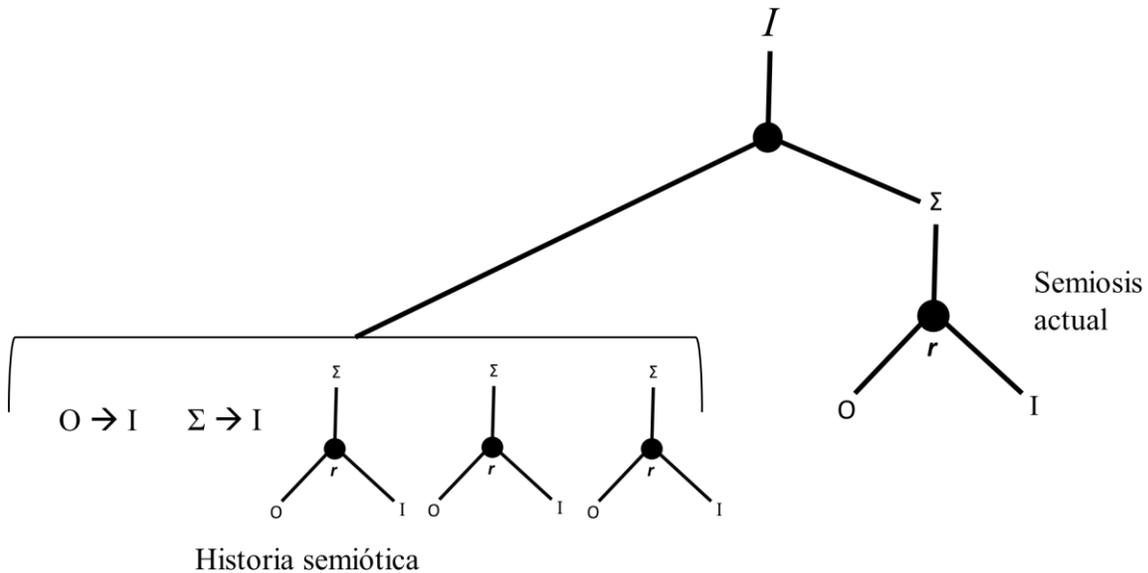


Figura 6.2. Relación entre la historia semiótica y la semiosis actual.

Cuando se coloca al intérprete como mediador de la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual, lo que quiero decir es que el intérprete es el individuo en quien se desarrolla a partir de la historia semiótica un hábito particular por el cual es posible que ocurra una semiosis actual cuando el intérprete se encuentre frente al signo. Pero la relación

triádica de la semiosis actual y la relación triádica que relaciona a la historia semiótica con la semiosis actual deben ser distinguidas. Esto es lo que considero que en la formulación de Peirce era confundido y generaba problemas. En la semiosis actual, el signo es el mediador de la relación semiótica. Pero la relación más amplia es la que permite que el signo sea tomado como un signo, solo que para que esto ocurra debe estar implicada la relación con la historia semiótica. Ahora bien, que el intérprete medie la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual requiere cierta aclaración adicional. No estoy diciendo que dicha mediación es una acción voluntaria o deliberada del intérprete. Simplemente consiste en la capacidad del intérprete para formar hábitos. Pero la manera como ocurre dicha mediación depende de cómo se configura la historia semiótica, de cómo aparecieron el objeto y el signo al intérprete en su historia, lo cual, en principio no es algo determinado desde el lado del intérprete. Así que el intérprete es meramente el medio en el que se genera un hábito o disposición para que la historia semiótica tenga un efecto, que se manifiesta en la semiosis actual. El intérprete es el *locus* de acción de la historia semiótica. Espero que esto se haga más claro en las próximas secciones. Pero, además, la capacidad de un individuo para ser intérprete es lo que constituye su mentalidad. Volveré sobre este último punto en § 8.5.

En la Figura 6.2 he colocado como parte de la historia semiótica cosas como el contacto previo del intérprete con el objeto, con el signo, así como relaciones semióticas previas. Es claro que una semiosis actual puede estar precedida de relaciones semióticas semejantes, y tal vez así sea la gran mayoría de las veces. Sin embargo, si para explicar una semiosis actual apelamos a las mismas semiosis en el pasado, se está ofreciendo una explicación circular. Para ofrecer una verdadera explicación, debemos preguntarnos cuáles son las condiciones mínimas de la historia semiótica para que se forme una semiosis actual por primera vez, sin que involucre dicha semiosis previamente. Estas condiciones pueden ser usualmente muy complejas y diversas. Pero una manera en que podríamos afrontar esta tarea de forma ordenada y útil es basándonos en la distinción de los signos más antigua y persistente en la obra de Peirce, la distinción entre íconos, índices y símbolos. La razón para ello es que Peirce consideró que estos signos estaban relacionados entre sí de tal manera que la semiosis simbólica involucraba a la indexical y esta última a la icónica. Una manera de entender esto es que las condiciones mínimas para el establecimiento de la semiosis simbólica involucra a las condiciones de la semiosis indexical y esta última a la de la semiosis icónica.

Ahora bien, las semiosis actuales reales suelen tener historias bastante complejas, variadas y difíciles de determinar. Lo que propongo aquí no es un estudio empírico de los condicionantes previos de semiosis actuales, sino un estudio lógico de los requisitos mínimos para que ocurran semiosis icónicas, indexicales y simbólicas, bajo condiciones muy ideales. Por lo tanto, lo que se pretende trazar es una historia de *condiciones mínimas ideales* para cada tipo de semiosis. Cuando hablo de requisitos mínimos, hablo de la experiencia mínima requerida en la historia del individuo para determinar la ocurrencia de una semiosis actual. Cuando hablo de condiciones ideales, lo que hago es abstraer esa historia mínima requerida de otras posibles influencias que pudieran alterar la determinación de cierto tipo de semiosis actual. Que sea *ideal* no quiere decir que sea irreal o no actualizable, sino más bien que es como un modelo científico, en el que se establecen las relaciones y procesos entre diversos elementos para determinar un fenómeno real, en abstracción a otros posibles factores intervinientes.

Como veremos en las siguientes secciones de este capítulo, las condiciones mínimas ideales de la semiosis icónica están involucradas en las condiciones mínimas ideales de la semiosis indexical, y ambas en las condiciones de la semiosis simbólica. Esto nos conduce a una *teoría ideal del desarrollo semiótico*, en el sentido de que se mostrará que en la determinación de semiosis más complejas participan semiosis más simples. Sin embargo, hay un sentido adicional en el que lo que se está proponiendo involucra una teoría del desarrollo. Como se mostrará en las secciones a continuación, cada tipo de semiosis se relaciona con ciertos fenómenos mentales particulares. Veremos que la semiosis icónica se relaciona particularmente con el reconocimiento perceptual de individuos y clases; la semiosis indexical se relaciona con el aprendizaje y la semiosis simbólica con la comunicación, el lenguaje y el razonamiento. Por lo tanto, esta teoría sugiere también una teoría del desarrollo de los fenómenos mentales²⁴. Lo que propongo es opuesto al reduccionismo psicológico de los fenómenos semióticos, como defendía Peirce implícitamente (ver § 5.5). Más bien, lo que busco mostrar es que ciertos fenómenos mentales pueden ser descritos con mayor provecho en términos semióticos, como fenómenos de representación por signos externos. Pero, así como ofrezco una explicación semiótica de ciertos fenómenos mentales, también pretendo

²⁴ Terrence Deacon (1997, Cap. 3) también ofrece una consideración de la relación jerárquica entre íconos, índices y símbolos, aunque dirigida a la explicación de los aspectos simbólicos del lenguaje humano y cómo éstos determinaron el funcionamiento de nuestro cerebro.

ofrecer una explicación de los fenómenos intencionales. Sin embargo, la explicación de la intencionalidad será diferida hasta el siguiente capítulo.

Una aclaración con respecto a este tipo de explicación es que se busca apelar a relaciones más simples para dar cuenta de la relación triádica de representación. Sin embargo, eso no quiere decir que se esté reduciendo la relación representación a un conjunto de relaciones diádicas y monádicas. Esta no es una explicación componencial de la triadicidad de la relación de representación, ni es reductiva en el sentido de buscar cuáles son sus componentes mínimos y cómo se relacionan. Se asume que la semiosis actual es una relación triádica y que las relaciones triádicas son irreducibles. La explicación que se ofrece apela a la historia del intérprete. Se aspira a que las condiciones mínimas ideales de la historia sean condiciones necesarias y suficientes. Sin embargo, debe hacerse una advertencia pues puede ser el caso de que el mero cumplimiento de tales condiciones no garantice la ocurrencia de la semiosis actual. Esto es porque para que ocurra la determinación de la historia semiótica sobre la semiosis actual se requiere que el intérprete sea un individuo capaz de adquirir los hábitos que hacen posible la semiosis actual. Es decir, el intérprete no es cualquier objeto más en el mundo, sino que es un objeto con ciertas capacidades. Pero eso no significa que tales capacidades involucren capacidades psicológicas a las cuales se tenga que apelar para dar cuenta de la semiosis. Más bien, se refieren a ciertas capacidades biológicas, asociadas con tener un sistema nervioso, con cierto tipo de complejidad. En las explicaciones que se darán en las secciones subsiguientes voy a asumir que estamos tratando con individuos que tienen las capacidades biológicas suficientes para ser intérpretes. En Capítulo 8 voy a volver sobre este asunto, porque está estrechamente relacionado con la cuestión de dónde comienza lo psíquico o mental.

6.4 ICONICIDAD Y RECONOCIMIENTO PERCEPTUAL

Hemos visto que un ícono es un signo que representa a su objeto en virtud de una relación de similitud o parecido entre ambos. ¿Cuáles serían las condiciones históricas mínimas ideales para la semiosis icónica? En unas condiciones ideales en que no se ha tenido una experiencia previa con O , o algo parecido a O , se podría decir que la historia mínima requerida involucra un contacto directo con O y una relación de parecido entre Σ y O . Voy a usar el símbolo “ \rightarrow ” para expresar la relación de contacto o efecto sensorial directo de un objeto sobre un

sujeto, y el símbolo “ \sim ” para simbolizar la relación de parecido. Voy a representar gráficamente las condiciones mínimas ideales para la semiosis icónica como se muestra en la Figura 6.3:

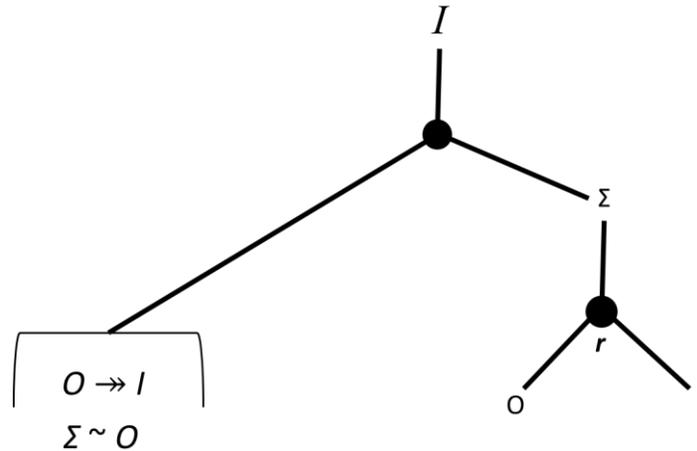


Figura 6.3. Condiciones mínimas ideales para la semiosis icónica.

Obsérvese que no se está exigiendo una experiencia previa con Σ , sino únicamente con O . Esta experiencia previa con O corresponde a lo que Peirce había denominado *experiencia colateral*, aunque él usó este término más asociado a la familiarización con el objeto para reconocer de qué o quién habla el término que actúa como sujeto de un enunciado. Ahora bien, lo que se está sugiriendo es que dada una experiencia previa con O y el parecido entre Σ y O , la presencia actual de Σ evocará O a I . Vemos un par de ejemplos simples. Supongamos que Juan conoce personalmente a María, y luego encuentra una foto de varias personas, de entre las cuales reconoce a María en la foto, sin que nadie o nada se lo indique, por la relación de parecido entre la imagen de la foto y la persona que él conoce. Segundo, supongamos que conozco previamente una catedral en mi ciudad, y luego puedo reconocerla en un dibujo de ella en un mapa de mi ciudad, por el parecido del dibujo con la catedral que conozco.

Puede haber tres preocupaciones respecto a esta formulación. Primero, ¿en qué consiste la relación de parecido?; y estrechamente asociada a esta, ¿es la relación de parecido una relación real o de razón? Segundo, ¿es suficiente que se tenga una experiencia previa con O y que Σ sea parecido a O para que Σ represente a O para I ? Se ha planteado que la relación

de parecido es demasiado promiscua, es decir, que cualquier cosa puede parecerse a cualquier otra en algún aspecto; pero solo en muy pocos casos algo representa a otra cosa (§ 3.6). Tercero, ¿es necesario que se tenga una experiencia previa con *O* para que ocurra una semiosis icónica? Veamos el siguiente ejemplo: Supongamos que estoy conduciendo en una carretera y observo una señal de tránsito, que me indica las curvas al frente, y gracias al parecido de la imagen en la señal de tránsito puedo lidiar adecuadamente con las curvas, pero la señal representa a las curvas en la carretera y mi contacto con las curvas es posterior a mi contacto con la señal. Revisemos a continuación estos problemas.

El principal problema filosófico de la relación de parecido o similitud es si esta es una relación real o de razón. Es común que se piense que el parecido o similitud entre dos cosas está en el ojo del observador. Si “A es parecido o similar a B” es porque así lo ve el sujeto S. Peirce consideraba que la relación de similitud es una relación de razón, o una relación diádica degenerada, que se basaría en una relación triádica degenerada de segundo orden (§§ 4.5 y 5.2). Sin embargo, si este fuera el caso, la relación de similitud no sería independiente de la semiosis misma y, en consecuencia, basar la relación de representación en la de similitud sería circular, porque la similitud estaría basada en la misma relación de representación. Así que, si se espera poder ofrecer una explicación de la relación de representación, se requiere alguna forma de entender a las relaciones de similitud y parecido como relaciones reales más que de razón.

Para comenzar, vale la pena mencionar que en la literatura especializada sobre el tema es más frecuente el uso de los términos ‘similitud’ (*similarity*) y ‘parecido’ (*resemblance*) que el de ‘ semejanza’ (*likeness*); pero rara vez se traza una distinción técnica entre ellos. Sin embargo, hay algunas diferencias sutiles en su uso. *Parecido* se refiere más a cómo se nos presentan o aparecen perceptualmente las cosas, mientras que *similitud* tiene que ver más con qué tantas propiedades comparten objetivamente dos cosas, y *semejanza* con que dos cosas sean tomadas como iguales o equivalentes en un contexto, sin que necesariamente sean perceptualmente parecidas, como por ejemplo dos personas en un mismo cargo. Voy a emplear aquí los términos ‘similitud’ y ‘parecido’, aunque trazaré una distinción entre ellos.

La manera más habitual de analizar la relación de *similitud* es decir que “A es similar a B” si A y B comparten propiedades. Así, por ejemplo, si “un gorrión y un petirrojo comparten las propiedades de tener pico, alas, ser pequeños y ovíparos”, entonces “un gorrión es similar

a un petirrojo”. Sin embargo, voy a trazar una distinción entre propiedades y cualidades. Hablaré de *propiedades* para referirme a aquellas características de un objeto que están realmente en él; en cambio, las *cualidades* son aquellas propiedades que son aparentes para un sujeto en particular. Así, por ejemplo, las propiedades de forma, tamaño, color y sonido de un gorrión pueden ser cualidades para un sujeto particular; en cambio, la composición genómica de un gorrión es una propiedad de este que no es una cualidad porque no es aparente para algún sujeto. Por lo tanto, hay una asimetría entre cualidades y propiedades, de tal manera que mientras que toda cualidad Q es una propiedad P, no toda propiedad P es una cualidad Q. Voy a hablar de *similitud* para considerar las propiedades compartidas entre objetos, mientras que hablaré de parecido para referirme a las *cualidades* compartidas²⁵. Para representar la relación de similitud, usaré el símbolo “ \approx ”. Así, se puede decir que:

(1) Si A tiene las propiedades P1 y P2 y B tiene las propiedades P1 y P2, entonces $A \approx B$.

(2) Si A tiene las cualidades Q1 y Q2 y B tiene las cualidades Q1 y Q2, entonces $A \sim B$.

Ahora bien, las relaciones de similitud y parecido son relaciones de grado, de tal manera que habrá mayor similitud o parecido entre dos objetos, cuantas más propiedades o cualidades compartan, así que:

(3) Si A comparte con B P1 y P2 y A comparte con C P2 y ninguna más, entonces $(A \approx B) > (A \approx C)$.

(4) Si A comparte con B Q1 y Q2 y A comparte con C Q2 y ninguna más, entonces $(A \sim B) > (A \sim C)$.

El grado más alto de la relación de similitud se da en la relación de *identidad*, en la cual se comparten todas las propiedades. Así, A es idéntico con A' si A comparte todas sus propiedades con A'. Se podría decir que, si A comparte todas sus *cualidades* con A', entonces A es indiscernible de A'. En este sentido, los idénticos son indiscernibles; sin embargo, la conversa puede no ser verdadera. Por ejemplo, el agua-terrestre y el agua-gemela de la Tierra Gemela de Putnam, resultan indiscernibles para Oscar y Oscar Gemelo, pero no son sustancias idénticas, pues el agua-terrestre está compuesta de H₂O, mientras que el agua-gemela se compone de XYZ.

²⁵ Esta distinción entre propiedades y cualidades es semejante a la distinción de Locke entre cualidades primarias y secundarias.

Otra asimetría entre las relaciones de similitud y parecido es que, si basamos la similitud en la cantidad de propiedades compartidas, dos objetos serán similares según la cantidad de propiedades que compartan, independientemente de cuáles sean; pero esto generalmente no será cierto para la relación de parecido, pues es común que para nosotros ciertas cualidades sean más salientes que otras. Suponiendo que el número que acompaña a cada propiedad y cualidad, además de distinguirlas, indica su orden de importancia, tenemos que:

- (5) Si A comparte las propiedades P1 y P2 con B y comparte las propiedades P2 y P3 con C, y ninguna más, entonces $(A \approx B) = (A \approx C)$.

En cambio,

- (6) Si A comparte las cualidades Q1 y Q2 con B y comparte las cualidades Q2 y Q3 con C, y ninguna más, entonces $(A \sim B) > (A \sim C)$.

El hecho de que unas cualidades sean más salientes que otras depende en buena medida de nuestra constitución biológica. Cada cualidad corresponde a una modalidad sensorial y sabemos que otras especies son más sensibles a ciertas cualidades que nosotros; por ejemplo, los perros son mucho más sensibles a los olores que nosotros. También puede ser que lo saliente se desarrolle con un entrenamiento especial, como en el caso de los catadores de bebidas. Más adelante volveré sobre la cuestión de la supuesta neutralidad de las propiedades.

Hay otras complicaciones. Ciertas propiedades y cualidades difieren en grado dentro de una dimensión. Por ejemplo, el tono y la brillantez de un color, el timbre o volumen de un sonido, etc. Que dos propiedades o cualidades sean iguales o diferentes dentro de un continuo puede ser una cuestión arbitraria; como en el caso de los colores. Por otra parte, la correlación entre las dimensiones físicas y las sensaciones cualitativas de estos continuos usualmente no es lineal, aunque sí directa, como ha mostrado la investigación en psicofísica²⁶. Además, la identificación de una cualidad sensorial particular, como un color, depende de su contraste respecto a su entorno cualitativo inmediato²⁷, algo que poco o nada tiene que ver con las propiedades de un objeto, al menos si se toman como propiedades intrínsecas. Sin embargo, no voy a entrar en estas complicaciones aquí, y voy a asumir que no afectan en general la

²⁶ Desde los estudios de Ernst Weber y Gustav Fechner a mediados del siglo XIX, se sabe que para muchas propiedades físicas su correlación con cualidades sensoriales no es lineal, sino que se expresa en una función logarítmica.

²⁷ Este es el caso de muchas de las ilusiones ópticas. Por ejemplo, en la ilusión de Muller-Lyer, la percepción de la longitud de una línea depende de las puntas en sus extremos apuntan hacia el interior o el exterior de la línea.

idea de que el parecido entre dos objetos depende de manera importante de su similitud. En conclusión, se puede considerar que la relación de similitud, tal como se ha concebido aquí, es una relación real y no de razón. Es más discutible si la relación de parecido es una relación real o de razón; sin embargo, se puede establecer que la relación de parecido depende de la relación de similitud, o más explícitamente, que la similitud es una condición necesaria del parecido:

(7) Si $\neg(A \approx B)$, entonces $\neg(A \sim B)$.

Pero la relación de similitud formulada en (1) parece demasiado débil para darnos condiciones suficientes para la relación de parecido. Nelson Goodman criticó (1) afirmando que todos los objetos comparten propiedades con todos los demás objetos, de una u otra manera, de tal forma que todos los objetos son similares a todos los demás. Ni siquiera podríamos apoyarnos en la gradualidad de la similitud expresada en (3), pues para Goodman todos los objetos comparten con los demás la misma cantidad de propiedades. La razón para esto es que hay tantas propiedades como hay tantos conjuntos de combinaciones posibles entre objetos²⁸. Una consecuencia de esto es que, si la relación de representación se basa en la de parecido, pero todos los objetos son parecidos entre sí, entonces todos los objetos representan a todos los demás, lo cual, además de que parece absurdo, haría a la relación de representación inútil o, peor aún, indeseable. Este punto se relaciona con la segunda preocupación acerca de nuestra formulación, pues si se reconoce que no todos los objetos son representaciones de todos los demás, pero las relaciones de similitud y parecido no permiten distinguir instancias de representación y no representación, entonces el parecido sería insuficiente para la representación. El hecho de que todos los objetos sean similares en algún sentido también fue uno de los aspectos que llevó a Peirce a considerar que la relación de similitud (o parecido) es más bien una relación de razón y no una real.

La idea de Goodman de que cualquier conjunto posible de cosas constituye una propiedad involucra una concepción *abundante* de las propiedades, y supone que hay una *neutralidad* entre las propiedades, de tal manera que ninguna es más importante que las demás²⁹. Ambas ideas se asocian con el nominalismo extremo de Goodman, así como con su

²⁸ Goodman, 1972, pp. 443-444.

²⁹ Guigon, 2013, § 1.

convencionalismo, su irrealismo y su pluralismo de construcción de mundos³⁰. Sin embargo, tanto la abundancia de propiedades como su neutralidad no son obvias. David Armstrong argumentó en contra del llamado nominalismo de clase, que identifica propiedades con clases; a partir de la consideración de los casos de co-extensión. Si las propiedades son clases, en un mundo donde todas las cosas azules son también húmedas, el nominalismo de clase sería incapaz de distinguir entre la propiedad de ser azul y de ser húmedo. Además, decir, por ejemplo, que los electrones son electrones porque ellos son parte de la clase de los electrones es poner el carro delante del caballo. Más bien, al contrario, ellos son parte de la clase de los electrones porque son electrones³¹. David Lewis también argumentó en contra de la concepción abundante de las propiedades, diciendo que bajo ella seríamos incapaces de capturar los hechos de parecido entre cosas, así como las relaciones causales entre ellas³². Armstrong y Lewin defendieron una concepción *escasa* de las propiedades y también que las propiedades fundamentales deberían ser determinadas por las ciencias físicas. Pero también se ha rechazado la noción de *neutralidad* entre propiedades de Goodman. De acuerdo con Lewis, hay propiedades y relaciones que *trozan la realidad en sus uniones*, y estas son propiedades *perfectamente naturales* en oposición a otras propiedades y relaciones que son *menos-que-perfectamente naturales*, habiendo una diferencia de grado entre unas y otras, pero objetiva³³.

Si consideramos que las propiedades de ciertos objetos pueden ser ordenadas según su grado de naturalidad, en el sentido de Lewis, en P1, P2, P3, etc., en el que el número indica la ordenación con respecto a la naturalidad, entonces tendríamos que corregir (5) y afirmar:

- (8) Si A comparte las propiedades P1 y P2 con B y comparte las propiedades P2 y P3 con C, y ninguna más, entonces $(A \approx B) > (A \sim C)$.

Asumamos una visión realista respecto a las clases naturales. Supongamos que en la naturaleza hay cosas que se pueden distinguir entre sí y agrupar de un modo más o menos general según su similitud, es decir, según qué tantas propiedades comparten. Por ejemplo, hay cosas que son planetas y otras que son estrellas. Hay cosas que son montañas y otras que

³⁰ Cohnitz & Rossberg, 2022, §§ 6.1-6.2.

³¹ Mumford, 2007, pp. 23-24.

³² Lewis, 1983; Hall, Rabern & Schwarz, 2021.

³³ Hall, Rabern & Schwarz, 2021; Guigon, 2014, § 2.

son ríos. Hay cosas que son pinos y otras que son helechos. Hay cosas que son tigres y otras que son abejas. Sin necesidad de asumir que ellas comparten esencias o que instancian universales, se puede decir que cada una de ellas tiene orígenes causales semejantes y se distinguen de los objetos de otras clases por las relaciones causales en que pueden participar. Todas estas son clases naturales. Pero también existen clases artificiales. Entre ellas están los artefactos contruidos por el hombre, que además de tener formas similares, comparten también ciertas funciones bien restringidas. En el lenguaje, las palabras son clases de preferencias con formas bien definidas. Los actos de habla y múltiples prácticas sociales también se agrupan en clases, al igual que las instituciones sociales. Creo que puede concederse el hecho de que el mundo no se nos aparece en principio como una masa continua e indiferenciada, sino que al contrario nos encontramos con cosas que se distinguen entre sí por sus cualidades, pero que a la vez pueden ser agrupadas por su parecido, y gracias a tales agrupaciones podemos predecir ciertas cosas de ellas. Pero de igual manera, creo que puede asumirse que somos el producto de un proceso de selección natural, por el cual se han desarrollado sistemas sensoriales que son relativamente sensibles a diferencias reales de las propiedades de los objetos, pues de lo contrario no sería posible la supervivencia a las presiones ambientales. También podría asumirse que la naturalidad o importancia de ciertas propiedades sobre otras para su pertenencia a ciertas clases naturales se refleja de forma aproximada en lo saliente de ciertas cualidades en nuestros sistemas sensoriales. Así, por ejemplo, que para nosotros sea más saliente la forma de un objeto que su color, nos permite distinguir mejor las bananas de los mangos (diferente forma e igual color) y a la vez agrupar manzanas rojas y verdes (igual forma y diferente color). Tal vez no por casualidad las antiguas *ideas* platónicas son originalmente las *formas* de los objetos. Por lo tanto, tendríamos una disposición natural para agrupar las cosas por su parecido, que se correspondería de una manera relativamente cercana a las clases de cosas en la naturaleza y a las clases de cosas que hemos dispuesto culturalmente. Podríamos entonces decir que hay una correlación positiva entre la ordenación de la *naturalidad* de las propiedades que distinguen entre clases naturales y artificiales y lo *saliente* de las cualidades que se asocian a dichas propiedades. Así:

- (9) El ordinalidad de las cualidades $Q_1, Q_2, Q_3, \dots, Q_n$ de los objetos se corresponden en grado aproximado a la ordinalidad de las propiedades $P_1, P_2, P_3, \dots, P_n$ de los objetos.

En consecuencia, (8) y (9) serían fundamento para (6). Peirce estaría de acuerdo con esta posición, pues él también consideró que nuestra capacidad de asociación por similitud estaba basada en nuestra constitución natural, como producto de la evolución filogenética. Sin embargo, él creía que esta disposición natural a encontrar parecidos entre las cosas es un argumento a favor de que las relaciones de parecido son relaciones de razón más que reales. Pero de acuerdo con su realismo, él admitiría la existencia de clases naturales. Así que podría decirse que las relaciones de parecido relativas a nuestras capacidades sensoriales son un producto, y a la vez reflejan, las relaciones de similitud entre objetos y, por lo tanto, también son relaciones reales.

La segunda preocupación respecto a la formulación en la Figura 6.3 trata de si el parecido entre Σ y O es suficiente para que Σ represente O para I . Si nos limitamos a los casos de clases de cosas, sean clases naturales o artificiales, se podría considerar que se cumple la suficiencia. Pero los casos de clases tienen que ver con aquellos en los que se presenta reconocimiento perceptual. Generalmente se ha asumido que lo que distingue a la percepción de la sensación es que la primera involucra algo así como un juicio de reconocimiento respecto a lo que se percibe. Así es con los *juicios perceptuales* de Peirce respecto a los perceptos. Aunque se les llame juicios, no involucran ningún tipo de formulación verbal, sino únicamente que el objeto A' se *vea* o se *tome como si* fuera uno más de la clase de los Aes. Por ejemplo, si observo en este momento un objeto A que se parece a otros objetos Aes que en el pasado han sido sillas, entonces veo, tomo o interpreto a A como una silla. Puedo decir entonces que el objeto A' se me presenta como un signo (Σ) respecto a todos esos otros Aes de los que he tenido experiencia pasada, de tal manera que por su parecido interpreto a A' como siendo un A . Esto lo podemos representar como se presenta en la Figura 6.4.

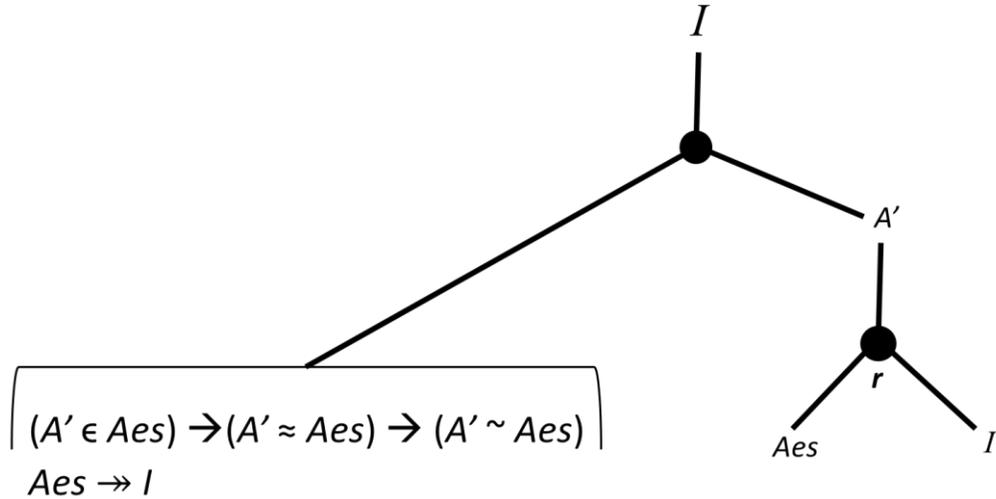


Figura 6.4. Condiciones mínimas ideales para el reconocimiento de clase. En esta figura se está asumiendo que los Aes actúan como objetos y el objeto A como signo.

Sería parte de la historia semiótica para el reconocimiento de clase el hecho de que el objeto A' pertenece a la clase de los Aes, por tal razón A' está en una relación de similitud con los Aes, y en consecuencia A' está en una relación de parecido con los Aes. Pero además si hay una historia previa de contacto perceptual del intérprete con los Aes, se dan las condiciones mínimas para que "A' represente a los Aes para I". Obsérvese que este tipo de semiosis es algo que estamos haciendo todo el tiempo. Observamos que alguien lleva al parque un tipo de animal nuevo, que no habíamos visto antes, y lo tomamos como un perro, dado su parecido con cientos de perros con los que hemos tenido alguna familiaridad en el pasado. Observamos decenas o cientos de artefactos que nunca antes hemos visto y los tomados como coches, dado su parecido con otros miles de ellos que hemos visto antes. Pero incluso, este tipo de semiosis hace parte también de la identificación de cosas individuales. Observo esta mañana a una señora mayor, y dada su relación de parecido con alguien a quien he conocido antes, la identifico con mi madre. Cuando me levanto en la mañana, puedo identificar que lo hago en la misma cama en la que me había acostado la noche anterior, en la que me he levantado las mañanas anteriores, en la misma habitación, con las mismas paredes, muebles, etc. Si de repente algo cambiara en mi habitación, me resultaría muy extraño y me preguntaría qué pasó.

Uno de los argumentos que emplea Goodman para rechazar que la relación de representación no puede fundamentarse en la de parecido es que la relación de parecido es reflexiva y simétrica, pero la relación de representación no lo es (§ 3.6). Sin embargo, en el reconocimiento de objetos podemos identificar un caso en el cual la relación de representación es reflexiva, como se muestra en la Figura 6.5.

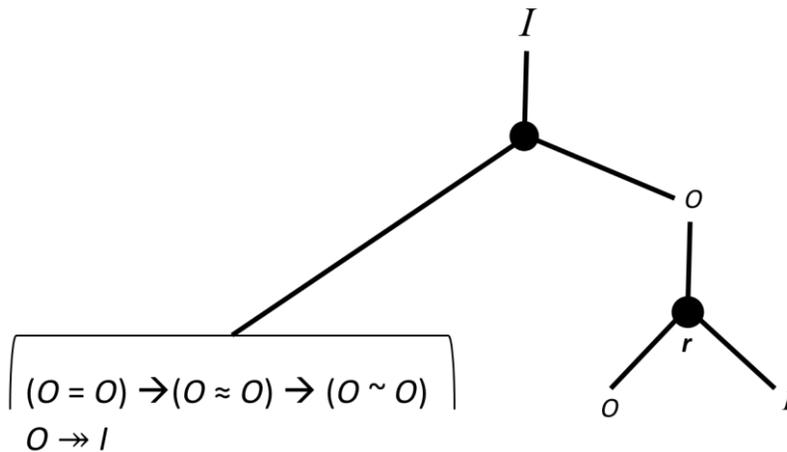


Figura 6.5. Condiciones mínimas ideales para el reconocimiento de objetos.

En este caso, dada la identidad de O consigo mismo, O es perfectamente similar y parecido a sí mismo, y dado un contacto previo de O con el intérprete, será posible que “O representa a O para I”. En este caso, un nuevo contacto con O es interpretado como el mismo O con el que se ha tenido un contacto previo³⁴.

El caso de la simetría lo podemos observar si suponemos que dos cosas A’ y A’’ son parecidas y se ha tenido alguna historia previa con alguna de ellas, de tal manera que cualquiera de ellas puede llegar a ser una representación de la otra. Esto lo podemos representar tal como se muestra en la Figura 6.6.

³⁴ En cierto momento, Peirce consideró que la relación de identidad no es una relación diádica sino triádica, porque la identificación de un objeto como idéntico consigo mismo es algo que requiere al menos tres elementos. Él habló de identidad triádica o *teridentidad* (Ver Bellucci, 2018, pp. 240-241). 0

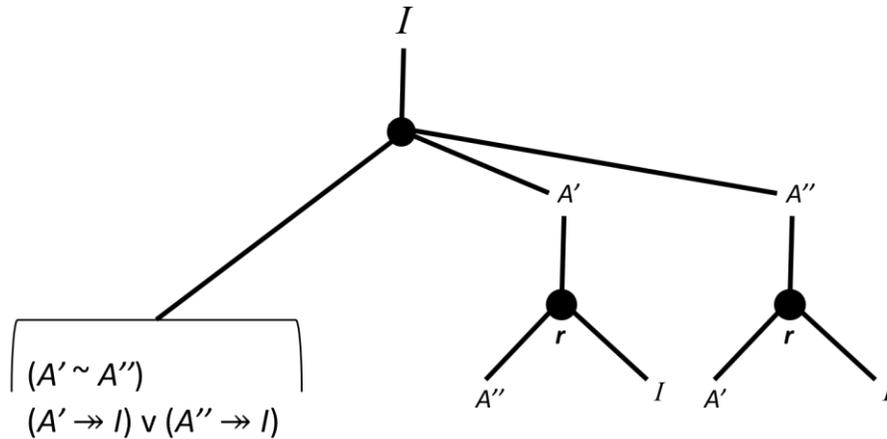


Figura 6.6. Condiciones mínimas ideales para una relación de representación simétrica

Amos Tversky rechazó que los juicios de similitud fueran simétricos, a partir de la observación de que un grupo de sujetos prefería mucho más la oración “Corea del Norte es similar a la China Roja” que la oración “La China Roja es similar a Corea del Norte”. Tversky postuló que la asimetría en este tipo de juicios se debe a que las características del primer término de la comparación tienden a pesar más que las del segundo³⁵. Sin embargo, las conclusiones de Tversky se basan en juicios verbales más que en comparaciones perceptuales entre estímulos³⁶; y puede argumentarse que este formato de presentación replica la asimetría sujeto-predicado de los juicios de predicación (paradójicamente, por su similitud con tales juicios).

Lo que se está planteando aquí con respecto a la reflexividad y la simetría de las relaciones de similitud, parecido y representación aplica únicamente a los casos en que está involucrado el reconocimiento perceptual de la identidad de un objeto o de evocación de un objeto por otro. Ambos casos pertenecen a juicios perceptuales. Con frecuencia se dice que en estos juicios participan procesos psicológicos de *conceptualización* o *categorización*, y que requieren de procesos de *memoria*. Sin embargo, en el tipo de explicación semiótica que se está ofreciendo aquí la apelación a estos *procesos psicológicos* internos de carácter teórico

³⁵ Tversky, 1977, pp. 333-334.

³⁶ Tversky (1977) también presenta datos de un experimento con Yoav Cohen sobre confusión de letras con formas similares. Y aunque los datos apuntan a que las respuestas de los participantes fueron asimétricas, hay dos problemas metodológicos a considerar. Primero, que se pedía a los participantes un juicio de identidad, más que de similitud, siendo la relación de identidad más fuerte. Segundo, los estímulos estaban pre-ordenados según una relación de inclusión entre ellos; p. ej., E incluye F u O incluye C, lo cual ya introduce una asimetría entre los estímulos presentados.

sería innecesaria. Lo que quiero resaltar es que lo que podría llamarse una *semiosis icónica pura* se da en el nivel de los juicios perceptuales, que se puede considerar la forma más básica de fenómenos mentales. Que la semiosis icónica ocurra en este nivel se corresponde muy bien con la observación de Peirce de que en la iconicidad pareciera que el signo se confunde con el objeto o es tomado por este. Infortunadamente, Peirce no llegó a considerar casos de semiosis icónica pura, y nunca logró desprender la iconicidad de casos complejos, lingüísticos y convencionales, como los llamados hipóiconos (§ 5.4).

Otro de los argumentos empleados por Goodman para rechazar que la similitud sea la base de la representación es lo que ocurre en la llamada representación pictórica (*depiction*): Un retrato se parece más a otro retrato que a la persona retratada, pero no por eso el primer retrato representa al segundo (§ 3.6). Creo que en un caso como este puede admitirse que hay algo de convencional y simbólico en el hecho de aprender a “ver” un retrato como una representación. Esto puede observarse claramente con nuestras mascotas. A pesar de que comparten nuestro ambiente físico convencional, pocas veces llegan a ver una representación pictórica como tal. Pero a pesar de esta concesión a Goodman, esto no quita el hecho de que la semiosis icónica pura actúe al nivel del reconocimiento perceptual y que, como argumentaré en las siguientes secciones, esté en la base de las otras formas de semiosis más complejas.

La tercera preocupación respecto a la formulación de la Figura 6.3 era si es necesario que *I* tenga una experiencia previa con *O* para que ocurra la semiosis icónica. Si, por ejemplo, veo una señal de curva en la carretera que por su forma se parece a las curvas que más adelante se presentan, dicha señal representa a tales curvas, pero yo no he tenido una experiencia previa con las curvas, sino que al contrario me las voy a encontrar más adelante. Tal vez a esta altura sea fácil anticipar la respuesta a esta objeción. En primer lugar, estos tipos de íconos son signos complejos, pues involucran aspectos indexicales, pero también simbólicos, debido a que hemos aprendido por medios convencionales su funcionamiento. Así que en estos casos es posible que se presente semiosis sin involucrar una familiaridad previa con el objeto. Pero esto se verá más claro en las siguientes secciones.

6.5 INDEXICALIDAD Y APRENDIZAJE

Un índice es un signo que representa a su objeto por una relación de contigüidad entre ambos. ¿Cuáles serían las condiciones mínimas ideales de la semiosis indexical? Estas consistirían en una historia semiótica de exposiciones previas repetitivas a la relación de contigüidad entre Σ y O , en particular de relaciones en las que Σ precede temporalmente a O , de tal manera que ante una nueva presencia de Σ , I anticiparía la presencia de O , lo cual consistiría en su interpretante. Voy a emplear el símbolo “ \rightarrow ” para expresar la relación “es seguido por”, de tal manera que “ $\Sigma \rightarrow O$ ” significa que Σ es seguido por O . Por lo tanto, hará parte de la historia semiótica que $(\Sigma \rightarrow O) \rightarrow I$, es decir, que se ha tenido un contacto sensorial previo con que el signo es seguido por el objeto. Sin embargo, esa debe ser una historia repetitiva, así que debe haber en la historia semiótica varias instancias de $(\Sigma \rightarrow O) \rightarrow I$, que sean a la vez similares entre sí, como se muestra en la Figura 6.7:

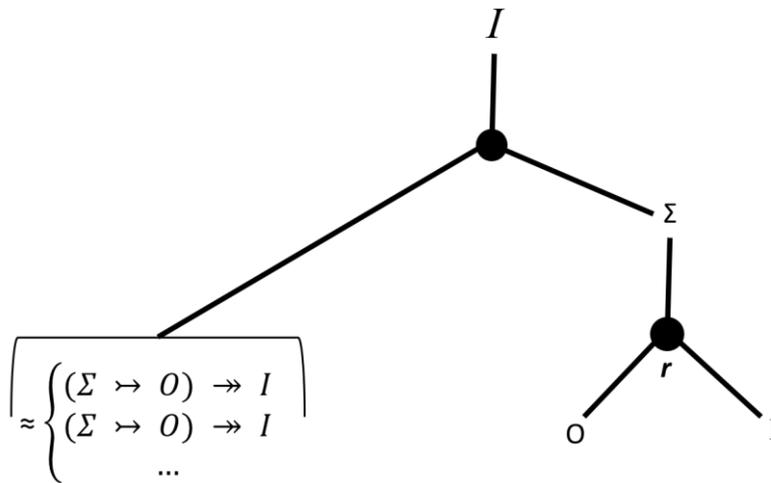


Figura 6.7. Condiciones mínimas ideales para la representación indexical.

Dada la relación de similitud de las diferentes instancias de $(\Sigma \rightarrow O) \rightarrow I$, se presentará también una relación de parecido entre las diferentes instancias de $(\Sigma \rightarrow O)$ para I , así que hay una semiosis icónica involucrada en las condiciones históricas de la semiosis indexical.

Hay dos fenómenos ampliamente estudiados en psicología del aprendizaje animal, que pueden ser vistos como instancias de lo que se muestra en la Figura 6.7; estos son los casos de condicionamiento pavloviano e instrumental. En el famoso experimento de Ivan Pavlov, la comida es un estímulo incondicionado que tiene las condiciones químicas tales de

producir una respuesta refleja incondicionada de salivación en un perro. Pero cuando se presenta el sonido de una campana antes de la presentación de la comida, de manera repetitiva, entonces el sonido de la campana se convertirá en un estímulo condicionado, que provocará la respuesta condicionada de salivación. Se puede decir, entonces, que el sonido de la campana se ha convertido en *signo* de la presentación de la comida, que sería su *objeto* y que la respuesta condicionada de salivación sería el interpretante del perro, en el sentido de que el perro como *interprete* anticipa la presentación de la comida.

En el caso del condicionamiento instrumental, se coloca a una paloma previamente privada de comida en una caja de Skinner. Las condiciones en la caja están definidas de tal manera que, si ante el encendido de una luz la paloma picotea sobre una tecla, entonces se abre una compuerta para que la paloma pueda acceder a la comida. En este paradigma experimental se dice que la luz actúa como un estímulo discriminativo, la respuesta de picoteo de la paloma hace parte de la conducta instrumental u operante y la comida es el estímulo reforzador. Se dice que la conducta de picoteo de la paloma es discriminativa, si la paloma aprende a picotear cuando la luz está encendida y a no picotear cuando la luz no está encendida. Este paradigma puede analizarse de tal manera que el estímulo discriminativo es *signo* de la disponibilidad de la comida, que es su *objeto*, y la conducta operante es el interpretante del *intérprete*, siendo este último, en este caso, la paloma.

En el condicionamiento pavloviano como en el instrumental, lo que actúa como Σ precede temporalmente y de manera confiable a la presencia del O , y luego del entrenamiento la respuesta del I es una muestra de la anticipación del O frente al Σ . Sin embargo, en ambos casos la relación de contigüidad temporal entre el Σ y el O puede ser rota, en un procedimiento que se llama *extinción*, en el cual se presenta el Σ repetidamente sin ser seguido por el O , lo cual produce que la respuesta condicionada o la respuesta instrumental vayan desapareciendo gradualmente. La principal diferencia entre los dos paradigmas para los psicólogos del aprendizaje consiste en que en la preparación pavloviana la comida (O) es inicialmente un antecedente causal de la respuesta condicionada, mientras que en el aprendizaje instrumental la comida (O) es un consecuente causal de la conducta operante. Así, la respuesta condicionada sería una anticipación respecto a O , mientras que la conducta instrumental provoca voluntariamente la presencia de O . Muchas veces se entiende que en el paradigma pavloviano se aprende una asociación estímulo-estímulo, es decir, una asociación

entre los estímulos condicionado e incondicionado; mientras que en el instrumental se aprende una asociación estímulo-respuesta, entre el estímulo discriminativo y la conducta instrumental. También se considera que el aprendizaje pavloviano es evolutiva y constitutivamente más simple que el instrumental, de manera que el segundo puede involucrar formas del primero. Sin embargo, lo que es común a ambos es que el aprendizaje es posible solo si se ha tenido una experiencia previa repetitiva a la relación de contigüidad $\Sigma \rightarrow O$, y por esa razón ambos tipos de aprendizaje son instancias de semiosis indexicales. Además, ambos aprendizajes involucran semiosis icónicas como se explicó previamente para la semiosis indexical en general.

Como se dijo en § 5.5, Peirce no ofreció ejemplos de semiosis en animales no-humanos, y se centró en casos humanos muy sofisticados. Sin embargo, hay una excepción. Cuando trata el tema de la *inferencia no controlada* para distinguirla de la que es controlada y sometida a la autocrítica, dice Peirce:

La inferencia no controlada a partir de la contigüidad, o *conexión experiencial*, es el más rudimentario de todos los razonamientos. Los *animales inferiores* así razonan. Un perro, cuando oye la voz de su amo, corre esperando verlo; y si no lo encuentra, manifiesta sorpresa, o, en todo caso, perplejidad.³⁷

Este ejemplo de Peirce parece acomodarse bien a un caso de aprendizaje instrumental, en el que la voz del amo actúa como estímulo discriminativo (Σ) para el perro (I) de la presencia del amo y el afecto que le proporciona (O). Dice Peirce que los casos de inferencia no controlada son aquellos que se realizan “bajo el gobierno descontrolado de la asociación”³⁸, y en este caso, la *asociación por contigüidad*. Sin embargo, curiosamente Peirce consideraba que la inferencia basada en la asociación por semejanza era un caso más complejo:

La *inferencia a partir de la semejanza* implica probablemente un mayor grado de *autoconciencia* que el que posee cualquiera de los brutos. Implica una atención un tanto constante a las *cualidades* como tales; y esto debe descansar en la capacidad para el *lenguaje*, si no en el lenguaje mismo. El hombre primitivo, sin embargo, razona de esta manera; pues

³⁷ 1893, *Grand Logic*, § 7, Inferencia no controlada. CP 7.445. Traducción y énfasis míos. Cf. 1893, *Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.454.

³⁸ *Ibid.*, CP 7.444.

la mitología se construye a partir de tales inferencias. Nuestros antepasados vieron algo parecido a un hombre en el sol, e incluso pudieron decir qué tipo de hombre era el dios del sol.³⁹

La inferencia basada en la semejanza sería entonces un caso intermedio entre la inferencia no controlada y la controlada. Pero Peirce la presenta ligada al lenguaje, y el ejemplo hace suponer que lo que tenía en mente son los casos de las metáforas. Esto muestra la dificultad que tenía Peirce para pensar casos de semiosis icónicas en niveles más elementales. Además, si la inferencia basada en la semejanza depende del lenguaje, al parecer involucraría semiosis simbólica, que haría más problemático establecer un tipo de relación jerárquica entre estas clases de semiosis.

Si se observa la taxonomía de 1903 (§ 4.3), se pueden establecer algunos paralelos entre los casos de aprendizaje pavloviano e instrumental y algunas de las clases de signos. La tercera y cuarta clase de signos son el *sinsigno indexical remático* y el *sinsigno indexical dicente*. Ambos se caracterizan porque un objeto de la experiencia directa actúa como signo, al estar en una relación existencial con el objeto que indica. La diferencia entre ambos está en que en el remático el interpretante consiste en tomar al signo como representando una cualidad, mientras que en el dicente lo toma como representando una existencia. Se podría considerar que la respuesta condicionada de salivación ante el sonido de la campana, en el condicionamiento pavloviano es una respuesta anticipatoria a las propiedades cualitativas de la comida como objeto. En cambio, la respuesta de picoteo de la paloma ante la luz se puede tomar como parte de una conducta en la cual la luz informa la disponibilidad de comida. Así, en términos gruesos se puede considerar a los casos de aprendizaje pavloviano e instrumental como casos de *sinsigno indexical remático* y *dicente*, respectivamente. Además, la observación de que el aprendizaje instrumental es evolutiva y compositivamente más complejo que el pavloviano también se corresponde con la idea de que en la taxonomía de 1903 el *sinsigno indexical dicente* es más complejo e involucra al *sinsigno indexical remático*. De manera semejante, se podría pensar que el reconocimiento perceptual de identidad y de clase, que vimos en la sección anterior como casos de semiosis icónica, entra dentro de la segunda clase de signo en la taxonomía de 1903, el *sinsigno icónico remático*.

³⁹ 1893, *Qualitative Logic*, Cap. 1, CP 7.455, traducción y énfasis míos. Cf. 1893, *Gran Logic*, § 7 Inferencia no controlada, CP 7.446.

Incluso, podría tomarse a la primera clase de signo, la del *cualisigno* como un caso cero, relativo a una experiencia sensorial simple, que se representa a sí misma, pero que finalmente está presente en todos los demás tipos de semiosis. Lo interesante es que, en la taxonomía de 1903 los diversos fenómenos semióticos se ordenan según su complejidad categorial, y cada uno se relacionaría con algún fenómeno mental, estableciendo una ordenación de los fenómenos mentales de acuerdo con su complejidad. De todas maneras, Peirce reconoció que la taxonomía de 1903 debía ser perfeccionada en muchos sentidos y de allí sus formulaciones posteriores (ver § 4.6). Sin embargo, hace parte del espíritu de la taxonomía y de esta propuesta la idea de que hay una relación estrecha entre la complejización de los fenómenos semióticos y los mentales.

Los más importantes psicólogos conductistas nunca consideraron los fenómenos de aprendizaje asociativo como tipos de fenómenos semióticos⁴⁰, e incluso evitaron hablar de los estímulos antecedentes como signos o señales, porque creían que esto involucraba una explicación mentalista. Quien hizo un mayor esfuerzo por relacionar la semiótica con la psicología conductual fue Charles Morris. Sin embargo, su mayor interés estuvo en explicar el lenguaje como conducta sígnica (*sign-behavior*)⁴¹ y no ofreció una explicación semiótica de los fenómenos de aprendizaje. En cambio, otros semióticos rechazaron ver en los fenómenos de aprendizaje asociativo casos de semiosis. Por ejemplo, Umberto Eco rechazó que se tomar al aprendizaje pavloviano como un fenómeno semiótico, porque el estímulo incondicionado actúa más como una señal que como un signo, dado que para él toda interpretación de signos requiere el dominio de algún código⁴². Fred Dretske tomó el caso del entrenamiento instrumental para explicar cómo ciertos estados internos de un sistema pueden adquirir una función indicadora y representativa de estados externos; aunque asumiendo una teoría representacional de la mente⁴³ (ver Cap. 3). T. L. Short consideró como casos de semiosis en animales algunos que bien encajan en el aprendizaje instrumental⁴⁴. La zoosemiótica de Thomas Sebeok se centró de manera importante en casos de comunicación animal⁴⁵. Sin embargo, muchos de estos casos no parecen involucra aprendizaje, sino

⁴⁰ Quizás la única excepción sea la teoría del *signo-gestalt* de Edward Tolman (1933). Sin embargo, esta es fue una aproximación no desarrollada sistemáticamente.

⁴¹ Morris, 1946/2003, Cap. 1.

⁴² Eco, 1973/1980, Cap. 1.

⁴³ Dretkse, 1981/1987.

⁴⁴ Short, 1981, 2007.

⁴⁵ Sebeok, 1996, Cap. 1.

respuestas de orientación a ciertos objetos a partir de ciertas señales indexicales que tienen un carácter más bien biológico, establecido por la evolución filogenética, y tal vez se puedan analizar mejor como casos pre-semióticos. Volveré sobre este punto en § 9.1.9.

Para aquellos más firmemente apegados a la formulación original de Peirce, puede haber dos objeciones contra la formulación de la Figura 6.7. La primera es que la relación entre Σ y O es tal que esta debería ser una relación causal, y segundo, que en esta relación causal O debería preceder a Σ de manera que Σ es el efecto causal de O . El ejemplo típico de Peirce respecto a la semiosis indexical es el de la veleta, cuya dirección es un indicador de la dirección del viento, que a su vez es la causa de su posición. Como dijo Thomas Sebeok, “el índice invierte la causalidad”⁴⁶. Se puede admitir que en las preparaciones de aprendizaje pavloviano e instrumental las relaciones estímulo condicionado-incondicionado y estímulo discriminativo-reforzador, no son relaciones causales, en el sentido de involucrar una ley de la naturaleza que gobierne dicha relación. Más bien, al contrario, estas son relaciones dispuestas artificial y arbitrariamente por el experimentador. En respuesta a estas objeciones habría que decir, primero, que previamente se había rechazado la posición de Dretske de que un efecto es por derecho propio un índice de su causa (Cap. 3), pues dado que todo en la naturaleza tiene una causa física previa, esto nos lleva a un pansemanticismo en el que la relación de representación es diádica y no triádica, porque no tiene en cuenta al intérprete. En segundo lugar, aunque para Peirce la conexión que debía haber en la semiosis indexical entre el Σ y el O debería ser una relación diádica genuina, real, cuya principal forma es una relación dinámica, él también reconoció que lo realmente relevante para el establecimiento de la semiosis es la exposición del sujeto a la relación de contigüidad entre Σ y O . Lo que es importante es que la conexión entre Σ y O sea independiente del intérprete. Si este no fuera el caso, ni siquiera se podrían establecer relaciones simbólicas, pues, como veremos en la siguiente sección, estas dependen de la relación indexical de un signo lingüístico arbitrario y su objeto, sin que medie una relación propiamente causal aquí, como admitía el mismo Peirce.

En cuanto al problema de la direccionalidad de la relación de contigüidad entre Σ y O , se puede decir que en casos como el de la veleta y muchos otros que involucran instrumentos que miden propiedades físicas, hay cierta cantidad de elementos

⁴⁶ *Ibid.*, p. 85.

convencionales y, por tanto, simbólicos involucrados en su uso. Así, por lo general, alguien nos enseña cómo interpretar una veleta, un reloj, un barómetro, etc. Serían demasiado excepcionales los casos en que alguien aprender a interpretarlos con la mera experiencia directa a ellos. Algo semejante ocurriría con aprender a interpretar los síntomas de una enfermedad. Más bien, en el caso de los instrumentos, alguien los diseñó para que representaran alguna propiedad física en el mundo, dada sus relaciones causales, y le dijo a los demás cómo interpretarlos. Esto claramente no ocurriría en los síntomas de enfermedades, pero lo más habitual es que en la historia de la medicina primero se tuvo experiencia con el síntoma (Σ) y luego se estableció cuál era su causa (O). Los casos de condicionamiento pavloviano e instrumental son procesos de aprendizaje asociativo muy básicos, que se ubican en una escala filogenética relativamente baja en el reino animal. Está muy bien establecido que en el aprendizaje pavloviano el condicionamiento ocurre cuando el estímulo condicionado precede temporalmente al incondicionado y que, si es simultáneo o posterior, el aprendizaje difícilmente se presenta. En el aprendizaje instrumental ocurre algo semejante. Esto sugiere que los casos más simples de indexicalidad requieren que el signo preceda al objeto, y si ocurren semiosis indexicales determinadas por la exposición a instancias en las que el signo sigue al objeto, es porque ocurren procesos semióticos más complejos.

6.6 SIMBOLISMO, COMUNICACIÓN Y RAZONAMIENTO

Peirce dijo varias cosas acerca de la semiosis simbólica. Los símbolos son signos que representan a su objeto por una relación de convencionalidad. El caso prototípico es el de los signos lingüísticos. El símbolo es un signo general, que se instancia en réplicas. De acuerdo con Peirce, es el único signo que participa de una relación triádica genuina, en el que la relación entre el Σ y el O es triádica, pues es mediada por el interpretante, o mejor, en mi propuesta, por la acción de I . Esta última posición ya la he rechazado atrás en § 6.2, y luego presentaré una reinterpretación de ella. También hay que destacar que las propiedades de convencionalidad y generalidad no siempre coinciden. Puede haber signos convencionales cuyo significado no es general, como los nombres propios o expresiones deícticas. Esto motivó a que en la taxonomía de 1903 se distinguiera entre legisigno y símbolo, de tal manera que pudiesen haber legisignos icónicos e indexicales. La generalidad es importante para Peirce, porque es la que permite la predicación en las proposiciones y el razonamiento. Los

símbolos significan sus objetos por una regla convencional, pero Peirce no ofreció un análisis de la convencionalidad. A veces menciona que el símbolo es un signo inmotivado, su relación con el objeto no se da por una similitud ni tampoco una conexión dinámica con dicho objeto. La conexión es más bien impuesta, estipulada y contingente, por lo que es arbitraria. La convencionalidad sería una condición necesaria y al parecer suficiente para la arbitrariedad; y tanto la convencionalidad como la arbitrariedad parecen ser condiciones necesarias para la generalidad, aunque no parecen ser suficientes, y Peirce tampoco parece haber ofrecido elementos para completar esta suficiencia. Simplemente la destaca como parte del significado pragmaticista de los conceptos y la considera un requisito para el razonamiento.

¿Cuáles son las condiciones mínimas ideales de la representación simbólica? A primera vista, serían aquellas involucradas en la adquisición del lenguaje. Pero aparece aquí una complicación importante, que no se presentaba en las semiosis icónica e indexical. La adquisición del lenguaje ocurre dentro de interacciones comunicativas por cuenta propia. Involucran la acción de alguien, de una persona, que intenta poner en relación al bebé con algo a través de signos lingüísticos. El problema es que la relación comunicativa es una relación tetrádica, que podría describirse como: “ P comunica O a I a través de Σ ”, donde P es la persona adulta que emite el signo, con una intención comunicativa sobre el intérprete, que en este caso es el bebé. Los cuatro elementos de la relación tetrádica de comunicar son: quién comunica, qué comunica, a quién se lo comunica y a través de qué lo comunica (Figura 6.8a). Pero como todo relator tetrádico, podemos descomponerlo en relaciones triádicas. Pienso que la relación tetrádica de comunicación se puede considerar compuesta, al menos, de dos relaciones triádicas de representación: “ Σ representa O para P ”, “ Σ representa O para I ”, que podemos diagramar como se presentan en la Figura 6.8b. Esto no excluye que en la composición de la relación de comunicación participen otras relaciones.

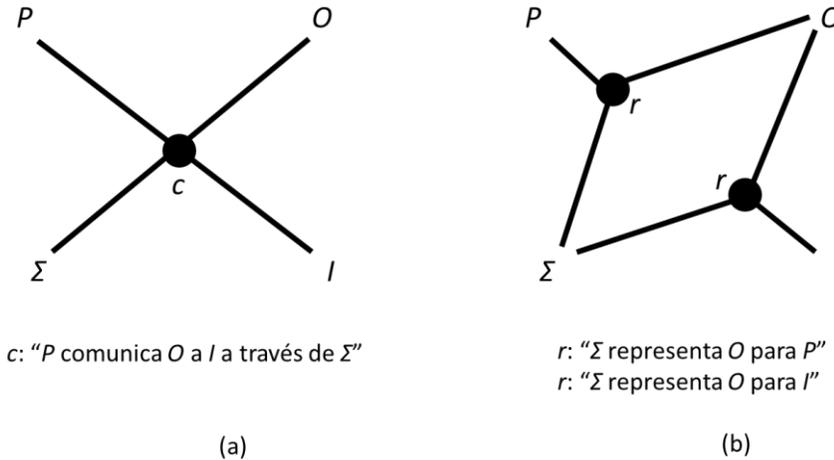


Figura 6.8 La comunicación como relación tetrádica y su composición

Como puede observarse, hace parte de la composición de la relación de comunicación lingüística el hecho de que el signo sea ya significativo tanto para el emisor, en este caso el adulto (P), como para el receptor o el niño (I). Además, la relación de comunicación se puede dar en el sentido contrario, siendo el niño quien actúe de emisor. Aunque es el caso de que la relación de comunicación lingüística hace parte de la historia semiótica que determina a la semiosis simbólica, no podemos colocarla como *explanans*, porque ya asume su *explanandum*. Sin embargo, la relación de comunicación lingüística no es algo que ocurra de una manera completa desde el principio, sino que se desarrolla, y para ello debemos observar cómo se estructura.

Las investigaciones en psicología del desarrollo han mostrado que antes de que se presente un repertorio de comunicación lingüística, primero se desarrolla un repertorio de comunicación pre-lingüístico, el cual está dominado por el uso de movimientos y gestos, como señalar, que tienen un carácter principalmente indexical⁴⁷. En un primer caso, el adulto mueve su cuerpo, dirige su mirada, señala y acerca objetos al campo visual del niño, dirigiendo su atención al objeto en cuestión. Voy a usar el símbolo “ \Rightarrow ” para la relación de *determinar*. Aquí por “determinar” se quiere decir que el adulto (P) establece las

⁴⁷ Estas interacciones comunicativas prelingüísticas se desarrollan en el primer año, y consisten en cosas como la coordinación de la mirada, la comprensión y el uso del gesto señalador; y, en general, el desarrollo de una referencia conjunta entre el cuidador y el niño hacia un mismo objeto, a partir de formas de indicación deíxis y denominación (Owen, 2003, Cap. 6). De esta manera, se desarrolla lo que algunos han llamado el “esquema triádico único” o relación cuidador-objeto-bebé, que constituiría el comienzo de la intencionalidad en los infantes (Mariscal, 2008, §§ 2-3).

circunstancias para que se presente la relación en cuestión. Se podría entonces caracterizar estas primeras interacciones como $P \Rightarrow [(P \rightarrow O) \rightarrow (O \rightarrow I)]$, es decir, “el adulto determina que del adulto se sigue el objeto, de lo cual se sigue que el objeto afecta sensorialmente al bebé”. Estas interacciones generalmente van acompañadas de vocalizaciones por parte del adulto; pero no será hasta que el bebé comienza el proceso de *segmentación del habla* en unidades discretas⁴⁸, que la interacción anterior adquiere la forma de $P \Rightarrow [(\Sigma \rightarrow O) \rightarrow (O \rightarrow I)]$. De esta manera, se va desarrollando un repertorio inicial de *comprensión* del lenguaje. Se puede decir que este primer repertorio de comprensión del lenguaje constituye la forma en que los primeros signos lingüísticos adquieren significado para el bebé. Esto lo podemos representar tal y como muestra en la Figura 6.9.

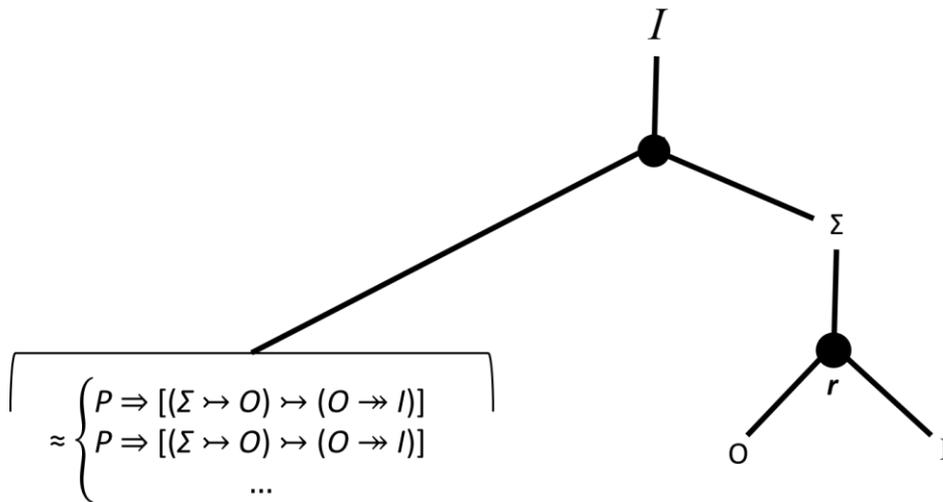


Figura 6.9. Condiciones mínimas ideales para la semiosis lingüística.

El significado inicial asociado a la comprensión del lenguaje se obtiene a través de una semiosis esencialmente indexical, acompañado de una semiosis icónica, por la reiteración de las relaciones indexicales. Es bien sabido que el repertorio de comprensión lingüística surge primero, hacia el final del primer año de vida; pero hacia la segunda mitad del segundo, los bebés comienzan a presentar su repertorio inicial de producción lingüística⁴⁹. Sin embargo, ellos previamente presentan interacciones comunicativas pre-lingüísticas como emisores. Estas interacciones son también promovidas por los adultos, quienes acercan

⁴⁸ Hacia el final del primer año de vida, los bebés comienzan a distinguir palabras sueltas respecto a la corriente del habla (Owen, 2003, Cap. 7).

⁴⁹ *Ibid.*

objetos ante las acciones de los bebés y actúan sobre tales objetos. Más adelante, los bebés tendrán la iniciativa en ellas, a través de conductas como señalar o realizar ciertas vocalizaciones, que podemos caracterizar como: $P \Rightarrow [(I \rightarrow O) \rightarrow (O \rightarrow P)]$. Cuando se presenta propiamente el repertorio de producción del lenguaje, tomará la forma de $P \Rightarrow [(I \rightarrow \Sigma) \rightarrow (O \rightarrow P)]$. Este repertorio de producción del lenguaje también influirá en el significado de los signos lingüísticos, porque será confirmatorio del repertorio previo de comprensión y delimitará mejor el uso de las palabras, a partir de su corrección por parte de los adultos. A partir de la conjunción de los repertorios de comprensión y producción⁵⁰, el niño podrá ser un hablante competente en interacciones comunicativas lingüísticas, siendo emisor en la relación “ I comunica O a P a través de Σ ” como se muestra en la Figura 6.10.

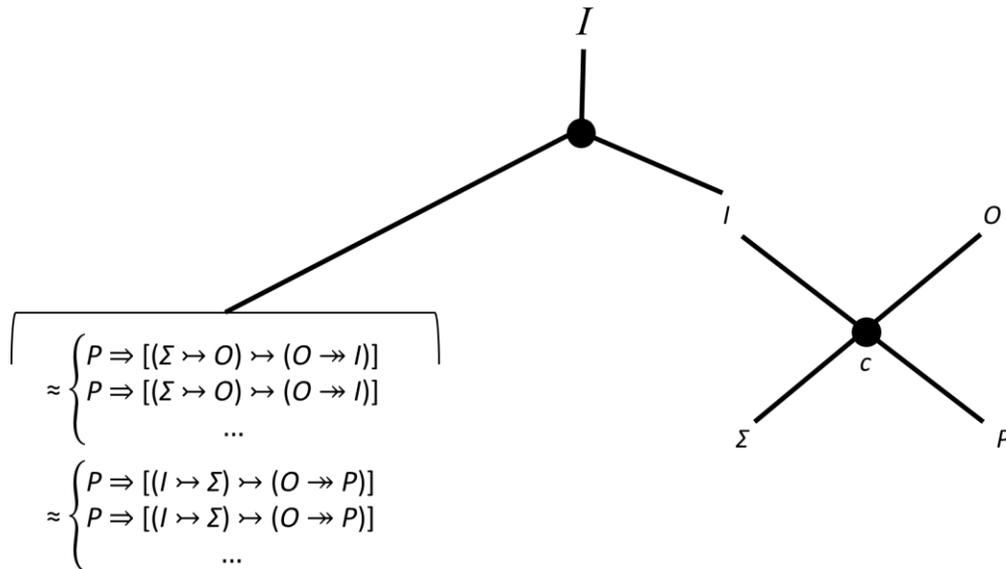


Figura 6.10. Condiciones mínimas ideales para la comunicación lingüística

En la caracterización que he presentado, las relaciones indexicales que llevan al desarrollo inicial de la relación de representación están determinadas por P . Aquí he tomado P genéricamente como *personas*, para representar a los cuidadores adultos que introducen al bebé en las interacciones lingüísticas. Sin embargo, P puede tomarse también como una

⁵⁰ Hacia los 18 meses de vida se presenta lo que se ha denominado la “explosión de vocabulario”, en la que el bebé presenta un incremento repentino en su repertorio de producción del lenguaje (Mariscal, 2008; Owen, 2003, Cap. 7). Algunos han sugerido que es como si el bebé “se diera cuenta” que los repertorios de comprensión y producción no son independientes, sino que están coordinados.

referencia colectiva a la *comunidad lingüística*. Cuando Peirce caracterizó a la semiosis simbólica como aquella en la cual ocurre una relación triádica genuina, en la que la relación entre Σ y O es impuesta como una regla, él consideraba que dicho nexo era establecido por el interpretante. Esto tiene algún sentido si se considera que alguien que ya es un usuario competente del lenguaje tiene un tipo de hábito o disposición a interpretar los signos lingüísticos de cierta manera. Pero tener ese tipo de disposición es algo también presente en las semiosis icónica e indexical, como se ha visto en las secciones anteriores. Sin embargo, usualmente no es el intérprete quien establece el lazo entre Σ y O , a menos de que él lo invente, lo cual es bastante excepcional. Ese lazo es más bien impuesto, promovido y sostenido por P . Esto no quiere decir que los adultos que están en una relación directa con el bebé son quienes inventaron el nexo entre Σ y O ; sino que ellos son representantes de su comunidad lingüística, para la que dicho nexo tiene por lo general una existencia previa desde generaciones atrás. Por lo tanto, se puede decir que P es el mediador de la relación entre Σ y O , y que la relación entre el signo y el objeto es una relación triádica. Así, mientras que la semiosis icónica depende de la relación entre el signo y alguna cualidad que comparte con el objeto, y la semiosis indexical depende de la relación diádica existencial entre el signo y el objeto, en la semiosis simbólica la relación es triádica porque es mediada por P . En la Figura 6.11 se muestra cómo difieren las relaciones entre los signos y sus objetos para cada tipo de semiosis. En todos los casos la relación semiótica es genuinamente triádica, y más bien es la relación entre el signo y el objeto la que ha de caracterizarse como una relación monádica, en el caso del ícono; diádica, en el caso del índice y triádica en el caso del símbolo:

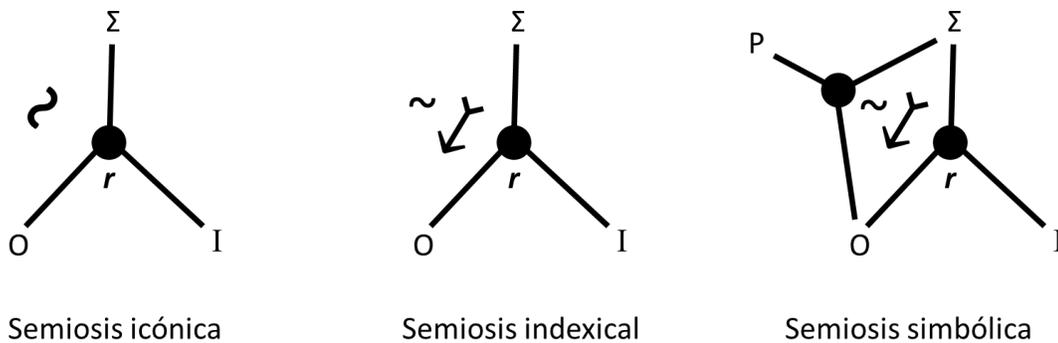


Figura 6.11. Relaciones signo-objeto en cada tipo de semiosis

Una objeción que se puede presentar contra de las formulaciones de las Figuras 6.9 y 6.10 es que en la historia semiótica está P , que al final consiste en personas para quienes los signos lingüísticos ya tienen un significado y ya se cumple la relación de representación, lo cual haría a la explicación circular. En respuesta a esto, se puede decir que lo que se está buscando explicar aquí es la relación de representación relativa al intérprete, que en este caso es el infante que está adquiriendo el lenguaje, y dicha relación no está incluida en el *explanans* de la izquierda. Esta no pretende ser una explicación del origen del significado en general dentro de una comunidad, sino de la semiosis como un hecho particular, en este caso asociado a un individuo para quien originalmente no se presenta. Por lo tanto, no se incurre en circularidad. Por otra parte, algunos filósofos, principalmente Quine y Davidson, objetaron que el significado se pudiera fundamentar en la convencionalidad, porque las relaciones convencionales se basan en acuerdos, que involucran procesos comunicativos y significativos, lo que hace a la explicación convencionalista circular⁵¹. David Lewis buscó ofrecer una explicación no circular del origen de la *convencionalidad* basada en la teoría de los juegos cooperativos⁵². Desafortunadamente el análisis de Lewis involucra una aceptación de la teoría griceana de las intenciones comunicativas del hablante para la comprensión de las enunciaciones lingüísticas; posición que será rechazada más adelante (§ 7.1). De manera semejante, el análisis del significado de Davidson supone que a pesar de que las enunciaciones se refieran a cosas en el mundo, su comprensión supone la interpretación de un estado de creencia en el emisor⁵³ (ver § 8.5). Hay que considerar que los análisis de Quine y Davidson se acompañan de un escepticismo del significado, y en particular, a su identificación con las *proposiciones* como entidades ideales en sentido fregeano. Pero, el análisis relacional del significado ofrecido aquí, hace injustificable dicho escepticismo. Además, en este análisis el carácter convencional del significado se fundamenta sobre relaciones icónicas e indexicales más básicas, que permiten evitar la circularidad señalada.

La convencionalidad de la relación simbólica es dada por el hecho de que el lazo entre Σ y O es dependiente de la comunidad lingüística P en cuestión. Debido a esta dependencia, el lazo es arbitrario, pues como dice Peirce, y otros como Ferdinand de Saussure, los signos

⁵¹ Quine, 1936; Davidson, 1982. Cf. García Suarez, 1999.

⁵² Lewis, 1969, 1975.

⁵³ Moya, 1992.

lingüísticos son inmotivados⁵⁴; y como ya lo había dicho Aristóteles⁵⁵, cada pueblo usa palabras diferentes para la misma cosa. *P* puede variar en su tamaño e influencia de tal manera que determine un lenguaje, un dialecto o un sociolecto. Así, puede ser el caso de que en la comunidad *P* el signo lingüístico Σ significa *O*, pero en la comunidad lingüística *P'*, el mismo signo Σ significa *O'* o no signifique nada. En consecuencia, la convencionalidad parece ser condición necesaria y suficiente para la arbitrariedad. Sin embargo, ¿es la arbitrariedad suficiente para la generalidad requerida por los *símbolos*? En la clasificación de los signos de 1903 de Peirce, los nombres propios y pronombres personales entrarían en la clase de los *legisignos indexicales remáticos*⁵⁶. Dice Peirce de los nombres propios que cuando se escucha por primera vez un nombre propio, este actúa como un índice genuino, dada su conexión existencial con lo nombrado, pero “[l]a siguiente vez que uno lo encuentra, lo considera como un Ícono de ese Índice.”⁵⁷ Pero más adelante reconocerá que “un nombre propio no es un símbolo. La primera vez que lo escucha, es un Índice. Luego el hábito lo convierte en un legisigno pero siempre se mantiene como un Índice.”⁵⁸

Hasta ahora he tratado de interacciones comunicativas lingüísticas referenciales, que tienen un carácter indexical, y que involucran generalmente la presencia del objeto. Sin embargo, el lenguaje humano es un sistema de signos con propiedades muy especiales⁵⁹. Una de las más básicas es que el lenguaje humano es en principio un lenguaje hablado. Emitimos sonidos articulados a través de nuestro sistema fonador, que se expanden en todas direcciones y que recibimos a través de nuestro sistema auditivo, el cual tiene la capacidad de identificar la dirección de la fuente del sonido⁶⁰. El hecho de que el lenguaje sea hablado tiene la

⁵⁴ Hay que señalar que Saussure rechazó usar la palabra ‘símbolo’ aplicada al signo lingüístico, porque según él: “El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. El símbolo de la justicia, la balanza, no podría reemplazarse por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo.” (1916/1945, p. 94) Es decir, Saussure atribuyó al *símbolo* características de lo que para Peirce son los íconos. En cambio, lo característico de los signos lingüísticos es el lazo arbitrario entre significante y significado (*Ibid.*, Parte I, Cap. I, § 2). Este uso de la palabra símbolo ha sido frecuente en la tradición estructuralista y el psicoanálisis (Carontini & Peraya, 1975/1979, Cap. 2; Moore & Fine, 1990/1997, pp. 386-388). Para efecto de este trabajo, lo que desde la tradición estructuralista se dice acerca del signo lingüístico voy a tomarlo como parte del símbolo, en el sentido peirceano.

⁵⁵ Aristóteles, 1988, Introducción.

⁵⁶ Bellucci, 2018, pp. 270-271. Cf. Peirce, 1903, *MS 540*, OFR2.21, p. 370.

⁵⁷ 1903, *MS 478*, OFR2.20, p. 360.

⁵⁸ 1904, *Carta a Ladd Franklin*, citada por Bellucci, 2018, p. 271.

⁵⁹ Los lingüistas hablan del lenguaje humano, su objeto de estudio, como aquellas propiedades comunes a las lenguas naturales humanas (Lyons, 1968/1981, Cap. 1). El lenguaje tiene varias propiedades muy distintivas y especiales, muchas de ellas recogidas en la famosa lista de Charles Hockett (1961). La argumentación que sigue se apoya en ellas.

⁶⁰ Una característica importante de que el sistema de comunicación se presente a través de un canal vocal-auditivo es que las unidades lingüísticas son *discretas* y no continuas. A través de nuestro sistema fonador articulamos sonidos bastante bien distinguibles, y nuestro sistema auditivo tiene un sesgo perceptual que le permite distinguir fonemas como unidades discretas a pesar de que exista continuidad entre sus propiedades físicas. A esto se le llama *conciencia fonológica*.

consecuencia de que el sistema lingüístico es portable para nosotros, podemos llevarlo a donde queramos y emitirlo en cualquier lugar y posición. Esto permite que el nexo espacio-temporal entre el signo y el objeto pueda ser bastante flexibilizado, de tal manera que se pueda hablar del objeto con una distancia espacio-temporal más o menos amplia respecto a él. Los niños pequeños presentan dificultades importantes para responder diferidamente al objeto frente a los signos de los adultos, y se podría decir que buena parte de lo que involucra el desarrollo cognitivo consiste en el desarrollo de estrategias para lidiar de formas cada vez más eficaces con distancias espacio-temporales cada vez mayores entre los signos lingüísticos y sus referentes. Pero incluso, aún de adultos esto nos causa problemas y tenemos que apelar a agendas, alarmas, notas y otros medios auxiliares, todos ellos como mediadores semióticos, para ayudarnos a responder diferidamente a los objetos. Cuando el lenguaje se hace escrito, los signos lingüísticos pueden ser portables por soportes físicos independientes de sus hablantes, de manera que se permiten formas mucho más variadas y flexibles de mediación de la relación con los objetos. La portabilidad del lenguaje se relaciona también con el paso de lo que Alexander Luria llamó un *lenguaje simpráxico*, o ligado a la práctica concreta, a un *lenguaje sinsemántico*, en el que las palabras adquieren una *referencia objetal*, que se independiza de las situaciones concretas de uso del lenguaje⁶¹.

Sin embargo, el lenguaje no es un mero agrupamiento de signos arbitrarios referenciales, sino que estos se organizan en un sistema bastante intrincado. Tal vez quienes mejor destacaron esta propiedad han sido los lingüistas de la escuela estructuralista inaugurada por Ferdinand de Saussure. Él presentó al lenguaje como un sistema sincrónico de signos lingüísticos, los cuales se relacionan holísticamente, de tal manera que el *valor* de un signo lingüístico depende de las relaciones en las que se encuentra con respecto a los demás⁶². Esas relaciones se presentan en dos ejes. En un primer eje horizontal, llamado eje *sintagmático*, las unidades lingüísticas se combinan secuencialmente en la cadena oral, que se extiende temporalmente. En dicha cadena, cada unidad se relaciona con las demás unidades *in praesentia*, en un nivel superior de estructura oracional. En la oración, las unidades menores se relacionan jerárquicamente entre sí, por su estructura sintáctica, y cada una adquiere la

⁶¹ Luria, 1979/2000, Cap. 2.

⁶² Saussure, *Op. Cit.*, Parte II, Capítulo V.

función de una categoría gramatical⁶³. Podemos representar cada oración o unidad superior semejante con la denominación “ $\Sigma\Sigma$ ”. Sin entrar en mayores polémicas, diremos que aquello que una oración representa es algún *estado de cosas*, que representaremos como “*OO*”. Por lo tanto, es posible establecer relaciones como que “ $\Sigma\Sigma$ representa a *OO* para *I*”, en las que las oraciones refieren o describen estados de cosas. La gramática de una lengua impone restricciones respecto a cómo se pueden combinar las categorías gramaticales, de tal manera que se produzcan oraciones gramaticalmente correctas en una lengua. Pero dadas las categorías léxicas (sustantivo, verbo, adjetivo, preposición, etc.) y la cantidad de palabras que pertenecen a ellas⁶⁴, la cantidad de oraciones posibles gramaticalmente correctas en una lengua es prácticamente ilimitada. Sin embargo, el lenguaje no se convierte para los niños en un mero medio de producción de oraciones gramaticalmente correctas al azar, sino que este sólo se hace comprensible si está en una relación tal con los estados de cosas que describe que hay cierta relación de isomorfismo entre la estructura de la oración y la estructura de los estados de cosas descritos. La estructura de los estados de cosas puede ser espacial, temporal, causal o todas a la vez, mientras que la estructura gramatical de las oraciones refleja de alguna manera dicha estructura para poder describirla. Este no es un isomorfismo estrictamente icónico, sino convencional, como lo muestra el hecho de que diferentes lenguas naturales tienen diferentes gramáticas para expresar hechos semejantes. Sin embargo, hay elementos icónicos e indexicales que entran en su establecimiento, como la reiteración de ciertas estructuras oracionales asociadas a la estructura de ciertos estados de cosas. Esta es una manera en que se podría entender la *teoría pictórica* de la representación lingüística en el *Tractatus* de Wittgenstein⁶⁵. Ahora bien, la pertenencia de una palabra a una categoría gramatical determina de forma importante su significado conceptual, delimitando también la categoría ontológica de su referencia. Por ejemplo, los nombres propios hacen referencia a substancias individuales, los sustantivos comunes a clases, los verbos se refieren muchas veces a eventos, los adjetivos y adverbios a propiedades, las preposiciones a relaciones,

⁶³ Se le llama primer nivel de articulación a la combinación de unidades lingüísticas con significado, para crear otras unidades mayores con significado, como la combinación de palabras para producir oraciones. Un segundo nivel de articulación es la combinación de unidades sin significado, para generar unidades con significado, como de los fonemas a las palabras. Martinet (1971) proponía que esta *doble articulación* es la propiedad más característica del lenguaje humano.

⁶⁴ En gramática generativa se distingue entre *categorías léxicas* y *categorías funcionales*. Las primeras tienen un significado léxico y muchas palabras para ser seleccionadas en una posición; mientras que las segundas no tienen significado léxico y las palabras a seleccionar son muchas menos, como en el caso de la categoría de *determinante*.

⁶⁵ Wittgenstein, 1922/2009.

etc.⁶⁶ Finalmente, las relaciones sintagmáticas entre las unidades léxicas de un lenguaje determinan las capacidades combinatorias de una lengua para producir las oraciones como unidades mayores, y esto permite dar cuenta de las propiedades de *productividad* y *sistematicidad* del lenguaje (y el pensamiento) postuladas por Fodor, sin necesidad de apelar a un sospechoso lenguaje del pensamiento (§ 3.2).

El segundo eje en el que se relacionan las palabras como un sistema es lo que Saussure llamó el eje *asociativo* y que Hjelmslev denominó como eje *paradigmático*⁶⁷. Este es un eje vertical, en el que las palabras se relacionan entre sí *in absentia*, es decir, como unidades que podrían ser sustituibles en una misma posición dentro de una cadena fónica. Las relaciones asociativas involucradas son de diverso tipo. La palabra “enseñanza” puede asociarse por similitud fonológica a cualesquiera otras palabras iniciadas con “enseña” o terminada con “-anza”. Pero la raíz también se asocia por su significado a palabras como “enseñó”, “enseñas”, “enseñaríamos”, etc. Y desde un punto de vista semántico, la palabra se relaciona con “estudio”, “docencia”, “educación”, etc.⁶⁸. En la tradición de la lingüística estructuralista, estas relaciones semánticas se han estudiado de diferente manera. Una perspectiva es el *análisis sémico o componencial*, en el que el significado de una palabra se compone de varios *semas* que se refieren a rasgos distintivos. En el clásico estudio de Pottier, ‘silla’, ‘sillón’, ‘taburete’, ‘sofá’, etc., comparten el archisema *asiento*, mientras que tienen como rasgos diferenciadores el hecho de si tienen o no brazos, respaldo, si es individual o compartido, el número de patas, etc. Por lo tanto, diferentes palabras hacen referencia a diferentes objetos, y su significado refleja las relaciones entre tales objetos de manera que se pueden establecer ciertas relaciones de equivalencia y sustitución respecto a algunos rasgos comunes⁶⁹. Una segunda perspectiva es el estudio de las llamadas *relaciones léxico-semánticas* entre palabras. Por ejemplo, en la tipología de Lyons, las palabras se relacionan semánticamente entre sí por sinonimia, antonimia, hiponimia, incompatibilidad, reciprocidad e inversión⁷⁰. Estas relaciones léxico-semánticas reflejan las relaciones lógicas de las clases de objetos

⁶⁶ Sin embargo, la posición que propongo no exige necesariamente un universalismo con respecto a la relación entre categorías gramaticales y ontológicas. Es posible que lenguas diferentes tengan gramáticas con categorías diferentes, que correspondan con categorías ontológicas diferentes, lo cual estaría de acuerdo con el *Relativismo Lingüístico*. Así, a pesar de que en § 6.4 defendí la posición de un mundo de clases y procesos naturales, creo que esto es compatible con el hecho de que pueda haber cierto relativismo lingüístico y conceptual para describirlo.

⁶⁷ Saussure, *Op. Cit.*, Parte II, Cap. V; Hjelmslev, 1943/1971, Caps. XI, XVI-XVII.

⁶⁸ Saussure, *Op. Cit.*

⁶⁹ Pottier, 1968.

⁷⁰ Lyons, 1968/1981, Cap. 10.

significadas por las palabras; pero permiten que entre las palabras se establezcan conexiones lógicas y estas se hagan interdefinibles entre sí. Finalmente, está el estudio de los llamados *campos semánticos*, que trata de la manera como grupos de palabras se asocian entre sí de acuerdo con la contigüidad de los objetos que representan, y que determinan la manera como una palabra evoca a otra⁷¹. Por ejemplo, podemos hablar del campo semántico de los utensilios de mesa (plato, cuchara, tenedor, cuchillo, vaso, mantel, servilleta, etc.) o animales de granja (gallina, pollos, pavo, cerdo, cabra, vaca, caballo, etc.).

Las relaciones sintagmáticas permiten que las palabras adquieran un perfil categorial que determina la manera como pueden ser combinadas con otras palabras para describir estados de cosas, mientras que las relaciones paradigmáticas delimitan su significado de acuerdo con las relaciones semánticas con otras palabras. De esta forma, las palabras se hacen interdefinibles y se relacionan en un sistema holístico que se puede sostener con independencia del mundo extralingüístico. Denominemos al conjunto del lenguaje como el sistema de signos lingüísticos en relaciones sintagmáticas y paradigmáticas como Σ^* . Lo que es importante destacar aquí es que una parte importante del significado de las palabras será determinado por Σ^* , con independencia del mundo extralingüístico, de tal manera que es posible afirmar que $\Sigma^* \Rightarrow (\Sigma\Sigma' \leftrightarrow \Sigma)$ así que un signo lingüístico particular Σ se hace equivalente a un conjunto de signos $\Sigma\Sigma'$, y por lo tanto se hace posible que si I pertenece a P y P a su vez determina que $\Sigma^* \Rightarrow (\Sigma\Sigma' \leftrightarrow \Sigma)$, entonces es posible que “ Σ representa a $\Sigma\Sigma'$ para P ” y a su vez “ $\Sigma\Sigma'$ representa Σ para I ”, como se muestra en la Figura 6.12. Cuando las palabras pertenecen al Σ^* tiene tal grado de abstracción y generalidad, que pueden involucrarse en relaciones inferenciales abstractas, que permitan el razonamiento en un nivel tal que puede ser dirigido por reglas sin ninguna referencia a objetos concretos particulares, aunque si a cualquier conjunto posible de objetos en el mundo, o incluso en un mundo imaginario. De este modo también se hace posible el razonamiento lógico y científico.

⁷¹ P. ej., Coseriu, 1981.

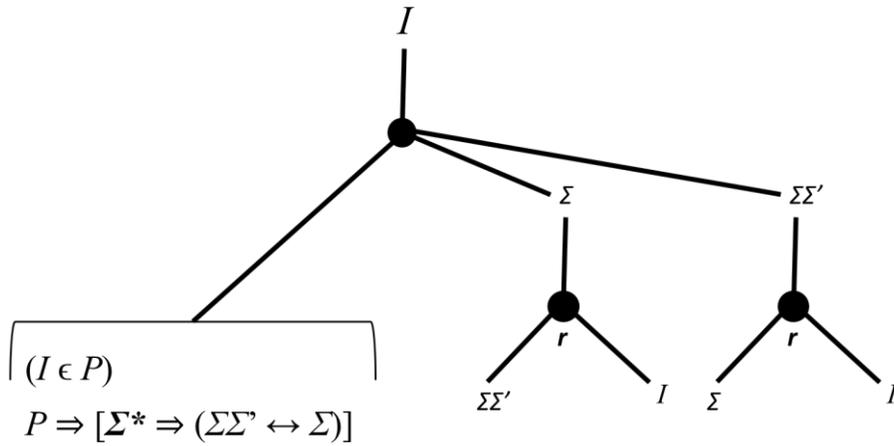


Figura 6.12. Condiciones mínimas ideales para la representación simbólica

6.7 BALANCE

En este capítulo he intentado ofrecer la teoría de una *semiótica naturalista*. Para poderlo hacer, he tenido que abandonar la posición peirceana de la semiótica como ciencia normativa y he reformulado la semiótica como una ciencia descriptiva y explicativa, como parte de las ciencias naturales. Su objeto de estudio es la *semiosis*, como relación triádica entre el signo, el objeto y el intérprete. He abandonado la noción de *interpretante* como tercer correlato de la relación, debido a que no se puede conceptualizar independientemente de la relación de representación. Para poder explicar la semiosis, ha sido necesario distinguir entre semiosis actual e historia semiótica. Se ha representado la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual también como una relación triádica, mediada por el intérprete, en cuanto es un sujeto capaz de adquirir hábitos. Esta semiótica naturalista ha tomado la forma de una teoría ideal del desarrollo semiótico, dándole una nueva forma a la idea peirceana de que hay tres tipos básicos de semiosis según la manera como los signos se relacionan con objetos: icónica, indexical y simbólica, y que ellas están relacionadas entre sí de manera jerárquica. Esta teoría del desarrollo semiótico estudia las condiciones mínimas ideales en que se presentan diferentes tipos de semiosis, cubriendo a la vez diferentes fenómenos mentales. La semiosis puramente icónica sería co-extensiva con los fenómenos de reconocimiento perceptual de objetos y clases. Para fundamentar la semiosis icónica ha sido necesario ofrecer una explicación de las relaciones de similitud y parecido como relaciones reales, basadas en las propiedades y cualidades compartidas de las clases naturales y artificiales. La semiosis

puramente indexical ha sido vinculada a los fenómenos de aprendizaje asociativo pavloviano e instrumental. Finalmente, se ha dado cuenta de las semiosis simbólicas revisando los procesos involucrados en la adquisición de repertorios comunicativos y del lenguaje. Se ha mostrado cómo inicialmente las palabras adquieren un significado referencial, pero gracias a la forma como ellas se relacionan holísticamente entre sí en el sistema lingüístico, ellas van adquiriendo un tipo de abstracción, generalidad e independencia en su referencia al mundo extralingüístico, que permite las operaciones de razonamiento lógico. Se debe destacar que esta explicación de la relación de representación en la semiosis actual ha apelado a relaciones sub-representacionales en la historia semiótica, como la relación de parecido, para el caso de la semiosis icónica y la relación de contigüidad temporal en la semiosis indexical, y se ha explicado la adquisición del lenguaje apelando a ellas. También debe resaltarse el papel que se le ha dado a la comunidad lingüística y la convencionalidad en la determinación de las relaciones simbólicas.

En cuanto a los problemas de la formulación de Peirce observados en el capítulo anterior, podemos decir lo siguiente. Respecto al problema del conocimiento del objeto, la formulación presentada aquí supone que hace parte de las condiciones para la semiosis el hecho de que exista un contacto sensoperceptual previo directo con el objeto, al menos en las semiosis icónica e indexical, y en la semiosis simbólica inicialmente. Sin embargo, queda aún pendiente el asunto de si es posible el conocimiento de un objeto absolutamente determinado, que diferiré para el próximo capítulo (§ 7.4). En segundo lugar, dado que no se reconoce la semiosis infinita, en parte porque se rechazó la idea de tomar al interpretante como tercer correlato de la relación de representación, se evita el problema de la indeterminación del significado. Tercero, quizás el asunto en el que esta explicación hace más la diferencia respecto a la formulación peirceana está en evitar el papel mediador del interpretante o del intérprete en la relación de representación. Se ha separado a la semiosis actual como *explanandum* y a la historia semiótica mínima ideal como *explanans*, procurando que el primero no entre en el segundo, en cuanto que lo que se busca establecer son las condiciones mínimas para que una semiosis actual determinada ocurra por primera vez. Cuarto, la formulación ha buscado ofrecer una caracterización de las semiosis icónicas e indexicales puras, libres de sesgos lingüísticos y lógicos. Quinto, relacionado con lo anterior, la teoría propuesta no requiere basarse en sospechosos procesos de asociación de ideas, que

ocurren en la conciencia y ni siquiera en algún proceso psicológico, sino que al contrario se propone como el fundamento detrás de diferentes fenómenos mentales, desde el reconocimiento perceptual hasta el razonamiento lógico. En sexto lugar, esta explicación no se ha apoyado especialmente en la teoría de las categorías, aunque si completamente en la teoría de relativos de Peirce, la cual se ha asumido enteramente. Finalmente, tampoco se ha adoptado el idealismo objetivo de Peirce, aunque si un realismo respecto a las propiedades y clases naturales. También se ha asumido una forma muy débil de fisicalismo, por la cual se considera que los fenómenos semióticos son fenómenos físicos, pero no solo eso, pues están estructurados de una manera tal que son irreducibles a fenómenos más elementales. Sobre este último punto, volveré en § 8.8.

En el siguiente capítulo aplicaremos la teoría de la semiótica naturalista a los diferentes problemas de la intencionalidad.

PARTE III: SEMIÓTICA E INTENCIONALIDAD

La tercera parte de este trabajo está dirigida a ofrecer una teoría semiótica de la intencionalidad, así como a tratar algunas consecuencias para la filosofía de la mente y la psicología. Está constituida por tres capítulos. El Capítulo 7 presenta la propuesta de una teoría semiótica de la intencionalidad. Se plantea a la interpretación de signos como la forma originaria de intencionalidad y se postula un relacionismo representacional externista sobre los estados mentales. Se ofrece una explicación semiótica a las propiedades del contenido mental de independencia del objeto y dependencia de la perspectiva del sujeto; se realiza una definición del objeto intencional y la compara con otras explicaciones, hace una explicación de las actitudes proposicionales, compara la propuesta con otras teorías sobre las proposiciones; y posiciona a la semiótica frente al programa de naturalización del contenido mental. El Capítulo 8 plantea una perspectiva semiótica acerca de la mente. Se considera que los sujetos con mente son aquellos que pueden ser intérpretes de signos. Se analizan las consecuencias de esta posición para temas como la naturaleza de los estados mentales, las representaciones mentales, la consciencia fenoménica, dónde comienza la mentalidad, la causalidad mental, el problema mente-cuerpo, el conexionismo y la cognición corporizada. Finalmente, el Capítulo 9 anticipa la respuesta a algunas objeciones, se discuten algunas tareas pendientes y la posibilidad de una psicología semiótica.

Capítulo 7. HACIA UNA EXPLICACIÓN SEMIÓTICA DE LA INTENCIONALIDAD

En este capítulo se aplicará la teoría naturalista de la semiótica del capítulo anterior a los problemas de la intencionalidad. Comenzamos en § 7.1 discutiendo la relación entre semiótica, significado e intencionalidad, y en particular se propone que lo que habitualmente ha sido considerado intencionalidad derivada, es decir, la intencionalidad asociada a los signos externos, es realmente la forma originaria de intencionalidad. En § 7.2 se presenta a la semiótica naturalista como un relacionismo representacional, que se opone al adverbialismo intencional y se relaciona con el externismo sobre los estados mentales. En § 7.3 se desarrolla una explicación de varios casos ligados a los objetos intencionales, como los objetos ausentes, pasados, futuros, la representación errónea, los objetos ficticios, abstractos y contradictorios. La sección § 7.4 trata de la naturaleza del objeto intencional desde la perspectiva semiótica y se compara con otras teorías vistas en el capítulo 2, como las de Brentano, Twardowski, Meinong, Husserl, entre otros. En la sección § 7.5 se habla de cómo es constituido el objeto intencional, especialmente en la percepción. En § 7.6 se ofrece una explicación del perspectivismo y la falla en la sustitutibilidad *salva veritate* de términos correferenciales. En § 7.7 se aborda la naturaleza de las actitudes proposicionales, se da una explicación de las proposiciones desde una perspectiva pragmaticista, comparándola con otras explicaciones. Finalmente, en § 7.8 se trata la relación entre la semiótica naturalista y el proyecto de naturalización del contenido intencional.

7.1 SEMIÓTICA, SIGNIFICADO E INTENCIONALIDAD ORIGINARIA VS DERIVADA

La *intencionalidad*, como nos enseñó Brentano, trata de la propiedad de los estados mentales de ser acerca de algo, de tener un *contenido*. La opinión generalizada es la de que la intencionalidad de los estados mentales es *intrínseca* y *originaria*, mientras que los objetos no mentales, cuando tienen un contenido y actúan como signos, se dice que tienen una intencionalidad *derivada*, que proviene de los actos de usar o interpretar tales objetos como signos (§ 1.5). Daniel Dennett proponía que toda intencionalidad es derivada¹; pero parece

¹ Dennett, 1987/1998, Cap. 8; 1994.

que es muy difícil sostener alguna concepción de intencionalidad derivada si no se plantea alguna forma de intencionalidad originaria . Así que se convierte en una tarea fundamental de la filosofía de la mente ofrecer una explicación de esta intencionalidad originaria² (§ 1.6). De acuerdo con Searle, la intencionalidad intrínseca de los estados mentales emerge (de una manera poco clara) del trasfondo de operaciones no intencionales que ocurren en el cerebro³ (§ 1.6). En cambio, las teorías de la naturalización del contenido intencional buscan dicha explicación en algún tipo de relación no-intencional entre las estructuras del cerebro que se suponen tienen dicho contenido y aquellos elementos del mundo exterior que representan; aunque por el momento no existe una teoría completamente convincente de cómo ocurre esta relación de representación (§§ 3.5-3.10).

En el capítulo anterior se hizo una presentación de la semiótica naturalista como una ciencia descriptiva y explicativa del fenómeno de la semiosis, que consiste en la instancia de ocurrencia de una relación de representación, y se consideró que el significado es correferencial a la representación (§ 6.1). Sin embargo, la semiótica es una explicación de la relación de representación a partir de signos externos. En esa explicación no se está apelando a alguna forma de intencionalidad originaria de los estados mentales ni tampoco a representaciones mentales. Pero si el carácter representacional de los signos externos es explicado sin apelar a contenidos de los estados mentales, ¿tiene la teoría semiótica algo que decir acerca de la intencionalidad de los estados mentales? La respuesta desde la semiótica naturalista es que son las instancias de semiosis las constitutivas de los contenidos de los estados mentales. En consecuencia, la interpretación de signos externos es la forma genuina de la intencionalidad originaria. Por lo tanto, la semiótica naturalista ubica la intencionalidad originaria donde la mayor parte de posiciones en filosofía de la mente coloca la intencionalidad derivada.

El problema de la intencionalidad derivada y originaria proviene en buena medida de la consideración de la comunicación lingüística. Para varios autores, el uso de palabras y oraciones tiene un carácter expresivo, que no se encuentra en los signos naturales. Por ejemplo, Husserl distinguía entre señales y expresiones, siendo las primeras fundamentalmente indicadores y las últimas aquellas que tienen propiamente significado y

² Aizawa & Adams, 2005

³ Searle, 1992/1996, Cap. 5, § 5 y Cap. 8, §§ 1 y 3.

que corresponden a las expresiones lingüísticas⁴ (§ 2.2.6). En la misma línea se encuentra la diferencia de Grice entre signos naturales y no naturales⁵. Los signos naturales tienen un carácter significativo por cuenta propia, por ser efectos de ciertos procesos causales, y este es el fundamento de la teoría informacional de Dretske⁶. En cambio, los signos no naturales son los signos lingüísticos, los cuales tienen detrás intenciones comunicativas (§ 3.8). Esta idea es recogida por Searle, quien afirmó que tales intenciones comunicativas hacen parte de las intenciones originarias de los estados mentales y son derivadas a los actos de habla⁷ (§ 1.6). En estas propuestas está detrás la influencia de la teoría del significado de John Locke, quien consideraba que una de las funciones de las expresiones lingüísticas eran compartir los estados mentales del hablante al oyente, de tal manera que comprender lo que un hablante dice es también reconocer los estados mentales que motivaron la emisión de su preferencia o algunas marcas escritas⁸. En cambio, los signos naturales carecen de este tipo de intencionalidad detrás, porque no son causados por agentes intencionales y no expresan nada en ese sentido. Se podría considerar, como hacen Grice y Dretske, que los llamados signos naturales tienen contenido por cuenta propia o, como sostuvo Searle, que tienen una intencionalidad derivada de los estados mentales de los individuos con mente⁹.

Para la *semiótica naturalista* la distinción de Grice entre signos naturales y no naturales no se sostiene. En primer lugar, porque no hay signos propiamente naturales en el sentido de objetos que tienen un contenido representativo con independencia del ser interpretados en alguna instancia de semiosis. La representación no es una propiedad intrínseca de ningún objeto, sino una relación, una relación triádica, como se expuso en § 6.2, y que requiere a un intérprete como uno de sus correlatos. Esto se opone al pansemanticismo sugerido en la teoría informacional de Dretske (§ 3.8). En segundo lugar, la teoría semiótica hace un tratamiento homogéneo de los llamados signos naturales y las expresiones lingüísticas como relaciones de representación. Aunque es cierto que las expresiones lingüísticas hacen parte de actos de comunicación, y aunque las relaciones de comunicación son relaciones tetrádicas (ver § 6.6), eso no les da a las expresiones lingüísticas un estatus

⁴ Husserl, 1913/1999, Investigación Primera, Cap. 1, §§ 1-5.

⁵ Grice, 1957.

⁶ Dretske, 1981, Cap. 3.

⁷ Searle, 1983/1986, Cap. 6.

⁸ Locke, 1690/1999, Libro 3, Cap. II.

⁹ Searle, 1984, § I; 1992/1996, Cap. 3, § V.

especial como representaciones. En la explicación ofrecida en el capítulo anterior acerca de la adquisición del lenguaje, veíamos que la comprensión de las preferencias de otros no implica en principio una interpretación de sus estados mentales internos. Esto no quiere decir que nunca se haga, sino que no es esencial para entender el significado lingüístico de las emisiones lingüísticas de alguien. Por tanto, se rechaza la teoría de Grice de la comprensión de los signos no naturales. Tal vez se cuestione que no es posible adquirir un lenguaje de manera competente sin ser parte de los actos de habla involucrados en, por ejemplo, realizar una solicitud, una pregunta, una aseveración, un chiste sarcástico, etc., y que todos ellos suponen algún tipo de reconocimiento de la intencionalidad asociada a la realización de estos actos. Pero, aunque esto pueda ser cierto, creo que es posible separar el aprender a identificar el papel que cumple una preferencia dentro de la práctica convencional asociada a un acto de habla y la teorización acerca de los estados mentales intencionales de quienes realizan tales actos. Aprender a interpretar los estados intencionales de otros parece tener habitualmente un desarrollo más tardío que la adquisición del lenguaje, como señala la investigación sobre teoría de la mente en psicología del desarrollo¹⁰. Más bien, se puede suponer que adquirimos una teoría de la mente por procesos semióticos, y que el tipo de interpretación involucrada en el uso de una teoría de la mente es una forma de semiosis.

Para la semiótica naturalista, el hecho de tener un contenido es una propiedad que pertenece en principio a los signos externos; pero no es una propiedad intrínseca, sino relacional. Que un estado mental sea acerca de algo quiere decir que el sujeto poseedor de dicho estado mental interpreta algún signo como representando algo. Y esto ocurre incluso en el caso más simple de contacto sensorial directo con algún objeto. Que se tome un objeto como siendo un ‘algo’ es un acto de interpretación, como se mostró en § 6.4. Y esto es así para el resto de fenómenos mentales. En consecuencia, todo estado mental es un estado con un contenido e involucra la participación en alguna instancia de relación semiótica. El contenido del estado mental es el objeto interpretado del signo, es el mismo contenido del signo. Para que ocurra la semiosis no se requiere que exista un acto previo de dotación a los signos de un contenido o significado. El capítulo anterior mostró cómo es posible explicar la capacidad de los signos para tener un contenido representacional sin recurrir a sospechosas operaciones dadoras de contenido. Interpretar un signo Σ como representando a O no es un

¹⁰ Cf. Whiten, 2003.

acto de dotar o cargar de significado a Σ a partir de otro acto previo, puramente mental, por el que algo interno al organismo tiene ya previamente ese contenido. Interpretar a Σ como representando O es una consecuencia de una serie de relaciones previas a O , a Σ y a relaciones entre estos dos, que pertenecen a la historia semiótica del sujeto intérprete, pero pueden ser definidas al margen del sujeto.

Una objeción contra esta posición es la consideración de que hay estados mentales sin signos externos; es decir, actos como recordar, imaginar, planear o pensar, que no involucran tener algún Σ al frente a interpretar. La respuesta a esta observación es que estas *operaciones mentales* se cumplen siempre con el apoyo de signos presentes, ya sea que los signos sean voluntariamente producidos y manipulados por el sujeto o que los mismos interpretantes evocados en cada caso puedan tener varias funciones sígnicas. Incluso, es interesante notar que la mayoría de las explicaciones del proyecto de naturalización del contenido mental de las representaciones mentales (RMs) son extensiones de formas en las cuales representan los signos externos. Esto es claro cuando tales teorías se apoyan en las relaciones de similitud, causalidad o el rol conceptual (§§ 3.6-3.8), las cuales se corresponden con las formas de semiosis icónica, indexical y simbólica, vistas en el capítulo anterior (§§ 6.4-6.6). Creo que es plausible considerar que la descripción realizada por Peirce de la relación de representación como relación triádica es la que presenta al fenómeno de la manera más natural, simple y ajustada a lo que se puede observar directamente de él. En cambio, la postulación de RMs como portadores de intencionalidad originaria, es una teoría derivada por generalización analógica con la forma como representan los signos externos. En consecuencia, la semiótica naturalista rechaza la posición de la Teoría Representacional de la Mente (TRM) de que las RMs son los portadores de intencionalidad originaria.

Se debe aclarar que la posición de la semiótica naturalista no es la misma que la del monismo de la intencionalidad derivada de Dennett. No se está diciendo que toda intencionalidad es derivada. Para Dennett es así, porque los estados con contenido intencional simplemente se adscriben a sujetos o individuos como parte del uso de la estrategia intencional. Aquí, en cambio, se está diciendo que la intencionalidad es algo que ocurre en la semiosis; es decir, el acto de interpretación involucra un contenido para el signo y dicho contenido es el mismo del estado mental del intérprete en la instancia de semiosis. Este es un hecho real, que no depende en absoluto de que sea interpretado como un acto mental

intencional por otro sujeto o por el individuo mismo. En consecuencia, cuando se habla del contenido de los estados mentales, estamos hablando del contenido asociado a las instancias de semiosis.

7.2 EL RELACIONISMO REPRESENTACIONAL Y EL EXTERNISMO

La semiótica naturalista propone que la relación de representación de la semiosis actual es una relación triádica, que a su vez está determinada por una historia semiótica previa, en una relación más amplia con el intérprete como sujeto susceptible de adquirir hábitos (§§ 6.2-6.3). También propone que los estados mentales involucran relaciones semióticas. En consecuencia, se está planteando un nuevo tipo de *relacionismo intencional* (RI), pero mucho más complejo. Veámos en § 2.1 que el RI asumía que los estados mentales tienen una estructura o bien Ψ_{so} o Ψ_{sp} , donde Ψ está por un verbo mental, s por un sujeto, o por un objeto y p por una proposición. El verbo psicológico era visto como un relator diádico entre el sujeto y el contenido, ya sea objetual o proposicional. Sin embargo, la propuesta de la semiótica naturalista plantea que la relación entre el sujeto y el contenido intencional es mediada por signos. Si para la semiosis actual tenemos la relación de representación R , que involucra tres correlatos: el signo (σ), el objeto (o) y el sujeto-intérprete (s), entonces podríamos expresar la relación de representación como $R\sigma os$. El verbo psicológico (Ψ), que es el que determina el modo o la actitud del estado mental, no sería un relator diádico entre el sujeto y el objeto, ni tampoco determinaría la relación de representación. Más bien, el verbo psicológico cualifica a la relación de representación, es decir, es un modo en el que esta se presenta. Podríamos representarlo de la siguiente manera: R^Ψ . Por lo tanto, podríamos decir que un estado mental M tiene la estructura:

$$(1) M = R^\Psi \sigma os \text{ o } R^\Psi \sigma ps$$

En consecuencia, los estados mentales tienen una estructura relacional, pero es un *relacionismo representacional*, involucrando una relación triádica, tal y como se definió en § 6.2. Cuando se dice, por ejemplo, “Juan cree que va a llover”, lo que se está diciendo es que Juan, el sujeto, está en una relación con el evento futuro de que va a llover, el objeto, mediada por algunos signos (p. ej., las nubes oscuras, que no se especifican en el enunciado). Ahora bien, lo que agrega el verbo psicológico es una modulación respecto a esta relación de

representación. Más específicamente, tiene que ver con la manera como el sujeto se enfrentará o tratará al objeto. Pero sobre este tipo de modulación del verbo psicológico se hablará más en § 7.7 y en el próximo capítulo (§ 8.2).

La formulación de (1) involucra un rechazo al *adverbialismo intencional* (AI) (§ 2.1). Para el adverbialismo, el contenido sería una propiedad que cualificaría al verbo mental (Ψ^O s o Ψ^P s). La *Tesis de la Inexistencia Intencional* (TII) de Brentano es afín al AI, pues para la TII los contenidos son internos a los fenómenos mentales. Veíamos que la posición inicial de Brentano que identifica al objeto con el contenido y que considera que estos son inmanentes a los actos, sería una forma de AI (§ 2.1). Incluso, el cuasi-relacionismo del Brentano tardío podría tomarse como una forma de AI al considerar que el contenido solo se menta *in obliqua* en los enunciados que atribuyen estados mentales (§ 2.2.4). También se podría ver a la primera versión de la TRM, afín al solipsismo metodológico¹¹, como otra forma de AI. El AI tiene problemas para dar cuenta de cómo el contenido puede ser común para diferentes estados mentales y también para diferentes individuos, para explicar por qué habitualmente el contenido trata de cosas relativas a nuestro mundo real, así como la relevancia del contenido mental para dirigir nuestras acciones en el mundo y la posibilidad de contenidos falsos. Ninguno de estos es un problema para el relacionismo representacional de la semiótica naturalista. Más adelante veremos que la semiótica naturalista permite que el mismo contenido intencional sea compartido por diferentes estados mentales del mismo sujeto o de diferentes sujetos (§§ 7.5-7.6). Por otra parte, las relaciones semióticas se construyen por la interacción con los objetos del mundo real y usualmente se refieren a estos, y supone la relación del contenido con el mundo. También admite la falsedad del contenido, así como se mostrará en la siguiente sección.

La principal objeción contra el RI es el hecho de que una relación subsiste en cuanto existan sus correlatos, pero la relación entre el sujeto y el objeto no subsiste si el objeto es inexistente. Esta objeción es de mucho peso cuando está dirigida hacia la forma simple de RI que vimos en § 2.1, en el que la relación intencional es solo una relación diádica entre el sujeto y el objeto. En cambio, el relacionismo representacional tiene recursos para tratar con ella. Podemos considerar que el *objeto intencional* es el *objeto de la semiosis*, es el objeto de la interpretación del signo, aquello hacia lo cual está dirigido el estado o fenómeno mental;

¹¹ Fodor, 1980.

puesto que se asumió la correferencialidad entre los fenómenos de la representación y el significado. Si el objeto es real y existente, puede decirse que la relación triádica de *R* involucra a dicho objeto como correlato, y no hay ningún problema con la manera como subsiste *R* como relación. Sin embargo, el objeto intencional tiene un carácter *inferencial* respecto a la historia semiótica. Todo acto de interpretación es una inferencia respecto al signo, basada en la historia semiótica. Las inferencias involucradas son en principio involuntarias, y se basan en las relaciones de similitud, contigüidad y convencionalidad que ya tratamos en §§ 6.4-6.6. Las inferencias de la semiosis actual están construidas sobre relaciones con objetos reales, y de ellas se deriva el objeto de la semiosis actual como objeto intencional. Así que la relación intencional es subsistente a la historia semiótica. En parte, por esta razón, es necesario hacer la distinción entre semiosis actual e historia semiótica, frente a la posición original de Peirce, en la que la historia semiótica estaba muy implícita. En § 7.4 se abordará con mayor detalle la naturaleza del objeto intencional.

Fred Dretske inició sus Conferencias Jean Nicod de 1994 con la tesis de que “*Todos los hechos mentales son hechos representacionales*”¹². Esta afirmación, tomada aisladamente, es verdadera para la semiótica naturalista. Sin embargo, Dretske la postula como verdadera para su versión de la TRM. Recordemos que Fodor planteó la TRM como la posición de que los estados mentales consisten en relaciones de los sujetos con representaciones mentales (RMs) y este sería un tipo de RI (§ 3.2). Pero, ¿La TRM sostiene un relacionismo representacional, así como lo hace la semiótica naturalista? Barbara von Eckardt propuso una explicación de la significancia, que analiza las operaciones computacionales sobre RMs de un sistema en términos de la semiótica de Peirce. Ella sugirió que, en un sistema de cómputo simbólico, el interpretante de una RM “consiste en el conjunto de procesos computacionales contingente a la consideración de dicha representación”¹³. Se puede decir que el procesador central aplica algún tipo de operación sobre alguna RM que se supone que representa algún objeto externo al sistema, y dicha operación a su vez devuelve una nueva RM’. El problema con la Teoría Computacional de la Mente (TCM) que subyace a la TRM es que realizar tales operaciones es algo que ocurre mecánicamente y no constituye

¹² Dretske, 1995, p. xiii. Esta tesis está acompañada de otra que dice “*Todos los hechos representacionales son hechos acerca de funciones informacionales*” y ambas constituyen lo que llama la Tesis Representacional. No sobra decir que la segunda tesis no sería aceptada por la semiótica naturalista.

¹³ Von Eckardt, 1993, § 8.4, p. 291. Traducción mía.

un verdadero acto de interpretación. Hay tres razones para ello. En primer lugar, los actos de interpretación requieren en su historia semiótica de algún acceso al objeto con independencia al signo, que Peirce llamó *observación colateral*, para que sea posible la interpretación¹⁴ (§ 6.3). Sin embargo, los sistemas simbólicos solo tienen acceso a las RMs codificadas por los sistemas transductores y no tienen acceso directo a los ítems externos que representan. En segundo lugar, como veremos en especial en § 7.5 y en el siguiente capítulo (§ 8.7), la semiosis exige conciencia fenoménica. Mientras que una de las críticas principales a la TCM y la TRM es que los estados computacionales y funcionales son describibles al margen de cualquier conciencia fenoménica (§ 3.11; aunque ver la discusión respecto al conexionismo en § 8.9). Finalmente, los procesos de cómputo postulados por la TCM y adoptados por la TRM son explicables en relaciones causales diádicas, y no suponen verdaderas relaciones triádicas como la relación de representación en la concepción semiótica. El defensor de la TCM podría sugerir que, dado que toda interpretación es inferencia, y la TCM ofrece una teoría causal de la inferencia, entonces también ofrece una teoría de la interpretación. La semiótica naturalista identifica interpretación e inferencia (§ 7.1); pero dado que lo que hace un computador puede ser reducido a relaciones causales diádicas, mientras que la interpretación, como contraparte de la representación, no puede ser reducida de esa manera (§ 6.2), entonces no se puede decir que un computador interprete y realice inferencia, al menos no en el mismo sentido en que lo entiende la semiótica naturalista.

Unos párrafos atrás, se había dicho que el relacionismo representacional de la semiótica naturalista involucra el rechazo del AI. El AI se emparenta con el *solipsismo metodológico* (SM) y las posiciones *internistas* que tratan al contenido mental de un modo estrecho (§ 2.4). El relacionismo representacional sería afín a una concepción amplia del contenido mental y, por lo tanto, al *externismo*. Solo que hay dos diferencias importantes. Por una parte, el externismo plantea que el contenido afirma una relación con el objeto externo que es parte del contenido mental, pero en el caso de la semiótica naturalista se considera que dicha relación está mediada por signos; solo que los signos son otros objetos externos más. Es decir, el relacionismo representacional involucra un externismo más complejo que el que habitualmente se considera. En segundo lugar, una de las razones de

¹⁴ Como se vio en § 6.6, la semiosis simbólica no necesita de observación colateral, pero está basada en semiosis indexicales e icónicas, que si la requieren.

Putnam para adoptar el externismo era sostener la concepción de significado de la *semántica de condiciones de verdad* (SCV). Sin embargo, la semiótica naturalista no está en absoluto comprometida con la SCV, ni con el principio de composicionalidad y la ley de Leibniz, como veremos en próximas secciones.

Por otra parte, el externismo tradicional está relacionado con las teorías causales de la referencia directa. Estas teorías afirman que la relación entre un nombre y su referente se da por un enlace causal, que inicia en un momento en que se tiene un contacto directo con el referente y se le bautiza, y luego se extiende a través de una cadena causal hasta el uso presente del nombre¹⁵. La teoría semiótica tiene cierta semejanza con las teorías causales en cuanto a que apela a la historia semiótica y en dicha historia debe haber necesariamente algún contacto directo con algunos objetos. Sin embargo, la teoría semiótica no considera que la relación entre un signo y su objeto sea establecida solo por una cadena causal de eventos, sino que dicha relación está mediada por signos y por los tipos de relaciones que los establecen, como de semejanza, contigüidad y convencionalidad. Sin embargo, la teoría semiótica rechazaría la teoría de la referencia directa, en cuanto que esta teoría establece que la relación entre un signo y su referente no está mediada por algún sentido o significado. Más adelante veremos que la teoría semiótica tiene maneras de integrar los sentidos fregeanos (§ 7.6). Es bien reconocido que la teoría causal de la referencia tiene problemas para tratar con los nombres referencialmente vacíos. En la siguiente sección se mostrará cómo la teoría semiótica tiene herramientas para abordar este y otros problemas asociados a la intencionalidad del contenido mental.

Se podría decir que la semiótica naturalista es afín a la versión de Gilbert Harman de la *Semántica del Rol Conceptual* (SRC) de brazos largos, que rechaza el solipsismo de las demás formas de SRC¹⁶ (§ 3.7). Sin embargo, en la semiótica naturalista, una SRC sería propia de lo que se presenta en la semiosis simbólica, cuando los símbolos se sostienen como parte de un sistema de símbolos Σ^* , sin necesidad de una referencia directa al mundo extra-simbólico (§ 6.6). Pero la ventaja de la semiótica naturalista es que establece una forma jerarquizada en la que se relacionan las semiosis icónica, indexical y simbólica, que permite entender la progresión de formas más directamente relacionadas con los referentes hasta

¹⁵ Sterelny, 1997

¹⁶ Harman, 1982.

aquellas que son casi independientes de ellos. Por tal razón, el marco de la semiótica naturalista es más amplio y más explicativo que el de la SRC. Block consideraba que una SRC de brazos largos como la de Harman es equivalente a una teoría de *dos factores* como la suya¹⁷. Sin embargo, la teoría de dos factores de Block no explica cómo los roles conceptuales y las condiciones de verdad pueden ser integradas en un único marco, que en cambio hace parte de las ventajas de la semiótica naturalista.

7.3 LOS PROBLEMAS DE LOS OBJETOS INTENCIONALES

Uno de los temas principales de la intencionalidad es el de los *objetos intencionales*. Los objetos intencionales son los objetos de pensamiento, y se considera habitualmente que tienen propiedades diferentes a los objetos ordinarios concretos y reales (§ 2.2). Hay varios tipos de objetos de pensamiento, como objetos ausentes, pasados, futuros, posibles, falsos, ficticios e imposibles. Desde el punto de vista de la semiótica naturalista, los objetos intencionales son los objetos de la semiosis actual, aquellos interpretados en el signo. En esta sección abordaremos la explicación que desde la semiótica naturalista se puede ofrecer a diferentes tipos de objetos intencionales.

Una manera útil de tratar con los objetos intencionales es tomando como condición base aquella del contacto sensorial directo con algún objeto, y yendo desprendiéndonos a casos cada vez más alejados. La percepción de un objeto consiste en su reconocimiento y, en § 6.4, este caso es tratado como uno de semiosis icónica, en el que un objeto es reconocido como idéntico a sí mismo, respecto a instancias previas de contacto con el mismo objeto. Ahora bien, si la percepción involucra semiosis e interpretación, ¿en algún momento llega a haber algún contacto directo con el objeto? Este es un problema importante, pero lo diferiré para § 7.5. Por el momento, tomemos como punto de partida a la situación del contacto sensorial.

Tal vez el caso más simple de desprendimiento con respecto a esta condición base es el de los objetos ausentes, es decir, el caso en el cual “pensamos” acerca de algo que existe y con lo que hemos tenido algún contacto previo, pero que por el momento no hace parte de nuestro campo perceptual inmediato. Cualquier tipo de signo puede evocar a algún objeto

¹⁷ Block, 1986.

con el que esté relacionado y hacerlo presente en una semiosis actual, a pesar de que el objeto no esté disponible perceptualmente para nosotros. Un objeto puede ser signo de otro solo por su relación de parecido con el segundo, y evocarlo en cualquier circunstancia. En el caso de la semiosis indexical, puede ser que, por ejemplo, he dejado mi cuaderno de apuntes en mi escritorio, y queriendo acceder a él, todo el ambiente en mi apartamento se convierte en un índice de cómo llegar al cuaderno, accediendo antes a mi escritorio, y antes al estudio. Las palabras también pueden permitirnos hablar acerca de lo que está ausente. Todos estos tipos de semiosis aportarían diferentes estrategias de lo que se llama *memoria*. Pero no tengo que postular mecanismos de almacenamiento interno de pedazos de información codificada respecto a eventos pasados para dar cuenta de la memoria. El recuerdo de eventos pasados puede darse también por cualquiera de los tipos de semiosis. Algún objeto, o evento muy parecido a otro de un evento pasado, puede hacernos recordar dicho evento. Un objeto asociado a algún evento puede hacernos recordarlo. Es bien conocido el poder que tienen ciertos olores para evocar una situación, una persona o un lugar pasados. Sin embargo, tal vez la forma más eficiente de recordar es empleando recursos lingüísticos, a través de la descripción de la situación concreta a la que se quiere volver, lo cual ayuda a centrar la atención en aspectos específicos de tales situaciones. Pero una situación pasada nunca es revivida totalmente, como se vivió originalmente, sino siempre de una manera parcial y condicionada a la situación presente del sujeto¹⁸.

Tal vez se pueda decir que la relación con objetos pasados no es algún reto para el relacionismo intencional (RI), pues al final estos fueron objetos existentes; y sería más problemático para el RI el caso de los objetos futuros, pues estos son objetos todavía no existentes. Quizás la forma más simple de relación con eventos futuros sea la involucrada en los casos de semiosis indexical tratados en § 6.5, en el condicionamiento pavloviano e instrumental. En ambos casos se presentan respuestas anticipatorias frente a cierto evento ante la presencia de otro evento que lo indica. En el condicionamiento pavloviano, frente al estímulo condicionado, la respuesta condicionada anticipa el estímulo incondicionado. En el condicionamiento instrumental, ante el estímulo discriminativo, la conducta instrumental anticipa al reforzador o evento consecuente. En ambos fenómenos, el evento futuro que se

¹⁸ Tal vez las formas más extremas en las que se revive una situación pasada de manera más fiel a la original sean los casos de evocación de una situación muy traumática en el trastorno de estrés postraumático. Pero, aunque estos recuerdos puedan llegar a ser muy intensos e incapacitantes; nunca llegan a ser un calco exacto de la experiencia real pasada.

anticipa es algo que ha ocurrido en el pasado, debido a la consistencia de la relación $\Sigma \rightarrow O$ (el signo es seguido por el objeto) en la historia semiótica del sujeto. En consecuencia, el evento futuro anticipado es un objeto de la historia pasada. En estos casos, la anticipación del futuro consistiría en una continuidad de las regularidades del pasado, así como en un tipo de inferencia inductiva. Pero cuando hablamos de eventos futuros, por lo general nos referimos a cosas más complejas, como acciones deliberadas y planeadas. Pero aún en estas situaciones, las acciones planeadas calculan las consecuencias esperadas al hacer ciertas cosas bajo ciertas circunstancias, tomando como referencia lo que ha ocurrido en el pasado. De nuevo, el pasado pone las bases para proyectar el futuro. Incluso, si lo que se tiene en consideración no son acciones planeadas sino eventos posibles fuera de nuestro control, como las predicciones sobre catástrofes naturales, otra vez se prevén por la ocurrencia de eventos similares en el pasado. Así que los eventos u objetos futuros se anticipan en términos generales a partir de relaciones de similitud con eventos pasados y las relaciones de contigüidad internas a las instancias pasadas. Lo que no se anticipa es lo que no se ha vivido antes. Hace poco sufrimos la lamentable experiencia de la pandemia del Covid 19. Muy poca gente anticipó este evento, entre ellos los epidemiólogos, que tienen más presente la historia de ocurrencia de pandemias en la historia. Luego de esta experiencia, nuestra generación podrá anticipar más fácilmente una nueva pandemia.

Podemos ahora discutir los casos de representación errónea, que corresponderían a aquellos en los cuales la relación en la historia semiótica de la que depende la relación de representación se rompe por alguna razón. Comencemos con la semiosis icónica. En la descripción dada de las condiciones mínimas ideales de la semiosis icónica (§ 6.4), esta se fundamenta en la relación de parecido entre Σ y O y no requería del contacto previo con Σ sino solo con el O . En el reconocimiento de clases, se decía que el Σ es tomado como perteneciente a los Oes dado que comparte una serie de cualidades salientes con los Oes . Pero puede ser que la inferencia (involuntaria) sea errónea, dado que Σ puede pertenecer a la clase diferente de los $O'es$ y por sus cualidades puede ser confundido con un O . Esto lo podemos representar en la Figura 7.1. Un caso de esto es lo que ocurre en el ejemplo de Fodor de representación errónea en el que una vaca vista a lo lejos y en la oscuridad de la noche se toma como un caballo¹⁹. En este ejemplo tienen que ver mucho las condiciones de

¹⁹ Fodor, 1987/1994, Cap. 4.

observación. Pero también puede ser el caso de que un espécimen de un tipo comparta cualidades con los de otro tipo, de manera que sea fácil confundirlos. Esto ocurre mucho con los tipos de rocas. Puede haber especímenes intermedios que son difíciles de tipificar. El caso más extremo de confusión se presenta cuando dos tipos de objetos son fenoméricamente indistinguibles, pero pertenecen a clases diferentes. Hay una relación de parecido perfecta, pero no así la relación de similitud. Esto pasa en el experimento mental de la Tierra Gemela de Putnam. Pero sin apelar a experimentos mentales, una instancia de este tipo de confusión es aquella entre la jadeíta y la nefrita, que solo los expertos pueden resolver²⁰.

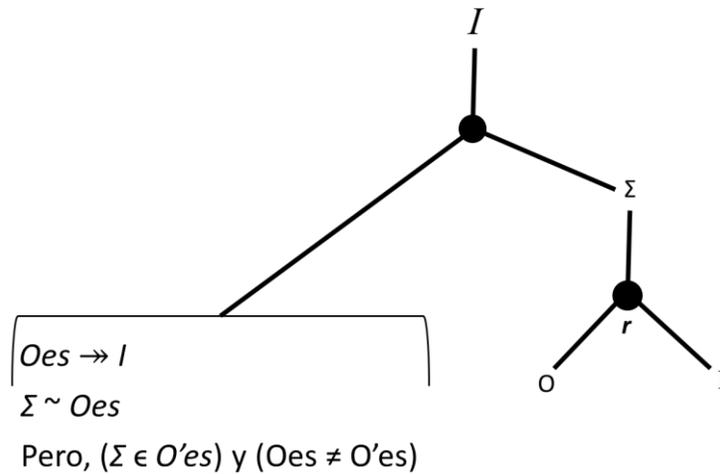


Figura 7.1. Representación errónea en la semiosis icónica. Dada una historia semiótica en la que se tiene algún contacto sensorial directo (\rightarrow) con los *Oes*, y dado el parecido (\sim) del signo con los *Oes*; puede ocurrir que el signo pertenezca a la clase de los *O'es* y que los *O'es* sean de una clase natural diferente a la de los *Oes*. Estas condiciones conducirían a la representación errónea.

La confusión en el reconocimiento de clases también depende de la experiencia previa del sujeto. Si se ha tenido una experiencia muy limitada con solo unas pocas instancias de unas pocas clases de cosas, habrá una mayor tendencia a considerar todo lo que se parezca como de la misma clase. Se sabe que los niños pequeños tienden a sobregeneralizar clases de cosas y, por ejemplo, llamar “perro” a una vaca. Estas confusiones también pueden ocurrir en el caso del reconocimiento de objetos. Con frecuencia al actor Mark Wahlberg le piden

²⁰ Putnam, 1975

autógrafos quienes lo confunden con el actor Matt Damon. Al llegar de un vuelo a un aeropuerto, alguien puede tomar la maleta equivocada por su parecido con la de otra persona. Incluso en la naturaleza se han desarrollado estrategias de mimetismo que aprovechan la representación errónea. Algunos insectos pueden imitar la apariencia de la vegetación o el entorno circundante para camuflarse y esconderse. Las mariposas búho tienen dibujos con formas de ojos en sus alas para ahuyentar a sus predadores, ‘haciéndoles creer’ que ellos son otro tipo de animal más grande. En general, la representación errónea basada en la semiosis icónica ocurre porque la relación de parecido no se ajusta perfectamente a las clases naturales. La relación de parecido no es tan liberal como suponía Goodman (§§ 3.6 y 6.4), pero dadas nuestras limitaciones sensoriales, podemos no ser sensibles a todas las propiedades relevantes de la relación de similitud entre miembros de las clases naturales. Además, las diferencias entre clases naturales tampoco son absolutas, y es común que se presenten casos intermedios. Es posible que las clases artificiales presenten diferencias más absolutas que muchas clases naturales.

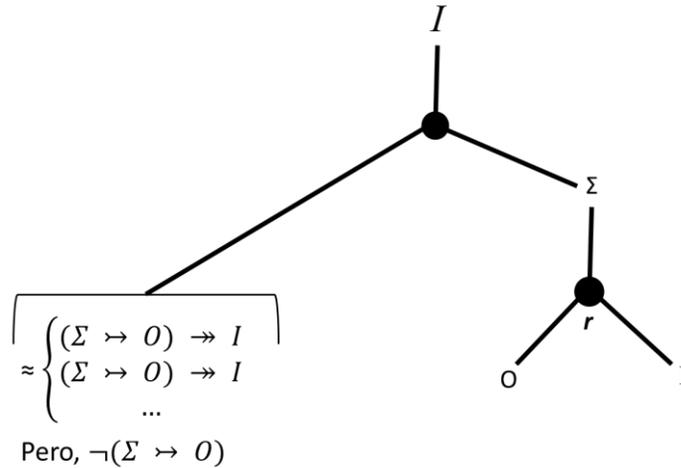


Figura 7.2. Representación errónea en la semiosis indexical. Dada una historia semiótica repetitiva en la que el intérprete observa que el signo es seguido por el objeto, puede ser el caso de alguna instancia en la que el signo no sea seguido por el objeto, lo que lleve al intérprete a esperar erróneamente al objeto.

En la semiosis indexical también ocurre cierta forma de representación errónea. Esto se da cuando la relación $\Sigma \rightarrow O$ de la historia semiótica se rompe, de tal manera que Σ no es seguido por O . Podemos representarlo como se muestra en la Figura 7.2. En las preparaciones de aprendizaje asociativo hay un procedimiento denominado *extinción*, que consiste en

presentar o bien el estímulo condicionado o el estímulo discriminativo, sin que sea seguido por el estímulo incondicionado o el evento reforzador, respectivamente. En el caso del aprendizaje instrumental, sucede algo interesante, ya que inmediatamente después de que inicia la extinción se da un incremento en la intensidad de la conducta instrumental. Una paloma en una caja experimental, que aprendió a picotear una tecla ante la presencia de una luz, seguido de comida, cuando es sometida a extinción, picotea más rápido y fuerte. Luego de varios ensayos, la respuesta se va debilitando hasta desaparecer. Es algo semejante a lo que ocurre cuando, por ejemplo, se nos descompone algún aparato y lo manipulamos con más fuerza para que funcione. El hecho de que este tipo de representación errónea ocurra se debe a que la relación $\Sigma \mapsto O$ es contingente, y puede romperse en cualquier momento. Quizás los casos más dramáticos de esto ocurren cuando el tipo de regularidad involucrada es una que está bastante bien establecida en el nicho ecológico de un animal. Esto es lo que pasa en los famosos casos de los magnetosomas de la bacteria marina, por un lado, y del disparo de las ranas, por otro²¹ (§§ 3.8 y 3.9). En el entorno en que evolucionaron las bacterias marinas, cierta dirección del campo magnético de la Tierra se relaciona físicamente con el agua que está más libre de oxígeno. Pero si el campo magnético cambiara, esto sería desastroso para la supervivencia de las bacterias. En el entorno en el que evolucionaron las ranas, los pequeños puntos negros móviles son moscas, de tal manera que la respuesta de disparo evolucionó para capturar moscas, pero si ocurre algún cambio de entorno en el que desaparece la relación entre los puntos y moscas, la rana seguirá disparando. En estos casos, la semiótica naturalista favorece una concepción distal de la representación. Las bacterias ‘se representan’ agua libre de oxígeno y las ranas ‘se representan’ moscas. Aunque en ambos casos hay que hacer la salvedad de que están involucradas respuestas filogenéticamente determinadas, más que aprendidas, por lo que es discutible si estamos hablando realmente de representación.

Finalmente, podemos hablar de representación errónea para la semiosis lingüística y simbólica. Esto ocurriría cuando, por ejemplo, una palabra o expresión es ambigua y se utiliza dentro la comunidad lingüística (P) para significar diferentes cosas en diferentes contextos. Pero, en general, se relaciona con la escasez de experiencia previa en la historia semiótica del sujeto respecto a los otros referentes de estas expresiones. Por ejemplo, el signo

²¹ Dretske, 1986, 1988; Neander, 1995.

lingüístico Σ puede representar a O , pero también puede ser que para la comunidad P , Σ también represente a O' y simplemente esto no hace parte de la historia semiótica del sujeto. Otra situación ocurre cuando se cambia de comunidad lingüística. Para la comunidad P , Σ significa a O , pero para la comunidad P' , Σ significa O' . Esto es común en los diferentes dialectos o sociolectos, a pesar de que se comparte el mismo idioma. Ambos casos se muestran en la Figura 7.3.

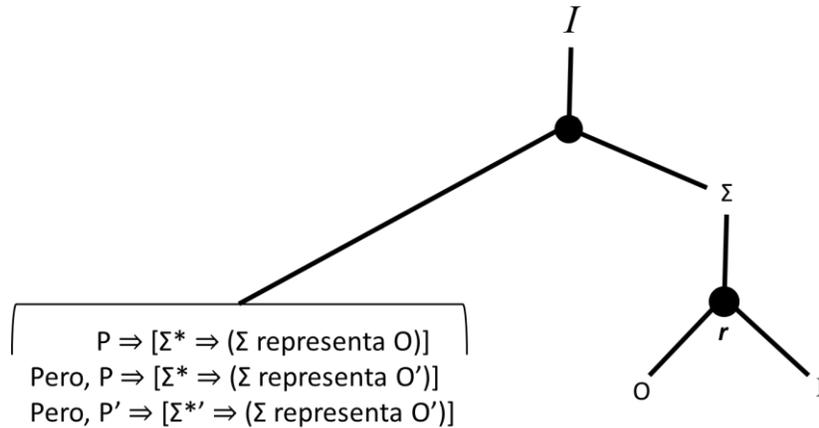


Figura 7.3. Representación errónea en la semiosis lingüística y simbólica. Dada una historia semiótica en la que la comunidad P determina que el sistema de signos Σ^* determine que Σ representa a O , el intérprete puede ser llevado a representación errónea si dentro de la misma comunidad y el mismo sistema de signos Σ representa otro objeto (O') o si ante un cambio de comunidad (P') y de sistema de signos (Σ^*), el mismo signo (Σ) representa a otro objeto (O').

Lo que debe resaltarse de todos estos casos de representación errónea es que el objeto intencional, al igual que para los objetos futuros, es algún objeto de la historia pasada de individuo; algo que confiablemente había sido representado por el signo, pero dado que la relación entre el signo y su objeto es contingente dicha relación puede dejar de estar vigente completamente o en algunas circunstancias. En consecuencia, es la ruptura de la regularidad del pasado la que conduce al error.

Veámos que en la naturaleza se generaban instancias de representación errónea a través de diferentes mecanismos de engaño. Estos mecanismos en la mayoría de animales no son voluntarios, ni requieren la posesión de alguna teoría de la mente respecto al individuo a ser engañado. En los seres humanos, en cambio, el engaño voluntario se da a través del acto de mentir y generar un enunciado falso, con el propósito de producir una creencia falsa en el

otro individuo. La capacidad de hacer esto reside en el hecho de la posibilidad de generar enunciados $\Sigma\Sigma$ que hagan referencia a ciertos estados de cosas OO y de la amplísima flexibilidad del lenguaje para referirse a prácticamente cualquier cosa. Un *acto de habla aseverativo* es tal que parte de sus reglas convencionales involucran que el hablante se compromete con la verdad de lo enunciado²². Por tanto, en un acto de habla aseverativo, el enunciado $\Sigma\Sigma$ tiene una función referencial respecto al estado de cosas OO . Es esencial a los actos aseverativos que el Σ tenga una función referencial respecto a O . La adquisición del lenguaje parece requerir que los actos determinados por P sean referenciales, y por tanto se den en modo aseverativo (§ 6.6). Pero el modo aseverativo es solo uno entre varios. Existen muchos otros actos de habla que modulan la relación entre $\Sigma\Sigma$ y OO , como en el caso de los actos interrogativos, dubitativos, desiderativos, etc.²³ Podemos considerar al acto de habla como un signo Σ^A que modula para el oyente la relación que hay entre el enunciado $\Sigma\Sigma$ y el estado de cosas OO que denota. Entrar a ser miembro de una comunidad lingüística consiste en parte en dominar los diferentes actos de habla de dicha comunidad. Ahora bien, el mentir consiste en hacer pasar un acto por aseverativo cuando realmente el hablante no está comprometido con la verdad de lo enunciado. En engaño involucrado en la mentira está en romper la relación que hay entre el acto aseverativo como Σ^A y la relación entre el enunciado y lo que refiere.

Este recurso a los actos de habla y su función como signo que modula la relación de representación entre $\Sigma\Sigma$ y OO nos ayuda a entender un fenómeno muy importante: la *simulación*. Los niños pequeños aprenden muy temprano a simular situaciones en sus juegos de fantasía con otros niños o adultos, en los cuales se adoptan roles y se actúan situaciones ficticias. Por ejemplo, los niños pueden adoptar los papeles de reyes, príncipes, guerreros y demás dentro de un reino como en los cuentos de hadas. El famoso psicólogo genético Jean Piaget identificaba esta capacidad con la función simbólica, que en su teoría marcaba el inicio de la etapa pre-operacional, alrededor del segundo año de vida²⁴. Los niños por lo general tienen mucha facilidad para distinguir el carácter simulado de estos juegos en contraste con su cotidianidad. El Σ^A asociado a la simulación se encuentra presente también en las mismas

²² Esto fue reconocido por Peirce (§ 4.6)

²³ Esto se relaciona con la crítica de Wittgenstein (1953) a la *imagen agustiniana del lenguaje*, según la cual la única función del lenguaje es referencial y descriptiva de la realidad. Aunque la crítica de Wittgenstein es mucho más amplia que solo la consideración de diferentes actos de habla como juegos del lenguaje.

²⁴ Piaget, 1946/1982.

historias y cuentos que se narran a los niños. Los niños más pequeños pueden creer que estas historias tienen un carácter referencial, pero tal como van creciendo van desligando lo narrado de lo real. Un niño grande puede ser capaz de distinguir que una noticia en un periódico tiene un carácter referencial, es un acto de habla aseverativo, mientras que una historia en un libro de cuentos no. A través de los cuentos somos capaces de referirnos a mundos ficticios, más o menos complejos, con personajes que tienen sus nombres propios, e incluso seres fantásticos, con características que no veríamos en la realidad. Que podamos hablar de un ser como el centauro, proviene de la capacidad de las palabras para ser combinadas entre sí y permitirnos imaginar un ser que tiene propiedades que no tiene ningún ser existente. Todo ello es posible dentro de este mundo ficticio, que tiene sus propias reglas. El mundo ficticio se convierte en un gran sistema de signos (Σ^*), que se sostiene de una manera relativamente autónoma respecto a la realidad. Así, estos objetos ficticios no son más que signos, cuyo significado depende de Σ^* . Pero a la vez, el significado total de Σ^* depende de nuestra historia semiótica, en cuanto que aquello a lo que se refiere Σ^* se hace como una extensión del mundo real con el que tenemos contacto. Por lo general, estos mundos ficticios son contruidos por analogía al nuestro. E incluso muchas veces con una intención de enseñarnos alguna moral respecto a nuestro mundo real.

El hecho de que en una comunidad lingüística existan diferentes Σ^A s que determinen la relación entre un $\Sigma\Sigma$ y un OO , de manera que se suspenda la función referencial del primero respecto al segundo, permite también que un $\Sigma\Sigma$ sea meramente considerado sin que involucre un carácter referencial, sino únicamente como una posibilidad. Esto es lo que ocurriría al planear el futuro y evaluar diferentes cursos de acción. Pero también al crear enunciados contrafácticos, que nos permiten considerar lo que hubiera ocurrido si las cosas hubieran sido diferentes a como realmente fueron. Se abre, de este modo, el mundo de las posibilidades y la distinción entre lo que pasa y lo que podría pasar; así como el hecho de considerar algo sin un compromiso ontológico con ello.

Un caso más complejo lo constituye la introducción de los objetos abstractos referidos por los conceptos científicos. Adquirimos el lenguaje con una función referencial respecto a los objetos concretos de nuestra percepción inmediata; pero tales objetos son los que constituyen nuestras apariencias. En la cultura occidental surgió la reflexión acerca de cómo podemos ser engañados por las apariencias y se desarrolló el proyecto de intentar capturar la

realidad subyacente a las apariencias, que ha constituido la empresa de la filosofía y la ciencia. Los conceptos científicos tienen el propósito de tener un carácter referencial, en un sentido más profundo que nuestro lenguaje sobre objetos cotidianos. Pero estos conceptos están insertos en teorías científicas, que llegan a ser complejos sistemas de signos (Σ^*) y su adquisición y dominio involucra la adquisición de tales teorías. Pero estos Σ^* científicos también involucran cierto conjunto de principios metodológicos para contactar con la realidad y permitir la validación del mismo Σ^* y su perfeccionamiento. Este Σ^* científico es sostenido por una comunidad P científica, que es la que discute y aplica los principios metodológicos para validar al Σ^* científico. Los conceptos científicos refieren objetos abstractos, en el sentido de que refieren regularidades que abarcan múltiples instancias de objetos concretos. Además, los conceptos o términos científicos contienen dentro de su definición una buena cantidad de idealizaciones que no se cumplen en el mundo físico real. El dominio de los conceptos científicos requiere del acceso a una educación formal²⁵. Las semiosis que involucran el uso de los conceptos científicos tienen por sus objetos a aquellos objetos abstractos a los que se supone que tales conceptos refieren. La afirmación de un enunciado científico involucra un acto de habla aseverativo, aunque la formulación de una hipótesis involucra un acto de habla que suspende el juicio sobre el carácter referencial del enunciado. Así, la semiosis asociada al uso de conceptos científicos exige una compleja historia semiótica por la cual se llega a hacer parte de la P científica que determina al Σ^* científico.

Finalmente, consideremos el caso tal vez más chocante, el de los objetos imposibles o contradictorios, como el *círculo cuadrado*. Si se tiene una comprensión adecuada de los predicados ‘circularidad’ y ‘cuadrangularidad’ el solo intento de imaginar un círculo cuadrado lleva a la consideración de su imposibilidad, al reconocimiento del carácter referencialmente vacío de la expresión. Es decir, la expresión ‘el círculo cuadrado’ es una expresión de *nada*. Pero, ¿cómo es posible que nos refiramos a *la nada*? Ya he mencionado que podemos adquirir diferentes actos de habla Σ^A que determinan el papel referencial que tiene un enunciado $\Sigma\Sigma$ sobre el estado de cosas OO que describe. También, en el acto asociado a los juegos de simulación, podemos usar nombres de personajes que se sabe que no existen. Igualmente, al aprender a hablar de posibilidades, sabemos que la gran mayoría

²⁵ Luria, 1979/2000, Cap. 3.

de ellas no se cumple, sino solo unas pocas. Por lo tanto, podemos saber que algo es un signo de nada, y en la consideración de estos objetos contradictorios lo que hay es una referencia a la nada, en cuanto hay una historia previa que nos ha permitido hablar de ella. Pero referirnos a la nada no es referirnos a algo, es, en cambio, en términos pragmaticistas, una despreocupación de que algo así va a ocurrir, una ausencia de anticipación de algo.

7.4 LA NATURALEZA DE LOS OBJETOS INTENCIONALES

Nuestros estados mentales son estados con un contenido en tanto que son acerca de algo, están referidos o dirigidos a algún objeto. Sin embargo, podemos pensar y hablar de muchas más cosas que los objetos ordinarios concretas de la realidad, así que lo que puede ser objeto de pensamiento excede por mucho a las cosas reales; por lo tanto, ¿cuál es la naturaleza de los *objetos intencionales*? Una primera aproximación para resolver la disparidad entre lo que es pensado y lo real es considerar, como lo invitó a hacer la posición inicial de Brentano, que los objetos de pensamiento son internos e inmanentes al acto mismo de pensarlos. Esta posición es el núcleo del adverbialismo intencional (AI), pero ya hemos rechazado esta posición, porque nos conduce a problemas importantes (§§ 2.1, 7.2). Hubo un problema que preocupó a los discípulos de Brentano de manera especial. Si *Pegaso* es un caballo alado y es un objeto de pensamiento, pero los objetos de pensamiento son inmanentes al acto de pensarlos, ¿es mi acto de pensamiento sobre *Pegaso* un caballo alado? Claramente no. Esto motivó a los discípulos de Brentano a separar entre objeto y contenido, y considerar al primero como interno al acto y al segundo como trascendente al acto. Pero si *Pegaso* es trascendente al acto de pensarlo, ¿qué es *Pegaso*? Kasimierz Twardowski defendió, en contra de Bolzano, la idea de que todo acto mental tiene un objeto, y afirmó que de algún modo el contenido es un signo del objeto en cuestión²⁶; pero no especificó la naturaleza del objeto sino solo el hecho de ser trascendente al acto; y tampoco dejó claro cómo el contenido representa a su objeto (§ 2.2.1). Pero si *Pegaso* es un objeto trascendente al acto, ¿cuál es su naturaleza? Alexius Meinong hizo un poco más, al especificar que estos objetos trascendentes pueden ser o bien objetos existentes, subsistentes u objetos más allá del ser y no ser²⁷. Pero tampoco aclaró cómo puede haber objetos subsistentes y más allá del ser y no ser (§ 2.2.2).

²⁶ Twardowski, 1894/1977.

²⁷ Meinong, 1904/1960.

Edmund Husserl dio una respuesta más clara y afirmó que todo objeto es aquello auto-idéntico y susceptible de predicación²⁸. En tal caso, *Pegaso* sería un objeto. Pero, ¿qué clase de objeto? Husserl aceptó que, así como hay objetos reales, también hay objetos ideales²⁹ (§ 2.2.6). Al parecer, *Pegaso* entraría en la categoría de los objetos ideales para Husserl. Si es así, la posición de Husserl sería muy próxima a la de los sentidos en el tercer reino ideal de Frege³⁰. Otra posibilidad es que *Pegaso* no sea más que una expresión significativa. Pero aun así, Husserl, a diferencia de Peirce, explicaba el significado como una relación ideal³¹. Incluso, las expresiones contradictorias, como el círculo cuadrado serían significativas y, por tanto, serían partícipes de esta relación ideal de significado³². Pero no parece claro qué quería decir Husserl con el hecho de que la relación de significado es una relación ideal. ¿Quería decir que es la relación entre un signo y una entidad ideal? Si es así, entonces tanto *Pegaso* como el círculo cuadrado serían entidades ideales. Aunque se reconozca que ciertas entidades son atemporales, como el teorema de Pitágoras, ¿es aceptable poblar el mundo de las idealidades con cualquier cosa que sea pensable? Además, se puede considerar que el recurso a la idealidad es una forma fácil de resolver el problema, pero que no aclara nada si antes no se precisa la naturaleza de estas entidades.

La estrategia de Mally y los meinongianos fue la de distinguir entre dos tipos de predicados, aquellos que son satisfechos o ejemplificados y los que son determinados o codificados. Así, los objetos concretos ordinarios instancian o no todas las propiedades *F*, mientras que los objetos conceptuales o abstractos codifican algunas propiedades, pero sin instanciarlas. *Pegaso* codificaría las propiedades de ser un caballo y de ser alado, sin ejemplificarlas³³. Sin embargo, esto no precisa cuáles son las propiedades *F* que un objeto abstracto sí ejemplifica y cuáles no. Por otra parte, la propuesta de Mally y Zalta de no identificar la cuantificación con lo existente, y de cuantificar a partir de lo que ‘hay’, permite que la existencia sea un predicado y que se pueda distinguir entre lo que meramente se considera y lo que realmente existe³⁴. Esta propuesta tiene la ventaja de no requerir postular objetos ideales y permite crear un sistema de lógica intensional (con-s) sobre los objetos

²⁸ Husserl, 1913/2013, § 3.

²⁹ Husserl, 1913/1999, Investigación Segunda, Cap. 1, §§ 1-2.

³⁰ Frege, 1918-1919.

³¹ Husserl, 1913/1999, Investigación Primera, §§ 11, 13 y 17.

³² *Ibid.*, § 15.

³³ Heike & Zecha, 2018; Zalta, 1988.

³⁴ Zalta, 2004.

abstractos; pero no dice mayor cosa sobre la naturaleza de tales objetos (§ 2.2.7). Tim Crane, por su parte, postuló el *problema de los inexistentes* o la cuestión de cómo puede haber enunciados verdaderos sobre inexistentes, como “*Pegaso es un caballo alado*”³⁵. De acuerdo con Crane, *Pegaso* tiene las *propiedades-dependientes-de-representaciones* de ser caballo y ser alado³⁶. Pero parece no ser más que otra forma de hablar de la codificación, sin aclarar qué es una *representación*; a menos que se esté aceptando que *Pegaso* es una representación mental (RM) (§ 2.2.9).

Se dedicó el Capítulo 3 a las RMs. Apelar a las RMs permite solucionar la mayoría de los problemas asociados a la intencionalidad, así como también dar un fundamento a la intencionalidad originaria de los estados mentales, en oposición a la intencionalidad derivada de los signos externos. Sin embargo, las RMs son entidades bastante sospechosas. A pesar de adoptarse una teoría de la identidad de instancias, por las cuales las RMs se instancian en estados físicos del cerebro, las neurociencias cognitivas han hecho progresos demasiado modestos para establecer cuál sería la realidad material de tales RMs, al igual que del código neural. Parece haber una distancia importante entre individualizar a las RMs por su contenido e individualizarlas como vehículos representacionales físicos, tal y como señala el monismo anómalo de Davidson³⁷. Pero más importante aún, es dudoso el estatus de las RMs como representaciones, en tanto que el Proyecto de Naturalización del Contenido Mental no ha ofrecido una solución convincente acerca de cómo las RMs como vehículos representacionales adquieren su contenido (§§ 3.5-3.10).

¿Qué tiene que decir la *semiótica naturalista* sobre la naturaleza de los objetos intencionales? De lo visto en las secciones anteriores puede plantearse la siguiente posición: 1) Los llamados *objetos intencionales* son los *objetos de la semiosis actual*; es decir, aquello que interpreta el sujeto intérprete del signo. 2) En las formas más simples de semiosis, los objetos intencionales son los mismos objetos reales concretos cotidianos, con los que se ha tenido una experiencia previa en la historia semiótica. 3) En casos como los objetos futuros o la representación errónea, los objetos intencionales siguen siendo los mismos objetos reales de la historia semiótica, solo que son anticipados a partir de las regularidades con las que se ha tenido experiencia en dicha historia. 4) En los demás casos, en los cuales los objetos

³⁵ Crane, 2013, §§ 1.2 y 1.4.

³⁶ *Ibid.*, § 5.5.

³⁷ Davidson, 1970, 1973, 1974.

intencionales no son objetos reales, estos son signos, cuyo significado es sostenido por una historia intrincada de relaciones con otros objetos concretos y signos. Lo último es especialmente claro en el caso de los objetos ficticios, como *Pegaso*. Por tanto, la semiótica naturalista aceptaría el *ficcionalismo* de Searle³⁸ (§ 2.2.8), aunque limitada sólo a estos casos. La semiótica naturalista no necesita apelar a objetos ideales ni a RMs para dar cuenta de la naturaleza de los objetos intencionales. Sin embargo, el cuarto punto requiere algunas palabras adicionales para poder justificarlo en casos diferentes a los de los objetos ficticios.

Alguien podría cuestionar que para los antiguos griegos *Pegaso* no era un objeto ficticio, pues a pesar de ser dado en un relato mitológico, los antiguos griegos no creían que dicho relato fuera una ficción, sino que era real. Podría preguntarse si en las culturas pre-occidentales o no-occidentales se establece la distinción entre el relato de ficción y la realidad. Yo no lo sé, pero al menos parece claro que estas culturas saben qué son la mentira y el engaño, pues en ellas el falso testimonio es fuertemente castigado. El reconocimiento de la dicotomía verdad/falsedad involucra diferenciar entre lo que es significado por el signo y aquello que denota. En la sección anterior vimos que los actos de habla Σ^A modulan la relación entre el enunciado $\Sigma\Sigma$ y el estado de cosas que describen OO , y que los Σ^A llegaban a actuar como signos de dicha relación. Esto es algo que sólo puede ocurrir a nivel simbólico, no en semiosis icónicas ni indexicales, porque precisamente los Σ^A tienen una naturaleza convencional. Es decir que en los animales no-humanos y los bebés muy pequeños no hay una concepción de la falsedad. Pero el hecho de poder modular la relación entre los $\Sigma\Sigma$ s y los OO s descritos hace que la relación referencial se relativice y se convierta en un objeto de discusión, de tal manera que se adquiera conciencia de la misma naturaleza de las palabras como signos. Así que hay un sentido en el que se puede decir que los objetos intencionales son no más que signos, y es aquel en el cual son efectivamente reconocidos como tales, como ocurre en los juegos de simulación y el discurso ficticio. En estos casos lo que es significado por los signos es sostenido por el sistema Σ^* al que pertenece el signo en cuestión, por procesos semióticos como los vistos § 6.6. Cuando un sujeto reconoce que un nombre no es más que eso y que no tiene un referente, no tenemos por qué preguntarnos cuál es objeto intencional más que el signo mismo, porque no es plausible esperar que para el sujeto haya algún objeto más allá del signo.

³⁸ Searle, 1974-1975.

No hay un sentido metafísico en el cual la falsedad sea dependiente de la verdad, como suponía *la teoría de la dependencia asimétrica* de Fodor³⁹ (§ 3.8). La dependencia es más bien empírica y contingente. Para adquirir el lenguaje, se requiere que este tenga un valor referencial, o de lo contrario parece que no podría adquirirse. Pero, luego de esto, cuando aprendemos a diferenciar entre distintos actos de habla que relativizan la relación referencial entre el signo y el objeto, podemos preguntarnos por la falsedad. Incluso, desde cierto punto de vista, no tiene sentido plantearse el asunto de la verdad si antes no se ha planteado la posibilidad misma de la falsedad. Así que no hay razón para suponer una dependencia asimétrica en el modo en que lo planteó Fodor.

Lo anterior se relaciona con el asunto de la *existencia* como un predicado y la falla en la generalización existencial. Que seamos capaces de distinguir entre un signo y lo que denota, y a la vez preguntarnos por la verdad y falsedad, nos permite también preguntarnos por la existencia de las cosas. El plantearse si algo existe involucra que la respuesta pueda ser negativa. Considerar que ese algo es un inexistente parece suponer el reconocimiento de que ese ‘algo’ no es más que un signo. Ponce de León estuvo buscando *la fuente de la juventud*, pero si la fuente de la juventud no existe, entonces esta no es más que un signo. Algo en lo que se podía pensar pero que no involucra ningún compromiso ontológico. En la sección anterior vislumbramos los principios de lo que es el considerar algo sin suponer su existencia. Aquello a lo que se aplicaría el cuantificador ‘hay’ de Mally, Zalta y Crane. La diferencia con ellos es que la semiótica naturalista reconocería que lo que *hay*, más allá de lo que *existe*, no es más que signos. El signo *Pegaso*, como dice Zalta, codifica las propiedades de ser un caballo y ser alado o, como dice Crane, tiene las *propiedades-dependientes-de-representación* de ser un caballo y ser alado. Pero *Pegaso* no es un objeto abstracto, en el sentido de ser ideal, ni es una RM. Es un signo, más propiamente un símbolo, y las propiedades que codifica no le pertenecen en tanto que le sean intrínsecas, sino que son aquellas propiedades que le son imputadas, como decía Peirce, por el hecho de ser un símbolo (§ 4.5). La explicación de cómo le son imputadas estas propiedades hay que buscarla en la historia de cómo la comunidad *P* en cuestión alimentó de significado al símbolo *Pegaso*. Por tanto, podemos preguntarnos acerca de si *Pegaso* existe y puede así la existencia ser un predicado. Si existe, entonces es un objeto ordinario, si no existe entonces *Pegaso* no es más

³⁹ Fodor, 1987/1994, Cap. 4; 1990.

que un signo, referencialmente vacío, y no hay más misterio aquí. Si podemos preguntarnos por la existencia de algo, es obvio que se supone que puede fallar el principio de Generalización Existencial. Pero la semántica naturalista no está comprometida con la SCV ni con el extensionalismo. El hecho de que la semántica naturalista permita que la existencia sea un predicado, también hace que los enunciados existenciales negativos sean posibles y no involucren una paradoja. Estos enunciados son sobre signos y su valor referencial. Dado que separamos al signo de lo que significa, no hay ninguna contradicción entre considerar un signo y predicar la inexistencia de lo que pretende referir.

Se podría objetar que a pesar de que se diga que *Pegaso* y *la fuente de la juventud* son signos, aun así, eran signos con un valor referencial para los antiguos griegos y para Ponce de León, así que para ellos no eran meramente signos sino signos con valor referencial. Suponer que *Pegaso* o *la fuente de la juventud* existen es suponer que yo o alguien más lo podemos encontrar en algún momento. Y suponer eso es anticipar algo del futuro. Y recordemos que el futuro es finalmente una proyección del pasado. Pero, ¿cómo es el caso de que si *Pegaso* y *la fuente de la juventud* no son objetos con los que se ha tenido contacto en el pasado se espere poder encontrarlos en el futuro? La razón es que tales signos pueden ser tratados como referencialmente llenos para el sistema Σ^* que los dota de significado y la comunidad P que sostiene dicho sistema, y como miembros de tales comunidades extenderán la creencia en su carácter referencial a la esperanza futura de encontrarlos. Pero dado que no refieren a nada, su valor significativo solo queda en el cúmulo de relaciones por los cuales reciben significado dentro de Σ^* , así que su realidad sigue siendo la de ser meros signos, así los antiguos griegos y Ponce de León creyeran que referían a algo real. Es claro que se está asumiendo aquí una posición *externista* del significado, en la que el valor de *Pegaso* o *la fuente de la juventud* como signos se explica por la manera en la que han sido dotados de significado, más que por las esperanzas de los antiguos griegos y de Ponce de León de encontrarlos algún día.

Podría decirse que la semiótica naturalista está planteando una nueva forma de *nominalismo*. Decir que los objetos intencionales no son más que objetos cotidianos o signos hace que se considere que los objetos intencionales no son más que objetos concretos y, por tanto, que no hay objetos abstractos. Sin embargo, en la sección § 6.4 se había afirmado la existencia de clases naturales y en la sección anterior se había dicho que las teorías científicas

podían referir a las regularidades de la naturaleza, las cuales tienen una naturaleza general. No se está sosteniendo la posición de que todo lo que hay es necesariamente un objeto concreto; sino más bien que, si un signo tiene un valor referencial y se refiere a un objeto abstracto real, entonces ese objeto es el objeto de la semiosis y es el que pertenece a la relación triádica de la semiosis actual. Pero en cambio, si un signo tiene la pretensión de significar una generalidad, pero ella no es real, no pasará de ser un signo y su realidad como signo depende del Σ^* científico y la P científica que le ha dotado de significado. Incluso, esta posición permite que objetos como el teorema de Pitágoras, que son objetos eternos, y por tanto ideales, en términos de Husserl, puedan ser considerados objetos reales. Más bien, lo que pretende la semiótica naturalista es no llenar el mundo de los objetos eternos y necesarios de cualquier cosa que sea objeto de pensamiento para nosotros. Esto es bastante compatible con el *realismo* peirceano, en oposición al nominalismo.

Sin embargo, hay que considerar el hecho de que en la semiótica de Peirce, los íconos y los índices son objetos concretos, pero los símbolos son objetos abstractos, los cuales se instancian en sus réplicas (§ 4.5). A Peirce le debemos la distinción tipo/instancia (*type/token*), de tal manera que una palabra como “hombre” es un tipo, y cada una de sus apariciones o usos es una instancia, réplica o *token* de ella. Sin embargo, cada réplica de la palabra es un objeto concreto, que está en una relación icónica con las demás réplicas del mismo símbolo, y todas ellas comparten las relaciones convencionales que le dan significado a la palabra, que en buena medida dependen del Σ^* al que pertenece la palabra (§ 6.6). Así que la semiótica naturalista buscaría *descargar* el carácter abstracto del símbolo en las relaciones icónicas y convencionales que sostienen el significado de sus réplicas, buscando de esa manera tratar a los símbolos también como objetos concretos, en vez de abstractos *per se*.

Un último punto que quiero tatar aquí es el de los objetos intencionales como *objetos incompletos*. Si los objetos intencionales son finalmente los objetos reales o son signos, pues parece que son objetos completos, en la medida en que los objetos concretos reales sean objetos completos, es decir, que se ajustan al principio de tercer excluido para cualquier predicado. La excepción serían los objetos abstractos, los cuales, no podrían ser completos. Sin embargo, un problema es si realmente las cosas concretas reales son objetos completos o no. Peirce creía que no, porque parece que no podemos hablar de la completitud de un objeto

sino como un ideal que se cumple en un tiempo infinitesimalmente pequeño (§ 5.1). Este es un asunto de ontología más que de filosofía de la mente. Pero tiendo a simpatizar con esta opinión de Peirce. Los objetos concretos tienen cierto grado de generalidad; al menos en lo que respecta a su identidad a lo largo del tiempo. No son objetos absolutamente singulares. Esto nos conduce al problema de nuestra relación directa con los objetos concretos reales en la percepción. En la próxima sección profundizaremos sobre el problema de la percepción.

7.5 LA CONSTITUCIÓN DE LOS OBJETOS EN LA PERCEPCIÓN

En la sección § 7.3 tomábamos al contacto sensoperceptual como el punto de partida para el análisis de diferentes casos de objetos intencionales. En § 6.4 se explicó que el reconocimiento perceptual involucra interpretación y por lo tanto semiosis de tipo icónico. Hace parte de las condiciones históricas mínimas ideales de la semiosis icónica el hecho de que se presente un contacto previo con el objeto. Pero si todo reconocimiento del objeto supone una interpretación de este, y a su vez se exige un contacto previo con ese objeto, pareciera que la percepción involucra cierto tipo de circularidad. Solo podríamos salir de este círculo si se aceptara que o bien nunca llegamos a tener un contacto directo con el objeto o tiene que haber alguna instancia inicial cero en la cual tenemos el contacto directo con el objeto. Pero cada cuerno de este dilema es insatisfactorio.

Este asunto nos regresa al problema visto en § 5.1 respecto a si la semiótica de Peirce nos permite o no un conocimiento del objeto. Discutimos la posición inicial de Peirce de que toda cognición debe ser causada por una cognición previa. Esto se relaciona con el asunto de que la cosa-en-sí-misma absolutamente determinada sería inalcanzable e incognoscible; pero dado que todo lo incognoscible es inconcebible, la cosa-en-sí-misma sería irreal. Esto tiene que ver con el hecho de que para Peirce no hay objetos completos absolutamente determinados y, por tanto, no hay individuales absolutos, así que las cosas externas serían tan generales como las cogniciones. En esta posición, los objetos concretos parecían inaccesibles y la percepción inexplicable. También veíamos que hacia la mitad de su carrera Peirce reconocía la importancia de los índices para señalar a los objetos con los que se encuentran en una relación existencial diádica. Aquello que es señalado por el índice es una *haecceidad*, en la terminología de Duns Escoto. Pero para Peirce una *haecceidad* no es una cosa individual real, sino que es el reconocimiento de una *esteidad*, de una *otredad*, de un

algo que eventualmente podría llenar los espacios vacíos de algún predicado, y de lo que se anticipa alguna posible sensación de choque en algún futuro indeterminado. En su etapa madura, Peirce introducía su teoría de los *juicios perceptuales* y la noción de *observación colateral* (§ 5.1). La primera reconoce el carácter interpretativo de la percepción, mientras que la segunda tiene que ver con la experiencia previa del objeto para que sea posible la semiosis. Sin embargo, la concepción del objeto concreto real como una *haecceidad*, el carácter interpretativo de los juicios perceptuales y la necesidad de una observación colateral para la semiosis, en vez de ayudarnos a salir de la circularidad señalada, parecen incrementarla.

Para salir de esta circularidad ligada a la percepción, tal vez sea de ayuda mirar a la teoría del *razonamiento científico* de Peirce. De acuerdo con ella, el conocimiento del objeto se va perfeccionando con cada nueva observación, tal como cada experiencia va adicionando determinaciones o reafirmando las ya existentes, de manera que en la opinión final nuestra concepción del objeto coincida con el objeto real. Trayendo esto al caso de la percepción, podríamos decir que en nuestros primeros contactos con el objeto tenemos una concepción muy imprecisa de este, pero ella se va perfeccionando gradualmente con la experiencia repetida con dicho objeto. De esta manera, es posible conciliar que cada nuevo contacto involucra un juicio perceptual interpretativo, pero a su vez se requiera de un contacto previo con el objeto. Por lo tanto, el objeto de la percepción, como objeto intencional, se va construyendo gradualmente con cada nuevo contacto directo con ese mismo objeto.

Peirce nos dice que el juicio perceptual interpreta al percepto que se nos presenta en la experiencia sensorial directa, a través de una inferencia *abductiva*⁴⁰. Habíamos visto sobre la abducción que es un tipo de inferencia fundamentada en la Primeridad y, por tanto, basada en la relación de parecido (§ 4.5). Por lo tanto, el juicio perceptual surge del parecido observado entre el percepto y el objeto de la experiencia anterior. Pero, ¿qué es el percepto? El percepto consiste en lo que se da a la experiencia sensorial inmediata, pero Peirce no es muy preciso al respecto. No es claro si el percepto es la experiencia sensorial completa o si es solo el objeto como se da en dicha experiencia. El percepto es la experiencia cualitativa dada por el contacto sensorial con el objeto, pero en sí mismo no es interpretativo.

⁴⁰ Peirce, 1901, P 802, *Gramática de la Ciencia de Pearson*, OFR2.6; 1903, MSS 305-306, *Sobre la Fenomenología*, OFR2.11; MS 312, *Las Tres Ciencias Normativas*, OFR2.13; MSS 313-316, *La Naturaleza del Significado*, OFR2.15.

Supongamos que el percepto se nos presenta inicialmente, en nuestra primera experiencia sensorial, como una masa confusa e indeterminada de cualidades. Si es así, ¿cómo es posible pasar del percepto al objeto interpretado del juicio perceptual? Pienso que la respuesta está en las mismas relaciones de *contrastes* y *regularidades* entre cualidades que presenta esa masa amorfa. Vimos en § 6.4 que la relación de parecido se basa en el hecho de compartir cualidades. Pero identificar una cualidad involucra poder contrastarla con respecto a otras cualidades. Por tanto, la relación de *contraste* parece ser una condición necesaria para la relación de parecido. Y puede ser que la consistencia de ciertas cualidades en la experiencia fenoménica nos permita realizar, por ejemplo, contrastes *figura-fondo*, por los cuales un objeto comience a destacarse del resto de la masa amorfa del percepto. El objeto concreto real es una substancia distinta del resto de cosa circundantes y con su propia identidad, pero en nuestra experiencia perceptual más prístina es algo que va emergiendo poco a poco, del contraste con todo lo demás, a partir de la experiencia.

Husserl destacaba que el objeto de la percepción no se nos presenta en su totalidad, sino siempre desde una perspectiva, faceta o esbozo (*Abschattungen*), y esta es una característica a priori de la percepción, debido al hecho de que tanto el objeto real concreto como nuestros cuerpos son entidades físicas, que solo pueden tener un contacto parcial⁴¹ (§ 2.2.6). Pero también señalaba que el movernos alrededor del objeto nos permite tener acceso a diferentes perspectivas, que se van acumulando haciendo que se genere una concepción más completa del objeto concreto real⁴². En este aspecto, Husserl anticipó por varias décadas a James Gibson, quien también señaló la importancia del movimiento del organismo para la identificación de invarianzas en el flujo estimulativo del ambiente para la percepción del objeto⁴³. Sin embargo, Husserl creía que el contenido real fenoménico de un acto mental no era la base para el contenido intencional del acto. Husserl argumentó que un mismo contenido intencional de un acto podía presentarse respecto a materias fenoménicas muy diversas. Pero, aunque el contenido intencional pareciera abstraerse respecto a las cualidades fenoménicas, al menos en el caso de la percepción, el contenido intencional debería estar fundado en dicho contenido cualitativo, de manera que tales cualidades tengan un papel relevante en la percepción del objeto (§ 2.2.6).

⁴¹ Husserl, 1913/2013, § 3; 1913/1999, Investigación Sexta, § 3.

⁴² Husserl, 1913/1923, § 41.

⁴³ Gibson, 1979.

Husserl decía que todo acto intencional involucra el *darse* del objeto, que a la vez consiste en la *constitución* del objeto a través del acto, adquiriendo un *sentido* para el sujeto. Podría afirmarse que esta constitución del objeto es lo que está involucrado en la *interpretación* del reconocimiento del objeto en la instancia de la semiosis. Husserl reconoce que en los actos intuitivos la presentación del objeto depende de cierta *aprehensión* (*Auffassung*) respecto a la materia fenoménica del acto⁴⁴, pero es poco lo que dice acerca de cómo ocurre esa aprehensión. Pero esta parece ser una aprehensión interpretativa, y podría estar basada en los mecanismos propuestos por la teoría semiótica.

Ahora bien, el objeto concreto real se conoce *directamente* en el sentido de que está presente en lo que aparece al percepto, pero el objeto intencional de la percepción va surgiendo gradualmente a partir de la experiencia, por lo tanto, no es conocido directamente. Hay que aclarar que esta emergencia gradual del objeto intencional ocurre al inicio de nuestra vida mental, pues luego de cierto grado de desarrollo, el mundo se nos presenta a la sensopercepción no como un percepto ininterpretado, sino como un mundo lleno de cosas constituidas. Es decir, se nos presenta como un *mundo* o *Umwelt*, en el sentido de Husserl y de von Uexküll.

Lo anterior se relaciona con el anti-intuicionismo empírico y el inferencialismo peirceano (§ 4.2). No tenemos un conocimiento directo del objeto, en el sentido de que tengamos una experiencia sensoperceptual directa primera del objeto en el que éste se nos aparezca absolutamente determinado. Sin embargo, si hay algo de lo cual la experiencia sensoperceptual parece darnos siempre un conocimiento directo, y es de aquello que es extraño a nuestras expectativas, de lo que es novedoso, excepcional o diferente, y genera una sensación de sorpresa o choque respecto a lo que era esperado. Precisamente este carácter aleccionador de la experiencia sensoperceptual de la realidad es lo que aprovecha el método científico al apelar a la observación en la fase inductiva del razonamiento científico, garantizaría la dirección del conocimiento hacia la realidad.

⁴⁴ Husserl, 1913/1999, Investigación Sexta, Cap. 3, § 26.

7.6. LA PERSPECTIVA DEL SUJETO

Las secciones anteriores han abordado los problemas del objeto intencional. Pero recordemos que el contenido intencional tiene dos propiedades fundamentales: la independencia respecto a la existencia del objeto y la dependencia de la perspectiva del sujeto (§1.4). Como veíamos en el caso de Husserl, en la percepción el objeto se nos aparece parcialmente, desde cierta faceta o aspecto. Pero también ocurre así en los demás tipos de actos o estados mentales. Este hecho es el que se ve reflejado en la falla de la Ley de Leibniz de los enunciados de actitud proposicional (EAPs) (§§ 1.3-1.4, 2.4). Puede ser verdad que “Hesíodo creía que Fósforo es un planeta”, mientras que es falso que “Hesíodo creía que Héspero es un planeta”, a pesar de que ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ son términos correferenciales. Frege daba cuenta de este problema introduciendo la noción de *sentido*. ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ son dos sentidos o *modos de presentación* diferentes para el mismo objeto. De acuerdo con Frege, en el contexto de las oraciones subordinadas de los EAPs los términos singulares no tienen su referencia habitual, sino que se refiere a su sentido habitual⁴⁵ (§ 2.2.5).

Para la semiótica naturalista los sentidos fregeanos son *signos*. ‘Fósforo’ y ‘Héspero’ son signos diferentes del mismo objeto. La falla en la Ley de Leibniz es explicable por el hecho de que en la historia semiótica de un individuo la relación del objeto ha sido dada a un signo y no a otro. Para los conocimientos astronómicos de los antiguos griegos, el lucero matutino y el vespertino eran objetos diferentes a los que se les tenía asociados nombres diferentes. Pero tal vez se diga que el asunto relativo a este ejemplo no tiene tanto que ver con el uso de dos símbolos lingüísticos diferentes para el mismo objeto, sino con el hecho de que el mismo objeto se presente de dos modos diferentes a la experiencia perceptual. Pero en la posición sostenida por la semiótica naturalista respecto a la percepción, en la que un objeto se convierte en signo de sí mismo (§ 6.4), es posible que el mismo objeto en dos modos de presentación diferentes sea dos signos diferentes conduciendo a dos objetos intencionales respecto al mismo objeto real. Esto es posible, porque la historia semiótica no proporciona la suficiente experiencia para establecer la identidad del objeto bajo los dos modos de presentación. Supongamos que O’ y O’’ son dos modos de presentación del mismo objeto O; de tal manera que cada uno se convierte en signo de sí mismo, pero la historia semiótica no

⁴⁵ Frege, 1892b.

ofrece la oportunidad para la identificación de ambos. Esto podríamos representarlo como se muestra en la Figura 7.4.

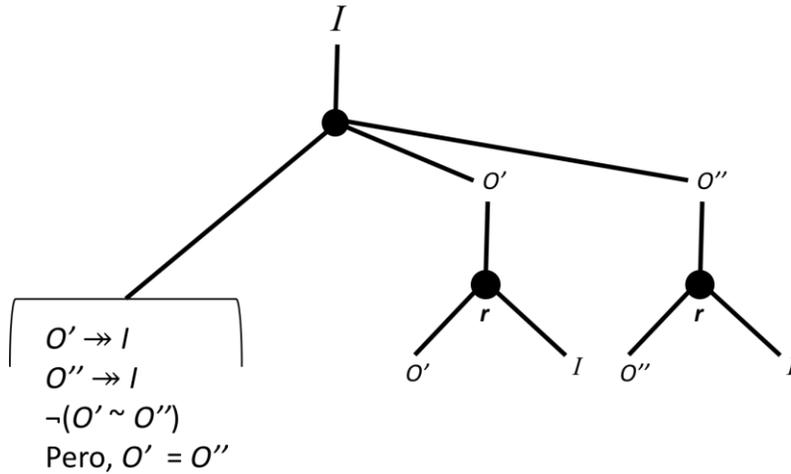


Figura 7.4. Historia semiótica asociada a la falla en la Ley de Leibniz. En la historia semiótica el sujeto puede haber tenido un contacto sensorial tanto con O' como con O'' , que son modos de presentación del mismo objeto, aunque tanto O' como O'' aparecen de modo suficientemente diferente como para que el sujeto no reconozca un parecido (\sim) entre ellos; a pesar de que son el mismo objeto.

Al contrario de lo que ocurre en los casos de representación errónea, donde un objeto se confunde con otro por una falta de discriminabilidad; en este caso lo que ocurre es un exceso de discriminabilidad, de tal manera que dos instancias del mismo objeto no se identifican, sino que se toman como diferentes. Esto puede ocurrir porque el objeto no es discriminado de sus circunstancias de presentación, y dichas circunstancias pueden ser lo suficientemente diferentes como para que se impida la identificación del objeto a través de diferentes circunstancias. Por eso, en la Figura 7.4 aparece que $\neg(O' \sim O'')$, de tal forma que O' y O'' no se perciban lo suficientemente parecidos y falle la semiosis icónica. Esto es lo que presumiblemente ocurriría en el ejemplo de Fósforo y Héspero.

En la teoría de Frege, la captación del pensamiento relativo a un enunciado asertivo es la puerta de acceso a su valor de verdad, bajo la consideración de que la referencia de un enunciado es o bien lo verdadero o lo falso⁴⁶. ¿Son los signos mediadores de los referentes, así como lo son los sentidos fregeanos? En la semiótica peirceana el referente de un

⁴⁶ Frege, 1891b; 1892b; 1895; 1918-1919.

enunciado no es su valor de verdad, como veremos en la siguiente sección. Pero el signo es mediador de acceso al objeto en el sentido visto en § 6.2, por el cual el signo es el mediador entre el objeto y el intérprete, en la relación triádica de la semiosis actual. Sin embargo, una diferencia importante entre la perspectiva de Frege sobre los sentidos y los signos en la semiótica es que los sentidos fregeanos son entidades ideales casi platónicas. Los signos, en cambio, son entidades concretas. Los casos tratados por Frege tienen que ver con signos lingüísticos, y como lo vimos en § 6.6, su naturaleza significativa depende de la comunidad P que los utiliza; así que su carácter como signos es de naturaleza más bien intersubjetiva. Por esa razón, los símbolos corresponden a una historia semiótica compartida entre los miembros de P .

7.7 ACTITUDES PROPOSICIONALES Y PROPOSICIONES

La mayor parte de este capítulo ha tratado del objeto intencional. En esta sección hablaremos de los enunciados de actitud proposicional (EAPs), los estados de AP y la naturaleza de las proposiciones. Recordemos que los EAPs son aquellos tipos de enunciados empleados dentro de nuestra Psicología Popular (PP) para describir y explicar la conducta de los sujetos, atribuyéndoles estados con un contenido intencional. En § 7.2 habíamos aceptado un relacionismo representacional como estructura de los estados de AP, según el cual dichos estados tienen la estructura: $R^{\Psi} \sigma ps$, en la que hay una relación de representación (R) entre el signo (σ), el contenido proposicional (p) y el sujeto (s) o intérprete, y dicha relación está cualificada por el verbo de actitud psicológica (Ψ). El relacionismo representacional afirma entonces que la relación entre el sujeto y el contenido proposicional está mediada por el signo. Esto permite dar cuenta de la falla en la Ley de Leibniz, como se vio en la sección anterior, y evita las dificultades del russellianismo ingenuo surgidas del hecho de tomar la relación entre el sujeto y el contenido como una relación diádica (§ 2.3.1).

El relacionismo representacional, también permite superar el problema más acuciante del fregeanismo, el de la *identidad intencional*, por el cual, dado que los modos de presentación son tan idiosincráticos y subjetivos a cada persona, no sería el caso que diferentes personas pueden compartir los mismos contenidos proposicionales⁴⁷ (§ 2.3.2). Se

⁴⁷ No sobra recordar que para Frege los *modos de presentación* son propiedades exclusivas del objeto que cuando se expresan lingüísticamente se transforman en sentidos y se corresponden con el sentido de una descripción definida. Los

explicaba en la sección anterior que es posible que diferentes personas tengan estados de AP compartidos, debido a que tienen historias semióticas compartidas, en las que su contacto con ciertos objetos o eventos han estado mediados por los mismos símbolos. También se dijo en § 7.2 que la teoría de la referencia directa rechazaba el fregeanismo debido a que negaba que hubiese sentidos fregeanos que mediaran el acceso a la referencia. Pero tal vez lo que se critica respecto a los sentidos fregeanos sea el carácter abstracto y oscuro, y la manera como se realiza dicha mediación en la perspectiva de Frege. Sin embargo, si los sentidos se entienden como signos y se explica la mediación como se ha entendido en la semiótica naturalista, las objeciones realizadas desde la teoría de la referencia directa no tendrían mayor fundamento. Un caso más problemático contra el fregeanismo es el de las expresiones indexicales y demostrativas, las cuales parecen ser independientes de sentidos, y en consecuencia de signos. Pero el relacionismo representacionista de la semiótica naturalista tiene elementos para tratar con este problema. A pesar de que el significado de los símbolos es sostenido por el sistema simbólico Σ^* al que pertenece, en § 6.6 se explicó que el lenguaje se adquiere inicialmente a través de semiosis indexicales. Las expresiones demostrativas y deícticas son dependientes del contexto de emisión e involucran una relación existencial con el objeto o evento que están denotando. Así, tales expresiones actúan como índices de sus objetos semióticos en cuestión. Más bien, la ventaja de la semiótica naturalista es que ofrece un marco suficientemente amplio y flexible que abarca tanto los casos en los que las expresiones referenciales son demostrativos o deícticos, como también nombres propios e incluso descripciones definidas, evitando la reducción de la referencia a cualquiera de ellas y estableciendo una relación de progresión de unas a otras.

Se podría decir que el relacionismo representacional de la semántica naturalista es afín a la *teoría del indexical oculto* (2.3.3). De acuerdo con esta teoría, la cláusula subordinada de un EAP se refiere a una proposición russelliana, pero la forma lógica del EAP involucra la mediación de la relación entre el sujeto y el contenido proposicional por un modo de presentación. Si el modo de presentación es entendido como un signo, entonces la semiótica naturalista estaría planteando algo muy similar a la teoría del indexical oculto. La

sentidos fregeanos son objetivos, lo que es subjetivo es la *Vorstellung*, traducida muchas veces como *representación*, pero no en el sentido de Peirce. Cuando en esta sección se dice que los modos de presentación pueden ser idiosincráticos y subjetivos, me refiero al *fregeanismo*, como una posición posterior representada por diferentes autores y de la que se habló en § 2.3.2.

teoría había sido propuesta inicialmente por Stephen Schiffer, pero luego él mismo se convirtió en su principal crítico. La teoría afirma que las creencias son relaciones ternarias entre el sujeto s , la proposición russelliana p y el modo de presentación m ; de tal manera que un enunciado de creencia tendría la forma: “ S cree que p bajo m ”. Sin embargo, Schiffer consideró que esta estructura es la misma que la del enunciado “Camelia besó a Ralph bajo el muérdago”, pero la relación de besar no es ternaria. Esto supondría entonces que la relación de creer también sería diádica⁴⁸. Pero si los verbos de actitud son modulaciones de la relación de representación, y la relación de representación es una relación triádica, como se explicó en § 6.2, entonces el problema señalado por Schiffer no se debería presentar. La dificultad en la posición de Schiffer ocurre por el hecho de que no se tiene una teoría de las *relaciones triádicas* como relaciones de mediación, irreductible a relaciones diádicas, como se presenta en la lógica de relativos de Peirce (ver § 4.3).

Una de las ideas básicas de la teoría del indexical oculto es que la proposición p es una *proposición russelliana*. Veíamos que las proposiciones russellianas son entidades estructuradas, cuyos componentes básicos son los objetos, propiedades y relaciones involucrados (§ 2.3.1). En términos generales, las proposiciones russellianas son hechos o situaciones, que son descritas o nombradas por una proposición⁴⁹. Para el relacionismo representacional de la semiótica naturalista, las proposiciones con las que están en relación los sujetos en los estados de AP son proposiciones russellianas, o si se quiere, los estados de cosas o hechos descritos por las cláusulas subordinadas de los EAPs. Pero, ¿cuál es la naturaleza de estas proposiciones? La respuesta es muy semejante a la de los objetos intencionales. Decíamos que la naturaleza de los objetos intencionales es que estos o bien son los objetos ordinarios de nuestra experiencia pasada o son signos (§ 7.4). En el caso de la semiótica naturalista, podemos decir que la naturaleza de las proposiciones consiste principalmente de hechos o estados de cosas de nuestra experiencia previa. Se puede decir que en general nuestros estados de AP consisten en la relación de un sujeto a estados de cosas posibles en un futuro indefinido. Sin embargo, como lo vimos para el caso de los objetos, los estados de cosas que se vislumbran hacia el futuro son una proyección de nuestro pasado.

⁴⁸ Schiffer, 2008.

⁴⁹ Hasta donde entiendo, las proposiciones russellianas son semejantes a las *situaciones* tal y como son propuestas en la *Semántica de Situaciones* de Barwise & Perry (1983/1992). Así que la semiótica naturalista sería también afín a la propuesta de la semántica de situaciones en cuanto a cuál es la naturaleza de las proposiciones

Nuestras anticipaciones del futuro están basadas en nuestra historia semiótica y especialmente en su diversidad. Cuanto más diversa es nuestra historia semiótica mayor capacidad para relativizar nuestras expectativas futuras. Se puede decir que cuando el sujeto *s* cree, teme, espera, desea, supone, considera un *p*, en todos estos casos el verbo de actitud modula una relación con respecto a un estado de cosas descrito por *p*, que podría presentarse en un futuro indefinido. En el siguiente capítulo trataré el tema de los verbos de actitud (§ 8.2). Lo que quiero resaltar aquí es que el contenido proposicional es en buena medida una expectativa futura y dicha expectativa tiene sus bases en lo que ha ocurrido en el pasado. Por tanto, realmente aquello a lo que los estados de AP se refieren es a nuestro pasado proyectado hacia nuestro futuro.

Esta concepción respecto a las proposiciones se puede ver como una versión de la teoría pragmaticista del significado (§ 4.7). De acuerdo con Peirce, el carácter general de los conceptos que actúan como predicados o remas, hace que estos se refieran a estados de cosas posibles, que determinan la acción de los individuos, delimitando qué se puede hacer y qué no bajo ciertas circunstancias. Tal determinación es especificada en términos contrafácticos, como posibilidades que pueden llegar a actualizarse en un futuro indeterminado, e incluso nunca, en el futuro del sujeto. Así, los contenidos proposicionales de los estados de AP pueden verse como reglas de instrucción de lo que se debe hacer cuando se presenten ciertas circunstancias. Como regla, es un símbolo, y tiene un carácter de Terceridad. Pero lo que se entienda por esa regla está anclado al pasado, pues es la historia pasada la que da el fundamento para establecer la regla. En consecuencia, el contenido proposicional consistiría en proposiciones russellianas que establecen reglas para la acción, en un futuro indefinido. Para la semiótica naturalista, un estado de AP sería una disposición o hábito para comportarse de cierta manera bajo ciertas circunstancias, donde las circunstancias son especificadas por la expresión que actúa como sujeto en la proposición russelliana y las reglas para la acción son especificadas por el predicado de dicha proposición.

Una objeción obvia a la posición anterior es que una expresión respecto a un estado de cosas de un futuro indeterminado no es algo que se haya vivido en el pasado. Por ejemplo, si se afirmara que “Juan cree que si gana la lotería compraría una fábrica”, establecería una regla acerca de qué haría Juan (comprar una fábrica) bajo ciertas circunstancias (ganar la lotería). Ahora bien, se puede protestar que Juan en el pasado nunca ganó la lotería y tampoco

compró una fábrica, así que no tiene sentido afirmar que aquello significado por una proposición es algo del pasado. Sin embargo, a partir de la semiótica naturalista es claro que los mecanismos por los cuales algo adquiere un significado pueden ser muy complejos. Si fuera cierto el EAP acerca de Juan, es de suponer que Juan sabe por su historia semiótica que es una lotería y qué consecuencias conlleva ganarla, a pesar de que no la haya ganado nunca. Igualmente, si piensa que es deseable comprarse una fábrica, será porque a través de su historia semiótica aprendió que esto es valioso. Así que, al final, lo esperado para el futuro termina estando anclado de una u otra forma en el pasado. Lo que se espera hacia el futuro es al final una inferencia a partir de lo vivido directa o indirectamente.

Dado lo anterior, se rechaza el oracionalismo de Carnap⁵⁰ (§ 2.3.5). Tiene poco sentido decir que un estado de AP consiste en la relación de un sujeto con una oración, a menos que se entienda a una oración como el objeto intencional, como cuando se utiliza un metalenguaje, o que la oración sea un signo. Esto también abarca a la versión de la TRM que adopta la *Hipótesis del Lenguaje del Pensamiento*, como la de Fodor⁵¹ (§ 3.2). La TRM dice que el sujeto está en una relación con una RM que tiene una estructura oracional. Pero dicha relación es una de tipo computacional, que consiste en la operación de ciertas reglas sintácticas sobre dicha estructura oracional. Sin embargo, una operación sintáctica consiste sólo en la transformación de una RM en otra, que será almacenada en la memoria del sistema. Pero para la semiótica naturalista, el desarrollo del hábito que determina una acción bajo cierto estado de cosas es determinado por la historia semiótica del individuo, y no requiere de ningún proceso de operaciones computacionales sobre símbolos oracionales con un contenido explícito, sino que puede tener un carácter más bien tácito, como señalaba Dennett⁵². Tampoco se apoyaría el análisis paratáctico de Davidson, si lo que este asume es que aquello que es indicado por la partícula ‘que’ es meramente una oración. Si lo que es indicado por *p* es una proposición russelliana, como reconocería la semiótica naturalista, el análisis paratáctico es innecesario⁵³. De manera semejante, si la semántica naturalista se adhiere al russellianismo proposicional, tampoco sería necesario apelar a una semántica de mundos posibles.

⁵⁰ Carnap, 1932-3; 1947.

⁵¹ Fodor, 1975/1984; 1987/1994.

⁵² Dennett, 1987/1998, Cap. 6.

⁵³ Davidson, 1975.

Finalmente, ¿cuál sería la naturaleza de los *enunciados de actitud proposicional* (EAPs)? Los EAPs tienen el propósito de atribuir estados de actitud psicológica a los individuos. Como veremos en el siguiente capítulo (§ 8.2), la semiótica naturalista asume una posición realista respecto a los estados mentales como estados con un contenido intencional; así que los EAPs son enunciados descriptivos, que puede ser verdaderos o falsos. Tales enunciados serán verdaderos o falsos en cuanto realicen una adecuada descripción de los estados y contenidos mentales del sujeto al que se atribuyen. Pero para aclarar el contenido de estos enunciados, tendremos que explicar cuáles son las naturalezas de los estados y contenidos mentales, que veremos en §§ 8.2-8.3. Ahora bien, de acuerdo a la semiótica naturalista, los EAPs son símbolos, y como tales, su significado está determinado convencionalmente. Así, aunque puedan existir ciertas evidencias objetivas para la atribución de estados mentales, esta atribución está altamente determinada por las comunidades lingüísticas, y sería esperable que existan diferencias sociales respecto a estas atribuciones. Volveré sobre este punto en § 8.5.

7.8 LA NATURALIZACIÓN DEL CONTENIDO MENTAL

En el Capítulo 3 dedicamos un espacio importante a tratar las teorías del Proyecto de Naturalización del Contenido Mental (PNCM) (§§ 3.5-3.10). Recordemos que este proyecto tiene el propósito de reducir la relación de representación a una relación más aceptable para las ciencias naturales, pero que no involucre el semanticismo de la misma noción de representación. Sin embargo, este proyecto choca con la perspectiva de la semiótica naturalista, porque esta sostiene que la relación de representación es una relación triádica, y las relaciones triádicas son irreducibles a relaciones diádicas (§ 6.2); pero el PNCM buscaría dicha reducción. El PNCM es subsidiario de la TRM y supone que la relación de representación es una relación diádica entre algún estado físico del sistema nervioso y algún ítem externo del mundo. Además, asume que el contenido del vehículo neural representacional es de tipo subpersonal. Sin embargo, la semiótica naturalista considera que la relación de representación es de naturaleza personal. La semiosis actual es algo que requiere el percatarse del signo, a pesar de que la interpretación de este sea en su mayoría involuntaria, e igualmente debe estar basada en una relación directa con el objeto.

Curiosamente, las teorías del PNCM han echado mano de las relaciones sobre las que se basa la semiosis para estructurar su historia semiótica, ya sea la relación de similitud, causalidad y los roles semánticos en un sistema lingüístico. Más bien se puede decir que, dada la realidad de la relación de representación con signos externos, esta se ha extendido para intentar dar cuenta del carácter representativos de las RMs como entidades teóricas. La excepción son las teorías bioteleológicas. La ventaja de las teorías bioteleológicas está en ofrecer una explicación naturalista de la normatividad del contenido. Esta explicación es afín a la manera como se dio cuenta de la representación errónea en § 7.3. Sin embargo, en § 7.4 se dieron razones para pensar que la conciencia de la dimensión verdad/falsedad respecto a los signos es algo que se aprende en base al uso y el intercambio lingüístico comunitario; y aunque pueda ser que el lenguaje responda a mecanismos comunicativos establecidos por selección natural, la explicación de la semiótica naturalista es más completa. Así que la normatividad semántica asociada a las dimensiones de lo verdadero y lo falso no parece ser capturada por la normatividad biológica relativa al correcto funcionamiento de un dispositivo biológico.

Finalmente, a pesar de que la semántica naturalista no se ajusta a los patrones del PNCM, busca ofrecer un marco desde las ciencias naturales para dar cuenta de los fenómenos semióticos. En § 6.1 se dieron algunas razones para esto. En primer lugar, el tratar a la *semiosis* como un evento, que puede ser explicado. Segundo, el hecho de que se estableció la relación de la semiosis actual con la historia semiótica, buscando definir una relación del tipo *explanandum* y *explanans*. Y tercero, se ha hecho un esfuerzo importante por presentar una perspectiva de la semiótica que no sea circular y que sea en tercera persona, de tal manera que apela a relaciones externas al sujeto para dar cuenta de las interpretaciones del sujeto. Por lo tanto, la semiótica naturalista pretende ofrecer una perspectiva naturalista de los fenómenos asociados al significado, la representación y el contenido mental; pero sin comprometerse con la reducción de estos fenómenos a otros de naturaleza no semántica.

Capítulo 8. LA MENTE SEMIÓTICA

Este capítulo está dirigido a explorar algunas consecuencias de la semiótica naturalista y el relacionismo representacional sobre la naturaleza de la mente. En § 8.1 se defiende la tesis de Brentano y se plantea un intencionalismo semiótico como posición acerca de lo mental. En § 8.2 se aborda el problema de qué es un estado mental y su relación tanto con la semiosis actual así como con los hábitos que determinan la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual. En la sección § 8.3 se aborda la ambigüedad de la noción de contenido mental y se establece con qué noción se compromete la semiótica naturalista. En § 8.4 se plantea el problema de la causalidad mental y se abarca la cuestión de cómo los contenidos mentales determinan las acciones. Luego se trata la cuestión de la explicación de la acción a partir de razones y su relación con la justificación racional (§ 8.5). En la sección § 8.6 se presenta una definición de qué es un sujeto con mente. El problema de la relación entre conciencia fenoménica y semiótica naturalista se aborda en § 8.7. El problema mente y cuerpo es considerado en § 8.8. Finalmente, los puntos de encuentro y diferencia entre la semiótica naturalista y el conexionismo y la cognición corporizada se tratan en § 8.9.

8.1 INTENCIONALISMO SEMIÓTICO Y TESIS DE BRENTANO

La *tesis de Brentano* (TB) es la posición de que los estados mentales e intencionales son correferenciales, de tal manera que la intencionalidad es el criterio de la mentalidad. Lo característico de lo mental es el hecho de tener un *contenido*, de *ser acerca de algo*, de *estar dirigido a algo*. Sin embargo, Brentano trazó una distinción tajante entre fenómenos físicos y mentales y para él solo los últimos tenían la propiedad de la intencionalidad, porque eran aquellos en los que el contenido era inmanente al acto mental (§ 1.2). Pero los fenómenos físicos de Brentano tratan del contenido cualitativo de la sensopercepción, relativo a los objetos externos que los causan, y pueden ser susceptibles de propiedades intencionales, como en el caso de las ilusiones y alucinaciones. Por lo tanto, la TB debería cubrir también a los llamados fenómenos físicos por Brentano.

La *semiótica naturalista* es una posición que afirma la TB, es decir, que considera que lo característico de los estados mentales es el hecho de tener un contenido, de ser acerca de o estar dirigido a algo. Lo distintivo de la semiótica naturalista es que afirma que el hecho de que los estados mentales estén dirigidos a algo es una propiedad mediada por signos, o

mejor, por procesos semióticos. No es una relación directa hacia el objeto o el estado de cosas hacia el que se está dirigido, sino que puede haber una intrincada cadena o red de procesos semióticos para dirigirse de manera indirecta hacia el objeto o estado de cosas que son los contenidos de los estados mentales. También considera la semiótica naturalista que los contenidos de los estados mentales son externos al sujeto, es decir, no son relaciones a representaciones mentales (RMs). Por lo tanto, la semiótica naturalista postula un *relacionismo representacionalista y externista* (§ 7.2), que supone que los estados mentales son relaciones del sujeto con el mundo externo a él.

Para la semiótica naturalista, tener mente consiste en la potencialidad de ser intérprete en relaciones semióticas. Los estados mentales involucran interpretación y la interpretación es inferencia. Los diferentes tipos de semiosis, icónica, indexical y simbólica, son formas de inferencia, generalmente involuntaria y no controlada. Toda forma de cognición, desde la percepción hasta el razonamiento deductivo, involucra procesos inferenciales y, por tanto, semióticos. Nos movemos en un mundo en el que interactuamos con él a través de signos. Los signos nos guían para la acción. Nos permiten buscar y encontrar las cosas. Nos permiten anticipar y prevenir los peligros. Los signos son omnipresentes. Todo lo que está al alcance de nuestras capacidades perceptuales y manipulativas es un signo. Incluso, cada cosa reconocida es un signo de sí misma (§ 6.4). Nuestro *mundo circundante*, o el *Umwelt*, como el entorno que se nos presenta con sentido, de Husserl o von Uexküll¹, es un mundo de signos y sus objetos, relacionados entre sí de una manera relativamente coherente. En este mundo, los objetos se *dan*, se *aparecen*, se *configuran* y adquieren *sentido* para el organismo a través de procesos semióticos (§ 7.5).

Por lo tanto, lo que se propone aquí es un *intencionalismo semiótico* sobre lo mental. El relacionismo representacional de este intencionalismo semiótico involucra que tener estados mentales es estar en relaciones mediadas por signos con las cosas del mundo. El principal problema del relacionismo intencional (RI) es el hecho de cómo se puede estar en relación con objetos inexistentes, así como frecuentemente lo son los objetos intencionales. Pero en el capítulo anterior veíamos que la manera que tiene la semiótica naturalista para enfrentar este problema y defender el RI es afirmando que los objetos intencionales son o bien los objetos de nuestro pasado o son signos, que a su vez están apuntalados por procesos

¹ Husserl, 1913/2013, §§ 27-28; Von Uexküll, 1945

semióticos a objetos existentes en el pasado (§§ 7.3-7.4). Nuestros estados mentales están, en general, dirigidos a nuestro futuro. Nuestros procesos cognoscitivos son formas de anticipar, planear y prepararse a posibles eventos futuros. Pero la base para esto es nuestro pasado. Nuestro presente es el punto en el cual nuestro pasado se proyecta hacia el futuro. La mentalidad es la capacidad de esa proyección. Peirce sostenía que lo propio de lo mental es su carácter teleológico, su dirección hacia el futuro (§ 5.7). Pero también reconocía que para que se presente esa dirección al futuro se necesita la adquisición de hábitos (§§ 4.4, 5.5). Los hábitos se forman en el pasado, pero con la vista puesta en lo que ocurrirá más adelante, como formas de previsiones. Sin embargo, el *idealismo objetivo* de Peirce atribuía esta propiedad de adquirir hábitos, dirigirse a un futuro y tener mentalidad a la naturaleza en general (§ 5.7). La semiótica naturalista es, en cambio, escéptica respecto a esta atribución de mentalidad a la naturaleza, y más bien sostiene que hay seres con mente y seres sin mente. Los seres con mente son aquellos que pueden formar hábitos, y gracias a ellos pueden dirigirse hacia el futuro. Para ser un ser con mente se debe tener cierto tipo de capacidades biológicas, que permitan la adquisición de hábitos. No cualquier sistema físico puede formar hábitos y tener una mente. En § 8.6 se hablará más acerca de estas capacidades.

En § 1.5 vimos que los dos principales desafíos para la TB eran el hecho de que se presente intencionalidad sin mentalidad y que se presente mentalidad sin intencionalidad. El primer caso tenía que ver con la existencia de objetos no mentales que tienen algún contenido, como los signos externos. La perspectiva semiótica ha mostrado que los estados mentales son estados representacionales a través de signos. Por lo tanto, los poseedores primarios de contenido son los signos, en cuanto representan a otros objetos. Estos signos no poseen intencionalidad derivada, sino que al contrario son los procesos semióticos mediados por tales signos los que constituyen la intencionalidad originaria (§ 7.1). Así que la significación a través de signos no son excepciones para la intencionalidad semiótica, sino que al contrario son los casos paradigmáticos de esta perspectiva.

Podría decirse que hay cierta ambigüedad en la noción de *contenido*, cuando se dice que los estados mentales de los sujetos tienen un contenido, así como también los signos. Finalmente, ¿de qué se predica el contenido? Pues de ambos a la vez. El contenido de los estados mentales es el objeto interpretado de los signos, es exactamente el mismo contenido para ambos. Tal vez el contenido se predica en un sentido diferente de ambos. El sujeto

interpreta al signo, mientras que el signo no interpreta. Pero es el mismo acto: de representación por parte del signo y de interpretación por parte del sujeto. El contenido no es una propiedad intrínseca de los estados mentales, como al parecer sostenían Twardowski y Meinong (§§ 2.2.1-2.2.2); sino que es una propiedad relacional. Es una propiedad del signo en cuanto representa al objeto y es una propiedad del sujeto en cuanto interpreta al signo representando al objeto. Tal vez sea mejor decir que el contenido es una propiedad de la relación triádica de representación. O aún mejor, es lo mismo hablar de contenido que de representación, pues al final todo lo que tiene contenido representa algo y todo lo que representa tiene un contenido.

Más crítico para el intencionalismo es el asunto de que puede haber estados mentales no intencionales. Algunos señalaron que casos como los dolores son estados mentales, pero no tienen un contenido, y por lo tanto no son intencionales. Searle habló de estados de nerviosismo, júbilo o ansiedad no dirigida como estados no intencionales². Esto se relaciona con el hecho de que Searle haya considerado a la conciencia como más fundamental para la mentalidad que la intencionalidad³. Hablemos primero del dolor. El placer y el dolor se pueden ver primero como sensaciones asociadas a los objetos con los que se tienen un contacto directo, y los cuales son en principio los objetos intencionales⁴. Pero en ocasiones, en especial con el dolor, este puede persistir fuera del contacto con el objeto que causó el dolor, en cuyo caso, como sugiere Crane, el objeto intencional parece ser el miembro o la parte del cuerpo lastimada⁵. El dolor parece ser un llamado de atención a proteger o sanar la parte del cuerpo donde se siente. Las personas que no sienten dolor tienen una mayor tendencia a lastimarse y tienen una expectativa de vida menor. A través del dolor, “nuestro cuerpo nos dice algo”. Se podría ver al dolor como un caso límite, por el que estamos diseñados para atender, como una alarma, a algo que no funciona bien en nosotros. El dolor generalmente es localizado, y así nos alerta sobre qué parte del cuerpo debemos atender. Así que es posible decir que el objeto intencional de la sensación de dolor es la parte de nuestro cuerpo en la que se localiza.

² Searle, 1983/1984, Cap. 1.

³ Searle, 1992/1996.

⁴ Esta posición es sostenida por Husserl en 1913/1999, Investigación Quinta, § 15, a).

⁵ Crane, 2009.

El otro caso es el de ciertos estados de ánimo no dirigidos. Estos no son localizados, así como con el dolor y, por tanto, su objeto no es alguna parte del cuerpo. Crane sugiere dos soluciones. O bien que tales estados de ánimos pueden ser causados por cierto objeto intencional no inmediatamente obvio, pero que puede revelarse con un examen adicional, o que el estar deprimido o no son simples propiedades comunes de cómo se experimentan muchos estados mentales, y en tal sentido hace parte del modo más que del contenido intencional⁶. Creo que ambas soluciones son innecesarias. En primer lugar, en cuanto cierto estado de ánimo sea causado por algún hecho externo, si no se hace el esfuerzo por identificarlo, este no será un objeto intencional. En segundo lugar, aunque sea cierto que algunas ‘coloraciones’ afectivas acompañan a muchos estados mentales, esto no parece resolver el hecho de que se presenten tales coloraciones sin algún objeto. Puede ser que al final de la noche me sienta cansado, e incluso deprimido; pero en la mañana, luego de levantarme, me sienta jubiloso, incluso, casi maníaco, y sin ninguna razón aparente. Tal vez esto esté más relacionado con el funcionamiento biológico de nuestro cuerpo y no es propiamente un fenómeno mental. Podemos muchas veces no ser conscientes de nuestro estado anímico. Lo sabemos, porque a veces caemos en cuenta de él, o alguien nos hace darnos cuenta de ello. Paradójicamente, cuando somos conscientes de nuestro estado anímico, este se convierte en objeto intencional, en el que, a diferencia del dolor, no es una parte del cuerpo la involucrada, sino nosotros como un todo. Y en tal caso, ya es un fenómeno intencional y a la vez mental. Pero mientras sea inconsciente, no es un fenómeno mental sino más bien biológico. Más adelante, en § 8.7, regresaré al asunto de lo consciente y lo inconsciente.

En consecuencia, es posible defender el intencionalismo, y en nuestro caso el intencionalismo semiótico. Así que todos los estados mentales son estados que involucran un contenido y tienen una estructura relacional y representacional. Sin embargo, hay otra amenaza para el intencionalismo semiótico: La *conciencia*. A partir de las formas en que ocurren los distintos tipos de semiosis (§§ 6.4-6.6, 7.5), se puede decir que la conciencia fenoménica es una condición para la semiosis y, por lo tanto, para la intencionalidad. Si esto es así, entonces la conciencia fenoménica sería más fundamental que la semiosis y la intencionalidad. Creo que es así, pero, diferiré la discusión de la relación entre semiosis y

⁶ *Ibid.*

conciencia fenoménica hasta § 8.7, pues se deben abordar antes otros temas para tenerlos en cuenta en esa discusión. Solo quiero resaltar que la idea sostenida aquí es que todos los fenómenos mentales son fenómenos intencionales, en el sentido de que tiene un contenido, o están en alguna relación (representacional) a algo. Esto es lo característico de lo mental y, por tanto, el intencionalismo semiótico defiende la TB.

8.2 LOS ESTADOS MENTALES

Si, de acuerdo con lo que se dijo en la sección anterior, lo mental se iguala con el tener un contenido, y tener un contenido es estar en una relación de representación respecto a algo, entonces la semiótica naturalista sostiene una posición relacional de lo mental. Esto tiene consecuencias en la noción de estado mental. La mentalidad no consiste en una propiedad intrínseca de ciertos individuos; sino que consiste en estar en cierto tipo de relación con algunos objetos, en particular, en relaciones de representación.

Sin embargo, la noción de estado mental es ambigua, y esto afecta a cómo se toma dicha noción en la semiótica naturalista. Esa ambigüedad se manifiesta en el uso de diferentes expresiones como 'fenómenos mentales', 'actos mentales', 'eventos mentales', 'procesos mentales', 'actitudes mentales', etc., los cuales muchas veces se usan de manera intercambiable con la expresión de 'estado mental' y entre ellas mismas. Pero se pueden distinguir dos conceptos que se relacionan a la estructura de la relación semiótica vista en § 6.3. El primer concepto es respecto a la *semiosis actual*, la cual trata de un evento consciente, no necesariamente voluntario, de semiosis, en el que se “piensa” en el objeto en virtud del signo, o si se quiere, el objeto se hace presente a través del signo. A estos se les puede llamar propiamente *eventos* y ocurren en la 'corriente de la conciencia'. Hacen parte de ellos nuestro contacto inmediato con todo lo que se nos presenta directamente a la sensopercepción, así como el contacto mediato con todo lo que se nos presenta indirectamente a través de la inferencia semiótica. La mayoría de estas inferencias son involuntarias y no controladas, pero también pueden ser altamente controladas, como en el trabajo concentrado para obtener un resultado particular. Esta noción de *evento mental*, estaría muy emparentada con la noción

de conciencia de Husserl, como evento vivenciado, pero que tiene un contenido intencional, pues es acerca de un objeto⁷.

La noción de evento involucra *cambio*. El flujo de la conciencia fenoménica se caracteriza porque siempre está cambiando, así sea que estemos sentados, quietos, ‘no haciendo nada’. Esta noción de evento es bien diferente a la de Davidson, para quién los eventos mentales tienen que ver con aquellos estados físicos del cerebro que tienen poder causal para producir acciones⁸. En el caso de Davidson lo importante es justificar el hecho de que los estados mentales, como razones para la acción, también son causa de ella, y las relaciones causales suponen que exista una ley general y un evento antecedente, de tal manera que debe haber un acontecimiento físico del cerebro como evento antecedente que cause la acción. Pero en la perspectiva que se está exponiendo aquí, no es así. Los casos de semiosis actual son eventos conscientes, que no involucran necesariamente acción, o al menos una acción inmediata. Recordemos que para Peirce había tres tipos de interpretantes: emocional, energético y lógico⁹. Solo el segundo implica acción inmediata, aunque el primero tiene como consecuencia la experimentación de alguna sensación cualitativa o afectiva. Pero el tercero, en cambio, actúa sobre nuestros hábitos y disposiciones para la acción potencial futura, aunque nunca se materializarse en acciones concretas.

Hay otra noción en Ciencias Cognitivas asociada a *evento*, que es la de *proceso mental*. Generalmente se entiende que estos son eventos que ocurren a un nivel subpersonal y tratan de inferencias automatizadas a partir de la aplicación de reglas a la estructura sintáctica de entidades internas que se supone que tienen algún contenido representacional¹⁰. Pero para la semiótica naturalista las inferencias de la semiosis actual ocurren a un nivel *personal*. De acuerdo con cómo se han caracterizado la relación de representación, los procesos subpersonales del sistema nervioso no pueden ser procesos representacionales, sino que serán procesos biológicos, que tal vez se pueden describir mejor como relaciones diádicas de tipo causal. Como se dijo en la sección anterior, el *contenido* es algo que se predica de la relación de representación, y esta es una relación triádica, en la cual el *sujeto-intérprete* es uno de sus relatos. Así que el contenido es algo que se predica de la relación de

⁷ Husserl, 1913/1999, Investigación Quinta, § 8. Aunque para Husserl no es evidente la estructura relacional y semiótica de esta relación.

⁸ Davidson, 1963, 1973.

⁹ Peirce, 1907, *MS 318, El Pragmatismo*, OFR2.28.

¹⁰ P. ej., Von Eckardt, 1993, Cap. 8.

representación a nivel personal y no de estados subpersonales del sujeto. Más adelante discutiré un poco más la relación que habría entre la semiosis a nivel personal y los procesos subpersonales del sistema nervioso (§§ 8.7-8.8).

La segunda noción de *estado mental* asociada a la semiótica naturalista es aquella que tiene que ver con la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual. Veámos en el Capítulo 6, que esta es una relación *mediada* por el intérprete. El sujeto intérprete es el mediador de la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual en el sentido de que es el *locus* y el portador de los hábitos por los cuales está en la capacidad de ser intérprete de los signos y para quien ocurre la actualización de alguna semiosis actual. Se puede decir que a través del hábito la historia semiótica se mantiene viva en el intérprete. Profundizaré en este punto en § 8.6. Ahora bien, la noción de estado mental ligada a las llamadas 'actitudes mentales' o los 'verbos de actitud' sería aquella más afín a esta noción de hábito. Verbos de actitud tales como 'creer', 'desear', 'esperar', 'temer', etc., son verbos que califican o modulan la relación de un sujeto respecto al estado de cosas posible del que trata la cláusula proposicional del enunciado de actitud proposicional (EAP) que describe el estado. Estos hábitos pueden ser llamados propiamente *estados*, pues tienen un carácter más o menos estable a través del tiempo. Sin embargo, son revisables y modificables dada las experiencias de la semiosis actual. Las semiosis actuales van cambiando estos hábitos, en el sentido de que van reactualizando las relaciones sostenidas por los sujetos respecto a aquellos estados de cosas posibles con los que se relacionan. El hábito es, por tanto, disposición para ciertas semiosis actuales, pero también es disposición para actuar de ciertas maneras ante ciertas circunstancias que se pueden presentar en un futuro indefinido. En § 8.4 hablaré de la relación entre estas dos disposiciones.

En § 7.2 se decía que los verbos de AP modulan la relación de representación involucrada en un estado mental. ¿En qué sentido estos verbos modulan dicha relación? La relación de representación es respecto a un objeto o estado de cosas posible que puede aparecer en un futuro indeterminado, que son los objetos de la semiosis. Los verbos de actitud se refieren a la relación del sujeto con tales objetos o estados de cosas, que al final se traduce con qué haría el sujeto si llegara a toparse con esos objetos o estados de cosas bajo ciertas circunstancias. Por ejemplo, decir que "S cree que P" es más o menos como decir que S actúa en el mundo suponiendo que P es verdadero, que S está preparado para que P ocurra o que

para S no es sorprendente que P ocurra. En cambio, decir que "S no cree que P" es como decir que S actúa suponiendo que P no es o no será verdadero y que si P ocurriera sería sorprendente para él. Decir que "S desea que P" es más o menos como decir que P es un estado de cosas preferible para S en comparación a otros estados de cosas presentes o futuros y que S buscaría provocar la ocurrencia de P si estuviera a su alcance. Decir que "S intenta que P" es como decir que S realiza activamente algo para que P ocurra. Decir que "S espera que P" es como decir que S considera que hay una alta probabilidad de que ocurra P y no requiere un mayor esfuerzo por su parte provocarlo. Decir que "S teme que P" es como decir que P es un estado de cosas menos preferible para S, y que si estuviera en sus manos evitaría que ocurriera. Incluso, esto aplica para los casos de verbos relacionados más bien con objetos intencionales, como aquellos de los actos de amor/odio de Brentano. Decir que "S ama a P" (suponiendo que P sea otra persona) es como decir que S haría lo que estuviera en sus manos por el bienestar de P, entre otras cosas. Por tanto, de una u otra manera, estos verbos de actitud se refieren a aspectos de la posibilidad de ciertas acciones bajo ciertas circunstancias.

Esta concepción de los estados mentales se relaciona con el significado pragmaticista de los conceptos de acuerdo con Peirce (§ 4.7). Usando un ejemplo de Peirce respecto al concepto 'duro'¹¹, aplicado a un EAP, si se dice, por ejemplo

(1) "Juan cree que X es duro"

y se sabe que algo duro es algo que no se deja rayar por la mayoría de sustancias, entonces (1) se podría analizar como:

(2) "Juan no espera rayar X con la mayoría de sustancias a su disposición", o también

(3) "si Juan deseara rayar X debería buscar algo excepcional para lograrlo".

Sin embargo, obsérvese algo interesante en este ejemplo, hemos resuelto el significado de (1) en (2) y (3); pero en (1) se usó el verbo de actitud 'creer', mientras que en (2) y en (3) se usaron los verbos 'esperar' y 'desear'. Esto nos devuelve al problema de la interdefinibilidad de los verbos mentales, y por la cual Chisholm rechazaba el intento del conductismo lógico

¹¹ Peirce, 1878, *P 119, Cómo Hacer Nuestras Ideas más Claras*, OFR1.8, § II.

de reducir el significado de estos verbos mentales a conductas observables¹² (§ 1.4). Pero sin necesidad de afirmar un dualismo de propiedades y recurrir a unas ciencias intencionales separadas de las naturales, tal vez sea posible dar alguna explicación de la interdefinibilidad de los verbos mentales desde la semiótica. Esta interdefinibilidad posiblemente tenga que ver con el hecho de que estos verbos tratan de hábitos o disposiciones. Peirce había reconocido que los hábitos se describen en enunciados que tienen un tipo de generalidad tal que se encuadrarían dentro de la semántica moderna en enunciados condicionales subjuntivos o contrafácticos¹³ como

(4) “Si fuera (hubiera sido) el caso de que P, entonces S haría (habría hecho) A”.

Así que los verbos mentales o de AP tienen un carácter *intensional con-s*. Los diferentes verbos mentales podrían referirse a diferentes aspectos de la manera en que se relaciona el sujeto con las condiciones para la acción; es decir, el antecedente de (4). Que los verbos mentales sean irreducibles a conductas observables se relaciona con el carácter contrafáctico de los hábitos, que hace que no existan condiciones de verificación unívocas para los verbos mentales.

¿Esto nos conduce al disposicionalismo de Ryle? A mi entender, lo que proponía Ryle¹⁴ era que los verbos psicológicos se refieren a disposiciones para la acción. Pero la posición de Ryle estaba fuertemente apuntalada en la teoría verificacionalista del significado de inicios del siglo XX. Así, las conductas particulares son las fuentes de verificación de los estados mentales, y como el significado de los términos mentales no va más allá de sus fuentes de verificación, el significado de los verbos mentales consiste precisamente en tales conductas. Usualmente se toma como paradigma de las disposiciones el caso de la *fragilidad*. Se dice que si el objeto *O* es frágil significa que, si se deja caer se romperá, de tal manera que el romperse es la condición de verificación de que es frágil, y si al dejarse caer no se rompe, entonces *O* no es frágil. De acuerdo con el verificacionalismo un verbo mental *M* significa una disposición *D* para realizar la acción *A* bajo las circunstancias *C*, así que, si *A* no ocurre bajo *C*, entonces *M* no existe. La semiótica naturalista no está comprometida con

¹² Chisholm, 1955-1956, 1957.

¹³ Peirce, 1907, *MS 318, El Pragmatismo*, OFR2.28.

¹⁴ Ryle, 1949/2005.

la teoría verificacionalista del significado. Pero reconoce que los hábitos son disposiciones y, como se dijo más arriba, supone que en últimas los verbos de actitud consisten en disposiciones para la acción bajo ciertas circunstancias. Por lo tanto, se diría que el hecho de que el sujeto *S* esté en el estado mental *M* quiere decir que *S* tiene una *D* para realizar *A* bajo *C*. La diferencia es que la semiótica naturalista no exige que, si *A* no ocurre bajo *C*, entonces *M* no existe. La razón es que puede ser que *A* no ocurra bajo *C* porque puede haber otras ‘razones’ de *S* por las cuales realizar *A* bajo *C* sea inconveniente. Esto tiene que ver con el hecho señalado por Davidson de la manera holista en que las razones se relacionan entre sí en el sistema de creencias del sujeto¹⁵. Puede ser el caso de que

- (5) “*S* desea que *P*” y que
- (6) “*S* cree que si realiza *A* entonces provocará *P*”,

Pero también puede que

- (7) “*S* teme que *Q*” y que
- (8) “*S* cree que si *P* entonces *Q*”;

por lo tanto, a pesar de la verdad de (5) y (6) no puedo inferir que

- (9) “*S* realizará *A*”.

Y el hecho de que (9) no ocurra no significa que (5) o (6) sean falsas. Así que las *razones* se relacionan entre sí de cierto modo que no es posible establecer condiciones unívocas para la verificación de los estados mentales a través de la conducta. Por este hecho, los hábitos detrás de los estados mentales no son disposiciones simples como la *fragilidad*. La fragilidad del vaso depende de su estructura física. En cambio, los hábitos dependen de la historia semiótica, y dicha historia consiste en una red bastante intrincada de relaciones semióticas. Además, la historia se va reactualizando constantemente con la experiencia del sujeto. Las disposiciones del sujeto son múltiples y se relacionan entre sí por su contenido, de una forma

¹⁵ Davidson, 1970, 1974.

parcialmente holista, así como la historia del sujeto ha sido parcialmente consistente y coherente. El vaso, en cambio, no tiene este tipo de historia ni de experiencia. Las disposiciones, como la fragilidad, pueden finalmente ser reducidas a las potencialidades causales de los objetos, dada su estructura física; pero los hábitos no. Por tal razón, los hábitos no son solo disposiciones, sino mucho más. Creo que hace falta en nuestra lengua una palabra para poder expresar qué es ese “mucho más”, y por ahora debemos conformarnos con la palabra *hábito* para abarcar ese significado.

Lo anterior no quiere decir que los estados mentales no sean verificables. Si no fuera así, todo nuestro discurso mental tendría un carácter ficcionalista, lo cual no parece evidente. Además, siguiendo las observaciones de Wittgenstein, no podríamos adquirir un discurso mental si no hay algunos referentes públicos de este, que en últimas se dan en las acciones que realizan los individuos bajo ciertas circunstancias¹⁶. Sin embargo, las condiciones de verificación de los estados mentales son bastante imperfectas y siempre dan lugar a dudas. Si se quisieran conocer con precisión, habría que tener un conocimiento completo de la historia semiótica del individuo, lo cual es casi siempre imposible, incluso para el mismo sujeto. Tal vez esto solo se alcance parcialmente en casos de animales criados en laboratorio, cuyas experiencias de vida son altamente controladas. Además, el carácter holista y altamente intrincado del ‘sistema de creencias’ de un sujeto se relaciona con la complejidad de la historia semiótica de dicho sujeto. Por estas razones, las atribuciones de contenido siempre son hipótesis aventuradas, incluso para el sujeto mismo cuando hace auto-atribuciones; y es frecuente que fallen. Sobre este punto volveré en § 8.5.

Pero si las condiciones de verificación de los estados mentales son tan imperfectas, ¿por qué se sostiene el discurso sobre estados mentales? Puede ser que una parte amplia de este discurso mental tenga un importante carácter convencional, y se sostenga como una práctica social, con algún tipo de función para la comunidad lingüística. El ser o hacerse *persona* dentro de una comunidad depende fuertemente del hecho de que seamos sujetos de acciones intencionales dados nuestros contenidos mentales. Pero si la atribución de contenido es una práctica convencional, entonces debería existir cierta variabilidad y relatividad cultural en los estados mentales que reconoce la psicología popular (PP). Dado que aprendemos a reconocer estados mentales en otros a través de un entrenamiento social, es

¹⁶ Wittgenstein, 1953.

posible también que aprendamos a ‘actuar’ algunos de ellos. Por lo tanto, es posible que algunos verbos mentales se refieran a *clases naturales*, mientras que otros correspondan más a *clases sociales*. Tal vez *creer* y *desear* son estados universales. Sin embargo, aunque se reconoce que algunas emociones son universales y son experimentadas en forma similar como reacción a eventos similares a través de todas las culturas, otras emociones muestran diferencias culturales considerables en sus eventos antecedentes, la forma como son experimentadas, las reacciones que provocan y la forma en que son percibidas socialmente¹⁷. Sean los tipos de estados mentales universales o culturalmente relativos, son, de todas maneras, reales. La semiótica naturalista reconocería un realismo respecto a los estados de AP y por lo tanto que el discurso de la PP es referencial. En consecuencia, se rechazarían las distintas formas de eliminativismo. Algunos eliminativismos, como el de Dennett¹⁸ y Stich¹⁹, están altamente motivados por el problema de la indeterminación de la interpretación de los estados mentales de otros o los propios, tal como señalaba Davidson²⁰. Pero la indeterminación de la interpretación por sí misma es insuficiente para suponer la irrealidad de los estados mentales como estados de AP.

De acuerdo con Davidson, al atribuir razones a alguien, debemos seguir el *principio de racionabilidad*, según el cual se debe esperar que el sistema de creencias del sujeto de atribución sea coherente²¹. Según Fodor el holismo de los contenidos mentales hace que estos sean tan idiosincráticos que impide la formulación de regularidades sobre las APs y el establecimiento de una ciencia cognitiva²². La razón es que cada vez que el sujeto cambia de creencia, habría un cambio global en todo su sistema; y sucedería igualmente si el sujeto aprende algo nuevo. Pero a pesar del carácter holístico del sistema de creencias de alguien, tal vez resulte *irracional* esperar que todo el sistema sea globalmente coherente. La razón es que nadie tiene un sistema de creencias completamente coherente, y al parecer nadie espera que así sea. Plausiblemente, todos sostenemos algunas incoherencias, aunque con frecuencia

¹⁷ P. ej., la antropóloga Jean Briggs (1970), quien convivió con los esquimales del norte de Canadá, reportó que muy rara vez observó expresiones de ira o agresividad, y que si estas se presentaban conducían al ostracismo. El historiador William Reddy (2012) mostró cómo surgió el *amor romántico* en la Europa del siglo XII, dadas ciertas circunstancias sociales, políticas y religiosas, y en oposición a las formas de expresión de amor en otras culturas orientales de esa misma época. De acuerdo al construccionismo social sobre las emociones, las emociones cumplen funciones sociales en virtud de las cuales deben ser consideradas acciones o roles en vez de pasiones (P. ej., Averill, 1980. Cf. Scarantino & de Souza, 2018 § 8.2).

¹⁸ Dennett, 1978, 1987/1998.

¹⁹ Stich, 1983.

²⁰ Davidson, 1970, 1973.

²¹ Davidson, 1970, 1974.

²² Fodor, 1987/1994; 1998/1999.

no las reconozcamos, pues tenemos limitaciones cognitivas para evaluar la coherencia de todo nuestro sistema de creencias. Por otra parte, por lo general un cambio en alguna idea involucra cambios en las ideas más próximas a esta, pero no exige una reacomodación de todo el sistema. Se puede sostener un principio de racionalidad parcial, esperando que una creencia particular sea coherente con otras más próximas, pero no con todo el sistema. La semiótica naturalista, por su parte, reconoce la idiosincrasia del contenido relativo a las historias semióticas de cada quién, pero también tiene en cuenta que, para prácticamente todos los sujetos, la historia semiótica es compartida, porque compartimos el mismo mundo físico y el mundo cultural de nuestra comunidad lingüística. Por lo tanto, compartimos grandes sectores de nuestros sistemas de creencias, de tal manera que las creencias no pueden ser tan idiosincráticas; de tal forma que serían posibles generalizaciones basadas en los contenidos. Así que es injustificado concluir la imposibilidad de unas ciencias cognitivas a partir del holismo, como supuso Fodor.

Ahora bien, a pesar de la alta indeterminación de las condiciones de verificación de los estados mentales a través de las acciones, esto no quiere decir que las acciones no sean relevantes y que los estados mentales están encapsulados en la vida mental del sujeto. Muy al contrario, las acciones son lo más relevante. La razón es que las acciones son aquello que causa una diferencia en el mundo, lo que determina que ciertas cosas ocurran o no. Las acciones tienen una importancia vital fundamental para los sujetos, porque bajo ciertas circunstancias pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte. Pero sin llevar las cosas tan lejos, las acciones determinan nuestro bienestar a corto y largo plazo. Esto debería ser suficiente para asignarle a las acciones un estatus ontológico especial para aquellos seres vivos que tienen dicha capacidad. Ahora bien, en un alto grado los estados mentales son preparaciones para la acción. Hay una relación intrínseca entre los estados mentales y la acción en el sentido de que en últimas los estados mentales se dirigen a ellas. En el capítulo anterior vimos que los llamados objetos intencionales son en muchos casos objetos futuros, y son objetos de nuestra consideración en cuanto que nos preparamos para actuar sobre ellos o ante ellos. Por eso nuestros estados mentales tienen un carácter teleológico, dirigido a tales objetos y las circunstancias de su presentación. El *pensamiento* constituye una tarea semiótica de manipulación de signos, altamente auto-controlada, que nos ayuda a anticipar situaciones y determinar los mejores cursos de acción bajo ciertas circunstancias. Las acciones tienen

una gran relevancia para definir los contenidos de los estados mentales, como veremos en la siguiente sección.

8.3 EL CONTENIDO MENTAL

Así como hay una ambigüedad en la noción de estado mental, también hay una importante ambigüedad en la literatura especializada con respecto a la noción de *contenido mental*, y es importante aclarar cuál sería la noción de contenido mental para la semiótica naturalista. Logro distinguir las siguientes cinco nociones de contenido mental:

1. El contenido atribuido de las APs, que es el contenido atribuido en tercera persona y que corresponde a la ‘hipótesis’ respecto a qué estados de cosas tiene en consideración un sujeto en su razonamiento práctico para la determinación de sus acciones. Es el contenido de la *Estrategia Intencional* de Dennett²³ (§ 1.7).
2. El contenido funcional, o las funciones biológicas que cumplen los estados mentales para la aptitud biológica de los sujetos y que se corresponde con el contenido atribuido por las teorías bioteleológicas²⁴ (§ 3.9).
3. El contenido interno de los estados subpersonales, que es aquel contenido que se supone que es representado por las RMs como estados particulares del sistema nervioso (§§ 3.10 y 3.13).
4. El contenido fenoménico, que trata de aquellas cualidades fenomenales presentes en los estados mentales (§ 3.11).
5. El contenido para el sujeto, que sería aquello que el sujeto considera a un nivel personal para la dirección de la acción.

Se deben distinguir estos tipos de contenido porque con frecuencia no coinciden. La TRM de Fodor creía que el contenido atribuido por las APs y el contenido interno de los estados subpersonales eran el mismo, o que el primero podía ser reducido al segundo²⁵ (§ 3.2); pero Dennett mostró que esta creencia es bastante injustificada²⁶ (§ 3.4). Algunos autores como

²³ Dennett, 1971.

²⁴ P. ej., Millikan, 1984, 1989.

²⁵ Fodor, 1975/1984.

²⁶ Dennett, 1978, Cap. 6.

Shea y Miłkowski consideran que el contenido interno representado por los estados cognitivos subpersonales rastrean de algún modo aspectos relevantes del mundo externo²⁷; pero otros como Chomsky, Stich, Egan, Skidelsky y Hutto y Myin, reconocen únicamente el carácter sintáctico del contenido de estos estados para su procesamiento por el sistema cognitivo²⁸ (§ 3.13). Estos autores sostienen cierto irrealismo respecto al contenido de las RMs, o el carácter meramente pragmático de su postulación como una guía para investigación, como lo es para Egan²⁹. Esta posición reconocería la idea de Searle de que la sintaxis es insuficiente para una semántica³⁰. El contenido funcional de la bioteleología también difiere de los anteriores. Para Papineau, el contenido funcional corresponde al de los deseos y determina también al contenido de las creencias, pero este contenido puede escalar fácilmente a funciones biológicas más amplias, que no se corresponden con aquel atribuido a través de los enunciados de actitud proposicional (EAPs) ni al contenido interno³¹ (§ 3.9). Shea iguala el contenido funcional con el contenido interno, pero esto sería injustificado para quienes consideran que el contenido interno es meramente sintáctico. Además, aunque se pueda decir que los estados neurales subpersonales cumplen con funciones biológicas, esto no quiere decir que se representen tales funciones para cumplirlas. El contenido fenoménico (§ 3.11), por su parte, tampoco tiene que coincidir con ninguno de los anteriores. Los verbos de actitud empleados en los EAPs se abstraen de consideraciones respecto a la experiencia fenoménica de los sujetos. Se supone que los estados subpersonales no involucran contenido fenoménico. Si fuera así, sería problemático, pues habría que explicar cómo los estados subpersonales del sistema nervioso pueden tener por sí mismos experiencias cualitativas, lo cual podría conducir a un regreso al infinito. Por otra parte, el ejemplo de los kimus de Pietroski muestra que el contenido fenomenal puede perfectamente ser bien diferente al contenido funcional³² (§ 3.9). Un problema con el contenido fenoménico es que en muchas concepciones está altamente intelectualizado. Al tener al frente un objeto rojo, puedo tener la experiencia sensorial de la rojez, pero esto no significa, como sugiere Neander³³, que se active mi concepto sensorial de “rojo”. Hay razones para pensar que la atomización de las

²⁷ Shea, 2018; Miłkowski, 2015.

²⁸ Stich, 1983; Hutto & Myin, 2013. Skidelsky, 2016; Egan, 2020a, 2020b.

²⁹ Egan, 2012, 2014, 2020a, 2020b.

³⁰ Searle, 1984/1994, 1992/1996.

³¹ Papineau, 1987, 1994.

³² Pietroski, 1992.

³³ Neander, 1995.

cualidades fenomenales es una consecuencia del aprendizaje lingüístico más que del hecho de que tales cualidades se nos presenten como un *quale* atómico. El reconocer cierto color como ‘rojo’ involucra un proceso de aprendizaje semiótico, con elementos icónicos, indexicales y simbólicos. Dicho aprendizaje se puede extender a nuestra experiencia de ver un color, de tal manera que nuestra experiencia se convierta en objeto intencional. Infortunadamente, muchos autores de las teorías de la intencionalidad fenoménica (TIF) parecen suponer cierto carácter conceptual en las cualidades fenoménicas³⁴ (§ 3.11).

¿Qué hay del ‘contenido para el sujeto’? Este es el peor definido de la lista de arriba. Este es el tipo de contenido que se supone que los demás intentan capturar, pero no lo logran. Tal vez pueda ser de ayudar para dilucidar en qué consiste, considerar cómo se diferencia de los otros contenidos. No es exactamente el contenido atribuido a través de los EAP, porque tales enunciados son formas de hipótesis, que pretenden racionalizar la conducta de los individuos. Sin embargo, esas atribuciones se extienden con frecuencia a seres que no tienen estados mentales, como computadores. Además, si se asume una perspectiva antirrealista respecto a la *Estrategia Intencional*, podría sostenerse el contenido atribuido sin creer que hay un contenido para el sujeto. Tampoco es el contenido interno de los estados subpersonales, porque una característica importante del contenido para el sujeto es que este es de carácter personal. Es, si se quiere, ‘aquello en lo que piensa el sujeto’, que en absoluto tiene que corresponder con el contenido de las RMs procesadas por los mecanismos internos del sistema, si es que esto fuera el caso. Incluso, el funcionalismo y la TRM tiene la peculiar característica de que permite que los estados subpersonales tengan contenido, sin que necesariamente haya algún contenido a nivel personal, como ocurre con nuestras computadoras de uso cotidiano. Tampoco se corresponde con el contenido funcional, pues aquello en lo que ‘piensa’ un sujeto frecuentemente no tiene que ver con sus funciones biológicas. Aunque es cierto que las funciones biológicas determinan de manera importante el contenido, en el sentido de que aquello en lo que se piensa muchas veces busca solucionar problemas que son vitales para la supervivencia de los individuos, eso no quiere decir que la supervivencia sea el objeto frecuente de nuestros pensamientos, o de nuestros estados mentales en general. Finalmente, el contenido fenoménico tampoco corresponde con el contenido para el sujeto, pues como bien lo señaló Husserl, el pensar en un objeto intencional

³⁴ P. ej., Horgan & Tienson, 2002; Graham, Horgan & Tienson, 2009; Mendelovici & Bourget, 2014.

se abstrae en buena medida del contenido fenoménico³⁵. Puedo pensar en algún objeto particular en diferentes momentos, y en cada uno de esos momentos las experiencias fenoménicas involucradas pueden ser bien diferentes, aunque el objeto mantiene su identidad intencional.

¿Cómo se puede capturar el *contenido para el sujeto*? En la sección anterior distinguí entre los eventos mentales, asociados a la semiosis actual y los estados mentales, relativos a los hábitos del sujeto. Una primera afirmación que se puede hacer es que, a pesar del carácter más fenoménico de los eventos mentales y el carácter más bien habitual de los estados mentales, lo que es tomado como objeto en la semiosis actual puede considerarse objeto para los hábitos del sujeto. En § 7.2 había caracterizado a los estados mentales como estados con una estructura $R^{\Psi}\sigma os$ donde R corresponde a la relación de representación, Ψ al modo psicológico, y σ , o y s al signo, el objeto y el sujeto-intérprete como correlatos de la relación de representación. También se decía que la estructura podía ser $R^{\Psi}\sigma ps$, en la que p se refiere a un contenido proposicional, entendido como un estado de cosas posible (§ 7.7). A partir de lo dicho en la sección anterior, podemos suponer que los objetos (o) y contenidos proposicionales (p) que son los contenidos de los estados mentales son aquellos objetos y estados de cosas relevantes para las acciones de los sujetos. Dado que se sostiene un realismo respecto a los estados mentales como estados de AP de tal manera que los EAP de la Psicología Popular (PP) son referenciales, y que tales estados mentales son determinantes de las acciones o conductas del sujeto, entonces podemos sostener que los contenidos de los estados de creencias y deseos son aquellos relevantes para las acciones posibles del sujeto. Si E^D y E^C son respectivamente un estado de deseo y uno de creencia, y A es una acción, podría afirmarse que:

(10) Dado E^D y E^C entonces A

Pero, ¿cómo los contenidos de E^D y E^C determinarán a A ? Se podría formular los contenidos de E^C como que: “Bajo la circunstancia C , realizar A sobre el objeto O producirá el resultado R ”, que podemos simbolizar así:

³⁵ Husserl, 1913/1999, Investigación Quinta, §§ 10, 14, 16.

$$(11) \quad C \rightarrow [(A \rightarrow O) \rightarrow R]$$

Se emplea el símbolo “ \rightarrow ” para la relación “actuar sobre” o “manipular de cierta forma”; mientras que “ \Rightarrow ” corresponde al condicional. Se podría representar el estado de creencia tal como se muestra en la figura 8.1:

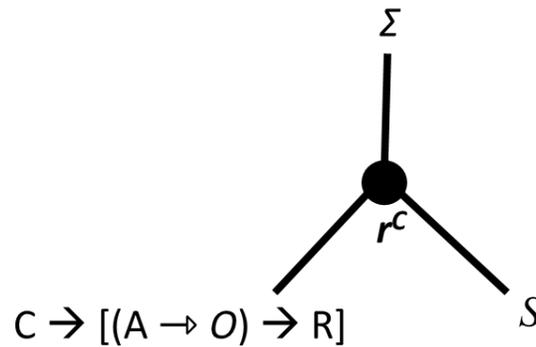


Figura 8.1. Estructura del estado de creencia E^C . Donde “ \Rightarrow ” está por el condicional material y “ \rightarrow ” está por la relación “actúa sobre”.

También se podría decir que el contenido de E^D es el resultado R que constituye la obtención de las condiciones de satisfacción del estado de deseo. Sin embargo, un deseo no se produce si no es por un estado motivacional M . Y podría decirse que M constituye un signo para E^D , de tal manera que:

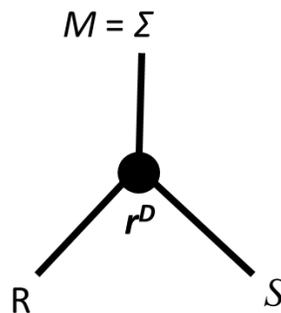


Figura 8.2. Estructura del estado de deseo E^D . El estado motivacional M actúa como signo de un resultado R para el sujeto.

En la Figura 8.3 se sugiere la manera en que irían relacionados los estados de creencias y deseos para determinar la acción:

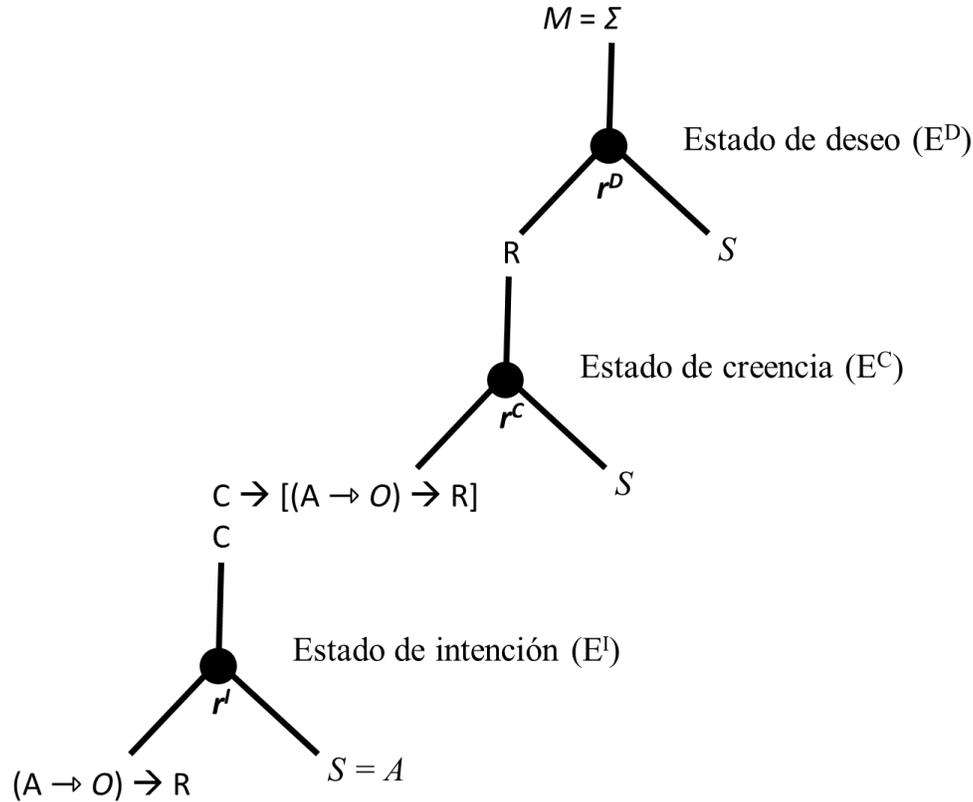


Figura 8.3. Determinación de la acción por los estados mentales. El estado motivacional M actúa como signo en el estado de deseo (E^D), para representar el resultado R , que a su vez es signo del estado de creencia (E^C), del contenido $C \rightarrow [(A \rightarrow O) \rightarrow R]$; de tal manera que hace que C se convierta en signo del estado de intención (E^I), para representar el contenido $(A \rightarrow O) \rightarrow R$, cuyo interpretante es la realización de la acción A .

Podemos decir que un estado motivacional M actúa como signo de un estado de deseo E^D , que tiene como contenido un resultado R , el cual actúa como signo de un estado de creencia, cuyo contenido es $C \rightarrow [(A \rightarrow O) \rightarrow R]$, de tal manera que cuando la circunstancia C esté presente para el sujeto, esta será un signo para un estado de intención (E^I), en el que el contenido es $(A \rightarrow O) \rightarrow R$ y su efecto sobre el sujeto S es la realización de la acción A ³⁶. Por ejemplo, si hace un buen rato que comí algo, se generará un estado motivacional M de hambre, el cual producirá un estado de deseo por consumir, por ejemplo, un yogurt, que es un resultado R , y este contenido servirá de signo para un estado de creencia como que “si he

³⁶ Se suele considerar que las *intenciones* como estados de actitud proposicional tienen funciones como (a) iniciar y mantener las acciones intencionales, (b) guiar la conducta intencional, (c) ayudar a coordinar la conducta del agente a lo largo del tiempo y su interacción con otros agentes, y (d) instigar y terminar adecuadamente el razonamiento práctico (Mele, 2009, p. 692).

comprado y guardado yogurt en la nevera entonces si voy a la nevera y la abro podré consumir el yogurt”; y si efectivamente la circunstancia *C* se ha dado (he comprado y guardado yogurt en la nevera), entonces esto servirá de signo para un estado de intención, cuyo contenido es que “si voy a la nevera y la abro, podré consumir el yogurt”, el cual se acompaña de la acción efectiva de ir a la nevera, abrirla, sacar el yogurt y consumirlo. Obsérvese que la secuencia de la Figura 8.3 retoma la estructura del silogismo práctico de la explicación intencional o por razones (§ 1.7). En §§ 7.3, 7.4 y 7.7 se afirmó que aquello de lo que tratan los estados mentales tiene que ver por lo general con anticipaciones de estados de cosas en algún futuro indeterminado, y en tales estados de cosas se distinguen los objetos intencionales. Siguiendo la perspectiva pragmaticista de Peirce acerca del significado, las proposiciones que se afirman en las creencias son como reglas o instrucciones de acción, que dicen qué hacer (o qué no) bajo ciertas circunstancias. En la estructura presentada en (11), puede observarse que la circunstancia *C* es un estado de cosas, que corresponde a un contenido proposicional, mientras que el objeto *O* es algún tipo de cosa sobre la que se realiza la acción. El contenido de la creencia contendría tanto contenido proposicional como objetual. El contenido del deseo, el resultado *R*, puede ser o bien la obtención de un objeto o el establecimiento de un estado de cosas, o ambas. Sin embargo, en la caracterización del objeto del contenido intencional *O*, dicho objeto es algo sobre lo que se actúa. Dada la importancia vital de las acciones para los sujetos, como se dijo en la sección anterior, los objetos intencionales son por lo general aquellos tipos de cosas sobre las cuales o respecto a las cuales se puede actuar. Aquí es relevante la noción de *affordance* o *asequibilidad* de Gibson³⁷. En la teoría ecológica de la percepción de Gibson las asequibilidades de los objetos percibidos corresponden a su disponibilidad para la manipulación. Es reconocible perceptualmente lo que puede ser manipulable o es relevante para movernos en nuestro entorno inmediato. Pero se puede decir que esto no aplica solo a la percepción. Los llamados objetos intencionales son, en principio, aquellas cosas que pueden ser manipulables para el sujeto, que estarían a su disposición para la acción, o que al menos son relevantes para definir las circunstancias en las cuales sería adecuada una acción. Se podría decir que el *mundo* o *Umwelt* para el sujeto, en términos de von Uexküll³⁸, es el mundo de los objetos asequibles

³⁷ Gibson, 1979.

³⁸ von Uexküll, 1945.

para las acciones potenciales. Por lo tanto, aquello de lo que tratan los estados mentales, sus contenidos, consisten en situaciones que pueden ser individualizadas en tanto que posibilitan alguna acción del sujeto.

Algo que debe aclararse con respecto a (11) es que no estoy suponiendo que este tipo de contenido sea explícito para el sujeto. La TMR de Fodor parecía exigir que el contenido de las RMs fuera explícito, pero según Dennett no tenía algún sentido postular contenido explícito para procesamientos subpersonales, y sugirió más bien que este contenido era de tipo tácito, más relacionado con un saber-hacer que con un saber-qué³⁹. De acuerdo con la semiótica naturalista, el contenido de (11) puede ser explícito para el sujeto, pero no necesariamente. Claramente no es así para animales sub-humanos o infantes, para quienes sería tácito o una forma de saber cómo. Para los seres humanos adultos normales, alguna parte de nuestro contenido es explícito, especialmente aquella de la cual somos auto-conscientes y podemos ‘dar razones’ a otros a través de auto-atribuciones de APs (ver 8.5). Pero hay un amplio margen de contenido nuestro que no se da de ese modo, como cuando se habla de las habilidades sensoriomotrices que adquirimos, pero que no podemos describir verbalmente. También puede existir una cantidad de contenido implícito, por el que discriminamos ciertas situaciones, pero que tenemos dificultades para reconocer y explicitar en palabras. También incluye el caso señalado por Dennett de todas esas cosas que ‘sabemos’, pero que nunca hacemos explícitas de algún modo, como que “Nueva York no está en la Luna” o que “la sal no es azúcar”⁴⁰. Desde la semiótica naturalista no se establece una diferencia radical entre saber-cómo y saber-qué, sino que se podría ver más bien un continuo entre ambos. De todas formas, el saber-qué es también una forma de saber-cómo.

Se podría objetar contra (11) que tal vez resulte una forma plausible de caracterizar el contenido en animales no-humanos o infantes, pero que en el caso humano a pesar de que con frecuencia planeamos nuestras acciones futuras, también es cierto que muchas veces este no es el caso y nos entretenemos pensando en fantasías, como cuando leemos un libro de ficción o vemos una película. Pero es defendible que muchos de los productos culturales de ficción nos dicen cosas acerca de nuestro mundo real. Un claro ejemplo son las fábulas y su carácter moral. Y también, el hecho de que el interés que encontramos en una narración de

³⁹ Dennett, 1987/1998, Cap. 6.

⁴⁰ Dennett, 1978, Cap. 3.

ficción se relaciona mucho con cuánto nos sentimos identificados con los personajes y sus circunstancias, y veamos en la narración un reflejo de cómo podrían ser las cosas para nosotros.

La concepción de contenido mental que está expresada en (11) tiene implicaciones importantes para el problema de la causalidad mental, como veremos a continuación.

8.4 CAUSALIDAD MENTAL

Uno de los problemas fundamentales de la filosofía de la mente es el de la *causalidad mental*. Se supone que los objetos con mente tienen la capacidad de ser agentes y realizar acciones, a diferencia de los objetos sin mente. Las acciones estarían determinadas por los estados mentales de los sujetos y tal determinación es una de tipo causal, es decir, los estados mentales causan las acciones⁴¹. Sin embargo, la manera como está formulado el problema de la causalidad mental depende mucho de su origen en el dualismo cartesiano. Para Descartes, el cuerpo de los animales y seres humanos es como una máquina, que se pone en movimiento de acuerdo con principios mecánicos. Puesto que para el cartesianismo los animales no-humanos no tienen mente como nosotros, apenas son autómatas, y son puestos en movimiento por la acción de estímulos externos. Pero los humanos somos una substancia pensante y esta es la responsable de poner a la maquinaria del cuerpo en movimiento desde adentro. El problema para el cartesianismo era cómo dar cuenta de los poderes causales de la mente sobre el cuerpo si esta es una substancia inextensa. En la tradición wittgensteiniana de mediados del siglo pasado se distinguió entre acciones intencionales y no intencionales, siendo las primeras aquellas basadas en *razones*, como estados mentales con un contenido, como diferentes a las causas⁴² (§ 1.7). Sin embargo, Davidson sostuvo que las razones también son causas, en la medida en que los estados mentales se instancian en estados físicos del cerebro, que son los que producen causalmente los movimientos corporales involucrados en las acciones⁴³. Con todo, se ha objetado que el monismo anómalo de Davidson conduce al epifenomenalismo, puesto que el verdadero poder causal lo tienen los estados del cerebro

⁴¹ El problema de la causalidad mental trata tanto de cómo la mente causa algo físico (la conducta), así como también cómo algo físico causa un estado mental, como en las sensaciones, y cómo los estados mentales tienen poderes causales entre ellos mismos (Kim, 1998b, Cap. 6). Aquí me voy a restringir solo al primer tipo de causalidad.

⁴² P. ej., Anscombe, 1957/1991.

⁴³ Davidson, 1970.

como estados físicos, en vez de los contenidos de los estados mentales que instancian⁴⁴ (§ 1.8). La TRM, por su parte, buscó ofrecer una explicación de la causalidad mental, considerando que los contenidos son portados por vehículos representacionales instanciados en estados del sistema nervioso, de tal manera que su procesamiento pudiera generar instrucciones para el sistema motor⁴⁵ (§ 3.2). Se ha dicho que en la TRM el sistema procesa las RMs por sus propiedades sintácticas, siendo completamente indiferente de sus contenidos⁴⁶; a menos de que pueda ofrecer una explicación independiente del contenido representativo de las RMs (§§ 4.4-4.5).

El debate sobre la causalidad mental está altamente definido por la concepción que se tiene acerca de la causalidad. Para Davidson, la relación causal es una entre eventos físicos, gobernada por una *ley estricta*⁴⁷. En el caso de la TRM, Fodor no exigía que la causalidad mental estuviera gobernada por leyes estrictas, sino por leyes *ceteris paribus*⁴⁸. Una solución al problema sería proponer otro tipo de causalidad. Así lo hizo John Searle, quien introdujo su noción de *causación intencional*, la cual no está gobernada por leyes, se conoce por experiencia directa y en la que hay una conexión conceptual entre la causa y el efecto⁴⁹ (§§ 1.6 y 1.8). Sin embargo, casi nadie ha seguido esta sugerencia, porque parece una solución demasiado *ad hoc*, que no puede justificarse por sí misma, por fuera del problema que busca resolver; y además viola el principio de Hume de la independencia lógica entre la causa y el efecto.

Todas estas posiciones sobre la causalidad mental comparten un mismo supuesto. Consideran que la acción o la conducta⁵⁰ es un evento físico. Este es un supuesto derivado del cartesianismo y la concepción física y mecánica del cuerpo. Se considera que las acciones o conductas involucran movimientos del cuerpo, así que lo que hay que explicar es cómo una substancia inextensa, como la mente, o una propiedad mental, como el contenido, ponen en movimiento al cuerpo. Pero, como señaló Dretske, las conductas son mucho más que meros movimientos⁵¹. Infortunadamente, Dretske fue poco consistente con esta observación y con

⁴⁴ Kim, 1998b, pp.137-138.

⁴⁵ Fodor, 1975/1984, 1987/1994.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 144-145.

⁴⁷ Davidson, 1970.

⁴⁸ Fodor, 1975/1984, Introducción.

⁴⁹ Searle, 1983/1986, Cap. 4.

⁵⁰ Voy a hablar indistintamente de *acción* y *conducta*, aunque históricamente se han tomado de manera diferente. Ver Capítulo 1, nota 100.

⁵¹ Dretkse, 1988, Cap. 1.

frecuencia se encuentra buscando explicar cómo las creencias internas del sistema causan los movimientos que constituyen la conducta⁵². Hay muchas razones para pensar que las acciones o conductas son muchos más que movimientos⁵³. Una razón es el hecho de que la descripción de la conducta en términos de movimiento no parece darnos una idea de lo que la conducta es. Si en una clase un profesor hace una pregunta, y un estudiante levanta la mano para contestar, parece que describir su conducta como simplemente extender el brazo hacia arriba no nos dice nada acerca del *sentido*, *propósito*, o *para qué* de la acción. Aunque sea correcta la descripción en términos de movimiento, deja por fuera lo más importante. El mismo Davidson reconoció que una misma acción puede ser descritas de diferentes maneras⁵⁴. Además, muchas, quizás la mayoría de las descripciones de la conducta que se hacen en el habla cotidiana consideran el carácter intencional de ella, en cuanto al resultado que busca. Cuando se dice que un jugador de fútbol hizo un gol, hacer un gol es una conducta descrita en términos de sus resultados. La misma conducta podría haberse descrito como que se pateó la pelota en dirección al arco y la pelota entró; y aunque esta es una descripción correcta, nos parece que la primera descripción es más completa y simple. Claramente los movimientos son un componente de la conducta. Sin embargo, también es cierto que una misma conducta puede ser hecha con diferentes movimientos. Se podría meter un gol pateando la pelota o con un cabezazo. Incluso, parece más evidente que si la conducta hace parte de los contenidos de los estados mentales, lo que está involucrado es más bien la conducta en términos de sus resultados que en términos de sus movimientos. Incluso, muchas veces no hacer nada de manera voluntaria es también una forma de acción, y en este caso, ¿cómo se va a definir la conducta en términos de movimiento? Por estas razones no se puede reducir la conducta a movimientos.

Al final de § 8.2 dijimos que las acciones son de vital importancia para los sujetos, pues son, junto a la percepción, el principal punto de contacto del sujeto con la realidad, y el modo en que los sujetos tienen para determinar su futuro, sea inmediato o a largo plazo. En § 8.3 vimos que la mejor manera de entender el contenido mental es como dirigido a las acciones sobre objetos, bajo ciertas circunstancias y para obtener ciertos resultados. Los

⁵² P. ej., *Ibid.*, Cap. 4.

⁵³ En esta sección estoy hablando de *acciones* y de *conductas* indistintamente. Aunque en la literatura ambos términos pueden ser distinguidos, en el contexto de la causalidad mental es corriente que no se distinguan.

⁵⁴ Davidson, 1963.

objetos intencionales son o bien objetos para la acción, circunstancias de las acciones o resultados de las acciones. Aquello en lo que muchas veces pensamos son planeaciones y anticipaciones para las acciones futuras. En general, toda cognición busca ser una preparación para la acción. Actuar es un medio para unos fines, para el cumplimiento de unos deseos, y hace parte del sistema de creencias del sujeto el hecho de que ciertas acciones llevarán a ciertos resultados. Por lo tanto, la acción hace parte del contenido, y por eso hay una relación intrínseca entre el contenido mental y la acción, como sostenían los wittgensteinianos (§ 1.7). En consecuencia, la acción es parte de la mente, no es su producto. La mente tiene un efecto causal sobre el mundo a través de la acción, pero no sobre la conducta. La conducta o acción es la extensión de la mente sobre el mundo, es la manera en que la mente entra en contacto y manipula la realidad física. La conducta hace parte del hábito en que consiste el contenido mental. Además, la acción siempre está guiada por la percepción y la interpretación de las situaciones de cierta manera, así que consiste en la forma en que el sujeto se inserta en dichas situaciones y aprovecha sus *affordances*. En consecuencia, la idea de causalidad mental es errónea. La mente no interactúa causalmente con el cuerpo, sino con el mundo. El cuerpo es parte de la mente. Esta posición es afín a la de la mente corporizada (§ 3.12), aunque hay algunas diferencias que discutiré en § 8.9.

El compromiso de Davidson con el naturalismo le condujo a considerar a las acciones como eventos físicos; pero dado que todo evento físico tiene un antecedente causal, sería indispensable considerar a las razones como causas de las acciones; y dado que un antecedente causal también debe ser un evento físico, se requería entender a las razones como estados mentales instanciados en estados físicos del cerebro. Como consecuencia, las acciones no pertenecerían a una categoría ontológica especial, diferente a la de los eventos físicos. De acuerdo con Davidson, la forma lógica de la acción sería la siguiente:

$$(12) \quad (\exists x) (A (s, o, x) \& \text{En} (l, x) \& \text{En} (t, x) \& \text{De} (m, x)),$$

donde A es el verbo de acción, que sería un relator tríadico, el cual pondría en relación a un sujeto (s), un objeto (o) y un indicador de singularidad (x); “En” y “De” son preposiciones que contribuyen a la estructura sintáctica, y l, t y m son indicadores de lugar, tiempo y modo

respectivamente⁵⁵. Esta descripción es netamente *extensional*, y aplica igual si la acción ocurre intencional o no intencionalmente. Así, por ejemplo, si son ciertas las afirmaciones:

(13) Ruth cogió el almanaque encima del estante,

(14) El almanaque encima del estante es un recuerdo que trajo la abuela de Hungría,

será cierto que

(15) Ruth cogió el recuerdo que trajo la abuela de Hungría.

En la teoría causal de Davidson, una misma acción A puede recibir distintas *descripciones*, siendo intencional en alguna de ellas y no intencional en otras⁵⁶. Así, por ejemplo, “Ruth extendió el brazo y abrió la mano, cogió el almanaque encima del estante, empujó el vaso, rompió el vaso y dañó la alfombra.” Para Davidson, esta es una única acción, la cual sería intencional si recibe al menos una descripción en la que se puedan atribuir razones al agente, que serían su causa, como en (13). Si el acto es intencional, entonces propone simplemente adicionar a la forma lógica de (12) la siguiente cláusula por conjunción:

(16) Fue intencional por parte de *s* que A.

Esta adición permite que no se altere el carácter extensional de la forma lógica de la acción.

Como se ha mencionado, la semiótica naturalista rechaza que las acciones sean eventos causados por los estados mentales, y más bien considera que hay una continuidad entre los estados mentales y las acciones. Una consecuencia de esto es que las acciones deberían pertenecer a una categoría ontológica diferente a la de los eventos. Pero, además, su descripción debería ser intensional (con-s); es decir, que si dado (13) y (14), pero Ruth desconoce la identidad de (14), entonces no se sigue (15), pues la descripción del almanaque como “el recuerdo que trajo la abuela de Hungría” no sería parte del modo en que el almanaque se presenta a Ruth. Por otra parte, tampoco se admitiría la tesis de Davidson de que un mismo acto puede recibir diferentes descripciones, algunas intencionales y otras no. La razón es que, si el acto se realiza como parte de un estado de creencia, cuyo contenido es como fue consignado en (11), entonces la extensión de la acción va hasta donde se dan los resultados previstos por el agente, sea que éstos resultados se cumplan o no. En el sentido en que el contenido mental de la acción prevé unos resultados que se pueden cumplir o no, la

⁵⁵ Davidson, 1967b, pp.149-151. La formulación de Davidson se presenta con unas pequeñas variaciones, para hacerla más inteligible.

⁵⁶ Davidson, 1963, 1967b.

acción también tiene un carácter intencional. Además, si el resultado previsto de alcanzar el almanaque por parte de Ruth es consultar una fecha, pero en el acto tumbó el vaso, la caída del vaso no hace parte de la misma acción; sino que es más bien un acto no intencional diferente o algo que le ocurre a Ruth.

La idea de la acción como parte del contenido mental y no como producto causal de esta es afín al *pragmaticismo* de Peirce. Podría pensarse que la acción corresponde a la noción de *interpretante energético* de Peirce. Recordemos que hacia 1907 Peirce distinguió entre interpretante emocional, energético y lógico⁵⁷ (§ 4.7). El interpretante energético corresponde a alguna acción inmediata dada en respuesta a algún evento del ambiente. El ejemplo de Peirce es el cumplimiento inmediato de alguna instrucción u orden de alguien. Peirce confinaba el interpretante lógico a la formación de un hábito a partir del pensamiento controlado y deliberado. Sin embargo, el interpretante energético, así como el emocional, involucran la manifestación de un hábito detrás. Es decir, la formación de hábitos no es tarea exclusiva del interpretante lógico, sino que ocurre en cualquier tipo de semiosis; y de igual manera toda semiosis es la manifestación de hábitos (§ 6.2). Incluso, podría decirse que la semiosis en sí misma es un tipo de acción. Podría trazarse un continuo desde su ocurrencia más involuntaria, como en el recuerdo espontáneo de algo que es evocado por otra cosa por su parecido o covariación, y el pensamiento más deliberado y autocontrolado. Podría considerarse que la acción no solo involucra la actuación física sobre el mundo, sino también la anticipación de dicha actuación en la semiosis. Visto de esta manera, hay muchas menos razones para considerar a la acción un mero efecto causal de la mente, sino más bien como parte de su actividad semiótica.

8.5 EXPLICACIÓN INTENCIONAL, RAZONES PARA LA ACCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA ACCIÓN

En la teoría causal de la acción de Davidson, una *razón primaria* no solo es la causa de la acción que ejecuta el sujeto, sino que también es la razón que la justifica para él. Una de las motivaciones de Davidson para postular la teoría causal fue la de distinguir aquella razón que es causa de la acción de otras posibles razones que se podrían dar en favor de la acción, pero

⁵⁷ Peirce, 1907, *MS 318, El Pragmatismo*, OFR2.28.

que finalmente no condujeron a su ejecución⁵⁸. Por lo tanto, las razones cumplen una doble función en la teoría de Davidson, una función explicativa y una justificadora. Baier afirmó que al hablar de razones debemos distinguir entre tres contextos: los contextos de justificación, de deliberación y de explicación⁵⁹. En el contexto de *justificación*, se ofrece alguna razón *pro tanto* R a favor de realizar alguna acción A. En el contexto de *deliberación*, se consideran diferentes razones R, R', R'', etc., para evaluar y decidir entre varias acciones posibles A, A', A'', etc., cuál llevar a cabo. En cambio, en el contexto de *explicación*, se busca determinar cuál es la R particular que condujo a un agente a realizar una A particular. Una cuestión es si las razones en estos tres contextos coinciden. Si este es el caso, entonces las razones explicativas son aquellas que justifican a la acción luego de un proceso deliberativo sobre ellas, lo que parece ser la situación ideal en el razonamiento práctico. En la teoría causal de la acción de Davidson, parece que los tres contextos de las razones coinciden. La llamada *razón primaria*, consiste en la conjunción de un estado de deseo (una *pro-actitud*, en su terminología) y una creencia, que tienen un carácter explicativo sobre la acción; pero que a la vez se presenta como una justificación suficiente al sujeto a partir, presumiblemente, de algún proceso deliberativo por el cual dicha razón se muestra como la que hace que esa acción sea la mejor opción. Pero a pesar de que para Davidson las razones se presenten como justificadoras para el sujeto, dichas razones son individualizadas en tercera persona. En su teoría de la *interpretación radical*, Davidson afirma que la interpretación del significado de una preferencia de un hablante involucra atribuirle a dicho hablante cierto estado de creencia respecto a aquello a lo cual se refiere la preferencia, a partir de supuestos de racionalidad y coherencia⁶⁰. Y son tales estados de AP atribuidos al hablante los que hacen también interpretables sus acciones. Por esta razón, para Davidson, solo son atribuibles estados mentales a seres con capacidades lingüísticas⁶¹. El hecho de que las razones se individualicen en interpretaciones de tercera persona bajo principios de racionalidad y coherencia, que a la vez sean estados de AP con poder causal para el sujeto, y que no existan leyes psicofísicas que establezcan una relación entre el contenido de las razones y su instanciación física, es lo que conduce al *anomalismo* de Davidson⁶². El problema con el

⁵⁸ Davidson, 1963.

⁵⁹ Citado por Lenman, 2009, § 1.

⁶⁰ Davidson, 1973b, 1974b.

⁶¹ Davidson, 1975.

⁶² Davidson, 1970, 1973a.

anomalismo es que Davidson juega con propiedades de categorías bien diferentes para caracterizar a la misma entidad: los estados mentales, vistos o bien como razones o como causas. Y dado que no hay leyes psicofísicas que conecten el ser razón con el ser causa, al final el anomalismo deja sin explicación la causalidad mental (§§ 1.8, 8.4).

La literatura en filosofía de la acción ha estado muy interesada desde Anscombe en establecer las condiciones para distinguir entre acciones intencionales y no intencionales. Yo puedo caer, pero ¿cuándo caer ocurre intencionalmente o no intencionalmente? La respuesta común ha sido que el sujeto cae no intencionalmente cuando el movimiento de su cuerpo es algo que le ocurre, sin que él lo provoque; mientras que el sujeto cae intencionalmente cuando él es un agente del acto de caer, provocándolo a partir de sus razones para hacerlo (p. ej., hacer reír a los demás). Se denomina *psicologismo* en filosofía de la acción a la posición que sostiene que tales razones son estados mentales del sujeto, estados de AP, con cierto contenido intencional⁶³. La teoría de Davidson es psicologista en este sentido. Dejando de lado el asunto de si las razones son causas, ¿se puede decir que para la semiótica naturalista los estados mentales son *razones* para la acción? A partir de lo visto en la sección anterior, se puede afirmar que los contenidos de los estados mentales tienen un papel fundamental en las que se llamarían acciones intencionales; pero ese papel no es el de provocarlas. Más bien, existe un continuo entre los estados mentales y las acciones, de tal manera que las mismas acciones pertenecen al contenido mental. En consecuencia, las acciones no son meros eventos, sino que también son estados mentales, y por eso su descripción también presenta propiedades intensionales (con-s) (§ 8.4). Por lo tanto, hay una continuidad entre los estados mentales y las acciones, de tal manera que, si los estados mentales son razones, pero las acciones hacen parte de los estados mentales, entonces las acciones son parte de las razones. Pero esto conduciría a no poder distinguir entre razones y acciones y a que incluso pierda sentido hablar de razones para la acción.

Creo que el discurso sobre las razones para la acción tiene sentido principalmente en el contexto de la *justificación de la acción*. Habitualmente, ofrecemos razones de nuestras acciones para justificar ante los demás lo que hacemos. Pero justificar es un acto de habla especial. A diferencia de un acto de habla aseverativo, que dice algo respecto al mundo,

⁶³ Lenman, 2009, § 6; Alvarez, 2017, § 3.

justificarse involucra tener cierta capacidad auto-referencial, y a la vez tener en cuenta la posible opinión del otro. La preferencia:

(17) Hice la acción A por la razón R

parece involucrar, al menos, los siguientes elementos:

- (i) El sujeto se reconoce como agente de A.
- (ii) El sujeto se reconoce como poseedor de R.
- (iii) El sujeto considera que R hace a A una mejor opción frente a otras alternativas A', A'', etc., disponibles para él.
- (iv) El sujeto considera que para un interlocutor (incluso potencial) R haría a A la mejor opción frente a otras alternativas, al menos bajo las circunstancias en las cuales el sujeto realizó A.

Ahora bien, ocurre que (17) es, para la semiótica naturalista, un *símbolo*, y todos los elementos involucrados en su significado, de (i) a (iv), tienen un alto carácter convencional. Las acciones que un sujeto aprende a identificar de sí mismo, así como sus propios estados mentales que reconoce como razones, no son cosas que el sujeto capte inmediatamente por un acto de introspección, sino que ha aprendido a reconocer por un complejo proceso social, en el cual su comunidad lingüística le ha enseñado a observarse a sí mismo y a hablar de lo que hace, de cómo se siente y de lo que piensa. Esto es importante, porque los estados mentales que reconocemos en nosotros mismos están altamente mediados por aquellos estados mentales que la comunidad lingüística reconoce como estados existentes, pero también como estados valiosos para ser poseídos. Por ejemplo, para la comunidad de los militares será valioso ser valiente, mientras que para un grupo de apoyo será comprensible sentir miedo; para una comunidad de deportistas será valioso ser ambicioso y esforzarse, mientras que para un grupo de compañeros de clase será comprensible sentir pereza. Pero, además, la comunidad lingüística determina los valores que hacen que ciertas razones sean aceptables o no. Para ciertas comunidades serán valiosas razones altruistas, mientras que para otras lo serán más bien razones egoístas; para unas comunidades serán valiosas razones que apelen a las ganancias económicas, pero para otras razones que apelen a la sostenibilidad ecológica; para algunas comunidades serán valiosas razones referidas a evitar el pecado, y para otras razones referidas a evitar las sanciones humanas, etc. Así que los elementos (iii) y

(iv) de (17) están compaginados de tal forma que R se hace una razón aceptable dentro de los valores de la comunidad a la que pertenecen el hablante y el oyente.

El sistema de valores que pertenece a una comunidad llega a internalizarse en el sistema de creencias del sujeto y pueden determinar sus mismos deseos. De esa manera, un sujeto considerará valioso lo que su comunidad estima así, y tendrá estados de deseo que determinarán acciones en ese sentido. Alguien que pertenece a una comunidad que valora el estudio, deseará tener un título profesional. Alguien dentro de una comunidad que valora el éxito económico, deseará ser emprendedor. Quien reciba la influencia de una comunidad en la que se valora el poder político, deseará postularse a cargos públicos de poder. Tales deseos determinarán las acciones específicas para su obtención, y dichas acciones serán justificables bajo las razones que se corresponden a los valores de la comunidad que ha dado forma a ese mismo deseo.

El contexto de justificación involucra al de deliberación en la medida en que nuestras comunidades también nos enseñan a cómo sopesar las opciones de acción disponibles, de acuerdo a lo que se define como valioso por las razones que son aceptables para dichas comunidades. Por lo general, se penaliza socialmente el no tener en cuenta las razones adecuadas, no valorar bien las alternativas de acción o simplemente no ser capaz de dar razones y decir “no sé por qué lo hice”. Así que, en cierto sentido, se puede decir que somos seres racionales, en cuanto hacemos uso de una racionalidad práctica, porque somos seres sociales, que podemos dar razones de nuestras acciones y hacerlas razonables para los demás.

Desde esta perspectiva, habría una correspondencia entre lo que se desea, las razones para justificarlas y lo que se hace, de tal manera que tendríamos agentes perfectamente racionales, que pueden justificar sin problema sus acciones. Sin embargo, hay casos de *irracionalidad*, como la llamada *acracia*, *incontinencia* o *debilidad de la voluntad*, en los que un agente S tiene razones suficientes para creer que A es mejor que A', pero aun así realiza A'. Por ejemplo, un estudiante puede tener un examen al siguiente día, pero debe escoger entre quedarse en casa estudiando o ir a una fiesta esa noche. Él sabe que es mejor estudiar que ir a la fiesta, y aun así va a la fiesta. Y si se le pregunta por qué lo hizo, no podría ofrecer razones para justificarlo. Para algunos autores, si nosotros somos agentes racionales, la *acracia* sería imposible, porque si ejecutamos A' en vez de A, a sabiendas de que hay mejores razones para hacer A que A', es porque hemos realizado A' de manera no

intencional⁶⁴. Davidson explicó la akracia distinguiendo entre razones condicionales e incondicionales. Las razones condicionales son aquellas en las que A es mejor que A' consideradas todas las cosas por el agente bajo ciertas circunstancias; mientras que una razón es incondicional si A es mejor que A' absolutamente. Un agente sería incontinente para Davidson porque ha tenido una dificultad para convertir a sus razones condicionales en incondicionales, de manera que se podría presentar un cambio de criterio que le conduzca a realizar la acción menos valorada antes; pero un agente no podría ser incontinente ante razones incondicionales⁶⁵. Sin embargo, algunos han criticado que parece posible la acción acrática aun cuando las razones sean incondicionales⁶⁶.

La semiótica naturalista tomaría en serio la diferencia entre los contextos de explicación y justificación. Las “razones” por las cuales realizamos una acción no son necesariamente aquellas mismas por las que justificamos esa misma acción. Por lo que vimos anteriormente respecto a (17), aprendemos a justificar una acción de acuerdo a cómo nuestra comunidad lingüística nos enseña a auto-observarnos y a considerar lo que es valioso para que una razón sea aceptable. Sin embargo, el auto-conocimiento proporcionado por la comunidad lingüística usualmente es bastante imperfecto para enseñarnos a distinguir todos aquellos aspectos relevantes de nuestra historia semiótica para que cierto acto haga parte de nuestras disposiciones. Por lo tanto, puede haber un desfase muy importante entre cómo nuestras acciones están determinadas por nuestra historia semiótica y cómo aprendemos a dar razones de nuestras acciones. Para el estudiante que se fue de fiesta la noche anterior al examen, tal vez había ciertos estados de creencias y deseos asociados a irse de fiesta, que condujeron a aprovechar la oportunidad cuando esta se presentó; pero tales estados no necesariamente son conscientes, si su comunidad no le enseñó a observarlos y hablar de ellos, sino que en cambio solo le enseñó a racionalizar con base en sus aspiraciones académicas. En tal sentido, la acción se hace irracional, incluso para el mismo estudiante. De esta manera, se reconocería la posibilidad de la acción acrática, sin tener que recurrir a la distinción entre razones condicionales e incondicionales.

⁶⁴ Esta parece ser la posición sostenida clásicamente por Platón (*Protágoras*) y, más recientemente, por R. M. Hare (1952, 1963). Cf. Stroud & Svirski, 2021, § 1.

⁶⁵ Davidson, 1970b.

⁶⁶ Stroud & Svirski, 2021, § 3.1.

8.6 EL SUJETO MENTAL

A partir de lo que se ha visto, se puede decir que *el sujeto mental es aquel que puede ser intérprete de signos*. Pero para ser un intérprete de signos, se debe tener la capacidad de adquirir hábitos, pues la interpretación está basada en tales hábitos. Los hábitos median la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual. Gracias a sus hábitos, el sujeto *porta* su historia semiótica a todas partes y dicha historia se manifiesta en cada nueva interacción. Así que *el sujeto es en buena medida sus hábitos*. Y dado que los hábitos son formados por la historia semiótica, el sujeto es en el presente la confluencia de la intrincada red de relaciones que constituyen su historia semiótica. Sin embargo, sabemos también que los contenidos del sujeto están dirigidos hacia el futuro. En consecuencia, el sujeto mental es en cada momento presente el punto de confluencia en el cual los múltiples haces de las interacciones pasadas de su historia semiótica se proyectan en múltiples disposiciones para la acción en un futuro indeterminado. Se podría decir que *el sujeto con mente media la relación entre el pasado y el futuro*. Por lo tanto, la vida mental tiene una naturaleza temporal y teleológica intrínseca, que no se limita a la mera identidad y permanencia a través de un tiempo definido con medidas extrínsecas, como los años de vida de un individuo. De acuerdo con la semiótica naturalista, en esto consiste ser un objeto con mente. Esto se puede representar como se muestra en la Figura 8.4.

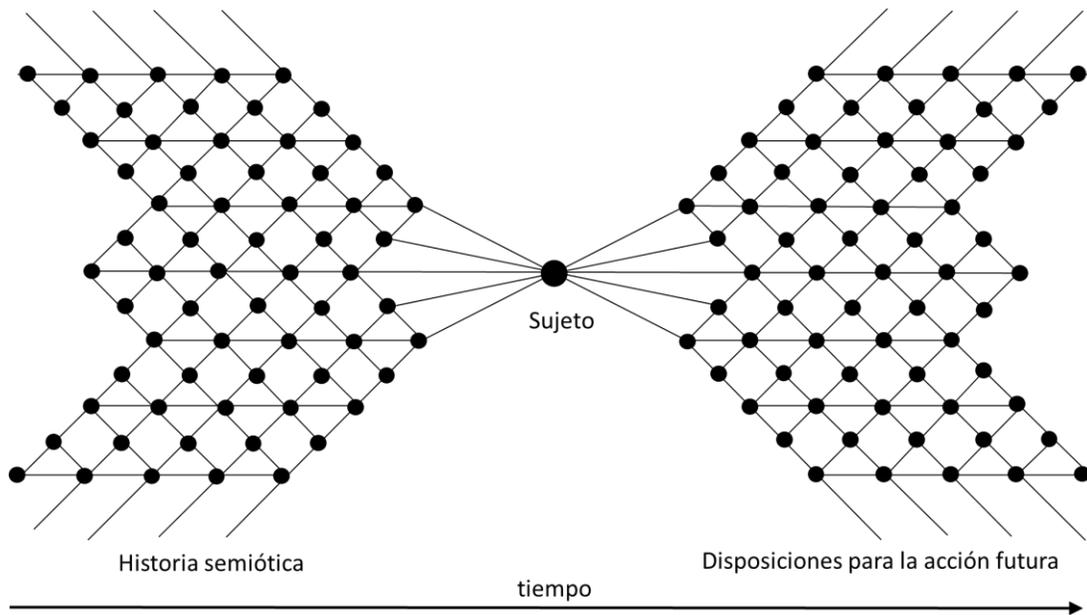


Figura 8.4. El sujeto con mente como mediador de la relación entre el pasado y el futuro.

En la Figura 8.4, la flecha de abajo representa a la línea del tiempo. Los puntos a la izquierda del sujeto serían aquellas instancias de semiosis actual pasada, siendo cada vez más remota cuanto más se alejan hacia la izquierda, que constituyen la historia semiótica del sujeto. Estos puntos se unen entre sí, conformando una intrincada red de relaciones entre tales experiencias, a partir de las relaciones que constituyen la misma semiosis: parecido, contigüidad y convencionalidad. Los puntos a la derecha del sujeto son aquellas instancias de acciones futuras posibles, que hacen parte de las disposiciones del sujeto, y al final son una proyección de la red de la historia pasada. El sujeto se mueve a través de la línea del tiempo, dejando una estela de relaciones pasadas, a la vez que proyecta hacia el futuro sus capacidades y disposiciones.

La concepción de la mentalidad que se está definiendo aquí es relacional. Este es un relacionismo representacional externista (§ 7.1). Los estados mentales, como estados con contenido, no son propiedades intrínsecas del sujeto, sino propiedades relacionales. El sujeto es simplemente el *locus* de confluencia de estas relaciones, y la semiosis el modo en que tales relaciones se constituyen y organizan. Estas son relaciones a eventos pasados, así que la historia es absolutamente imprescindible para definir el contenido y los estados mentales. Se podría pensar en un experimento mental de un *hombre del pantano semiótico*, un duplicado físico molécula por molécula de una persona real, pero sin una historia semiótica. A pesar de que este duplicado tenga la misma configuración física que el original, si los eventos presentes no actúan como signos que evoquen interpretaciones, por la ausencia de una historia, no hay semiosis y no hay mentalidad. Por lo tanto, la semiosis naturalista sostiene una posición antiindividualista respecto al sujeto⁶⁷. Este antiindividualismo es afín a la concepción que tenía Peirce del hombre, y que supone un rechazo al yo cartesiano, como substancia base de todo conocimiento y realidad⁶⁸.

Esta concepción tiene algunas consecuencias para el asunto de la *identidad personal*. La identidad no estaría definida por la consistencia del cuerpo a lo largo del tiempo⁶⁹; pero tampoco se constituiría por un mero manojó de sensaciones como lo pensaba David Hume⁷⁰.

⁶⁷ Vease a Burge, 1979.

⁶⁸ Peirce, 1868, *P27, Consecuencias*, OFR1.3; 1885, *MS 541, Royce*, OFR1.17.

⁶⁹ P. ej., Williams, 1970.

⁷⁰ Hume, 1739/1981, Libro I, parte IV, § VI.

La identidad del sujeto mental estaría determinada por la consistencia en el tiempo de sus capacidades interpretativas, por la manera en que su historia semiótica sigue teniendo un papel relevante en la determinación de sus disposiciones dirigidas al futuro. Esta posición sería afín a la de Locke⁷¹, que da a la memoria un papel importante en la definición de la identidad personal. Pero hay que recordar que, para la semiótica naturalista, la *memoria*, en buena medida, consiste en el efecto a largo plazo de la historia semiótica. También sería afín a aquellas posiciones que colocan en la consistencia psicológica el factor constitutivo de la identidad personal⁷². Al final, la consistencia psicológica se reduce a consistencia semiótica. Pero en vez de tratar esa consistencia psicológica como algo que el sujeto descubre introspectivamente, la semiótica la ve como la permanencia en el tiempo de los haces que provienen de la historia semiótica y que determinan los hábitos del sujeto. De todas maneras, se reconoce que ciertos factores orgánicos que causen amnesia o síntomas psicóticos, podrían afectar la identidad personal del sujeto-intérprete⁷³.

¿Qué tipo de seres pueden tener una mente? Dentro del mundo que conocemos, los seres con mente tienen un sistema nervioso con cierto desarrollo. Este parece ser un requisito para la semiosis. Gracias a que poseemos un sistema nervioso tenemos estados sensoriales y podemos actuar sobre el mundo. Pero también podemos aprender, adquirir hábitos y sostenerlos. Es plausible considerar que el sistema nervioso evolucionó para permitir que los sujetos puedan aprender y adaptarse a los cambios de su entorno. Desde esta perspectiva, tendrían mente aquellos sujetos con mínimas capacidades de aprendizaje. El aprendizaje requiere semiosis o, tal vez mejor, ‘aprendizaje’ y ‘semiosis’ son dos términos correferenciales, hacen referencia al mismo proceso de formación y mantenimiento de hábitos.

Desde esta posición que considera que la mentalidad consiste en la capacidad de ser intérprete de signos, y que se manifestaría en cualquier forma de aprendizaje, entendida como cualquier cambio relativamente estable en la conducta respecto al ambiente, se atribuiría mentalidad a todo ser que sea capaz de manifestar aprendizaje, aun en sus formas más primitivas. En consecuencia, nos resistiríamos a atribuir mentalidad a animales muy inferiores en la escala evolutiva, como insectos, cuya conducta parece ser más fácilmente

⁷¹ Locke, 1690/1999, Libro II, Cap. XXVII.

⁷² P. ej., Partif, 1984.

⁷³ Radden, 2003,

explicada como reacciones innatas ante tipos muy específicos de estímulos ambientales. En el caso paradigmático de Millikan de dispositivos consumidores de íconos intencionales, que son las abejas que se supone que ‘leen’ el baile de otras, a menos que dicha lectura involucre elementos aprendidos⁷⁴, no se contaría como un producto de la semiosis, y tampoco como manifestación de mentalidad, a pesar de que existan reglas de mapeo entre el baile y su referente (ver § 9.1.9). En estos casos, la atribución de estados con contenido intencional sería más bien metafórica. Igualmente, tendríamos una menor tendencia a atribuir mentalidad a plantas o seres vivos muy simples. Tal vez atribuyamos mentalidad a extraterrestres, mientras muestren capacidades de aprendizaje, a pesar de que no tengan sistemas nerviosos como los nuestros. ¿Tendrían los computadores mente? En el caso de los computadores simbólicos, dado que sus procesamientos internos pueden ser explicados enteramente por procesos físicos y causales que no involucran semiosis, estos no serían seres con mente. Pero la cuestión puede ser más polémica con los últimos sistemas más desarrollados de inteligencia artificial, que parecen demostrar verdaderas capacidades de aprendizaje. Volveré sobre este asunto en la última sección del capítulo (§ 8.9).

En la concepción de la semiótica naturalista que se trazó en el Capítulo 6, la conciencia fenoménica es un prerrequisito para la semiosis. Parece que sin conciencia fenoménica la semiosis no es posible. Para muchos filósofos, lo más fundamental de la mentalidad es la conciencia fenoménica, y se podría decir que esta idea desafía al intencionalismo semiótico que se defendió en § 8.1. Dedicaré la siguiente sección a tratar con más detenimiento la relación entre semiosis y conciencia fenoménica.

8.7 CONCIENCIA FENOMÉNICA Y SEMIÓTICA NATURALISTA

Parece evidente que la semiosis exige conciencia fenoménica. La razón es que la forma más simple de semiosis, la semiosis icónica, supone la comparación entre el signo y su objeto por su parecido, y el parecido es una relación basada en el hecho de compartir cualidades (§ 6.4). Si la conciencia fenoménica involucra ser sensible a las cualidades para distinguirlas, entonces es un prerrequisito de la semiosis icónica. Y si la semiosis icónica es el fundamento de toda semiosis (§§ 6.4-6.6), entonces toda semiosis exige como requisito la conciencia fenoménica. Pero además de esto, la concepción de la semiosis que se ha sostenido aquí

⁷⁴ Millikan, 1984, Cap. 6.

involucra la conciencia fenoménica en prácticamente todos los niveles. Por una parte, toda semiosis actual supone un contacto senso-perceptual con un signo presente, al que se debe ser sensible a sus cualidades. Incluso, en el caso de los símbolos más abstractos, estos son objetos con sus propias cualidades materiales y generalmente es por su forma que se reconocen como instancias de un símbolo. Pero también, los contactos senso-perceptuales históricos con los objetos requieren de conciencia fenoménica. Además, muchas de las formas de interpretación de signos son formas de experiencia fenoménica. Esto es evidente en el caso de los interpretantes emocionales. Pero también el recuerdo, como evocación a partir de algún tipo de semiosis, es un tipo de vivencia fenoménica. Algo semejante puede decirse de la imaginación, sea esta un vuelo involuntario o controlada. Hay un sentido amplio de conciencia fenoménica en el cual se puede decir que todo tipo de semiosis, sea esta la más abstracta posible, involucra conciencia fenoménica, porque la semiosis más abstracta trata de la manipulación de símbolos, y al menos estos deben estar presentes como vivencias sensoriales. Así que se podría decir que la semiosis es un fenómeno que ocurre *en la* conciencia fenoménica.

Dado que la conciencia fenoménica es una condición necesaria para la semiosis, podría considerarse que la semiótica naturalista sostendría una forma de Teoría de la Intencionalidad Fenomenal (TIF), según la cual los estados intencionales son estados de conciencia fenoménica o se basan en ella⁷⁵ (§ 3.11). Sin embargo, la conciencia fenoménica por sí misma no determina el contenido. Como se explicó en § 7.5, el objeto de la percepción emerge por procesos semióticos de la masa informe de cualidades en que se nos puede presentar la experiencia sensorial más prístina en nuestras primeras experiencias (el *percepto* de Peirce, § 5.1). Además, como sostenía Husserl, el objeto intencional se abstrae de las cualidades fenoménicas que están en la base material de toda vivencia (§ 2.2.6). Podemos tener diferentes estados mentales respecto al mismo objeto, a pesar de que la experiencia cualitativa de base sea muy diferente en cada estado. Se podría decir que la semiótica naturalista defiende una *realizabilidad múltiple* del contenido sobre la conciencia fenoménica. Un mismo contenido objetual o proposicional para el mismo sujeto puede sostenerse sobre diferentes tipos de experiencia fenoménica. Por lo tanto, en contra de los defensores de la TIF, la conciencia fenoménica por sí misma no establece el contenido,

⁷⁵ Algunos proponentes de la TIF son Georgalis, 2006, Pautz, 2013; Kriegel, 2013; Mendelovici & Bouget, 2014, 2020.

aunque sea la base material para este. Más bien, en cambio, el contenido es determinado por los procesos semióticos.

Se podría argumentar a favor de la TIF que tal vez nuestro contenido más básico sea el de nuestras cualidades fenomenales. Sin embargo, los defensores de la TIF parecen a veces defender una teoría de los *sense data* según la cual las cualidades fenoménicas se nos presentan como los átomos constitutivos de los objetos intencionales, y por tanto como los elementos primitivos del contenido mental; como si reconociéramos primero a las cualidades fenoménicas y luego reconstruyéramos al objeto a partir de ellas. Pero, muy al contrario, más bien parece que distinguimos primero a los objetos intencionales de la percepción por los contrastes cualitativos, sin requerir distinguir antes sus cualidades constitutivas; y luego podemos llegar a discriminar a las cualidades, tomándolas como contenidos. Al parecer, lo que es realmente fundamental no son las cualidades fenoménicas en sí mismas, sino más bien sus contrastes. Una prueba de esto se encuentra en algunas ilusiones ópticas. Por ejemplo, en la ilusión de *contraste simultáneo*, una figura con un tono de color específico se puede ver más oscura si se encuentra dentro de otra figura más clara; o se puede ver más clara si se encuentra dentro de otra figura con un tono más oscuro. Algo semejante ocurre en la ilusión de la sombra en el tablero de Adelson. Pero también puede ocurrir con la percepción de tamaño, como en la ilusión de Ebbinghaus, o en la percepción de longitud, con las ilusiones de Ponzo o Müller-Lyer⁷⁶. Por lo tanto, incluso las cualidades tomadas como tales tienen cierto carácter derivado. Así que la experiencia más básica es la de contraste. En las categorías peirceanas, el contraste pertenece a la segundidad, y tal vez Peirce se equivocó al poner a las cualidades simples como lo primero (§ 5.6), pues en la experiencia el contraste precede a las cualidades⁷⁷. Un argumento adicional a favor de la idea de que el contraste es la experiencia más fundamental es el hecho de que precisamente el método científico apela a la observación, porque es la observación la única que puede ofrecernos el suficiente contraste de nuestras expectativas con la realidad como para tener esa sensación de sorpresa que involucra la frustración de nuestras expectativas. Así que si hay algo que constituye el verdadero fundamento de nuestra gnoseología y epistemología son las relaciones de contraste entre cualidades, las cuales estarían fundamentadas en relaciones de contraste entre las

⁷⁶ Cf. Gondrin, 2016, § 5.5; Snowden, Thompson & Troscianko, 2012.

⁷⁷ Recuérdese la discusión en § 5.6 respecto a la Primeridad como sensación simple, como una categoría fenomenológica que realmente tiene un carácter ideal más que como algo realmente experimentado.

propiedades objetivas de las cosas externas (§ 6.4). Fenomenológicamente, la relación de contraste es más fundamental que la de parecido y al parecer es una condición necesaria, y tal vez suficiente, para la de parecido. Por lo tanto, aunque sea cierto que nuestro contenido semiótico se fundamente en nuestra capacidad de distinguir cualidades, las cualidades como contenido en sí mismo son también un producto de la semiosis.

Aunque se rechace que la conciencia fenoménica sea suficiente para el contenido mental, se podría seguir sosteniendo que la conciencia fenoménica sigue siendo el fenómeno mental más fundamental. Teniendo en cuenta lo dicho en el párrafo anterior, se podría argumentar que las sensaciones de contraste son el evento o fenómeno mental más básico. Sin embargo, ¿qué tipo de mentalidad podría obtenerse de esto? Supongamos que existe algún tipo de ser que solo tiene experiencia fenoménica, sin ninguna capacidad de semiosis. Tendría, muy posiblemente, la experiencia de una masa informe, que tal vez cambie con el tiempo, pero de la cual nada se reconocería y se distinguiría, y nada sería significativo. Sería como un espejo, que refleja la imagen de todo lo que se le ponga en frente, pero que no retiene nada. Incluso, ni siquiera sería capaz de reconocer dicha experiencia como la de una “masa informe”, porque esto requiere ser capaz de compararlo con algo con forma. Si existiera un ser así, no podría mostrar ninguna forma de aprendizaje, y su experiencia fenoménica no representaría ninguna ventaja adaptativa respecto a su ambiente. Si se pone en términos evolutivos, la conciencia fenoménica debió surgir con alguna mínima capacidad de semiosis, para permitir una adaptación a los cambios en el ambiente. Solo con un papel relevante para el reconocimiento de objetos y la distinción entre lo que es beneficioso y nocivo para el organismo podría decirse que hay un sentido evolutivo para el surgimiento de la conciencia fenoménica. A finales del siglo XIX, George Romanes (1848-1894), el ayudante y continuador del legado de Darwin, y también padre de la psicología comparada, basado en la idea de que la conciencia (fenoménica) es la base de la mentalidad, sostuvo que podemos saber cuándo un ser en la escala evolutiva tiene mente si identificamos que tiene capacidad de aprendizaje⁷⁸. La razón es que el aprendizaje involucra el cambio de la conducta a partir de la experiencia, y aquí la experiencia se entiende por lo que es vivenciado en el pasado.

Tal vez se pueda aceptar que la conciencia fenoménica no es suficiente para la mentalidad, pero alguien podría argumentar que ni siquiera es necesaria; es decir, que puede

⁷⁸ Romanes, 1884.

haber mentalidad sin conciencia fenoménica. Esto es lo que considera George Rey, cuando critica a la TIF haciendo referencia a casos como el procesamiento temprano del lenguaje y de la visión como procesos mentales inconscientes⁷⁹. De ser esto cierto, sería un problema para la semiótica naturalista, pues si para ella la conciencia fenoménica es necesaria, pero para los tipos de procesos que señala Rey no lo es, entonces habría procesos mentales que no serían describibles por la semiótica naturalista. Sin embargo, aquellos procesos a los que se refiere Rey son los descritos por teorías cognoscitivas de procesamiento de información subpersonal, como las de Chomsky y Marr. Pero ya previamente se han rechazado que se pueda hablar de procesos con significado a nivel subpersonal (§§ 7.1, 7.2, 8.2). Además, existen formas alternativas de explicar lo que estas teorías pretenden explicar, que son afines a la semiótica naturalista, como la teoría ecológica de la visión de Gibson⁸⁰. Sin embargo, existen casos más desafiantes de lo que se podrían llamar procesos mentales inconscientes. Algunos de ellos tienen que ver con conductas altamente automatizadas, de las cuales prácticamente no nos percatamos, como caminar, conducir, etc. De ellas se puede decir que, en el pasado, durante su dominio, fueron conscientes, y tienen la potencialidad de serlo en el presente si las cosas van mal. También está el caso de nuestro sistema sensorial interoceptivo, como nuestro sistema vestibular, que nos informa de dónde es “arriba” o “abajo”, o el sistema propioceptivo, que nos informa sobre la posición de nuestro cuerpo⁸¹. Generalmente ellos no involucran una experiencia claramente cualitativa, y no nos percatamos de estas sensaciones, sino solo cuando estamos mareados o en una posición incómoda. Lo importante es resaltar que estos son procesos que a pesar de ser relativamente inconscientes (o mejor, pobremente cualitativos) son procesos a nivel personal. Un caso más retador es el de la *visión ciega*, que ocurre cuando personas que han sufrido de una lesión en el lóbulo occipital del cerebro, pierden la capacidad de generar imágenes visuales, pero aun así pueden esquivar obstáculos y reconocer algunos objetos simples con un nivel de precisión superior al azar. Algunos neurocientíficos han sugerido que hay un doble sistema visual, uno primitivo, relacionado con las capacidades que quedan intactas en la visión ciega, y otro más moderno, que tiene que ver con la formación de imágenes mentales⁸². La cuestión es que a pesar de que aquellas

⁷⁹ Rey, 2008.

⁸⁰ Gibson, 1972, 1979.

⁸¹ Quevedo, 2018, pp. 33-39.

⁸² Kentridge, 2003.

habilidades conservadas para el paciente con visión ciega no requieran de una imagen visual, eso no quiere decir que no involucren algún tipo de experiencia cualitativa que, de todas formas, se asocia a la capacidad de discriminar objetos en el mundo; solo que su carácter fenoménico puede ser muy pobre, como en el caso de la interocepción o la propiocepción. Muchas veces se ve a la conciencia fenoménica como el límite de la explicación fisicalista de la naturaleza y expresión de la irreductibilidad de lo mental. Sin embargo, vista como un fenómeno de carácter más bien biológico, tal vez sea relevante su análisis en términos de la teoría de la identidad psicofísica. Es decir, estar en cierto estado fenoménico particular es estar en cierto estado de activación del sistema nervioso periférico sensorial y central. El problema está en que cuando se quiere definir el estado fenoménico en que se encuentra un sujeto, se introduce el reconocimiento y la interpretación de qué contenido está involucra, y entra a actuar la semiosis, así que ya no estamos hablando de una mera identidad psicofísica. Veamos por ejemplo el caso del dolor. Puede ser que tenga una experiencia de dolor que me ha acompañado toda la mañana, pero a la cual no le he prestado la mínima atención. En este caso puedo decir que el estado de dolor es igual que cierto tipo de estado de mi sistema nervioso (y somático más amplio, como una tensión muscular o de excitación de las células nociceptivas de los tejidos). Pero cuando en algún momento me percato del dolor, hay interpretación y semiosis. En este caso, el dolor ya no es simplemente un estado somático, sino que es mucho más. Así que la experiencia fenoménica pura, como experiencia no interpretada, es simplemente un fenómeno biológico, quitándole todo ese velo de misterio que generalmente acompaña la cuestión de la conciencia fenoménica.

El asunto de la subjetividad y el carácter en primera persona de la experiencia fenoménica puede reducirse al simple hecho de que como individuo cada uno tiene un sistema nervioso propio y su sentir se circunscribe a su propio sistema nervioso. Pero creo que es posible un análisis en tercera persona del sentir. El sentir cosas está asociado a poder discriminar eventos del ambiente. Que tengamos un sistema sensorial S , que nos permita distinguir entre las cualidades $Q1$ y $Q2$ de los eventos ambientales, nos permite reconocer comunalidades entre algunos eventos con $Q1$, así como actuar diferencialmente ante los eventos que tienen $Q1$ y $Q2$. Ahora bien, claramente un sistema sensorial permite distinguir muchas cualidades sensoriales, pero también podemos tener varios sistemas sensoriales S , S' , S'' , S''' , etc., que nos permiten distinguir objetos y eventos con mayor precisión. El sentir

diferencialmente nuestro ambiente es algo que evolucionó para permitir la semiosis y el aprendizaje. Gracias a la conciencia fenoménica seres de cierta complejidad podían aprender y mejorar su aptitud biológica frente a un ambiente cambiante. Así que la conciencia fenoménica es el requisito biológico inmediato de la semiosis. En los animales que no tienen capacidad de aprendizaje, lo máximo que podría decirse es que sus reacciones frente a los eventos del ambiente son más bien de carácter mecánico, pero no que tienen una *vida mental*. Tener una vida mental es estar dirigido a *objetos intencionales* y estos son el producto de procesos semióticos. Podemos decir entonces que en la escala evolutiva la mentalidad surge con la semiosis. En consecuencia, el intencionalismo semiótico se sostiene.

Ahora bien, dado que la conciencia fenoménica es una condición para la semiosis, y la semiosis es lo constitutivo de la mentalidad, una consecuencia de ello sería que los sistemas computacionales simbólicos no presentarían mentalidad, pues hay un amplio acuerdo en que tales sistemas no poseen la capacidad de conciencia fenoménica. Creo que este es el caso y la atribución de mentalidad a tales sistemas es algo que ocurre de una manera metafórica, como señalaba Searle⁸³ (§ 1.6), de manera algo semejante a como el pensamiento animista podía atribuir intenciones a las catástrofes o desastres naturales. En consecuencia, la mera computabilidad no es constitutiva de mentalidad, como suponía la Teoría Computacional de la Mente (TCM). Sin embargo, la cuestión puede resultar más difícil de decidir cuándo se trata de sistemas conexionistas. Voy a extenderme más en este asunto en § 8.9.

8.8 EL PROBLEMA MENTE Y CUERPO

¿Cuál sería la posición de la semiótica naturalista frente al problema mente-cuerpo? Se podría decir que hoy en día el problema mente-cuerpo trata de la cuestión de qué posición otorgar a los objetos con mente dentro de un mundo físico. La mayoría de los filósofos de la mente desde mediados del siglo XX han aceptado el fisicalismo. En un sentido amplio, el fisicalismo se puede ver como la tesis general de que todo en la naturaleza es físico, es decir, respeta las leyes y los principios de las ciencias fundamentales. La sola suposición de una mente no física sería contraria al fisicalismo. Pero, aunque prácticamente la totalidad de posiciones sobre el problema mente-cuerpo estarían de acuerdo en que la mente es algo físico, el gran problema es cómo caracterizar a la mente estableciendo un nexo con el mundo no

⁸³ Searle, 1984.

mental, sin que pierda sus propiedades mentales. La teoría de la identidad tenía un propósito más bien reduccionista y, en ese sentido las propiedades mentales, en especial la intencionalidad, se perdían al realizar la identificación con estados neuronales. Algo semejante pasa con la TRM, que supone un fisicalismo de instancias. Aunque su propósito es explicar cómo el contenido intencional tiene poder causal sobre la conducta, al basarse en una teoría computacional de los procesos mentales, realmente el contenido llega a ser irrelevante para la eficacia causal de los llamados procesos mentales subpersonales. Además, queda la dificultad de cómo explicar el carácter representacional de estados neurológicos subpersonales (§§ 3.5-3.10). El monismo anómalo de Davidson evita el reduccionismo, reconociendo el carácter intencional de los estados mentales y su participación en el sistema de creencias holístico del sujeto. Pero la admisión de la ausencia de leyes psicofísicas que conecten los estados mentales con sus instanciaciones neuronales parece suponer un dualismo de propiedades, así como un epifenomenalismo por la carencia de poder causal de las propiedades mentales. Esto ha conducido a muchos hacia el eliminativismo. Si las propiedades mentales son intratables en términos físicos, mejor quitémoslas del panorama y mantengamos el compromiso con el fisicalismo⁸⁴. Pero la persistencia de la psicología popular es tal, que parece que nadie puede moverse en su cotidianidad, ni siquiera en su práctica científica, sin reconocer que hay individuos con propiedades mentales⁸⁵. ¿Qué hacer entonces?

La semiótica naturalista sostiene que los procesos semióticos son procesos físicos, en el sentido de que los objetos involucrados son objetos físicos y que no se está asumiendo alguna violación de los principios o leyes fundamentales de las ciencias naturales. Pero rechaza tajantemente cualquier intento de eliminativismo o de reduccionismo (§ 7.8). ¿Entonces la semiótica naturalista propone un dualismo de propiedades? Lo que plantea es, en cambio, que los eventos mentales involucran relaciones triádicas, en un doble sentido, tanto en la semiosis actual como en la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual (§ 6.3). De acuerdo con el teorema de reducción de Peirce (§ 4.3), las relaciones triádicas constituyen un tipo de categoría separada, pues son irreducibles a relaciones diádicas, de tal manera que cualquier intento de reducción de la semiosis a relaciones de aridad inferior sería

⁸⁴ P. ej., Quine, 1960a/2001, Dennett, 1971, Churchland, 1981, Stich, 1983.

⁸⁵ Fodor, 1987/1994, Cap. 1.

infructuoso (§ 6.2). Si se supone que las propiedades y relaciones físicas son relaciones monádicas o diádicas, entonces no sería posible tratar la relación de representación que caracteriza a lo mental en términos meramente físicos. Si se admite que en la realidad hay hechos que tienen una estructura de aridad inferior a tres, se rechazaría el pansiquismo, o el pansemanticismo, pues se aceptaría que no todos los hechos en la realidad son representacionales y mentales. Las relaciones de representación son propias solo de algunos hechos. De acuerdo con el relacionismo representacional que se ha expuesto aquí, los hechos mentales corresponden a hechos que involucran seres que tienen la capacidad de adquirir hábitos, gracias a que tienen sistemas nerviosos con cierto desarrollo y con la capacidad biológica de conciencia fenoménica, de tal manera que pueden entrar en relaciones tríadicas con su pasado y su futuro.

Se podría decir que los estados mentales, como se definieron en § 8.2, supervienen a los estados del sistema nervioso, en un tipo de identidad de instancias (no de tipos). Incluso, se podría decir que un mismo estado mental M puede ser instanciado en una disyunción de estados neurofisiológicos N ($N' \vee N'' \vee N''' \vee \dots$), así como Fodor justificaba la irreductibilidad de los procesos computacionales a procesos neuronales⁸⁶. Sin embargo, la principal razón que tiene la semiótica naturalista para rechazar cualquier intento de describir los estados mentales en términos de estados neurofisiológicos, es que el externismo de su relacionismo representacional involucra que los estados mentales se individualizan según las relaciones de los sujetos con objetos concretos (o abstractos) de su entorno (pasado y futuro). Estas son relaciones a nivel personal, no de partes subpersonales del sistema nervioso del sujeto. Aunque se requiera un sistema nervioso para tener hábitos, los contenidos que constituyen tales hábitos son definidos de manera externista, lo que hace completamente irrelevante tener que recurrir a estados del sistema nervioso. Esto no quiere decir que la investigación en neurociencias esté injustificada. Es útil en cuanto nos permita entender los requisitos biológicos de un ser que adquiere hábitos, aprende y se relaciona semióticamente con el mundo. Así que la investigación neurocientífica establece condiciones necesarias para la semiosis. Pero es completamente insuficiente para caracterizar a los estados mentales de acuerdo con su contenido.

⁸⁶ Fodor, 1975/1984.

La posición de la semiótica naturalista se basa en la teoría de relativos de Peirce. No es propiamente un dualismo. Sostiene que hay diferentes tipos de hechos en la realidad, que se distinguen por el tipo de relación involucrada en ellos. Hay hechos monádicos, diádicos, triádicos, tetrádicos, etc. Los hechos monádicos, diádicos y triádicos corresponden a los hechos fundamentales, irreducibles entre sí, mientras que los hechos de aridad superior a tres serían reducibles a los primeros. Todos los hechos de representación, semióticos y mentales son hechos triádicos. Hechos de una aridad superior serían reducibles a hechos triádicos. Peirce no ofreció muchos ejemplos de hechos de aridad tetrádica, pentádica o superior. Hemos visto dos ejemplos de relaciones tetrádicas: La relación de vender (§ 4.3) y la relación de comunicar (§ 6.6). En ambos casos se mostró cómo su constitución involucra relaciones de representación. De lo anterior hay una consecuencia interesante. Si las relaciones de aridad superior a la triádica están compuestas de relaciones triádicas, y las relaciones triádicas involucran la relación de representación y la semiosis, entonces solo se observarán relaciones de aridad mayor que tres en hechos que involucran seres con mente y su capacidad de representación. Esto tendría como consecuencia que relaciones tetrádicas y superiores corresponden a interacciones o hechos sociales. Esto ocurre tanto con la relación de vender como con la relación de comunicar. Si este fuera el caso, habría una forma en la que la teoría de relativos de Peirce estaría cumpliendo el objetivo del fisicalismo de unificación de las ciencias. Los hechos físicos corresponderían a relaciones diádicas, los hechos mentales a relaciones triádicas y los hechos sociales o culturales a relaciones tetrádicas o superiores. De esta manera, se tendría un orden relacional en la realidad. Esta es una especulación muy atractiva, que requiere de un examen más cuidadoso para su admisión.

Otra forma de ver el asunto de la reducción fisicalista de lo mental es el hecho de si lo mental puede ser expresado en términos de un lenguaje extensional. Chisholm había mostrado que un lenguaje que refiere a conductas no lo puede lograr (§ 1.4), y en este capítulo vimos que una de las razones es que no se pueden definir las conductas con independencia de los contenidos mentales, porque las conductas hacen parte de tales contenidos (§ 8.4). También vimos que los contenidos se pueden expresar en un lenguaje de contrafácticos, que no es fácilmente reducible a un lenguaje extensional (§ 8.2). Por lo tanto, tendríamos aquí un argumento adicional en contra de la posibilidad de la reducción. Incluso podría señalarse que el mundo de las modalidades lógicas, el mundo de lo posible y lo necesario, ocurre en el nivel

de la semiosis. La planeación de la conducta futura que hace parte del contenido mental involucra la preparación a situaciones posibles. La necesidad, por su parte, derivaría de la consideración de lo que es imposible cambiar⁸⁷. Obsérvese que esto sería opuesto a la sugerencia de la teoría de las categorías de Peirce de que el mundo de las posibilidades es propio de la Primeridad (§ 5.6). Además, sin tener que apelar a un realismo acerca de los mundos posibles, podemos considerar que la posibilidad y la necesidad surgen de la manera intrincada en que el pasado se proyecta hacia el futuro en los hábitos de los sujetos con mente. Por esta razón, el vínculo entre la intencionalidad con-c y la intensionalidad con-s puede ser mucho más profundo de lo que es reconocido por algunos autores⁸⁸ (§ 1.5). Esta es otra hipótesis que debe evaluarse con cuidado.

8.9 CONEXIONISMO Y COGNICIÓN CORPORIZADA

La semiótica naturalista es opuesta e incompatible con las ciencias cognitivas tradicionales basadas en la TCM, la HSSF y la TRM. En especial, rechaza la noción de RM, porque considera que la representación no es una relación diádica entre un estado particular interno del sistema nervioso y algún objeto o evento externo al sistema cognitivo, sino que es una relación triádica externa, que tiene al sujeto cognitivo como uno de sus correlatos. Pero, ¿habrá una mayor afinidad entre la semiótica naturalista y posiciones más recientes en las Ciencias Cognitivas (CCs) como el conexionismo y la cognición corporizada? Comencemos con las redes neuronales artificiales. Estos son modelos que buscan simular el funcionamiento del sistema nervioso y tener una mayor plausibilidad biológica que los sistemas simbólicos. En ellos se dice que las representaciones no existen como pedazos de información almacenados en direcciones de memoria, sino que existen como la distribución de pesos entre las conexiones de las unidades y solo se manifiestan cuando son activadas (§ 3.12). Se ha sostenido aquí que un sistema físico es un sistema mental en cuanto tenga la capacidad de participar de la semiosis. ¿Sería este el caso de los sistemas conexionistas? Hay algunos aspectos de la manera en que funcionan estos sistemas que hacen pensar que así es.

⁸⁷ Esto sería opuesto a la teoría de las categorías de Peirce y su sugerencia que el mundo de las posibilidades es propio de las Primeridades (§ 5.6). Por otra parte, la metafísica peirceana pone a las posibilidades y las necesidades al mismo nivel que las actualidades, como si todas ellas fueran existentes. Creo que la semiótica naturalista sería más afín al *actualismo*, o al menos, consideraría que lo actual está en un nivel ontológico diferente a lo posible y lo necesario. Tal vez sea discutible si lo posible y lo necesario se reducen a lo que es pensado; pero al menos la teoría semiótica ofrece una explicación de cómo podemos pensar en ellos.

⁸⁸ P. ej., Searle, 1983/1986, Cap. 1; Crane, 2003.

Los sistemas de redes neuronales parecen ser capaces de realizar reconocimientos de patrones perceptuales, y al parecer de reconocer relaciones de parecido entre objetos y eventos; por lo cual serían capaces de algo al menos similar a la semiosis icónica. Tienen capacidad de aprendizaje por sus consecuencias, gracias a sus algoritmos de retropropagación. También podrían reconocer relaciones de covariación o correlación entre eventos, lo que les permitiría alguna forma de semiosis indexical. Igualmente pueden soportar redes semánticas, por las que palabras y expresiones se relacionan entre sí para responder preguntas de manera gramatical, coherente y pertinente. Así que también parecen manifestar formas de semiosis simbólica. Se ha dicho que una condición para la semiosis es la existencia de conciencia fenoménica. Es polémico si los sistemas de redes neuronales artificiales tienen algo como una conciencia fenoménica. Pero si la conciencia fenoménica se reduce a la capacidad de activación diferencial de patrones de unidades en la capa de entrada frente a diferentes cualidades estimulativas, junto a la idea explorada en § 8.6 de la identidad entre la experiencia cualitativa y la activación del sistema nervioso sensorial, podría decirse que habría algo como una conciencia fenoménica en las redes neuronales artificiales. Sin embargo, hay aquí una diferencia importante entre estos sistemas y nosotros. En las redes neuronales todas las unidades de las capas de entrada son homogéneas. En cambio, nosotros tenemos diferentes receptores sensoriales, que nos permiten ser sensibles a diferentes modalidades de cualidades, ya sean colores, sabores, sonidos, etc. Por lo tanto, no podemos suponer que las redes artificiales tengan el mismo tipo de vida mental fenoménica que la nuestra. Pero tampoco podemos suponer que no tengan una vida mental, pues debemos aceptar que seres con diferentes capacidades mentales podrían tener mayor o menor diversidad sensorial. Lo importante es al final la capacidad de responder diferencialmente a las cualidades.

Sin embargo, la pregunta crítica sería ¿son las redes neuronales artificiales capaces de ser interpretantes respecto a signos?, es decir, ¿son capaces de ser parte de relaciones triádicas? Una razón para pensar que sí es que en el reconocimiento de objetos el patrón de activación de salida sería algo así como el interpretante respecto a la experiencia previa con el mismo objeto en el pasado. Además, se puede considerar a la distribución de los pesos de activación en las conexiones entre unidades como el hábito adquirido para poder responder a nuevos eventos de acuerdo con una historia previa. Sin embargo, hay una diferencia importante. El sistema requiere de retroalimentación para lograr el reconocimiento. En

cambio, en nosotros el reconocimiento de objetos no requiere en absoluto retroalimentación, sucede como un producto natural de la semiosis icónica. Plausiblemente, la retroalimentación se requiere para formas de aprendizaje indexical, como el aprendizaje asociativo instrumental. Esto tiene una consecuencia importante, y es que un sistema de redes artificiales necesita de un soporte externo que establezca los criterios para el cumplimiento del reconocimiento, mientras que en nosotros tales criterios están, por decirlo de alguna manera, ‘incorporados’. Otra diferencia importante es que mientras en nosotros hay una relación constitutiva entre las semiosis icónica, indexical y simbólica, en los sistemas de redes neuronales no. Los sistemas de redes semánticas pueden responder adecuadamente preguntas que pasen la prueba de Turing, sin involucrar que el sistema comprenda de qué se habla, porque no se ha llegado al punto de que estos sistemas logren relacionar el reconocimiento perceptual con el procesamiento semántico. Por lo tanto, le son aplicables la crítica de la habitación china de Searle (§ 3.4). Otra diferencia importante es que, como se señaló en §§ 8.2-8.4, el contenido mental está para los seres con mente ligado intrínsecamente a sus posibilidades de acción sobre el mundo. En cambio, los sistemas de redes artificiales tienen como forma de acción principal los patrones de activación en sus capas de salida. Estos patrones son funcionales en tanto que son interpretados por los científicos que diseñan estos sistemas o por sus usuarios. Se podría decir que estos sistemas tienen una intencionalidad derivada de los criterios que imponen sus diseñadores. Sin embargo, ya hemos criticado la concepción de intencionalidad originaria en que se basa dicha posición, y por otra parte se podría decir que estos sistemas tienen una intencionalidad dependiente de sus diseñadores, así como buena parte de nuestra intencionalidad es derivada de los demás miembros de la cultura. Creo que es más preciso decir que estos sistemas tienen una mentalidad muy limitada. No son sistemas biológicos que nacen con la capacidad de aprender actuando sobre su ambiente físico y social, sino que son sistemas que dependen de un grupo de expertos que los programen, establezcan criterios de entrenamiento, e interpreten sus salidas. Mientras que podemos decir que nuestra única dependencia fundamental de otros seres mentales para ser seres mentales es haber nacido de uno; en cambio, los sistemas de redes neuronales tienen una mentalidad que depende de una interacción constante con otros seres mentales.

En conclusión, se puede afirmar que los sistemas conexionistas expresan algunos rasgos de mentalidad, pero de una manera bastante limitada; aunque hay que reconocer que

son nuestro mejor intento de producción de una mentalidad artificial. Ahora bien, esto no quiere decir que sea cierta la suposición de la IA fuerte de que diseñando este tipo de programas podemos obtener un mejor conocimiento de nuestra mentalidad, como suponía la HSSF de Newell y Simon⁸⁹ (§ 3.1). Podemos perfectamente estudiar y comprender qué es la mente sin una IA. Este trabajo es un ejemplo de eso. Más bien, al contrario, requerimos de estudios independientes de toda IA para poder establecer con claridad qué es la mente y así saber cuándo los sistemas de IA expresan alguna mentalidad. Para los promotores de la TCM y la HSSF, lo definitorio de lo mental era la computación, y por eso para ellos era fácil confundir el desarrollo de IA con el estudio de la mente. Pero si como se ha defendido aquí, lo que define lo mental es la capacidad de semiosis, el asunto cambia bastante, pues la computación no es ni necesaria ni suficiente para la semiosis. Tenemos un nuevo criterio y contra este deben ser comparados los sistemas artificiales.

En cuanto a la cognición corporizada (§ 3.12), hay también varios puntos de encuentro con la semiótica naturalista, aunque también algunas diferencias importantes. La semiótica naturalista es muy afín con el enactivismo, en el sentido de que la percepción de objetos requiere de la acción, así como también la acción requiere de la percepción. No obstante, la semiótica naturalista es más próxima a la noción de *affordance* gibsoniana y el papel de la manipulación de objetos para su reconocimiento perceptual. No todo enactivismo está especialmente comprometido con la noción de *affordance*. Por ejemplo, la teoría de las contingencias sensoriomotoras de O'Reagan y Noë⁹⁰. Aunque esta teoría puede tener mucho valor, da mucha más importancia a la actividad motora asociada a los órganos sensoriales, que a la actividad del organismo en sus transacciones instrumentales con el entorno. Por otra parte, podría sugerirse que la formación de los hábitos que determinan la semiosis es tratable como un sistema dinámico, que se reactualiza con cada nueva semiosis actual. Esto tiene mucho sentido. Pero el reto estaría en establecer las variables relevantes para formular ecuaciones que puedan describir adecuadamente la evolución del sistema. Incluso, podría afirmarse que hay cierta afinidad con la teoría de la mente extendida, dado que en la semiótica naturalista los estados mentales son estados relacionales del sujeto a objetos del mundo. Pero la perspectiva extendida está aun fuertemente comprometida con la noción computacional

⁸⁹ Newell & Simon, 1976; Newell, 1980.

⁹⁰ O'Reagan & Noë, 2001.

tradicional de almacenamiento de información, aunque ahora en dispositivos externos, que es completamente innecesaria para la posición semiótica. De poco sirve la información externa sin los hábitos acumulados por el sujeto a lo largo de su historia semiótica.

Tal vez la principal diferencia entre la semiótica naturalista y la cognición corporizada tenga que ver con la misma noción de mentalidad. Es difícil precisar en qué consiste exactamente la mente para la cognición corporizada, pero, así como se presentó en § 3.12 se podría decir que esta consiste en la interface entre cerebro, cuerpo y ambiente. Quizás la manera más clara de precisar en qué consiste esta interface sea en términos de sistemas dinámicos. El gran problema es que esta caracterización de la cognición corporizada parece dar cuenta escasamente de coordinaciones sensoriomotrices, y en ningún sentido involucra a la semiosis. Tal vez se pueda pensar en el sistema de navegación espacial de una cucaracha como un sistema mental dentro de la concepción corporizada. Pero mientras una cucaracha no pueda mostrar semiosis y aprendizaje, no mostrará mentalidad para la perspectiva semiótica. No parece que el sistema de navegación espacial de una cucaracha muestre capacidad de aprendizaje, sino que corresponde a un sistema de adaptación meramente biológico, que se acomoda a cada situación. Una crítica importante que se ha hecho a la perspectiva corporizada es su incapacidad para dar cuenta de los llamados *problemas ávidos de representación*, en términos de Clark⁹¹ (§ 3.3). La perspectiva semiótica tiene la gran ventaja de que puede tratar con estos problemas, trazando un continuo desde la percepción hasta el razonamiento lógico. Creo que la concepción semiótica de la mente genera criterios más claros de mentalidad que la concepción corporizada. Ambas concepciones no son incompatibles y podrían ser complementarias. Sin embargo, habría que valorar si vale la pena su unión o más bien la absorción de una a otra.

Un aspecto en el cual la cognición corporizada y la semiótica naturalista coinciden es en restarle importancia a la afirmación de que el portador de la mentalidad es el sistema nervioso central, en oposición al resto del cuerpo. Para la semiótica naturalista, nuestro sistema nervioso periférico es especialmente importante. Una de las razones tiene que ver con que muy probablemente nuestra experiencia cualitativa fenoménica depende de las propiedades físicas de nuestros receptores sensoriales, más que de su procesamiento interno en el sistema nervioso central. Otra de las razones es que los sistemas eferentes, que controlan

⁹¹ Clark, 1997/1999, Cap. 8.

los movimientos motores, se integran de tal manera con los músculos, que estos llegan a ser casi extensiones de los primeros. En consecuencia, el sistema nervioso está tan integrado con el cuerpo que tiene poco sentido distinguir entre ambos. El sistema nervioso está tan integrado a un cuerpo que siente y se mueve, que prácticamente el cuerpo es el *locus* de los hábitos. Dado que la acción es parte del contenido mental y la acción la realizamos con el cuerpo, el cuerpo es esencial al sujeto que tiene estados mentales. Si es así, entonces es el cuerpo en su totalidad el que recuerda y anticipa, y el que está en una serie de relaciones semióticas complejas con el mundo. Y dado que el sujeto es uno de los correlatos de las relaciones semióticas, es el sujeto-cuerpo el que entra en una serie de relaciones de representación con el mundo. Es un *cuerpo-intérprete*. Pero claramente aquí no estoy hablando del cuerpo como una maquinaria inerte que debe ser puesta en movimiento (§ 8.4), sino como una entidad viva, sintiente, actuante, pensante y con mentalidad; es decir, es un sujeto corporeizado.

Lo anterior hace suponer que la semiótica naturalista sería una versión de cognición corporizada. Sin embargo, recuérdese que, desde la posición que se está sosteniendo, lo que define la mentalidad es la capacidad de ser intérprete de signos. En el caso de los seres humanos y muchos otros animales de nuestro planeta, tenemos mentalidad gracias a las propiedades de nuestro cuerpo. Gracias a nuestros cuerpos podemos sentir diferencialmente las cualidades de los eventos externos, actuar sobre los objetos y entrar en procesos semióticos con ellos. Pero, ¿es el cuerpo esencial para la mentalidad en general? Claramente es necesario un cuerpo físico para relacionarse con el mundo. Pero es lógicamente posible que seres con cuerpos bien distintos a los nuestros sean capaces de mentalidad. Algo así ocurre con los sistemas de redes neuronales artificiales, que muestran una forma de mentalidad muy limitada, como se mostró arriba. Pero sea la composición física que un ser tenga, lo importante es la capacidad de entrar en relaciones de representación con diferentes cosas en el mundo.

Recientemente ha surgido una nueva área de investigación denominada *Semiótica Cognitiva* (SC), la cual ha buscado la confluencia entre la semiótica y las ciencias cognitivas, bajo la idea de la importancia del fenómeno del significado para los procesos cognoscitivos⁹². La SC comparte con la semiótica naturalista el rechazo a la psicología cognitiva tradicional

⁹² Zlatev, 2015; Zlatev, Sonesson & Konderak, 2016; Brandt, 2020, Cap. 1., Paolucci, 2021.

y ha buscado relacionarse con las perspectivas de la Cognición 4E, especialmente con el enactivismo, bajo cierta influencia de la fenomenología⁹³. La SC es todavía una disciplina muy joven y hay una diversidad de propuestas, que refleja la variedad de concepciones que hay en semiótica. Por ejemplo, el trabajo de Per Aage Brandt tiene sus raíces en la *semántica estructural* de Greimas⁹⁴, la propuesta de Paolucci sienta sus bases en el trabajo de Umberto Eco⁹⁵, la *semiótica agentiva* de Douglas Niño se basa en la perspectiva peirceana de Short (§ 5.3) y la pragmática formal⁹⁶; entre otros. Hay todavía una importante falta de unidad conceptual y metodológica en la SC (aunque se parece favorecer el pluralismo metodológico). La semiótica naturalista parece encontrar su nicho en la SC, y tal vez pueda contribuir a traer algo de orden en esta disciplina; especialmente en la clarificación de la noción de significado.

⁹³ Zlatev, 2015, § 47.4.3; Zlatev, Sonesson & Konderak, 2016, p. 10.

⁹⁴ Brandt, 2020, Cap. 1.

⁹⁵ Paolucci, 2020, Cap. 1.

⁹⁶ Niño, 2015. Sobre pragmática formal, ver Gabbay & Woods (2003).

Capítulo 9. RESPUESTAS A OBJECIONES, TAREAS PENDIENTES Y CONSECUENCIAS PARA LA PSICOLOGÍA

De los capítulos 6 al 8 se ofreció la perspectiva de una semiótica naturalista, que fue aplicada al problema de la intencionalidad y de la que se exploraron sus consecuencias para la filosofía de la mente. Este capítulo final está dividido en dos secciones: La primera busca anticiparse a algunas objeciones a la propuesta de la semiótica naturalista y responde a estas. Se responde a algunas preocupaciones que podría presentar un filósofo peirceano purista acerca de si la semiótica naturalista hace honor a la teoría semiótica de Charles S. Peirce. Se discuten varias objeciones que podría presentar un filósofo de la mente altamente comprometido con el fisicalismo, respecto a la lógica de relaciones de Peirce, si hay una naturalización del contenido mental, si la explicación es circular o da lugar a regreso al infinito y la vaguedad de la noción de hábito. También se abordan las posibles objeciones de un filósofo de la mente no fisicalista acerca de si la propuesta hace honor al carácter subjetivo y en primera persona de los estados mentales. Finalmente, se evalúan dos objeciones respecto a la explicación del contenido de los deseos y sobre la posible extensión de la semiótica a fenómenos biológicos. En § 9.2 se abordan algunas tareas pendientes para la semiótica naturalista. En la última sección (§ 9.3) se consideran las consecuencias de la semiótica naturalista para la ciencia de la psicología y se explora la posibilidad de una *psicología semiótica*.

9.1 RESPUESTAS A OBJECIONES

La semiótica naturalista que se ha presentado en este trabajo tiene tres enemigos iniciales: el purista peirceano, el fisicalista que creería que la semiótica no tiene nada que aportar al conocimiento de la mente y el fenomenólogo que rechazaría la orientación naturalista del proyecto. Veamos el caso del primero de ellos.

9.1.1 ¿La propuesta se basa en una tergiversación de la semiótica de Peirce?

La propuesta presentada en el capítulo 6 se llama semiótica naturalista y está basada en la semiótica de Charles S. Peirce; pero hay diferencias importantes entre la formulación original de la semiótica de Peirce y la semiótica naturalista. El purista peirceano podría quejarse de que la propuesta se aprovecha del término ‘semiótica’ de la obra de Peirce, pero

se basa en una malinterpretación y tergiversación significativa de la formulación original de Peirce; por lo que resultaría abusivo considerar que la propuesta deba hacer uso del término 'semiótica' y que se afirme que pertenece a una tradición peirceana. ¿Qué se puede decir al respecto?

Este trabajo está pensado como el intento de búsqueda de una solución a la problemática del contenido mental en el área de la filosofía de la mente. Como se mencionó en § 4.2 y 7.1, Peirce no desarrolló la semiótica teniendo a la filosofía de la mente como su objetivo, sino como un marco para la lógica, para evitar la tendencia al psicologismo. Incluso, más que un asunto de fascinación por los signos por sí mismos, a Peirce le interesaba poder dar cuenta del razonamiento y la inferencia. Por esa razón, él consideraba que quienes deberían desarrollar la semiótica son los lógicos (§ 5.4). Pero después de Peirce, ni los lógicos se interesaron en la semiótica, ni los semióticos han tenido mayores preocupaciones lógicas. En este sentido se puede decir que casi toda la semiótica de inspiración peirceana ha traicionado el legado original de Peirce. En § 5.5 argumenté que hay una relación estrecha pero no abiertamente reconocida entre la semiótica y la psicología de Peirce, particularmente en el hecho de que hay reconocimiento en que la semiosis requiere de la formación de hábitos y estos dependen de los procesos de asociación de ideas en la conciencia. En mi opinión, a pesar de que la intención original era fundamentar el razonamiento evitando el psicologismo, esta relación entre semiótica y psicología deja entrar de nuevo el psicologismo por la puerta de atrás, y el recurso a las ciencias normativas desde la década de 1890 parece insuficiente para evitar este problema. Lo que yo he hecho parcialmente es retomar esa relación no reconocida entre semiótica y psicología. Solo que he evitado el tipo de psicología decimonónica de la asociación de ideas y la conciencia que utilizó Peirce. Pero en vez de basar la semiótica en la psicología he invertido las cosas y he fundamentado la psicología y la filosofía de la mente en la semiótica.

He hecho uso de la semiótica peirceana para buscar resolver la cuestión del contenido mental porque he visto en la semiótica elementos con potencial para hacerlo. El trabajo está dirigido más a solucionar problemas en filosofía de la mente que en satisfacer el purismo peirceano. Pero he procurado ser respetuoso con la imagen de Peirce en cuanto que he indicado lo más explícitamente posible aquellos aspectos de la formulación peirceana con los que me he quedado y aquellos otros que he abandonado, explicando por qué. En el Capítulo

4 se hizo un esfuerzo por presentar la semiótica en el contexto del sistema arquitectónico y el *proyecto peirceano* (§§ 4.2-4.3) El Capítulo 5 presentó los problemas de la formulación original de Peirce como teoría del significado y como solución al contenido mental, así como las dificultades de la filosofía de la mente de Peirce. El Capítulo 6 realiza cambios y reelaboraciones importantes. Entre ellas las más importantes involucran el concebir a la semiótica como una ciencia natural especial más que como una ciencia normativa, el de trazar límites para la semiótica como gramática especulativa, en oposición a la lógica crítica y la metodéutica, el abandono del interpretante como correlato de la relación triádica, a favor del sujeto-intérprete, la consideración de todo tipo de semiosis como relación triádica genuina y la distinción entre semiosis actual e historia semiótica. Todos estos cambios fueron justificados. Varios de estos abandonos han sido difíciles de tomar. Especialmente, abandonar la noción de interpretante fue algo sobre lo que dudé mucho; pero los resultados han sido más satisfactorios de lo que inicialmente esperaba. Pienso que algunos de estos cambios son realmente precisiones y correcciones sobre la misma formulación peirceana, en especial la distinción entre semiosis actual e historia semiótica. Otro abandono importante que un purista peirceano podría extrañar bastante ha sido respecto a la teoría de las categorías de Peirce. Las razones se dan en § 5.6. Pienso que la teoría de las categorías tiene sus atractivos, y hay algo de ella en la semiótica naturalista, como se puede observar en la distinción entre semiosis icónica, indexical y simbólica (§ 6.4-6.6). Sin embargo, la manera en la que Peirce extendió la teoría de las categorías a diferentes áreas, en especial a la metafísica, es muy difícil de justificar dentro de las reglas de juego de los presupuestos naturalistas de la filosofía de la mente contemporánea, así que su conservación hubiera involucrado una fuente de rechazo de la propuesta dentro del marco general en el que se discute el problema que la propuesta busca solucionar. Algo semejante ocurre con el idealismo objetivo de Peirce. Como menciona Murphey¹, en Peirce parecía convivir el contraste entre el científico naturalista y el idealista cristiano con fuertes convicciones morales. Es posible observar cómo estas dos personalidades se intercambian de tanto en tanto a lo largo de sus obras. En mi caso, he estado más comprometido con el naturalista que con el idealista.

¹ Murphey, 1961, Cap. 1.

Pero a pesar de los diferentes abandonos respecto a la propuesta original, creo que la semiótica naturalista conserva e incluso amplifica muchos aspectos del peirceanismo. Quizás el más destacable es el compromiso con la teoría de relaciones de Peirce, y en especial la concepción de la semiosis como relación triádica y su irreductibilidad. También se sostienen compromisos con el realismo metafísico, en especial con la realidad de las clases naturales y las leyes científicas. Igualmente, la semiótica naturalista es bastante compatible con la epistemología peirceana, con su teoría del método y el razonamiento científico y su inexorable dirección hacia la verdad. Por otra parte, creo que el externismo del relacionismo representacionalista hace honor al antiindividualismo y anticartesianismo del pensamiento de Peirce. Además, la idea de Peirce de que la mente es lo que manifiesta teleología es algo que encuentra una concreción especial en la semiótica naturalista, aunque ya no como una propiedad general de la naturaleza, sino como la propiedad de ciertos seres a los que se les puede atribuir mente. Asimismo, se resalta la idea de que aquello que tiene dirección hacia el futuro es lo que puede formar hábitos. Finalmente, la semiótica naturalista rescata el pragmatismo de Peirce, e incluso no lo limita solo al significado de los conceptos, sino que lo amplía a prácticamente todos los tipos de signos. Creo que si Peirce estuviera vivo hoy aprobaría buena parte del proyecto de la semiótica naturalista.

El segundo enemigo de este trabajo, como mencioné arriba, sería aquel filósofo de la mente contemporáneo, con importantes compromisos fisicalistas, quien sería escéptico acerca de la utilidad del marco semiótico para el problema de la intencionalidad y los asuntos de la filosofía de la mente en general. Para él, puede haber varias preocupaciones, como los que se abordarán a continuación.

9.1.2 Escepticismo respecto al teorema de reducción de Peirce

La semiótica naturalista está fuertemente fundamentada en la lógica de relativos de Peirce y en su Teorema de Reducción (TR); especialmente en la idea de que la semiosis es una relación triádica y la irreductibilidad de las relaciones triádicas (§§ 4.3-4.4, 6.2). Sin embargo, el asunto de la irreductibilidad de las tríadas no es algo de aceptación universal. Charles S. Peirce fue padre de la lógica de relativos o relaciones. Él formuló un álgebra para

las relaciones diádicas bastante completa¹, que luego fue desarrollada de la manera más minuciosa por el matemático alemán Ernst Schröder², y es dentro de este marco que surgirá el teorema de Löwenheim-Skokem³. El cálculo de relaciones será luego retomado por Alfred Tarski y sus discípulos⁴. Sin embargo, Peirce no legó un álgebra para relaciones triádicas o poliádicas con el mismo nivel de desarrollo que lo hizo para con las relaciones diádicas, y hasta ahora parece que nadie lo ha formulado. Esto deja la sensación de que solo hay un álgebra para relaciones diádicas y que todo sería reducible a ella. Peirce buscó superar un poco esta dificultad con el desarrollo de su sistema de Gráficos Existenciales. Pero este es un sistema que apenas se está redescubriendo y del que todavía no son claros sus alcances y si resuelve todas las limitaciones del cálculo algebraico de relaciones⁵.

Peirce siempre sostuvo una fuerte convicción acerca de la verdad de su TR, al punto de considerar que era un ‘truismo’, de carácter casi axiomático y que casi no requería prueba⁶. El TR se puede dividir en tres tesis:

- (1) “que ninguna relación diádica puede estar compuesta solo de factores no-relativos”;
- (2) “ninguna relación triádica puede estar compuesta solo de factores diádicos y monádicos”; y
- (3) “toda relación tetrádica y más alta puede estar compuesta de factores monádicos, diádicos y triádicos”.⁷

Infelizmente, Peirce no proporcionó una prueba completa de estas tres tesis, sino pruebas parciales, basadas en su lógica de relativos⁸. En este contexto debe tenerse en cuenta de que cuando hablamos de reducción estamos hablando de que un predicado de aridad n

¹ Peirce, 1870, P 52, *Description of a Notation for the Logic of Relatives*, W2.39; 1880, P 167, *On the Algebra of Logic*, W4.19; 1883, P 268b, *Note B: The Logic of Relatives*, W4.66; 1885, P 296, *On the Algebra of Logic: A contribution to the philosophy of notation*, W5.30.

² Ver Brady, 2000, Cap. 7 y Apendices.

³ Löwenheim, 1915; Skolem, 1920. Cf. Brady, 2000, Caps. 8 y 9.

⁴ Tarski, 1941, Tarski & Givant, 1987. Cf. Anellis, 1997.

⁵ Sobre los gráficos existenciales ver Roberts, 1973, Zalamea, 2010; Pietarinen, 2020,

⁶ Peirce, 1905, L 224, Carta a William James, agosto de 1905, NEM, III, parte 2; s.f., *MS 543, Triadic Relations*, citado por Herzberg, 1981, p. 41, n. 1.

⁷ Peirce, 1905, L 224, Carta a William James, agosto de 1905, NEM, III, parte 2, p. 825. Herzberger, 1981, presenta un listado de la mayoría de ocasiones en las que Peirce hace mención a su TR (pp. 56-58)

⁸ Es polémico si Peirce presentó una prueba o no de TR. Herzberger (1981) consideró que esta fue una deuda de la obra de Peirce. En 1899, Peirce dijo haber publicado la prueba (CP 1.565), pero no en dónde. Una nota editorial la ubica en CP 3.93ss, pero allí, no se encuentra, aunque podría ser un error, y más bien corresponder a CP 3.144 en el mismo texto (1870, P 52, *Description of a Notation for the Logic of Relatives*, W2.39). Ketner (1986, 1987) dijo encontrar la prueba en 1896, *MS 482, On Logical Graphs* (En LOF1, Cap. 5). Anellis (1997, pp. 291-296) identificó una prueba en una carta a William James de 1905 (L 224).

está compuesto por dos o más predicados de aridad $< n$. Por composición, nos referimos a la operación de multiplicación relativa, en la cual los sujetos o argumentos de dos enunciados relativos son identificados. La defensa de (1) consiste en mostrar que de la combinación de mónadas no se obtienen díadas (ver una ilustración en § 4.3). (1) es una tesis muy poco polémica, pues casi nadie ha intentado reducir díadas a mónadas⁹. En cambio, las tesis (2) y (3) han sido debatidas.

La negación de (2) consiste en mostrar que las triadas son reducibles, principalmente a díadas. Ha habido tres intentos en este sentido. En primer lugar, el Teorema 6 de Löwenheim que dice: “Toda ecuación relativa (o ecuación de primer-orden) es equivalente a una binaria”¹⁰. Lo que Löwenheim busca mostrar es que ecuaciones con expresiones relativas de aridad $n > 2$ son expresables en ecuaciones de relativos diádicos. En segundo lugar, y en una dirección muy similar, Quine intentó probar que para toda teoría interpretada θ formulada en lógica cuantificacional, sus expresiones pueden ser traducidas sistemáticamente a expresiones de una teoría interpretada θ' formulada en lógica cuantificacional y que contiene un solo predicado diádico¹¹. Esta prueba de Quine es el inicio del desarrollo su Lógica de Functor-de-Predicado (LFP), que es un intento de algebratizar la lógica de primer orden en solo cuantificadores y predicados, prescindiendo de las variables lógicas¹². El problema con estas propuestas es que no son sensibles a la distinción que trazó Peirce entre relaciones triádicas genuinas y degeneradas. Esto es especialmente evidente en Quine, quien emplea como ejemplo de una relación triádica ‘ $Fxyz$ ’ como “ x está más lejos de y que de z ”¹³. Esta es una relación comparativa, que claramente puede ser reducida a relaciones diádicas de distancia. Pero en la teoría de Peirce, no sería más que una relación triádica degenerada. Además, estas posiciones no prueban que a partir de la composición de relaciones diádicas se obtengan relaciones triádicas. Como se vio en §§ 4.3 y 6.2, de la mera conjunción de tres términos en un sentido relativo, no tenemos una verdadera relación triádica, y la forma de expresión de la lógica de primer orden no tiene manera de distinguir relaciones triádicas genuinas y degeneradas. Un problema es que no parece haber un medio automático para

⁹ Una excepción notable es el monismo substancial de Bradley, que buscó una reducción sistemática de las relaciones a cualidades (Bradley, 1893/1968).

¹⁰ Löwenheim, 1915, § 4, p. 245.

¹¹ Quine, 1954.

¹² Quine, 1960b, 1971.

¹³ Quine, 1960b, p. 334.

decidir cuándo un predicado es genuinamente triádico o no y tal parece que es algo que debe decidirse caso por caso por un análisis de su significado. Aquí se ha defendido que la relación de representación es genuinamente triádica, así como la relación de dar, mostrando que no parece haber una composición de relaciones diádicas que determine su significado.

Una tercera línea de crítica a (2) buscaría mostrar que es posible reducir una triada a diádas, reconociendo que la reducción involucra composición y que hay relaciones triádicas genuinas. Este es el caso de la sugerencia de Kempe de que la relación de dar se puede descomponer en tres relaciones diádicas, a saber: “En cierto acto D, algo es dado por A”, “en el acto D, algo es dado a C” y “en el acto D, a alguien es dado B”; donde estas tres relaciones diádicas se unen al compartir D¹⁴. En este caso se hace uso de lo que Peirce llamará la “operación de abstracción hipostática”, la cual convierte al predicado de una proposición en un sujeto para una proposición equivalente¹⁵. En este ejemplo en concreto, el acto de dar es convertido en el sujeto D. Debe observarse aquí que lo que ocurre con la relación de dar aplicaría igualmente a la relación de representar, la cual estaría compuesta de las relaciones diádicas: “En cierto hecho R, algo es representado por Σ ”, “en el hecho R, algo es representado al I” y “en el hecho R, a alguien es representado O”. Peirce objeta a Kempe que él “no proporciona ninguna representación formal de la manera en que esta idea abstracta se deriva de las ideas concretas.”¹⁶. Sin embargo, podría cuestionarse también el carácter relacional de un enunciado como “En cierto acto D, algo es dado por A”, pues si el acto D incluye al sujeto A, entonces D no es un objeto independiente de A. Además, D parece un objeto de una categoría diferente a A como para establecerse una relación con propiedad entre ambos. Así que la de Kempe no parece una buena caracterización de una relación triádica en relaciones diádicas.

En cuanto a (3) es menos lo que se ha discutido. Quienes, como Quine, suponen que las relaciones triádicas son reducibles a relaciones diádicas, extienden esta idea a relaciones de aridad > 3 . Sin embargo, una crítica en una dirección diferente proviene del Teorema 1 de Löwenheim, que fue probado por Korselt, y establece que hay expresiones de la aridad > 3 de la lógica de primer-orden que no son expresables en el cálculo de relaciones¹⁷. Este

¹⁴ Citado por Peirce, 1892, *MS 589, The Critic of Arguments*, § 2, CP. 3.424.

¹⁵ Cf. Peirce, 1902, *MS 429, The Simplest Mathematics*, § 1, CP 4.235.

¹⁶ Peirce, 1892, *MS 589, The Critic of Arguments*, § 2, CP. 3.424.

¹⁷ Löwenheim, 1915, § 2.

teorema fue ampliado por Tarski, considerando su validez para dominios de individuos infinitos y la adición de nuevas operaciones diádicas al cálculo¹⁸. Esto parece comprensible, porque el cálculo de relativos de la tradición de Schröder es solo para relaciones diádicas. Peirce, por su parte, ofreció en diferentes lugares de su obra ejemplos de cómo relaciones tetrádicas podían ser reducidas a relaciones triádicas¹⁹. Infortunadamente, en varios lugares echó mano del recurso de la abstracción hipostática para dar cuenta de esta reducción. Así, por ejemplo, en alguna parte sugiere que la relación “S vende T a B por el valor de M” se puede descomponer en las seis relaciones triádicas:

- a) S es el sujeto de cierta recepción de dinero R de retorno por ejecutar el acto As.
- b) La ejecución de As produce cierta entrega D, de acuerdo con cierto contrato C.
- c) B es el sujeto de adquisición del bien G, en retorno por ejecutar el acto Ab.
- d) La ejecución de Ab produce cierto pago P, de acuerdo con el contrato C
- e) La entrega D, hace que T sea el objeto de adquisición del bien G.
- f) El pago P hace de M el objeto de recepción de dinero R.²⁰

Es posible establecer diagramáticamente cómo se conectan estas relaciones triádicas para producir la relación tetrádica “S vende T a B por M”. Sin embargo, preocupa la explosión de sujetos y de relaciones triádicas. Skidmore cuestionó la inconsistencia de Peirce de usar la abstracción hipostática para reducir las relaciones tetrádicas, pero cuestionar su uso en la reducción de relaciones triádicas, y se vale de ello para rechazar tanto (2) como (3)²¹. En § 4.3 presenté un análisis de la relación de vender entre relaciones triádicas, sin tener que usar la abstracción hipostática. De las tres tesis que componen la TR, la prueba de (3) es la más pobre e insatisfactoria. Sin embargo, (3) no es esencial para lo que se ha buscado argumentar en este trabajo. Si se mostrara que las relaciones de aridad > 3 son irreducibles a relaciones triádicas, la semiótica naturalista no se vería especialmente afectada. En cambio, (1) y (2) son más esenciales para la semiótica naturalista, pero ellas son mucho más sólidas dentro de los parámetros del cálculo de relaciones peirceano.

¹⁸ Tarski, 1941; Tarski y Givant, 1987.

¹⁹ P. ej., Peirce, 1870, *P 52, Description of a Notation for the Logic of Relatives*, W2.39.

²⁰ s.f. *MS 141. On Topical Geometry, in General*; § 2, *Consciousness*, CP7.573. Un análisis similar es presentado en 1898, Conferencia de Harvard 3, en RLT, p. 155. Una presentación más formal y abstracta de este procedimiento se presenta en 1905, L 224, Carta a William James, agosto de 1905, NEM, III, parte 2, pp. 832-833.

²¹ Skidmore, 1971.

Ante la ausencia de una prueba formal del TR por parte de Peirce, algunos autores han desarrollado sistemas dentro de los cuales se realice la prueba de TR. Hans Herzberger desarrolló un álgebra de ligamentos (*bonding algebra*)²² que refleja aspectos de los gráficos valentales de Peirce y la fórmula $\mu + \nu - 2\lambda$, en la que μ y ν son predicados relativos de cierta aridad y λ es la suma de espacios en blanco de ambos relativos, y establece la aridad del relativo resultado de la composición de μ y ν ²³. Más adelante, Robert Burch presentó lo que llamó *Peircean Algebraic Logic*, el cual es un sistema formal, que combina el álgebra de ligamentos de Herzberger con otros elementos del cálculo de relativos de Peirce²⁴. Tanto en el sistema de Herzberger como en el de Burch, las tesis (1), (2) y (3) del TR de Peirce resultan probadas²⁵. Más recientemente, otros autores han desarrollado otros sistemas algebraicos, gráficos o mixtos, para optimizar esta prueba²⁶. Esta más allá de los alcances de esta tesis analizar las bondades de estos análisis, y no es necesario para hacer más sólida a la semiótica naturalista.

9.1.3 No se ofrece una verdadera naturalización del contenido mental

El Proyecto de Naturalización del Contenido Mental (PNCM) pretendía ofrecer una explicación reductiva de la relación de representación. En cambio, la semiótica naturalista ha planteado la irreductibilidad de la relación de representación, basada en el TR de Peirce, así como se defendió en la subsección anterior. Para los defensores del PNCM la explicación ofrecida por la semiótica naturalista resultaría insatisfactoria, porque supondría que la relación de representación tiene un estatus ontológico diferente, presumiblemente superior, al resto de fenómenos naturales. Y si los estados mentales se basan en la relación de representación, entonces los estados mentales tendrían un carácter ontológico especial.

Los defensores del PNCM pueden quejarse de que cualquier programa contrario corre el riesgo de multiplicar las entidades innecesariamente, y en especial las categorías ontológicas. Pero también es cierto que un programa reduccionista conlleva el riesgo de

²² Herzberger, 1981, § V.

²³ Los gráficos valentales y la fórmula en cuestión son presentados por Peirce en 1896, *MS 842, On Logical Graphs*, en LOF 1, Cap. 5.

²⁴ Burch, 1991.

²⁵ Aunque Anellis (1993, 1997) presentó algunos reparos a estos análisis por diferencias con el cálculo de relativos en la tradición tarskiana.

²⁶ P. ej., Dau & Hereth, 2006; Hereth & Pöschel, 2011; McCurdy, 2016.

empobrecer tanto un fenómeno bajo estudio hasta despojarlo de lo que le es esencial para establecer su identidad. Pero entonces, ¿qué es lo esencial de los estados mentales? De acuerdo con la semiótica naturalista, la esencia de la mentalidad está en el relacionismo representacional, en el hecho de estar en cierto tipo de relaciones de representación con respecto a objetos con los que se ha tenido una experiencia directa o indirecta en el pasado y que determinan ciertas disposiciones hacia el futuro. Este relacionismo representacional es el carácter esencial del contenido mental y se pierde en cualquiera de las propuestas del PNCM. Así que, si se debe escoger entre tener que introducir más entidades o categorías que las deseables o destruir el fenómeno bajo estudio, la primera opción parece ser la deseable.

A pesar de que bajo la semiótica naturalista se debe aceptar la existencia de relaciones de orden superior, irreducibles a relaciones inferiores, no se está haciendo una concesión a entidades especiales, como espirituales, fantasmagóricas, extranaturales y meta-físicas. Simplemente se está apelando a la capacidad del sistema nervioso como *locus* para el sostenimiento de relaciones con eventos distales en tiempo y espacio. El sistema nervioso es una entidad física, pero es una entidad especial, porque es el portador de los hábitos que constituyen el contenido. Ahora bien, esta apelación al sistema nervioso no debe entenderse como una vuelta al cerebrocentrismo de las teorías computacionales simbólicas. Pero el rechazo a esta posición tampoco involucra dar un paso hacia el corporalismo, que pareciera reducir el pensamiento a la mera coordinación sensoriomotriz. En § 8.9 se aclaró la relación entre la semiótica naturalista y la cognición corporizada. Lo que es importante destacar aquí es que, gracias a la evolución del sistema nervioso, somos seres con la capacidad de adquirir hábitos, y gracias a ello somos capaces de estar en relaciones de representación con el mundo. Esto hace una diferencia ontológica, así que se justifica que hablemos de lo mental como un nivel que no puede ser reducido a relaciones meramente biológicas o físicas.

9.1.4 La explicación de la semiótica naturalista sigue siendo circular

La principal dificultad de la teoría semiótica peirceana para ser una teoría del contenido es que en su formulación original ofrece una explicación circular del significado. Dicha circularidad se debe principalmente al doble papel del interpretante, tanto como efecto del signo, así como también determinante de la relación entre el signo y el objeto (§ 5.3). Se buscó superar este problema distinguiendo entre la semiosis actual y su relación con la

historia semiótica. En la semiosis actual el signo es mediador de la relación entre el objeto y el intérprete. Mientras que entre la historia semiótica y la semiosis actual se establece una relación triádica, mediada por el intérprete (§ 6.3). Alguien podría objetar, con cierta justicia, que la circularidad explicativa original no se ha superado, sino que simplemente se ha desplazado, pues finalmente el intérprete sería mediador y determinante de la relación de la cual el signo es mediador. Esto es cierto, pero también lo es el hecho de que la naturaleza de cada relación triádica es diferente. En la semiosis actual, el signo es mediador en tanto que es un evento actual que pone en relación a un objeto pasado con el intérprete, y en tal sentido el signo tiene un papel activo. Sin embargo, en la relación triádica más amplia, el intérprete es mediador solo en la medida en que es el *locus* de los hábitos a través de los cuales la historia semiótica se ‘acumula’ y la semiosis actual tiene la potencialidad de ser actualizable. En este sentido, el intérprete tiene una función más bien pasiva que activa. Hay por tanto una diferencia importante entre los dos tipos de relaciones triádicas. En la semiosis actual el mediador es activo, mientras que en la relación triádica más amplia el mediador parece más bien pasivo. Esto choca con la concepción general que se dio de las relaciones triádicas en § 6.2, donde se estableció que el mediador de una relación triádica tiene una función propiamente activa. Habría dos alternativas para tratar con este problema: o bien asumir que puede haber distintos tipos de relaciones triádicas o suponer que en la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual la función mediadora no la cumple el intérprete, como depositario de los hábitos, sino tal vez la misma historia semiótica, la cual parece ser más activa. La primera opción tiene la ventaja de que permite entender el papel que tiene el intérprete como el *locus* de mediación entre el pasado y el futuro. La segunda alternativa tiene la ventaja de poner al mundo exterior como determinante de la relación semiótica, más que al individuo, lo cual es más acorde con el anti-individualismo. Otra alternativa sería pensar la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual en términos diferentes, no como una relación triádica, aunque no tengo claro en este momento de qué otra forma podría ser. Por el momento, solo es claro para mí que la relación entre la historia semiótica y la semiosis actual no es meramente una relación diádica de determinación. Puede ser que esta relación de determinación esté involucrada, pero parece ser parte integrante de algo más complejo.

9.1.5 ¿Se resuelve el problema del regreso al infinito?

Una de las preocupaciones asociadas a la perspectiva semiótica tiene que ver con la posibilidad de que la interpretación de un signo conduzca a una serie sin fin de interpretaciones. Esta dificultad fue discutida principalmente en relación con la concepción original anti-intuicionista de Peirce de que toda cognición es una inferencia de una cognición previa. Veíamos que el reconocimiento de la indexicalidad como una representación basada en una relación existencial con el objeto permitía que la referencia fuera dirigida a alguna *haecceidad*; pero puede ser el caso de que este paso sea insuficiente si se considera que la *haecceidad* no involucra necesariamente un contacto directo con el objeto, sino simplemente una suposición de su existencia externa e independiente. Creo que lo que en la semiótica de Peirce permite superar este problema es el reconocimiento de que toda semiosis involucra algún tipo de observación colateral, que es alguna forma de contacto con el objeto previo a la semiosis. Ahora bien, ese contacto puede ser directo o indirecto, pero lo importante es que sea más directo que a través de la mediación del signo en la semiosis actual. Cuando hablo de contacto directo, hablo de un contacto sensoperceptual, y cuando hablo de un contacto indirecto, es a través de algún otro tipo de semiosis. Si alguien dice algo acerca de mi madre, sé a quién se refiere, porque el sujeto de predicación es alguien a quien conozco directamente, por familiaridad, como diría Russell. Y si alguien dice algo acerca de Joe Biden, sé también a quién se refiere, pues, aunque no lo he conocido directamente, lo he conocido indirectamente, a través de los periódicos, los noticieros televisivos, etc., y en buena medida por descripción, como también diría Russell. El hecho es que toda semiosis requiere de alguna observación colateral, y si la observación colateral es indirecta, esta requiere también de algún proceso semiótico que al final estará fundamentado en algún contacto sensoperceptual directo con algún objeto. Por lo tanto, el regreso de interpretaciones tiene un punto final en ese contacto directo sensoperceptual.

Sin embargo, el asunto no se resuelve allí, porque también he argumentado que la misma percepción es un proceso de interpretación semiótica, y de esa manera la preocupación por el regreso al infinito vuelve a surgir. Es decir, si el objeto de la percepción es interpretado, entonces, ¿hay un final para esta interpretación? Aquí la solución parece ser apelar de nuevo a la observación colateral del objeto, como punto de inicio de toda semiosis, y es esto lo que está involucrado en la percepción como reconocimiento. Pero el recurso a la observación

colateral en la percepción trae un nuevo problema, el de la circularidad, pues no se podría distinguir entre el objeto y lo que es interpretado (§ 5.3). La solución a este problema se propuso en § 7.5, en donde se ofreció una explicación de la *constitución* gradual del objeto de la percepción, tomando prestado el término ‘constitución’ de Husserl. A través de procesos semióticos, especialmente de tipo icónico, el objeto de la percepción va surgiendo gradualmente, de tal manera que, con cada nuevo contacto, el objeto se va haciendo más distinguible de los demás. Parto del supuesto de que la experiencia más inmediata y prístina se nos presenta como un collage indiferenciado de cualidades, pero que es a través del contacto constante con ella y de su configuración especial que las cosas se van diferenciando entre sí. Por tanto, el origen de esta diferenciación está en las mismas propiedades de la realidad, y en especial su altísima constancia para nosotros. Gracias a la similitud entre cualidades, vamos distinguiendo las cosas. Pero incluso las cualidades mismas se van diferenciando entre sí. Nosotros realmente no distinguimos cualidades como tales, sino más bien contrastes entre cualidades. Nuestros sistemas sensoriales están hechos no para captar las cualidades directamente, sino para captar directamente los contrastes entre las cualidades (§ 8.7).

Creo que tanto la apelación a la observación colateral del objeto como al surgimiento gradual de la constitución del objeto de la percepción son dos planteamientos compatibles y permiten evitar, por un lado, el riesgo de regresión, y por el otro, el problema de la circularidad explicativa.

9.1.6 La noción de hábito es demasiado vaga

La explicación dada por la semiótica naturalista ha hecho uso de la noción de *hábito* con dos funciones importantes: Primero, como mediador entre la historia semiótica y la semiosis actual (§ 6.3). Segundo, como aquello de lo que se predicen los contenidos de los estados mentales, particularmente aquellos asociados a las actitudes (§ 8.2). Sin embargo, la palabra ‘hábito’ puede resultar insatisfactoria por varias razones. La primera es que la palabra ‘hábito’ es un término algo anticuado, con dos connotaciones que no vienen al caso respecto a lo que se está tratando aquí. Una tiene que ver con su relación con las costumbres y su carga moral sobre lo que sería correcto o incorrecto dentro de un grupo social dado. La segunda es la noción de automatización de una conducta a partir de la práctica constante. Ninguno de estos dos sentidos entra en consideración para la semiótica naturalista. El hecho de que se

haya adoptado el término ‘hábito’ tiene que ver con que es el término usado por Peirce para referirse al conjunto de disponibilidades de un individuo tanto para la ocurrencia de la semiosis como para actuar de cierta manera bajo ciertas circunstancias en un futuro indefinido. Pero también he mantenido el término debido a que no he encontrado uno mejor para caracterizar esta propiedad del sujeto-intérprete.

Sin embargo, puede haber una razón más profunda para rechazar la noción de hábito, a saber, el hecho de que, si el hábito se reconoce como supuesto depositario de los contenidos mentales, entonces habría una importante indeterminación de los contenidos, pues no habría condiciones claras de identificación de tales contenidos. En el capítulo anterior se discutió el carácter altamente indeterminado de las atribuciones de contenidos mentales a los sujetos y cómo eso se relaciona con el carácter habitual del contenido (§ 8.2). Parece haber un cierto prejuicio fisicalista en el hecho de que si algo no puede ser identificado ostensivamente entonces no existe. Si el contenido no es identificado con una cosa, entonces no es real. Para algunos fisicalistas, un contenido es real si hay algún vehículo representacional que sea su portador. Esta idea parece ser la que motiva a la HSSF, la TRM y la HLP, las cuales suponen que el contenido es real cuando está escrito en algún símbolo interno con alguna materialidad. Gracias a ello, el contenido es existente y real. Dado que tales símbolos se instancian en estados neuronales, esto justifica el programa de las neurociencias cognitivas que se convierte en una neurocriptología que busca descifrar el código neuronal en el que los contenidos representacionales están escritos en los vehículos neuronales. Sin embargo, esta concepción tiene un problema fundamental: Supone que los contenidos y la representación son una propiedad intrínseca de los vehículos. Junto a la concepción de la intencionalidad originaria, conduce a la idea de que los estados mentales tienen significado por sí mismos. Pero como se ha defendido acá, las nociones de significado y representación son relacionales. Nada tiene un significado ni es representación por sí mismo, fuera de una relación con un intérprete. No hay representación sin semiosis. El contenido es una noción relacional, y por eso resulta un error intentar identificarlo con la existencia de un vehículo representacional con unas propiedades físicas tales que deben ser descifradas. Para los nominalistas sólo son reales los objetos concretos y sus propiedades intrínsecas, mientras que las relaciones son objetos inferenciales o *entia rationis*. Si seguimos el camino nominalista o bien reducimos el contenido y el significado a los vehículos representacionales o los eliminamos de la realidad.

Varios fisicalistas han preferido el camino de la eliminación. Pero si tenemos razones para suponer que el significado y los contenidos son hechos reales y a la vez tienen una estructura relacional, tal vez deberíamos considerar que las relaciones, y en particular la relación de representación, son también realidades. De esta manera podremos ser más tolerantes con la idea de que los contenidos son atribuibles a los hábitos. Cuando digo esto no quiero decir que literalmente están en los hábitos, y dado que los hábitos se fundamentan en el sistema nervioso, entonces hay que buscar los contenidos en el sistema nervioso, volviendo al problema ya señalado. Lo único que se quiere decir con la palabra ‘hábito’ es que tenemos la capacidad de interpretar ciertos signos de cierta manera, de tomarlos como representando unos objetos y no otros; y esto gracias a una historia semiótica. La noción de hábito sólo quiere decir que tenemos la capacidad de ser sujetos-intérpretes de signos y así de ser correlatos de relaciones de representación. Dado que los contenidos pertenecen a la relación de representación, no es correcto tratarlos como cosas existentes fuera de dicha relación.

Si los contenidos sólo pueden ser entendidos dentro de la relación de representación como se ha caracterizado aquí, como una relación triádica, entonces el fisicalista se enfrenta a un dilema: O bien amplía su ontología, reconociendo la existencia de relaciones como la de representación, o bien tendrá que eliminar los contenidos de su ontología. El eliminativista es mucho más consistente que el reduccionista, que busca reducir los contenidos a los vehículos representacionales y trata de hacer neurocriptología; y en ese sentido, es preferible ser un eliminativista que un reduccionista. Sin embargo, el eliminativista tiene que afrontar un problema muy serio. Si lo único que existe son los procesos neurobiológicos, ¿cómo puede dársele un sentido a estos estados al margen de las relaciones del sujeto con el entorno? El solo hecho de considerar que ciertos correlatos neurológicos se asocian a la percepción de cierto objeto, subrepticamente permite la entrada de los contenidos. Como reconoce el deflacionismo de Egan, parece que no es posible un estudio de las neurociencias sin la guía de los contenidos. Por lo tanto, parece que en la práctica el eliminativismo tampoco es una opción. Así que el fisicalista tiene que buscar una salida y, de ser cierto lo que se venimos aduciendo, esta podría ser la opción de ampliar su ontología y reconocer la existencia de las relaciones de representación como relaciones triádicas, como se han descrito aquí.

Las anteriores han sido algunas de las principales preocupaciones que manifestaría un filósofo de la mente altamente comprometido con el fisicalismo. Sin embargo, la semiótica naturalista también presentaría resistencia desde un frente completamente opuesto al fisicalismo, el de aquellos filósofos de la mente con una tendencia más fenomenológica y anti-naturalista, quienes podrían presentar una objeción como la siguiente:

9.1.7 ¿La semiótica naturalista hace justicia al carácter subjetivo y en primera persona de los estados mentales?

Para muchos filósofos de la mente críticos del fisicalismo, los estados mentales presentan un carácter subjetivo y en primera persona que no puede ser reducido a una explicación en tercera persona, pero dado que la semiótica naturalista se presenta como una empresa explicativa, en el sentido tradicional de explicación dentro de las ciencias naturales, entonces no puede dar cuenta de ese aspecto subjetivo y en primera persona de los estados mentales. Esta objeción es parcialmente correcta. Una explicación de los estados mentales desde el relacionismo representacional de la semiótica naturalista no nos va a decir qué es sentirse como teniendo cierto contenido particular. Claramente, ese no es el propósito de una semiótica naturalista. Pero muy posiblemente dicho propósito está más allá de cualquier empresa explicativa. Si convenimos en que cada experiencia subjetiva es un evento singular, que tiene propiedades únicas e irrepetibles, tendremos que reconocer que hay ciertos aspectos de nuestra vida mental que se escapan a cualquier explicación. Pero además también es cierto, como apuntan los argumentos de Nagel y Jackson, que una explicación descriptiva de una experiencia particular no nos da la experiencia en sí (§ 3.11).

Pero tal vez lo que hay que evaluar es qué tan esencial es la experiencia cualitativa fenomenológica para los estados mentales. Curiosamente, quien nos ofrece el argumento para considerar que dicha experiencia no es tan relevante es el mismo padre de la fenomenología, Edmund Husserl, pues para él lo característico de los actos mentales y los estados de conciencia es su contenido intencional (§ 2.2.6), y dicho contenido ciertamente se abstrae de la experiencia cualitativa fenomenal de trasfondo. Incluso creo que Husserl lleva las cosas tan lejos que a veces parece considerar que ese trasfondo cualitativo no tiene alguna importancia para el contenido. Esto es comprensible, porque lo que a Husserl le interesaba explicar inicialmente era la posibilidad de tener contenidos simbólicos, como los de las

matemáticas. Al menos, la semiótica naturalista reconoce que el carácter cualitativo de la experiencia subjetiva es relevante para los aspectos icónicos asociados a la semiosis. Pero la semiótica naturalista coincide con la posición de Husserl en que lo verdaderamente esencial de los estados mentales es su contenido intencional, más que la experiencia cualitativa subjetiva (§ 8.7). La razón es que si fuéramos seres que simplemente experimentamos cualidades de las cuales no se comenzara a distinguir y resaltar un contenido intencional, no tendríamos vivencias en el sentido husserliano, no tendríamos una vida mental con algún sentido, porque ningún objeto sería constituido. Bajo estas circunstancias, no sería posible que los estados mentales tuvieran algún papel de guía sobre la acción, y claramente no tendríamos capacidades para adaptarnos, conocer y transformar la realidad. La semiótica naturalista no explica qué es sentirse como teniendo un contenido particular; pero sí explica qué es tener un contenido particular. En ese sentido, sí explica lo que es esencial de los estados mentales. Ya se consideró el hecho de que la constitución de los contenidos intencionales a partir de los procesos semióticos requiere como condición necesaria de la experiencia fenoménica (§ 8.7). Pero desde nuestra perspectiva dicha experiencia fenoménica tomada en sí misma parece acercarse más a un proceso netamente biológico que a un proceso propiamente mental. La experiencia fenomenal subjetiva de un sujeto depende principalmente de sus capacidades sensoriales y de la estimulación ambiental presente; aunque también puede ser modulada por las experiencias previas próximas y distales. Como mera experiencia sensorial, parece mejor descrita como una relación diádica, dependiente del abanico de respuestas de los sistemas sensoriales del sujeto. Esto tiene dos consecuencias. Las experiencias cualitativas de los sujetos tomadas por sí mismas no involucran relaciones triádicas representacionales, que hacen parte de lo característico de lo mental, como se ha asumido aquí. En segundo lugar, tales experiencias reducidas al sistema de reactividad sensorial del sujeto, también son susceptibles de explicación, pero a un nivel biológico o psicofísico. Así que se pierde ese carácter de misterio con el que a veces se busca arropar a la experiencia fenoménica cuando se resalta su carácter subjetivo y en primera persona.

Claramente esto muestra el compromiso de esta perspectiva con una perspectiva naturalista. Creo que adoptar una empresa explicativa involucra admitir una posición en tercera persona, porque una explicación se basa en generalidades, y las generalidades no pueden ser descritas más que como comunalidades de muchos (mientras que lo subjetivo no

tiene comunidad con nada), así que solo pueden ser formuladas en una perspectiva de tercera persona. Desde una perspectiva de primera persona, lo único que se puede hacer es describir. Pero una empresa meramente descriptiva tiene poco valor intelectual. Por lo tanto, la dirección correcta de la indagación, tanto en filosofía de la mente como en psicología, es la de crear explicaciones en tercera persona de la vida mental en primera persona.

Existen otras preocupaciones que tienen poco que ver con compromisos o no con el fisicalismo. Veamos a continuación un par de ellas.

9.1.8 ¿Cómo se explican los contenidos de los estados de deseo?

En § 8.3 se explicó cómo los contenidos de los estados mentales están relacionados con la determinación de la acción. En particular, el contenido de las creencias consiste en la relación por la cual, dada una acción sobre un objeto bajo ciertas circunstancias, se obtiene cierto resultado. Y se dijo también que el contenido de los deseos trata del resultado en cuestión. Puede parecer relativamente fácil de explicar el origen del contenido de las creencias, apelando a relaciones semióticas, particularmente de tipo indexical; pero puede parecer más oscura la determinación del origen de los estados de deseo. ¿Tiene la semiótica naturalista algún recurso para dar cuenta de los contenidos de los deseos?

En ciencias cognitivas y filosofía de la mente se ha prestado mucha más atención a las creencias que a otros tipos de estados de AP, y generalmente se teorizan cosas acerca de las creencias que luego se generalizan a los demás estados de AP. Sin embargo, es poco lo que se dice acerca de los deseos, a pesar de que muchas veces se asume la operatividad de los deseos en el razonamiento práctico como fuente de la acción. Tal vez un aspecto que ha conducido a este descuido importante sobre los deseos ha sido el hecho de que los modelos computacionales, sean simbólicos o conexionistas, toman como paradigma sistemas artificiales a los que es difícil atribuir algún estado de deseo. Una cuestión ha sido el de si los deseos tienen un contenido representacional o no. Algunos han cuestionado si los deseos tienen algún contenido pues no se representan nada siendo el caso y no tienen referencia a la verdad²⁷. De acuerdo con Dretske, el objeto de deseo es el estado al cual tiende como

²⁷ Esta sería la posición de Hume, según la interpretación de Stampe (1993)

resultado el deseo, y que tiene un efecto reforzando la tendencia a producir la conducta que produce dicho resultado²⁸. Sin embargo, Stampe criticó a Dretske respecto al hecho de si el objeto del deseo tiene esa propiedad porque refuerza la conducta del individuo o porque beneficia al agente. Dennis Stampe propone que el contenido representacional del deseo consiste en la cualidad de bondad o utilidad de algo como para ser obtenido, de tal manera que los deseos se convierten en indicadores de beneficio o utilidad. Esto permite, argumenta Stampe, que exista representación errónea cuando, por ejemplo, lo deseado no es precisamente beneficioso para el agente, a pesar de que sea una razón para la acción²⁹. Sin embargo, es difícil creer que 'lo bueno' como tal es objeto del deseo en el sentido de contenido para el sujeto, tal como se habló de él en § 8.3. Además, si lo bueno fuera el contenido del deseo, esto llevaría a una regresión de representaciones, pues lo bueno sería algo deseado, que es deseado porque conduce a un bien mayor. Así, tenemos un problema semejante al del contenido funcional de las explicaciones bioteleológicas, en el que el contenido se escala hasta funciones vitales cada vez más fundamentales, hasta que es difícil decidir el contenido del estado mental, como ocurre especialmente en la teoría de Papineau³⁰ (ver § 3.9).

En la explicación semiótica del razonamiento práctico ofrecida en § 8.3, se consideró que el contenido del deseo es el resultado de la acción. Se afirmó que dicho contenido es instigado por algún estado motivacional del individuo y que el objeto o estado de cosas que es resultado de la acción tiene un efecto de cesar dicho estado motivacional. Un estado motivacional, como un estado de privación, tendría el efecto semiótico de activar cierto estado de deseo con el resultado asociado a la cesación del estado motivacional como su contenido. Pero, ¿cómo conduce el estado motivacional a que cierto resultado sea su contenido? Algunos podrían sugerir que es algo innato, pero creo que tal respuesta es innecesaria. Pensemos, por ejemplo, en un potro recién nacido. Uno de sus primeros impulsos será ponerse de pie y comenzar a mamar de su madre. El contacto con la leche hace que esta se convierta en objeto de deseo, asociado a la sensación de hambre causada por algún estado motivacional debido a la privación de alimento. Es posible que las necesidades biológicas no tengan un contenido en sí mismo, sino que a estas necesidades se asocia algún contenido por

²⁸ Dretske, 1988, Cap. 5.

²⁹ Stampe, 1993

³⁰ Papineau, 1993

los objetos que satisfacen tales estados de necesidad. Al final, si para un ser sus estados de necesidad no son satisfechos, este rápidamente perece. Así que los deseos adquieren su contenido por la experiencia, y a través de procesos semióticos semejantes a los de las creencias. Por lo tanto, no es necesario atribuir a las necesidades biológicas en sí mismas algún contenido innato. Esta posición sería próxima a la de Dretske, pero con la diferencia de que lo relevante aquí para el establecimiento del contenido de los deseos no es el reforzamiento de cierta tendencia de conducta, sino la satisfacción de las necesidades, o la asociación con los estados de necesidad. Al final, el reforzamiento de las tendencias de conducta no es más sino un producto de la satisfacción de necesidades.

La explicación del contenido del deseo ofrecida en el párrafo anterior tiene una consecuencia importante: es objeto del deseo algo con lo que se ha tenido contacto, algo que ha sido experimentado. Pero esto choca con la idea de que muchas veces deseamos cosas que no tenemos e, incluso, nunca podemos tener. Hay cierta asimetría entre las creencias y los deseos. Mientras que las creencias pueden representar erróneamente, de tal manera que, si sus condiciones de verdad no se cumplen, sería irracional seguir sosteniéndolas; pero con los deseos es diferente. Que no se obtengan las condiciones de satisfacción de un deseo no hacen que seguir deseándolo algo sea irracional. Así ocurre con ciertos ideales a lo que dirigimos nuestra acción, aunque no se alcancen. Este es el caso, por ejemplo, de la misma noción de verdad en la teoría del método científico de Peirce, que consiste en la coincidencia entre la opinión final y la realidad, en un futuro indeterminado, alcanzado por una comunidad que incluso puede ser una especie que no sea precisamente la nuestra. Los científicos desean la verdad, aunque no la obtengan en cientos o miles de generaciones. Igual ocurrirá con ciertos ideales morales, como la ‘paz mundial’, la superación de las discriminaciones y desigualdades sociales, etc. Tal vez en estos casos se deba apelar a semiosis simbólicas, sostenidas por procesos convencionales, en los cuales se dictan ciertos principios morales que sirven de guía general de la conducta, para regular las acciones de los individuos en una misma dirección, favorecer el orden social y evitar los conflictos. Pero este es un tema de especulación que ya trasciende por mucho los alcances de este trabajo.

9.1.9 ¿Qué pasa con casos en los que parece haber significación biológica, como en la comunicación animal?

La semiótica naturalista hace una equivalencia entre los hechos representacionales y los fenómenos mentales, de tal manera que el inicio de la mentalidad se da con el inicio de las capacidades para ser sujeto intérprete de signos. La explicación que se ha dado considera que un sujeto con estas capacidades tiene un sistema nervioso y muestra la posibilidad de aprender de su experiencia. Sin embargo, hay algunos teóricos en el campo de la bioteleología y de la semiótica que considerarían esta propuesta como demasiado chauvinista, pues suponen que los fenómenos del significado cubren procesos biológicos más amplios. Hay algunos casos extremos de extensión de la semiótica, como cuando en la semántica del productor y consumidor de Millikan se considera que los intercambios de *mensajes químicos* entre tejidos del cuerpo y el sistema circulatorio de animales, se pueden ver como un caso de comunicación biológica³¹. Así como es difícil creer que una neurona o una red neuronal tenga literalmente un ‘contenido’ mental, de tal manera que se pueda decir que las neuronas están literalmente ‘pensando en algo’; de igual forma es difícil de creer que dispositivos biológicos que realizan operaciones tan concretas de intercambio de sustancias dentro de un organismo pueden también estar compartiendo contenidos.

Una posición más extrema se encuentra en la llamada *biosemiótica*, la cual considera que hay una identidad entre los procesos vitales y los procesos semióticos³². Por ejemplo, Jesper Hoffmeyer identificó los procesos de intercambio celular como procesos semióticos³³, o Marcelo Barbieri interpretó los procesos moleculares dentro de las células como procesos semióticos, considerando que el ARN del ribosoma es un código que genera secuencias cromosómicas de acuerdo con una sintaxis molecular³⁴. Infortunadamente, en este tipo de propuestas se asume cierta interpretación de la semiótica de Peirce bastante extendida del interpretante como un tipo de traducción. El problema con la explicación de la traducción del interpretante es que supone que interpretar consiste en descodificar un lenguaje en otro. Esto promueve una idea como la del lenguaje del pensamiento de Fodor. En § 3.4, se habló de la circularidad involucrada en fundamentar el significado en la noción de codificación³⁵. Hay

³¹ Millikan, 2004, Cap. 13.

³² Kull, 2015.

³³ Hoffmeyer, 2008, Cap. 2.

³⁴ P. ej., Barbieri, 2007.

³⁵ Bickhard & Terveen, 1995.

otros autores que, al parecer basados en la semántica informacional de Dretske, consideran que los fenómenos físicos causales son fenómenos informativos y, que, por tanto, puede identificarse significado en ellos. Una concepción como esta sería pansemantista y parece conducir a cierto pansiquismo informacional³⁶. Pero hacer omnipresente al fenómeno del significado hace que la palabra ‘significado’ termine perdiendo su significado.

Un fenómeno más polémico es el de la comunicación animal. El caso paradigmático de semántica del consumidor de Millikan es el de la comunicación de las abejas³⁷. Hay muchos casos que se consideran de comunicación animal, que consisten en la liberación de hormonas, que inducen ciertos tipos de respuestas en otros animales receptores³⁸. Sin embargo, en § 6.6 se hizo un análisis de la comunicación como una relación tetrádica, que a su vez involucra relaciones triádicas de representación, tanto del emisor como del receptor. El problema es que casos tan simples como el de liberación de hormonas no parecen involucrar comunicación en el sentido propuesto aquí, si pueden ser explicados como formas de respuestas determinadas por la evolución de la especie, innatas, altamente invariables y que no involucran aprendizaje. Mucha de la explicación dada por las teorías bioteleológicas apuntan a patrones de respuesta innatos de este tipo que no se ajustan a relaciones semióticas triádicas como las definidas aquí. Sin embargo, hay casos de comunicación animal en los cuales parece presentarse instancias de aprendizaje. En la misma comunicación de las abejas, hay evidencia de que la información del baile de los emisores es aprovechada en mucha menos proporción que aquella debida a la propia conducta de forrajeo previa de los receptores, al parecer sí puede resultar más costosa que la segunda³⁹. También se han identificado diferentes *dialectos* entre subespecies de abejas, y la posibilidad de que en colonias mixtas abejas de una subespecie *aprendan* gradualmente el dialecto de otra subespecie⁴⁰. También se sabe que el canto de las aves es adquirido por aprendizaje⁴¹. Estos mecanismos de aprendizaje al parecer también operan en aquellos casos en los que los animales pueden emitir diferentes tipos de sonidos ante diferentes estímulos, como en los

³⁶ P. ej., Andrade, 2022.

³⁷ Millikan, 1984, Caps. 2 y 6.

³⁸ Papini, 2009

³⁹ Dornhaus & Chittka, 2004; Grüter, Balbuena & Farina, 2008;

⁴⁰ Su *et al.*, 2008.

⁴¹ Brainard & Doupe, 2002.

llamados de alerta del mono verde o los llamados de los perros de la pradera⁴². Así que en estos casos podemos hablar de verdaderos procesos semióticos y comunicativos.

9.2 TAREAS PENDIENTES

Lo que se ha esbozado hasta acá acerca de la *semiótica naturalista* es apenas el comienzo de la formulación de un programa de investigación, que debe ser desarrollado en sus detalles. En esta sección mencionaré algunas tareas pendientes, que deberán trabajarse hacia el futuro.

En la formulación de la relación semiótica, se rechazó al *interpretante* como uno de los correlatos, debido a que la noción no se puede individualizar con independencia de la relación misma, lo cual es un problema respecto a la manera de justificar la subsistencia de la relación en términos aristotélicos. En cambio, se consideró al sujeto-intérprete como el tercer correlato de la relación de representación. Sin embargo, eso no quiere decir que la noción de interpretante no sea útil. Especialmente, la distinción que hace Peirce entre interpretante emocional, energético y lógico⁴³ (§ 4.7), parece capturar aspectos interesantes del fenómeno semiótico, y deberían ser integrados de alguna forma. Sin embargo, hay que tener en cuenta una diferencia aquí. El interpretante lógico involucra la formación de un hábito a través del razonamiento deliberado. Pero cualquier tipo de semiosis se basa en la formación de hábitos. Así que la formación de hábitos no es exclusiva del interpretante lógico, sino la manera en que los establece. De todas maneras, la relación entre estos tres interpretantes es semejante a la de los signos. El interpretante emocional está involucrado en el energético, y este en el lógico. El razonamiento deliberado que conduce a la formación de un hábito puede ser visto como una cadena de acciones, aunque no involucre la manipulación de objetos, sino más bien de símbolos. Así que esta división de interpretantes aporta una dimensión importante, que la semiótica naturalista no puede ignorar.

Las taxonomías de Peirce fueron formadas a partir de su *teoría de las categorías* y el principio de subdivisión categorial (§ 4.6). En este trabajo se ha rechazado la teoría de las categorías, debido a su débil fundamentación fenomenológica y ciertas sospechas respecto a la manera como Peirce las relacionó con la metafísica (§ 5.6). Incluso, en este trabajo se ha sugerido que quizás el mundo de las posibilidades sea una consecuencia más bien de la

⁴² Price, *et al.*, 2015; DeMello, 2007.

⁴³ 1907, *MS 318, El Pragmatismo*, OFR2.28.

semiosis en vez de ser una propiedad de la Primeridad (§ 8.8). Pero es cierto que la teoría de las categorías aplicada a la taxonomía de los signos introduce una serie de dimensiones que pueden ser de mucho interés para el estudio de los fenómenos semióticos. Tal vez se requiera una reformulación de la teoría de las categorías peirceana, que la separe de la fenomenología, y de sus implicaciones metafísicas, al menos en la manera en que lo hizo Peirce.

Un aspecto interesante de las taxonomías peirceanas fue el de mostrar una gradación más fina de la complejización de los fenómenos semióticos. Dado que los íconos hacen parte de los índices y estos de los símbolos, sería interesante poder estudiar muchos casos intermedios. Por ejemplo, hay casos de índices icónicos, como el ejemplo muy recurrido de la *veleta* por parte de Peirce. La dirección de la punta de la veleta está en la misma dirección del viento, y apunta por la relación de parecido respecto a dicha dirección. Hay también una gran variedad de símbolos icónicos, como los que Peirce llamó hipoíconos⁴⁴, tales como las imágenes, los diagramas y las metáforas. Un ejemplo muy actual de símbolos icónicos es el empleo de *emoticones* como formas de reacción en redes sociales, que cumplen una función en la evocación de interpretantes emocionales, y cuyo funcionamiento puede ser estudiado semióticamente. Igualmente hay símbolos indexicales, como los hiposemas o subíndices, como aquellas expresiones lingüísticas que tienen una función más indexical que simbólica⁴⁵. Incluso, lo anterior invita a tratar de abordar a partir de la semiótica problemas que han sido típicos de la filosofía del lenguaje, como la naturaleza de la referencia, los nombres propios, las descripciones definidas, los términos sortales, etc. Hay también casos de símbolos indexicales icónicos. Un ejemplo es el de algunas señales de tránsito, como algún caso discutido en § 6.4. Así que es parte del programa de investigación de la semiótica naturalista tratar de descubrir, analizar y organizar en su complejidad toda la variedad de signos posibles que se nos presenta o se presenta a cualquier ser con capacidad de ser intérprete.

También podría incluirse un análisis de los actos de habla como tipos de signos, así como se discutió en § 7.3, recordando también que esta fue una distinción introducida a su manera en la taxonomía de Peirce (§ 4.6). Creo que se requiere un análisis más detallado de lo que se ofreció aquí respecto a qué es la convencionalidad y su papel en la formación de los símbolos. Aunque la apelación al sistema de símbolos Σ^* permite sostener muchos tipos

⁴⁴ 1903, *MS 478, Concepciones*, OFR2.20.

⁴⁵ *Ibid.*

de significados, no es comprensible su funcionamiento sino dentro de las dinámicas micro- y macro-sociales dentro de la comunidad P que sirve de base a Σ^* .

En cuanto a la percepción, podrían estudiarse con más detalle los diferentes tipos de contrastes que propician la constitución de los objetos, a través de las distintas modalidades sensoriales, así como las interacciones entre cualidades. Se puede dirigir investigación en psicología (ver § 9.3) para el establecimiento de cuáles son los tipos de parecidos más relevantes para el reconocimiento de objetos y de clases, de acuerdo con los tipos de objetos y modalidades sensoriales en que se pueden presentar.

En este trabajo se hace un esfuerzo por dilucidar qué es un fenómeno mental y se traza una línea más o menos clara respecto a dónde comienza lo mental respecto a lo biológico. Pero el análisis hace ver a las respuestas netamente biológicas como casi mecánicas, lo cual puede resultar insatisfactorio para muchos científicos en biología y la queja puede estar bien justificada. Casos como el de la danza de las abejas en el que tanto insiste Millikan, puede resultar de difícil análisis, como se vio en § 9.1.9. Algunos podrían interpretar que las relaciones triádicas asociadas a la semiosis, como se ha presentado aquí, bien podrían ser aplicadas a la manera como actúa la evolución para generar disposiciones bien particulares de respuesta ante los eventos del ambiente. Es claro que los seres vivos, y en particular los animales, no son máquinas (como creía Descartes), y la conducta biológica tiene un estatus superior al mero funcionamiento mecánico. Y creo que debería revisarse con mayor detalle cuál es la estructura de las relaciones involucradas en el desarrollo de las disposiciones biológicas. Pero sin borrar la distinción que debe trazarse entre fenómenos biológicos y mentales.

Finalmente, así como la semiótica naturalista invita a pensar de otra manera los fenómenos biológicos, igual puede hacerse con los fenómenos sociales. Los hechos sociales son, por lo general hechos institucionales, y estos se estructuran a través de complejos sistemas de símbolos. La semiótica como disciplina ha sido empleada para el análisis de muchos hechos sociales. Sin embargo, dentro de la disciplina semiótica existe aún mucho desorden conceptual y metodológico. Tal vez una aproximación desde la semiótica naturalista permita desarrollar metodologías más fructíferas para analizar muchos hechos sociales, además de trazar un puente más claro con una psicología desde la perspectiva semiótica, tal y como se verá a continuación.

9.3 PROSPECTIVA: HACIA UNA PSICOLOGÍA SEMIÓTICA

Durante los últimos sesenta años la ciencia de la psicología ha estado dominada por el paradigma de las Ciencias Cognitivas (CCs). En esta perspectiva, es común que se considere que la tarea de la psicología es desarrollar modelos del procesamiento de información para explicar la conducta de los sujetos en tareas bien específicas. La psicología cognitiva tiene dos modalidades principales de investigación. Por una parte, el desarrollo de simulaciones de computación, que pueden ser tanto simbólicas como conexionistas, con el fin de determinar en términos de procesamiento cómo ciertos tipos de inputs de información producen ciertas salidas de respuestas. En segundo lugar, la realización de estudios empíricos, principalmente con seres humanos adultos normales, para validar los modelos computacionales, empleando como datos típicos los tiempos de reacción y el porcentaje de precisión de respuestas de acuerdo con algún criterio. En el caso de los tiempos de reacción, el supuesto detrás es que respuestas determinadas por mayores procesamientos involucrarán mayores tiempos de reacción⁴⁶. La psicología cognitiva ha desarrollado una gran cantidad de modelos para prácticamente todos los tipos de procesos psicológicos conocidos, generando una cantidad bastante grande de datos empíricos. A pesar de los grandes cambios que han venido sufriendo las CCs en las últimas décadas gracias al advenimiento de la cognición corporizada, su influjo dentro de la psicología científica ha sido más bien lento y dubitativo. Tal vez la razón se deba a que el principal apoyo empírico a favor de la cognición corporizada sea la investigación en robótica situada y en desarrollo motor⁴⁷; pero sin que exista mayor claridad en cómo puede extenderse este tipo de investigación a otros procesos psicológicos. Mientras que para la psicología cognitiva clásica la arquitectura de von Neumann y las redes neuronales artificiales eran paradigmas claros de investigación, la cognición corporizada aún no ha ofrecido algo semejante para la psicología en general. Las neurociencias cognitivas, por su parte, han sido aún más resistentes a los cambios dados en filosofía de la mente. En ellas aún sigue siendo un principio guía el desciframiento del código neural, y la manera de entender cómo diferentes tipos de unidades neurales tienen una función de representación

⁴⁶ Anderson, 1990, Cap. 1;

⁴⁷ Brooks, 1990, 1991; Smith & Thelen, 2003.

respecto al mundo exterior⁴⁸. A pesar de que mucha gente en las neurociencias parece manifestar cierta simpatía explícita hacia el materialismo eliminativo, en la práctica trabajan de manera ampliamente inadvertida y acrítica con una gran cantidad de concepciones semánticas, que los hace más próximos a posiciones representacionales.

La semiótica naturalista presentada en el Capítulo 6 mostraba una continuidad de los tipos de semiosis, a la par de ciertos fenómenos mentales o psíquicos, de acuerdo con su complejidad. Desde la semiosis icónica, relacionada con el reconocimiento perceptual, pasando por la semiosis indexical y su relación con el aprendizaje asociativo, hasta llegar a la adquisición del lenguaje y la semiosis propiamente simbólica relacionada con el razonamiento (§§ 6.4-6.6). La semiótica naturalista tiene varias consecuencias para la ciencia de la psicología. En primer lugar, la concepción de los estados mentales desde el externismo del relacionismo representacional involucra que el estudio de los fenómenos psicológicos no debe estar centrado en el procesamiento interno de información, sino en las relaciones experienciales con objetos en la historia semiótica y cómo estas relaciones determinan las disponibilidades para la acción bajo ciertas circunstancias. En consecuencia, la investigación psicológica debería estar más centrada a explorar condiciones en las cuales se controlen las experiencias previas de los participantes a ciertos eventos, para luego observar sus respuestas en tareas psicológicas específicas. En segundo lugar, la semiótica establece una idea acerca de las relaciones entre variables independientes y dependientes en la investigación psicológica. Dado que la historia semiótica determina la semiosis actual, se puede considerar que la investigación psicológica estaría dirigida a establecer cómo diferentes formas de historia semiótica tendrían efectos diferenciales sobre la semiosis actual. La semiosis actual puede ser evaluada a partir de las respuestas presentadas por los participantes en prácticamente cualesquiera tareas que han hecho parte de la investigación psicológica hasta hoy. Las tareas de la investigación psicológica se pueden interpretar como situaciones estimulativas que actúan como signos evocadores de objetos de la historia semiótica, y que se manifiestan en las distintas respuestas de los participantes en la tarea psicológica. Los tiempos de reacción, así como la precisión de las respuestas, pueden seguir siendo indicadores de los efectos diferenciales de la historia semiótica sobre la semiosis actual. Sin embargo, también puede ser útil la investigación sobre respuestas psicofisiológicas (p. ej.,

⁴⁸ P. ej., Banish & Compton, 2011; Eagleman & Downar, 2016.

conductancia galvánica de la piel, rastreo ocular, etc.) y la actividad neurofisiológica del individuo. En tercer lugar, la semiótica ofrece las claves de cuáles son los aspectos de las experiencias previas que deben ser observados o manipulados experimentalmente: las relaciones de similitud, contigüidad, convencionalidad y simbolismo de los objetos en tales experiencias. Es posible el estudio del efecto de diferentes tipos de similitudes, su combinación y organización respecto a los objetos ofrecidos en la historia semiótica. Igualmente, el estudio de varias formas de relaciones de contigüidad o covariación entre objetos. También se pueden manipular las relaciones de similitud respecto a las relaciones de contigüidad. De la misma manera es posible el estudio de los efectos de las relaciones de convencionalidad. Esto es común en ciertos estudios de psicología social sobre actitudes, obediencia y conformidad⁴⁹. En cuanto al simbolismo, es posible el estudio de las relaciones semánticas entre los términos del lenguaje, y sus roles conceptuales o inferenciales, que se pueden evaluar tanto en tareas lingüísticas como en respuestas a tareas no lingüísticas que abordan eventos concretos que son referidos por los conceptos generales de las expresiones lingüísticas usadas en las tareas. Lo importante en todos estos casos es que se interpreten las respuestas de los sujetos en términos de su historia semiótica más que en formas de procesamiento interno de información.

La semiótica naturalista ofrece además una guía de cómo se organizan los fenómenos mentales de acuerdo con su complejidad, desde aquellos relativos a la percepción hasta los que tienen que ver con el razonamiento simbólico. Esto puede servir de guía para el estudio de la psicología del desarrollo. Es de suponer que los bebés son especialmente sensibles a responder de acuerdo con las formas de semiosis determinadas principalmente por relaciones de similitud e indexicales, y que tal como van creciendo su conducta se va haciendo más dependiente de relaciones simbólicas. Hay cierto sector de la psicología científica que la entendió principalmente como una *psicología genética*, dedicada al estudio del desarrollo ontogenético del intelecto. Así fue sobre todo con la psicología genética de Jean Piaget y la psicología histórico-cultural soviética de Vygotsky y Luria⁵⁰. La semiótica naturalista puede ofrecer un marco para unificar conceptos, procedimientos y hallazgos en la psicología genética. Pero igualmente, la semiótica naturalista puede servir como marco conceptual para

⁴⁹ Cf. Kassin, Fein, Markus, 2013, Caps. 6-8.

⁵⁰ P. ej., Piaget & Inhelder, 2015; Vygotsky, 1978/2009; Luria, 1984.

los estudios en psicología comparada. Por ejemplo, puede ser una hipótesis guía el hecho de que los organismos que presentan las formas más primitivas de mentalidad serán sensibles a relaciones de iconicidad; mientras organismos con un mayor desarrollo de un sistema nervioso presentarán formas de aprendizaje indexical. Y los tipos de aprendizaje indexical que se estudian podrían irse complejizando, de tal manera que sea posible comparar diferentes especies en su capacidad para realizar tareas de mayor complejidad. Estas podrían incluir algunos modos de aprendizaje social, imitación, comunicación, organización y jerarquía social, e incluso desarrollo de costumbres pre-convencionales en animales no humanos.

La gran mayoría de la investigación empírica realizada hasta ahora en psicología podría potencialmente ser interpretada en términos de la semiótica naturalista. La psicología de la percepción se ha orientado principalmente al estudio de los receptores sensoriales asociados a las diferentes cualidades, las correlaciones psicofísicas entre sensaciones y magnitudes de los estímulos, la codificación nerviosa y la integración de información para la percepción del objeto⁵¹. Sin embargo, algunos fenómenos de ilusiones ópticas pueden ser vistos como efectos de contrastes sensoriales, y también son muy importantes las relaciones icónicas de la experiencia previa para la ‘observación de los objetos’. La semiótica naturalista es muy afín al enfoque ecológico de la percepción en la tradición gibsoniana, y el papel de la experiencia, el movimiento y la manipulación para la identificación de invariancias y el reconocimiento de objetos y *affordances*⁵². En cuanto a la investigación psicológica en conceptualización y categorización, es bastante indudable el papel de las relaciones de similitud, como en la investigación sobre prototipos⁵³. Sin embargo, no se asumiría a los prototipos como tipos de representación mental, sino más bien como hipótesis del investigador acerca de la mejor forma de representar cómo se relacionan la diversidad de propiedades asociadas a una clase natural o artificial. La investigación sobre memoria dejaría de concentrarse en el asunto de la recuperación de información almacenada⁵⁴, para más bien establecer las relaciones entre la presentación de múltiples objetos en la experiencia pasada próxima y remota respecto a su capacidad para determinar ciertos tipos de ejecuciones frente

⁵¹ P. ej., Goldstein & Brockmole, 2016.

⁵² Gibson, 1979.

⁵³ P. ej., Goldstone & Son, 2005.

⁵⁴ P. ej., Anderson, 1990, Cap. 5.

a ciertas tareas. Los conocidos fenómenos de interferencia retrógrada y anterógrada pueden ser interpretados en estos términos. En psicología cognitiva se emplea mucho el efecto de *priming*, en el que se hace una breve exposición a algún estímulo que luego tiene un efecto sobre cómo se responde a una tarea particular, sin que el participante se dé cuenta de dicho efecto⁵⁵. Este tipo de preparación también puede entenderse en términos semióticos, respecto a la manera como la tarea se relaciona como signo respecto al estímulo de *priming* y el efecto presentado puede interpretarse en términos de la relación semiótica entre ambos. Varias tareas de memoria semántica, o de cómo está organizada la información semántica en la memoria a largo plazo⁵⁶, pueden entenderse mejor como la manera en que los conceptos simbólicos se relacionan entre sí a través de las prácticas lingüísticas de la comunidad que comparte una lengua natural. La investigación en aprendizaje asociativo, como el condicionamiento pavloviano e instrumental, son fácilmente traducibles en términos semióticos, tal como se mostró en § 6.5. Los estudios sobre generalización de estímulos en el aprendizaje asociativo tienen mucho que ver con la incidencia de factores icónicos en el aprendizaje⁵⁷. Las investigaciones sobre discriminaciones condicionales⁵⁸, por su parte, se relacionan con modos en los cuales se pueden presentar diferentes relaciones de condicionalidad entre relaciones indexicales. La investigación psicológica sobre razonamiento se ha centrado principalmente en los errores, sesgos y falacias cometidas por los participantes ante ciertas tareas de razonamiento deductivo o inductivo⁵⁹. Dada que toda semiosis es una forma de inferencia, más que errores de razonamiento estos casos podrían ser analizados mejor como formas alternativas de inferencia respecto a un criterio, que pueden ser evocadas por ciertos aspectos de las tareas que se le presentan a los sujetos. La investigación en razonamiento analógico⁶⁰ podría beneficiarse de la consideración de distintos tipos de relaciones de similitud entre objetos, incluso simbólicos.

Un ejemplo más concreto de un fenómeno psicológico que puede ser analizado en términos semióticos es el del efecto Stroop. Este efecto consiste en la presentación de palabras-color en colores diferentes al significado por la palabra. En la tarea Stroop se le pide

⁵⁵ Cherry, 2021.

⁵⁶ P. ej., Anderson, 1990, Cap. 6.

⁵⁷ Chance, 2009, Cap. 10.

⁵⁸ P. ej., Urcuioli, 2016; McIlvane, 2016.

⁵⁹ P. ej., Garnham & Oakhill, 1996, Cap. 14.

⁶⁰ Cf. Holyoak, 2005.

al participante que diga el color de la palabra que se le presenta. Si, por ejemplo, se le presenta la palabra “**rojo**” en color verde, el tiempo de nominación del color de la palabra será mayor con respecto al de una palabra-no-color presentada también en verde (p. ej., “**cuatro**”)⁶¹. En este ejemplo, el significado de la primera palabra es contrario a su color. El efecto Stroop se ha estudiado con palabras, que son signos simbólicos. Como símbolos, significan algún tipo de propiedad o cualidad. En este caso, se presenta una disparidad entre lo que la palabra significa y las cualidades del símbolo mismo como signo. Peirce había distinguido en los símbolos entre sus propiedades materiales y sus propiedades imputadas. La tarea pide responder a las propiedades materiales de la palabra, pero sus propiedades imputadas ejercen un efecto de interferencia. El efecto Stroop ha sido empleado en psicología cognoscitiva principalmente para estudiar el control atencional⁶². Sin embargo, el efecto Stroop parece mostrar un aspecto importante del carácter simbólico de las palabras: que en ellas sus cualidades materiales van perdiendo importancia, tal como la gana su significado. Esto se relaciona con el hecho, mencionado en § 4.4, de que en la semiosis pareciera que el signo se transparentara para mostrarnos al objeto que representa. Hay un efecto paralelo también bastante interesante, llamado efecto Stroop semántico. En él se emplean palabras-asociadas-a-color, es decir, palabras que significan objetos que tienen colores bien específicos, como ‘cielo’, ‘césped’, ‘banano’, etc. La tarea consiste en pedir de nuevo nominar el color de las palabras, pero en situaciones en las que estas palabras se presentan en colores diferentes a aquellos de los que objetos que tales palabras significan, por ejemplo, nominar el color de la palabra “**banano**” en azul⁶³. También se han encontrado mayores tiempos de reacción cuando se presenta este tipo de disparidad en comparación a palabras no asociadas a color, como puede ser “**casa**”. Estos efectos parecen ser la puerta de entrada al estudio de las propiedades de las palabras como símbolos.

La semiótica naturalista puede ofrecer un paradigma de investigación general para la psicología, como hasta ahora no lo ha podido brindar la cognición corporizada, que se ha limitado a interacciones sensoriomotrices o aquellas que se puedan expresar en sistemas dinámicos. En este paradigma, la semiosis sería la unidad de análisis a partir de la cual se interpretan las ejecuciones de los participantes o sujetos de investigación en diferentes tareas

⁶¹ MacLeod, 1991.

⁶² P. ej., McLeod, 1992; Naish, 2005.

⁶³ Klein, 1964; Augustinova & Ferrand, 2014; Levin & Tzelgov, 2016; Schmidt & Cheesman, 2005.

psicológicas. La psicología semiótica reconocería la importancia de la experiencia fenoménica, sin necesidad de volver a la vieja psicología decimonónica de la conciencia y sus contenidos. La psicología semiótica podría integrar la amplia tradición de investigación en aprendizaje asociativo, pero dentro de un marco mucho más amplio, que abarca más allá de las semiosis indexicales. También permitiría una vindicación científica de la Psicología Popular, como inicialmente lo pretendía la TRM; pero sin reificar los contenidos mentales en hipotéticas RMs internas. La psicología semiótica podría albergar y dar una nueva dirección a la investigación con modelos conexionistas, en la medida en que estos se ajusten a la idea de mentalidad como interpretación de signos. Una psicología semiótica permitiría dar una nueva vida a la psicología como ciencia natural, sin buscar reducir los fenómenos mentales a tareas mecánicas de procesamiento de información y reconociendo la particularidad ontológica de los fenómenos mentales como relaciones de representación entre los sujetos con mente y los objetos de la realidad.

CONCLUSIONES

El propósito de la filosofía de la mente es el de definir qué es lo que distingue a los seres con mente de aquellos que no tienen mente. La intuición detrás es que algunos seres no tienen mente mientras que otros sí. Aparentemente las rocas no tienen mente, mientras que los seres humanos sí, y existirán muchos casos intermedios en discusión. Hay dos actitudes extremas que negarían esta separación entre seres con mente y seres sin mente. Por una parte, el pansiquismo supone que la mentalidad invade la naturaleza por completo; pero por lo general parece tener una concepción bastante misteriosa y poco clara acerca de la mentalidad. La segunda actitud es el eliminativismo, que simplemente niega que existan los seres con mente. Su problema es que tiene que explicar cómo es que lo que usualmente se toma como manifestación de mentalidad se reduce a lo no mental, o tiene que ser consistente respecto a cómo nos podemos mover en nuestras interacciones cotidianas sin suponer la mentalidad de ciertas entidades con las que interactuamos. Pero lo último parece casi imposible. Nuestra Psicología Popular (PP) nos lleva a considerar que ciertos individuos realizan acciones basadas en razones, que se retrotraen a estados mentales con contenido. Difícilmente puedo hacer un negocio con otro individuo sin suponer que él tiene algún conocimiento del valor de cierto bien y servicio y de los compromisos adquiridos en la realización de una transacción comercial (§ 1.7). Incluso, al contrario, tenemos una mayor proclividad a atribuirle estados mentales a cosas que al parecer no la tienen, como una máquina expendedora de golosinas, que a tratar a otro ser humano o ciertos animales igual que como trato a una silla o una maleta.

Pero, entonces, ¿qué define la mentalidad? Luego de que la devastadora crítica de Ryle permitiera enterrar la discusión sobre las mentes basada en substancias, la filosofía de la mente se ha centrado en dos propiedades que distinguirían a los seres con mente: la conciencia y el contenido intencional. Algunos como Searle o los exponentes de la Teoría de la Intencionalidad Fenomenal (TIF) han defendido la primacía de la conciencia. Los representacionistas han, en cambio, favorecido la prioridad de la intencionalidad. El inseparativismo de Horgan y Tienson considera que las dos propiedades son coexistentes (§ 3.11). Hoy en día parece claro que no es posible prescindir de alguna de las dos; pero también que debe haber alguna explicación acerca de cómo las dos se relacionan.

La atribución de estados mentales a otros (o a nosotros mismos) como estados de actitud proposicional (AP), involucra que estos estados son siempre acerca de algo, que tienen alguna referencia o dirección a algún objeto o estado de cosas. La intencionalidad del contenido de los estados de AP está marcada por dos propiedades: la independencia respecto a la existencia del objeto o verdad del estado de cosas al que se refiere y la dependencia de la perspectiva del sujeto. Ambas propiedades se asocian a las características intensionales con-s de los enunciados de actitud proposicional (EAPs) (§§ 1.3-1.4). Sin embargo, establecer la estructura de los estados mentales y la naturaleza de sus contenidos ha sido uno de los mayores desafíos de la filosofía en general.

Una solución, propuesta por Russell, es dada la estructura gramatical de los EAP se puede suponer que los estados mentales consisten en relaciones entre el sujeto y los objetos o estados de cosas que constituyen su contenido. Este es el *relacionismo intencional* (RI). Su problema principal consiste en que no puede explicar cómo dicha relación intencional subsiste cuando el objeto del contenido es inexistente o la proposición del contenido es falsa (§ 2.1). La posición opuesta consiste en el *adverbialismo intencional* (AI), el cual toma al contenido como una propiedad intrínseca de los estados mentales. Esta posición tiene la ventaja de que hace honor a las dos propiedades de los estados mentales. La formulación original de la intencionalidad por Brentano puede verse como una forma de AI (§§ 1.2, 2.1). Su problema es que hace al contenido tan idiosincrático que no es posible explicar cómo diferentes estados mentales en el mismo sujeto o diferentes sujetos pueden compartir el mismo contenido y cómo tal contenido se relaciona con el mundo y es relevante para la acción (§ 2.1). El RI y el AI también se relacionan con dos actitudes respecto al contenido intencional: el externismo y el internismo, respectivamente. El *externismo* sostiene que el contenido mental debe ser extendido hasta incluir sus condiciones de verdad o satisfacción; mientras que el *internismo* defiende un *solipsismo metodológico*, por el cual el contenido se predica solo en relación al sujeto, independiente del resto del mundo (§ 2.4).

Algunas posiciones sobre la naturaleza de los objetos intencionales han buscado defender el RI. Twardowski distinguió entre el contenido y el objeto del acto mental y consideró que el objeto era siempre externo, pero no especificó su naturaleza (§ 1.2.1). Meinong habló de objetos existentes, subsistentes y más allá del ser o no ser; y así extendió demasiado la metafísica de los objetos intencionales (§ 1.2.2). Frege postuló a los *sentidos* o

modos de presentación de los objetos como contenidos ideales (§ 1.2.5) y, de manera semejante, Husserl habló de objetos ideales y trató a la relación de significación como una relación ideal (§ 1.2.6). Finalmente, la teoría de las descripciones de Russell defendía el RI quitándole el carácter referencial a muchos objetos intencionales problemáticos (§ 1.2.3). Otras posiciones han sido más cercanas al AI. El cuasi-relacionismo del Brentano tardío sostenía una forma de solipsismo metodológico, al tomar el contenido solo *in obliqua* en los enunciados de estados mentales (§ 1.2.4). La teoría de la doble predicación de Mally y Zalta considera que *hay* objetos abstractos (intencionales), aunque no existen espacio-temporalmente, los cuales son determinados o codifican propiedades que no ejemplifican (§ 1.2.7). De manera semejante, Crane dice que *hay* objetos del pensamiento que tienen propiedades dependientes de representaciones (§ 1.2.9). Pero ellos no explican cómo puede haber objetos que no existen y cómo codifican o tienen propiedades dependientes de representaciones. En cuanto al contenido proposicional, el russellianismo ingenuo es claramente relacionista, aunque hereda fácilmente sus problemas (§ 1.3.1); mientras que el fregeanismo hereda los problemas del AI, y deja sin resolver la naturaleza de los sentidos fregeanos (§ 1.3.2). La teoría del indexical oculto es intermedia entre el relacionismo y el adverbialismo, pero no da una explicación adecuada de cómo se relacionan las referencias con sus modos de presentación (§ 1.3.3). Se ha defendido el relacionismo postulando que el contenido se refiere a mundos posibles u oraciones, pero o bien preocupa la naturaleza de los mundos posibles o no parece evidente que los contenidos se reduzcan a ítems lingüísticos como oraciones (§§ 1.3.4-5).

La solución más popular en Ciencias Cognitivas (CCs) y en un amplio sector de la filosofía de la mente es apelar a representaciones mentales (RMs). La Teoría Representacional de la Mente (TRM) postula que los sujetos se relacionan con RMs internas, las cuales tienen un contenido intencional y una estructura sintáctica, y esta estructura permite su tratamiento en procesos mecánicos de computación (§ 3.2). La TRM es un tipo de relacionismo que tiene las ventajas de hacer honor a las dos propiedades de los estados intencionales, así como también de vindicar científicamente la explicación intencional de la psicología popular, convirtiéndola en una explicación mecánica de la producción de la conducta, y ofreciendo así una teoría causal de la acción (§§ 3.2-3.3). Sin embargo, los recursos explicativos que tiene la TRM consisten únicamente en los mecanismos de

computación y procesamiento de información, y estos por sí mismos no dan cuenta del contenido de las RMs (§§ 3.1 y 3.4). El Proyecto de Naturalización del Contenido Mental (PNCM) se formuló como un intento de ofrecer una explicación no circular y reduccionista del contenido de las RMs (§ 3.5). Las teorías basadas en la relación de similitud o de isomorfismo estructural fallan debido a que son demasiado liberales e insuficientes para determinar el contenido (§ 3.6). La Semántica del Rol Conceptual no tiene una forma no circular de explicar el significado (§ 3.7). Las teorías causales informacionales tienden al pansemanticismo y tienen problemas para dar cuenta de las representaciones erróneas (§ 3.8). Las teorías bioteleológicas confunden el contenido mental con las funciones biológicas y reducen impropriamente la normatividad semántica a la normatividad biológica (§ 3.9). Además, dado su compromiso con la TCM y el funcionalismo, la TRM tiene problemas para reconocer algún papel a la conciencia fenoménica en el contenido mental (§ 3.11). Por otra parte, las propuestas conexionistas y de la cognición corporizada han desafiado la noción misma de RM (§ 3.12). Así que hoy en día las CCs se debaten entre alguna actitud eliminativista o deflacionista respecto a las RMs, o una actitud realista reaccionaria, que tiene la presión de ofrecer una respuesta adecuada al problema del contenido de las RMs (§ 3.13).

En consecuencia, no parece haber una explicación adecuada a los problemas de cuál es la estructura de los estados mentales como estados intencionales y cuáles son las naturalezas de los contenidos objetuales o proposicionales. Un resultado de lo anterior es que invita a considerar que el fenómeno del contenido intencional es de una naturaleza tal, que requiere de un tratamiento especial. O bien el contenido intencional es un predicado especial, que exige una ciencia propia, completamente separada de la continuidad de las ciencias naturales, o se adopta una posición fisicalista más radical y se considera que el contenido mental es simplemente una ficción útil para predecir la conducta de los demás, pero sin ningún carácter verdaderamente referencial (§ 2.5). En ambas posiciones, la psicología como ciencia natural es imposible.

En este trabajo se ha mirado hacia la semiótica de Charles S. Peirce en busca de una solución. Hay un par de razones para hacer esto. La primera es que la semiótica involucra una teoría del significado bastante amplia, que aplica a todo tipo de signo y no se circunscribe a los signos lingüísticos y los actos comunicativos. En segundo lugar, porque es una teoría no mentalista del significado, que no pone el peso explicativo en los conceptos mentales, lo

cual puede conducir a regresos al infinito o circularidades. De acuerdo con la semiótica peirceana, hay ciertos objetos del mundo que adquieren la función de ser signos y representar a otros objetos, a partir de ciertas relaciones con ellos. Si la relación es de similitud, el signo es un ícono; si la relación es de contigüidad, el signo es un índice; y si la relación es convencional, el signo es un símbolo (§§ 4.4-4.5). Lo interesante de la teoría peirceana es que las relaciones que fundamentan la relación de representación son todas relaciones externas al sujeto-intérprete del signo; lo que evita la circularidad y el regreso al infinito de las explicaciones mentalistas que apelan a los conceptos para dar cuenta del significado. Además, Peirce construye la relación de representación como una relación triádica, entre el signo, el objeto y el interpretante; y de acuerdo con su teoría de las relaciones, las relaciones triádicas son irreducibles a relaciones diádicas o monádicas (§§ 4.3 y 6.2).

Desafortunadamente, la formulación semiótica de Peirce padece de algunas deficiencias con respecto a los objetivos que se persiguen en esta investigación. La principal de ellas tiene que ver con el hecho de que la formulación hace circular la explicación del significado, en cuanto que asigna al interpretante el doble papel de estar determinado por el signo en la relación de representación, pero a la vez determinar la relación entre el signo y el objeto (§ 5.3). Otros problemas de la formulación original que fueron corregidos hasta cierto punto por Peirce son la dificultad para explicar el contacto directo con el objeto y lo implausible de la semiosis infinita (§§ 5.1-5.2). Otros problemas no corregidos son el fuerte sesgo lingüístico y lógico de las clasificaciones y la subrepticia relación de la semiótica con la oscura psicología decimonónica de la conciencia y las ideas (§§ 5.4-5.5). Y otros problemas tienen que ver más con el sistema de pensamiento general de Peirce, como el débil fundamento de su teoría de las categorías en la fenomenología, y su cuestionable extensión a la metafísica (§ 5.7); así como la inadecuación de su idealismo objetivo e interaccionismo mente-cuerpo en las convicciones ontológicas de la filosofía de la mente de hoy (§ 5.7).

En este trabajo se plantea una propuesta alternativa denominada *Semiótica Naturalista*, la cual modifica varios aspectos de la formulación original de Peirce. Esta semiótica se llama “naturalista”, porque busca ofrecer una explicación no circular del significado. La semiótica naturalista toma como su unidad de análisis a la semiosis, que consiste en la ocurrencia de la relación de representación. Asume que la semiosis es un fenómeno natural, que puede ser explicado. Se rechaza la concepción peirceana de la

semiótica como una ciencia normativa, ligada a la lógica, y se asume que la semiótica puede ser una ciencia natural, descriptiva y explicativa (§ 6.1). Se toma como base a la lógica de relaciones de Peirce y su caracterización de las relaciones triádicas como relaciones de mediación, irreductible a relaciones diádicas. Se considera al intérprete como tercer correlato de la relación de representación, más que al interpretante. Se asume que todo tipo de signo involucra una relación triádica genuina (§ 6.2). Pero lo más importante para superar el problema de la circularidad es que se traza una distinción entre la semiosis actual y la historia semiótica. La semiosis actual es una relación de representación mediada por el signo. La historia semiótica constituye la experiencia de exposiciones pasadas al objeto y/o signo y sus relaciones. La historia semiótica determina a la semiosis actual, pero no directamente, sino a través de los hábitos del sujeto-intérprete (§ 6.3). Para estudiar cómo la historia semiótica determina a la semiosis actual, se propone establecer cuáles serían las condiciones mínimas ideales de experiencias previas para que ocurra una semiosis actual determinada. Se analizan las condiciones mínimas ideales para las semiosis icónicas, indexicales y simbólicas, basadas respectivamente en el parecido, la contigüidad y las relaciones convencionales; estas últimas analizadas en términos de la adquisición de repertorios comunicativos lingüísticos y las propiedades del sistema lingüístico (§§ 6.4-6.6). Fue necesario ofrecer una explicación del *parecido* como relación real y no de razón, como había afirmado Peirce, porque conducía a otro problema de circularidad explicativa. La apelación a condiciones ideales mínimas está dirigida a mostrar el surgimiento inicial de ciertos tipos de semiosis, de tal manera que se pueda evitar cualquier riesgo de circularidad si tales semiosis se incluyeran en la historia semiótica. La semiótica peirceana es de carácter inferencial, en el sentido de que la interpretación de la semiosis actual es un tipo de inferencia (generalmente involuntaria) respecto al signo, gracias a la cualidad representativa que fundamenta la relación entre el signo y el objeto.

En el trabajo también se explicó cómo las condiciones mínimas ideales de la semiosis icónica hacen parte de aquellas de la semiosis indexical, y cómo las condiciones de la semiosis indexical hacen parte de la simbólica (§§ 6.4-6.6). Se mostró cómo cada tipo de semiosis se relaciona con algún fenómeno mental o psíquico. Así, la semiosis icónica se relaciona con el reconocimiento perceptual, la semiosis indexical con el aprendizaje asociativo y la semiosis simbólica con la comunicación lingüística, el pensamiento y el

razonamiento lógico (§§ 6.4-6.6). Gracias a la relación jerárquica entre signos, se puede postular también una complejización progresiva de los fenómenos mentales, desde la percepción hasta el razonamiento lógico. La semiótica naturalista propone que los fenómenos mentales o psíquicos involucran la interpretación de signos, y de esta manera son fenómenos con un contenido significativo. En oposición al planteamiento de Peirce (§ 5.5), la semiótica naturalista se presenta como un marco general en el cual entender los fenómenos mentales o psíquicos.

Ahora bien, ¿qué puede decir la semiótica naturalista respecto a los problemas de la intencionalidad y el contenido mental? En primer lugar, la semiótica naturalista rechaza la posición tradicional en CCs y filosofía de la mente que atribuye intencionalidad originaria a los estados mentales e intencionalidad derivada a los signos externos. Al contrario, propone que es precisamente la interpretación de signos, a través de procesos semióticos, la que constituye las instancias de intencionalidad originaria (§ 7.1). La semiótica naturalista propone un relacionismo representacional, por el cual nuestros contenidos mentales consisten en relaciones a objetos externos mediadas por signos (también externos). Esta posición sería una forma de RI, pero mucho más sofisticada, e involucra el rechazo del AI, así como del internismo sobre el contenido, y un compromiso con el externismo (§ 7.2). Gracias a la mediación por signos, nuestra relación con los objetos externos puede ser diferida en espacio y tiempo, lo cual se asocia con la memoria. Se explica la relación a objetos futuros, a partir de la anticipación de objetos o eventos que han hecho parte de la historia semiótica. Se da cuenta de la representación errónea, por el hecho de que ciertas semiosis icónicas, indexicales o simbólicas se fundamentan en relaciones contingentes. Se explica la falsedad, la mentira y el engaño, haciendo referencia a los actos de habla como signos que determinan el carácter referencial de los enunciados. Esta puesta en paréntesis del papel referencial de los enunciados permite dar cuenta de los casos de simulación, ficción y pensamiento contrafáctico. También se explicó cómo son posibles los objetos abstractos de la ciencia, apelando al carácter simbólico del discurso científico. Y se dio cuenta de la referencia vacía en cuanto a objetos contradictorios y enunciados existenciales negativos (§ 7.3). También se explicó cómo se constituyen gradualmente los objetos de la percepción a través de procesos semióticos (§ 7.5). Se explicó el carácter perspectivista del contenido mental, apelando a la singularidad de la historia semiótica de cada sujeto, y se dio cuenta de los sentidos fregeanos

en términos de signos (§ 7.6). Se dio cuenta de la estructura de los EAP en términos de la relación de representación, y de la consideración de los verbos psicológicos como moduladores de dicha relación. Y se validó una versión de la teoría del indexical oculto en términos semióticos (§ 7.7).

En cuanto al problema de la estructura de los estados mentales como estados de AP, el relacionismo representacional de la semiótica naturalista propone que esta es una estructura relacional, mediada por signos, y cuyos contenidos son objetos o eventos externos concretos de la experiencia pasada o son signos, que tienen su base en otros objetos o eventos concretos pasados por procesos semióticos (§ 7.4). De esta forma, es posible defender el RI sin necesidad de postular objetos intencionales con alguna naturaleza especial, ya sean objetos ideales u objetos más allá del ser o no ser, como se presenta en Twardoski, Meinong, Husserl o Frege. También es posible explicar cómo los objetos abstractos pueden ser determinados, o pueden codificar o tener propiedades-dependientes-de-presentaciones, en los términos de Mally, Zalta y Crane, si se entienden como signos. Es posible integrar el ficcionalismo de Searle, pero limitándolo a sus justas proporciones (§ 7.4). Es posible entender los sentidos fregeanos como signos, particularmente como símbolos con una naturaleza intersubjetiva, y así comprender su papel como mediadores del acceso al referente (§ 7.6). En general, pueden explicarse las propiedades del contenido mental de independencia de la existencia del objeto y de dependencia de la perspectiva del sujeto, sin tener que apelar a RMs, y evitando el embarazoso problema de dar cuenta de su contenido. La semiótica naturalista no se ajusta al reduccionismo del PNCM, porque basada en la lógica de relativos de Peirce afirma que las relaciones de representación son irreducibles a la combinación de relaciones de aridad inferior (§ 7.8). Pero se considera que la explicación ofrecida es naturalista, en cuanto que es posible dar cuenta de instancias nuevas de semiosis actual en términos no circulares, y apelando a relaciones no semánticas, como las de parecido, contigüidad y convencionalidad (aunque esta última analizada en términos de las otras dos).

La semiótica naturalista tiene consecuencias importantes para la filosofía de la mente. En primer lugar, traza un criterio de mentalidad, según el cual un objeto con mente es aquel que puede ser un *sujeto-intérprete de signos* (§ 8.6). De este modo se evitan los extremos del pansiquismo como del eliminativismo de lo mental. Una condición para ser un sujeto-intérprete es tener conciencia fenoménica, y en tal sentido se reconoce la importancia de la

experiencia fenomenal para la mentalidad. Sin embargo, se rechaza que la conciencia fenoménica sea suficiente para la determinación del contenido mental, y por lo tanto para la mentalidad misma, y se considera que incluso el contenido de las cualidades fenoménicas simples es establecido por procesos semióticos (§ 8.7). Por lo tanto, la semiótica naturalista defiende la tesis de Brentano, que afirma que lo definitorio de los estados mentales es su posesión de un contenido intencional (§ 1.2), pero en términos de un *intencionalismo semiótico* (§ 8.1). Esta posición es afín a la idea de la fenomenología de Husserl de que lo que define la vivencia consciente es la posesión de un contenido intencional (§ 2.2.6).

La semiótica naturalista también ofrece una definición de los estados y contenidos mentales. Dado el relacionismo representacional, es posible hablar de *eventos mentales* en la corriente de la conciencia de los sujetos-intérpretes en términos de la experiencia vivenciada en la semiosis actual. Por su parte, es posible hablar de *estados mentales* asociados a los estados de AP como aquellos pertenecientes a los hábitos adquiridos por el sujeto-intérprete a lo largo de su historia semiótica y que potencialmente se manifestarán en su conducta futura bajo circunstancias específicas (§ 8.2). El contenido mental relativo a estos hábitos está dirigido a la acción futura, y por lo tanto a la distinción de aquellos objetos que pueden ser manipulados, a las circunstancias relevantes para la acción y a los resultados obtenibles (§ 8.3). Esta posición se puede ver como un desarrollo dentro del pragmaticismo de Peirce (§ 4.7). Esta explicación pretende capturar lo que he llamado el *contenido para el sujeto*, y que se distingue de otras nociones sobre el contenido mental, como el contenido atribuido, el contenido funcional, el fenoménico y el interno (§ 8.3). Lo anterior tiene consecuencias para la noción de causalidad mental. Se rechaza la idea de que la mente actúe sobre el cuerpo para producir acciones. Al contrario, se considera que las acciones hacen parte de los contenidos y los estados mentales, en tanto que involucran la discriminación de las circunstancias adecuadas para la acción y la manipulación de objetos (intencionales) (§ 8.4). La mente no actúa sobre los cuerpos, sino sobre el mundo. El cuerpo es parte de la mente, a tal punto que, un sujeto-intérprete es realmente un cuerpo-intérprete. Así que hay cierta afinidad con las posiciones en cognición corporizada (§ 8.9).

La semiótica naturalista reconoce la realidad de los estados mentales como estados de AP, y en consecuencia considera que el discurso de la Psicología Popular (PP) tiene carácter referencial, solo que aquello a lo que se refiere es a relaciones con una estructura

representacional. Por lo tanto, la semiótica naturalista rechaza cualquier intento eliminativista o deflacionista respecto a los estados mentales. También se rechaza cualquier forma de reduccionismo a estados del sistema nervioso; primero, porque la relación de representación es irreductible; y segundo, porque dicha relación se da a nivel personal (al involucrar al sujeto-intérprete como uno de sus correlatos) y no a nivel de estados subpersonales del sistema nervioso. Por lo tanto, tiene poco sentido el proyecto de las neurociencias cognitivas de desarrollar una criptoneurología que intente descifrar el código neuronal. Más bien se sugiere que las neurociencias se reconduzcan a explicar cómo el tener un sistema nervioso permite adquirir los hábitos que permiten la semiosis. Pero el estudio de la semiosis debe realizarse atendiendo a las relaciones externas de la historia semiótica que determinan las semiosis actuales. Esta es una tarea que puede cumplir una *psicología semiótica*, la cual puede ajustarse a los cánones metodológicos de las ciencias experimentales, para obtener regularidades con aspiración de legalidad y capacidad explicativa; y así funcionar como una ciencia natural. De esta manera es posible vindicar científicamente a la PP, darle un espacio a los fenómenos mentales como fenómenos naturales, dentro de la aspiración fisicalista de continuidad entre las ciencias; pero reconociendo el carácter diferencial y especial de los fenómenos mentales como relaciones de representación semiótica.

REFERENCIAS

- Aames, Jimmy (2018). The double function of the interpretant in Peirce's Theory of Signs. *Semiotica*, 225, pp. 39-55. <https://doi.org/10.1515.sem-2017.0005>
- Acero, Juan José (2006). La naturalización de la intencionalidad. *Episteme*, 26, pp. 1-39.
- Adams, Fred & Aizawa, Ken (1994). Fodorian Semantics. En Stephen Stich & Ted A. Warfield (Eds.), *Mental Representation: A Reader*. Blackwell. pp. 223-242.
- Adams, Fred & Aizawa, Ken (2010). Defending the bounds of cognition. En Richard Menary (Ed.), *The Extended Mind*. The MIT Press. pp. 67-80.
- Adams, Fred & Aizawa, Ken (2017). Causal theories of mental content. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/content-causal/>
- Agustín de Hipona (1956). *Tratado de la Santísima Trinidad*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Aizawa, Ken & Adams, Fred (2005). Defending non-derived content. *Philosophical Psychology*, 18, pp. 661-669.
- Alvarez, María (2017). Reasons for Action: Justification, Motivation, Explanation. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/reasons-just-vs-expl/>
- Amerini, Fabrizio (2010). Intentionality, En H. Lagerlund, (Ed.), *Encyclopedia of Medieval Philosophy: Philosophy Between 500 and 1500*. Springer. pp. 558-564
- Anderson, John R. (1990). *Cognitive Psychology and Its Implications*. 3a Ed. W. H. Freeman and Company.
- Andrade, Luis Eugenio (2022). *La Perspectiva Informacional en la Filosofía de la Naturaleza*. Universidad del Bosque y Universidad Nacional de Colombia.
- Anellis, Irving H. (1993) Review of A Peircean Reduction Thesis: The Foundations of Topological Logic by Robert W. Burch. *Modern Logic*, 3 (4), pp. 401-406.
- Anellis, Irving H. (1997). Tarski's development of Peirce's logic of relations. En Nathan Houser, Don D. Roberts & James Van Evra (Eds.), *Studies in the Logic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press. pp. 271-303.
- Anscombe, Elizabeth (1957/1991). *Intención*. UNAM/Paidós.
- Aristóteles (1988). Sobre la Interpretación. En Aristóteles (autor), *Tratados de Lógica (Órganon) II*. Gredos, pp. 23-81
- Atkins, Albert (2016). *Peirce*. Routledge.

- Augustinova, M., Clarys, D., Spatola, N., & Ferrand, L. (2018). Some further clarifications on age-related differences in Stroop interference. *Psychonomic Bulletin and Review*, 25 (2), 767–774. <https://doi.org/10.3758/s13423-017-1427-0>
- Averill, James R. (1980). Emotions & anxiety: Sociocultural, biological, and psychological determinants. En Amélie Oksenberg Rorty (Ed.), *Explaining Emotions*. University of California Press. pp. 37-72.
- Avicena (1981). *Kitāb al-Najāt*, en F. Rahman (Ed.), *Avicenna's Psychology*. Hyerion Press, Inc. pp. 24-69.
- Baker, Lynne Rudder (1999). Folk psychology. En R. A. Wilson & F. C. Keil (Eds.). *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. The MIT Press. pp. 319-320.
- Banish, Marie T. & Compton, Rebecca J. (2011). *Cognitive Neuroscience*. 3a Ed. Wadsworth, Cengage Learning.
- Barbieri, Marcelo (2007). Is a cell a semiotic system? En Marcelo Barbieri (Ed.), *Introduction to Biosemiotics. The new biological synthesis*. Springer. pp. 179-208.
- Barwise, Jon & Perry, John (1983/1992). *Situaciones y Actitudes*. Visor.
- Bäuerle, Rainer & Cresswell, M. J. (2003). Propositional Attitudes. En D. M. Gabbay & F. Guenther (Eds.), *Handbook of Philosophical Logic, vol 10*. 2nd Edition. Springer. pp. 121-142.
- Bechtel, William (1988/1991). *Filosofía de la Mente: Una panorámica para la ciencia cognitiva*. Tecnos.
- Bechtel, William (1993). Connectionism. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 200-210.
- Bechtel, William (2007). *Mental Mechanisms: Philosophical Perspectives on Cognitive Neuroscience*. Routledge.
- Bellucci, Francesco (2018). *Peirce's Speculative Grammar: Logic as semiotics*. Routledge.
- Bennett, M. & Hacker, P. (2008). *History of Cognitive Neuroscience*. Wiley-Blackwell.
- Berkeley, George (1710/1992). *Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano*. Alianza.
- Bermudez, José Luis (2003). Mental content, nonconceptual. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Bermudez, José Luis (2020). *Cognitive Science: An introduction to the science of the mind*. 3a Edición. Cambridge University Press.
- Berto, Francesco & Plebani, Matteo (2016). *Ontology and Metaontology: A Contemporary Guide*. Bloomsbury.

- Betti, Arianna (2019) Kazimierz Twardowski. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
<https://plato.stanford.edu/archives/sum2019/entries/twardowski/>
- Bickhard, Mark H. & Terveen, Loren (1995). *Foundational Issues in Artificial Intelligence and Cognitive Science: Impasse and solution*. North-Holland.
- Block, Ned (1978). Las dificultades del funcionalismo. En Eduardo Rabossi (1995). *Filosofía de la Mente y Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 105-142.
- Block, Ned (1986). Aviso en favor de una semántica para la psicología. En Eduardo Rabossi (Comp.) (1995), *Filosofía de la Mente y Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 289-330.
- Block, Ned (1990). La Tierra Invertida. En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 289-324.
- Block, Ned (1993a). Review of D. Dennett, *Consciousness Explained*. *The Journal of Philosophy*, 4, pp. 181-193.
- Block, Ned (1993b). Consciousness. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 210-219.
- Block, Ned (1993c). Functionalism (2). En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 323-332.
- Block, Ned (1995). Concepts of consciousness. En David J. Chalmers (Ed.), *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford University Press. pp. 206-218.
- Boden, Margaret A. (1988). Escape de la habitación China. En Margaret Boden (Comp) (1994). *Filosofía de la Inteligencia Artificial*. Fondo de Cultura Económica. pp. 105-121.
- Bourget, David & Mendelovici, Angela (2014). Tracking representationalism: William Lycan, Fred Dretske and Michael Tye. En Andrew Bailey (Ed.), *Philosophy of Mind: The Key Thinkers*. Bloomsbury, pp. 209-236
- Bourget, David & Mendelovici, Angela (2019). Phenomenal Intentionality. En E. N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
<https://plato.stanford.edu/archives/fall2019/entries/phenomenal-intentionality/>
- Braddon, Mitchell, David & Jackson, Frank (1997). The teleological theory of content. *Australasian Journal of Philosophy*, 75, pp. 474-489.
- Bradley, Francis Herbert (1893/1968). *Appearance and Reality: A metaphysical essay*. Clarendon Press.
- Brady, Geraldine (2000). *From Peirce to Skolem: A neglected chapter in the history of logic*. Noth-Holland.
- Brainard, Michael S. & Doupe, Allison J. (2002). What songbirds teach us about learning. *Nature*, 417, pp. 351-358. <https://doi.org/10.1038/417351a>

- Brandom, Robert (1994/2005). *Hacerlo Explícito: Razonamiento, representación y compromiso discursivo*. Herder.
- Brandt, Per Aage (2020). *Cognitive Semiotics: Signs, mind and meaning*. Bloomsbury Academic.
- Brentano, Franz (1874/2020). *Psicología desde el Punto de Vista Empírico*. Sígueme.
- Brentano, Franz (1890-1/1995). *Descriptive Psychology*. Routledge.
- Brentano, Franz (1911). Appendix to the Classification of Mental Phenomena. En Franz Brentano (1973). *Psychology from an Empirical Standpoint*. Routledge. pp. 209-239.
- Brentano, Franz (1915). On Objects of Thought. En Franz Brentano (1973). *Psychology from an Empirical Standpoint*. Routledge. pp. 251-258.
- Brentano, Franz (1917a). On the term 'Being' in its loose sense, abstract terms, and *entia rationis*. En Franz Brentano (1973). *Psychology from an Empirical Standpoint*. Routledge. pp. 258-265.
- Brentano, Franz (1917b), On *Ens Rationis*. En Franz Brentano (1973). *Psychology from an Empirical Standpoint*. Routledge. pp. 265-287.
- Brewer, William F. (2003). Mental models. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Briggs, Jean L. (1970). *Never in Anger: Portrait of an Eskimo family*. Harvard University Press.
- Broadbent, Donald E. (1958). *Perception and Communication*. Pergamon Press.
- Brooks, Rodney A. (1990). Elephants don't play chess. *Robotics and Autonomous Systems*, 6, pp. 3-15.
- Brooks, Rodney A. (1991). Intelligence without representation. *Artificial Intelligence*, 47, pp. 139-159.
- Brown, Deborah (2007). Objective being in Descartes: That which we know or that by which we know? En Henrik Lagerlund (Ed.), *Representation and Objects of Thought in Medieval Philosophy*. Ashgate. pp. 135-154.
- Burch, Robert W. (1991). *A Peircean Reduction Thesis. The Foundations of Topological Logic*. Texas Tech University Press.
- Burch, Robert W. (1992). Valent aspects of peircean algebraic logic. *Computer Math. Applic.*, 23 (6-9), pp. 665-677.
- Burch, Robert W. (1997a). Peirce on the application of relations to relations. En Nathan Houser, Don D. Roberts & James Van Evra (Eds.), *Studies in the Logic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press. pp. 206-233.

- Burch, Robert W. (1997b). Peirce's Reduction Thesis. En Nathan Houser, Don D. Roberts & James Van Evra (Eds.), *Studies in the Logic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press. pp. 234-251.
- Burge, T. (1979). El individualismo y la psicología. En Eduardo Rabossi (Comp). *Filosofía de la Mente y Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 247-270.
- Burks, Arthur W. (2003). von Neumann, John. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Byrne, A. (2001). Intentionalism defended. *The Philosophical Review*, 10 (2), pp. 199-240.
- Carnap, Rudolf (1932-3). Psicología en lenguaje fisicalista. En A. J. Ayer (Comp.) (1965). *El Positivismo Lógico*. Fondo de Cultura Económica. pp. 171-204
- Carnap, Rudolf (1935/1998). *Filosofía y Sintaxis Lógica*. UNAM.
- Carnap, Rudolf (1947). *Meaning and Necessity: A study in semantics and modal logic*. The University of Chicago Press.
- Carontini, Enrico & Peraya, Daniel (1975/1979). *Elementos de Semiótica General*. Editorial Gustavo Gili, S. A.
- Carter, D. E. & Werner, T. J. (1978). Complex learning and information processing in pigeons: A critical analysis. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 29 (3), pp. 565-601. <https://doi.org/10.1901/jeab.1978.29-565>
- Centrone, Stefania (2016). Relational theories of intentionality and the problem of non-existents. En M. Antonelli & M. David (Eds.), *Existence, Fiction, Assumption: Meinongian Themes and the History of Austrian Philosophy*. De Gruyter. pp. 1-26
- Chalmers, David J. (1996/1999). *La Mente Consciente: En busca de una teoría fundamental*. Gedisa.
- Chance, Paul (2009). *Learning and Behavior*. 6a Ed. Cengage Learning.
- Chemero, Anthony (2009). *Radical Embodied Cognitive Science*. The MIT Press.
- Cherry, Kendra (2021). Priming and the Psychology of Memory. Disponible en: <https://www.verywellmind.com/priming-and-the-psychology-of-memory-4173092>
Consultado el 23 de mayo de 2023.
- Chisholm, Roderick M. & Sellars, Wilfrid (1957). Intentionality and the Mental: Chisholm-Sellars correspondence on intentionality. En H. Feigl, M. Scriven & G. Maxwell, eds., *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*. University of Minnesota Press. pp. 521-539
- Chisholm, Roderick M. (1955-1956). Sentences about Believing, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 56, pp. 125-148.
- Chisholm, Roderick M. (1957). *Perceiving: A Philosophical Study*. Cornell University Press.

- Chisholm, Roderick M. (1967). Intentionality. En Donald M. Borchert (Ed.) (2006), *Encyclopedia of Philosophy*, Vol. 4. Thomson Gale. pp. 704-708
- Chomsky, Noam (1965/1970). *Aspectos de la Teoría de la Sintaxis*. Aguilar.
- Chrudzimski, Arkadiusz & Smith, Barry (2004). Brentano's ontology: from conceptualism to reism, En D. Jacquette (Ed.), *The Cambridge Companion to Brentano*. Cambridge University Press. pp. 197-219
- Church, Alonzo (1950). On Carnap's analysis of statements of assertion and belief. *Analysis*, 10, pp. 67-99.
- Churchland, Patricia (1986). *Neurophilosophy: Toward a unified science of the Mind Brain*. The MIT Press.
- Churchland, Patricia (2002). *Brain-Wise: Studies in Neurophilosophy*. The MIT Press.
- Churchland, Paul (1981). El materialismo eliminativo y las actitudes proposicionales. En E. Rabosi (Coomp.) (1995), *Filosofía de la Mente y Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 43-68
- Churchland, Paul (1994). Folk Psychology. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 308-316.
- Clark, Andy (1997/1999). *Estar Ahí: Cerebro, cuerpo y mundo en la nueva ciencia cognitiva*. Paidós.
- Clark, Andy (2001). *Mindware: An introduction to the philosophy of cognitive science*. Oxford University Press.
- Cohnitz, Daniel & Rossberg, Marcus (2022). Nelson Goodman. En E. N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2022/goodman/>
- Cole, David (2020). The Chinese Room Argument. En Eduard N. Zalta (Ed), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/archives/win2020/entries/chinese-room/>
- Copeland, Jack (1993/1996). *Inteligencia Artificial: Una introducción filosófica*. Alianza Editorial.
- Coradeschi, Silvia; Loutfi, Amy & Wrede, Britta (2013). A short review of symbol grounding in robotic and intelligent systems. *Künstliche Intelligenz*, 27 (2), pp. 129-136. <https://doi.org/10.1007/s13218.013.0247.0>
- Coseriu, Eugenio (1981). *Principios de Semántica Estructural*. 2da Edición. Gredos.
- Cowlin, Sam (2017). Resemblance. *Philosophy Compass*, 12, 1-11. <https://doi.org/10.1111/phc3.12401>
- Crane, Tim (2001). *Elements of Mind*, Oxford: Oxford University Press.

- Crane, Tim (2003/2009). *La Mente Mecánica: Introducción filosófica a mentes, máquinas y representación mental*. 2da Edición. Fondo de Cultura Económica.
- Crane, Tim (2009). Intentionalism. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 474-493.
- Crane, Tim (2012). What is the problem of non-existence? *Philosophia*, 40 (3), pp. 417-434. <https://doi.org/10.1007/s11406-011-9354-1>
- Crane, Tim (2013). *The Objects of Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Crimmins, Mark (1992). *Talk About Beliefs*. The MIT Press.
- Crimmins, Mark (1997). Proposition. En P. Lamarque (Ed.), *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language*. Pergamon. pp. 287-291.
- Crimmins, Mark & Perry, John (1989). The prince and the pone booth: Reporting puzzling beliefs. *Journal of Philosophy*, 86, pp. 685-711.
- Cruz Hernández, Miguel (1958). *La Doctrina de la Intencionalidad en la Fenomenología*. Universidad de Salamanca.
- Cummins, Robert (1989). *Meaning and Mental Representation*. The MIT Press.
- Cummins, Robert (1992). Conceptual role semantics and the explanatory role of content. *Philosophical Studies*, 65, pp. 103-127.
- Dau, Frithjof & Hereth, Joachim (2006). Two instances of Peirce's reduction thesis. R. Missaoui & J. Schmid (Eds.), ICFCA 2006, Lectures Notes in Computer Science 3874. pp. 105-118. https://doi.org/10.1007/11671404_7
- Davidson, Donald (1963). Acciones, razones y causas. En D. Davidson (1995). *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*. UNAM/Crítica. pp. 17-36.
- Davidson, Donald (1967). Verdad y significado. En Donald Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 39-56.
- Davidson, Donald (1967b). La forma lógica de las oraciones de acción. En D. Davidson (1995). *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*. UNAM/Crítica. pp. 133-153.
- Davidson, Donald (1970). Sucesos mentales. En D. Davidson (1995). *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*. UNAM/Crítica. pp. 263-287.
- Davidson, Donald (1973). La mente material. En D. Davidson (1995). *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*. UNAM/Crítica. pp. 309-326.
- Davidson, Donald (1973b). Interpretación radical. En D. Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 137-150.

- Davidson, Donald (1974). Psicología como filosofía. En D. Davidson (1995). *Ensayos sobre Acciones y Sucesos*. UNAM/Crítica. pp. 289-307.
- Davidson, Donald (1974b). La creencia y el fundamento del significado. En D. Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 151-163.
- Davidson, Donald (1975). Pensamiento y habla. En D. Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 164-178.
- Davidson, Donald (1978). Al decir *that*. En D. Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 108-122.
- Davidson, Donald (1979). Modos y ejecuciones. En Donald Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 123-134.
- Davidson, Donald (1982). Comunicación y Convención. En D. Davidson (1990). *De la Verdad y de la Interpretación: Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*. Gedisa. pp. 263-276.
- Davidson, Donald (1987). Conocer nuestra propia mente. En D. Davidson (2003). *Subjetivo, Intersubjetivo, Objetivo*. Cátedra. pp. 41-71
- Davidson, Paul (1993). Toward a general solution to the symbol grounding problem: Combining machine learning and computer vision. *AAAI Fall Symposium Series, Machine Learning in Computer Vision: What, Why and How*. pp. 157-161.
- De Donato-Rodríguez, Xavier (2016). Meinong's theory of assumptions and its relevance for scientific contexts. En En M. Antonelli & M. David (Eds.), *Existence, Fiction, Assumption: Meinongian Themes and the History of Austrian Philosophy*. De Gruyter. pp. 141-174.
- Deacon, Terrence W. (1997). *The Symbolic Species: The co-evolution of language and the brain*. W. W. Norton & Company.
- DeMello, Margo (2007). *Yips, Barks and Chrips: The Language of Prairie Dogs*. Disponible en <https://web.archive.org/web/20161027175605/http://www.petroglyphsnm.org/wildsides/pdf/language.html> . Consultado el 22 de mayo de 2023.
- Dennett, Daniel C. (1969/1996). *Contenido y Conciencia*. Gedisa.
- Dennett, Daniel C. (1971). Intentional systems. En D. Dennett (1978) *Brainstorms*. The MIT Press. pp. 3-22
- Dennett, Daniel C. (1978). *Brainstorms: Philosophical Essays on Mind and Psychology*. Bradford Books, Publishers.

- Dennett, Daniel C. (1987/1998). *La Actitud Intencional*. Gedisa.
- Dennett, Daniel C. (1988). Quinear los *qualia*. En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 119-154.
- Dennett, Daniel C. (1994). The myth of original intentionality. En E. Dietrich (Ed.), *Thinking Computers and Virtual Persons*. Academic Press. pp. 91-107
- Descartes (1641). *Meditaciones Metafísicas seguidas de las Objeciones y Respuestas*, En Descartes (2011). *Biblioteca de Grandes Pensadores: Descartes*. Gredos. pp. 153-413
- Dietrich, Eric & Markman, Arthur B. (2003). Discrete thoughts: Why cognition must use discrete representations. *Mind & Language*, 18 (1), p. 95-119. <https://doi.org/10.1111/1468-0017.00216>.
- Dietrich, Eric (2007). Representation. En: Paul Thagard (Ed.), *Philosophy of Psychology and Cognitive Science*. North Holland. pp. 1-29.
- Dornhaus, A. & Chittka, L. (2004). Why do honey bees dance? *Behavioral Ecology and Sociobiology*, 55 (4), pp. 395-401. <https://doi.org/10.1007/s00265-003-0726-9>
- Dretske, Fred I. (1981/1987). *Conocimiento e Información*. Salvat.
- Dretske, Fred I. (1986). Misrepresentation. En S. P. Stich & T. A. Warfield (Eds.) (1994), *Mental Representation: A Reader*. Blackwell. pp 157-173
- Dretske, Fred I. (1988). *Explaining Behavior: Reasons in a word of causes*. MA: The MIT Press.
- Dretske, Fred I. (1995). *Naturalizing the Mind*. The MIT Press.
- Dretske, Fred I. (2009). Information-theoretic semantics. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 381-393.
- Dreyfus, Hubert L. & Dreyfus, Stuart E. (1988). La construcción de una mente versus el modelaje del cerebro: La inteligencia artificial regresa a un punto de ramificación. En Margaret A. Boden (Comp.), *Filosofía de la Inteligencia Artificial*. Fondo de Cultura Económica. pp. 344-372.
- Dreyfus, Hubert L. & Dreyfus, Stuart E. (1986). *Mind Over Machine: The power of human intuition and expertise in the era of the computer*. The Free Press.
- Dreyfus, Hubert L. (1972). *What Computers Can't Do. A critique of artificial reason*. Harper & Row, Publishers.
- Dummett, Michael (1993). *The Seas of Language*. Oxford University Press.
- Duthie, Ellen (2004). Introducción. En Thomas Reid (autor), *Investigación sobre la Mente Humana según los Principios del Sentido Común*. Trotta. pp. 9-50.

- Eagleman, David & Downar, Johathan (2016). *Brain and Behavior: A Cognitive Neuroscience Perspective*. Oxford University Press.
- Eco, Umberto (1973/1980). *Signo*. Labor.
- Edelman, Shimon (1998). Representation is representation of similarities. *Behavioral and Brain Sciences*, 21, pp. 448-498.
- Egan, Frances (2009). Wide Content. En B. P. McLaughlin, A. Beckermann & S. Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Clarendon Press. pp. 361-366
- Egan, Frances (2012). Representationalism. En Eric Margolis, Richard Samuels & Stephen Stich (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Cognitive Science*. Oxford University Press. pp. 250-272.
- Egan, Frances (2014). How to Think about Mental Content. *Philosophical Studies*, 170, pp. 115-135.
- Egan, Frances (2020a). A Deflationary Account of Mental Representation. En Joulia Smortchkova, Krzysztof Dołęga & Tobias Schlicht (Eds.), *What are Mental Representations?* Oxford University Press. pp. 26-55.
- Egan, Frances (2020b). Content is pragmatic: Comments on Nicholas Shea's *Representation in cognitive science*. *Mind & Language*, pp. 1-9.
- Eichenbaum, Howard (2017). The role of the hippocampus in navigation is memory. *Journal of Neurophysiology*, 117, pp. 1785-1796. <https://doi.org/10.1152/jn.00005.2017>
- Escandel, Ma Victoria (2013). *Introducción a la Pragmática*. Ariel.
- Evans, Gareth (1982/2018). *Las Variedades de la Referencia*. Universidad Autónoma Metropolitana y Universidad del Rosario.
- Evans, Gareth (1985/1996). *Ensayos Filosóficos*. UNAM.
- Facchin, Marco (2021). Structural representations do not meet the job description challenge. *Synthese*. <https://doi.org/10.1007/s11229-021-03032-8>
- Feigl, Herbert (1958). The "Mental" and the "Physical". En David Chalmers (Comp.) (2002) *Philosophy of Mind: Classical and contemporary readings*. Oxford University Press. pp. 68-72.
- Field, Hartry H. (1977). Logic, meaning, and conceptual role. *Journal of Philosophy*, 69 (7), pp. 379-409.
- Field, Hartry H. (1978). Mental representation. En Stephen P. Stich & Ted A. Warfield (Eds.) (1994). *Mental Representation*. Blackwell Publishers Inc.
- Fisch, Max H. (1986). *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*. Indiana University Press.

- Fodor, Jerry & Lepore, Ernest (1991). Why meaning (probably) isn't conceptual role. En Stephen P. Stich & Ted A. Warfield. (Eds.) (1994), *Mental Representation. A Reader*. Blackwell. pp. 142-156.
- Fodor, Jerry & Lepore, Ernest (1992). *Holism. A shopper's guide*. Blackwell.
- Fodor, Jerry A. & Pylyshyn, Zenon (1988). Connectionism and cognitive architecture. *Cognition*, 28, pp. 3-71.
- Fodor, Jerry A. (1975/1984). *El Lenguaje del Pensamiento*. Alianza.
- Fodor, Jerry A. (1978a). Las actitudes proposicionales. En Eduardo Rabossi (Comp.) (1995). *Filosofía de la Mente y la Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 173-203.
- Fodor, Jerry A. (1978b). Tom Swift and his procedural grandmother. En Jerry A. Fodor (1981) *RePresentations: Philosophical Essays on the Foundations of Cognitive Science*. The Harvester Press. pp. 204-224.
- Fodor, Jerry A. (1980). Methodological solipsism considered as a research strategy in cognitive psychology. En Jerry A. Fodor (1981). *Representations: Philosophical essays on the foundations of cognitive science*. The Harvester Press. pp. 225-253.
- Fodor, Jerry A. (1983/1986). *La Modularidad de la Mente*. Morata.
- Fodor, Jerry A. (1984). Semantics, Winsconsin Style. En J. A. Fodor (1990). *A Theory of Content and Other Essays*. The MIT Press. pp. 31-49.
- Fodor, Jerry A. (1985). Fodor's guide to mental representation: The intelligent auntie's vademecum. En Stephen P. Stich & Ted A. Warfield (Eds.) (1994). *Mental Representantion: A Reader*. Blackwell Publishers Inc. pp. 9-33.
- Fodor, Jerry A. (1987/1994) *Psicosemántica: El problema del significado en la filosofía de la mente*. Tecnos.
- Fodor, Jerry A. (1990). *A Theory of Content and Other Essays*. The MIT Press.
- Fodor, Jerry A. (1998/1999). *Conceptos: Donde la ciencia cognitiva se equivocó*. Gedisa.
- Frege, Gottlob (1879/1972). *La Conceptografía*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Frege, Gottlob (1891a). Función y Concepto. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 53-79.
- Frege, Gottlob (1891b). Carta a Husserl. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 80-83.
- Frege, Gottlob (1892a). Sobre Concepto y Objeto. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 123-139.

- Frege, Gottlob (1892b) Sobre Sentido y Referencia. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 84-111.
- Frege, Gottlob (1895) Comentarios sobre Sentido y Referencia. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 53-97.
- Frege, Gottlob (1918-9). El Pensamiento: Una investigación lógica. En G. Frege (1998). *Ensayos de Semántica y Filosofía de la Lógica*. Tecnos. pp. 196-225.
- Gabbay, Dov M. & Woods, John (2003). *Agenda Relevance: A study in formal pragmatics*. Elsevier.
- García Suarez, Alfonso (1999). Comunicación, convención, reglas y lenguajes privados. En Marcelo Dascal (Ed.), *Filosofía del Lenguaje II. Pragmática*. Trotta y CSIC. pp. 73-92.
- García Suarez, Alfonso (2011). *Modos de Significar*. 2da Edición. Tecnos.
- Garnham, Alan & Oakhill, J. (1996). *Manual de Psicología del Pensamiento*. Paidós.
- Georgalis, Nicholas (2006). *The Primacy of the Subjective: Foundations for a unified theory of mind and language*. The MIT Press.
- Germann, Nadja (2010) Ibn Sīnā, Abū ‘Alī (Avicenna). En Henrik Lagerlund (Ed.), *Encyclopedia of Medieval Philosophy: Philosophy between 500 and 1500*. Springer, pp. 515-522.
- Gibson, James J. (1972). A theory of direct visual perception. En Alva Noë & Evan Thompson (Eds.) (2002). *Vision and Mind: Selected Reading in the Philosophy of Perception*. The MIT Press, pp. 77-91.
- Gibson, James J. (1979). *The Ecological Approach to Visual Perception*. Houghton Mifflin.
- Gładziejewski, Paweł & Miłkowski, Marcel (2015). Structural representations: Causally relevant and different from detectors. *Biology and Philosophy*, 32, 337-355. <https://doi.org/10.1007/s10539-017-9562-6>
- Gładziejewski, Paweł (2015). Explaining cognitive phenomena with internal representations: A mechanistic perspective. *Studies in Logic, Grammar and Rhetoric*, 40, 63-90. <https://doi.org/10.1515/slgr-2015-0004>
- Gładziejewski, Paweł (2016). Action guidance is not enough, representations need correspondence too: A plea for a two-factor theory of representation. *New Ideas in Psychology*, 40, 13-25. <https://dx.doi.org/10.1016/j.newideapsych.2015.01.005>
- Goldstein, Bruce & Brockmole, James R. (2016). *Sensation and Perception*. 10a Ed. Cengage Learning.
- Goldstone, Robert L. & Son, Ji Yun (2005). Similarity. En Keith J. Holyoak & Robert G. Morrison (Eds.), *The Cambridge Handbook of Thinking and Reasoning*. Cambridge University Press. pp. 13-36.

- Gondrin, Simon (2016). *Psychology of Perception*. Springer.
- Goodman, Nelson (1968/1976). *Los Lenguajes del Arte*. Seix Barral.
- Goodman, Nelson (1972). Seven strictures on similarity. En N. Goodman (Ed.), *Problems and Projects*. Bobbs and Merrill, pp. 437-447.
- Gopnik, Alison (1999). Theory of Mind. En R. A. Wilson & F. C. Keil (Eds). *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. The MIT Press. pp. 838-340.
- Gordon, Robert M. (1999). Simulation vs theory-theory. En R. A. Wilson & F. C. Keil (Eds). *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. The MIT Press. pp. 765-766.
- Graham, George; Horgan, Terence & Tienson, John (2009). Phenomenology, intentionality, and the unity of the mind. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 512-540.
- Grice, Paul (1957). Significado. En L. M. Valdés Villanueva (Comp.) (2012), *La Búsqueda del Significado*, pp. 481-490. Madrid: Tecnos.
- Grush, Rick (1997). The architecture of representation. *Philosophical Psychology*, 10 (1), pp. 5-23. <https://doi.org/10.1080/09515089708573201>.
- Grush, Rick (2004). The emulation theory of representation: Motor control, imagery, and perception. *Behavioral and Brain Sciences*, 27, pp. 377-396. <https://doi.org/10.1017/s0140525x04000093>.
- Grüter, C., Balbuena, M. S. & Farina, W. M. (2008). Informational conflicts created by the waggle dance. *Proceeding. Biological Sciences*, 275 (5), pp. 242-247. <https://doi.org/10.1098/rspb.2008.0186>
- Guedan, Victor Luis (2001). La noción de paradigma y su aplicación a la psicología. En Pedro Chacón (Ed.), *Filosofía de la Psicología*. Biblioteca Nueva. pp. 11-47
- Guigon, Ghislain (2014). Overall similarity, natural properties, and paraphrases. *Philosophical Studies*, 162 (2), 387-399.
- Hall, Ned; Rabern, Brian & Schwarz, Wolfgang (2021). David Lewis's Metaphysics. En E. N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2021/lewis-metaphysics/>
- Hall, Robert E. (2004). Intellect, soul, and body in Ibn Sīnā: Systematic synthesis and development on the Aristotelian, Neoplatonic and Galenic theories. En Jon McGinnis (Ed.), *Interpreting Avicenna: Science and Philosophy in Medieval Islam*. Brill. pp. 62-86.
- Hare, R. M. (1952). *The Language of Moral*. Clarendon Press.
- Hare, R. M. (1963). *Freedom and Reason*. Clarendon Press.
- Harman, Gilbert (1982). Semántica del rol conceptual. En Luis M. Valdés (Coomp.) (2012). *La Búsqueda del Significado*. Tecnos. pp. 649-668.

- Harman, Gilbert (1987). *What is (Nonsolipsistic) Conceptual Role Semantics?* <https://www.nyu.edu/gsas/dept/philo/courses/concepts/NonSolips.html>. Consultado el 23 nov. 2021.
- Harman, Gilbert (1990). La cualidad intrínseca de la experiencia. En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 263-288.
- Harnad, Stevan (1990). The Symbol Grounding Problem. *Physica, D42*, pp. 335-346.
- Haugeland, John (1981). Semantic engines: An introduction to mind design. En John Haugeland (Ed.), *Mind Design*. MIT Press.
- Haugeland, John (1985/1988) *La Inteligencia Artificial*. Siglo XXI Editores.
- Hayes, Steven C.; Barnes-Holmes, Dermot & Roche, B. (Eds.) (2001). *Relational Frame Theory: A Post-Skinnerian account of human language and cognition*. Plenum Press.
- Hellie, Benj (2003). Consciousness and representationalism. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Hjelmslev, Louis (1943/1971). *Prolegómenos a una Teoría del Lenguaje*. 2da Edición. Gredos.
- Hereth, Joachim & Pöschel, Reinhard (2011). Peircean algebraic logic and Peirce's reduction thesis. *Semiotica*, (186), pp. 141-167. <https://doi.org/10.1515/semi.2011.050>
- Herzberger, Hans G. (1981). Peirce's remarkable theorem. En Leonard Summer, John Slater & Fred Wilson (Eds.), *Pragmatism and Purpose: Essays Presented to Thomas A. Goudge*. University of Toronto Press, pp. 41-58.
- Hieke, Alexander & Zecha, Gerhard (2018). Ernst Mally. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2018/entries/mally/>
- Hockett, Charles F. (1961). The problem of Universals in Language. En J. G. Greenberg (Ed.) (1965). *Universals of Language*. The MIT Press, pp. 1-29.
- Hodges, Andrew (1998). *Turing*. Editorial Norma.
- Hoffmeyer, Jesper (2008). *Biosemiotics: An examination into the signs of life and the life of signs*. University of Scranton Press.
- Holyoak, Keith J. (2005). Analogy. En Keith J. Holyoak & Robert G. Morrison (Eds.), *The Cambridge Handbook of Thinking and Reasoning*. Cambridge University Press. pp. 117-142.
- Hookway, Christopher (1999). *Peirce*. Routledge.
- Horgan, Terence & Tienson, John (2002). The intentionality of phenomenology and the phenomenology of intentionality. En David J. Chalmers (Ed.), *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford University Press. pp. 520-533.

- Horst, Steven W. (1996). *Symbols, Computation, and Intentionality: A critique of the computational theory of mind*. University of California Press.
- Houser, Nathan (1997). Introduction: Peirce as logician. En Nathan Houser, Don D. Roberts & James Van Evra (Eds.), *Studies in the Logic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press. pp. 1-22.
- Hume, David (1739/1981). *Tratado de la Naturaleza Humana*. Ediciones Orbis.
- Husserl, Edmund (1913/1999). *Investigaciones Lógicas 1 y 2*. 2da Edición. Alianza.
- Husserl, Edmund (1913/2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica I*. Fondo de Cultura Económica.
- Hutto, Daniel D. & Myin, Erik (2013). *Radicalizing Enactivism: Basic minds without content*. The MIT Press.
- Hutto, Daniel D. & Myin, Erik (2017). *Evolving Enactivism: Basic minds meet content*. The MIT Press.
- Jackson, Frank (1982) Lo que María no sabía. En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 111-118.
- Jacob, Pierre (2019). Intentionality. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2019/entries/intentionality/>
- Jacquette, Dale (1996). *Meinongian Logic: The semantics of existence and nonexistence*. De Gruyter.
- Jacquette, Dale (2004). Brentano's concept of intentionality, En D. Jacquette (Ed.), *The Cambridge Companion to Brentano*. Cambridge University Press. pp. 98-130.
- Jean, Piaget & Inhelder, Bärbel (2015). *Psicología del Niño*. 18ª Ed. Ediciones Morata.
- Johnson, Mark (1990). *The Body in the Mind: The bodily basis of meaning, imagination, and reason*. The University of Chicago Press.
- Kaizman-Kedar, Yael (2010). Roger Bacon. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Encyclopedia of Medieval Philosophy: Philosophy between 500 and 1500*. Springer. pp. 1155-1159.
- Kaplan, David (1977). Demostrativos. En Maite Ezcurdia (Comp.) (2014). *Los Índexicos y la Semántica de Kaplan*. UNAM. pp. 51-139.
- Kassin, Saul; Fein, Steven & Markus, Hazel R. (2013). *Psicología Social*. 7a Ed. Cengage Learning.
- Kentridge, Robert W. (2003). Blindsight. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Kenny, Anthony (2010). Concepts, brains, and behaviour. *Grazer Philosophische Studien*, 81 (1), pp. 105-113.

- Ketner, Kenneth Laine (1986). Peirce's "most lucid and interesting paper": An introduction to cenopythagoreanism. *International Philosophical Quarterly*, 25, pp. 375-392.
- Ketner, Kenneth Laine (1987). Identifying Peirce's "most lucid and interesting paper". *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 23 (4), pp. 539-555.
- Ketner, Kenneth Laine (Ed.) (1986). *Peirce and Contemporary Thought: Philosophical inquiries*. Fordham University Press.
- Kim, Jaegwon (1998a). The many problems of mental causation. En D. Chalmers (Comp.) (2002). *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Reading*. Oxford University Press. pp. 170-178.
- Kim, Jaegwon (1998b). *Philosophy of Mind*. Westview Press, Inc.
- King, Peter (2007). Rethinking representation in the Middle Ages: A vade-mecum to medieval theories of mental representation. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Representation and Objects of Thought in Medieval Philosophy*. Ashgate. pp. 81-100.
- Klein, G. S. (1964). Semantic Power Measured Through the Interference of Words with Color-Naming. *The American Journal of Psychology*, 77. <https://doi.org/10.2307/1420768>
- Krauss, Oscar (1924). *Introduction to the 1924 Edition*, En F. Brentano (1973). *Psychology from an Empirical Standpoint*. Routledge. pp. 288-316.
- Kriegel, Uriah (2007). Intentional inexistence and phenomenal intentionality. *Philosophical Perspectives*, 21(1), pp. 307-340.
- Kriegel, Uriah (2013). The phenomenal intentionality research program. En U. Kriegel (Ed.), *Phenomenal Intentionality*. Oxford University Press. pp. 1-26.
- Kriegel, Uriah (2014a). *The Sources of Intentionality*. Oxford University Press.
- Kriegel, Uriah (2014b). Thought and thing: Brentano's reism and truthmaker nominalism, *Philosophy and Phenomenological Research*, pp. 1-28, <https://doi.org/10.1111/phpr.12134>
- Kriegel, Uriah (2017). Brentano on Judgment. En Uriah Kriegel (Ed.), *The Routledge Handbook of Franz Brentano and the Brentano School*. Routledge. pp. 103-109.
- Kripke, Saul (1981/1995) *El Nombrar y la Necesidad*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kull, Kalevi (2015). Introduction to biosemiotics. En Peter Pericles Trifonas (Ed.), *International Handbook of Semiotics*. Springer. pp. 521-533.
- Lagerlund, Henrik (2007) The terminological and conceptual roots of representation in the soul in late ancient and medieval philosophy. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Representation and Objects of Thought in Medieval Philosophy*. Ashgate. pp. 11-32.
- Lakoff, George (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What categories reveal about the mind*. The University of Chicago Press.

- Lalumera, E. (2010). Concepts as a functional kind. *Behavioral and Brain Sciences*, 33, pp. 217-218.
- Lawrence, Stephen & Margolis, Eric (2012). The Scope of the Conceptual. En Eric Margolis, Richard Samuels & Stephen Stich (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Cognitive Science*. Oxford University Press. pp. 291-317.
- Lee, Jonny (2018). Structural representation and the two problems of content. *Mind and Language*, <https://doi.org/10.1111/mila.12224>
- Lenman, James (2009). Reason for Action: Justification vs. Explanation. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/entries/reason-just-vs-expl/#NorVsMotRea>
- Lepore, Ernest (1993). Conceptual role semantics. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 193-200.
- Levin, Janet (2017). Functionalism. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/functionalism/>
- Levin, Y., & Tzelgov, J. (2016). What Klein's "Semantic Gradient" Does and Does Not Really Show: Decomposing Stroop Interference into Task and Informational Conflict Components. *Frontiers in Psychology*, 7, pp. 1-16. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.00249>
- Levine, Joseph (1983). Materialism and qualia: The explanatory gap. En David J. Chalmers (Ed.), *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Readings*. Oxford University Press. pp. 354-361.
- Lewis, David K. (1969). *Convention: A philosophical study*. Harvard University Press.
- Lewis, David K. (1972). Psychophysical and theoretical identifications. En D. Chalmers (Comp.) (2002). *Philosophy of Mind: Classical and Contemporary Reading*. Oxford University Press. pp. 249-258.
- Lewis, David K. (1975). Languages and language. En K. Gunderson (Comp.), *Language, Mind and Knowledge*. University of Minnesota Press. pp. 3-35.
- Lewis, David K. (1983). New work for a theory of universals. En D. K. Lewis (1999). *Papers in Metaphysics and Epistemology*. Cambridge University Press. pp. 8-55.
- Liszka, James Jak6b (1996). *A General Introduction to the Semeiotic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press.
- Loar, Brian (1981). *Mind and Meaning*. Cambridge University Press.
- Loar, Brian (1987). Social Content and Psychological Content. En Katalin Balog & Stephanie Beardman (Eds.) (2017) *Consciousness and Meaning. Selected Essays of Brian Loar*. Oxford University Press. pp. 153-164.

- Loar, Brian (2003). Phenomenal intentionality as the basis of mental content. En Katalin Balog & Stephanie Beardman (Eds.) (2017) *Consciousness and Meaning. Selected Essays of Brian Loar*. Oxford University Press. pp. 291-317.
- Locke, John (1690/1999). *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. Fondo de Cultura Económica.
- Loewer, Barry (1987). From information to intentionality. *Synthese*, 70, pp. 287-317.
- Loewer, Barry (1997). A guide to naturalizing semantics. En Bob Hale & Crispin Wright (Eds.), *A Companion to the Philosophy of Language*. Blackwell. pp. 108-126.
- López Molina, Antonio M. (2002). Francisco Suarez: Metafísica y libertad en la polémica "De auxiliis" En Manuel Maceiras (Ed.), *Pensamiento Filosófico Español. Vol I. De Séneca a Suárez*. Síntesis. Cap. 4.
- Löwenheim, Leopold (1915). On possibilities in the calculus of relatives. En Jean van Heijenoort (1963). *From Frege to Gödel. A source book in mathematical logic, 1879-1931*. Harvard University Press. pp. 228-251.
- Luria, Alexander (1979/2000). *Conciencia y Lenguaje*. 4da Edición. Visor.
- Lycan, William (1987a). La continuidad de los niveles de la naturaleza. En Eduardo Rabossi (Comp.) (1995). *Filosofía de la Mente y la Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 143-170.
- Lycan, William (1987b). Phenomenal objects: A backhanded defense. *Philosophical Perspectives*, 1, pp. 513-526.
- Lyons, John (1968/1981). *Introducción en la Lingüística Teórica*. 6a Edición. Teide.
- Lyons, William (1995). *Approaches to Intentionality*. Oxford University Press.
- Machery, E. (2009). *Doing Without Concepts*. Oxford University Press.
- MacLeod, C. M. (1991). Half a century of research on the Stroop effect: An integrative review. *Psychological Bulletin*, 109 (2), pp. 163–203. <https://doi.org/10.1037//0033-2909.109.2.163>
- MacLeod, C. M. (1992). The Stroop task: The “gold standard” of attentional measures. *Journal of Experimental Psychology: General*, 121 (1). <https://doi.org/10.1037/0096-3445.121.1.12>
- Magnavacca, Silvia (2005). *Léxico Técnico de Filosofía Medieval*. Miño y Dávila.
- Marek, Johann Christian (2017). Meinong and Brentano. En Uriah Kriegel (Ed.), *The Routledge Handbook of Franz Brentano and the Brentano School*. Routledge, pp. 272-282.
- Mariscal, Sonia (2008). Los inicios de la comunicación y el lenguaje. En M. Jiménez & X. Mariscal (Coords.), *Desde el Nacimiento a la Primera Infancia*. McGraw Hill. pp. 129-157.

- Markman, Arthur B. & Dietrich, Eric (2000a). In defense of representation. *Cognitive Psychology*, 40, 138-171. <https://doi.org/10.1006/cogp.1999.0727>.
- Markman, Arthur B. & Dietrich, Eric (2000b). Extending the classical view of representation. *Trends in Cognitive Science*, 4(12), pp. 470-475. [https://doi.org/10.1016/S1364-6613\(00\)01559-X](https://doi.org/10.1016/S1364-6613(00)01559-X).
- Markman, Arthur B. (2003). Representation formats in psychology. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Marr, David (1982). *Vision*. W. H. Freeman and Company.
- Martinet, A. (1971). *El Lenguaje desde el Punto de Vista Funcional*. Gredos.
- Marty, Robert (2001). *76 Definitions of The Sign by C. S. Peirce*. Disponible en: <https://arisbe.sitehost.iu.edu/rsources/76DEFS/76defs.HTM>. Consultado el 26 de agosto de 2022.
- McCulloch, Warren S. & Pitts, Walter H. (1943). Un cálculo lógico de las ideas inmanentes en la actividad nerviosa. En Margaret A. Boden (Comp.) (1994). *Filosofía de la Inteligencia Artificial*. Fondo de Cultura Económica, pp. 33-52.
- McCurdy, William James (2016). Peirce's composability-of-relations theorem: A proof in the combinatorial topology of the logic of relations. *Cuadernos de Sistemática Peirceana*, 8, pp. 163-190.
- McDowell, John (1994/2003). *Mente y Mundo*. Ediciones Sígueme.
- McGinn, Colin (1989). ¿Podemos resolver el problema mente-cuerpo? En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 65-94.
- McIlvane, William J. (2016). Simple and complex discrimination learning. En Gregory J. Madden (Ed.), *APA Handbook of Behavior Analysis. Vol. 2. Translating Principles into Practice*. American Psychological Association. pp. 129-164.
- McIntyre, Ronald & Woodruff-Smith, David (1989). Theory of intentionality. En J. N. Mohanty & W. R. McKenna (Eds.), *Husserl's Phenomenology: A Textbook*. University Press of America. pp. 147-149.
- McKay, Thomas (2005). Propositional Attitude Reports. E. N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/archives/fall2005/entries/prop-attitude-reports/>
- McNabb, Darin (2018). *Hombre, Signo y Cosmos: La filosofía de Charles S. Peirce*. Fondo de Cultura Económica.
- Meinong, Alexius (1904). The Theory of Objects. En R. M. Chisholm (Ed.) (1960). *Realism and the Blackground of Phenomenology*, pp. 76-117, Glencoe: Free Press.

- Mele, Alfred R. (2009). Intention and intentional action. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 691-710.
- Mendelovici, Angela & Bourget, David (2014). Naturalizing intentionality: Tracking theories versus phenomenal intentionality theories. *Philosophy Compass*, 9 (5), 325-337.
- Mendelovici, Angela & Bourget, David (2020). Consciousness and Intentionality. En U. Kriegel (Ed.), *The Oxford Handbook of the Philosophy of Consciousness*. Oxford: Oxford University Press.
- Merrill, Daniel D. (1997). Relations and Quantification in Peirce's Logic, 1870-1885. En Nathan Houser, Don D. Roberts & James Van Evra (Eds.), *Studies in the Logic of Charles Sanders Peirce*. Indiana University Press. pp. 158-172.
- Miłkowski, Marcin (2013). *Explaining the Computational Mind*. The MIT Press.
- Miłkowski, Marcin (2015). The hard problema of content solved (long ago). *Studies in Logic, Grammar, and Rhetoric*, 41, 73-87. <https://doi.org/10.1515/slgr-2015-0021>
- Miłkowski, Marcin *et al.* (2018). From wide cognition to mechanisms: A silent revolution. *Frontiers in Psychology*, 9 (2393). <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02393>
- Miłkowski, Marcin; Hohol, Mateusz & Nowakowski, Przemysław (2019). Mechanisms in psychology: The road toward unity? *Theory & Psychology*, 29, 567-578. <https://doi.org/10.1177/0959354319875218>
- Mill, John Stuart (1886). *System of Logic. Ratiocinative and Inductive*. 8a Ed. Longmans Green, and Co.
- Miller, George A. (1956). The magical number seven, plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information. *The Psychological Review*, 63 (2), pp. 81-97.
- Millikan, Ruth Garrett (1984). *Language, Thought, and other Biological Categories*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Millikan, Ruth Garrett (1989). Biosemantics. *The Journal of Philosophy*, 86, 281-297.
- Millikan, Ruth Garrett (2002). Mental content, teleological theories of. En L. Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Macmillan.
- Millikan, Ruth Garrett (2005). *Language: A Biological Model*. Clarendon Press.
- Millikan, Ruth Garrett (2009). Biosemantics. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 394-406.
- Moore, Burness E. & Fine, Bernard D. (1990/1997). *Términos y Conceptos Psicoanalíticos*. Biblioteca Nueva.
- Moran, Dermot & Cohen, Joseph (2012). *The Husserl Dictionary*. Continuum.

- Moran, Dermot (2005). *Edmund Husserl Founder of Phenomenology*. Polity.
- Moran, Dermot (2013). Intentionality: Some Lessons from the History of the Problem from Brentano to the Present. *International Journal of Philosophical Studies*, 21 (3), pp. 317-358. <http://dx.doi.org/10.1080/09672559.2013.812605>
- Morris, Charles (1946/2003). *Signos, Lenguaje y Conducta*. Losada.
- Moya, Carlos (1992). Introducción a la filosofía de Davidson. En D. Davidson (1992). *Mente, Mundo y Acción: Claves para una interpretación*. Paidós e I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona. pp. 9-45.
- Moya, Carlos (2006). *Filosofía de la Mente*. 2ª Edición. Universitat de València.
- Müller, Vincent C. (2009). Symbol grounding in computational systems: A paradox of intentions. *Mind and Machine*, 19 (4), pp. 529-541. <https://doi.org/10.1007/s11023-9175-1>
- Müller, Vincent C. (2015). Which symbol grounding problem should we try to solve? *Journal of Experimental and Theoretical Artificial Intelligence*, 27 (1), pp. 73-78. <https://doi.org/10.1080/0952813X.2014.940143>
- Mumford, Stephen (2007). *David Armstrong*. Routledge.
- Murphey, Murray G. (1961). *The Development of Peirce's Philosophy*. Harvard University Press.
- Nagel, Thomas (1974). ¿Cómo es ser un murciélago? En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 45-64.
- Naish, Peter (2005). Attention. En Nick Braisby & Angus Gellatly (Eds.), *Cognitive Psychology*. Oxford University Press. pp. 37-70.
- Neander, Karen (1995). Misrepresentating & Malfunctioning. *Philosophical Studies*, 79, pp. 109-141.
- Neander, Karen (2012). Teleological theories of mental content. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/archives/spr2012/entries/content-teleological/>
- Nelson, Michael (2019). Propositional Attitude Reports. En Edward N. Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/archives/spr2019/entries/propositional-attitude-reports/>
- Newell, Allen & Simon, Herbert A. (1964). *An Example of Human Chess Play in the Light of Chess Playing Program*. Carnegie Institute of Technology.
- Newell, Allen & Simon, Herbert A. (1976). Computer science as empirical inquiry: Symbols and search. *Communications of the ACM*, 19 (3), pp. 113-126.
- Newell, Allen (1980). Physical Symbol Systems. *Cognitive Science*, 4, pp. 135-83.

- Newell, Allen (1990). *Unified Theories of Cognition*. Harvard University Press.
- Newell, Allen, Shaw, J. C. & Simon, Herbert A. (1958). Chess-playing programs and the problem of complexity. *IBM Journal*, oct. 1958, pp. 320-335.
- Newen, Albert; de Bruin, Leon & Gallagher, Shaun (Eds.) (2018). *The Oxford Handbook of 4E Cognition*. Oxford University Press.
- Normore, Calvin G. (2007). The matter of thought. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Representation and Objects of Thought in Medieval Philosophy*. Ashgate. pp. 117-134.
- Niño, Douglas (2015). *Elementos de Semiótica Agentiva*. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Nubiola, Jaime & Barrera, Sara (2013). *Charles S. Peirce (1839-1914): Un Pensador para el Siglo XXI*. EUNSA.
- O'Brien, Gerard & Opie, Jon (2009). The role of representation in computation. *Cognitive Processing*, 10, 53-62. <https://doi.org/10.1007/s10339-008-0227-x>
- O'Brien, Gerard & Opie, Jon (2015). Intentionality lite or analog content? *Philosophia*, 43, 723-730. <https://doi.org/10.1007/s11406-015-9623-5>
- O'Reagan, J. K. & Noë, Alva (2001). A sensorimotor account of vision and visual consciousness. *Behavioral and Brain Science*, 24 (5), pp. 939-973. <https://doi.org/10.1017/s0140525x01000115>
- Ogden, C. K. & Richards, I A. (1923/1954). *El Significado del Significado*. Paidós.
- Owens, Robert E. (2003). *Desarrollo del Lenguaje*. 5ta Edición. Pearson.
- Paolucci, Claudio (2021). *Cognitive Semiotics: Integrating signs, minds, meaning and cognition*. Springer.
- Papineau, David (1984). Representation and explication. *Philosophy of Science*, 51, pp. 550-572.
- Papineau, David (1987). *Reality and Representation*. Basil Blackwell.
- Papineau, David (1993). *Philosophical Naturalism*. Blackwell.
- Papineau, David (2008). Naturalist theories of meaning. En Ernest Lepore & Barry C. Smith (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Language*. Clarendon Press. pp. 175-188.
- Papineau, David (2016). Teleosemantics. En David L. Smith (Ed.), *How Biology Shapes Philosophy: New foundations for naturalism*. Cambridge University Press. pp. 95-120.
- Papini, Mauricio R. (2009). *Psicología Comparada: Evolución y desarrollo del comportamiento*. El Manual Moderno.
- Parsons, Terence (1980). *Nonexistent Objects*. Yale University Press.

- Partif, D. (1984). *Reason and Persons*. Oxford University Press.
- Pasnau, Robert (1997). *Theories of Cognition in the Later Middle Ages*. Cambridge University Press.
- Pautz, Adam (2008). The interdependence of phenomenology and intentionality. *The Monist*, 91 (2), 250-272. <https://doi.org/10.5840/monist20089124>
- Pautz, Adam (2013). Does phenomenology ground mental content? En Uriah Kriegel (Ed.), *Phenomenal Intentionality*. Oxford University Press. pp. 194-234.
- Peacocke, Christopher (1992a). *A Study of Concepts*. The MIT Press.
- Peacocke, Christopher (1992b). Scenarios, concepts and perception. En Tim Crane (Ed.), *The Contents of Experience: Essays on perception*. Cambridge University Press. pp. 105-135.
- Peirce, Charles S. (1897). The logic of relatives. *The Monist*, 7 (2), pp. 161-217.
- Peirce, Charles S. (1931-1958). *The Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. Vols. 1-8. Harvard University Press. Editado por Charles Hartshorne, Paul Weiss & Arthur W. Burks.
- Peirce, Charles S. (1976). *The New Elements of Mathematics*. Vols. 1-4. Mouton Publishers. Editado por Carolyn Eisele.
- Peirce, Charles S. (1982-2010). *Writings of Charles S. Peirce: A chronological edition*. Vols. 1-8. Indiana University Press. Editado por Peirce Edition Project.
- Peirce, Charles S. (1987). *Obra Lógico Semiótica*. Taurus. Editado por Armando Sercovich.
- Peirce, Charles S. (1992). *Reasoning and the Logic of Things*. Harvard University Press. Editado por Kenneth Laine Ketner.
- Peirce, Charles S. (2007). *La Lógica Considerada como Semiótica: El índice del pensamiento peirceano*. Biblioteca Nueva. Editado por Sara Barrena.
- Peirce, Charles S. (2012). *Obra Filosófica Reunida. Tomos I y II*. Fondo de Cultura Económica. Editado por Nathan Houser & Christian Kloesel.
- Peirce, Charles S. (2019). *Logic of the Future: Writings on existential graphs. Vol 1. History and application*. De Gruyter. Editado por Ahti-Veikko Pietarinen.
- Pfeiffer, Brad E. & Foster, David J. (2013). Hippocampal place cell sequences depict future paths to remembered goals. *Nature*, 497, pp. 74-79. <https://doi.org/10.1038/nature12112>
- Piaget, Jean (1946/1982). *La Formación del Símbolo en el Niño*. Fondo de Cultura Económica.
- Pietarinen, Ahti-Veikko (2019). Introduction to the theory of existential graphs and volumen 1. En Charles S. Peirce (autor). *Logic of the Future. Vol. 1*. De Gruyter. pp. 14-122.
- Pietroski, Paul (1992). Intentionality and teleological error. *Pacific Philosophical Quarterly*, 73, pp. 267-282.

- Place, U. T. (1956). Is consciousness a brain process? *British Journal of Psychology*, 47, pp. 44-50.
- Plazas, Elberto A. (2017). *Dilucidación de una Noción de “Acción Semiótica” a partir de la Filosofía de Charles S. Peirce*. Trabajo fin de Máster de la Universidad de Salamanca. Ápeiron Ediciones.
- Plazas, Elberto A. (2018). El problema de la fundamentación de los símbolos lingüísticos en psicolingüística. En Luis Fernando Arévalo y Yésica Nieto (Comps.), *Encuentro con la Lingüística, la Semiótica y la Enseñanza de las Lenguas*. Universidad Industrial de Santander. pp. 57-73.
- Plazas, Elberto A. (2021). The nonequivalence between meaning relations and stimulus equivalence relations. *47th Annual Convention of Association for Behavior Analysis International*. 28 de Mayo de 2021.
- Plazas, Elberto A. & Peña, Telmo E. (2016). Effects of procedural variations in the training of negative relations for the emergence of equivalence relations. *The Psychological Record*, 66, pp. 109-125. <https://doi.org/10.1007/s40732-015-0157-9>
- Plazas, Elberto A. & Villamil, Carlos W. (2018). Formation of new stimulus equivalence classes by exclusion. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 109, pp. 380-393. <https://doi.org/10.1002/jeab.322>
- Pottier, B. (1968). *Presentación de la Lingüística*. Alcalá.
- Price, T., Wadewitz, P., Cheney, D., Seyfarth, R., Hammerschmidt, K. & Fischer, J. (2015). Velvets revisited: A quantitative analysis of alarm call structure and context specificity. *Scientific Reports*, 5 (1), 13220. <https://doi.org/10.1038/srep13220>
- Proudfoot, Diane & Coppeland, Jack B. (2012). Artificial Intelligence. En Eric Margolis, Richard Samuels & Stephen Stich (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Cognitive Science*. Oxford University Press. pp. 147-182.
- Putnam, Hilary (1960). Mentes y máquinas. En H. Putnam (2012). *Mente, Lenguaje y Realidad*. Universidad Autónoma de México. pp. 321-352.
- Putnam, Hilary (1963). Cerebros y conducta. En H. Putnam (2012). *Mente, Lenguaje y Realidad*. Universidad Autónoma de México. pp. 271-294.
- Putnam, Hilary (1967). La naturaleza de los estados mentales. En H. Putnam (2012). *Mente, Lenguaje y Realidad*. Universidad Autónoma de México. pp. 387-402.
- Putnam, Hilary (1975). El significado del significado. En H. Putnam (2012). *Mente, Lenguaje y Realidad*. Universidad Autónoma de México. pp. 165-241.
- Pylyshyn, Zenon W. (1984). *Computation and Cognition: Toward a Foundation for Cognitive Science*. The MIT Press.

- Quevedo, Marcos (2018). *El Cerebro Inconsciente: Los automatismos de nuestra mente*. EMSE EDAPP, S. L.
- Quine, Willard van Orman (1936). Truth by convention. En O. H. Lee (Coomp.), *Philosophical Essays for Alfred North Whitehead*. Longmans, Green & Co. pp. 90-124.
- Quine, Willard van Orman (1954). Reduction to a dyadic predicate. *The Journal of Symbolic Logic*, 19 (3), pp. 180-182.
- Quine, Willard van Orman (1960a/2001). *Palabra y Objeto*, Barcelona: Herder.
- Quine, Willard van Orman (1960b). Variables explained away. *Proceeding of the American Philosophical Society*, 104 (3), pp. 343-347.
- Quine, Willard Van Orman (1971). Predicate-functor logic. En Fernstad (Ed.), *Proceedings of the Second Scandinavian Logic Symposium*. North-Holland. pp. 309-316.
- Radden, Jennifer (2003). Personal Identity. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Ramsey, William M. (2007). *Representation Reconsidered*. Cambridge University Press.
- Ramsey, William M. (2016). Untangling two questions about mental representation. *New Ideas in Psychology*. <https://doi.org/10.1016/j.newideapsych.2015.01.004>.
- Ramsey, William; Stich, Stephen P. & Garon, Joseph (1991). Connectionism, eliminativism, and the future of folk psychology. En William Ramsey, Stephen P. Stich & David E. Rumelhart (Eds.), *Philosophy and Connectionist Theory*. Lawrence Erlbaum Associates, Publishers. pp. 199-228.
- Recanati, Francois (1997). *Direct Reference: From Language to Thought*, Oxford: Blackwell.
- Reddy, William M. (2012). *The Making of Romantic Love: Longing and Sexuality in Europe, South Asia, and Japan, 900-1200 CE*. University of Chicago Press.
- Reicher, Maria (2019) Nonexistent Objects. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2019/entries/nonexistent-objects/>
- Rescorla, Michael (2016). Bayesian sensorimotor psychology. *Mind & Language*, 31, pp. 3-36.
- Rey, Georges (2008). (Even high-order) intentionality without consciousness. *Revue Internationale de Philosophie*, 243, pp. 51-78.
- Ribes, Emilio & López, Francisco (1985). *Teoría de la Conducta: Un análisis de campo y paramétrico*. Trillas.
- Rivas, Ma Uxía (2010). Actitudes cognitivas y fuerzas ilocucionarias: Las afinidades pragmáticas y pragmatistas entre Peirce y Austin. *IV Jornadas "Peirce en Argentina"*. <https://www.unav.es/gep/IVPeirceArgentinaRivas.html>

- Roberts, Don D. (1973). *The Existential Graphs of Charles S. Peirce*. Mouton.
- Robin, Richard S. (1967). *Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce*. The University of Massachusetts Press.
- Rosch, Eleanor & Mervis, Carolyn (1975). Family Resemblance: Studies in the Internal Structure of Categories. *Cognitive Psychology*, 7, pp. 573-605.
- Russell, Bertrand (1905). On Denoting, *Mind*, 14, pp. 479-493.
- Russell, Bertrand (1918). La Filosofía del Atomismo Lógico. En J. Muguerza (Sel.) (1974). *La Concepción Analítica de la Filosofía*. pp. 139-251.
- Russell, Bertrand (1921). *The Analysis of Mind*. George Allen & Unwin Ltd.
- Russell, Bertrand (1940). *An Inquiry into Meaning and Truth*. Routledge.
- Ryder, Dan (2004). SINBAD neurosemantics: A theory of mental representation. *Mind and Language*, 19, pp. 211-240.
- Ryder, Dan (2020a). Problems of representation I: Nature and role. En Sarah Robins, John Symons & Paco Calvo (Eds.), *The Routledge Companion to Philosophy of Psychology*. 2nd Ed. Routledge. pp. 233-250.
- Ryder, Dan (2020b). Problems of representation II: Naturalizing content. En Sarah Robins, John Symons & Paco Calvo (Eds.), *The Routledge Companion to Philosophy of Psychology*. 2nd Ed. Routledge. pp. 251-279.
- Ryle, Gilbert (1949/2005). *El Concepto de lo Mental*. Editorial Paidós.
- Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma de Teología*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Saussure, Ferdinand de (1916/1945). *Curso de Lingüística General*. 24a Edición. Losada.
- Savan, David (1988). *An Introduction to C. S. Peirce's Full System of Semeiotic*. Toronto Semiotic Circle.
- Scarantino, Andrea & de Sousa, Ronald (2018). Emotion. En Edward N Zalta (Ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <http://plato.stanford.edu/archives/fall2018/entries/emotion/>
- Schiffer, Stephen (1977). Naming and knowing. *Midwest Studies in Philosophy*, 2, pp. 28-41.
- Schiffer, Stephen (1992). Belief ascriptions. *Journal of Philosophy*, 89, pp. 499-521.
- Schiffer, Stephen (2008). Propositional Content. En E. Lepore & B. C. Smith (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Language*. Clarendon Press. pp. 267-294.
- Schmidt, Brandy & Redish, A. David (2013). Navigation with a cognitive map. *Nature*, 497, pp. 42-43. <https://doi.org/10.1038/nature12095>

- Schmidt, J. R., & Cheesman, J. (2005). Dissociating stimulus-stimulus and response-response effects in the stroop task. *Canadian Journal of Experimental Psychology*, 59, (2), pp. 132–138. <https://doi.org/10.1037/h0087468>
- Schonbein, Whit & Bechtel, William (2003). History of cognitive science and computational modeling. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Searle, John (1974-75). The logical status of fictional discourse. En John Searle (1979) *Expression and Meaning: Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge University Press. pp. 58-75.
- Searle, John (1983/1986). *Intencionalidad: Un ensayo en filosofía de la mente*. Tecnos.
- Searle, John (1984). Intentionality and its place in nature. En J. Searle (2002). *Consciousness and Language*. Cambridge University Press. pp. 77-89.
- Searle, John (1984/1994). *Mentes, Cerebros y Ciencia*. Cátedra.
- Searle, John (1992/1996) *El Redescubrimiento de lo Mental*. Crítica.
- Sebeok, Thomas (1996). *Signos: Una Introducción a la Semiótica*. Paidós.
- Segal, Gabriel (2009). Narrow Content. En B. P. McLaughlin, A. Beckermann & S. Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind* (pp. 367-380). Clarendon Press.
- Sellars, Wilfrid (1956). El empirismo y la filosofía de lo mental. En W. Sellars (1971). *Ciencia, Percepción y Realidad*. Tecnos. pp. 139-208.
- Shadmehr, R. & Wise, S. (2005). *The Computational Neurobiology of Reaching and Pointing: A foundation for motor learning*. The MIT Press.
- Shanahan, Murray (2003). *Frame problem, The*. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Shapiro, Lawrence A. (2012). Embodied cognition. En Eric Margolis, Richard Samuels & Stephen Stich (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Cognitive Science*. Oxford University Press. pp. 118-146.
- Shea, Nicholas (2013). Millikan's isomorphism requirement. En Dan Ryder, Justine Kingsbury & Kenneth Williford (Eds.), *Millikan and her Critics*. Wiley-Blackwell. pp. 63-80.
- Shea, Nicholas (2018). *Representation in Cognitive Science*. Oxford University Press.
- Short, T. L. (1981). Semeiosis and Intentionality. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 17 (3), pp. 197-223.
- Short, T. L. (2006). The Development of Peirce's Theory of Signs. En Cheryl Misak (Ed.), *The Cambridge Companion to Peirce*. pp. 214-240.
- Short, T. L. (2007). *Peirce's Theory of Signs*. Cambridge University Press.

- Sidman, Murray & Tailby, William (1982). Conditional discrimination vs. matching to sample: An expansion of the testing paradigm. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 37 (2), pp. 5-22. <https://doi.org/10.1901/jeab.1982.37-5>
- Sidman, Murray (1994). *Equivalence relations and behavior: A research story*. Authors Cooperative.
- Sieg, Wilfried (1998). Church-Turing Thesis. En Robert A. Wilson & Frank C. Keil (Eds.), *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences*. The MIT Press. pp. 116-118.
- Simon, Herbert A. & Newell, Allen (1971). Human problem solving: The state of the theory in 1970. *American Psychologist*, 26 (2), pp. 145-159.
- Singh, Jagjit (1966/1972). *Teoría de la Información, del Lenguaje y de la Cibernética*. Alianza.
- Skidelsky, Liza (2016). *Representaciones Mentales: Donde la filosofía de la mente y la filosofía de la ciencia cognitiva se equivocaron*. Eudeba.
- Skidmore, Arthur (1971). Peirce & triads. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 7 (1), pp. 3-23.
- Skinner, B. F. (1957/1981). *Conducta Verbal*. Trillas.
- Skolem, Thoralf (1920). Logico-combinatorial investigations in the satisfiability or provability of mathematical propositions: A simplified proof of a theorem by L. Löwenheim and generalizations of the theorem. *From Frege to Gödel. A source book in mathematical logic, 1879-1931*. Harvard University Press. pp. 252-263.
- Sloman, Steven A. & Rips, Lance J. (1998). Similarity as an explanatory construct. *Cognition*, 65, pp. 87-101.
- Smart, J. J. C. (1959). Sensations and brain processes. *Philosophical Review*, 68, pp. 141-156.
- Smith, Brian Cantwell (1996). *On the Origin of Objects*. The MIT Press.
- Smith, E. E. (1995). Concepts and categories. En E. E. Smith & D. N. Osherton (Eds.), *An Invitation to Cognitive Science. Vol. 3. Thinking*. The MIT Press. pp. 3.34.
- Smith, Linda B. & Thelen, Esther (2003). Developments as a dynamic system. *Trends in Cognitive Science*, 7(8), pp. 343-348. [https://doi.org/10.1016/S1364-6613\(03\)00156-6](https://doi.org/10.1016/S1364-6613(03)00156-6)
- Smolensky, Paul (1987). La estructura constitutiva de los estados mentales conexionistas: Una respuesta a Fodor y Pylyshyn. En Eduardo Rabossi (Comp.) (1995). *Filosofía de la Mente y la Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 137-161.
- Smortchkova, J.; Dołęga, K. & Schlicht, T. (2019) Introduction. En J. Smortchkova, K. Dołęga & T. Schlicht (Eds.), *What are Mental Representations?* Oxford University Press. pp. 1-25.

- Snowden, Robert; Thompson, Peter & Troscianko, Tom (2012). *Basic Vision: An introduction to visual perception*. Revised Edition. Oxford University Press.
- Sorabji, Richard (1991). From Aristotle to Brentano: The Development of the concept of intentionality. *Oxford Studies in Ancient Philosophy*. Oxford University Press. pp. 227-259.
- Sougné, Jacques P. (2003). Binding Problem. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Sprevak, Mark (2013). Fictionalism about Neural Representations. *The Monist*, 96, pp. 539-560.
- Spruit, Leen (2010). Species, sensible and intelligible. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Encyclopedia of Medieval Philosophy: Philosophy between 500 and 1500*. Springer. pp. 1211-1215.
- Stalnaker, Robert (1994). Stalnaker, Robert. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Oxford: Blackwell. pp. 561-568.
- Stampe, Dennis (1993). Desire. En S. Guttenplan (Ed.), *A Companion to Philosophy of Mind*. Blackwell. pp. 244-250.
- Steel, Luc (2008). The symbol grounding problem has been solved. So what's next? En M. de Vega, A. M. Glenbert & A. C. Graesser (Eds.), *Symbols and Embodiment: Debates on Meaning and Cognition*. Oxford University Press. pp. 223-244.
- Steel, Luc (2011). Work on symbol grounding now needs concrete experimentation. *International Journal of Signs and Semiotic Systems*, 1 (1), pp. 55-79. <https://doi.org/10.418/ijsss.2011010105>
- Sterelny, Kim (1990). *The Representational Theory of Mind: An introduction*. Basil Backwell.
- Sterelny, Kim (1997). Reference: Philosophical Issues. En Peter V. Lamarque (Ed.), *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language*. Pergamon. pp. 234-243.
- Stich, Stephen (1983). *From Folk Psychology to Cognitive Science*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Stroud, Sarah & Svirsky, Larisa (2021). Weakness of Will. En Edward N. Zalta & Uri Nodelman (Eds), *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/win2021/entries/weakness-will/>
- Su, S., Cai, F., Si, A., Zhang, S., Tautz, J. & Chen, S. (2008). East learns from west: Asiatic honeybees can understand dance language of European honeybees. *Plos One*, 3 (6), e2365. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0002365>
- Taddeo, M. & Floridi, L. (2005). Solving the symbol grounding problem: A critical review of fifteen years of research. *Journal of the Experimental and Theoretical Artificial Intelligence*, 17 (4), pp. 419-445. <https://doi.org/10.1080/095281305500284053>

- Tarski, Alfred & Givant, Steven (1987). *A Formalization of Set Theory without Variables*. American Mathematical Society.
- Tarski, Alfred (1941). On the calculus of relations. *The Journal of Symbolic Logic*, 6 (3), pp. 73-89.
- Thomas, Nigel J. T. (2003). Mental imagery, philosophical issues about. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Thomasson, Amie L. (1998). *Fiction and Metaphysics*. Cambridge University Press.
- Tienson, John L. (1987). Una introducción al conexionismo. En Eduardo Rabossi (Comp.) (1995), *Filosofía de la Mente y Ciencia Cognitiva*. Paidós. pp. 359-380.
- Tolman, Edward C. (1933). Gestalt and Sign-Gestalt. *The Psychological Review*, 40, pp. 391-411.
- Tomasello, Michel (1999). *The Cultural Origins of Human Cognition*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Torrez, Agustín (2016). *El Concepto de Intencionalidad en la Fenomenología como Psicología Descriptiva: Brentano, Twardowski y Husserl*. Universidad de Buenos Aires.
- Townsend, James T. & Torii, Kan (2003). Information processing. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Turing, Alan M. (1937). On computable numbers, with an application to the *Entscheidungsproblem*. *Proceedings of the London Mathematical Society*, 42, pp. 230-265.
- Turing, Alan M. (1950). La maquinaria de computación y la inteligencia. En Margaret A. Boden (Comp.) (1994). *Filosofía de la Inteligencia Artificial*. Fondo de Cultura Económica, pp. 53-80.
- Tversky, Amos (1977). Features of Similarity. *Psychological Review*, 84 (4), pp. 327-352.
- Twardowski, Kasimir (1894/1977). *On the Content and Object of Presentations: A Psychological Investigation*. Martinus Nijhoff.
- Tye, Michael (1995). Una teoría representacional del dolor y de su carácter fenoménico. En M. Ezcurdia & O. Hansberg (Comps.) (2003). *La Naturaleza de la Experiencia. Vol. 1: Sensaciones*. UNAM. pp. 325-350.
- Tye, Michael (2009). Representationalist theories of consciousness. En Brian P. McLaughlin, Ansgar Beckermann & Sven Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Oxford University Press. pp. 253-267.
- Urcuioli, Peter J. (2016). Stimulus control and stimulus class formation. En Gregory J. Madden (Ed.), *APA Handbook of Behavior Analysis. Vol. 1. Methods and Principles*. American Psychological Association. pp. 361-386.

- Vallicela, Bill (2006). Original and Derived Intentionality, Circles, and Regresses. *Maverick Philosopher*.
https://maverickphilosopher.typepad.com/maverick_philosopher/2009/11/original-and-derived-intentionality-circles-and-regresses.html#more
- van Der Does, J. (1997). Intensionality. En P. Lamarque, Ed., *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language*. Pergamon. pp. 332-335.
- van Gelder, Tim (1995). What might cognition be, if not computation? *The Journal of Philosophy*, 7, pp. 345-381. <https://doi.org/022-362X/95/9207/345-81>
- van Gelder, Tim (1998). The dynamical hypothesis in cognitive science. *Behavioral and Brain Sciences*, 21, pp. 615-665. <https://doi.org/10.1017/s0140525x98001733>
- van Gulick, Robert (2009). Functionalism. En B. P. McLaughlin, A. Beckermann & S. Walter (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Mind*. Clarendon Press. pp. 128-151.
- Varela, Francisco J., Thompson, Evan & Rosch, Eleanor (1991/1997). *De Cuerpo Presente: Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Gedisa.
- Von Eckardt, Barbara (1993). *What Is Cognitive Science?* The MIT Press.
- von Uexküll, Jakob (1945). *Ideas para una Concepción Biológica del Mundo*. Espasa-Calpe.
- von Wright, Georg Henrik (1971/1979). *Explicación y Comprensión*. Madrid: Alianza.
- Vygotsky, Lev (1934/1995). *Pensamiento y Lenguaje*. Ediciones Fausto.
- Vygotsky, Lev (1978/2009). *El Desarrollo de los Procesos Psicológicos Superiores*. 3ª Ed. Crítica.
- Walsh, Alison (1999). *Relations between Logic and Mathematics in the Work of Benjamin and Charles S. Peirce*. Docent Press.
- Watson, Richard A. (1995). *Representational Ideas: From Plato to Patricia Churchland*. Springer.
- Whitehead, Alfred North & Russell, Bertrand (1927) *Principia Mathematica, Vol. I*. Segunda edición, Cambridge: Cambridge University Press.
- Whiten, Andrew (2003). Theory of Mind. En Lynn Nadel (Ed), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Whiting, Daniel (2021). Conceptual role semantics. En James Fieser & Bradley Dowden (Eds.), *Internet Encyclopedia of Philosophy*. <https://iep.utm.edu/conceptual-role-semantics/>
- Wilkinson, K. M. & McIlvane, W. J. (1997). Blank comparison analysis of emergent symbolic mapping by young children. *Journal of Experimental Child Psychology*, 67 (2), pp. 115-130. <https://doi.org/10.1006/jecp.1997.2402>
- Williams, Bernard (1973). *Problems of the Self*. Cambridge University Press.

- Wittgenstein, Ludwig (1922) *Tractatus Logico-Philosophicus*. En L. Wittgenstein (2009) *Wittgenstein*. Gredos. pp. 1-137.
- Wittgenstein, Ludwig (1953) *Investigaciones Filosóficas*. En L. Wittgenstein (2009) *Wittgenstein*. Gredos. pp. 155-633.
- Woleński, Jan (2019). Reism. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2019/entries/reism/>
- Wraga, Maryjane & Kosslyn, Stephen M. (2003). Imagery. En Lynn Nadel (Ed.), *Encyclopedia of Cognitive Science*. Wiley.
- Yrjönsuuri, Mikko (2007). William Ockham and mental language. En Henrik Lagerlund (Ed.), *Representation and Objects of Thought in Medieval Philosophy*. Ashgate. pp. 101-116.
- Zahavi, Dan (2003). *Husserl's Phenomenology*. Stanford University Press.
- Zalamea, Fernando (2010). *Los Gráficos Existenciales Peirceanos*. Universidad Nacional de Colombia.
- Zalamea, Fernando (2012). *Peirce's Logic of Continuity: A conceptual and mathematical approach*. Docent Press.
- Zalta, Edward N. (1983). *Abstract Objects: An introduction to axiomatic metaphysics*. D. Reidel Publishing Company.
- Zalta, Edward N. (1988). *Intensional Logic and the Metaphysics of Intentionality*. The MIT Press.
- Zalta, Edward N. (2001). Fregean senses, modes of presentation, and concepts. *Philosophical Perspectives*, 15, pp. 335-359.
- Zental, Thomas R., Wasserman, Edward A. & Urcuioli, Peter J. (2014). Associative concept learning in animals. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 101 (1), pp. 130-151. <https://doi.org/10.1002/jeab.55>
- Zlatev, Jordan (2015). Cognitive semiotics. En Peter Pericles Trifonas (Ed.), *International Handbook of Semiotics*. Springer. pp. 1043-1067.
- Zlatev, Jordan; Sonesson, Göran & Konderak, Piotr (2016). Introduction: Cognitive semiotics comes of age. En J. Zlatev, G. Sonesson & P. Konderak (Eds.), *Meaning, Mind and Communication: Explorations in cognitive semiotics*. Peter Lang Edition. pp. 9-28.